

"Triste, bella, dramática y extraña la vida de Gustavo Durán."
Rafael Alberti

COMANDANTE DURÁN

JAVIER JUÁREZ

LEYENDA Y TRAGEDIA DE UN INTELECTUAL EN ARMAS

Lectulandia

La vida de Gustavo Durán podría resumirse en las tres actividades que desempeñó —músico, militar y diplomático—, pero no se le haría justicia, pues sobre su biografía recayó el protagonismo de todo un siglo. Durán fue compositor y músico, discípulo de Falla; amigo de Lorca, Alberti y Buñuel; comprometido simpatizante de la República; intelectual reconvertido en militar por la Guerra Civil y una de las referencias del Ejército Popular. Tras la derrota, exiliado para siempre de su país, vivió con Hemingway en La Habana y estuvo al servicio de la diplomacia estadounidense en algunos de los países más convulsos de América Latina: la Cuba prerrevolucionaria y la Argentina que llevó a Perón a la presidencia. No obstante, fue perseguido por McCarthy durante el período álgido de la caza de brujas, y vivió la contradicción de ser hostigado tanto por el franquismo como por una parte de sus compañeros de armas y destierro. Acabó sus días en Grecia como alto funcionario de las Naciones Unidas, en cuyo nombre supervisó el violento proceso de descolonización del Congo belga.

La historia marcó su vida y la leyenda siempre le acompañó, desde niño. Una leyenda que fabuló sobre su homosexualidad, sobre sus hábitos refinados, sobre su filiación comunista y supuestas actividades en favor de la URSS o sobre ficticias delaciones a la administración norteamericana. La misma vida que alimentaba las páginas más hermosas de dos obras maestras de la literatura del siglo: *Por quién doblan las campanas* y *La esperanza*.

La extraordinaria biografía de un hombre extraordinario.



> **Si no fuera porque a mí me refrena un cierto pudor en el elogio, diría que reunió las dotes del político y del cortesano, del soldado y del hombre de letras**.
>
> FRANCISCO GARCÍA LORCA, *Tributo a Gustavo Durán*
>
> **Todos lo adoraban. Nunca he visto una persona con tanta simpatía**.
>
> LUIS BUÑUEL

Gustavo es resuelto, activo, apasionado, voluptuoso y terrenal… Es un conversador soberbio, brillante, egotista, magnético.

ANAÏS NIN, *Incesto*

Piensa simplemente en Durán, que no había recibido nunca instrucción militar, que era un compositor, un niño bonito antes del Movimiento y ahora es un general de Brigada rematadamente bueno. Para Durán ha sido todo tan sencillo y tan fácil de aprender como el ajedrez para un niño prodigio.

ERNEST HEMINGWAY, *Por quién doblan las campanas*

La Alianza de Intelectuales Antifascistas no sólo agrupa en su seno valores altísimos del pensamiento español, sino que ha dado nombres al frente y héroes a la gloria. Entre aquellos, baste que nombremos al teniente coronel Gustavo Durán, ayer músico —gran músico— hoy uno de los jefes más valientes y valiosos del Ejército Popular.

NICOLÁS GUILLÉN, *En la guerra de España*

Por lealtad a la vida. Por lealtad a la historia. Porque se han dedicado bibliotecas enteras a otros, menos valientes, menos lúcidos, menos comprometidos con la verdad y con la cultura, menos leales, menos solidarios, menos coherentes, menos justos, menos dignos, menos…

HORACIO VÁZQUEZ-RIAL, *El soldado de porcelana*



Javier Juárez

Comandante Durán

ePub r1.0
Titivillus 22.09.2020

Javier Juárez, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Fue en España donde los hombres aprendieron que es posible tener razón y aun así sufrir la derrota. Que la fuerza puede vencer al espíritu y que hay momentos en que el coraje no tiene recompensa. Esto es sin duda lo que explica por qué tantos hombres en el mundo consideran el drama español como su drama personal.

ALBERT CAMUS

Triste, bella, dramática y extraña la vida de Gustavo Durán.

RAFAEL ALBERTI

Agradecimientos

El agradecimiento escrito en estas líneas no acierta a expresar la inmensa deuda contraída con las personas e instituciones que han hecho posible, con su colaboración, la elaboración de este libro.

Si el trabajo de escribir es una labor esencialmente individual, no es menos cierto que una biografía requiere, seguramente más que cualquier otro trabajo literario, de la aportación de numerosas personas, cuya información aislada adquiere para el autor un valor complementario confrontado con otros testimonios. En este sentido, ha resultado esencial la ayuda generosa y precisa de las tres hijas de Gustavo Durán, Cheli, Jane y Lucy, sin cuya memoria y documentación no hubiera sido posible descifrar algunos de los episodios menos divulgados de la vida de su padre. Igualmente, resultaron muy valiosas las entrevistas con Pastora Martín-Fernández de la Torre, Gustavo Durán Romero, Pedro Almeida, Gloria García Lorca, Manuel Fernández-Montesinos, Jorge de Persia, Eduardo Aguirre, Horacio Vázquez Rial, Rogelio García Lupo, Albino Gómez, José Israel Cuello, Mirta Núñez, Carlos García Santacecilia y Jacinto Arévalo. Todos ellos contribuyeron con sus recuerdos o sus investigaciones a concretar el perfil a veces difuso de Gustavo Durán Martínez. A todos ellos dedico en estas líneas mi más sincero y profundo agradecimiento.

Respecto a las instituciones, no puedo por menos que reconocer la colaboración del Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes, depositario del archivo personal de Durán, y cuyos fondos documentales

constituyen un preciado tesoro no siempre reconocido ni conocido. La misma opinión es extensiva al personal de otros archivos consultados: agradezco a la Fundación Vela Zanetti y a la siempre diligente Patricia su permanente disposición para facilitarme el trabajo, así como a la Fundación Federico García Lorca, a la Fundación Rafael Alberti, al Archivo del Partido Comunista, a la Fundación Manuel de Falla, a la Fundación Pablo Iglesias, a la Fundación Max Aub, al Museo Tomás Morales Moya de Gran Canaria y, muy especialmente, al Museo Néstor de Las Palmas. Gracias a su director, Daniel Montesdeoca, a Lilia Ojeda y a su eficiente equipo comprendí la labor difícil e imprescindible de los pequeños museos por preservar su legado. Sin la colaboración casi siempre anónima de los funcionarios de la Biblioteca Nacional, de la Filmoteca Española, del Archivo Histórico Nacional, del Archivo de la Guerra Civil de Salamanca, del Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, de los archivos militares de Madrid, Ávila y Segovia, o del Ministerio de Asuntos Exteriores (qué sería de la labor de muchos historiadores sin la estimable ayuda de Pilar Casado), una parte considerable de la información que aparece en esta obra no habría visto la luz. Su labor, tan silenciosa como eficaz, rara vez recibe el elogio que merece.

Por último, quisiera también reconocer la dedicación de mis editores: de Miguel Aguilar, por inspirar y confiar en el proyecto desde un principio, y de Virginia Fernández, por una entrega y profesionalidad que representa una garantía para el autor y el lector. Y, ¡cómo no!, de Carlota y Alfonso, que desde la discreción cumplen con un trabajo a veces tan ingrato como necesario: difundir los libros. A todos debe mucho esta obra, y, en esa misma proporción, todos son responsables de sus aciertos. De los defectos, el autor es el único culpable.

Introducción

El 1 de abril de 1939, el día en que acabó la guerra en España, el buque de la Royal Navy HMS *Galatea* abandonó el puerto de Gandía. Sus oficiales eran excelentes conocedores de la costa española. Habían recorrido casi todo el litoral de la Península durante la contienda. En esta última incursión en aguas españolas su misión era muy distinta. Sobre la cubierta se amontonaban casi doscientas personas mal vestidas, sucias, cansadas y desoladas anímicamente. El silencio que rodeaba a aquel grupo resultaba tan estremecedor como el aspecto de abatimiento que expresaban sus miradas lánguidas, sus rostros vencidos. Habían agotado sus palabras antes de subir a bordo.

Pasaron dos días interminables fondeados frente al puerto, con la vista fija en la costa valenciana y en los movimientos de tropas apreciables en la lejanía. Gandía había sido tomada. Soldados regulares y milicias falangistas caminaban triunfantes por la orilla, conscientes de que aquel buque británico contenía una preciada presa: casi dos centenares de *enemigos* de España a los que, sin embargo, permitían huir. Durante su angustiosa espera, el cuartel general vencedor había emitido el parte de operaciones que proclamaba el final de la guerra. Ellos se sabían parte de aquel ejército cautivo y desarmado que rendía sus últimas posiciones después de tres años de guerra. Su salvación era el *Galatea* y su destino último, el exilio. Varios estaban enfermos, algunos eran niños y también había mujeres, pero la mayoría eran soldados y oficiales; al frente de ellos estaba el coronel Segismundo Casado. Había llegado pocos

días antes desde Madrid tras rebelarse contra el gobierno y formar una junta que rindió la capital.

También embarcaron el general Leopoldo Menéndez, comandante en jefe del Ejército de Levante, y tres de sus más destacados oficiales: el coronel Federico de la Iglesia, jefe de su Estado Mayor, el teniente coronel Francisco Ciutat de Miguel, jefe de operaciones del Ejército de Levante, y el teniente coronel Gustavo Durán Martínez, hasta entonces al frente del XX Cuerpo de Ejército.

Gustavo Durán representaba una excepción entre aquel fantasmal pasaje. Tenía treinta y dos años y había destacado como una de las revelaciones militares del ejército republicano por su condición de estratega y capacidad de mando. No era militar de carrera sino músico, y entre sus más estrechos amigos se encontraban Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Buñuel, José «Pepín» Bello o Salvador Dalí. Aquellos nombres habían conformado su juventud, cuando Gustavo era un brillante y prometedor compositor que acudía a diario a la Residencia de Estudiantes para tocar el piano junto a Lorca y confraternizar hablando de literatura, música y arte. Con todos ellos había descubierto el Madrid recoleto y provinciano de los años veinte, la ciudad ávida de vanguardias y repleta de tertulias. Junto a ellos, y otros muchos, había vivido una juventud feliz exprimiendo al máximo sus inquietudes y sus deseos comunes de conocer y ser conocidos. Les animaba un espíritu vital que entonces parecía no tener límites ni descanso.

Era también, a sus veinte años, un joven atractivo, de ondulada cabellera rubia, ojos claros, de nariz prominente y rectilínea. Su carácter refinado y su elegancia le habían hecho tan célebre en la Residencia como su inteligencia. Del mismo modo brilló por su personalidad extravertida, sin perjuicio de que también se le adjudicara, con mayor o menor justicia, la condición de dandi y vividor. En París disfrutó de una segunda juventud de la mano del pintor Néstor de la Torre, perfeccionando su aprendizaje musical y descubriendo nuevas amistades en intelectuales de nombre todavía desconocido pero de fulgurante y universal trayectoria: Anaïs Nin, Ernest Hemingway, Alejo Carpentier o André Malraux.

Regresó a España para introducirse de la mano de Alberti en la convulsa agitación política previa a la Guerra Civil. Apoyó decididamente al Frente Popular, asistió a sus mítines y firmó manifiestos de apoyo. La guerra le sorprendió en Madrid trabajando en la industria cinematográfica. Aquel dandi elegante supo despojarse de su traje y vestir con la misma naturalidad la indumentaria de miliciano. Participó en las más importantes batallas de la

contienda: la defensa de Madrid, Jarama, Brunete, Segovia o Teruel. Hemingway consolidó su amistad con él y le mencionó en varias ocasiones en su novela *Por quién doblan las campanas*. Le consideraba entonces un héroe, la encarnación de su ideal: el intelectual y el hombre de acción. Malraux también fue seducido por la recreación literaria de su amigo, personaje central de su novela *L'espoir* bajo el nombre de Manuel.

Cuando acabó la guerra era teniente coronel y mandaba un cuerpo de ejército. Casi nadie sabía de su pasado entre quienes compartían con él la dolorosa partida en el último día de la guerra. Y él, a quien el azar había salvado de una muerte segura, desconocía que el futuro no sería menos intenso que la etapa que dejaba atrás.

Viviría en Inglaterra, Estados Unidos, Cuba, Argentina, Chile y Grecia, adquiriendo a su paso una estela de buenos e ingratos recuerdos. Se casó con la norteamericana Bonte Crompton, vivió con Hemingway en La Habana, trató personalmente a Nelson Rockefeller y al matrimonio Roosevelt, intentó impedir la llegada de Perón al poder, fue posteriormente perseguido e investigado en Estados Unidos por supuestas simpatías comunistas, se convirtió en un importante funcionario de la ONU y supervisó en su nombre la violenta descolonización del Congo belga. Acabó su vida en Grecia como representante de la ONU y allí conoció a su última gran amistad: el poeta Jaime Gil de Biedma.

Muy pocos exiliados adquirieron para el franquismo la relevancia internacional que Gustavo tuvo como funcionario del Departamento de Estado norteamericano y después como alto responsable de las Naciones Unidas. De ahí que el régimen franquista desplegara contra él una prolongada e insidiosa campaña que fue acogida con entusiasmo por el senador Joseph McCarthy en el período más álgido de la «caza de brujas». Se le acusó de agente comunista e infiltrado soviético, y durante una década fue objeto de constantes investigaciones y sumarios judiciales. Posiblemente, ningún español del exilio vivió un proceso similar, sometido a la vigilancia permanente del FBI mientras su vida y la de su familia se veían condicionadas por una calumnia.

Cuando negó en su defensa vínculo alguno con el Partido Comunista, muchos de sus antiguos amigos le consideraron, por el contrario, un agente estadounidense. Surgió entonces una leyenda negativa superpuesta a la anterior, de sentido inverso y, si cabe, tanto o más injuriosa. Gustavo vivió un exilio tormentoso presa de una contradicción a la que era ajeno: se le

consideraba comunista por los anticomunistas, y excesivamente pronorteamericano por quienes realmente militaban en el comunismo.

Además de las leyendas propagadas desde el desconocimiento o la difamación, sobre él recayó un ominoso silencio. Muchos de los que pudieron hablar de él y dejar testimonio de su vida, obviaron hacerlo. Casi siempre por razones ideológicas: para quien se quedó en España porque se convirtió en un proscrito, y para quienes compartieron el exilio porque nunca se integró definitivamente en sus círculos, adquiriendo después la condición de renegado entre muchos de ellos. De ese modo, concitó contra toda lógica tres animadversiones opuestas: las del franquismo contra un oficial del ejército de la República, las propias del conservadurismo norteamericano más extremo, y las derivadas del recelo que suscitó en algunos compañeros de exilio.

Pero la polémica no empañó su condición de extraordinario protagonista de la historia. Al fin, la impronta de su huella superó el designio de quienes pretendían ignorarlo: se impuso el compositor con ambiciones, el joven diletante que seducía con su encanto, el amigo de Federico García Lorca, el héroe al que Hemingway idealizó, el modelo literario de Malraux, el compañero de Alberti en su aprendizaje político, el hombre sin formación militar que se curtió en la guerra y probó su capacidad para el mando, el diplomático meticuloso y eficaz, el perseguido político en su patria de adopción y el exiliado expulsado de su país. Sobre el cúmulo de silencios y tergiversaciones, se erigió finalmente su personalidad singular, imperfecta, en ocasiones contradictoria, siempre fascinante, a cuya biografía parece vincularse la historia con una atracción magnética.

Reconstruir su vida es transitar por el siglo XX mientras nos conduce con naturalidad por escenarios legendarios habitados por nombres universales. Nada de ello parecía posible cuando el destino decidió ser injusto, cuando embarcó en aquel buque camino de un exilio del que ya nunca regresaría. Gustavo Durán, que poseía todas las virtudes para construir un gran futuro, vivió desde entonces siendo víctima de su pasado.

Madrid, enero de 2009

Libro primero

Gustavo, músico



Gustavo Durán de adolescente. (Imagen cedida por la familia Durán).

1

Leyenda y tragedia

Yo supe de dolor desde mi infancia, mi juventud, ¿fue juventud la mía?, sus rosas aún me dejan su fragancia, una fragancia de melancolía.

RUBÉN DARÍO,
Cantos de vida y esperanza

Un pequeño museo y un modesto monumento en la isla de Creta recuerdan a un hombre. Los habitantes mayores de Alones, la remota aldea cretense donde ambos se ubican, no necesitan una explicación. Le conocieron y no se extrañan de su presencia. Como tampoco ignoran que, a pocos metros, sus restos reposan allí eternamente. Pero quizá desconocen que esa persona llegada a Alones en los últimos momentos de su vida les vincula, pese a su aislamiento, con hechos de gran significado que pertenecen por derecho propio a la historia universal del siglo XX. Tampoco es probable que lo sepan en el pueblo de Huesca donde comenzó hace muchos años una historia familiar cuya conclusión conduce a Alones. Entre ambos destinos transcurren una vida y este libro.

El Grado es un pequeño pueblo oscense situado cerca de Barbastro, muy próximo a Lleida y a un paso de los macizos imponentes del Pirineo. Hoy apenas supera los quinientos habitantes, aunque sus calles y algunas de sus casas atestiguan un pasado de mayor esplendor. El propio pueblo y su entorno conservan su atractivo como centro turístico en verano, con suaves temperaturas y hermosos parajes; y también en invierno, cerca de las cumbres nevadas y de las estaciones de esquí. Dos añadidos artificiales se han incorporado en las últimas décadas: uno es un embalse del mismo nombre que

la villa, nutrido con las aguas del río Cinca, y el otro es el santuario de Torreciudad, el complejo religioso edificado por el Opus Dei en las inmediaciones del municipio.

Hace un siglo, El Grado era uno de tantos núcleos rurales, aislado y ganadero, cuyo mayor patrimonio lo constituían sus tierras y sus pastos. Allí nació el 2 de octubre de 1875 José Leonardo Durán Labad, hijo de José Durán Baldellou y de Leandra Labad Frontons, una familia humilde dedicada a la labranza y al cuidado del ganado. José sería el segundo de cinco hermanos. Creció entre la casa familiar y el Mon, el terreno propiedad de la familia situado a las afueras, que por proximidad con Lleida había sido bautizado con el término catalán que significa «El mundo». Aquella loma representó ciertamente el mundo particular, limitado y agreste en el que José Durán Labad vivió su infancia en compañía de hermanos y primos. No era alto, apenas superaba el metro y sesenta centímetros de estatura. No era tampoco fornido ni, por el contrario, menudo. Su cuerpo, en consonancia con su estatura, muestra un hombre de físico medio en el que destacaban unos ojos claros de mirada penetrante y una nariz rectilínea cuyo nacimiento se perfilaba con claridad desde unas cejas ligeras y recortadas.

Desde niño dio muestras de una mente despierta y de una inteligencia vivaz con ambiciones de futuro. Los límites geográficos de El Grado y los propios de su origen humilde representaban un freno para sus aspiraciones, forzosamente proyectadas hacia escenarios lejanos por difícil que fuera entonces concretar un destino donde forjarse vida y fortuna. No dudó por ello, cuando fue llamado a filas, de la oportunidad que su ingreso en el ejército representaba para conseguir su propósito.

Se alistó como soldado el 8 de diciembre de 1894, según consta en su expediente en el Archivo Militar de Segovia, siendo destinado al Regimiento de Infantería de Cantabria n.º 39. Tras una breve estancia en Barcelona y Pamplona su unidad fue enviada a Cuba, hacia donde partió en diciembre de 1895 en el vapor *Antonio López* desde el puerto de Santander. Con veinte años, José Durán, ascendido ya a cabo, se dispuso a afrontar su primera acción real de combate.

Los meses transcurridos desde su ingreso ejercieron sobre el joven recluta una curiosa transformación. Se dio cuenta de que la vida de la milicia le atraía. Le aportaba autoridad y disciplina, virtudes castrenses para las que se creía sobradamente dotado. Le permitía, además, descubrir mundos inimaginables desde el pequeño Mon de su infancia, ya fueran éstos una ciudad deslumbrante como Barcelona o la inhóspita Cuba en plena guerra de

independencia; y, sobre todo, se descubrió a sí mismo, pese a su baja graduación en la escala militar, plenamente identificado con su condición de soldado. El uniforme desarrolló en él una personalidad crecida que, en definitiva, pugnaba por progresar y alejarse de su origen humilde. No le faltaban tampoco el valor, la astucia y la capacidad de mando, méritos todos ellos que le animaban a observar su futuro inmediato con una medida satisfacción.

Pasó el Año Nuevo de 1896 en alta mar y desembarcó en La Habana el 8 de enero. Su primera acción de guerra está fechada el día 25 de ese mismo mes en la provincia de Santa Clara. Durante los siguientes meses recorrió todos los escenarios bélicos que asolaban Cuba, desde Pinar del Río hasta Cienfuegos, y a medida que la guerra se perdía para España, él acrecentaba su prestigio y su hoja de servicios. Ésta revela su ascenso a sargento y después a segundo teniente, así como la concesión de cinco cruces de plata del Mérito Militar por acciones de guerra, todas ellas con distintivo rojo y pensionadas con una retribución vitalicia del Ministerio de la Guerra. Regresó a España desde el puerto de Regla el día de Nochebuena de 1898, en una travesía inversa a la que había protagonizado exactamente tres años antes. Volvía con el estigma de la derrota colectiva pero con la impronta del triunfo personal como oficial, como heroico defensor de la última colonia de un imperio; en definitiva, como militar que siguió siéndolo en su vida civil.

Una vez en la Península, fue destinado al Regimiento de Infantería de Reserva de Mataró n.º 60. Estableció su residencia en Barcelona y allí se casó con Petra Martínez Sirera, nacida en Huesca en el año 1877. Petra procedía de una familia ilustre en la que el padre, Florentino Martínez de Manrique, había sido gobernador de Burgos. Al poco de contraer matrimonio, José Durán solicitó en 1902 el retiro del servicio activo. Se le concedió ese mismo año con una asignación mensual hasta los sesenta años. Aún no había cumplido la treintena y, tras pasar siete años en el ejército, se licenció garantizándose una suma modesta pero digna.

Su vida en Barcelona a partir de ese momento se resume en un intento de aspirar a una mejor posición social y económica entre la burguesía local. Pronto comprendió que la iniciativa y el arrojo que le aseguraron el triunfo en la milicia también le permitirían prosperar en la vida civil. Se hizo llamar «coronel», atribuyéndose unos galones que nunca obtuvo, y encauzó su determinación hacia el mundo de los negocios. A la vez que se convertía en empresario, se reveló también como un hombre autoritario de genio temible. Quizá fuera su propio carácter, o su experiencia militar, o la suma de ambas,

pero aplicaba la disciplina militar a su propio hogar sin mayor autoridad que la suya.

Existía otra faceta de su compleja personalidad que afloró al poco de contraer matrimonio, o que posiblemente siempre había estado latente, pero que Petra empezó a conocer demasiado tarde, cuando ya se había convertido en su esposa. La vida en familia representaba un extraño límite para los deseos carnales de su marido. Y, casi de modo consecutivo, añadió a su vida convencional otra mantenida como tabú en la clandestinidad de los burdeles de Barcelona. Hubo, en consecuencia, un doble José Durán desdibujado entre ambas realidades: el militar retirado, conocido en la vida civil de Barcelona como una persona respetable, y el hombre que sometía su hogar con una potestad indiscutible para después buscar consuelo en brazos ajenos. Como tantos hombres de su posición, se acostumbró a vivir bajo la presión permanente de esta contradicción, entre la respetabilidad que se le suponía y los impulsos por los que guiaba su conducta.

A diferencia de su esposo, a Petra no le animaban ambiciones prescindibles. Tenía hábitos sencillos y convivía en armonía. Amaba a José Durán porque el suyo había sido un matrimonio por amor y porque no conocía otra condición natural que la bondad y el afecto. Le habían deslumbrado la elegancia masculina de José y sus maneras de hombre de mundo, hasta que descubrió que aquella visión sólo mostraba un ser parcial e incompleto, relegado a un recuerdo difuso a fuerza de desengaños. Aquél fue el inicio de un drama que se prolongaría por décadas.

En Barcelona nacieron sus primeros hijos: Josefina (1900), Ernesto (1902) y Leopoldo (1904). Este último falleció con apenas dos años, víctima de una conmoción cerebral tras sufrir una caída mientras jugaba con el perro familiar. En un primer momento nadie se percató de la lesión interna y el niño falleció a las pocas horas. Petra, callada y discretamente, se fue apagando, consumiendo su vitalidad entre la angustia y el dolor, acusando las dos pérdidas que sabía definitivas.

Gustavo José María Durán Martínez nació el 14 de noviembre de 1906 a las seis de la mañana, en el domicilio familiar del número 5 de la calle Concordia. Aunque aún era pequeño para percibir la tristeza y el vacío que dominaban a su alrededor, creció apegado a su madre al igual que el resto de los hermanos. Petra solía tocar al piano acordes sencillos que los niños escuchaban con atención y con precoces demostraciones de talento. Ernesto, siempre mayor de lo que parecía, responsable e inteligente, solía acompañar a su madre con tímidos intentos que eran imitados por Josefina y que pronto lo

serían por el pequeño Gustavo. Ernesto maduró antes de tiempo por carácter y por necesidad, como defensa ante el juicio arbitrario del padre que le convirtió en objeto de su ira, mientras que Gustavo asumió por voluntad también paterna la condición de hijo favorito. Así transcurrieron los escasos años en que los Durán vivieron en Barcelona, hasta que el azar trasladó a toda la familia a Madrid.

En 1908 José Durán conoció a *Herr* Oswald Stieglitz, un hombre de negocios alemán delegado de la firma AEG. Éste congenió con el español, en quien valoró su inteligencia despierta y su idoneidad como socio. Stieglitz le ofreció representar a su empresa en Madrid, mientras él hacía lo propio en Barcelona como sede central de AEG en España. La electricidad era todavía una industria incipiente en la península Ibérica, aunque ya resultaba fácil advertir las posibilidades de negocio que representaban importar y distribuir en exclusiva motores y artículos eléctricos de los que el país carecía y que tampoco fabricaba. El militar retirado se convirtió de este modo providencial en empresario de éxito, sin que ello alterara en absoluto sus hábitos.

Madrid abrió horizontes nuevos a José Durán. Viajó solo por primera vez en enero de 1909 para definir los detalles del negocio y concretar la ubicación del mismo. Adquirió un local en el número 36 de la calle Barquillo y alquiló un piso en el número 5 de la calle Almirante como vivienda. Uno se encontraba apenas a cincuenta metros del otro. El local comercial era amplio y estaba bien situado; era la planta baja de un edificio que lindaba con el inmueble donde había nacido el general Castaños, vencedor en Bailén y héroe de la guerra de la Independencia. El comercio ocupaba una manzana que abarcaba tres calles: Barquillo, Piamonte y Santo Tomé. Desde cualquier punto era posible atisbar el interior a través de varias ventanas protegidas con un enrejado macizo, que aportaban luz y un contacto indirecto con el exterior. A la entrada principal en la calle Barquillo se accedía a través de unos pequeños escalones que situaban la planta del local unos centímetros por encima del nivel de la calle. Un escaparate mostraba parte del inventario de motores y material eléctrico. El mobiliario, el imprescindible: un mostrador y algunos estantes.

A unos pasos se situaba la vivienda. La calle Almirante, entre los barrios de Chueca y Recoletos, constituía una zona elegante donde convivían altos funcionarios, prósperos comerciantes y familias por lo general de cierta posición social. El número 5 apenas ha variado desde entonces. Mantiene la arquitectura decimonónica y su estampa de edificio recio, con su fachada austera jalonada con balcones en sus cinco alturas. La entrada resultaba

menos vistosa: un portón con un pasillo no excesivamente ancho revestido de azulejo antiguo hasta media altura. Al fondo, el cubículo de la portería y una escalera de madera daban acceso a las viviendas. Estos dos inmuebles constituyeron la base sobre la que José Durán Labad planificó su futuro y prosperó en la capital.

Abrió el comercio con un préstamo del industrial donostiarra Eustaquio Romero, propietario de la firma Eustaquio Romero Instalaciones Eléctricas, destinada con el tiempo a electrificar gran parte de la capital guipuzcoana. La tienda se convirtió en uno de los primeros comercios de material eléctrico en Madrid. Su éxito, al amparo del creciente auge del sector, deparó al militar retirado una posición económica solvente sin que él personalmente se ocupara demasiado de los asuntos diarios del negocio. Con el tiempo, el local de José Durán serviría de sede para la constitución de la primera asociación de empresarios de electricidad de Madrid en 1922, de la que él se convirtió en primer presidente.

Petra Martínez llegó con los hijos en marzo de 1909. Gustavo Durán vio Madrid por primera vez, sin haber cumplido los tres años de edad, desde los balcones de la casa de la calle Almirante. La mudanza y el acondicionamiento de la nueva casa ocuparon durante unas semanas a su madre, quien a no tardar descubrió el fracaso pleno de su matrimonio. José pronto conoció Madrid como había conocido Barcelona, a plena luz del día tras el mostrador de su comercio o en los salones donde obtenía rentables contratos, y en actividades menos confesables en compañía de Fernando Sirvent, un incondicional de sus distracciones nocturnas.

Canceló toda posibilidad de reconciliación el mismo día en que conoció a Carmen la Andaluza. A ese primer encuentro siguieron muchos otros, tras la estela de una pasión que desbordó el deseo y se transformó en obsesión. Nunca dejó desde entonces de anhelar a aquella mujer de lánguido atractivo ni de pretender su compañía con una determinación obsesiva. Durante los primeros meses José Durán pudo compaginar ambas vidas, la pública y la privada, e incluso permitirse unos últimos momentos de intimidad con Petra, quien en marzo de 1910 dio a luz a su última hija, Araceli Durán Martínez. Unas pocas semanas después nació Carmela, hija de Carmen y quién sabe si también de José Durán, admitiendo la falta de certeza sobre su paternidad pese a que todos los indicios así lo apuntaban.

Esta dualidad acabó en el momento exacto en que comprendió que sólo junto a Carmen podría dar sosiego a su espíritu. Tras una década de matrimonio y cuatro hijos, Petra se convirtió en un freno, un obstáculo para

sus planes. Quizá no fuera odio, ni siquiera desprecio, tan sólo la constatación brutal de una ruptura definitiva.

Cuando en 1914 estalló la Primera Guerra Mundial, Gustavo cumplió ocho años. Se apreciaban ya los rasgos que harían de él un joven atractivo —rubio, de ojos claros y mirada luminosa—, los mismos que marcaban inefablemente la huella de su progenitor. Araceli se parecía poderosamente a ambos. También rubia, de piel blanca y rostro delicado. En verano Petra viajaba con los niños a El Grado, donde Gustavo recorría en sus juegos la silueta recortada del Mon, al igual que su padre había hecho treinta años antes.

El año 1915 estuvo plagado de señales que esbozaban su futuro sin que él fuera consciente de su significado. El 15 de abril se estrenó en el teatro Lara de Madrid *El amor brujo*, de Manuel de Falla. El cartel publicitario de la función otorgaba en su tipografía importancia similar al autor, Falla, a la bailarina Pastora Imperio y, excepcionalmente, al escenógrafo, el pintor canario Néstor Martín-Fernández de la Torre, un artista reconocido en la época al que las crónicas llamaban «el poeta del pincel» o «el poeta de la belleza y el misterio». Gustavo Durán, con tan sólo nueve años, estaba lejos de apreciar la renovación artística y el valor musical de Falla y de sus composiciones, pero la cita cobra sentido porque el músico andaluz sería referencia y conocido suyo en los próximos años. El trabajo de Néstor como diseñador y escenógrafo de la obra logró un reconocimiento unánime, confirmando su carrera ascendente como artista. Ni él ni Gustavo Durán sospechaban entonces la profunda relación que les uniría ni la importante influencia que uno ejercería sobre el otro.

En ese mismo tiempo, en aquel año de 1915 que tan fértil resultó en citas decisivas para el futuro de Gustavo, se inauguró la nueva y definitiva sede de la Residencia de Estudiantes en la colina de los Chopos, un lugar en el que años más tarde el joven Durán hallaría la amistad, descubriría su capacidad como intérprete y compositor, y viviría la que posiblemente fuera la etapa más feliz de su vida.

Unos meses después, ya iniciado 1916, Petra desconocía que estaba a punto de consumarse la tragedia. Tras la pérdida de su hijo Leopoldo, se había refugiado en la religión con una devoción que la inducía a confesarse en la iglesia varias veces al día. Ignoraba que ése sería vano consuelo para el destino cruel que le aguardaba, como desconocía que sería su propio marido el instigador de su desdicha. Cuando fue recluida en el sanatorio psiquiátrico Esquerdo en Carabanchel (Madrid), sus hijos tampoco sospechaban que

nunca regresaría. Sólo volvió ocasionalmente en las primeras semanas, aduciendo los médicos que su estado no requería un internamiento definitivo, pero siempre se topó con la influencia de un esposo determinado a alejarla de su hogar. A cada breve período de libertad lo sucedía una reclusión cada vez más prolongada.

José Durán pidió a su hermana Marina, una mujer sencilla que sentía devoción por él, que abandonara Barcelona para ir a Madrid a cuidar de sus hijos. Marina Durán se convirtió en una madre adoptiva dispuesta a encargarse de los niños y a cubrir el vacío dejado por Petra. Poco tiempo después, cuando su internamiento se hizo irreversible, Carmen y su hija Carmela fueron a vivir con ellos a su nueva casa de la calle Mayor. Ante la gente, Carmen se presentaba como una pariente lejana, pese a que los rumores y el tiempo situaron aquella relación en sus justos términos. Los hijos la llamaban «tía», y «prima» a la jovencita de la edad de Araceli. José Durán, reconociendo la culpa pero evitando el remordimiento, convivió con las dos familias mutiladas con él como único nexo común.

El 4 de julio de 1918, a petición de José Durán, Petra fue trasladada desde el sanatorio Esquerdo, centro privado de elevado coste, al entonces llamado Manicomio de Mujeres de Ciempozuelos (hoy Complejo Asistencial Benito Menni), de carácter público y asistido por religiosas. Su historial médico certifica que entonces sufría «paranoia crónica con delirio místico». Posteriormente, se le diagnosticó también esquizofrenia en estado avanzado, sin que ninguno de los fríos informes clínicos aclare su auténtico estado al ingresar por primera vez o si los años de encierro no sirvieron, en realidad, para agravar su supuesta demencia. A la soledad del centro psiquiátrico, Petra añadió un aislamiento mayor, personal e intencionado, evitando el contacto con las demás pacientes y con el personal sanitario. Todo lo que silenciaba ante los demás, parecía reservarlo para sí. Hablaba y musitaba consigo misma constantemente. A veces tenía episodios de agresividad y se autolesionaba. Sólo parecía mantener un distante vínculo con la realidad cuando la figura de su marido surgía en alguna de las escasas conversaciones con los doctores. Entonces, con aparente lucidez, brotaban de sus pensamientos menciones temerosas al «tío José».

Con el tiempo, los hermanos Durán aceptaron a Carmela pero no olvidaron a su madre ni la causa de su alejamiento. La mayor, Josefina, entonces todavía adolescente, fue quien encaró con mayor despecho la situación. Nunca se resignó a la presencia de Carmen, transformando el repudio en una rabia difícilmente contenida que originaba numerosas

discusiones, a las que sólo la autoridad del padre era capaz de poner fin. Los cuatro hermanos Durán crecieron en aquel entorno complejo en el que sistemáticamente se inculcaba el olvido hacia Petra. Quizá no fuera la consecuencia más importante, pero sí ilustra las limitaciones de aquella convivencia forzada el hecho de que en su período escolar ninguno de los hermanos pudiera llevar a sus amigos a casa. Pese a todo, esa situación les forzó a madurar, a convivir con responsabilidades y problemas impropios de su edad, a mantenerse férreamente unidos entre ellos, protegidos por el apoyo mutuo, trazando desde entonces lazos vitales que superaban la mera relación fraternal.

Gustavo concentró su instinto protector sobre Araceli, la más pequeña. Se ocupaba de ella, la instruía, la acompañaba y la mimaba. Ernesto y Gustavo, Gustavo y Ernesto, sin alterar prioridades, se erigieron así en puntales masculinos de la familia, cada uno a su modo, cada uno forjando su carácter: el de Ernesto callado y serio; el de Gustavo más resuelto y comunicativo.

Ernesto comenzó a ayudar a su padre en la tienda, y a la edad requerida estudió ingeniería en la Universidad Central de Madrid. Araceli trabajó desde los catorce años como secretaria de su padre, llevando su contabilidad y escribiendo a máquina sus cartas. Josefina se casó joven con su prometido, José Sagredo, buscando en el matrimonio una salida. Gustavo, desde muy joven, creyó hallar ese desahogo en la música.

Descubrió su afición a escuchar los acordes del piano familiar, guiado por el sentido musical de su madre y por las canciones que ésta les cantaba, pero brotó con intensidad tras asistir a una representación de la ópera *Madame Butterfly*, de Puccini. Aquella obra, que tantos paralelismos encerraba con su propia realidad, la de una mujer víctima del amor y de su hombre, despertó en él, con tan sólo once o doce años[1], un instinto musical que se reveló como vocación. En otros jóvenes de su edad aquel arrebato habría sido entendido como un capricho efímero, pero la determinación y el carácter de Gustavo probaron que la suya era una voluntad firme.

Todavía era un niño, casi un adolescente, pero con signos de una singular personalidad. Su inclinación por el orden y la organización apuntaba modales de una madurez superior. Pulía con esmero su preciada colección de monedas, que guardaba entre algodones, limpiaba su pelota de juegos cada vez que la usaba y ordenaba meticulosamente las escasas pertenencias que atesoraba. Prácticas de niño a las que nunca renunció y que constituyeron años más tarde una seña de distinción inequívoca, particularmente útil y apreciada cuando las circunstancias de la historia requirieron, frente al caos de la guerra, orden y

organización. Extendía esta devoción por la pulcritud a sí mismo, siendo notorio su aspecto siempre elegante, el extremo cuidado en el vestir y la atención a los pequeños detalles de su indumentaria.

Su inteligencia rivalizaba con otras dos cualidades íntimamente asociadas: una proverbial facilidad para los idiomas y una memoria prodigiosa, casi fotográfica, que le permitía recitar párrafos enteros de texto con poco más que una lectura superficial. Pese a ello, no fue un alumno modelo ni estaba dotado para la disciplina académica. Prefería su propio orden también en el campo de la formación, según sus preferencias y sus lecturas. El espíritu de superación constituyó otro de sus rasgos más característicos. Apremiado por la propia conciencia de su talento, siempre quiso destacar en cuantas facetas emprendió, ya fueran éstas la música, la carrera militar o la diplomacia.

Posiblemente existía en ese afán una rivalidad inconsciente por superar la figura del padre, un deseo soterrado de sobreponerse a su presión mediante el éxito y demostrar capacidad propia para librarse de su influjo. A todo ello sumaba condiciones personales poco comunes, y en las que la gracia y el ingenio —la simpatía, dirían muchos— figuraban entre las más notables. En el resumen de todas estas cualidades se esbozaba una personalidad de la que brotaba un joven activo con múltiples inquietudes, pero del que también nacía un deseo manifiesto de evadirse de un entorno asfixiante.

Los años de estudiante afirmaron su vocación musical. El suyo fue un camino paralelo al de otros jóvenes de familias acomodadas. Hizo la comunión en la parroquia de la Concepción el 7 de mayo de 1914 y estudió en el colegio Clásico-Español. De ese período constan al menos dos diplomas correspondientes a 1914 y 1915 «en testimonio de la honrosa distinción debida a su mérito»[2]. En 1920, quizá aconsejado por su familia para adquirir una formación práctica, se matriculó en la Escuela Central de Comercio Español de Intendentes Mercantiles. Pero no encontró alicientes en este aprendizaje ni dejó huella en una voluntad ya claramente orientada en otra dirección. Un curso le bastó para comprender que su destino no estaba escrito en áridos manuales de comercio, sino en partituras en blanco sobre las que plasmar su vocación artística. Ésta se hizo realidad en 1921.

Ese año, el siguiente de su fallido intento como perito comercial, se inscribió en el Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid con un ímpetu sorprendente. Estudió a la vez seis cursos, los tres primeros años de solfeo y los tres de piano. En 1922, con dieciséis años, se examinó por libre y los aprobó todos, cierto que con una calificación baja a excepción del tercer curso de solfeo, en el que obtuvo un diploma especial de primera clase

reconociendo sus aptitudes musicales. En el curso posterior relegó el solfeo y se centró en el piano. Cursó cuarto y quinto en los años 1922-1923, con la misma disparidad de calificaciones. En 1923-1924 cursó sexto de piano, el único en que se matriculó de forma oficial con asistencia a las clases y no mediante examen libre, y en 1924-1925 se inscribió para el séptimo. Sobre este año, en su expediente simplemente se menciona: «Presentado en dos ocasiones y sin calificación»[3].

Al margen de las notas y fechas, su expediente muestra la radiografía de un joven autodidacta apasionado por la música, impetuoso en su afán por adquirir una formación teórica que finalmente no completó y que generaría lagunas técnicas en su carrera de músico. En el conservatorio recibió clases de piano de José Trago, condiscípulo de Isaac Albéniz y profesor de Manuel de Falla o Enrique Granados. También fue alumno de Joaquín Turina, como muestran dos de las pocas cartas conservadas de Gustavo Durán relativas a ese período.

Mientras tanto, manifestaba deseos cada vez más intensos de evadirse de su realidad diaria, del conflicto que representaba la autoridad del padre frente a sus deseos, por edad y por espíritu, de emprender, conocer y experimentar. Los vínculos que le ataban pesaban más que los que le impulsaban a huir, pero sólo sería cuestión de tiempo cumplir sus propias aspiraciones. Cuando lo haga, su vida nada tendrá en común con la experiencia adquirida. El primer Gustavo Durán liberado del celo familiar vivirá intensamente una vida de artista y lo hará rodeado de artistas e intelectuales, en París, en Madrid y en Canarias. En ella se iniciará con su habitual precocidad de la mano de apellidos entonces anónimos pero de vertiginosa celebridad en los años venideros: García Lorca, Alberti, Buñuel y, por supuesto, Néstor Martín-Fernández de la Torre.

2

El espíritu de un artista

> Un centenar de personas de primer orden trabajando con la ilusión máxima, a alta presión. ¿Qué más puede pedir un país?
>
> JOSÉ MORENO VILLA,
> *Vida en claro. Autobiografía*

Coincidiendo casi en el tiempo con la llegada de los Durán a Madrid, un profesor malagueño heredero ideológico de la Institución Libre de Enseñanza, Alberto Jiménez Fraud, fundó en la capital la Residencia de Estudiantes. Este hecho, aparentemente alejado de la biografía personal de Gustavo Durán, tendría, sin embargo, una influencia decisiva en su vida. Él nunca se alojó en el palacete neomudéjar de la calle Pinar, pero su evolución posterior sería incomprensible sin sus visitas y sin la amistad de las personas que allí conoció. Aquel foco de juventud y genialidad alumbró la etapa más creativa de su vida, dando satisfacción a sus aspiraciones y permitiendo el contacto con amigos que forjaron su personalidad y orientaron su talento.

Tras concluir sus estudios de derecho en la Universidad de Málaga, Jiménez Fraud entró en contacto con la Institución Libre de Enseñanza fundada por Francisco Giner de los Ríos. La relación profesional con éste y sus métodos laicos dejaron una profunda huella en Jiménez Fraud, quien completó su visión académica con una visita prolongada a Inglaterra entre 1907 y 1909. De ella extrajo un modelo pedagógico a semejanza de los impartidos entonces en Oxford y Cambridge, basados en la estrecha relación entre profesor y alumno. Durante esa etapa en el Reino Unido, y en coordinación con José Castillejo, ayudó a estudiantes españoles a encontrar

alojamiento en los centros estudiantiles británicos. Conoció a fondo su funcionamiento y también los internados.

A su regreso decidió poner en práctica un sistema similar construyendo un centro donde los jóvenes estudiantes de fuera de Madrid pudieran alojarse, rodeados del mismo espíritu universitario, entre compañeros de estudios, ejerciendo una tutoría permanente, creando una cadena de instrucción entre la universidad y la propia residencia que permitiera al alumno mantenerse siempre dentro de un ambiente académico. No era su objetivo construir un simple hotel de estudiantes, del que por entonces Madrid carecía y que obligaba a los alumnos a alquilar habitaciones en modestas pensiones, sino inaugurar un centro completo de formación y descanso. Jiménez Fraud proyectó su idea bajo la premisa de que sólo con un cupo reducido de estudiantes podría impartir su modelo.

La primera Residencia de Estudiantes se inauguró el 1 de octubre de 1910, en un caserón en el número 14 de la calle Fortuny de Madrid, y contaba con quince alumnos. Gozó de todas las bendiciones oficiales e incluso del patronazgo real cuando el rey Alfonso XIII visitó las instalaciones y donó una suma importante para su mantenimiento. En pocos meses la residencia adquirió nuevos inmuebles en la misma calle y atendió una demanda creciente de alumnos. Debido al éxito pronto resultó necesario un edificio mayor, diseñado expresamente para dar cabida a las nuevas iniciativas de la residencia.

Se eligió para edificar la nueva sede un promontorio en lo que entonces eran los límites de Madrid en su zona norte, al este de la plaza de San Juan de la Cruz. Fuera de estos terrenos sólo existían el hipódromo, en los terrenos donde posteriormente se construyeron los Nuevos Ministerios, y algunas edificaciones inconexas como el actual Museo de Ciencias Naturales, erigido sobre una ladera para albergar lo que entonces fue el Museo de Industria y de las Bellas Artes. Aquel lugar presentaba entonces un aspecto un tanto inhóspito y desangelado. Se lo conocía como los altos del Hipódromo o el cerro de los Vientos, porque allí el aire acosaba sin descanso, sin vegetación alta o árboles tupidos que lo impidieran.

En 1914 comenzó la construcción de los cinco pabellones previstos, si bien no todos se concluyeron a la vez. A un ritmo sorprendentemente veloz para la época, un año después, a mediados de 1915, se inauguraron los tres primeros, demorándose unos meses más la culminación de los edificios cuarto y quinto.

La nueva Residencia de Estudiantes, la que siempre se identificaría como la única olvidando los inicios de la calle Fortuny, se diseñó según los cánones del estilo neomudéjar, con todas sus fachadas revestidas de ladrillo visto. Los interiores eran, y son, austeros y funcionales, según los gustos personales de Jiménez Fraud y la finalidad con la que había concebido el lugar, sin que ello impidiera dotar a la residencia de modernas instalaciones como el célebre laboratorio de fisiología general que albergaba su sótano, y por el que pasaron algunos de los científicos más brillantes de la época, como Juan Negrín, su director, Severo Ochoa o Francisco Grande Covián, ambos alumnos del primero.

La biblioteca representaba otro aliciente de la institución, con suscripciones a publicaciones periódicas del extranjero que difícilmente se encontraban en otros puntos de la ciudad. Desde un principio, la residencia organizó conferencias para sus alumnos de tal prestigio que no sólo intelectuales españoles, sino también científicos y artistas extranjeros, hallaron eco en sus salones. Entre los primeros cabe citar a Eugenio D'Ors, Ortega y Gasset, Valle-Inclán, Ramiro de Maeztu, los hermanos Manuel y Antonio Machado, el residente Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Gregorio Marañón, Rafael Alberti, Salvador de Madariaga y un larguísimo etcétera. Entre los extranjeros, quizá la más célebre de las intervenciones fue la de Albert Einstein, quien en 1923 pronunció una disertación sobre la teoría de la relatividad traducida simultáneamente del alemán por José Ortega y Gasset. Los escritores H. G. Wells, G. K. Chesterton, Louis Aragon y el economista John M. Keynes también acudieron a la residencia a su paso por Madrid, convertida en los años veinte y principios de los treinta en la principal entidad cultural de la capital.

Otro ejemplo de esta profusión artística es la atención que se prestó a otras disciplinas como la música y el cine, en las que requieren una mención particular los conciertos de Maurice Ravel, Andrés Segovia y Manuel de Falla en 1928 y de Igor Stravinski en 1933, o las sesiones cinematográficas de Luis Buñuel.

Las habitaciones eran individuales las más caras y dobles las más económicas, pero todas ellas sobrias, con los enseres esenciales para el descanso y el estudio: cama, mesa, silla y armario. Jiménez Fraud y su equipo impusieron esa misma austeridad al espíritu del centro, desde un principio marcado por un cierto puritanismo académico, bastante estricto en las normas de convivencia. Estaba prohibido hacer ruido por la noche y no se servía alcohol ni vino en las comidas. El café se había sustituido por el té, una rareza

importada desde Inglaterra que fue una de las costumbres más perdurables de la residencia, y que Lorca inmortalizó con ironía años más tarde en uno de sus dibujos de juventud, *La desesperación del té* (1924). El salón de actos, frecuentado por los estudiantes como centro de reunión, acogía un piano de cola Pleyel que años más tarde Lorca y Gustavo Durán tocaron en las veladas musicales que congregaron a tantos amigos en torno al poeta granadino.

En el exterior se proyectó una zona ajardinada bajo la supervisión del poeta Juan Ramón Jiménez, quien vivió en la residencia hasta su matrimonio con Zenobia Camprubí en 1916. El escritor onubense diseñó una frondosidad casi bucólica gracias a la proliferación de chopos, un seto de boj y unas adelfas. El lugar se prestaba al paseo meditativo o al mero placer de la contemplación, tal y como el director de la residencia deseaba, en un conjunto integral interno y externo pensado para dar satisfacción a las inquietudes intelectuales de sus jóvenes pupilos. Fue la mente lírica de Juan Ramón Jiménez la que, al contemplar el sencillo pero hermoso jardín, rebautizó aquel cerro de los Vientos como la colina de los Chopos.

El deporte, de acuerdo con las doctrinas más modernas, también ocupaba un espacio en el programa formativo, con la práctica de tenis, fútbol y otras actividades a las que Luis Buñuel, por ejemplo, fue tan asiduo. El emblema escogido por Jiménez Fraud como símbolo de la residencia fue el perfil de un busto griego del siglo V a. C. que representaba a un efebo de pelo rizado conocido como «el atleta rubio»; por cierto, de curiosa similitud con el Gustavo Durán adolescente.

El centro albergó un número relativamente reducido de estudiantes: ciento cincuenta. Esta cifra se mantendría estable desde la inauguración hasta el inicio de la Guerra Civil. La residencia o «la Resi», como era conocida por los estudiantes, inició su andadura en 1915 en la colina de los Chopos aunque la burocracia municipal ya hubiera ubicado su dirección en el número 17 de la calle Pinar (hoy el número 21), entonces alejada del Madrid más urbano pero a unos pocos minutos en tranvía de los teatros y las tertulias de café.

José Moreno Villa, responsable junto con Jiménez Fraud de la residencia, apuntó en sus memorias una estampa realmente envidiable de lo que acontecía en el centro:

> Pienso en mi cuarto, lleno de sol mañanero en un día de domingo. Yo ponía mis discos de Fox o de zarzuelas antiguas mientras pintaba. La juventud eterna, los estudiantes, se esparcían por los campos de juego, cantaban bajo las duchas, tomaban baños de sol en las terrazas o discutían

> en sus cuartos. Abajo, en unos bancos, platicaban con Jiménez Fraud, Ortega y Gasset, don Blas Cabrera, Sacristán, el psiquiatra, y algunos otros que no eran tan asiduos como éstos… En suma: que Madrid hierve, que mis amigos quieren superarse. Todo, todo un enjambre… ¡qué maravilla! Durante veinte años he sentido ese ritmo emulativo y he dicho: así vale la pena vivir. Un centenar de personas de primer orden trabajando con la ilusión máxima, a alta presión. ¿Qué más puede pedir un país[4]?

Desde su apertura, José Bello Lasierra, un joven aragonés nacido en Huesca en 1904, ocupó una de las habitaciones de la residencia. Su padre, Severino Bello, era un próspero ingeniero inspirado por el mismo celo reformista que compartían Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos, amigos personales suyos. No es de extrañar, pues, que tanto Pepín como sus hermanos Severino y Manuel siguieran los pasos de Jiménez Fraud por Madrid, desde la calle Fortuny a la calle Pinar, habitando las dos ubicaciones de la residencia. Bello estudió medicina y abandonó la residencia en 1924 a causa del traslado de su padre y del resto de la familia a Madrid al ser nombrado director del Canal de Isabel II, haciendo innecesario su alojamiento fuera del hogar familiar. Pese a su prematura separación del centro, la cordialidad y el sentido de la amistad de Pepín Bello calaron hondo en la colonia de residentes, convirtiéndose antes de su marcha en un amigo entrañable de muchos de ellos y en catalizador del grupo que integraron Lorca, Dalí, Buñuel y también Gustavo Durán.

No escribía, no pintaba, no hacía cine ni componía música, pero poseía una imaginación plástica dotada para la abstracción. Dalí y Buñuel conocían bien sus ideas reveladoras, que en ocasiones les inspiraron y reflejaron en sus obras. El pintor catalán le retrató y Buñuel intentó sin éxito que apareciera en *Un perro andaluz*. Bello era un conversador inteligente y poseía una curiosidad casi infinita. De él escribió José Bergamín en la *Gaceta Literaria* del 1 de febrero de 1929 que Lorca y Dalí eran «menos originales, menos auténticos, sin duda». Siempre se le consideró merecidamente un artista genial, aunque sin obra. Lorca le tuvo por un amigo leal y cercano, un confidente al que recurrió hasta su muerte. Memoria privilegiada y lúcida de una época irrepetible, Bello sobrevivió a todos sus amigos para aportar el testimonio vivo de su recuerdo hasta su fallecimiento en Madrid a la edad de 103 años en enero de 2008.

Luis Buñuel, también aragonés, nacido en 1900 en Calanda (Teruel), se incorporó a la residencia en 1917, tras concluir el bachillerato en Zaragoza. Su padre había hecho fortuna en Cuba y planeaba para él un futuro como

ingeniero. Así fue como el joven Buñuel se matriculó en la facultad de ingenieros agrónomos, pese a que después tomara un rumbo errático, cambiando de estudios e interesándose por la entomología para, finalmente, inscribirse en la facultad de filosofía y letras. Si algo no le generaba dudas en aquellos años de juventud era su pasión por el deporte, que practicaba a primeras horas de la mañana en los jardines de la residencia con voluntad espartana. El boxeo era su disciplina favorita, acorde con su carácter independiente y tenaz, pero le gustaban también el lanzamiento de jabalina o el atletismo. No descuidaba por ello su faceta intelectual y, si bien no terminaba de encajar en las carreras técnicas que emprendía, se sentía plenamente cautivado por las vanguardias artísticas que eclosionaban en Madrid al abrigo de movimientos paralelos en el resto de Europa. Antes de militar en el surrealismo lo hizo en el ultraísmo y admiró a Ramón Gómez de la Serna, por cuyas greguerías sentía una profunda admiración. Buñuel solía acompañarle en sus tertulias nocturnas del café Pombo, a un paso de la Puerta del Sol, todos los sábados por la noche.

En 1919 llegó a Madrid un joven poeta granadino precedido de cierto prestigio local pero todavía poco conocido en la capital. Ya había publicado su primera obra (*Impresiones y paisajes*, 1918), curiosamente un texto en prosa, y una limitada producción en verso que aún no había visto la luz fuera de los circuitos artísticos de Granada. Federico García Lorca tenía veintiún años cuando se trasladó a Madrid con la intención de proseguir sus estudios paralelos de derecho y filosofía y letras, que había iniciado en la Universidad de Granada. En la capital le aguardan un grupo de ilustres granadinos convencidos de sus posibilidades de éxito literario, y entre éstos Melchor Fernández Almagro destacará en su condición de amigo y cicerone del poeta.

Federico se matriculó en la Universidad Central, si bien su vocación literaria primaba sobre sus obligaciones académicas, y siempre preservó, como Buñuel, Dalí, Pepín Bello o Gustavo Durán, una devota lealtad a la formación autodidacta. Se sintió más cautivado por las tertulias, la lectura, los actos culturales, el teatro, los recitales, el cine, la música o la relación con sus amigos que por las aulas. Madrid le sedujo y ejerció sobre él una atracción deslumbrante. La efervescencia cultural que surgía en la ciudad en los primeros años veinte, donde las vanguardias artísticas rivalizaban por impresionar a sus nuevos adeptos, generó en el poeta una impresión grata de la que nutrió su experiencia literaria y personal. A ello contribuiría de manera notable la Residencia de Estudiantes y el grupo, el numeroso grupo, de amigos e intelectuales que conoció en ella durante aquellos años.

Su primer destino en Madrid fue una pensión de la calle de San Marcos, aunque pronto se trasladó a la residencia. Alquiló un cuarto a razón de siete pesetas al día. Se trataba de una habitación individual en el pabellón conocido como el Trasatlántico, debido a que la barandilla que cubría el balcón se asemejaba a la cubierta de un buque. Era un parecido un tanto forzado al que la imaginación desbordada de los residentes bautizó para siempre con aquel sobrenombre marinero. Meses después, tras conocerle, el poeta Rafael Alberti realizó este retrato magistral y lírico de la monacal habitación de Lorca:

> Casi una celda, alegre, clara. Cuatro paredes blancas, desprovistas. A lo más, un dibujillo a línea de Dalí, recién fijado sobre la cama del residente de aquel cuarto. Porque estamos en la Residencia de Estudiantes, sobre los altos del Hipódromo madrileño. ¿Una celda? Quizá más bien una pequeña jaula supensa [sic] de dos adelfas rosadas, abrazada de dos madreselvas piadosas, vigiladas por largos chopos tembladores, hundido el ancho pie en el canalillo de Lozoya. Y todo al alcance de la mano: flor, árbol, cielo, agua, la serranía sola, azul, el Guadarrama ya sin nieve[5].

Durante los siguientes meses Lorca conoció Madrid y Madrid conoció a Lorca. Se introdujo con rapidez en los círculos literarios gracias a su talento, su propia personalidad y sus numerosos amigos. Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Luis Cernuda, Pedro Salinas y Vicente Aleixandre se unieron progresivamente al amplísimo círculo de contactos del poeta. Pero fueron Salvador Dalí y Luis Buñuel, amigos y residentes, sus más próximos compañeros de aquellos años de iniciación. La curiosidad intelectual innata del aragonés se sentía plenamente recompensada por la sensibilidad artística del granadino, quien a menudo le leía sus nuevos poemas en paseos por el campo próximo a la residencia. Buñuel admitió que Lorca le abrió la puerta a un mundo para él bastante desconocido: la poesía española.

En septiembre de 1922 ingresó en la Residencia de Estudiantes otro de sus huéspedes más ilustres, aunque entonces no habían aflorado en su plenitud los rasgos de excentricidad y genio que convirtieron a Salvador Dalí en un pintor tan admirado por su obra como controvertido en su personalidad. Nacido en 1904 en Figueres (Girona), llegó acompañado de su padre, el notario Salvador Dalí Cusí, y de su hermana Ana María. El pintor gerundense contraponía la extravagancia a su natural timidez, y, en consecuencia, el Dalí que accedió a «la resi» a finales del verano de 1922 despertó más extrañeza que afinidad personal. Su introversión dificultaba su relación con los demás, a

la que no contribuía su aspecto en apariencia descuidado, pero en realidad profundamente elaborado para ofrecer la imagen de un ser diferente, de un artista original de compleja adscripción en los gustos estéticos de la época. Lucía un pelo largo y lacio, muy alejado de los cánones masculinos, y solía vestir una capa decimonónica oscura complementada con un bastón dorado. Su aspecto parecía extemporáneo en aquel rincón de Madrid que pugnaba por aportar modernidad. Dalí tardó en intimar con el resto de los residentes, y, según la versión más extendida, fue Pepín Bello quien, al pasar un día por la puerta de su habitación, descubrió alguna de sus obras. Inmediatamente le invitó a sumarse a su grupo de amistades. Surgió entonces una relación múltiple en la que Salvador conectó particularmente con Federico, aunque cultivó la amistad de muchos otros residentes y artistas.

Tras ser expulsado durante un año de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, regresó a Madrid en septiembre de 1924. Llegó precedido de cierta notoriedad como extremista político, adscrito a movimientos de corte revolucionario y enorgulleciéndose de su breve paso por la cárcel, donde fue recluido en una redada preventiva efectuada con motivo de una visita del rey Alfonso XIII a Figueres en mayo de 1924. A su vuelta ya era un joven menos tímido, o al menos capaz de disimular su timidez, decidido a triunfar en el mundo del arte. Aprovechó su estancia en Girona para pintar, alternando el cubismo y el realismo antes de dar forma a un estilo más personal y militar plenamente en el surrealismo. Bello y Buñuel estaban allí y pronto reemprendieron la relación con el artista catalán. A su retorno de una estancia temporal en Granada en enero de 1925, Lorca también volvió a ver a su amigo.

El año de la llegada de Dalí a la residencia, 1922, y el de su reencuentro con Lorca en 1925 marcan el período de mayor relación personal entre todos ellos en el entorno de la residencia. A partir de 1925 Buñuel abandonó Madrid para instalarse en París, Lorca seguiría residiendo intermitentemente hasta 1928 pero su presencia sería menor, mientras que Dalí se marchó cuando fue expulsado definitivamente de la Academia de San Fernando en 1926. Aquellos primeros tres años constituyeron el epicentro de su vida en común y de su relación artística y personal. También fueron los años en que Gustavo Durán se incorporó al grupo. Lo hizo a través de su amistad previa con el pintor Néstor Martín-Fernández de la Torre y con su primo Claudio de la Torre.

En esa época Néstor era ya un pintor consagrado, de amplio reconocimiento artístico y notable éxito. Nacido en Las Palmas de Gran

Canaria en 1887, desde niño mostró una clara vocación pictórica. Con apenas doce años, el pintor Eliseo Meifrén y Roig le aceptó como discípulo, y más tarde obtuvo una beca para continuar sus estudios en Madrid. Apenas iniciado el nuevo siglo, Néstor se estableció en la capital y recibió clases del pintor Rafael Hidalgo de Caviedes. Conoció también el Madrid artístico que se daba cita en los cafés frecuentados por Zuloaga o Romero de Torres. El Museo del Prado le sirvió de escuela magistral para aprender y copiar de los grandes maestros. Poco a poco, el pintor canario comenzó a destacar y a lograr que su nombre se hiciera un hueco en los grupos de iniciados y amantes del arte. Su talento fue premiado en varios certámenes y reconocido públicamente pese a su juventud. Su primera etapa madrileña concluyó con un retrato de Alfonso XIII. Decidió entonces continuar su formación en París y Londres, para establecerse posteriormente en Barcelona, donde inauguró su primer estudio de pintura en 1907.

Inicialmente se sintió atraído por el simbolismo, para evolucionar posteriormente hacia el modernismo. Un año después presentó su primera exposición en el Círculo Ecuestre de la Ciudad Condal, con una colección de retratos entre los que destacó el de María Rusiñol, *La dama de las rosas*, una composición original y provocadora en la que dominaban el color rojo y la combinación de decenas de rosas. En reconocimiento a su labor, fue designado para representar a España en la Exposición Universal de Bruselas de 1910 con la pintura *Epitalamio*.

Néstor emprendió después una segunda gira por Europa en la que visitó de nuevo París y Londres. En 1914 presentó su primera exposición en la capital, en la sala Lizárraga de la calle Mayor, al tiempo que participaba en una muestra colectiva en la Grafton Gallery de Londres. Meses después recibió el encargo de componer la escenografía y los figurines de *El amor brujo* de Manuel de Falla, estrenada en 1915 en el teatro Lara de Madrid. Su trabajo recibió el elogio unánime y permitió a Néstor, además de consolidar su carrera artística, acceder al mundo del teatro y de la escenografía. En esa época inició el gran conjunto artístico que se convertiría en su proyecto vital, *El poema de los elementos*, un retablo donde pretendía integrar su particular visión del mar, la tierra, el fuego y el aire. Sólo concluyó el primero, *El poema del Atlántico* o *Poema del mar*, formado por ocho piezas que describen los estados de la mar y los momentos del día (*Amanecer, Bajamar, Borrasca, Mar en reposo, Mediodía, Noche, Pleamar* y *Tarde*). En el momento de su muerte dejó inacabado el conjunto del *Poema de la tierra*, si bien concluyó

varias de las obras que lo integraban. Sus otros dos poemas imaginados, los del aire y el fuego, nunca vieron la luz.

En los años veinte se trasladó a Madrid e inauguró un estudio en la calle Alameda, frente al Museo del Prado, que tanto frecuentó años antes y al que regresaría en numerosas ocasiones. Su estudio era un santuario dedicado al gusto más personal del autor, de un estilo barroco y recargado. Le gustaba rodearse de una decoración decimonónica, con encajes y bordados, columnas, cerámicas, bustos y un diván rojo de terciopelo. Las paredes estaban cubiertas de lienzos y dibujos. Ningún espacio libre escapaba al celo decorativo del pintor canario. Los periódicos le elogiaban con insistencia y su figura se hizo asidua en los salones del Madrid más cosmopolita.

Su primo Claudio de la Torre le acompañó en muchas de estas reuniones, adquiriendo en ese momento un renombre similar al de Néstor. Claudio había orientado su talento hacia la literatura y alcanzó un éxito prematuro en novela y teatro. A su regreso de la Universidad de Cambridge, donde había sido lector de español, obtuvo un notable éxito con su conjunto de relatos *La huella perdida* (1920), si bien el éxito y la popularidad le llegarían tras la publicación de la novela *En la vida del señor Alegre*, que obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1924.

Ambos frecuentaban la residencia y conocían a muchos de sus huéspedes, siendo Claudio quien mantuvo una relación más fluida con ellos debido a su interés por las vanguardias literarias, que tanto eco tenían entre los residentes. Existen documentos que prueban la amistad de Néstor y Claudio con Lorca, por ejemplo, desde 1923. A ese año pertenece una dedicatoria del poeta granadino al pintor canario, escrita en la primera obra en verso editada de Lorca, el *Libro de poemas*, y que reza: «Para mi querido amigo el gran Néstor. Con toda mi admiración. Federico, Madrid 1923». Néstor frecuentó también a Luis Buñuel y Salvador Dalí, que en aquellos primeros meses de aprendizaje se reconoció como admirador suyo pese a que su evolución pictórica posterior discurriera por sendas muy dispares.

En ese mismo año tan agitado de 1923 Néstor Martín-Fernández de la Torre inició su relación con Gustavo Durán. El primer encuentro pudo haber tenido lugar en uno de estos tres escenarios: el café Pombo, el hotel Ritz o la Residencia de Estudiantes. Néstor acudió en esos meses al menos a dos citas en el Pombo. La primera, el 13 de febrero de 1923, con ocasión de la celebración del Carnaval, banquete al que también acudieron Luis Buñuel y Ernesto Durán. No hay constancia de que Gustavo estuviera presente, pero es muy probable que así fuera pues solía acompañar a su hermano mayor a las

tertulias. La referencia al Ritz como escenario de un primer encuentro entre pintor y músico nos remite a una exposición que tuvo lugar en esas fechas, en las que Néstor participó con algunas cerámicas decoradas por él mismo imitando el estilo oriental. No se puede, por último, obviar la propia residencia, frecuentada por Claudio, en menor medida por Néstor y también por Ernesto y Gustavo. Los dos hermanos ya se movían con asiduidad en esos ambientes artísticos con el mismo ímpetu y similar ilusión a la del grupo de residentes.

En todo caso, el lugar donde ubicar el inicio de la relación de Gustavo con Néstor reviste menos trascendencia que el momento, porque aquel encuentro, y los muchos que siguieron, transformaron su vida. La primera referencia documentada a la relación del pintor con el joven Durán está fechada el 30 de marzo de 1923 y corresponde a un catálogo de su primera exposición en Madrid, dedicado a Gustavo[6]. Éste aún no había cumplido los diecisiete años, aunque su apariencia física y también su personalidad sugerían una edad superior. Dalí y José Bello eran dos años mayores y Buñuel, seis. Lorca tenía entonces veinticinco años. Néstor representaba una excepción, un artista de una generación precedente, que en 1923, el año en que Gustavo Durán entró en su vida, acababa de cumplir los treinta y seis. Aquél fue también el instante crucial en que el joven estudiante de piano descubrió en la residencia un mundo ajeno a sus preocupaciones familiares y donde tenían cabida la creación artística y la vida sin límites, feliz y despreocupada, entre amigos interesados por las mismas inquietudes.

Al margen de Néstor, durante aquellos primeros meses forjó una relación particularmente estrecha con Luis Buñuel y Federico García Lorca. Respecto de este último se ha dicho que la naturaleza de su amistad fue posiblemente íntima, en alusión a la condición homosexual de Lorca y también, por entonces, de Gustavo Durán. En esos términos se han referido a ella Ian Gibson y Pedro Almeida, los mayores expertos en Federico García Lorca y Néstor Martín-Fernández de la Torre respectivamente. Es cierto que ambos congeniaron desde un primer momento y, con independencia de si compartieron o no su intimidad, no cabe duda de que esa faceta común debió de unirles. La amistad fue inmediata e intensa en esa primera mitad de 1923, al extremo de que el poeta le confiaba a Durán todos sus proyectos artísticos, incluso aquellos sobre los que mantenía una absoluta discreción.

Durante los primeros meses de 1923 Lorca trabajaba en una obra de guiñol en colaboración con Manuel de Falla para su adaptación musical. No se trataba del primer trabajo común en un género que ambos intentaban

rescatar de su consideración de arte menor. El 6 de enero de 1923 se celebró una sesión infantil de títeres en la casa de los García Lorca en Granada. El poeta había escrito para la ocasión una pequeña obra de título claramente lorquiano, *La niña que riega la albahaca y el príncipe preguntón*, y adaptado dos textos, el entremés *Los dos habladores* y el auto sacramental *El Misterio de los Reyes Magos*. Manuel de Falla dirigió el acompañamiento musical con interpretaciones de Stravinski, Albéniz, Debussy y Ravel. Todo ello en un ambiente familiar en el que la hermana del poeta, Isabel García Lorca, y su amiga Laura, hija de Fernando de los Ríos, cantaron dos canciones. Aquel marco entrañable convenció a los dos artistas de la necesidad de una colaboración futura de mayores dimensiones.

Falla trabajaba entonces en otra obra de títeres encargada por la princesa de Polignac. Se trataba de *El retablo de maese Pedro*, que ese mismo año se estrenó con éxito en Sevilla y París. Lorca, mientras tanto, superó sus últimos exámenes pendientes en enero y regresó a Madrid con la licenciatura de derecho en su haber pero sin el menor interés en ejercerla. «A partir de ese momento —diría su hermano Francisco— Federico no volvería jamás a mencionar su carrera universitaria ni a abrir un libro de derecho[7]». Durante esos meses el poeta empezó a concretar el proyecto comprometido con Falla. La idea era avanzar en una representación para guiñol de la *Tragicomedia de don Cristóbal y la señá Rosita*, en cuya modificación trabajaba, y colaborar en una ópera cómica cuyo título iba a ser *Lola la comedianta*. En aquel momento el poeta mantenía un celoso secretismo sobre su contenido incluso hacia el mismo Falla. Al único que parecía tener al corriente era a Gustavo Durán.

En julio de 1923 Lorca preparaba su regreso estival a Granada. Antes de irse de Madrid intentó despedirse de una de sus amistades, José María Chacón y Calvo, escritor y crítico literario cubano entonces residente en Madrid. Cuando llegó a su domicilio de la calle General Pardiñas estaba ausente. Le escribió una afectuosa nota de despedida que incluía un párrafo final con una descriptiva mención a su relación con el joven compositor: «He venido temprano porque Gustavito Durán no quiere separarse de mí ni medio minuto. Adiós, cubano; ya sabes cuánto te quiere. Federico»[8]. A ese período corresponde la primera composición musical conocida de Gustavo Durán, *El corazón de Hafiz*, en referencia al poeta persa del siglo XIV que cantó al amor universal y eterno. Dedicó la obra a Federico García Lorca.

Quizá fuera esta proximidad constante la que suscitó las reservas de algunos conocidos del poeta que veían en Gustavo a un advenedizo, o quizá

fuera cierto despecho profesional ante la confianza depositada en él frente al mutismo con el que Lorca silenciaba su nuevo trabajo. Ya era un autor reconocido tras la publicación en 1921 de su primera obra en verso, *Libro de poemas*, aunque aún estaba lejos de la notoriedad que alcanzaría posteriormente. Una minoría ilustrada le consideraba ya un valor literario firme cuya evolución seguían de cerca. Entre éstos figuraban Ernesto Halffter, el gran músico y discípulo de Falla que entonces intentaba abrirse camino con sus primeras composiciones, y Adolfo Salazar, un excelente crítico musical que fue mentor de toda la generación de compositores que surgió en aquellos años.

Ambos permanecían expectantes ante la nueva colaboración de Lorca y Falla. Por Gustavo, sin embargo, aventajado alumno del conservatorio y discípulo de Joaquín Turina, Salazar no parecía sentir entonces un excesivo aprecio. Lo reflejó sin reparos en una carta enviada el 23 de julio de ese mismo año a Manuel de Falla:

> Hay un muchachito [Gustavo Durán] con quien ahora está entusiasmado Federico y que, empeñado en ser compositor modernista, «liba» por cuantas partituras nuevas salen, y a Ernesto [Halffter] le fusila hasta los títulos. Por él sé que el gran Federico anda bien, pues parece que le escribe todos los días… El otro muchacho [Durán], amigo de Federico, toma lecciones de Turina, pero me temo que esto le termine de desorientar[9].

Los títulos a los que se refiere Salazar son las primeras composiciones para piano de Gustavo, *Deux danses pour le piano* (*Danse giae* y *Danse joyeuse*), ambas influidas por la música de Bartók y Stravinski, por quienes sentía admiración. Pero es cierto que la sonoridad y algún título, como sugiere maliciosamente Salazar, remiten también a Ernesto Halffter, quien en 1922 había estrenado, entre varias obras para piano, la *Marche joyeuse*. Con independencia del juicio expresado por Salazar, de la carta se deduce la estrecha relación personal que unía a Federico García Lorca y a Gustavo Durán. Existía, según Salazar, una correspondencia «diaria» entre Granada y Madrid, lamentablemente desaparecida o destruida. Nunca se ha hallado referencia de estas cartas y sólo se conservan unas breves tarjetas postales enviadas por Gustavo a Federico en los meses posteriores, actualmente en propiedad de la Fundación García Lorca.

A falta de otra información, debemos guiarnos por la correspondencia cruzada de Adolfo Salazar y Manuel de Falla. El primero vuelve a escribir al

compositor el 11 de agosto de 1923, de nuevo a propósito de la falta de noticias sobre el teatro de títeres, y otra vez surge la mención peyorativa hacia Durán: «No he recibido aún noticias de Federico sobre la sorpresa, pero me figuro en qué consiste, por lo que le ha escrito al joven discípulo de Turina»[10]. Falla reaccionó con cierta sorpresa, que de inmediato trasladó por escrito a Federico. La carta está fechada el 18 de agosto: «¿Escribió usted a Adolfo y a Halffter sobre lo del teatrillo? Salazar me ha escrito que por Durán sabe de qué se trata»[11]. Finalmente, la ansiada representación de los títeres de Lorca con música de Falla nunca tuvo lugar. El proyecto de colaboración se fue diluyendo entre silencios y retrasos.

Gustavo Durán, entretanto, abandonó Madrid durante el verano de 1923 invitado por el pintor Néstor para pasar una temporada con él en Las Palmas de Gran Canaria. Néstor era homosexual y sin duda se había sentido atraído por el físico y la personalidad de Gustavo. Desconocemos si su relación se inició en los meses previos en Madrid o fue durante aquel viaje a Gran Canaria, pero es un hecho que, durante los siguientes once años, mantuvieron una amistad íntima. Es de suponer que su padre nada supo de la naturaleza de la relación entre ambos en ese momento y que la consintió asumiendo que su hijo era y sería compositor. Su mundo estaba, pues, entre intelectuales y artistas.

Néstor era un hombre amable y generoso, de hábitos sencillos y con un modelo de vida bastante ordenado. No le faltaba dinero con su trabajo y mantenía una intensa actividad social, aunque gustaba más de la discreción y la intimidad de los lienzos en su estudio. La llegada de Gustavo representó sin duda un cambio sustancial para ambos. Su vitalidad y extraversión pronto hicieron mella en el pintor, dejándose contagiar por su ímpetu. Gustavo asumió desde aquel momento, y progresivamente, el papel de amigo, secretario y modelo del pintor.

El viaje en barco desde Cádiz a Canarias tardaba varios días y su precio en primera clase constituía una pequeña fortuna. Néstor costeó los gastos. La ciudad de Las Palmas impresionó al joven músico con su luz y su clima, su barrio antiguo y el exotismo que le proporcionaba su posición estratégica, cruce de rutas navales entre Europa, América y África. Pese a que no quedan testimonios escritos de Gustavo relacionados con ese período, resulta fácil intuir la felicidad que debió de sentir en aquellas semanas de despreocupada liberación. Todas las mañanas recorría la playa de Las Canteras, una deliciosa porción del litoral que baña la ciudad de Las Palmas. Su fisonomía actual poco tiene en común con la despoblada playa que Gustavo conoció por

primera vez en 1923, pero sus casetas de bañistas, blancas y azules como lo eran entonces, la brisa siempre limpia del Atlántico y el contorno ligeramente abrupto que la rodea permiten imaginar una estampa similar a la que el joven compositor descubría a diario en aquella primera experiencia de independencia personal.

Si la imaginación era la principal herramienta pictórica de Néstor, no descuidaba por ello la contemplación de la realidad para nutrir su fantasía. Era su pincel simbolista el que luego daba forma a modelos naturales. Aquel verano de 1923 el pintor trabajaba incansablemente en la finalización de *El poema del Atlántico*, cuya segunda fase había iniciado dos años antes.

Desde la misma playa de Las Canteras, junto a la arena que llegaba hasta la puerta del estudio, el pintor estaba entregado a la investigación plástica. A bordo de una barca observaba el fondo marino con una cubeta de cristal, compraba peces extraños a los pescadores de la zona y los utilizaba como modelos hasta que la podredumbre hacía imposible su uso. En ocasiones, amigos y familiares debían visitarle con un pañuelo en la boca para soportar el mal olor que inundaba el taller. Gustavo le ayudaba en su labor y él mismo posó para una de las ocho piezas que componen *El poema del Atlántico*. Se trata de *Mar en reposo*, un bello lienzo en el que dos jóvenes flotan inertes sobre el agua, ofreciendo una total sensación de levedad e ingravidez. Aparecen el uno junto al otro con sus cuerpos desnudos en una composición de colores suaves y luminosos, en ausencia del azul tenue del agua, lo que genera la impresión de suspensión de los cuerpos. Sólo la presencia de tres grandes peces rosados bajo la silueta de ambos ofrece la dimensión espacial del agua. En ese mar ficticio uno de los dos jóvenes centra la atención del cuadro, ocupa toda su visión, con los brazos abiertos y la cabeza ligeramente caída hacia atrás. Mantiene los ojos cerrados y transmite una poderosa sensación de paz, de armonía, en su quietud absoluta. Su rostro se adentra rápidamente en la retina del espectador y desde ahí se inicia el recorrido visual hacia el resto de la obra. Conmueve su expresión y la delicada extensión de su cabello rubio rizado sobre el agua. Aquel cuerpo era la expresión plástica de Gustavo Durán, y la apacible tranquilidad que sugiere, una metáfora simbólica de la muerte que, en opinión de Pedro Almeida, «puede haber encerrado una intención oculta de perpetuar su sentimiento hacia el compositor, dos cuerpos que flotan en las aguas del más allá donde será el eterno encuentro»[12].

Néstor también se sirvió de Gustavo como modelo para otras obras, tales como los ojos que muestran algunas figuras de los *Sátiros del valle de las*

Hespérides (1923), el majo de *Verbena* (1929) y el propio retrato inacabado que pintó de Gustavo en 1931, y que actualmente se expone en el Museo Néstor de Las Palmas. Fueron semanas, meses, de intenso trabajo en el estudio y de vida despreocupada en las calles de la capital canaria. Néstor, ya entonces una celebridad local, enseñó a su joven amigo todo lo que la isla ofrecía y que tan bien conocía: su música, sus bailes, su gastronomía, y también la vida ociosa y nocturna en los locales del barrio de Triana. Néstor ejercía de guía y protector, haciendo caso omiso de algunos rumores sobre la naturaleza de la relación entre ambos.

El joven compositor encajó perfectamente en la familia del pintor. A su hermano Miguel, estudiante de arquitectura, ya lo había conocido en Madrid, y para su hermana Sofía, dotada de una bellísima voz, compuso varias canciones que él mismo solía interpretar al piano. En realidad, toda la familia estaba vinculada al arte. La nómina del apellido De la Torre contiene ilustres representantes además del propio Néstor: su hermano Manuel sería un brillante arquitecto; su primo Claudio, ya mencionado, triunfaría en literatura, teatro y cine, y la hermana de este último, Josefina de la Torre, seguiría sus pasos en Madrid como poetisa y actriz, llegando a convertirse en los años cuarenta en la primera intérprete del teatro María Guerrero. A la familia pertenecían también la soprano Lola de la Torre y el barítono Néstor de la Torre, que triunfarían en los teatros de ópera a ambos lados del Atlántico.

Durante esos meses se produjo el cambio de régimen instaurado en septiembre de 1923 tras la proclamación de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, pero desde la lejana Gran Canaria la política en Madrid no parecía tan importante, y menos aún urgente. Con diecisiete años a cumplir en noviembre no existía, quizá ni siquiera latía, la preocupación política y social que posteriormente acompañó al compositor.

Permaneció en Las Palmas hasta principios de 1924, sin apenas contacto con Madrid ni con su familia. Desconocía la nueva crisis que se desató en el hogar de los Durán tras una violenta discusión entre José y Carmen. Ésta acabó marchándose temporalmente junto con su hija Carmela. Quienes sí sabían lo sucedido eran los amigos residentes de Gustavo. José Bello estaba al corriente y se lo había comentado en una carta a Federico García Lorca, entonces en Granada: «El otro día vi a Ernesto Durán y me dijo que Gustavo no viene hasta enero con Néstor. Todavía no sabe nada del lío de su familia, y tú me parece que tampoco: pues el caso es que después de una riña violenta se han separado el padre y la que llamaban tía, ésta se ha ido por un lado con su hija; el padre, con Ernesto y Araceli, se ha ido a vivir a otra casa. Araceli

cuando todo este lío (hace ya mes y medio) me hizo su confidente y me contó cosas verdaderamente monstruosas que no son para contarlas en carta; cuando vengas te contaré todo, hay argumento para una docena de novelones como no tienes idea»[13]. A su regreso a Madrid la crisis familiar había remitido. Carmen y su hija habían vuelto al hogar pero la situación distaba mucho de resultar cómoda, y menos aún para quien había saboreado una independencia breve pero dichosa.

Si 1923 resultó determinante por su amistad con Néstor y Lorca, 1924 constituyó el año de su consagración como músico y el del inicio de otra de sus más estrechas y prolongadas amistades: la que mantuvo con Alberti, aunque entonces se le llamara Rafael, al igual que Lorca simplemente era Federico.

Para entonces, Alberti había decidido ya su vocación por la poesía tras un período en el que había orientado su creatividad hacia la pintura. Cuando llegó a Madrid procedente del Puerto de Santa María (Cádiz) con quince años —había nacido en 1902—, visitó por primera vez el Museo del Prado. Fue un descubrimiento revelador que agitó su inquietud. El mismo instinto artístico heredado de su madre, que de niño y adolescente le hacía pintar caracolas y abstraerse en dibujos de inspiración marinera descuidando sus clases en el colegio jesuita de San Luis Gonzaga, se manifestaba ahora con la convicción del artista que ha hallado su camino. Ese primer Madrid que Alberti conoció someramente en los paseos entre su casa de la calle Lagasca y el museo era el mismo que empezaban a frecuentar Lorca y Buñuel, aunque sus destinos aún tardarían en cruzarse. En una primera etapa, Rafael conoció mejor los alrededores que la propia ciudad. Tras la muerte de su padre en 1920, hizo una breve incursión en el negocio familiar como representante de vinos de la casa Osborne. Visitaba los pueblos próximos a Madrid promocionando degustaciones de jerez que el joven poeta recordaría posteriormente como sus primeras experiencias de ebriedad.

No definió su vocación literaria hasta casi 1922. Una infiltración pulmonar le obligó a una cura de reposo al abrigo de los aires serranos de San Rafael (Segovia) durante varios meses. En ese tiempo se interesó vivamente por la poesía, especialmente por autores contemporáneos como Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Su amigo y pintor Gregorio Prieto le visitaba con asiduidad y le mantenía al corriente de las novedades literarias en la capital. Le enviaba la revista *Índices*, que publicaba Juan Ramón Jiménez, le mostró la primera obra en verso de Federico García Lorca, *Libro de poemas*, y le llevaba el boletín *Ultra*, la hoja ultraísta que impulsaba el activo

Guillermo de la Torre. Allí, aislado entre las cumbres de la sierra de Guadarrama, confirmó su devoción por la poesía y escribió sus primeros versos, que verían la luz meses después en *Marinero en tierra*.

A través del crítico literario Enrique Díez Canedo y de Gregorio Prieto, el encuentro se produjo en octubre de 1924. Lorca invitó a cenar al creador gaditano en la Residencia de Estudiantes y después compartió con él una velada en los jardines, en la que le recitó los primeros versos de «El romance sonámbulo», en el que entonces trabajaba y que posteriormente incluiría en *Romancero gitano*. Aquélla fue una cita, según Alberti, inolvidable, llena de magia y duende, en la que ambos se descubrieron y admiraron. Desde entonces la amistad les uniría sobre la base de la empatía personal y la creación poética. Lorca y Alberti permanecerían ligados por siempre como poetas y amigos, como artistas con carisma y talento, sin negar por ello cierta rivalidad literaria, en el contexto de una curiosa distribución en dúos de la Generación del 27 que también asoció a Emilio Prados con Manuel Altolaguirre o a Jorge Guillén con Pedro Salinas, evidenciando que, bajo la aparente homogeneidad del grupo, subsistían sensibilidades diversas que, lejos de empobrecerlo, enriquecieron el patrimonio artístico de la llamada Edad de Plata de las letras españolas. A modo de broma, y emulando el símil gitano, Lorca y Alberti se llamaron «primo» el uno al otro. El camino literario de Alberti resultó tan vertiginoso como la amistad iniciada entonces y que pronto se hizo extensiva a otros residentes y amigos de Lorca, entre los que Gustavo Durán adquirió un singular protagonismo.

Éste, durante los primeros meses de 1924, continuó sus estudios de música y contribuyó a la organización del que en ese momento era el gran proyecto pictórico de Néstor: una magna exposición de su obra en el entonces palacio de Bellas Artes, hoy sede de la Biblioteca Nacional. El pintor concibió aquella muestra como su consagración definitiva, considerando que el creciente éxito de los años previos requería un respaldo efectista mediante un gran despliegue en el que el entorno, y no sólo las pinturas, convirtiera la exposición en uno de los grandes acontecimientos culturales de la capital.

Decidido a hacer de la escenografía de la muestra una obra de arte más, convirtió la sala en una cámara oscura —como una gruta, llegó a ser descrita por alguno de los asistentes—, donde los focos centraban la luz exclusivamente sobre los lienzos. El atrezo adicional incluía alfombras, tapices y muebles del estilo favorito de Néstor, muchos de ellos conseguidos entre los anticuarios de Madrid. Para ambientar el motivo marinero de muchos de los cuadros y el origen canario del autor, se respiraba cierto aroma

salino seguramente logrado a través de algún perfume. Las gacetas culturales de Madrid, atraídas por una puesta en escena insólita, anunciaron con bastante antelación los preparativos manteniendo a sus lectores informados de los avances. Hasta el catálogo, de cubierta negra con letras doradas, imprimía cierta grandiosidad y misterio. Néstor presentó 57 obras, todas inéditas excepto cinco. Entre ellas figuraba *Mar en reposo,* con la imagen etérea del cuerpo ingrávido de Gustavo Durán.

Diez años después de su primera exposición en la capital, la muestra pictórica de Néstor se inauguró a las cuatro de la tarde del 20 de marzo de 1924. A la expectación suscitada respondió un numeroso grupo de autoridades. Unos días más tarde, cuando la prensa había recogido con generosa amplitud el eco de la exposición, acudieron el rey Alfonso XIII y, junto con él, un séquito de aristócratas. La acogida general fue positiva y el comentario común celebraba la muestra como un éxito y a su autor como un gran pintor. Varios amigos residentes visitaron el palacio de Bellas Artes y Federico se sintió impresionado por la composición de *El poema del Atlántico*, al extremo de que escribió un poema dedicado a Néstor con continuas alusiones a la obra:

Néstor:
Vinimos muy temprano
a comprarte el amanecer
en el Atlántico.
Tres nos quedamos dormidos
y los otros se marcharon.
Creemos de buena fe
que no te habrás disgustado.
Cuando vinimos, vinimos
por un instante soñando.
Estos versos te lo dicen,
estos versos de verano
hechos de flor de amistad
y de coñac jerezano.
Peces nadan, peces vuelan
por las olas de amaranto.
Las once de la mañana
están repartiendo ramos.
Despierta Néstor, despierta
ya somos tres invitados

que vienen a ver las olas
matizadas del Atlántico.

FEDERICO GARCÍA LORCA,
«Poema de saludo a Néstor[14]*».*

Ciertamente, Néstor tenía motivos para celebrar lo que sin duda había sido un triunfo personal que elevó su prestigio y también su cotización como artista. El 4 de abril se organizó un homenaje al pintor en el café Savoia de Madrid al que acudió un grupo íntimo de amigos y pintores, incluidos los hermanos Durán. A finales de junio, Gustavo asistió a otra celebración, ésta en honor de Claudio de la Torre, con motivo de la publicación de su novela *En la vida del señor Alegre*. La comida se celebró en el restaurante Ideal, en el parque del Retiro, y en ella participaron también Gabriel Miró, Ricardo Baroja, Enrique Díez Canedo, Pedro Salinas, Jorge Guillén y Cipriano de Rivas Cherif.

Tras el verano, posiblemente en Canarias en compañía de Néstor, Gustavo reemprendió en Madrid sus estudios musicales. Se inscribió en séptimo curso de piano y recibió clases del maestro Joaquín Turina. Ese otoño en que cumplió los dieciocho años marcaría igualmente el inicio de su amistad con Rafael Alberti. Desde un principio, poeta y compositor simpatizaron. Rafael era cuatro años mayor, pero la inquietud artística de Gustavo invitaba a compartir con él los poemas ya elaborados que meses después se publicarán en *Marinero en tierra*. El llanto lírico del hombre de mar desplazado tierra adentro fascinó al músico, implicado en una doble vertiente: la composición de canciones y el descubrimiento del folclore musical autóctono, en línea con la tendencia del momento y plenamente en vigor entre los residentes amantes de la música.

El entusiasmo por esta indagación en los orígenes de la tradición musical española contagió al propio espíritu de la residencia. Allí recalaba con frecuencia el musicólogo Eduardo Martínez Torner, recopilador del folclore regional y autor de *Cuarenta canciones españolas*, editado por la propia residencia en 1924. La influencia de Ramón Menéndez Pidal y de otros autores en su afán por desenterrar del olvido tal patrimonio cultural aportó novedosas y lúcidas visiones en reivindicación de un género habitualmente relegado. El propio Falla fue un gran estudioso de la música popular, y esta pasión se convirtió en uno de los elementos comunes sobre los que asentó su amistad con Lorca desde que se conocieran en Granada en 1920.

Para el poeta, la música había sido el medio por el que había canalizado sus primeras expresiones creativas, como para Alberti lo fue la pintura. A ello habían contribuido sus estudios de piano y la afición que imperaba en su propio hogar familiar, incluidas las canciones de la vega granadina que tarareaban las sirvientas de la casa y que tanto influyeron en la forja de su mundo interior de mitos populares.

Lorca protagonizó numerosas veladas sentado al piano de cola del salón de actos de la residencia, interpretando canciones regionales, temas del refranero y música clásica más convencional. Eran ejercicios de divertimento en que brillaba el genio lorquiano seducido por la letra y la música, pero representaban también juegos de erudición en que se ponía a prueba la destreza del oyente para adivinar la procedencia de tal copla o canción.

Gustavo y los hermanos Halffter, los compositores Rodolfo y Ernesto, participaron en varias de aquellas veladas como acompañantes, espectadores y también intérpretes al piano. Los recitales llegaban a alcanzar elevados niveles de calidad artística, y en ocasiones se invitaba expresamente a algún músico o a alguna bailarina a participar en ellos.

Jesús Bal y Gay, residente y músico gallego, recordaría años después la fascinación que sobre ellos ejercían aquellos momentos, a la caída de la tarde o después de la cena. Rememoraría, por ejemplo, a Durán tocando sus propias composiciones, o al poeta y también músico Gerardo Diego interpretando habitualmente a Schubert: «Algunas tardes venían a vernos Gerardo Diego, o Gustavo Durán, o Rodolfo Halffter, o Rafael Alberti, o Federico García Lorca, o Adolfo Salazar o Tatiana Enco. En tales ocasiones, el repertorio se ampliaba con el concurso de los visitantes, y era Diego el que nos hacía saborear una sonata de Schubert, o Halffter y Durán que nos hacían oír algo que estaban componiendo o Tatiana Enco que tocaba algo de Ernesto Halffter o de Poulenc, o Federico, que improvisaba con su humor inigualable»[15].

Alberti también recordaría haber presenciado «graciosos desafíos —o, más bien, exámenes— folclóricos entre Lorca, Ernesto Halffter, Gustavo Durán, muy jóvenes entonces, y algunos residentes ya iniciados en nuestros cancioneros»[16]. No resulta arriesgado imaginar a Gustavo, aún casi adolescente pero de una precocidad musical e intelectual manifiesta, sentado al piano en compañía de Lorca bajo la atenta mirada de Alberti, Buñuel, Bello o Dalí, e igualmente intuir que aquellas tardes musicales debían de representar para él, al igual que para el resto, auténticas experiencias de amistad y de exaltación artística.

En el ámbito de la música culta, a Gustavo y Federico les fascinaba Stravinski y su obra *El pájaro de fuego*, así como Mozart y Bach. Respecto a la popular, visitaron en una ocasión al padre Donostia, músico y folclorista vasco que en aquellos años realizaba su labor investigadora en Madrid, y en su presencia interpretaron varias piezas del compositor francés Erik Satie. Poco después, ambos, en compañía de Luis Cernuda y Rafael Alberti, compraron un ejemplar del *Cancionero de palacio* en la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Se trata de una obra erudita, también conocida como el *Cancionero de Barbieri*, que recoge numerosas canciones del Renacimiento español. Conocían también el *Cancionero de Upsala*, una pieza exclusiva y que en la época constituía toda una rareza, recopilada por el diplomático y musicólogo malagueño Rafael Mitjana y que contenía medio centenar de villancicos españoles del siglo XVI. Disfrutaban su pasión por la música en todas sus variantes, y entre sus amigos de los años veinte, Gustavo constituyó para Lorca posiblemente el más próximo a sus aficiones musicales.

A ese período, principios de 1925, corresponde también la primera interpretación en público de una composición del joven Durán. Quizá fuera por inseguridad o por pudor dada su corta edad, pero, curiosamente, figuraba en el programa con el seudónimo artístico de Gustavo de Orión. El recital tuvo lugar el 10 de enero de 1925 en el teatro de la Comedia. Al piano, interpretó un extenso repertorio Nicolás Kopeikin. Al día siguiente, el diario *El Liberal* escribía una crónica positiva y generosa, sin firma pero seguramente inspirada por una mano amiga conocedora de la auténtica identidad del compositor: «En la tercera parte del programa se aplaudió mucho una “Toccata” de Gustavo de Orión. Tras este nombre, por una de esas intuiciones que se nos susurran al oído, adivinamos a un joven compositor de delicado temperamento y de vasta cultura. Su obra —la primera que oímos en público— está orientada hacia el delicioso mundo de los clavecinistas, y si por su orientación es clásica, por cierto matiz finísimo de intención cabe se la considere moderna. Buena promesa para un futuro no lejano, aplaudimos la obra del joven compositor con sincera simpatía. D»[17].

Durante la Semana Santa de 1925 Gustavo se trasladó a Sevilla en compañía de Néstor. Allí les aguardaba el primo de éste, Claudio de la Torre, quien trabajaba en su obra *Tic-tac*. Claudio había ganado el año anterior el Premio Nacional de Literatura en su modalidad de prosa con la novela *En la vida del señor Alegre*, y ahora animaba a Alberti a que agrupara sus poemas de *Marinero en tierra* y los presentara al certamen. Éste se resistió inicialmente, dada su nula producción poética publicada al margen de las

revistas literarias y su todavía escaso eco en la comunidad literaria, pero la insistencia del canario venció finalmente su escepticismo. Alberti presentó el poemario ante un jurado integrado por José Moreno Villa, Antonio Machado, Gabriel Miró y Menéndez Pidal. Contra su propio pronóstico obtuvo el galardón, el Premio Nacional de Literatura en poesía 1924-1925, decisivo en su promoción literaria pero, sobre todo, un estímulo para su paupérrima economía personal. Alberti compartió el premio *ex aequo* con Gerardo Diego por su obra *Versos humanos*. El gaditano cobró cinco mil pesetas y el santanderino, tres mil.

Alberti se enteró de la noticia en el pueblo de Rute, en plena serranía cordobesa, en el que vivía su hermana María, y donde se recuperaba de una nueva dolencia respiratoria. A su regreso apenas dio crédito a su triunfo, entusiasmado por la concesión del premio y embriagado con sueños de gloria literaria. Una de sus primeras visitas fue a Juan Ramón Jiménez, quien siempre profesó hacia Alberti predilección literaria y un gran afecto personal, lo que suponía una consideración nada habitual en el genial y ácido onubense. Tras leer el manuscrito publicó algunos de los versos de *Marinero en tierra* en su revista *Sí*, que editaba con el sobrenombre de «el andaluz universal». Le escribió a continuación una hermosa carta de felicitación que Alberti incluyó en varias ediciones posteriores de la obra. Ésta incluía un poema, «Pirata», dedicado a Gustavo Durán:

PIRATA

A Gustavo Durán

Pirata de mar y cielo,
si no fui ya, lo seré.
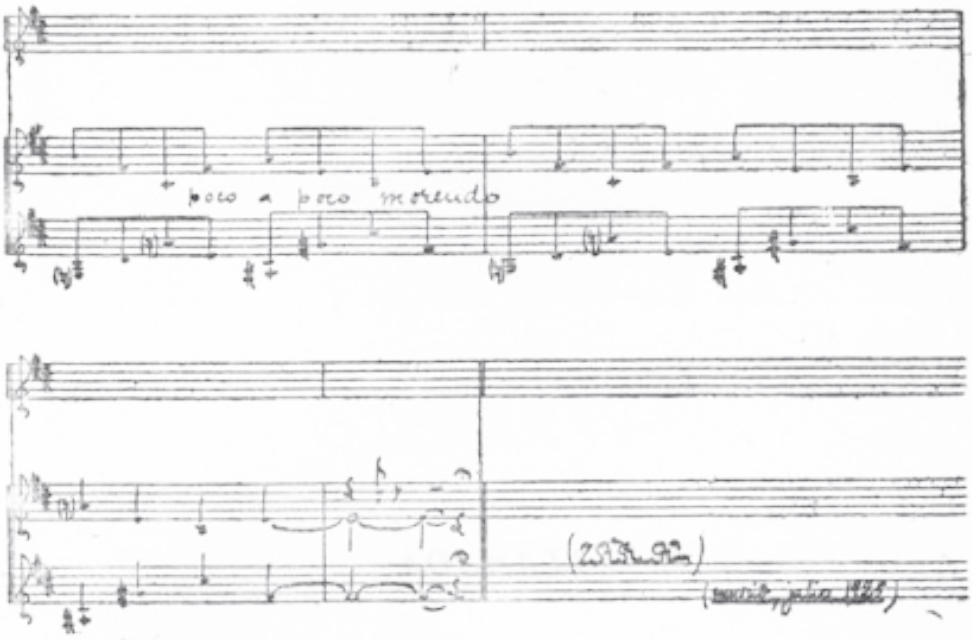
Si no robé la aurora de los mares,
si no la robé,
ya la robaré.

Pirata de cielo y mar,
sobre un cazatorpederos,
con seis fuertes marineros,
alternos, de tres en tres.

Si no robé la aurora de los cielos,

si no la robé,
ya la robaré.

El Premio Nacional no incluía la publicación de la obra y no le resultó sencillo encontrar editor. Finalmente, José Ruiz Castillo, propietario de la editorial Biblioteca Nueva, asumió la edición pese a que en un primer momento intentó que el autor costease los gastos parciales de la misma. Alberti recurrió entonces a varios amigos para enriquecer la edición. Al pintor Daniel Vázquez Díaz le encargó un retrato lineal, que ilustró la portada de la obra. A sus tres amigos compositores, Gustavo Durán, Ernesto Halffter y Rodolfo Halffter, les pidió que hicieran una canción inspirada en uno de los poemas. Ernesto creó los acordes para «La corza blanca», Rodolfo puso música a «Cinema» y Gustavo escogió «Salinero»:



A D. Manuel de Falla
respetuosamente,
Cristóbal Halffter
Noviembre 1925

185

Dedicatoria autógrafa de Gustavo Durán a Manuel de Falla en la pieza musical «Salinero», compuesta para el poema del mismo nombre de Rafael Alberti. Incluido en *Marinero en tierra*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1925. (Imagen cedida por el Archivo Manuel de Falla, Granada).

SALINERO

… Y ya estarán los esteros
rezumando azul de mar.
¡Dejadme ser, salineros,
granito del salinar!

¡Qué bien, a la madrugada,
correr en las vagonetas
llenas de nieve salada,
hacia las blancas casetas!

¡Dejo de ser marinero,
madre, por ser salinero!

Gustavo compuso la música de «Salinero» en julio de 1925. Se trata de su quinta pieza conocida. El libro apareció en otoño con las tres versiones musicales, el dibujo de Vázquez Díez y la carta a modo de introducción de Juan Ramón Jiménez. Una franja amarilla sobre la portada anunciaba llamativamente «Premio Nacional de Literatura 1924-1925». Alberti recordaría en sus memorias con agradecimiento aquella primera adaptación musical de sus poemas: «Entretanto, tres jóvenes compositores —Gustavo Durán, Rodolfo y Ernesto Halffter—, entusiasmados con el corte rítmico, melódico de mis canciones, pusieron música a tres de ellas. De ese trío, la de Ernesto, maravillosa —"La corza blanca"—, consiguió, a poco de publicada, una resonancia mundial. Las otras dos —"Cinema" y "Salinero"— eran bellas también y se han cantado mucho»**[18]**.

Aquéllos fueron meses de intensa actividad para el joven compositor, que veía prosperar su incipiente carrera rodeado de amigos artistas en los que ya resultaba fácil intuir el éxito. Pese a su temprana edad, creía firmemente en sus posibilidades como músico, y entre la riqueza excepcional que se dio cita aquellos años en torno a la residencia procuró también la amistad y el contacto con otros compositores. Trató con frecuencia a los hermanos Halffter y, como hemos visto, compartió con ellos algún proyecto —el caso de

Marinero en tierra y otras iniciativas que desarrollarían en el futuro—. Es muy probable que también visitara la vivienda de éstos en la calle Hermanos Madrazo de Madrid, foco de tertulia musical y literaria al que asistían con asiduidad el crítico musical Adolfo Salazar, el compositor Juan José Mantecón, el dramaturgo Eduardo Marquina, Lorca y Alberti, entre otros. Conocía igualmente al músico Óscar Esplá, perteneciente por edad a una generación anterior, pero estrechamente vinculado a la residencia y al grupo musical que se desarrolló en aquellos años.

La correspondencia posterior de Durán confirma que intimó con muchos de los músicos del momento, que pocos años después integrarían la llamada «generación de la República» o «Grupo de los Ocho», bajo cuyo nombre se asoció a Salvador Bacarisse, Julián Bautista, Rosita García Ascot, Ernesto Halffter, Rodolfo Halffter, Juan José Mantecón, Gustavo Pittaluga y Fernando Remacha. Aunque sus carreras individuales ya habían adquirido cierta notoriedad, su presentación oficial como colectivo de afinidades musicales comunes tuvo lugar el 29 de noviembre de 1930 en la Residencia de Estudiantes. El sencillo acto consistió en una conferencia inaugural de Pittaluga y en un recital de piano de Rosa García Ascot.

Fueron años dichosos e irrepetibles en que la amistad se fundía con la creatividad. José Bello ideó en esa época una novela con las respuestas a las cartas que remitía a sus amigos. Lorca, Gustavo y Buñuel fueron algunos de los receptores. Pero, para desdicha del bueno de Pepín, ninguno de ellos conservó la correspondencia. El poeta Emilio Prados rememoraría años más tarde sus paseos con Gustavo por el viejo Madrid, aunque en aquel período ya expresaba en su correspondencia la amistad que les unía. En 1925 Prados había abandonado la residencia para establecerse en su Málaga natal, donde, junto con Manuel Altolaguirre, fundó la prestigiosa revista *Litoral* y la editorial Sur. En una carta enviada a Pepín Bello en septiembre de ese año, Prados se despide con una alusión a Gustavo al final de unos versos inacabados, confusos, que hacen referencia a una broma extendida entre los residentes sobre Ángel Llorca García, un interno de mayor edad que al ir a dormir se quitaba su ojo de cristal y tosía abruptamente. Emilio y otros amigos bromeaban comparando aquellas toses con los ladridos de un perro, e incluso escribieron una cancioncilla que decía: «A las once de la noche, once ladridos se oían; era el perro de Angelito, que en la cama se metía». En la citada carta, Prados se despide de Bello con una alteración de estos versos y el nombre de Gustavo Durán, quizá como autor de los mismos:

¡¡¡Tres acordes!!!

A las doce de la noche…
Y era el perro de Angelito…
Y absorbiendo el rico néctar…
¡¡¡Tres acordes
Gustavo Durán!!![19]

Emilio Prados también editó en el número 2 de la revista *Litoral* la cuarta obra conocida de Durán, *Seguidillas de la noche de San Juan*, compuesta en 1925 sobre letra de Lope de Vega y cuya partitura original ha desaparecido.

La correspondencia cruzada de Bello y Lorca permite deducir que éste seguía manteniendo intercambio epistolar con Gustavo en esas fechas. El 1 de octubre de 1925 Lorca escribió desde Granada una carta al domicilio de Pepín en el número 39 de la calle Martínez Campos de Madrid. Le pregunta por un accidente sufrido por su hermano Manuel Bello, que le preocupa y del que apenas tiene información. La respuesta tarda en llegar. Finalmente, unos días más tarde vuelve a escribir una tarjeta postal reprochándole en un tono irónico la falta de noticias. Tampoco Gustavo le ha ofrecido detalles de lo sucedido:

> Apreciable amigo: Ya no espero nada de usted ni falta que me hace. Tengo también mi orgullo. He pasado verdadera inquietud por su hermano Manolo y por sus exámenes. Dentro de poco voy a Madrid y espero no verle naturalmente. Mi hermano [Francisco García Lorca] está disgustadísimo con Filín [Severino Bello Lasierra, uno de los hermanos de Pepín] pues escribió y no le ha contestado preguntándole cosas importantes de su ida a Inglaterra.
>
> Yo cruz y cuadro. Él irá a Madrid dentro de dos días y no irá tampoco a verles a ustedes. ¡Parece mentira! Gustavo [Durán] me dice que usted me contará el accidente de Manolo. ¿Es que no puede saberse? ¡Vete a la mierda! Federico[20].

El forzado malestar de Lorca no hizo en absoluto mella en su amistad, ni con Gustavo ni con Bello. Apenas unas semanas después, el poeta realizó un viaje a Jaén en compañía de otros tres amigos comunes: José Antonio Segura, Alfonso García Valdecasas y Miguel Pizarro Zambrano. El 24 de noviembre remitieron una tarjeta conjunta a Bello desde Jaén, y en ella bromeaban con la *calidad* de las personas que conocieron en la ciudad: artistas, intelectuales, etc. «Yo no me reúno con gentuza», llegaría a decir con ironía en el texto José Antonio Segura.

La respuesta, inmediata y en el mismo estilo burlesco, la firmaron también colectivamente Pepín Bello, Gustavo Durán y un tercer amigo, José García Rodríguez. La tarjeta representaba una imagen del cuadro *La Piedad* de Van der Weyden, del Museo del Prado, y fue enviada a Jaén sin fecha concreta en noviembre de 1925:

> Querido Federico: si tú no te reúnes con gentuza, yo sí. Aquí estoy con Gustavo y Pepito García. ¿Cuándo me contestarás cumplidamente a mi «cartón»? Estuvimos con el caballero Paquito [Francisco García Lorca]. Adiós, un gran abrazo. Pepín.
>
> Querido Federico, si no te reúnes con gentuza, yo sí. Aquí estoy con Pepín y Pepito García. Dentro de poco contestaré a tu «cartón». Estuvimos con el gran caballero Paquito. Adiós, un gran abrazo de Gustavo.
>
> PS: Pepín es un sinvergüenza.
>
> Querido Federico: si tú no te reúnes con gentuza, yo sí. Aquí estoy con Gustavo y Pepín. Ya no cabe más. Un gran abrazo de Pepito[21].

Salvador Dalí es otro de los residentes que en aquellos años dejó testimonio de su relación con Durán, especialmente estrecha en esos meses finales de 1925 y principios de 1926. En una carta enviada también a Bello el 18 de diciembre de 1925, titulada «Astronomía versus putrefacción», el pintor, a modo de despedida, escribe con su inigualable ortografía: «Recuerdos a Gustavo Durán i tu un gran abrazo de tu alDi alvaSdor»[22]. Unos días antes le había regalado a Durán, y dedicado con su firma, un catálogo de su primera exposición, celebrada entre el 14 y el 27 de noviembre de 1925 en la Galería Dalmau de Barcelona. En la dedicatoria escribió: «Para Gustavo Durán. Con toda la amistad. Salvador Dalí. 1925»[23].

En noviembre, los hermanos Halffter y Gustavo enviaron un ejemplar de la primera edición de *Marinero en tierra* a Manuel de Falla con los tres poemas musicados y la correspondiente dedicatoria. La de Durán, breve, decía: «A Don Manuel de Falla respetuosamente. Gustavo Durán. Noviembre de 1925»[24].

El día 27 de ese mismo mes de noviembre, Alberti viajó por segunda vez a Rute, en la provincia de Córdoba, a pasar las Navidades con su hermana. Allí escribiría algunos poemas y seis relatos breves que permanecerían inéditos durante décadas. Fueron descubiertos por su sobrina María y editados

por primera vez en 1977, en un libro recopilatorio de su obra en la sierra cordobesa titulado *Cuaderno de Rute*. El libro incluyó una serie de cartas que Alberti escribió en esas semanas, y en las que menciona con frecuencia a Durán. Por ejemplo, en una carta enviada a Lorca el 1 de diciembre de 1925 en la que le dice: «Con muchísima alegría, recibí, en Madrid tu carta. Me la entregó Gustavo»[25]. En una segunda misiva a Federico recuerda sus últimos días en Madrid: «Últimamente, en Madrid, nos reíamos mucho. Pepín, el gran proxeneta, Gustavo y yo íbamos por la mañana a La Granja. Pepín, entre otras muchas atrocidades, blasfemaba. Le ha escrito una carta al Papa pidiéndole la excomunión. Lo pasábamos muy bien. Te recordábamos siempre»[26]. Existe otra referencia a Gustavo en la correspondencia de Alberti con Lorca, cuando también desde Rute le informa de que «mañana le enviaré a Gustavo un *Marinero* [un ejemplar del libro] para que se lo envíe a Paquito [Francisco García Lorca]»[27]. Poco después escribe a Claudio de la Torre: «Siento la mar no tener aquí ejemplares del *Marinero* para enviarte uno. Que te lo preste, por ahora, Gustavo»[28]. Con Pepín Bello bromea respecto a la pereza de responder a la correspondencia recibida: «Gustavo, también bastante dejado de la mano insepulta de Mahoma, me escribió ayer»[29].

Cuando escribe al propio Durán mezcla ese mismo tono bromista con la explicación de sus experiencias esotéricas en el municipio de Iznájar. Le pide además que le mantenga informado de las críticas aparecidas sobre *Marinero en tierra*:

> Queridísimo Gustavo. ¿Quién es el autor del «virulento engendro» que me mandaste dentro de tu última carta? S. de R. no sé quién es. Claro que se trata de un hijo de puta. ¡Naturalmente! No digo más. Me callo. ¿Para qué hablar de semejante lío?
>
> Gustavo: ¿quieres hablar con el espíritu de Fátima? Simeón el adivino, mi gran amigo, es íntimo amigo suyo. Te llevará a las 12 de la noche, a la punta del monte de Las Cruces. Allí encenderá una vela, compuesta de cera virgen y semen masculino; gritará, se pondrá pálido, rechinará los dientes y, al fin, después de un horripilante zapateado, ya consumida la luz, el espíritu de Fátima se te posará sobre el hombro izquierdo. ¡Qué maravilla! ¡Si vieras con qué convencimiento habla Simeón de estas visiones suyas! Es extraordinario.
>
> Hace unos días estuve en Iznájar, pueblo de espiritistas, criminales, suicidas y descreídos. Es imponente. Está, con su precioso castillo árabe,

en la cumbre de un precipicio comido de pitas y chumberas. ¡Qué frío, allá en lo alto!

… Gustavo, ya de noche, muerto de miedo, volví a Rute. Y, naturalmente, no pude coger el sueño.

Cuando vaya a Madrid, te contaré muchas más cosas interesantes.

Por favor ¿quieres preguntar en los kioscos de periódicos por una revista que creo se llama *El Estudiante*? Según me escribe Dámaso Alonso, en el número de este domingo —mañana— hablará, uno de los redactores, del *Marinero en tierra*. ¿Quieres, si se ocupa de mí, comprarme dos números? (Se te avanzará, no lo dudes).

Adiós Gustavo, que me escribas pronto. Un fuerte abrazo de Rafael[30].

A comienzos de 1926 Durán parecía plenamente consciente de sus capacidades como artista y formó parte de algunas de las iniciativas culturales más importantes de aquellos meses. Una fecha señalada de aquel año es el 25 de abril. Ese día se realizó un recital con motivo de la exposición del pintor belga Pierre Flouquet en el número 9 de la calle Villalar de Madrid. Se interpretó música del siglo XVI y también, buscando el equilibrio entre la tradición y la modernidad, de Durey, Ravel y Debussy. Entre otras obras se escucharon por primera vez en público las tres canciones compuestas para *Marinero en tierra*, incluida «Salinero». Gustavo Durán fue el intérprete al piano de todas las piezas. El concierto constituyó un éxito. Al día siguiente, el crítico Adolfo Salazar, dejando a un lado su habitual favoritismo hacia Ernesto Halffter, elogió por igual todas las obras. Escribía en su crónica en el diario *El Sol*: «El acto musical comenzó con tres canciones del siglo XV, de Narváez, Escobar y Fuenllana… cantadas con simpática voz y estilo por Alberto Anabitarte y acompañado [al piano] con gran sentido y conocimiento de causa por Durán»[31].

Ese mismo mes asistió al acto fundacional para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Luis de Góngora. A juicio de muchos de aquellos poetas, Góngora, el gran maestro del Barroco español, había sido injustamente tratado por la crítica del siglo XIX, y temían que la efeméride prevista para el año siguiente no reconociera debidamente su lugar de honor en las letras españolas. La idea nació en un café madrileño de modo improvisado, en una reunión en abril de 1926 a la que asistieron Rafael Alberti, Pedro Salinas, Melchor Fernández Almagro y Gerardo Diego. Surgió de aquel encuentro la convocatoria de una asamblea de escritores y artistas

para organizar diversos homenajes. A este segundo cónclave gongorino asistieron, además de los autores presentes en la primera reunión, Federico García Lorca, José Moreno Villa, José Bergamín, José María Hinojosa, Dámaso Alonso, Antonio Marichalar y Gustavo Durán. Se decidió distribuir la obra del autor a fin de publicar ediciones conmemorativas de su producción completa. Así, por ejemplo, se asignó *Soledades* a Dámaso Alonso, *Sonetos* a Pedro Salinas y la *Antología en honor a Góngora* a Gerardo Diego. Muchos de estos proyectos no se publicaron, pero se cumplió con el tributo al gran poeta barroco en sendos actos en Sevilla en diciembre de 1927, que se han considerado como el punto de partida oficial de la generación que lleva su nombre.

En esas mismas fechas, mayo de 1926, Durán tomó parte en una de las experiencias más extravagantes y efímeras del momento: su inclusión en el llamado «grupo SIC», una «sociedad secreta», como la definió uno de sus impulsores en un alarde de ironía y grandilocuencia que no se correspondía en absoluto con los fines para los que se constituyó. SIC pretendía difundir el arte y promocionar las corrientes de vanguardia, aunque no logró ninguno de sus dos objetivos debido a su brevísima existencia. No obstante, la nómina de fundadores era ciertamente prodigiosa; de ella formaban parte Manuel Abril, Cipriano de Rivas Cherif, Gustavo Durán, Claudio de la Torre, Adolfo Salazar, Federico García Lorca o Melchor Fernández Almagro.

Se ha atribuido a este grupo la organización de los actos con motivo de la exposición de Pierre Flouquet previamente citada, que concluyó con un último concierto el día 2 de mayo. De nuevo Durán actuó como intérprete principal al piano, tocando piezas de Francis Poulenc y tres canciones basadas en letras de Jean Cocteau. Cantó, al igual que en la primera jornada, Alberto Anabitarte. Cipriano de Rivas Cherif recitó poemas de Josefina de la Torre y de Mariano Brull, precedido de un comentario de Adolfo Salazar. Sería el mismo Rivas Cherif quien dos días después publicaría en *El Heraldo de Madrid* el manifiesto fundacional del grupo SIC: «Sepan cuantos nos preguntan acerca de Sic y su constitución social que se trata, según nuestras noticias, de una sociedad secreta para difusión pública y aventurada de la literatura, el arte y la música modernas. Sic no confiere talento, imprime carácter»[32].

Además de sus composiciones y conciertos, Durán realizó en esos meses una primera incursión en la crítica musical. Eligió para su primer trabajo a uno de sus autores predilectos, Igor Stravinski. Firmó en junio un extenso artículo titulado «La Sonata para piano de Igor Stravinsky» que aparecerá

posteriormente en la revista *Horizontes*. Quizá le animara a ello una crónica de Joaquín Turina aparecida en febrero en la prensa francesa, en la que incluía a Durán como uno de los representantes más destacados de la música española del momento, junto con Ernesto Halffter —a quien situaba a la cabeza del grupo—, Salazar y Juan José Mantecón.

Pero no sólo la música ocupaba sus inquietudes personales. Durante esos años adquirió reputación de joven frívolo y amante de la diversión. Su vida constituía un ejercicio constante de actos sociales, ya fueran éstos conciertos, tertulias o reuniones. Gustavo disfrutaba de una vida intensa, en la que sólo la situación familiar representaba una preocupación constante, apenas atenuada por las temporadas de cierta tranquilidad en el hogar.

En 1925 su hermano Ernesto se había licenciado brillantemente como ingeniero sin abandonar por ello su afición por el teatro y el arte. El padre había pactado su matrimonio con Antonia Romero, la hija de su socio de antaño, Eustaquio Romero, en el negocio familiar de la calle Barquillo. Su autoridad indiscutida se impuso sobre la voluntad del hijo mayor, que aceptó, como aceptó Antonia, la conveniencia de un matrimonio por interés. Los Durán Romero se establecieron en una vivienda del número 25 de la calle Atocha, donde Ernesto desarrolló una exitosa carrera profesional, primero ligado al comercio familiar y después como ingeniero. A su segundo hijo le llamó Gustavo, en recuerdo de su hermano, como también hizo su tía Marina; el nombre quedó inevitablemente asociado al apellido Durán.

José Durán Labad, entretanto, mudó reiteradamente de domicilio, de la calle Mayor a San Bernardo, de ésta al número 100 de la calle Santa Engracia y luego al 8 de José Marañón, para fijar años después su última residencia en el número 5 de Alberto Bosch, detrás del Museo del Prado. Cambios que en parte evidenciaban su progreso económico, pero que también intentaban evitar las murmuraciones sobre la relación entre él y Carmen. Petra seguía internada, presa de una demencia provocada por años de encierro y abandono. Araceli y Carmela ya eran jóvenes adolescentes de una belleza llamativa. La primera, rubia y de mirada sugestiva, como sus hermanos, con un pelo rizado y largo que resaltaba aún más sus rasgos delicados. Carmela, morena de ojos negros, a semejanza de su madre, reñía en belleza de distinto signo pero sin desmerecer por ello su acentuado atractivo. Eran jóvenes inseparables, acostumbradas por cuna a una vida holgada en la que compartían café en el Ritz o en el Palace y tertulias con alguno de los amigos de sus hermanos.

Para éstos, especialmente para José Bello y Rafael Alberti, la presencia de Araceli y Carmela constituía un aliciente en sus visitas a la casa de los Durán.

Ambos acudían con frecuencia y sabían de la situación que allí se vivía. Conocían al padre y su carácter, trataban a Carmen, a la que Alberti bautizó como «la marquesona», y comenzaron a ver a aquellas adolescentes como mujeres de poderoso atractivo. Con el tiempo Rafael, sin demasiado éxito, cortejó a Carmela. Fue una relación fallida antes de conocer a la pintora Maruja Mallo, y con años de antelación al encuentro con su pareja definitiva, María Teresa León. Bello, con mayor fortuna, pretendió a Araceli. De ella le atrajeron, como reconoció posteriormente, su hermosura y la sensatez que mostraba pese a la situación que vivía en su hogar:

> Araceli tenía todos los ingredientes para ser una persona atormentada pero no —relató Bello años más tarde—, no lo era. Su madre había sido internada en un manicomio por su padre, el coronel don José Durán, de Huesca, luego destinado en Barcelona y propietario en sociedad con unos millonarios alemanes de un negocio de electrodomésticos que tenía su sede en una hermosa tienda de la calle Barquillo. Lo peor es que la esposa de aquel hombre severísimo estaba cuerda de toda cordura y fue encerrada por la vesania de semejante monstruo… La prima medio hermana era hija de su amante, a la que acopló en su casa en el hueco de la pobre esposa. A Alberti y a mí nos daba pavor. Y a todo el mundo[33].

De aquella relación entre Bello y Araceli, breve y finalmente también fracasada, surgió una de las anécdotas más curiosas de la generación del 27, tal y como la relató en sus memorias el pintor y escenógrafo Santiago Ontañón:

> A Pepín Bello le he oído contar lo siguiente: salía él con la hermana de Gustavo Durán, una chica rubia llamada Araceli, y estaba Rafael Alberti enamoriscado de una prima de ésta que se llamaba Carmela, morena y también guapísima. Pepín Bello pidió a Rafael que le hiciera un poema a Araceli. Fue un día, antes de comer, de aquellos en que como tantos, Rafael le había acompañado hasta su casa de Martínez Campos. Rafael tenía su casa no muy lejos, en el número 101 de Lagasca. No había terminado Pepín de comer, cuando Rafael le llamó por teléfono: «Eso que me has dicho, ya está»[34].

«Eso» no era sino un bellísimo soneto influido por la etapa gongorina y barroca del poeta. Se titulaba «Araceli» y lo incluyó posteriormente en su obra *Cal y canto*:

ARACELI

No si de arcángel triste, ya nevados
los copos, sobre ti, de sus dos velas.
Si de serios jazmines, por estelas
de ojos dulces, celestiales, resbalados.

No si de cisnes sobre ti cuajados,
del cristal exprimidas carabelas.
Si de luna sin habla cuando vuelas,
si de mármoles mudos, deshelados.

Ara del cielo, dime de qué eres,
si de pluma de arcángel y jazmines,
si de líquido mármol de alba y pluma.

De marfil naces y de marfil mueres,
confinada y florida de jardines
lacustres de dorada y verde espuma.

«Ni aunque hubiera puesto una colección de joyas ante los ojos de mi novia hubiera quedado mejor de lo que quedé»[35], sentenció Bello jocosamente. Esta anécdota sirvió, además, para consolidar la fama de Alberti como poeta de inspiración inmediata, de una facilidad natural para componer a gran velocidad y también para mutar de un estilo a otro, de la palabra desnuda y simple de *Marinero en tierra* a la complejidad rítmica y semántica de *Cal y canto*, como este poema demuestra. Entre ambas obras, y en el transcurso de escasos meses, Alberti publicó otros dos libros: *La amante*, editado por *Litoral*, la revista de Prados y Altolaguirre, en Málaga en 1926, y *El alba del alhelí*, publicado por José María de Cossío en 1927. *Cal y canto* vería la luz en la *Revista de Occidente* en 1929.

Lorca también estaba informado de la relación entre Pepín Bello y Araceli Durán. Mediante carta envió a su amigo su «enhorabuena más cordial por haberte puesto en relaciones con Araceli Durán. Es una preciosa novia»[36]. El noviazgo, sin embargo, terminó unos meses más tarde. Araceli acabó casándose el 7 de febrero de 1929, a la edad de dieciocho años, con el arquitecto Miguel Martín-Fernández de la Torre, de treinta y cuatro años y hermano de Néstor. Se trasladaron a vivir a Canarias.

Mientras tanto, en el verano de 1926 Gustavo se instaló en la casa de Néstor en Las Palmas. Se marchó a finales de julio y el 4 de agosto, antes de llegar a su destino, envió una tarjeta a Federico en Lanjarón (Granada) desde Santa Cruz de Tenerife. El motivo de la tarjeta es una representación de dos campesinos con el Teide al fondo, sobre el que Gustavo dibujó una erupción volcánica: «Queridísimo Federico: ya en Canarias pero aún no en Las Palmas, que es el puesto por mí deseado. Mañana llegaré. Hoy sólo pararé aquí unas horas. Te envío esta tarjeta para que tengas de esta nueva etapa un recuerdo mío. Un gran abrazo de Gustavo»[37].

Lejos de ser una estancia simplemente estival, permaneció en las islas hasta bien entrado 1927. Apenas existe información de su actividad en un período tan extenso, a excepción de dos actos musicales en los que participó. El primero tuvo lugar el 26 de noviembre en el circo Cuyás, en favor de los damnificados por un reciente huracán en Cuba. Interpretó sus obras: *Danse gaie, Danse joyeuse, Salinero* y *Seguidillas de la noche de San Juan*. En el recital cantó Josefina de la Torre. El diario *La Provincia* comentó que se trataba de una «música sobria y sin efectismos que el público escuchó con verdadero gusto»[38]. El segundo concierto se celebró en febrero de 1927 como homenaje a Domingo Doreste en el hotel Los Frailes de Las Palmas.

A su regreso a Madrid en la primavera de 1927 reemprendió su intensa agenda social y artística. Se reencontró con sus amistades y reanudó su presencia en las tertulias a las que era asiduo, básicamente dos: la de Óscar Esplá y la de Cipriano de Rivas Cherif. En casa de este último tomaría forma el que sería el proyecto musical más importante de su carrera, y al que se dedicaría plenamente en los siguientes meses: la composición de un *ballet* para Antonia Mercé, la Argentina.

3

Historia de un fandango

La vida empieza a correr
de un manantial, como un río;
a veces, el cauce sube,
a veces, el cauce sube,
y otras se queda vacío.

NICOLÁS GUILLÉN,
«La vida empieza a correr»

Cipriano de Rivas Cherif, dramaturgo y director de escena, vivía por y para el teatro. Al escenario debía una merecida celebridad antes de adquirir relevancia pública como cuñado del futuro presidente de la República, Manuel Azaña, y con mucha anterioridad a su detención por la Gestapo durante su exilio en Francia tras la Guerra Civil. Cipriano había indagado en el teatro de vanguardia a través del teatro de la Escuela Nueva, y hacía tiempo que propugnaba una renovación de la escena española. Se sentía atraído por los *ballets* rusos, puestos de moda por Serguéi Diaghilev, quien a su paso por Madrid en 1916 dejó una profunda huella en quienes pretendían apuestas escenográficas innovadoras. Rivas era uno de esos impulsores, consciente de que la versión española debía jugar con elementos materiales más modestos y con un repertorio básicamente local. No le costó esfuerzo convencer del proyecto a Antonia Mercé, la Argentina, entonces la bailarina española más aclamada dentro y fuera del país. Se conocían, se admiraban y se habían elogiado mutuamente.

La Argentina debía su nombre a la casualidad. Había nacido en Buenos Aires en 1890 durante una de las giras de sus padres, bailarines del teatro Real de Madrid. Su padre, Manuel Mercé, le contagió la pasión por la danza, y a

ella se entregó desde su niñez. Triunfó joven, en un momento de resurgimiento del baile folclórico español, cuyo eco sonaba también con fuerza en otros países europeos. El mayor éxito de Antonia Mercé lo había constituido hasta entonces la representación de *El amor brujo* de Falla en el Trianon Lyrique de París en 1925. Aquella obra la consagró y también la convenció de la necesidad de crear una compañía de *ballet* español de renombre en Europa. Fue en ese momento cuando los intereses de Antonia Mercé y Rivas Cherif coincidieron y se complementaron. Aunque regularmente residía en París, la bailarina asistió en varias ocasiones a la tertulia madrileña de Cipriano. Y también a la que ocasionalmente se celebraba en el estudio de Néstor en la calle Alameda, ante la atenta presencia de Gustavo Durán. Sería éste, irónicamente, uno de los aspectos que enfrentaron al compositor con su querido amigo García Lorca, devoto de Encarnación López, la Argentinita, rival en nombre y sobre el escenario de Antonia Mercé.

Hacia el mes de mayo se concretó la creación del *ballet*, que Rivas Cherif gustaba de llamar «bailetes», no como deformación del término, sino como reivindicación de un género netamente español, el de la pantomima bailada. Su idea era revitalizar la danza española de inspiración popular, en lo que Antonia Mercé estaba plenamente de acuerdo. La inclusión de Gustavo y Néstor en el proyecto fue inmediata. El músico comenzó a componer un *ballet* titulado *El fandango del candil*. Néstor se encargó de los decorados y del vestuario y Cipriano, del argumento. Aunque el músico y el dramaturgo se conocían con antelación, aquel proyecto común reafirmó su amistad. Existe alguna carta que prueba esta familiaridad entre ambos. En una de ellas, por ejemplo, Rivas Cherif escribe a Néstor a raíz de una enfermedad pasajera:

> Querido Néstor: Un pequeño percance me obliga, bien a mi pesar, a quedarme en casa… El médico me autorizó, eso sí, para que vinieran a mi casa los que iban a ir esta tarde a casa de Esplá. Dile, pues a Durán que se venga con la música a esta parte, y ni que decir tiene que te espero a ti también y, si no se aburre con nosotros, a Sofía[39].

Por separado, músico y pintor trabajaron intensamente durante los meses de verano en la partitura y los decorados. Néstor se trasladó a su estudio de la playa de Las Canteras, mientras que Durán permaneció en Madrid. El argumento cumplía todos los requisitos del tópico español, forzados en este caso en beneficio del tono popular y hasta cómico que se quería resaltar en la obra. La historia se escenificó en una taberna del Madrid de 1850, donde se

encuentran gente del pueblo y de la alta sociedad. Allí baila una joven, la Niña Bonita (papel protagonista asignado a la Argentina), quien a su vez tiene un pretendiente, Manolo. Por cuestión de celos y disputas entre ambos, Manolo, despechado, saca a bailar a una de las mujeres de la alta sociedad. El escándalo es grande, y más cuando se descubre, al retirarse el manto, que se trata de la reina. La confusión se adueña del lugar mientras la reina y sus acompañantes se marchan. Manolo se dirige entonces hacia la Niña Bonita, quien termina la farsa bailando un bolero.

Desde París la Argentina se encargó de buscar a los integrantes de la compañía, básicamente bailarines españoles y rusos. Durante el resto del verano cruzó una nutrida correspondencia con Néstor, primero a Madrid, luego a Canarias, requiriendo información y urgiendo a ambos a completar el *ballet* en los plazos previstos.

En Madrid, Durán apenas descansaba. Dividía su tiempo entre un empleo en Casa Vilches, tienda de libros y pinturas, y su labor como compositor. En esta tarea le ayudó un amigo de Néstor, el también músico canario Miguel Benítez Inglott, quien solía firmar sus piezas como Miguel Allent. Colaboró con Durán en la instrumentación del *ballet*, aunque ésta quedó interrumpida en agosto. Los plazos comenzaban a apremiar y el nerviosismo de Antonia Mercé crecía visiblemente. A finales de agosto reprochó a Néstor por carta su tardanza en enviarle las pruebas de decorado y vestuario: «Estoy muy intranquila con la falta de esas *maquettes*, pero veo que nada consigo con comunicarle mi inquietud… Recuerdos para Gustavo y para los dos mi afecto»[40].

La correspondencia del leal Benítez Inglott permite reconstruir aquellas semanas de tensión y de intenso trabajo, a la vez que conocer la reacción de Gustavo ante la inminencia del estreno de su primera obra importante. A finales de septiembre, mientras ambos músicos ultimaban la instrumentación, por fin llegaron los diseños prometidos de Néstor. Se trataba de quince acuarelas y varios dibujos preparatorios en los que avanzaba el diseño del decorado y de un vestuario vanguardista, basado en el clasicismo español pero de estilizadas formas, casi geométricas en los volantes de los vestidos femeninos. Para el decorado se inspiró en la posada de las Ánimas de Madrid que en su día pintara Vázquez Díaz. La expectación era máxima en el momento de recibir los bocetos. Los Durán se reunieron para descubrir con entusiasmo el trabajo de Néstor. Les acompañaban Cipriano de Rivas Cherif y el propio Benítez Inglott. En carta al pintor del 22 de septiembre, éste recreó con emoción la escena:

Gustavo quiso que yo estuviera presente a la apertura del paquete de las acuarelas y se lo agradecí enormemente.

Estábamos presentes Araceli, la esposa de Ernesto, Cipriano y yo: luego llegó Ernesto. Lo que pasó allí, te lo puedes suponer. Cipriano estaba entusiasmado, como también las mujeres. Gustavo asombrado —me dijo— y grandemente emocionado, esto lo vi yo sin que él me lo dijera. Yo estaba admirado, pero no sorprendido, así se lo he dicho a Gustavo y te lo repito porque es la verdad… Añado que sentí verdadera envidia de Gustavo, no la envidia que es tristeza del bien ajeno, sino la que desea de tener para sí lo bueno que otro tenga.

Anoche, cuando Gustavo estuvo en casa para continuar la instrumentación, hablamos, como siempre, de ti; pero anoche, claro es, nos referimos a las acuarelas.

Gustavo estaba todavía emocionado y, ya sin testigos, me dijo cómo le parecía ver en las dichas acuarelas algo más que la perfección asombrosa de color y dibujo y disposición; es decir, tu afecto por él. Comentamos luego otras cosas y luego nos pusimos a trabajar[41].

Todo se aceleró en las semanas siguientes. Antonia recibió las acuarelas en París y desde allí respondió a Néstor felicitándole por el trabajo. Gustavo y Benítez Inglott ultimaron la partitura. Cipriano, a su vez, tomó una decisión que debió de sorprender al propio Durán: convertirle en director de orquesta del *ballet*. El reto era ambicioso pero lo aceptó, consciente de la dificultad y de la rivalidad que le emparejaría con Ernesto Halffter, quien también había sido contratado para la misma función en la compañía.

El 12 de octubre de 1927 Federico García Lorca estrenó en Madrid su obra de teatro *Mariana Pineda*, con decorados de Salvador Dalí e interpretada por Margarita Xirgu. Es muy probable que Gustavo asistiera. La representación fue un éxito rotundo, completamente distinto al fracaso de su primera obra de teatro, *El maleficio de la mariposa*, siete años antes. La función fue interrumpida en varias ocasiones por los aplausos de los asistentes, entre ellos Rafael Alberti y un joven Vicente Aleixandre. *Mariana Pineda* se representó durante diez días y, a su término, el 22 de octubre, *La Gaceta Literaria*, la revista cultural más importante del momento, dirigida por Ernesto Giménez Caballero, organizó un gran banquete en homenaje al poeta granadino. Asistieron sesenta comensales, incluidos muchos de los integrantes de la generación del 27, además de Ramón Gómez de la Serna, Melchor Fernández Almagro o Américo Castro. Entre los asistentes también figuraba Gustavo Durán. Es de suponer que aprovechó la ocasión para

despedirse de Lorca, a pocos días de su viaje a París y de iniciar la gira con el *ballet* de Antonia Mercé. Es posible que le avanzara detalles de la misma y que Lorca, por su parte, lamentara su ausencia de los actos que en diciembre se iban a organizar en Sevilla en homenaje a Góngora, o incluso que le apuntara fragmentos de la conferencia sobre el poeta, que tenía previsto pronunciar en la primera quincena de diciembre en la residencia. Durán sería espectador en la distancia de todos aquellos proyectos que él había contribuido a fraguar un año antes. En todo caso, el poeta no se olvidó del amigo músico y le dedicó uno de los poemas de *Canciones*, publicado ese mismo año, al igual que a Bello, Buñuel, Alberti, Bergamín y otros amigos residentes:

FRISO

A Gustavo Durán

Tierra	*Cielo*
Las niñas de la brisa	*Los mancebos del aire*
van con sus largas colas.	*saltan sobre la luna*.

Tampoco conocería Gustavo antes de su partida una curiosa carta enviada por Alberti en septiembre de 1927 a Pepín Bello, en ese momento en Sevilla. El texto, un claro ejemplo del llamado «estilo residente», está repleto de sobrenombres y alusiones indescifrables para quien no conociera la jerga de apodos y bromas empleada entre ellos. Es una carta en la que Alberti le anuncia una inminente visita a Sevilla y le habla de su fascinación por la película *El boxeador*, de Buster Keaton, que había visto recientemente en «la terraza del Callao». A continuación, le pregunta por Gustavo y Néstor en una sorprendente nomenclatura:

> ¿Y el príncipe Císneo? ¿Y el gran Cominge? Me han dicho que el Enoki está colocado en casa Vilches. ¿Sabes tú algo? Pues ahí debe estar despachando molduras y monstruosos libros. Ahora al Ballenato se le harán grandes rebajas. Podrá adquirir toda la India, con canto de oro, por medio Kuproníquel. Y el Oriente completo. ¿Y la niña Carmela? Creo que aquel desdichado moralista de «Celuqui preciosa» llegó a

embodriarle el rostro con salivas. ¡Pobre Serapito! Allí, en su torrecita, escribiendo a máquina[42].

El investigador Rafael Santos Torroella, quien incluyó esta carta en su obra *Dalí residente*, confirma que las referencias al príncipe Císneo y a Enoki son alusiones a Gustavo Durán. Enoki es el nombre de un personaje que da título a un poema musical con connotaciones autobiográficas del músico. El gran Cominge no es sino Néstor, en alusión al origen francés de su familia, al igual que al mencionar al Ballenato se refiere, según Santos Torroella, a Miguel Martín-Fernández de la Torre, hermano de Néstor y hombre de gran corpulencia física que ya se había comprometido entonces con Araceli Durán. Celuqui era el término familiar con que se conocía a ésta. La niña Carmela era la hija de Carmen, a la que Alberti había cortejado. Y Serapito era el hijo de Serapio Huici, ingeniero y crítico de arte, quien también la había pretendido.

La relación entre Bello y Araceli Durán, pese a su brevedad, había protagonizado muchos de los comentarios extendidos en aquel reducido círculo. Lo mismo sucedió con motivo de la ruptura, pues no sólo Alberti, sino también Buñuel, escribió una carta a Bello desde París el 5 de septiembre en la que afirmaba escuetamente, sin mayores detalles: «Está muy bien el que hayas terminado con Araceli. Me has de contar muchas cosas. Aunque no pienso ir a España si no es con algún asunto seguro»[43].

Ajeno a estas disquisiciones, Gustavo Durán se marchó por fin a París el 27 de octubre de 1927. Solicitó un pasaporte, con autorización para viajar a Francia, Bélgica, Alemania y Austria. En él se reseña su domicilio en el número 100 de la calle Santa Engracia, casi esquina con José Abascal. Aún no había terminado la instrumentación de *El fandango del candil*, aunque únicamente faltaban arreglos menores. Le acompañaron en la despedida sus hermanos y el bueno de Benítez Inglott, quien a su regreso de la estación le escribió una carta a Néstor con recomendaciones y dudas sobre la formación teórica de Gustavo:

> Querido Néstor: Llego en este momento de la estación de despedir a Gustavo, y porque yo lo había pensado y porque él me lo ha dicho, te escribo estas líneas; supongo que habrás recibido mi telegrama, además, y seguramente al llegar ésta a tus manos ya tendrás noticias de su llegada a París.
>
> Ha marchado muy contento, como es lógico, y muy animado; el *ballet* va casi totalmente instrumentado; faltan solamente unos cuantos compases del final y unos cuantos del preludio, así como también una

danza nueva que ha debido hacer en estos días a petición de Antonia; en ésta le he ayudado, pues habiéndome dicho un día que no sabía cómo acompañar el segundo tema le aconsejé (y le indiqué cómo debía hacerlo) que utilizara la politonía, lo que destruía por completo la vulgaridad de la fórmula de acompañamiento. También, para lo que falta por orquestar lleva instrucciones detalladas. Yo tengo la firmísima convicción de que tendrá un éxito grande.

Gustavo vale mucho y, a mi juicio, tiene delante un porvenir magnífico; pero es necesario que tú con tu autoridad sobre él —autoridad que tantos motivos tiene— le aconsejes que estudie mucho pues he observado muchas lagunas, y de consideración, en sus conocimientos musicales; yo he hablado largamente de esto con él y él lo reconoce; pero al mismo tiempo confiesa su resistencia al estudio disciplinado; por eso cuando aún no se hablaba de su viaje, habíamos decidido que yo le serviría no diré de maestro, sino de guía para el estudio.

Hoy mismo al despedirlo le he dicho que piense que ha tenido una suerte magníficamente loca; que encontrarse a los veintiún años con lo que él se ha encontrado, y tal como están las cosas, es como ganar el premio gordo de la lotería, pero le he añadido que la suerte hay que aprovecharla y le he insistido en que estudie, que estudie y que estudie. Todo eso conviene que tú se lo repitas; tú decidirás si te parece conveniente.

Al marcharse me ha entregado unas llaves de unas cajas que hay en tu estudio; y sabes que las tengo a tu disposición y, por si me muero, les pondré un cartelito.

Supongo que te habrá escrito lo bien que lo pasó la noche del banquete a Federico; algunas horas antes me presentó a Quijano, un muchacho muy simpático y gran amigo tuyo; también supongo que te habrá dicho que estoy muy ocupado y con mucho entusiasmo**[44]**.

La gira y el programa del *ballet* de Antonia Mercé eran ambiciosos, como también lo era el doble reto de Gustavo en su condición de compositor de una de las piezas y director de orquesta. No era indiferente a las críticas expresadas por Benítez Inglott, si bien la ilusión del momento parecía atenuar el nerviosismo con que afrontaba el reto crucial de su hasta entonces breve carrera como músico. Era consciente de cumplir a tan temprana edad un auténtico sueño como músico: su primera composición importante se iba a estrenar en algunos de los mejores teatros de Alemania, Italia y Francia. Si su juventud era un inconveniente, en aquel largo viaje en tren hacia París pudo

convencerse de su propia capacidad. Tuvo tiempo, quizá, para recordar a su madre y a sus hermanos, estos últimos expectantes en Madrid ante las noticias que les enviara. Durán recorría en aquellas horas su propio viaje interior hacia lo que podría constituir su primer gran éxito.

Cuando llegó a la capital francesa, Antonia Mercé había cerrado ya el repertorio de la gira. Los *ballets* españoles de la Argentina incluían un programa variado que contenía obras de figuras ya consagradas, como Falla, y también de nuevos autores en el caso de Durán y Halffter. El programa se componía de *El amor brujo*, de Manuel de Falla, con trajes y decorados de Gustavo Bacarisas; *El fandango del candil*, de Gustavo Durán, con argumento de Rivas Cherif y vestuario y decorados de Néstor; *El contrabandista*, con libreto de Rivas Cherif, música de Óscar Esplá y escenografía de Salvador Bartolozzi; *Sonatina*, danza inspirada en un poema de Rubén Darío con música de Ernesto Halffter y decorados de Beltrán y Masses; *La juerga*, de Tomás Borrás, con música de Julián Bautista y decorados y vestuarios de Manuel Fontanels; *Kinekombo*, baile cubano con música de Ponce y decorados de Tonio Salzar, y *En el corazón de Sevilla*, conjunto de danzas españolas con escenografía de Ricardo Baroja. Dirigían la orquesta Gustavo Durán y Ernesto Halffter.

El estreno de la gira tuvo lugar el 18 de noviembre en el Stadttheater de Bielefeld (Alemania), el 19 en la Schauspielhaus de Bremen y el 23 de noviembre en el Stadttheater de Hamburgo. El *ballet* prosiguió su itinerario alemán con representaciones también en Leipzig, Colonia, Munich y Berlín. La acogida del público germano fue calurosa. La prensa elogió la puesta en escena, así como la interpretación musical y el arte sobre el escenario de Antonia. Tanto ésta como el propio Gustavo escribieron a Néstor para confirmar el éxito de las funciones y la expectación que había suscitado su vestuario, pese a algunas críticas recibidas debido a un error en la impresión del cartel, que había situado la historia de *El fandango del candil* en 1805 y no en 1850. A causa de esta errata, algunos críticos entendieron que los trajes no respondían a las tradicionales goyescas de principios del siglo XIX. No obstante, el sentir general de la crítica fue elogioso. La edición mensual en español del *Berliner Tageblatt* publicó en diciembre la siguiente reseña:

> Después de la música de Falla vino una pantomima de Rivas Cherif con música del joven compositor español Gustavo Durán y decorado y vestuario del notable pintor Néstor, titulada *El fandango del candil*, que es una joyita muy artística y con muchísimo carácter[45].



HAMBURGER BÜHNE

Mittwoch, 23. November 1927

DAS SPANISCHE BALLETT

LA ARGENTINA

1. Orchester: La Concion del Farolero..... E. Halffter
(aus den zwei Symph. Skizzen)

2. Fandango de Candil

(Die Schenke)

Ballett-Pantomime in einem Akt von C. Rivas Cherif

Musik von Gustavo Duran. Dekorationen und Kostüme von Nestor
Choreographische Regie und Inscenierung: Madame Argentina

PERSONEN

La Nina Bonita ..... **Argentina**
Ihre Mutter, Wirtin der Schenke ..... Irene Ibanez
Bastiana } 2 { Carmen Joselito
Geroma } Dirnen { Blanca Minondo
1. Unbekannte .... Carmen Juarez
2. Unbekannte ... Pépita Rodriguez
Erster Stutzer .... Alfredo Genelty
Zweiter Stutzer ... Juan Relampago
Don Lindoro ..... Otilio Lopez
Ein reicher Valencianer ..... Emilio Camacho
Piccolo ..... Pépita Lopez
Erster Polizist ..... Luis Mayoral
Zweiter Polizist .. Enrique Hortelano

TANZE

1. Panaderos ..... Carmen Joselito
2. Zorongo (erster Teil) ..... Carmen Joselito und Alfredo Genelty
3. Zorongo (zweiter Teil) ..... Madame **Argentina** und Otilio Genelty
4. Bolero ..... Madame **Argentina**

BESCHREIBUNG

Zu Madrid im Jahre 1805.
Wir befinden uns in einer volkstümlichen Schenke, in der sich Leute aus allen Gesellschaftsklassen, einfaches Volk und Edelleute zum Tanz treffen.
Eine der Tänzerinnen (Nina Bonita) ist augenblicklich die Sensation von Madrid. Natürlich hat sie einen Liebhaber (Manolo), der sie eifersüchtig zu machen sucht und sie erwidert dieses Verhalten, indem sie mit allen Besuchern auf jede Weise kokettiert.
Der verärgerte Liebhaber ladet eine der anwesenden Damen der Gesellschaft zum Tanz ein, aber Nina übertreibt das Spiel und entreißt der Hof-Dame ihren Umhang, wodurch ein großer Skandal entsteht, besonders als man bemerkt, daß es sich um die Königin handelt.
In der allgemeinen Verwirrung löscht ein alter, blinder Valencianer aus Versehen das Licht aus und in dem Dunkel entschwindet die Königin mit ihrer Begleitung, um dem Skandal zu entgehen.

Fortsetzung Seite 5

Reproducción del cartel que anunciaba el estreno en Hamburgo de *El fandango del candil*, con la participación de Gustavo Durán y decorados de Néstor Martín-Fernández de la Torre.

Tras una breve pausa en Navidades, el *ballet* reemprendió la gira a principios de 1928 en Italia y Francia. Por un telegrama de Durán, sabemos que en vísperas de fin de año se encontraba en París. Desde allí escribió a Federico García Lorca una felicitación navideña: «Mis felicidades y un abrazo muy fuerte de Gustavo. París. 23 de diciembre de 1927»**[46]**.

Pero a Durán le preocupaba también la fría recepción de la gira en la prensa española. De su correspondencia se deduce cierta desconfianza hacia Halffter y hacia Adolfo Salazar. En una comunicación de Benítez Inglott a Néstor el 16 de diciembre, el músico le transmite ese mismo sentimiento:

> De Gustavo he tenido una carta primero contestándome algunas cosas en las que pareció que no me decía toda la verdad y así se lo escribí pidiéndole me la dijera entera porque yo no soy como Salazar, Halffter, etc.; pocos días después tuve una tarjeta de Berlín anunciándome que *El fandango* había tenido allí un grandísimo éxito; los periódicos de aquí no han dicho todavía nada; eso le demostrará lo que se puede fiar de quienes cuando les conviene se llaman sus amigos[47].

No les faltaba a ambos cierta razón para alimentar su suspicacia. En verdad, los periódicos españoles habían hecho caso omiso de la gira a excepción de *El Sol*, el diario en el que publicaba sus críticas Adolfo Salazar. El periódico había anunciado el inicio de las actuaciones en un artículo del 17 de noviembre («La danza española. Los espectáculos coreográficos de Antonia Mercé»), pero apenas ofreció información hasta casi un mes después, el 8 de diciembre («Un *ballet* español en Berlín»), tras el éxito de las funciones en la capital alemana.

Si, a excepción de estas salvedades, el silencio generalizado inquietaba a Durán, mayor efecto habría tenido sobre su ánimo conocer las referencias despectivas que vertía sobre él Adolfo Salazar, más aún considerando que el receptor de sus ácidos comentarios no era otro que su admirado Manuel de Falla. Al igual que cinco años antes, cuando trataba peyorativamente a un Gustavo Durán recién incorporado al círculo de amistades de Lorca, Salazar resolvía ahora con idéntica consideración sus juicios sobre el músico:

> Ernesto me escribe diciéndome que hoy jueves dirigirá *El amor brujo* y sus bocetos en la Ópera de Colonia, para donde salió ayer. Ocurrió una cosa graciosa y que no tenía más remedio que ocurrir. La Argentina, que no escucha más consejos que los de Rivas Cherif, quien le ha convencido de que ese chico Durán es un gran compositor y director de orquesta, contrató a éste para su *tournée*. Naturalmente, es fácil pasar por gran compositor en estos tiempos, sobre todo entre tontos, pero no es tan fácil pasar como director ante una orquesta, y, claro, cuando se vio delante de los músicos y quiso comenzar a dirigir *El amor brujo* tuvo que salir corriendo a llamar a Ernesto, y la Argentina le ha pedido por Dios que le

salve del compromiso de Colonia. No sé qué ocurrirá después pero le está bien empleado[48].

Pese a todo, la gira continuó con un éxito que se puede considerar clamoroso en sus actuaciones en Italia. En Roma el *ballet* actuó en la sala Humberto, donde se agotaron las localidades, y continuó en Milán y Turín. La *tournée* se prolongó por Bélgica y Holanda, con actuaciones en el Théâtre de la Monnaie de Bruselas, Amberes, Amsterdam y La Haya. La esperada presencia en París no desmereció en absoluto la acogida brindada en las ciudades precedentes. El *ballet* se representó primero en L'Opéra-Comique y después, del 18 de junio al 12 de julio de 1928, en el teatro Fémina, en plenos Campos Elíseos, en un clima general de críticas elogiosas y gran eco en la prensa local.

Apenas concluido el programa previsto, Antonia Mercé organizó una segunda temporada en la que ya no estarían Durán ni tampoco *El fandango del candil*, del que sólo conservaría en sus funciones futuras el bolero final, interpretado en esta segunda gira en Estados Unidos y Japón. La obra tampoco llegó a estrenarse en España. Quizá influyeran en el término de la colaboración entre Gustavo y Antonia Mercé los comentarios de Salazar alusivos a su actuación como director de orquesta, o quizá simplemente se debiera a un compromiso personal entonces ineludible: su incorporación al ejército.

Regresó a Madrid y cumplió el servicio militar, del que apenas cumplimentó unos meses en la reserva. A ello se refirió años más tarde José Martín-Artajo, al afirmar que «escurrió el bulto bastante componiendo en su momento oportuno una marcha militar para sus jefes»[49].

En cualquier caso, ya había tomado una decisión que daría un giro radical en su vida: acompañar a Néstor en su nueva etapa artística en París. La ciudad de la que acababa de regresar acogería los siguientes años del compositor, posiblemente los más influyentes en su maduración intelectual y política. Cuando regrese a España será una persona sensiblemente diferente, al igual que aquella España en el umbral de la década de los treinta poco tendría en común con la que encontraría a su regreso. Dejaba un país monárquico y regresaría a un Estado republicano en vísperas de una guerra fratricida. Pero en aquel instante de finales de 1928 Gustavo Durán sólo tenía una obsesión como músico: París.

4

París: luces y mitos

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.

CÉSAR VALLEJO,
«Piedra negra sobre una piedra blanca»

París siempre estuvo presente. Así fue cuando Néstor viajó por Europa durante su período de formación y así era entonces, una vez que Gustavo había conocido la metrópoli cosmopolita y monumental. París, capital del arte, constituía una etapa necesaria. Ambos sabían que debían intentar proseguir allí su carrera artística si pretendían aspirar al auténtico éxito; para Néstor suponía una apuesta por la celebridad internacional de su obra, siendo ya un pintor decorativo consagrado en España, y para el joven músico París representaba, más que cualquier otra virtud, una oportunidad de mejorar su técnica y confirmar si su talento sería capaz de superar la condición de joven y prometedor compositor.

Néstor hacía tiempo que sopesaba la posibilidad de trasladarse a la capital francesa. A este fin dedicó gran parte de sus ahorros cuando tomó la decisión a mediados de 1928. Mientras pasaba el verano en la playa de Las Canteras, organizó el traslado del estudio madrileño de la calle Alameda a su nueva residencia parisina. En noviembre, con Gustavo ya en Madrid, viajó a Francia para ultimar los detalles finales. Optó por llevarse gran parte del mobiliario y piezas artísticas que poseía en su estudio. La mudanza fue costosa y lenta, pero el detallista pintor logró reproducir en París la atmósfera refinada en la que se sentía tan cómodo. La residencia estaba situada cerca del bosque de Boulogne, en el número 6 de la avenida Vion Whitcomb. Gustavo le acompañó desde el comienzo de la estancia en Francia, a principios de 1929,

posiblemente una vez celebrada la boda entre Araceli Durán y Miguel Martín-Fernández de la Torre el 7 de febrero de ese año en la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, en el madrileño barrio de Chamberí. A este momento corresponde el segundo pasaporte expedido a nombre de Gustavo Durán, con autorización para viajar a Francia, Alemania y Bélgica.

No sería exagerado decir que París deslumbró a Durán, fascinado ante la exuberancia de su vida artística. Con su habilidad para los idiomas pronto captó el acento y la jerga parisinos, del mismo modo que sus hábitos sintonizaron con los propios de un francés. Al poco tiempo de establecerse nada parecía extrañarle de aquella ciudad prodigiosa, en la que se sumergió con la voracidad vital de un niño al descubrir un mundo nuevo. Lejos quedaban Madrid, la residencia, los amigos y su familia. La ausencia de tantos vínculos no devino en olvido ni en nostalgia. Hizo nuevas amistades y pronto adquirió la misma popularidad entre sus nuevos conocidos. Si en Madrid cultivó la amistad de Lorca, Alberti o Buñuel, en París pronto conocería a Anaïs Nin, a su hermano Joaquín, a Ilya Ehrenburg, a Ernest Hemingway y a Alejo Carpentier.

No descuidó su formación musical y comenzó a recibir clases de contrapunto de Noël Gallon, en el Conservatorio de París, y de composición con Paul Le Fleur, de la Schola Cantorum. También fue alumno de Paul Dukas. Su vida diaria discurría entre las clases, el estudio y su labor como secretario de Néstor, quien siempre tuvo serias dificultades con el idioma. Muchas tardes compartían reuniones, asistían a tertulias, frecuentaban el cine o iban al teatro, casi nunca solos. La agenda social de aquellos años, particularmente la de 1931, muestra una sucesión constante de actos y citas, bien rodeados de amistades, bien alternando con la aristocracia y la sociedad más elitista, en cuyos salones siempre fueron bien recibidos.

Los primeros en visitarles fueron Araceli y Miguel, en viaje de novios en París. Salvador Dalí, que en esas fechas realizó su primera exposición parisina en la galería Goemans, les invitó una noche a salir pero no recibió respuesta. Desde 1925, en París se encontraba también Luis Buñuel. El cineasta aragonés y Dalí trabajaron conjuntamente en el guión de *Un perro andaluz*, que comenzó a rodarse ese año en los estudios Billancourt con el dinero facilitado por la madre de Buñuel. La obra se estrenó con gran éxito y polémica el mes de julio en el Studio des Ursulines de París. ¿Asistieron Néstor y Gustavo a la proyección? No lo sabemos con certeza, pero resulta más lógico dar por segura su presencia que dudar de ella. Meses después, Buñuel inició el rodaje de *La edad de oro*.

Estaba, por descontado, Antonia Mercé, quien siguió contando con Néstor para sus representaciones. El pintor elaboró el decorado para su representación de *Iberia*, de Isaac Albéniz, nuevamente en L'Opéra-Comique. La actriz Catalina Bárcena, una de las grandes figuras de la escena española de la época junto con Margarita Xirgu, frecuentó asiduamente el estudio de Vion Whitcomb. Su amistad no era reciente. Catalina Bárcena había estrenado la primera obra teatral de Lorca, *El maleficio de la mariposa*, en el teatro Eslava de Madrid, que dirigía su amante, el empresario teatral Gregorio Martínez Sierra. Había trabajado además en cine, y en 1927 realizó una breve incursión en Hollywood. También iba regularmente Conchita Supervía, *mezzosoprano* nacida en Barcelona que en esa época disfrutaba de su mejor momento profesional con actuaciones en los teatros de ópera de toda Europa. Aunque su residencia habitual desde hacía tiempo era Londres, Supervía triunfaba aquellos meses en París con sus interpretaciones de Rossini, especialmente adecuado para el timbre de voz de la cantante.

Esos primeros meses en París constituyeron un período feliz. Ilustra el grado de aceptación con que fueron acogidos una comida organizada en honor de Néstor por el director de la revista *ParísAmérica*, Ruiz de Aranda, en el restaurante Casanova. Se trató de una celebración íntima con comensales selectos entre los que se encontraban la española Anita Delgado, princesa de Kapurthala, los príncipes Gagarin y un reducido grupo de aristócratas. Néstor se sentó entre la princesa Gagarin y Anita Delgado, y, a la derecha de ésta, Gustavo Durán. La prensa publicó una fotografía del homenaje en la que se aprecia, en el lujo de un salón ricamente decorado, una mesa servida con minuciosa elegancia.

Pero era en los ámbitos artísticos donde Durán se sentía realmente cómodo. En esos círculos conoció, el mismo año de su llegada a París, al escritor norteamericano Ernest Hemingway. No queda constancia del lugar o del momento de aquel primer encuentro, si bien la relación iniciada entonces culminaría en una intensa amistad personal durante la Guerra Civil. Durán se convertiría para el escritor en una figura idealizada, en un *alter ego* de sus propios mitos personales, mientras que Hemingway representó para el músico español una persona crucial en su vida, de activo protagonismo en alguno de los episodios más difíciles de su biografía. Pero eso ocurriría años después, mucho tiempo después de aquel feliz 1929, cuando el futuro parecía sonreír a ambos en sus respectivas ambiciones.

También a aquella época se remontan sus primeros contactos con el escritor cubano Alejo Carpentier. Le conoció por primera vez en el transcurso

de una reunión en la casa del compositor francés Edgar Varèse, y, de forma intermitente, la amistad entre ambos se espació en el tiempo pero nunca se diluyó. Otro tanto se puede afirmar de Ilya Ehrenburg, periodista y autor ruso, con quien compartió no pocas veladas discutiendo de política, literatura y música, con Igor Stravinski como objeto de su admiración común. Por lo demás, el interés de Gustavo se resumía en la música. Al margen de sus clases, trabajó en la musicalización del *Romance de la infanta mora* para Conchita Supervía.

En 1930 Néstor realizó dos exposiciones en París, la primera en su propio estudio y la segunda, a finales de abril, en la elegante galería de Jean Charpentier, que fue celebrada como un éxito y visitada por el público más deseado entonces por el pintor, la alta burguesía, que podía con sus adquisiciones mejorar la economía doméstica de Néstor, resentida por la cara vida de París y los efectos de la depresión económica internacional. Allí estuvo también Gustavo, testigo de los agasajos y de la repercusión en la prensa, en vísperas de un deseado regreso temporal a España.

En verano ambos viajaron a Canarias, donde ya vivían Araceli y su marido, Miguel Martín-Fernández de la Torre. Cuando regresaron a París a finales de año hicieron una breve escala en Barcelona. A aquel momento corresponden dos de las escasas referencias periodísticas sobre Durán. La primera es una amplia entrevista realizada por Rafael Moragas para el diario *La Noche* de Barcelona, publicada el 1 de noviembre de 1930. Moragas interpeló a ambos sobre sus proyectos en un amplio salón, apoyados sobre un espléndido piano de cola. En un momento de la entrevista, Durán se sentó y comenzó a interpretar un fragmento de *El fandango del candil*:

> Gustavo Durán no es un facilitón —escribió Moragas— ni un músico de ventaja, no apunta al éxito de dinero; tampoco elabora drogas exóticas a gusto de cursis acreditados y reconocidos.
>
> —Soy impetuoso, lo confieso —nos dice Gustavo Durán— puesto que mandé a paseo a un editor extranjero que me propuso que le escribiera una españolada. Ahora estoy instrumentando el *Romance de la infanta mora*, en el que conservo todo el carácter del siglo XVI, y *Al alba venid*, otro romancerillo que me está esperando Conchita Supervía para cantarlos en París y Londres.
>
> —¿La preocupación musical de usted, Durán?
>
> —Seguir la labor fundamental de Pedrell, naturalmente la del musicógrafo, y dedicarme al profundo estudio de los motetes de aquel

inmenso abulense Tomás Luis de Victoria.

—¿Qué juicio le ofrece a usted la actual música hispánica?

—Un juicio espléndido. Contamos con un compositor magnífico de toda magnificencia: Manuel de Falla. Le siguen Turina y Esplá. Los compositores catalanes que más me interesan son Morera y Mompou. Sé que a éste, como a mí, le interesan enormemente las canciones incaicas, que en otro orden son tan importantes como las de los sefarditas.

—¿Compositores modernos extranjeros?

—Vamos a coincidir en uno. Strawinski por encima de todos. Después mis entusiasmos los comparto entre Ricardo Strauss, Maurice Ravel y, como técnico, pero sólo técnico, Schoemberg.

Vuelve Durán al piano. Néstor va apuntándole títulos. Durán interpreta tres horas seguidas y las sensaciones grandes y fuertes, así como pequeñas y minuciosas, sabe darlas con una precisión sobria y moderna. Rafael Moragas[50].

En esas mismas fechas se publicó otra reseña periodística, ésta centrada exclusivamente en Durán, publicada en una fecha inconcreta de finales de 1930 en la sección «Actualidad teatral» de *El Viajante de Comercio*. Se trata de una crónica elogiosa que remite al lector a la entrevista citada de Moragas, completada en esta ocasión con juicios personales del periodista en los que califica exageradamente a Gustavo como un «compositor español, triunfante por su arte en todo el mundo… Popular en toda Europa y América, no sólo entre el gran público, sino entre los compositores de primera línea de todos los países». Tan generosa mención vino a sumarse al momento dulce por el que atravesaba su vida en esa época, sólo enturbiada por algunas dificultades económicas. Néstor recurrió en ocasiones a su mecenas, el catalán Antonio Torrella, para superar los momentos más acuciantes, y cuando era necesario impartía clases de pintura, mientras que Durán obtenía algunos ingresos ofreciendo lecciones de piano. También dio clases de español a los hermanos Menuhin: Yehudi, el célebre violinista que entonces contaba con tan sólo catorce años, y sus hermanas Yaltah y Hepzibah, ambas pianistas. La relación de Gustavo con los Menuhin se prolongó en el tiempo, y cuando éstos se trasladaron a Italia mantuvo correspondencia durante una temporada con los tres, especialmente con Hepzibah. Con Yehudi se reencontró en Madrid en 1935.

Otras preocupaciones sustituyeron a las inquietudes económicas a medida que la actualidad procedente de España centraba su atención. La caída de la dictadura de Primo de Rivera, el triunfo electoral de los partidos republicanos

en las elecciones municipales de abril de 1931, la salida de España del rey Alfonso XIII y la proclamación de la Segunda República, se seguían desde el estudio de Vion Whitcomb con auténtica expectación. Ni Néstor ni Gustavo habían evidenciado hasta la fecha un compromiso político concreto, pero celebraron la proclamación del nuevo régimen republicano. Si por origen bien podría situarse a ambos en una indefinición política más próxima, en todo caso, a formaciones conservadoras, lo cierto es que acogieron con un tímido asentimiento el cambio de régimen en la convicción de que la República modernizaría el país y permitiría afrontar con mayor justicia las desigualdades sociales. Durán todavía estaba lejos de experimentar el vértigo del activismo político de los años posteriores y menos aún de intuir su papel en la guerra. Ésa sería una transformación lenta pero constante, cuyo punto de partida puede situarse en aquella primavera de 1931 en que, por primera vez, su carrera como artista y sus principios se dieron la mano. Desde entonces, discurrirían en paralelo.

Ese año de 1931 nos dejó también un valioso testimonio para reconstruir su vida en aquel período: una agenda, escrita por el propio Durán, donde consignaba sus actividades y las citas cotidianas. Se trata de un documento cronológico, en la actualidad depositado en el Museo Néstor de Las Palmas, en el que abundan las anotaciones breves, escuetas, escritas con una letra diminuta y difícilmente legible, alternativamente en español, francés e inglés. La pauta del diario confirma la frecuencia de sus visitas al teatro, especialmente al Montparnasse; la incondicional asiduidad a los cines Olympia o Paramount, donde le decepciona Harold Lloyd pero le entusiasma la comedia musical *Le million*, de René Clair; la predilección por los hoteles Palace y Majestic como punto de encuentro con sus amigos; el hábito de las excursiones de fin de semana a los alrededores de París, de las que regresa cautivado tras su visita a Versalles, y el interés por infinidad de conciertos y exposiciones a los que tiene oportunidad de acudir. También sabemos a través del mismo diario que a su estudio fueron durante esos meses Manuel Altolaguirre, Joaquín Nin, Federico Mompou, Gustavo Pittaluga, Joaquín Rodrigo y el escultor Santiago Rodríguez Bonome, entre otros.

En febrero Gustavo cayó enfermo, pero ello no le impidió continuar componiendo algunas canciones, en su mayoría destinadas a Conchita Supervía. Sus primeras obras de la etapa parisina fueron *Axa, Fátima y Marién*, de las que no se conserva la partitura, y *Al alba venid, buen amigo*, compuesta en 1930 sobre letra de un romance tradicional. Posteriormente pondría música al ya mencionado *Romance de la infanta mora*, del siglo XVI,

y al poema de Rafael Alberti «Zarza florida». En la misma línea de recuperación del folclore popular compuso cuatro canciones en homenaje a los antiguos cánticos sefarditas. La pieza se llamó *Romances castellanos de los Balcanes*, y se componía de cuatro canciones, «Sofía», «Belgrado», «Salónica» y «Constantinopla», en alusión a los cuatro centros más importantes de la diáspora sefardí. Conchita Supervía interpretó varios de estos nuevos trabajos de Gustavo en la sala Gaveau de París el 1 de febrero, y posiblemente trasladó el repertorio de Durán a algunos de los recitales que ese mismo año ofreció en Londres. Vera Janacopulos, Lydia de Rivera o María Cid interpretaron también varias de sus canciones.

Pero la gran cita de ese año fue la exposición colectiva en la galería Figaro en la que Néstor participó. Tras la inauguración, el martes 5 de mayo, Durán escribió en su agenda: «Vinieron todos los amigos. Quienes no lo son también. Gran éxito». Unas semanas después, el 16 de junio, Néstor y Gustavo Durán asistieron a la nueva función de Antonia Mercé en la capital francesa. El músico, tras el espectáculo, anotó en su diario un comentario cruel: «Comienzo de vejez. Gorda y reinando excesivamente. Maravilloso el traje de Néstor, Goyesca. Delicioso el color».

En esos días de finales de junio de 1931 nuestro joven compositor está eufórico, especialmente inquieto ante la inminencia de su regreso a España durante el verano. Parece que le falta el tiempo para organizar el viaje y dejar cerrados los asuntos pendientes antes de su marcha. Hay varias citas sobre los preparativos en el dietario, como muestra la que escribió el 28 de junio: «Limpiando armarios… Ordenando la ropa y haciendo las maletas ¡Delicioso!… Telefoneando a diestro y siniestro y haciendo cincuenta mil recados». El 2 de julio abandonaron París. En Barcelona se alojaron en casa de Josefina, hermana de Gustavo. Desde allí embarcaron hacia Las Palmas, adonde llegaron el día 8. Apenas hay menciones en el diario después de esa fecha a excepción del 1 de agosto, cuando escribe escuetamente: «Comienza Néstor el *Poema de la tierra*», y poco después, con motivo de una excursión a Tenerife en compañía de Sofía, hermana de Néstor, Araceli y Miguel. Ese día, 13 de septiembre, podemos leer: «Tiempo claro y luego repentinamente, niebla baja. El sol, por encima de nosotros, luciendo más que nunca. Vi mi figura proyectada en las nubes. Puse los brazos en cruz, y en las nubes aparecía crucificado y hasta con el viselo [sic] de la santidad, hecho con los infinitos colores del Iris». Pintor y músico regresaron a París en octubre, acompañados en esta ocasión por los hermanos de ambos, Miguel y Araceli, que vivirán con ellos una breve temporada en la capital francesa.

En 1932 tuvo lugar un acontecimiento de importantes consecuencias. En una fecha indeterminada del otoño de ese año, Luis Buñuel, Rafael Alberti y Gustavo Durán viajaron a Las Hurdes, en la provincia de Cáceres, en una visita preparatoria del documental *Tierra sin pan* que el aragonés rodaría al año siguiente. Alberti, el único que ha dejado testimonio al respecto, menciona en sus memorias que

> la primera visión que tuve en el viaje con Luis Buñuel y Gustavo Durán, camino de Las Hurdes, haciendo noche en el monasterio de Guadalupe, fue la de una Extremadura muy pobre, tendida sobre unas maravillosas, soleadas e inmensas extensiones, tremendamente castigadas durante el tímido y mísero intento de reforma agraria del Gobierno Republicano[51].

En una entrevista años después con el escritor Max Aub, Alberti recordó ese mismo episodio: «Yo fui con Luis [Buñuel], Pierre Unik y Eli Lotar en un viaje que hicieron a Las Hurdes, cuando Luis estaba planeando la película, no en el momento de la filmación. Me acuerdo que fui con Gustavo Durán. Luis ya conocía bien todo aquello, y fue él quien nos llevó»[52].

Cabe imaginar este viaje como un encuentro con un mundo desconocido para el joven y despreocupado compositor. El contacto con aquella España rural y mísera, tan real pero tan distinta de la que él frecuentaba, despertó su conciencia. Sería excesivamente aventurado situar en este episodio el inicio de su compromiso político, pero no lo es tanto fijar, a raíz de la visión desoladora de aquella tierra maltratada, una creciente inquietud social en Durán. Su círculo de amistades caminaba en la misma dirección y en línea con el cambio ideológico, lento pero constante, que experimentó en aquellos meses. El ejemplo más apropiado es el de sus acompañantes y amigos en aquel viaje de iniciación. Buñuel osciló entre las simpatías anarquistas y las comunistas, siempre según una personal visión que huía de los dogmas y la disciplina, sin obviar su hondo anticlericalismo como seña de identidad artística. Alberti ya se sentía y consideraba comunista, casi a la vez que inició su relación con María Teresa León, profundizando una deriva ideológica que discurrió paralela a la tensa realidad política del país. Tampoco será por ello casual que ambos, Buñuel y Alberti, se conviertan en los amigos y colaboradores más estrechos de Durán en los tiempos venideros, cuando la agitación y la guerra posterior exigieron de los tres un compromiso activo que no dudaron en suscribir. La propia elección de la materia del documental muestra que esa conciencia social ya había irrumpido con fuerza orientando la

creatividad del cineasta, del mismo modo que atrapó la genialidad lírica de Alberti, destinado a convertir su pluma en una herramienta de profunda carga política. Quedaba Durán, quien en esa misma empresa futura optó por desterrar la música en favor de las armas, destacando como un estratega de idéntica eficacia, de sorprendente capacidad, en una transformación que muchos juzgaron insólita.

Cuando se estrenó *Tierra sin pan* en el palacio de la Prensa de Madrid en 1933, el escándalo fue mayúsculo. El gobierno republicano prohibió su proyección alegando que ofrecía una imagen negativa de España. Gustavo conoció la noticia en París, donde retomó su actividad cotidiana. Néstor no parecía tampoco insensible a los cambios políticos en su país. Se sabe que fue masón. Su firma de esos años es un gráfico de reivindicación masónica, pese a que, en el momento de su muerte, el régimen de Franco intentó apropiarse de su celebridad para convertirlo en una figura ensalzada por su supuesto apoyo al Movimiento. Resulta sugerente especular con la hipótesis de que Gustavo, por simpatía o emulación, también hubiera militado en la masonería, pero la seguridad que nos permite afirmarlo en el caso de Néstor no es tal en el supuesto de él.

Es a partir de esa época cuando Néstor y Gustavo estrecharon su relación con la familia Nin: el padre, el pianista Joaquín Nin; el hijo, Joaquín Nin Culmell, también músico, y su hija, la escritora Anaïs Nin. Gustavo conocía a Joaquín Nin Culmell por afinidad artística desde hacía tiempo. Les unía su relación con el músico Paul Dukas, profesor de ambos. Pero fue con Anaïs con quien el joven músico inició rápidamente una relación de abierta complicidad más que de amistad. La escritora advirtió en él un confidente discreto de especial sensibilidad con el que compartió no pocas inquietudes. La azarosa vida sentimental de Anaïs con Henry Miller y la compleja relación con su padre estaban presentes en muchas de sus conversaciones. Anaïs, con su atormentado mundo interior, proyectó en el músico una suerte de reflejo de su propia vivencia, distinta en muchos sentidos, pero también condicionada por la figura conflictiva del padre.

Es muy probable que Gustavo no hubiera encontrado en ninguna de sus amistades previas, a excepción quizá de Lorca, una persona con la que sincerarse en igualdad de condiciones y con la libertad que le permitió Anaïs. Ésta, a su vez, no ocultó su admiración por su nuevo amigo. Y es en uno de los apartados de su diario donde encontramos la descripción más pasional jamás escrita sobre Durán, en una plenitud vital a los veintiséis años que ella

supo captar con su verbo intenso. La mención corresponde al 21 de febrero de 1933:

> Sólo que Gustavo es resuelto, activo, apasionado, voluptuoso y terrenal. Era el joven mimado, festejado y estimado cuyos atractivos ya he comentado alguna vez. Me atraía su juventud, su dinamismo y su complexión fresca y rubia. A él le atrajo aquel raro fenómeno: una mujer agradable de mirar y capaz de pensar. Joaquín [hermano de Anaïs] le prestó mi primer diario y ¡Gustavo se inflamó! Podía recitar páginas enteras. La otra noche lo invitamos por Dorothy, pero sólo tuvo ojos para mí. Me pidió que nos viéramos a solas. Lo he visitado hoy. Me leyó su diario: inquietud, insatisfacción, oscilaciones entre el misticismo y la sexualidad. Lee a Bergson. La mundanidad de Gustavo solía asustarme. Ahora veo el hambre, la melancolía. Hablamos mucho durante una cena anodina en el restaurante Godoy. Es un conversador soberbio, brillante, egotista, magnético. Dice que en mi primer diario siempre rozaba el sentimentalismo, pero que nunca caía de lleno en él. Instinto de artista[53].

Es difícil precisar tanto sobre alguien con tan pocas palabras y hacerlo con esa aguda intuición. Anaïs no describe, dibuja un personaje física e internamente, no siempre coincidente con el que el lector ha tenido hasta ahora la oportunidad de conocer. Están presentes en esas líneas el joven atractivo («me atraía su juventud, su dinamismo y su complexión fresca y rubia»), el hombre social siempre centro de atención («era el joven mimado, festejado y estimado»), el intelectual admirado («era un conversador soberbio, brillante, egotista, magnético») de seductora personalidad («resuelto, activo, apasionado, voluptuoso y terrenal»). Pero también surge un Gustavo Durán desconocido a través de una revelación: escribía un diario, hoy lamentablemente destruido o en paradero desconocido. Y de él se deduce, según confiesa Anaïs, «inquietud e insatisfacción». ¿Hacia qué o por qué? La confesión de la escritora y la actuación posterior de él, sumado a los cambios ideológicos ya citados en que está inmerso, no hacen sino ratificar que aquél es un período crucial en su vida, un momento de crisis personal, de una segunda maduración en la que se intuye una cierta angustia vital. Aunque en apariencia siga siendo el mismo joven «festejado y brillante», es evidente que existe otro Gustavo Durán interior, lleno de dudas y quizá de temores, al que asaltan inquietudes relacionadas con su pasado, su futuro y, posiblemente, su orientación sexual («oscilaciones entre el misticismo y la sexualidad»). Basta con reparar en determinados aspectos para darse cuenta de ello: prácticamente

ha dejado de componer y su relación con Néstor pasa por un declive que concluirá en ruptura. Sean ambas cuestiones causa o consecuencia de esa crisis personal, lo cierto es que tardará aún un tiempo en resolver el dilema, y al hacerlo romperá con algunos aspectos de su pasado en aras de nuevos compromisos.

En el transcurso de esas semanas, Gustavo, por petición de Joaquín Nin Culmell, medió entre su padre y Anaïs, quienes no se hablaban desde que el primero abandonara a la familia. Fruto de esta mediación, ambos se reconciliaron y surgió una relación incestuosa que la propia autora admitió en sus diarios. Es en éstos donde Gustavo y Néstor vuelven a adquirir protagonismo unas semanas después de la primera alusión. En medio de la relación sentimental con su padre, la escritora describe una tarde de fiesta con presencia de amigos en su casa. La anotación corresponde al 21 de mayo de 1933:

> La casa está de fiesta, cantando y oliendo a azahar. ¡Olé, Anaïs! Gustavo, radiante, y Néstor, con su bello rostro, bestial y negroide, sus negros ojos saltones, el gran pintor del agua y la tierra. ¡Cuánta alegría traen! Dice Gustavo: «Tu padre, que nunca fue generoso, ya no es el mismo hombre. Eres verdaderamente su primera *aventure sentimentale*. Has barrido el suelo de sus pies, Anaïs». Estoy sentada, completamente quieta, inundada de alegría, saboreándola, estremecida y casi muriendo de tanto gozo. ¡Por fin puedo dar! ¡Necesitan todo lo que tengo! ¡Y nadie sabe todavía todo lo que tengo! ¡Mientras más amo a Henry, más llena me siento! Inagotable. Y puedo amar a mi Padre. Me necesita. No lucha consigo mismo. Tengo para darle sabiduría, alegría, una nueva experiencia, un estímulo. ¡Vida! Tengo regalos para mi Padre que él ansía. Mi pobre Padre. En un instante comprendí tantas cosas que me sentí abrumada. Necesitaba que volviera rápidamente. Hablé casi frenéticamente con Néstor y Gustavo acerca de la fe, de la fe que crea milagros. Milagros. Creo en la magia, en los milagros. Todo es extrañamente bello, pasmoso. La vida me deja sin aliento. Vino Joaquín, nos cogió de sorpresa. Miró en mi escritorio, leyó las cartas de Padre, se fijó en la fotografía de Padre y recordé las palabras de Gustavo: «Estos dos no se entenderán. Cualquier intento de acercamiento terminará en tragedia. Es a ti a quien ama. Con Joaquín se trata de un compositor cuyo hijo también es compositor. Joaquín nunca amará a su padre»[54].

Entre ambas anotaciones en su diario, sin embargo, algo ocurrió en la relación entre Gustavo y Anaïs. La complicidad del primer momento se tornó en malestar y frialdad. Donde ella antes observaba una personalidad brillante y activa, ya sólo contemplaba un ser excesivamente realista. Esta segunda cita cronológica corresponde al 12 de marzo de 1933: «También he terminado, en un sentido, con Gustavo. No me gusta. Es dogmático, tiránico, supersano, superequilibrado, demasiado simple, demasiado mental y demasiado lúcido. Con una conversación hay suficiente. También es literal, aunque inteligente, hiperrealista. Le gustan los modelos, las perfecciones, la meticulosidad, igual que a mí antes de conocer a Henry»[55].

Las apreciaciones tan dispares e incluso contradictorias de Nin permiten, no obstante, observar una visión más completa del personaje, sin atribuirle íntegramente la generosidad de elogios de la primera descripción ni asumir por entero las descalificaciones de la segunda. Había elementos de Gustavo en ambas, y en la suma de todos ellos, dejando a un lado los extremos, se conformaba su compleja personalidad.

En 1933 inició una etapa profesional en un género con el que hasta entonces sólo le había unido la afición: el cine. Su contacto con la gran pantalla se remontaba a sus jornadas de ocio y amistad en Madrid. Los integrantes de la generación del 27 pronto advirtieron sus cualidades como disciplina artística y nuevo lenguaje expresivo. Las proyecciones en la residencia, algunas de ellas organizadas por Buñuel, dieron paso con el tiempo a sesiones en las que se rendía culto al cine como arte y no como mero entretenimiento.

Buena parte del mérito de estas tertulias cinéfilas correspondía a Ernesto Giménez Caballero, hombre polifacético y controvertido, que alternó por igual la literatura y la política, siendo simpatizante del fascismo y uno de los defensores ideológicos del alzamiento franquista. A finales de la década de los veinte, Giménez Caballero era un intelectual extravagante, animador cultural de distintas vanguardias artísticas, con predilección por el futurismo y el surrealismo. A esta última corriente pertenecía una de sus obras literarias de título inolvidable: *Yo, inspector de alcantarillas*. Su inquietud intelectual le condujo también a editar *La Gaceta Literaria*, la publicación cultural más importante de la época, y a adentrarse con similar espíritu de vanguardia en el mundo del cine.

Creó en diciembre de 1928 el Cine-Club Español, cuyas actividades difundía desde *La Gaceta Literaria*. Inició sus sesiones con varias proyecciones a finales de ese año en los cines Callao, en el palacio de la

Prensa, el Royalty, el Goya y en una sala que funcionaba dentro del hotel Ritz. Entre los títulos presentados figuraban *Tartufo*, de Murnau, o la primera película sonora de la historia del cine, *El cantor de* jazz. Las películas iban precedidas de una presentación, y a ésta seguía en ocasiones un debate. Ramón Gómez de la Serna, Pío Baroja o Rafael Alberti actuaron como introductores de lujo en alguna de estas sesiones, a las que es muy probable que hubiera acudido Durán antes de su marcha a París a principios de 1929.

En todo caso, no descuidó su afición. Ya hemos seguido a través de su agenda el vivo interés que mantuvo por el cine como espectador cuya autoridad nacía de su agudo sentido artístico y de su amistad personal con Buñuel. Sin embargo, fue otra persona, su viejo amigo y primo de Néstor, Claudio de la Torre, quien introdujo al músico en la industria cinematográfica. Claudio, tras su éxito en la literatura, debutó como adaptador de guiones, doblador e incluso director en los estudios de la Paramount Pictures en Joinville, en las proximidades de París, que entonces dirigía el marido de Marlene Dietrich, el productor Rudolf Sieber. Por mediación de Claudio, Gustavo comenzó a trabajar en la Paramount, en el área de doblaje de películas al español. Allí coincidió de nuevo con Luis Buñuel, quien acababa de regresar de su primera experiencia fallida en Hollywood. Tras esta decepción y el amargo trance de la prohibición de *Tierra sin pan*, pensó seriamente en abandonar su carrera. Claudio le ofreció en aquel momento sumarse al equipo de doblaje con un tentador salario. Buñuel aceptó. Poco después se incorporaría también la hermana de Claudio, Josefina de la Torre, actriz, poetisa y, durante su breve estancia en París, la voz española, precisamente, de la diva germana Marlene Dietrich. Durante esos meses de 1933, Buñuel, Durán y los hermanos De la Torre representaron el nexo entre el espectador español y las grandes producciones de la Paramount con proyección en el país.

Los estudios de la Paramount no servían únicamente para doblar producciones extranjeras, sino también para rodar en ellos películas de factura española. Actores, directores y técnicos se desplazaban a sus instalaciones, consideradas en la época unas de las mejores de Europa. Claudio de la Torre dirigió allí en 1932 *Para ser feliz,* filme en el que trabajaba una jovencísima y aún desconocida Simone Simon. En 1933 se rodaron en Joinville seis películas españolas con un elenco variado que incluía a las estrellas locales más conocidas: Imperio Argentina, protagonista de varios de estos filmes, un joven José Isbert, la simpática Rosita Montero, el galán Gabriel Algara o el popular Miguel Ligero, entre otros. También directores como Florián Rey y

Benito Perojo filmaron allí algunas de sus obras. Resulta curioso comprobar como la propia Josefina de la Torre, al firmar un artículo en 1943 para la revista *Primer Plano*[56] en homenaje a aquel momento pionero del cine español, omitió, posiblemente muy a su pesar, los nombres de Gustavo Durán y Luis Buñuel. Eran tiempos en que ambos habían adquirido la condición de indeseables políticos.

La experiencia, sin embargo, fue breve. A mediados de 1934 Buñuel decidió regresar a España tras aceptar una oferta de la competencia, la productora norteamericana Warner Brothers, para supervisar sus doblajes al español, esta vez desde Madrid. Antes de hacerlo, en junio se casó con Jeanne de Rucar, su compañera desde hacía tiempo. Fue una ceremonia civil sencilla y discreta en el ayuntamiento del distrito 20 de París. El pintor Hernando Viñes y su mujer, Lulú Jourdan, además de un desconocido al que abordaron en la calle, ejercieron de testigos. Tras la boda, Luis y Jeanne se hicieron unas sencillas fotos y almorzaron. Después, ella se dirigió a la casa de sus padres a comunicarles su matrimonio. Buñuel, tras despedirse de Louis Aragon, tomó un tren y viajó a Madrid.

Gustavo le había precedido, una vez que la Paramount clausuró el servicio de doblaje al español. Pero antes puso en orden dos cuestiones cruciales en su vida: su relación con Néstor y su compromiso político. Respecto a la primera, la separación puso fin amistosamente a una relación en declive desde hacía tiempo. No hubo rencor ni desaires, sino la constatación de un final de etapa tras una evolución y crisis personal por parte de Durán. Es posible que también influyeran las presiones familiares, pero no tanto como el sentimiento de vacío vital y la necesidad de un estímulo del que entonces carecía. Había arrinconado la composición musical, convencido de que no pasaría de ser un autor respetable pero no brillante.

Precoz también a los veintisiete años, afrontó un balance excesivamente crítico de su vida, como si ésta se adentrara en una madurez plena cuando apenas despuntaba. Sentía la inminencia del momento, la imperiosa necesidad de cobrar de nuevo impulso desde un escenario distinto y desde una vida diferente. Néstor no fue un obstáculo, pese al dolor por la ruptura. Conocía y amaba a Gustavo mejor que nadie, más que nadie. Sabía que la persona que regresaba distaba mucho de la que había abandonado España cinco años antes, y en ello tuvo mucho que ver una determinación política, inexistente entonces, decisiva ahora, que anuló otras facetas para convertirse en el motor de los próximos años; los años del compromiso.

5

El compromiso

Sigue, sigue adelante y no regreses,
fiel hasta el fin del camino y tu vida,
no eches de menos un destino más fácil,
tus pies sobre la tierra antes no hollada,
tus ojos frente a lo antes nunca visto.

LUIS CERNUDA, «Peregrino»

Nunca como antes debió de sentir el vértigo del paso del tiempo al reencontrarse con Madrid en abril de 1934. Quizá por ello prefirió escalonar su regreso. No vino directamente desde París, sino que aprovechó para conocer Londres por primera vez. Paseó por sus calles dispuesto a admirar y conocer, sin intuir que aquella ciudad que entonces descubría sería un lugar decisivo en su vida, un punto de inicio y final al que volvería en la época sombría del exilio. Pero, aquella primavera de tanto significado, sus ojos sólo sabían mirar con asombro, desprovistos de todo interés que no fuera aprovechar cada minuto para saborear una experiencia grata. La visita no le decepcionó, tal y como él mismo escribió en una postal enviada a su hermano Ernesto el 1 de abril sobre una vista panorámica de Oxford Street: «Antoñica y Ernestico: estoy aquí desde el jueves. Contentísimo. Londres me gusta más, mucho más de lo que pensaba. Hace un tiempo magnífico. Paso día y noche fuera del hotel y ya he visto casi todo lo que hay que ver»[57].

Una sensación muy distinta, de ansiedad y cierto temor, le acompañó en la etapa final hacia Madrid. No regresaba simplemente a un punto geográfico, sino también al escenario de felices y trágicos momentos que, lejos de diluirse en un lejano pasado, cobraban vigencia a medida que se aproximaba. Volvía dispuesto a tender puentes con el lado más ingrato del ayer, a rehacer vínculos

rotos, decidido a recobrar el recuerdo de una madre perdida en la soledad de su encierro. Llegaba, en definitiva, a mitigar una ausencia. Cuando descendió del tren en la estación del Norte, su mente estaba aturdida por la acumulación de estos recuerdos y sentimientos. Pero también anhelaba con ilusión el reencuentro con sus grandes amigos, a algunos de los cuales no veía desde hacía tiempo.

Le esperaba Alberti, ya casado con María Teresa, convertido en poeta célebre y en célebre militante comunista. María Teresa y él habían viajado en 1932 a la URSS, y regresarían en 1934 para participar en el Congreso de Escritores Soviéticos. En esas mismas fechas comenzarían a publicar en Madrid la revista *Octubre*.

Le aguardaba también Federico, aunque apenas disponía de un instante de sosiego, inmerso en su fase teatral y poética más productiva. Ya no era sólo Federico. Se había convertido en Lorca. Su nombre había adquirido la relevancia de icono literario, dentro y fuera de España, tras sus viajes a Nueva York, Cuba y Argentina. Sus obras en los años de Gustavo en París le habían consagrado, además de como poeta universal, como uno de los más grandes dramaturgos españoles.

En Madrid estaba Buñuel, flamante supervisor de doblajes de la Warner Brothers, quien pronto buscaría otro empleo más acorde con su talento.

Y anhelaba impaciente su retorno, claro está, su familia. Ernesto y Antonia aún no se habían trasladado a Canarias con Araceli. Josefina residía en Barcelona, aunque también se estableció en las islas una vez que enviudó. En Madrid estaban José Durán, Carmen y Carmela. Hacia allí dirigió sus primeros pasos, consciente de que su primer reencuentro sería el más difícil.

Pero alguien no le esperaba, alguien que ocupaba sus pensamientos con más intensidad que nunca. Petra desconocía su regreso, como tantos otros detalles de unos hijos de los que llevaba casi dos décadas separada.

Y también se encontró un Madrid en plena ebullición política, sometido a una agitación constante que derivaría en división irreconciliable y en guerra. Gustavo ya había optado no por un bando, sino por unas ideas, aunque en aquel período ambas opciones discurrieran paralelas. No necesitó demasiado tiempo para advertir la radicalidad política y la fractura social. Bastaba con hojear la prensa, detenerse ante los combativos carteles de uno y otro signo que empapelaban las paredes del viejo Madrid, leer las pintadas retadoras o reivindicativas o injuriosas, asistir a un tumulto, a una de tantas refriegas, a uno de tantos mítines, a uno de los muchos discursos. Bastaban unas horas para comprender.

Tras una breve estancia en casa de su padre, alquiló un ático en el número 3 de la calle Hermosilla. Allí vivía un Madrid próspero y alejado de las barriadas obreras, ajeno a las consignas de la izquierda, en las que la mayoría de sus vecinos observaban una amenaza directa y real. Gustavo conocía bien aquellas calles y a quienes las habitaban. Siempre se había movido entre ellos como uno más y, en realidad, no había dejado de serlo. No creía que sus simpatías políticas fueran irreconciliables con su origen, su educación y sus amistades. Continuó siendo el joven elegante y refinado que cuidaba meticulosamente su aspecto, el mismo adulto ordenado y metódico que había sido de niño, el amigo jovial que asistía a reuniones y tertulias. A ello añadía, sin aparente contradicción, su nueva condición de intelectual comprometido en la defensa de la República y de un ideario democrático sin que suscribiera una militancia política concreta, más allá de su filiación, iniciada entonces, al sindicato socialista UGT.

Curiosamente, una de las primeras personas con las que coincidió en Madrid fue Néstor de la Torre, quien había organizado el cortejo regional canario que desfiló con motivo del aniversario de la proclamación de la República. Aquél fue un acontecimiento muy comentado en la capital y objeto de la curiosidad perpleja de miles de madrileños, atentos a una caravana que incluía a varios dromedarios caminando por el centro de la ciudad. La exótica escena constituyó un acierto y una auténtica sorpresa para muchos madrileños, que descubrían por primera vez a aquellos animales procedentes de lejanas latitudes. La prensa elogió el cortejo como el mejor de todo el desfile, y quién sabe si Gustavo asistió entre el público a su paso. Sí consta que, pese a la separación, mantenía un excelente recuerdo de Néstor. Así lo confirma una nueva carta de Benítez Inglott al pintor, remitida en esas fechas: «En Madrid vi a Gustavo con el que cené una noche; como no estábamos solos no pude hablar con él de ti cuanto hubiera yo querido. Así, sólo puedo decirte que cuanto me dijo me pareció lleno de cariño hacia ti»[58].

Lejos de la espectacularidad de medios y estrellas de los estudios de Joinville, Gustavo comenzó a trabajar en la modesta industria cinematográfica local. Encontró empleo con facilidad en un estudio de doblaje pionero en la capital, Fono España, propiedad del empresario italiano Hugo Donarelli. Fundada un año antes, la empresa tenía su sede en un chalet en el número 124 de la calle Claudio Coe llo. Constituyó el primer estudio de doblaje creado en Madrid, pocos meses después de que la Metro-Goldwyn-Mayer abriera una sucursal para el mismo fin en Barcelona. Fono España poseía un sistema de grabación propio más barato que el de otros estudios, lo que le permitió

apropiarse de una parte sustancial del mercado nacional. Como anécdota, las siglas de este sistema de registro eran F. E., acrónimo de Fono España, pero coincidentes con las de Falange Española. Contaba con seis estudios de doblaje en su local de Claudio Coello, y versionó al español una media de once películas al mes durante 1934, cuando Durán se incorporó.

Paralelamente, Luis Buñuel supervisaba los trabajos de doblaje para la Warner en Madrid, un puesto ejecutivo y cómodo además de bien pagado, pero poco estimulante para la inquietud artística del aragonés. Su trabajo implicaba una relación constante con los estudios de grabación a los que encargaban la versión española de las películas producidas en la casa matriz en Estados Unidos. Y fue ahí, en la estrecha relación entre productora y empresa de doblaje, donde los caminos profesionales y personales de Buñuel y Durán volvieron a unirse. Esta amistad favoreció a Fono España, cliente habitual de Warner España, pese a que la actitud política de Gustavo había empezado a causarle serios problemas con el propietario.

En una ocasión, Buñuel acudió con un importante encargo a condición de que Durán se ocupara personalmente del doblaje. La empresa, suponemos que Donarelli, tildó a Durán de comunista y Buñuel amenazó entonces con llevar la remesa de películas a otro estudio: «En el treinta y cuatro, en Madrid, cuando estaba yo en la Warner, tenía veintiún películas que doblar. Fui a los laboratorios donde trabajaba Gustavo, los mejores desde luego. Llegamos en seguida a un acuerdo. “Quiero que me las doble mister Durán”. “No puede ser. ¡Es un comunista!”. “Mire usted, a mí no me importa. Ni a la Warner tampoco. Queremos un trabajo bien hecho, y, o lo hace el señor Durán o me las llevo”. Las hizo»[59]. El testimonio de Buñuel es revelador, pues se trata de la primera vez que se atribuye a Durán una determinada inclinación política.

Trabajó también en los estudios CEA, los primeros grandes estudios de Madrid construidos el año anterior en el barrio de Ciudad Lineal. Las cartas cruzadas entre Luis Buñuel en Madrid y el director de Warner España en Barcelona, P. Huet, confirman que éste conocía el trabajo de Durán y su colaboración en CEA, que debió de ser ocasional y sin dejar nunca su empleo principal en Fono España. Así, en una carta remitida a Buñuel el 14 de noviembre de 1934, Huet habla de Gustavo como alguien de la entera confianza profesional del cineasta aragonés:

> Por lo que se refiere a SIEMPRE EN MI CORAZÓN [película de la Warner que en ese momento se estaba doblando] y siempre en el caso de que Vd.

no pueda ver los resultados del «recording» recientemente efectuado por Blanco, sugiero que Vd. encargue dicha misión a un hombre de confianza suya. El Sr. Durán, por ejemplo, si está en la CEA como lo pienso[60].

Posteriormente, Buñuel abandonó la Warner para unirse al productor y empresario cinematográfico Ricardo Urgoiti, propietario de Filmófono y uno de los grandes pioneros del cine español. Con él produciría cuatro películas comerciales hasta el estallido de la Guerra Civil: *Don Quintín el amargao*, sobre un texto de Carlos Arniches, *La hija de Juan Simón, ¿Quién me quiere a mí?* y *¡Centinela, alerta!* Todos ellos títulos en los que ejerció como productor y director en la sombra, aunque nunca quiso constar así en los títulos de crédito al considerar que la factura de esas películas no se correspondía con el enfoque singular de su obra.

Es posible que corresponda a este período otro de los recuerdos de Buñuel asociados a Durán, aunque también podría referirse a la época anterior en la residencia. Ambos realizaron en coche una excursión de fin de semana al monasterio de Piedra, en la provincia de Zaragoza. El cineasta aseguró, años después, que las confesiones de Durán durante el viaje le escandalizaron: «Una vez fuimos a pasar unos días al monasterio de Piedra en un Renault que yo tenía entonces. Me estuvo contando muchas cosas de su vida sexual. ¡Y con obreros! Eso, a mí, creyente en el proletariado, me hería doblemente»[61].

Aquel año tan intenso y acelerado de 1934 concluyó con un reencuentro pendiente. En diciembre, después de Navidad, fue a visitar a su madre al centro psiquiátrico de Ciempozuelos. Fue solo. Recorrió el trayecto en coche. Traspasó el portón de entrada de aquella construcción adusta y envejecida, cruzó el patio ajardinado y se vio a solas con Petra durante dos horas. Definiría ese tiempo como uno de los momentos más dulces de su vida. A plena luz del día, sentados en el exterior, madre e hijo compensaron años de ausencia. Aquel encuentro le conmovió extraordinariamente. Se fundieron en él renovados sentimientos de culpa y de ternura. El testimonio escrito que a continuación envió por carta a sus hermanos en Canarias, incluso leído en la actualidad, resulta sobrecogedor. Aflora en él un hijo emocionado, plenamente consciente de la responsabilidad compartida hacia la injusta situación de la madre, con reproches contenidos hacia él y hacia su padre por inculcarles un olvido que en aquella mañana fría de diciembre, en compañía de ella, resultaba particularmente doloroso. De Petra brotaba una asombrosa cordura, una pacífica resignación que ahondó el vacío que aquella visita dejó en su hijo:

Queridísimos hermanos Josefa, Celuqui y Ernesto:

A los tres dirijo esta carta. En los tres pensaba ayer constantemente durante las dos horas que pasé con nuestra madre —momento que siempre recordaré como uno de los más dulces de mi vida— y en los tres continúo pensando ahora, inseparablemente unidos nuestros nombres.

… En primer lugar sentí llena mi vida —la anterior y la presente— de culpa: de culpa cuya responsabilidad no recae enteramente sobre mí… Como tampoco recae enteramente sobre vosotros la que en algún momento hayáis debido sentir… Pero era culpa mía al fin y al cabo, porque el que no me hayan enseñado a querer a nuestra madre como debiera (antes al contrario, trataron de enseñarnos a olvidarla y pusieron todo en juego para conseguirlo, como sabéis) no quiere decir que yo por mí mismo no aprendiera. Para ciertas cosas no se debe necesitar maestro. O no se debiera…

Luego, una vez pasada esta sensación de culpabilidad con la misma rapidez con que vino, sentí cierta molestia que casi era angustia. Angustia y miedo. Me decía: su enfermedad no fue obra mía y en su abandono yo no tuve parte, y ahora he de ser yo el único que eche sobre sí el dolor de verla en el estado en que está y de oírla desvariar, sin que ni siquiera llegue a despertar mi presencia junto a ella un solo eco de su vida pasada, de la que compartió con nosotros… Y con quien es causa de cuanto le sucede. Recordaba la última visita que la hice en unión de Ernesto y Antonia, y tenía miedo de volver a pasar un momento como aquél.

Ninguno de éstos eran pensamientos conscientes; todo mi ser estaba en juego y sólo la parte más íntima y verdadera era la que pensaba. Todo mi ser… Por la noche soñé —hasta la mañana—; y volví a ver en sueños el piso de la calle Mayor de lamentable memoria, y otras cosas de aquella época, es decir, todos aquellos elementos fundamentales que componen mi naturaleza presente.

Ahora te agradezco con toda el alma tu telegrama, Celuqui. A él debo las dos horas pasadas ayer.

Encontré a nuestra madre físicamente como siempre, ni mejor ni peor que durante estos últimos diez años. Moralmente, por desgracia, también igual. Comenzó por no reconocerme, como es natural, porque la voz de la sangre es uno de los tantos mitos que andan por el mundo, y no viéndome nunca y teniendo la memoria borrada por la soledad en que vive, no hay razón ninguna para que me recuerde. Pero yo quise que me recordara, y poco a poco y con todo el amor de que puedo ser capaz (en ningún

momento de mi vida puse tanto como en éste) la fui llevando adonde quería. De tal manera que al cabo de media hora hablaba con ella casi como podría hablar con vosotros. Más locuras digo yo muchas veces.

Su mano en la mía, guiaba yo sus palabras, con el mismo cuidado con que se lleva a un niño que empieza a andar. Eso me pareció: un niño; un niño cuya memoria no estaba hecha del todo. Creedme si os digo que apenas dijo media docena de cosas deshilvanadas durante las dos horas que estuvo conmigo. Y en cuanto a aquellas que a otros les parecerían medio sensatas, a mí me parecían la cordura misma. Y cordura de la más rara especie, porque era de la que brota de la misma raíz y se mueve difícilmente en el mundo estrecho y pobre de las palabras.

No puedo contaros toda nuestra conversación: sería demasiado largo y además no es posible que la recuerde entera. Pero sí algunas cosas.

Al preguntarle yo que en qué pasaba el día me contestó: Por la mañana paseo por el jardín. Después voy a comer (me dijo lo que comía cada día). Por la tarde, zurzo y coso (porque ahora el «tío José» se ha vuelto muy económico y me obliga a reparar mi ropa… Pero no importa; me entretiene el hacerlo) y luego ceno y me voy a dormir.

Al preguntarle que a qué hora se dormía y a cuál se despertaba, me contestó: no me preocupo; Dios me duerme y él me despierta. Eso, como tantas cosas, es asunto de él y no mío.

Me enseñó un zurcido que había hecho en el pañuelo, y como yo le dijera que antes lo hacía mejor, me dijo: Es que antes era Petra Martínez quien bordaba y cosía, y ahora es una loca. Para ser hecho por una loca, no está mal.

Le pregunté si iba a misa, por saber si su obsesión religiosa era tan grande como hace años. Hasta hace poco —me contestó— me entretenía ir a rezar, ahora he visto que eso es cosa de gente sensata (transcribo literalmente sus palabras).

¿Hablas con los demás?, ¿tienes alguna amiga aquí? —le pregunté—. Ninguna, no hablo con nadie —me dijo—, nadie me entiende. Mi nombre es «Me dejó mi Dios» y no lo entienden. Y si no entienden ni mi nombre, ¿cómo quieres que entiendan lo demás de mi vida? (yo, por mi parte, añado a sus palabras que quizás no sea ése su nombre pero debiera serlo).

Durante todo el tiempo habló con una dulzura infinita y en el tono más suave de voz, como seguramente debía hablar en los años más felices de su vida. Cantó no sé cuántas canciones; se rió muchas veces… Y se reía como te ríes tú, Celuqui, cuando estás muy contenta. Luego nos

despedimos como si hubiéramos de volver a vernos unos instantes más tarde. Ni desgarro ni indiferencia; sí un sentimiento de profunda calma.

Volví a Madrid desbordándome la alegría… Recordaba sus palabras y su risa, y sentía como el haber conseguido una y otra hacía de aquellas dos horas un momento ganado para siempre, victoria quizá la más bella que haya conseguido nunca[62]…

Tras aquella visita, la relación con su padre y con Carmen le resultó aún más conflictiva. No albergaba ese sentimiento hacia Carmela, a la que siempre trató con un cariño que ésta recompensó del mismo modo. Al difícil clima en el seno del hogar se sumó la actitud política de José Durán, opuesta a la suya. Sólo suavizaba la situación la condición de hijo favorito, que nunca perdió, y la ausencia de discusiones políticas en la casa.

Al grupo tradicional de amigos se unió a principios de 1935 el poeta chileno Pablo Neruda. Había llegado a Madrid procedente de Barcelona y en ambas ciudades ejerció como cónsul de su país. Su talento como poeta ya era célebre antes de establecerse en la capital. Había conocido a Lorca en Buenos Aires unos años antes y también había entablado amistad con Rafael Alberti. Fue éste quien, al saber de la llegada de Neruda a Madrid, le buscó una vivienda. Se trataba de un edificio moderno construido por el arquitecto Secundino Zuazo en la manzana entre las calles Hilarión Eslava y Meléndez Valdés, en pleno barrio de Argüelles. Pronto fue conocida como la «casa de las flores» y pronto también se convirtió en un centro de reunión, en improvisado escenario de recitales de poesía y en punto de inicio para su relación con la argentina Delia del Carril. A pocos metros, en el paseo del Pintor Rosales, residían Alberti y María Teresa León en compañía de Niebla, el perro ovejero que Neruda encontró abandonado en la calle y que Alberti y María Teresa adoptaron. Casi vecinos, estrechos amigos, poetas universales, políticos afines en tiempos de excepción, Neruda y Alberti ya nunca separaron sus destinos ni olvidaron aquellos años de supervivencia, lucha y amistad, pese a que el exilio separó sus caminos.

Gustavo frecuentó ambas casas y, del mismo modo que tenía en Alberti un cómplice atento, compañero ya de tantos años, descubrió en Neruda un amigo fraternal igualmente próximo. En sus memorias Neruda relató con nostalgia y dolor la experiencia imborrable de aquellos meses, la hipnótica unión de aquel grupo que tejería lazos entrañables entre sus miembros, todavía en su juventud, cautivados por la atracción permanente de la literatura, aún no desgarrados ni separados por la inminente guerra que en breve trastocaría para siempre sus vidas:

> Con Federico y Alberti, que vivía cerca de mi casa en un ático sobre una arboleda, la arboleda perdida, con el escultor Alberto, panadero de Toledo, que por entonces ya era maestro de la escultura abstracta, con Altolaguirre y Bergamín; con el gran poeta Luis Cernuda, con Vicente Aleixandre, poeta de dimensión ilimitada, con el arquitecto Luis Lacasa, con todos ellos en un solo grupo, o en varios, nos veíamos diariamente en casas y cafés. De la Castellana o de la cervecería de Correos viajábamos hasta mi casa, la casa de las flores, en el barrio de Argüelles. Desde el segundo piso de uno de los grandes autobuses que mi compatriota, el gran Cotapos, llamaba «bombardones», descendíamos en grupos bulliciosos a comer, beber y cantar[63].

Ni Alberti ni Neruda dejaron testimonio de la presencia de Durán en aquellas citas. Neruda le desterró al silencio en el momento de escribir sus memorias. Con mayor énfasis que Alberti en anular su relación con el músico, no lo mencionó en ningún momento pese a que, durante los siguientes meses, fueron múltiples las expresiones de afecto del poeta chileno hacia el músico español. No obstante, a través de otro amigo común, Santiago Ontañón, sabemos que Durán era un visitante asiduo de ambos domicilios: «Vivían los Alberti en el número 45 del madrileño paseo del Pintor Rosales, frente con frente al templete de la música, y su casa estaba siempre llena de amigos. Lo mismo ocurrió cuando, en guerra, tuvieron que trasladarse a Velázquez 53. Recuerdo ahora a Pablo de la Fuente, a Gustavo Durán y a Moros, un obrero siderometalúrgico muy inteligente a quien llamábamos “el marinero de Singapur”»[64].

Confirma también su presencia en ese círculo el diplomático chileno Carlos Morla Lynch, quien menciona a Gustavo como un nuevo amigo de «temperamento musical asombroso. Lee mi música a primera vista con una facilidad extraordinaria»[65]. Felipe Maldonado, miembro de la Alianza que acompañó a Gustavo durante los años de guerra, y que mantuvo una excelente amistad con él, corroboró también la estrecha relación de Durán con Alberti en esos meses y «sus primeras actividades políticas, de buena voluntad, en los mítines a favor del Frente Popular, poniendo su automóvil y su persona como chofer al servicio de María Teresa León y de Alberti, viejos amigos»[66].

El coche al que se refiere Maldonado era un utilitario Ford, propiedad de Gustavo, con el que acostumbraba subir a Navacerrada, de cuyo Club Alpino era socio desde niño. Fue precisamente en ese coche en el que, en las Navidades de 1935, realizó sendos viajes a San Sebastián y a Bilbao en

compañía de varios amigos. Se trataba de compañeros del mundo del cine, entre los que es fácil identificar al decorador Luis Santamaría o a José López Rubio, guionista y humorista, que hasta unos meses antes había residido en Hollywood contratado por la Metro. Cita también al arquitecto Carlos Arniches Moltó, hijo mayor del dramaturgo del mismo nombre. Detalló ambas excursiones a sus hermanos en una carta fechada el 1 de enero de 1936. Al igual que en la misiva anterior, el recuerdo de su madre sigue presente, velado en esta ocasión bajo la designación impersonal de «ella»:

> Josefa, Ernesto y Celuqui queridísimos: comienzo el año teniendo una idea que vosotros no esperabais: la de escribiros… Quiero que el 36 comience bien y ninguna manera mejor de conseguirlo que escribiéndonos… El sábado 21 de diciembre salí de Madrid con Luis Santamaría y Félix Montero camino de Bilbao. Llegamos allá a las dos de la madrugada y volvimos a salir el lunes siguiente a las 6.30 de la mañana, de manera que pasé en Bilbao el domingo completo. Lo aproveché en recorrer los lugares en que transcurrió aquel verano que pasamos Ernesto y yo con ella. Fui por la mañana a Las Arenas y Algorta y la tarde me la pasé dando vueltas por Bilbao. No tengo necesidad de deciros la de recuerdos que se me vinieron a la memoria. El que era yo entonces se me aparecía en cada esquina, en cada calle; en la playa; en el Arena, etc… Y era muy curioso, porque al verme frente a él y echar cuentas sobre lo hecho y lo dejado por hacer desde entonces acá, vi que si bien por ciertos caminos he andado mucho, por otros aún estoy en el mismo sitio que hace catorce años.
>
> Llegué a Madrid el lunes a la una de la tarde y a igual hora del día siguiente volvía a salir de viaje. ¡Esta vez fui con Ferry, Carlos Arniches y Martín Domínguez…! ¡Y a San Sebastián! Tuvimos un viaje espantoso. No tenéis idea (yo no la tenía tampoco) de lo que era un temporal en Castilla… El día de Navidad fue delicioso. Como dormíamos en el Continental nuestras habitaciones estaban en el primer piso, las olas parecían romper en la misma habitación. Me levanté muy temprano —a las ocho— y desde esa hora hasta las once estuve sentado en el balcón (y en pijama, por más señas) viendo el mar y tomando el sol. Hacía tanto tiempo que no pasaba las horas así, viendo el mar sin pensar en nada, que ese rato fue de los mejores de todo el año pasado. Fuimos a almorzar a Fuenterrabía y después de comer emprendimos el regreso. Dormimos en Aranda de Duero, en un albergue del Patronato y al día siguiente estaba a las 2.30 trabajando en Fono España como si tal cosa.

Tomé las uvas con Luis Santamaría y sus amigos en Jovellanos 5. Para amenizar el acto nos vestimos. Jubera se disfrazó de general carlista; Luis, Pepe Querol y Félix, de destrozonas, Pepe López Rubio de Ojo de Halcón con un penacho indio… Bebimos poco, nos reímos mucho y nos acostamos temprano. Y aquí estoy.

PS: os escribo con una pluma que me ha regalado Jehudi Menuhin el último día que pasó en Madrid. Nada menos[67].

Los buenos deseos referidos al año que se iniciaba topaban con una realidad que Durán sin lugar a dudas conocía plenamente y en la que ya participaba con cierto protagonismo. La maduración política de los últimos meses se aceleró entonces, empujado por la ola de división que sacudía el país. Aquellas semanas que mediaron hasta el estallido de la guerra constituyeron una suma de actos políticos y artísticos en los que casi siempre existía un apoyo expreso al Frente Popular. No es de extrañar que así fuera, pues casi todo su entorno asumió una implicación similar.

Alberti y Neruda, desde el comunismo, formaban el núcleo más visible de ese compromiso activo. Buñuel, más indeciso respecto a una militancia concreta, apoyaba también sin ambigüedades el régimen republicano. Federico García Lorca, aunque también desligado de la actividad partidista, no era menos defensor de las libertades que, en su opinión, encarnaba el nuevo gobierno. «Desde luego, hoy en España no se puede ser neutral», llegaría a escribir a sus padres en octubre de 1935[68]. Luis Cernuda o Emilio Prados suscribieron también en aquellos meses, desde posiciones próximas al comunismo, una adhesión igualmente comprometida. Un joven Miguel Hernández, llegado hacía poco de su Orihuela natal, se había integrado rápidamente en aquel grupo con el que compartía afinidades políticas y literarias. Todo ello debió de influir necesariamente en Durán, como también su relación ocasional con Manuel Azaña, a quien trató personalmente a través de la amistad con su cuñado Cipriano de Rivas Cherif.

El último domingo antes de las elecciones, el 9 de febrero de 1936, se celebró en el café Nacional de la calle Toledo un homenaje a Rafael Alberti y María Teresa León. Acudió una nutrida representación de amigos y artistas. Al frente de éstos, García Lorca leyó un manifiesto titulado «Los intelectuales con el Bloque Popular». El texto apelaba a la conciencia de los españoles para unir esfuerzos en defensa de la reforma social y educativa impulsada en los primeros años de gobierno republicano. El manifiesto definitivo fue publicado el día antes de las elecciones en el órgano de expresión del Partido

Comunista, *Mundo Obrero*, suscrito por trescientos firmantes encabezados por el propio Lorca.

El 16 de febrero de 1936 amaneció una jornada despejada. Había dejado de llover y un sol tenue alumbraba tímidamente Madrid. Desde primera hora la afluencia a los centros de votación fue masiva. Partidarios de uno y otro signo coincidieron ante las urnas, ambos con la incertidumbre de un resultado abierto que nadie se atrevía a pronosticar. A las cuatro se cerraron los colegios y comenzó el escrutinio. A última hora de la tarde ya se extendió el rumor del triunfo del frente de izquierdas. La Puerta del Sol congregó a una multitud ante la sede de Gobernación, el ministerio del que dependía la organización de los comicios. Reclamaban la confirmación de una victoria que la mayoría de los presentes ya intuía. Al día siguiente, *La Hoja Oficial del Lunes*, único diario madrileño que se publicaba el primer día de la semana, anunció la victoria del Frente Popular en Madrid a la espera de los datos del resto del país. El escrutinio final corroboró el estrecho margen de votos que separaba al Frente Popular de la oposición, pero suficiente para obtener mayoría absoluta en las Cortes debido al reparto de escaños que asignaba la ley electoral.

Gustavo Durán vivió aquellas jornadas decisivas con profunda alegría y, muy posiblemente, con intensa preocupación sobre el futuro inmediato. Conocidos los resultados, la amenaza de un golpe de Estado cobraba más fuerza que nunca en medio de una tensión permanente. La conspiración, civil y militar, ganaba terreno y partidarios.

Entretanto, la actividad política ocupaba cada vez más espacio en la agenda diaria del músico y de su círculo. Lorca se inscribió en tres asociaciones: la Asociación de Amigos de América Latina, creada para denunciar las dictaduras en el continente; el Comité de Amigos de Portugal, cuyo objetivo era difundir los abusos de la dictadura de Salazar en el país vecino, y la Asociación de Amigos de la Unión Soviética. En mayo firmó una carta dirigida a la madre de Luis Carlos Prestes, militar y dirigente comunista brasileño, detenido por el dictador Getulio Vargas. Junto a su firma aparecieron las de Gustavo Durán, Julio Álvarez del Vayo, Luis Araquistáin, María Teresa León, Connie Hidalgo de Cisneros, José Bergamín y Rafael Alberti.

El 13 de mayo Gustavo asistió a una cena en la hostería Cervantes de Madrid en homenaje al pintor Hernando Viñes, el mismo que había sido testigo de la boda de Buñuel en París. Este acto fue doblemente importante, porque sería la última reunión colectiva de los asistentes y porque una

fotografía captó aquel encuentro, visto setenta años después con la perspectiva de un último momento feliz antes de la tragedia. Participaron en la cena Hernando Viñes y su mujer, Lulú Jourdan, Pablo Neruda, Delia del Carril, Federico García Lorca, Rafael Alberti, María Teresa León, Luis y Alfonso Buñuel, Adolfo Salazar, Miguel Hernández, José Caballero, Rafael Sánchez Ventura, Pepín Bello, Santiago Ontañón y Gustavo Durán entre otros.

Una semana más tarde, Durán asistió a otro acto importante, éste de mayor contenido político. Formó parte de la comitiva que debía recibir a tres autores franceses que llegaban para expresar su apoyo al Frente Popular español en representación del bloque galo homólogo. Se trataba del dramaturgo Henri-René Lenormand, del crítico e hispanista Jean Cassou y del escritor André Malraux. Llegaron a Madrid el 20 de mayo. Durán y sus inseparables Alberti y María Teresa formaban parte del comité de bienvenida. El diario *Ahora* publicó una foto en su edición del día 21 en que se ve a Malraux en el centro del grupo acompañado de María Teresa. Alberti y Durán se encuentran cada uno en un extremo del grupo.

Al día siguiente participaron en un acto en el Ateneo, en el que Malraux fue agasajado como el más ilustre de los tres intelectuales, el más influyente para su causa. Ya era una celebridad en el mundo literario tras la publicación en 1933 de su novela *La condición humana*, con la que ganó el Premio Goncourt. Sumaba a ello una militancia política próxima al comunismo. Le correspondió, pues, el protagonismo de cerrar aquel acto con un discurso en el que reivindicó la revolución social como instrumento para dignificar al hombre. «La revolución sólo otorga la posibilidad de su dignidad a los hombres. Cada uno debe transformar esta posibilidad en posesión», comentó Malraux**[69]**.

Durán asistió también a aquel acto y le acompañó durante los días siguientes. Antes de su marcha se ofreció una comida de despedida a la que asistieron doscientos comensales, entre ellos varios ministros, y se aprovechó la ocasión para suscribir un manifiesto que encabezaron Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, además de Alberti, Lorca, Manuel Altolaguirre y María Teresa León, y en el que se afirmaba que esa visita «significa para los intelectuales españoles el contacto con lo mejor del pensamiento francés. El triunfo del Frente Popular en nuestro país y en el suyo han permitido esta visita»**[70]**. Gustavo y Malraux se reencontrarían pocos meses después en circunstancias muy distintas, convertido ya el autor galo en combatiente

voluntario por la República y Durán en militar, amigo y modelo literario del novelista.

Los hechos mencionados son los únicos en los que está confirmada documentalmente la presencia de Gustavo, aunque participó en múltiples actos menores donde su nombre, escasamente conocido, no se menciona. En vísperas del verano de 1936 había asumido que aquella lucha ideológica constituía su principal cometido. Militaba desde hacía meses en el sindicato UGT y comenzó entonces a simpatizar con el Partido Comunista, no tanto por convicción sino porque admiraba su sentido de la organización y disciplina. En los días sombríos de aquel mes de julio de 1936 concluyó que, en caso de agresión militar contra el gobierno, tomaría partido de la única manera que consideraba realista: con las armas. Años más tarde confesaría que ser neutral en aquellas circunstancias no sólo resultaba imposible, sino que además constituía una irresponsabilidad[71].


21/5/36 AHORA

Tres ilustres escritores franceses llegan a Madrid para saludar al Gobierno en nombre del Frente Popular francés

Los ilustres escritores franceses H. R. Lenormand, Jean Cassou y André Malraux a su llegada a Madrid, para saludar a nuestro Gobierno en nombre del Frente Popular francés. (Foto Martha y Gonsanbi)

El diario *Ahora* del 21 de mayo de 1936 recogía esta imagen del recibimiento ofrecido a los escritores franceses Henri-René Lenormand, Jean Cassou y André Malraux en un acto de apoyo al Frente Popular. Gustavo Durán es el tercero por la derecha. (*Ahora*, 21 de mayo de 1936).

Él, que se consideraba pacifista. Él, que nunca había tenido ninguna tentación militarista pese, o quizá debido, a la herencia paterna. Él, que se había movido en los salones de la aristocracia y de la alta burguesía. Él, el intelectual, el músico, el perfeccionista, sería entonces otro. Cuando sus presagios se cumplieron nacería un nuevo Gustavo Durán: el militar, el estratega, el hombre de acción.

Libro segundo

Durán, militar



El comandante Durán en la ofensiva de La Granja. (Robert Capa © 2001 by Cornell Capa/Magnum Photos/Contacto).

6

Un intelectual en armas

Truena la locomotora,
el cañón en sus entrañas
un huracán de explosiones
barre los montes de Ávila.

JOSÉ HERRERA PETERE,
«El tren blindado»

Decían que parecía una tortuga con armadura. Sobre su estructura original se había construido un armazón rocoso y metálico. Su peso excesivo lo había convertido en un tren lento sobre los raíles, poco maniobrable, aunque ésa era una desventaja sobradamente compensada por su potencia de fuego. La visión del tren blindado era realmente imponente, en apariencia indestructible en los primeros días de una contienda que aún se dirimía mediante refriegas menores.

Lo terminaron de construir el 5 de agosto de 1936 los obreros ferroviarios en la estación del Norte de Madrid a las órdenes del teniente coronel Ramón Valcárcel, del cuerpo de ingenieros del ejército. Aunque ya desde finales de julio se había reforzado algún convoy, éste fue el primer tren propiamente blindado que operó en los alrededores de la capital. Su destino era la sierra de Madrid, donde las columnas del general Mola se habían apostado desde los primeros días de la guerra en las estribaciones de los puertos de Somosierra y el Alto del León.

Constaba en primer lugar de un vagón blindado artillado con dos cañones de 70 milímetros, y a éste lo seguía la locomotora, el ténder con el carbón, un coche correo, otro furgón y una plataforma llamada QQ, también blindada y armada con varias ametralladoras. En total, disponía de los dos cañones

citados, nueve ametralladoras y capacidad de tiro para 89 fusiles; esto es, milicianos armados. Pintados en el blindaje, mostraba tres lemas: «MILICIAS FERROVIARIAS», «UHP» y «NORTE».

Entró en combate tres días más tarde en Tablada, en las proximidades de Guadarrama, contra las tropas franquistas atrincheradas en un sanatorio de tuberculosos. Posteriormente, se lo destinó a incursiones en la zona de Navalperal de Pinares, en la provincia de Ávila, en apoyo de la columna Mangada. Los combates más intensos los mantuvo contra la unidad del comandante Doval, a la que causó numerosas bajas. Se lo conocería por ello como el Tren de Navalperal, si bien en la denominación militar siguió constando como el Tren Blindado A o Tren Blindado 1, el primero de varios trenes de este tipo que se construyeron y combatieron en los alrededores de Madrid.

Aquel primer convoy debía mucho a Gustavo Durán. Él mismo formó parte de su dotación y participó en las labores de blindaje. Otro de los milicianos presentes, Ramón Rodríguez Gómez, confirmó años después al investigador militar Jacinto Arévalo Molina[72] que Durán participó en esas primeras incursiones en Tablada y Navalperal. Junto con él citó también a Mauricio Amster, dibujante y diseñador de origen polaco que sería uno de los más célebres cartelistas durante la Guerra Civil. Ramón Rodríguez era entonces un joven de apenas diecisiete años, menudo y bajo de estatura, al que su rostro infantil le restaba años. Le apodaban el Carita. Su testimonio vino a confirmar los de otros dos amigos de Gustavo conocedores de aquella primera hora.

Uno es Pablo de la Fuente, escritor y editor. Estrecho compañero de Durán desde meses antes, compartió con él intensas tardes de reunión en la casa de Alberti y María Teresa. Desde el exilio en Chile, años después escribió un bello libro marcado por la nostalgia del tiempo y del país perdido. De título poético, *Sobre tierra prestada*, la obra rememoró aquellas primeras jornadas en la estación del Norte, en las que también participó:

> En el depósito trabajaban con ardor, bajo el mando de un militar de artillería, para montarlo rápidamente. Cuando vimos todo el tren con sus manchas diferentes y sus dos cañoncitos, sentimos que no se nos podía acusar de tomar la guerra en broma… Los cañones estaban en las dos partes más altas de una de las grandes plataformas que existían en el ferrocarril para el transporte de hierro (un QQ). Sobre ellos se formó un tenderete, como gran quitasol, para no ser vistos de arriba. En el centro de

este largo vagón había un espacio cubierto con chapas y armado de troneras para fusileros. Luego iban dos coches más, acorazados con chapa y una capa de cemento de 20 cm de espesor, forrada en madera. Su valor militar contra armas perforantes no era mucho —aunque no lo sabíamos — pero daba una gran impresión de solidez ver, dentro de un vagón, aspilleras que se abrían en pirámide recia y uno podía creerse tras un parapeto montado en ruedas. La locomotora tenía dos torrecillas con troneras, delante y detrás y en la cabina del maquinista unas gruesas chapas protegían, de la visibilidad por lo menos, el trabajo. Enorme progreso sobre los anteriores «blindajes» de traviesas y sacos de arena. Un pequeño teléfono de pilas comunicaba entre sí estos vehículos desde el punto de mando, colocado en el vagón artillero. El tren era una joya. Se le bautizó con el nombre de «16 de febrero» en recuerdo de la fecha del triunfo del Frente Popular. En cuanto salió la gente comenzó a llamarlo «el tren de Navalperal»[73].

El segundo testimonio es el de Santiago Ontañón:

Recuerdo con toda precisión la imagen de María Teresa aquel día en que, como resultado de una idea creo que suya, Pablo de la Fuente, Gustavo Durán, Rafael Alberti y un grupo de ferroviarios, formaron aquel tren blindado que sería el primero en llegar hasta la sierra, en medio del incesante cañoneo y ametrallamiento del que era objeto. Consistió en colocar sobre bateas una cuadrícula de sacos terreros, que hacían de aquel armatoste una trinchera móvil. Aquel día hicieron comandantes a los cuatro[74].

Ontañón, sin embargo, se equivoca al ubicar a Alberti y María Teresa en los últimos días de julio en Madrid. Se ocultaban entonces en los montes de Ibiza, donde les había sorprendido el estallido de la guerra. Tampoco es cierto que la idea fuera suya o que les hicieran comandantes a los cuatro. Pero Durán y Pablo de la Fuente sí estaban allí. Y junto a ellos un amigo común, un personaje decisivo en los primeros días de guerra que guió el camino de ambos; se llamaba Ángel González Moros.

Intrépido revolucionario, González Moros era un sindicalista aguerrido y un dirigente comunista vinculado al sector ferroviario. De inteligencia incisiva y carácter campechano, representó en los meses previos y posteriores a la guerra el nexo de unión entre los intelectuales comprometidos pero poco familiarizados con la realidad obrera, como Alberti y Durán, con el mundo

del proletariado al que pertenecía. Según el testimonio de Felipe Maldonado, Durán le conoció en un viaje a Cuenca para participar en un mitin del Frente Popular, y con él vivió experiencias imborrables en los primeros días de la guerra.

La misma noche del 18 de julio de 1936 en que el alzamiento en Marruecos se trasladó a la Península, un grupo de sindicalistas ferroviarios se reunió en un local de la calle Mendizábal de Madrid. Decidieron tomar al día siguiente el control de la estación del Norte. Entre ellos se encontraba Ángel González Moros. Así ocurrió. El comité obrero tomó posesión de la estación y se aseguró el dominio del teléfono de coordinación desde el que se comunicaban con el resto de las estaciones. A través de él, por medio de repetidas llamadas a distintas provincias, pudieron saber qué zonas estaban ya sublevadas contra el gobierno y cuáles permanecían leales. González Moros, como cabecilla del comité, estuvo al teléfono toda la mañana. No sabemos con certeza si Gustavo Durán ya estaba allí, pero es muy probable que así fuera, y que él mismo realizara varias de esas llamadas.

En todo caso, André Malraux registró aquella escena en el inicio de su novela *L'espoir* (*La esperanza*) sobre la Guerra Civil, situando a dos personajes literarios, Ramos y Manuel, en realidad Moros y Durán, como los artífices de aquel primer mapa improvisado de la división real y política de las dos Españas:

> A través de las historias de orientación que comprendía mal y en medio del olor de cartón de la oficina, de hierro y de humo de la estación (la puerta estaba abierta a la noche muy calurosa), Manuel anotaba las llamadas de las ciudades. Afuera, el ruido de los cantos y de los culetazos de los fusiles; debía sin cesar hacer repetir (los fascistas cortaban las comunicaciones). Trasladaba las posiciones al mapa de la red: Navarra, dividida; todo el este del golfo de Vizcaya, Bilbao, Santander, San Sebastián, leal, pero dividido en Miranda. Por otra parte, Asturias, Valladolid, leales. Llamadas telefónicas incesantes.
>
> —Oiga, aquí Segovia. ¿Quién eres?
>
> —Delegado del sindicato —contesta Manuel mirando a Ramos con aire interrogador. ¿Qué era él, exactamente?
>
> —¡Muy pronto te cortaremos los cojones! —No me daré cuenta. ¡Salud[75]!

Manuel no era otro que Gustavo Durán, y Malraux no pudo haber conocido aquel episodio real sino a través del testimonio posterior de éste.

Manuel sería el hilo conductor de la novela, repleta, por otra parte, de paralelismos entre el personaje literario y la biografía real del español. Moros organizó las Milicias Ferroviarias y, a los pocos días, logró formar un batallón disciplinado que contaría con bandera y música. Casi en paralelo, ya sofocada la insurrección en Madrid, colaboró con el teniente coronel Ramón Valcárcel en el blindaje del tren de Navalperal. De aquella experiencia nacería la Brigada de Trenes Blindados, de la que González Moros sería comisario político.

Durán fue testigo y protagonista de todos aquellos hechos desde una posición todavía incierta. Como escribió Malraux, ¿qué era él exactamente? No era militar, no era sindicalista, ni tan siquiera político. Simplemente se le podía considerar un intelectual en armas. Se había convertido en miliciano desde el primer momento de la contienda, desde que las alarmantes noticias de la rebelión llegaron a Madrid, arrastrado por la confusión de una multitud que en las sedes de los partidos demandaba instrucciones y en la calle, armas. No había dudado en dar ese paso que suponía una ruptura total con su mundo anterior, decidido a combatir. Era plenamente consciente de que aquel cambio trascendental requería igualmente una transformación interna incluso más profunda, en la que aflorara el hombre capaz de sacrificios, el militar capaz de mandar y obedecer. Sucumbía el joven frívolo, el joven mimado y festejado del que hablara Anaïs. No tenía cabida en la rudeza de una guerra. El intelectual y el músico quedarían relegados a un segundo plano en favor de un compromiso que entonces consideraba prioritario. Durán se despidió de Durán. Cerró una etapa de su vida y abrió otra con la facilidad que demostraría en otras ocasiones para mutar y sobreponerse al pasado. Al igual que el episodio del tren, él también se blindó; se revistió de una coraza con la que resultar más útil, menos vulnerable. Nacía un nuevo Gustavo Durán fruto de las circunstancias históricas, y con él surgiría también desde un principio el mito, la leyenda a veces interesada del estratega sin formación elevado a las más altas tareas militares.

El primer día de guerra, en un gesto de pleno significado, se cortó su ondulada cabellera rubia. Nadie que quisiera imponer respeto entre militares y milicianos obreros podía lucir una provocadora cabeza de efebo. «Lo primero que hizo —recordaría José Bello— fue raparse al uno. El mismo peluquero le dijo que eso era una barbaridad con un pelo tan bonito. Durán le cortó en seco: “Calle y corte”[76]». La imagen de su cabello desprendido representa una excelente metáfora de su voluntarismo y de su deseo de transformación. También lo era su indumentaria de combate durante aquellos primeros días:

mono azul y alpargatas. Como si el destino se aliara trágicamente con la realidad, el mismo 18 de julio de 1936 moría en Bayona Antonia Mercé, la Argentina, la bailarina que había llevado por el mundo su obra de mayor éxito, la única que en realidad lo alcanzó. Su etapa musical había terminado.

Otras escenas de aquellos días parecen, pese a su autenticidad, más propias de la leyenda. Una de ellas muestra a Durán atravesando Madrid y sufriendo un percance mientras conducía un automóvil cargado de dinamita. Le acompañaba su amigo inseparable de entonces, Ángel González Moros, quien había ocultado previamente varias cajas de explosivos en previsión de que fueran necesarios en un futuro. La anécdota, que podría haber resultado trágica, fue recogida por Santiago Ontañón, posiblemente con cierta exageración:

> En la Alianza había un militante comunista, obrero, de una gran simpatía, gracias a la que yo creo que atravesó la guerra sin un rasguño. Ya he hablado de él: Moros. Era muy amigo de Rafael, María Teresa y de Gustavo Durán. Un día de julio del treinta y seis, ya desatada la contienda, urgió a Durán para que tomase su recién comprado automóvil y le acompañase a la Casa de Campo. Desenterró Moros un montón de paquetes de dinamita y los fueron colocando en el pequeño Ford. Gustavo iba al volante y en la calle Bravo Murillo, en Cuatro Caminos, chocó contra un Rolls donde iba una señora muy distinguida y volcaron. Fue un momento tremendo por el evidente peligro de explosión. Lo de menos era que el cochecito de Durán hubiera quedado inservible. Salvado el peligro, Moros lo tranquilizó y dirigiéndose a la señora que iba a bordo del Rolls le dijo: «¿Quiere usted bajar del coche, que lo vamos a necesitar?». Y atravesaron Madrid hacia su destino, ¡en un Rolls cargado de dinamita[77]!

Horacio Vázquez Rial también mencionó el incidente en su novela *El soldado de porcelana* en términos similares. Incluso Malraux relató un episodio muy parecido, con toda seguridad inspirado en aquel suceso. De nuevo los paralelismos con la historia real dibujan el personaje de Manuel-Gustavo: «Manuel había comprado de segunda mano un auto para ir a hacer esquí en la Sierra. Todas las mañanas, Ramos lo usaba para la propaganda. Aquella noche, Manuel lo había puesto de nuevo a disposición del Partido Comunista, y trabajaba una vez más con su compinche Ramos»[78]. Aquella noche fue la del transporte de dinamita, cuyo depósito Malraux sitúa en la novela en el barrio de Tetuán. Respecto al accidente, lo ubica en las

proximidades de Alcalá de Henares a causa de una maniobra brusca al paso de un camión con milicianos de la FAI. Tampoco hubo consecuencias.

Después de este incidente, Durán se sumó con González Moros a las Milicias Ferroviarias y al tren de Navalperal. Aún tardó un tiempo en encontrar una responsabilidad adecuada a su capacidad. Durante agosto, ataviado con un mono azul, siguió subiendo a la sierra a bordo del convoy. Por la noche, cuando los combates lo permitían, regresaba a Madrid junto con Pablo de la Fuente. Cuando podía dormía en casa y cuando no le era posible permanecía en El Escorial, estación base desde la que operaban. Pronto se ganó la confianza de aquellos milicianos rudos, obreros ferroviarios acostumbrados a un trabajo que no lo era menos.

Sin embargo, algunos de sus antiguos amigos no comprendían ni simpatizaban con el cambio radical experimentado por Gustavo. A José Bello, desilusionado con la República y uno de cuyos hermanos moriría fusilado en Paracuellos del Jarama, la militancia activa de su amigo le causó algún disgusto: «Uno de esos primeros días, tras lo del cuartel de la Montaña, se encontró a mi hermana Adelina por la calle y de acera a acera le espetó a voces: "¿Cómo está la *fascistona* de tu madre?". Con lo que llovía, a pesar de que lo dijo cariñosamente, que eso te gritara un oficial de uniforme y además pelón convertía la broma en cornisa, si te caía encima te aplastaba»[79].

Aquellas semanas fueron particularmente difíciles. No sólo por la creciente virulencia de los combates o por la dimensión de guerra abierta que ya había adquirido la rebelión militar. También lo fueron por la inquietud que le producía saber a dos de sus más íntimos amigos en la zona franquista: Federico García Lorca y Rafael Alberti. El primero había abandonado Madrid el 13 de julio en dirección a Granada, angustiado por el clima de guerra larvada tras los asesinatos de Calvo Sotelo y del teniente Castillo, de la Guardia de Asalto. Moriría fusilado en Granada en la madrugada del 17 al 18 de agosto. No existen testimonios de cómo reaccionó Gustavo al asesinato de su amigo, pero sin duda le afectó profundamente y es posible que reafirmara su convicción en la lucha que había emprendido. En todo caso, mantuvo siempre vivo su recuerdo pese a que, al igual que la familia del poeta, asumió en silencio su dolor y su memoria. Nunca habló a sus próximos de su muerte ni de las circunstancias del crimen. A Rafael Alberti y María Teresa León el inicio de la guerra les sorprendió en Ibiza, y en ella vivieron aislados y ocultos durante más de tres semanas, hasta que pudieron regresar a la Península tras reconquistar la isla las fuerzas republicanas a principios de agosto.

Los hermanos de Gustavo, Ernesto y Araceli, así como sus familias, permanecieron en Canarias, en zona franquista, donde más que guerra sobrevino la represión que impuso en el archipiélago el éxito inmediato del alzamiento militar. Allí permanecieron el resto de la guerra, discretamente protegidos por la familia de Néstor y Miguel Martín-Fernández de la Torre, integrados en la aparente fidelidad ideológica que exigía el régimen pero siempre temerosos, atentos a la suerte que, a miles de kilómetros y en el bando adversario, corría su querido hermano. Josefina, aún en la Barcelona republicana, aguardaba con idéntica preocupación noticias de las dos Españas, de su familia dividida entre Madrid, Canarias y el frente.

En los intervalos de sus acciones en la sierra, Gustavo comenzó a frecuentar desde su fundación la Alianza de Intelectuales Antifascistas en Defensa de la Cultura, creada el 30 de julio como un ateneo para aportar la divulgación cultural al esfuerzo de guerra. Su primer presidente fue el escritor y traductor Ricardo Baeza, al que pronto le sustituiría José Bergamín. Sin embargo, los auténticos impulsores de la Alianza fueron Rafael Alberti, nombrado secretario de la misma a su regreso de Ibiza, y María Teresa León. Organizaron la mayor parte de sus actividades y actuaron como sus delegados más reconocibles. La Alianza tenía su sede en un palacio incautado al marqués de Heredia-Spínola en el número 7 de la calle Marqués del Duero, una zona neurálgica en el corazón de Madrid, detrás de la actual Casa de América y a un paso de la Puerta de Alcalá.

Se trataba de un caserón amplio y oscuro que María Teresa describió con profusión en *Memoria de la melancolía*, recordando unos suelos de madera que más que crujir se estremecían al caminar sobre ellos, con salones mal iluminados y muebles antiguos, pesados y nobles, cuyos tonos negros ensombrecían aún más aquel ambiente de mausoleo, de museo decimonónico. Poseía cincuenta habitaciones y una valiosa biblioteca con veinte mil volúmenes. El sótano servía como refugio durante los bombardeos, mientras que las salas más amplias se utilizaban como centro de reunión y recepción durante las visitas de delegaciones oficiales. Los armarios, repletos de un vestuario más propio de aristócratas, se empleaban cuando determinados actos requerían etiqueta. Aquél fue, en definitiva, un espacio de cultura y diversión en un Madrid asediado. Poco importaba que la escasez de la guerra apenas pudiera proveer su despensa. Se sustituía con lo que se podía y con las aportaciones individuales que, de cuando en cuando, algún generoso visitante entregaba.

Su atractivo indudable lo constituía la nómina de intelectuales que formaban parte de la Alianza y que solían reunirse allí frecuentemente: Luis Buñuel, Luis Cernuda, Juan Chabás, Pedro Garfias, Ramón J. Sender, Antonio Aparicio, León Felipe, José Herrera Petere, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Max Aub, Arturo Serrano Plaja, María Zambrano, Rosa Chacel, Miguel Hernández, Pablo Neruda, Rodolfo Halffter y Gustavo Durán, entre muchos otros.

En su afán por trascender el reducido ámbito del palacete de Marqués del Duero, la Alianza organizaba numerosos actos públicos, la mayoría de ellos en el teatro Español de Madrid, o recorría los frentes con pequeños grupos de delegados culturales. Para tal fin se dotó de cuatro automóviles equipados con radio y megafonía, cada uno de ellos a cargo de Arturo Serrano Plaja, Gabriel García Maroto, Jesús Prados y Juan Chabás. También contó con un camión enviado desde París por Louis Aragon. La Alianza se esforzaba por llevar representaciones de teatro a los cuarteles y al pueblo, evitando el repertorio tradicional de unos escenarios habitualmente frecuentados por sectores sociales mayoritariamente encuadrados en el bando enemigo. Se evitaba lo que entonces se denominaba un «teatro burgués», y para tal fin se creó Nueva Escena, la sección teatral de la Alianza, cuyo protagonismo recayó en María Teresa León, acompañada por un excelente grupo de escenógrafos, Ontañón entre ellos, y de músicos como Rodolfo Halffter, Óscar Esplá, Adolfo Salazar o Enrique Casal Chapí. El área de agitación y propaganda, también dirigida por María Teresa León, intentaba mantener elevada la moral combatiente.

Pocas semanas después de la fundación de la Alianza nació su órgano de expresión, *El Mono Azul*, una publicación dirigida por Alberti que, según su propia declaración de intenciones, era «una hoja volandera que quiere llevar a los frentes y traer de ellos el sentido claro, vivaz y fuerte de nuestra lucha antifascista»**[80]**. De periodicidad semanal, se editó entre agosto de 1936 y febrero de 1939. Figuraban como responsables de la hoja volandera María Teresa León, José Bergamín, Rafael Dieste, Lorenzo Varela, Rafael Alberti, Antonio Luna, Arturo Souto y Vicente Salas Viu. Entre las colaboraciones poéticas de aquel primer número destacaba una extensa composición de José Herrera Petere titulada «El tren blindado», dedicada al convoy en el que combatió Durán:

Curvas de retama y piedra,
altos llanos los de Ávila,
de polvoredas y vientos,
puño cerrado y metralla,

rotos montes en trinchera,
sierras hundidas, cortadas
de terraplenes y túneles,
taludes y obras de fábrica.
Puesta de sol de aviones
queda alumbrando la rampa
que el tren blindado atraviesa,
aire rojo, verdes llamas.
Truena la locomotora,
el cañón en sus entrañas
un huracán de explosiones
barre los montes de Ávila.

A los salones de la Alianza iban no sólo políticos e intelectuales, sino también militares con inquietudes artísticas que valoraban aquel ateneo convertido en auténtica embajada cultural de la República. Modesto, Ciutat de Miguel o el propio Durán, en su doble condición posterior de militar ensalzado y músico, frecuentaron la Alianza. María Teresa nombró en sus memorias a los dos primeros, pero no la presencia asidua del último. Sin embargo, existe un documento que confirma la implicación de Durán con la Alianza desde el mismo momento de su creación. Se trata de su firma en el manifiesto fundacional publicado el 30 de julio de 1936. Se redactó para la ocasión un texto combativo que suscribieron un centenar de intelectuales, entre los que figuraban Ramón Gómez de la Serna, Luis Buñuel, Rosa Chacel, Manuel Altolaguirre, María Zambrano, José Bergamín, Adolfo Salazar, Santiago Ontañón y Luis Cernuda. Gustavo Durán aparecía entre los firmantes como compositor. Decía así:

> Se ha producido en toda España una explosión de barbarie en que las viejas formas de la reacción del pasado han tomado nuevo y más poderoso empuje, como si alcanzasen una suprema expresión histórica al integrarse en el fascismo.
>
> Este levantamiento criminal de militarismo, clericalismo y aristocratismo [sic] de casta contra la República democrática, contra el pueblo, representado por el Gobierno del Frente Popular, ha encontrado en los procedimientos fascistas la novedad de fortalecer todos aquellos momentos mortales de nuestra historia, que por su descomposición lenta venían corrompiendo y envenenando el pueblo en su afán activo de crear una nueva vida española…

> Contra este monstruoso estallido del fascismo, que tan espantosa evidencia ha logrado ahora en España, nosotros, escritores, artistas, investigadores científicos, hombres de actividad intelectual, en suma, agrupados para defender la cultura en todos sus valores nacionales y universales de tradición y creación constante, declaramos nuestra identificación plena y activa con el pueblo, que ahora lucha gloriosamente al lado del Gobierno del Frente Popular, defendiendo los verdaderos valores de la inteligencia al defender nuestra libertad y dignidad humana, como siempre hizo, abriendo heroicamente paso, con su independencia, a la verdadera continuidad de nuestra cultura, que fue popular siempre, y a todas las posibilidades creadoras de España en el porvenir[81].

La relación de Gustavo con la Alianza, de la que llegó a ser tesorero, persistió en el tiempo, pese a que en los meses finales de la guerra sus responsabilidades militares le obligaron a ausencias prolongadas.

A mediados de agosto, tras la experiencia del tren de Navalperal, recibió órdenes de crear una unidad motorizada. La consigna partió del 5.º Regimiento, la milicia del Partido Comunista. Desde su cuartel general en un convento salesiano de la calle Francos Rodríguez, el 5.º Regimiento prestó una labor esencial en las semanas iniciales de la contienda. Se partía de una organización previa de carácter militar, las MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas), muy activas en el asalto al cuartel de la Montaña y en la toma del convento salesiano que sería sede y centro de instrucción. En su patio empedrado se formaron las primeras unidades, pomposamente denominadas Compañías de Acero y compuestas por unos 250 hombres. Su primer comandante fue Enrique Castro Delgado, dirigente histórico que evolucionó en el exilio hacia posturas sumamente críticas con la dirección del PCE. Su primer comisario político, introduciendo por primera vez la figura homóloga del ejército soviético, fue el italiano Vittorio Vidali, más conocido por el seudónimo de Carlos Contreras o comandante Carlos, un italiano enviado por la Tercera Internacional con dilatada experiencia en la organización de formaciones comunistas. Fiel estalinista, Vidali ejerció una poderosa influencia sobre el PCE y su política de guerra, con implicaciones personales en algunos de los episodios más siniestros de la misma, entre ellos el acoso a los trotskistas y a su partido de referencia, el POUM.

Teniendo en cuenta la precariedad de medios y la urgencia defensiva en Madrid, el tiempo de instrucción era muy corto (ocho días luego ampliados a quince), pero se compensaba con una disciplina rígida y una identificación política plena. Su órgano de prensa, *Milicia Popular*, una de las primeras

publicaciones creadas en la guerra, advertía ya en su primera edición, del 26 de julio, de los requisitos necesarios para ser admitido: gozar de buena salud acreditada mediante certificado médico; estar avalado por una organización antifascista, no necesariamente comunista; conocer algo de la vida en la milicia, o deseo de conocerlo, y comprometerse a obedecer una disciplina rígida. La primera Compañía de Acero se formó con obreros metalúrgicos socialistas y comunistas que habían luchado en los primeros combates de Guadarrama. Entró en combate el 5 de agosto en el Alto del León. Le siguieron muchas otras, y de ellas nacerían los nombres más conocidos y elogiados por la propaganda republicana: Líster, Galán, Valentín González el Campesino o Modesto. A ellos se uniría en breve Gustavo Durán.

Apelando a su sentido de la organización, el orden militar que prevalecía en el centro de instrucción debió de impresionarle vivamente. Él mismo estaba convencido de que ése, y solo ése, podía ser el camino de la victoria. No ahondaba en diferencias ideológicas ni en matices políticos a la hora de afrontar la tarea decisiva de la guerra. Quizá comprendió entonces que, pese a los contradictorios y dolorosos sentimientos hacia su padre, se parecía más a él de lo que hubiera creído o querido. De él había adquirido ese sentido de la disciplina y del orden, ese ademán autoritario apenas consciente que entonces brotaba con la naturalidad que exigían las circunstancias. Había descubierto que anidaban en él cualidades de militar, posiblemente no innatas, sino impregnadas en su educación diaria. No le faltaba convicción para ponerlas en práctica. Respecto a la estrategia, la técnica y la táctica militares, sabría ponerse al día. Siempre había sido un autodidacta.

La misión de constituir una brigada motorizada, más que riesgos, entrañaba dos dificultades logísticas: la escasez de motocicletas y la falta de instructores adecuados. El nombre de la unidad sería Batallón Motorizado de Ametralladoras, si bien fue popularmente conocido como Batallón de Hierro. Como cuartel se le asignó un convento requisado, el de las Siervas de María en la plaza de Chamberí número 7, muy cerca de la que había sido vivienda de los Durán en la calle Santa Engracia. Como capitán de cuartel le acompañó Eduardo Giménez de la Espada, dibujante en la vida civil. De la instrucción se encargaron tres oficiales: Mariano Gómez, Manuel Rodríguez y Laureano González.

Durante los primeros días se acondicionaron las instalaciones. A la entrada, lo que había sido la sala de acceso al convento se transformó en el Cuarto de Banderas. En el patio se construyó un pequeño refugio y se habilitaron las zonas privadas para albergar a los milicianos. Se improvisaron

un pequeño taller de reparación y una zona techada para cobijar las motos. Al principio, apenas había unas docenas de soldados con formación deficiente y un grupo reducido de motos BSA. El número de milicianos se incrementó con rapidez, atraídos por lo novedoso de la unidad y su carácter de fuerza móvil de combate. Se aceptaba con especial entusiasmo a aquellos que traían consigo su propia motocicleta. Las demás fueron requisadas entre los parques móviles oficiales o incluso entre la población civil. La instrucción era doble e incluía tanto la propia formación militar como la conducción y reparación de motocicletas.

La creación del batallón desde la nada y a contrarreloj requirió esfuerzos ímprobos y una actividad frenética que pusieron a prueba la capacidad de mando del joven comandante Durán. A principios de septiembre pudo formar una primera compañía con un centenar de hombres motorizados, que inmediatamente prestaron servicio como enlaces entre la vanguardia del frente y los puestos de mando en la retaguardia. Al tiempo, se constituyeron tres secciones (asalto, dinamiteros y ametralladoras), acordes con la pretensión de convertir el batallón en unidad de enlace y fuerza de choque. En este sentido, resulta muy elocuente la visita que el comisario político del 5.º Regimiento, Vittorio Vidali, realizó al cuartel del batallón el 18 de septiembre de 1936. Congregados Durán, su Estado Mayor y los hombres disponibles, el comandante Carlos pronunció un discurso en el que recalcó con crudeza el carácter ofensivo de la unidad:

> Camaradas: el Batallón de Hierro es, sobre todo, un batallón de motoristas, pero también puede y debe ser un batallón de infantería, porque quizá suceda que no siempre tengamos una motocicleta y un fusil ametrallador para cada ciudadano… Este batallón ha de ser una fuerza de choque; por eso mismo necesita que sus componentes sean hombres decididos; resueltos; hombres dispuestos a jugarse la vida en cada momento. Los que vinieron aquí creyendo que este batallón sólo se dedicará a establecer enlaces con los frentes están totalmente equivocados. El Batallón de Hierro tiene como principal misión la de estar en las primeras líneas de fuego, entendiendo como primera línea la que está delante de la más avanzada de la infantería, ya que como sabéis, se trata de entrar con nuestras motocicletas en el campo enemigo… El que continúe en este batallón ha de ser férreamente disciplinado. Hoy podemos discutir aquí con el indisciplinado, pero mañana en el frente le pegaremos un tiro. Hablo de una manera brusca, porque no es la primera vez que intervengo en estas cosas, porque sé lo que pasa en el frente.

> Nuestra disciplina debe ser de hierro, como debe serlo nuestro batallón, no de plata ni de plomo[82].

Paralelamente, Durán trabajó con similar empeño en que la cultura y la educación formaran parte sustancial de la instrucción del miliciano. Dada la elevada tasa de analfabetismo, la unidad se impuso como objetivo que todos sus hombres supieran leer y escribir, y que tuvieran acceso a actividades culturales con las que combatir el tedio en los momentos de ocio. Se creó una Comisión de Cultura y Trabajo Social al frente del periodista Álvaro Menéndez, redactor de *Claridad* y uno de los organizadores de la Olimpiada Popular de Barcelona, en estrecha colaboración con el pintor y muralista José Vela Zanetti. Ambos se convertirían en los artífices de la intensa actividad artística y literaria que tuvo como escenario el cuartel, y que sorprendió por sus excelentes resultados a los superiores de Durán.

Todas las semanas se organizaba un festival cultural que incluía la proyección de una película, la mayor parte de ellas de temática política y factura soviética. Se proyectaron, por ejemplo, *Octubre* y *El acorazado Potemkin*. Tras la sesión había una charla o conferencia de alguna personalidad artística que Durán convocaba personalmente. Alberti y María Teresa León acudieron con frecuencia a estos encuentros. El acto se completaba con improvisadas actuaciones de folclore popular interpretadas por los propios milicianos. Se invitaba a estas sesiones a representantes de fábricas, hospitales o almacenes «y al final cualquiera de los asistentes puede hacer uso de la palabra. Así han hablado ya algunos obreros, que se han revelado como excelentes oradores»[83].

Una de las iniciativas con mayor acogida entre los milicianos fue el periódico mural, un panel participativo en el que colaboraban cuantos hombres lo deseaban y en el que confeccionaban dibujos, escribían poemas, dibujaban caricaturas o pegaban recortes de prensa sobre la actualidad política y militar. Se solía exponer en el patio y, debido a la creciente participación, se llegaron a convocar concursos de murales entre las distintas secciones de la unidad. Cuando un redactor de la revista *Crónica* visitó el batallón en el mes de octubre, le sorprendió su efervescencia cultural y la masiva implicación de los soldados. Sobre los periódicos murales escribió:

> Tiene una gran parte gráfica para enseñar por los ojos lo que en algunos casos es difícil de hacer comprender de otra manera. En el periódico mural se fija la orden del día. Hay, entre otras cosas, una sección de caricaturas y otra de versos, como también un buzón en el que

se acogen las ideas y quejas de los milicianos y la colaboración que envían algunos de ellos[84].

La biblioteca ocupaba un espacio amplio con una sala de lectura. Albergaba mil quinientos títulos donados por editoriales, el Instituto del Libro o la organización Cultura Popular. Incluía además varios diarios y revistas. Entre los libros había varios textos técnicos de estrategia y armamento, así como noventa ejemplares del *Manual del motorista*, particularmente apreciado.

La escritora María Zambrano también colaboró con Durán en el programa de actividades. La propia Alianza de Intelectuales seguía de cerca su evolución y consideraba al Batallón de Hierro un modelo de integración entre la milicia y la cultura. En el número 2 de *El Mono Azul*, editado el 3 de septiembre, se escribía al respecto:

> En el Batallón de Hierro se está organizando, bajo la responsabilidad del teniente del mismo y periodista Alonso Menéndez, la Comisión de Trabajo Social de Cultura. A ésta se ha incorporado nuestra compañera María Zambrano. Con la colaboración de nuestra librería del Frente Popular y de otras instituciones, como Cultura Popular o Amigos de la URSS, se está estableciendo una biblioteca. Inmediatamente se abrirán dos salas de lectura, una para libros y otra para periódicos y revistas. También se está creando el periódico mural. En el proyecto de esta Comisión figura la inmediata realización de festivales periódicos, a base de guiñol, teatro, recitales de poesía, en los que intervendrán miembros de esta Alianza, y proyección de películas, que contribuirán a que se manifieste el magnífico espíritu de este naciente Batallón de Hierro, del que es comandante nuestro compañero Gustavo Durán[85].

No es de extrañar que, desde los primeros días, el Batallón de Hierro se dotara igualmente de un periódico semanal en papel. Fiel a su objetivo de publicación para la tropa, su contenido era esencialmente informativo y práctico. Pretendía huir de nociones demasiado intelectuales otorgando todo el protagonismo al soldado. Se titulaba *Hierro* y al frente del mismo aparecen de nuevo Alonso Menéndez, José Vela Zanetti y el dibujante Ramón Peinador. En su primer número, publicado el 24 de septiembre, incluía varias reseñas sin firma de tipo editorial en las que se detecta la opinión de Durán o una línea de pensamiento tutelada por él. Así, en un artículo titulado «Los hombres que precisamos» se afirmaba: «Las fuerzas negras de la Historia:

Banca, Iglesia, terratenientes, no han podido conceder el mínimo que la Constitución republicana les pedía para impulsar hacia delante a nuestro país, para mitigar el hambre de millones de españoles»[86].

A lo largo de sus ediciones semanales, una constante del boletín sería precisamente inculcar en los milicianos su condición de milicia popular, lo que implicaba, según el periódico, no sólo la convicción en la causa por la que combatían sino también la asunción de su pertenencia al pueblo. Exigía por ello respeto y consideración hacia los civiles liberados tras una acción de combate y el mismo comportamiento en el frente que en la retaguardia. Había una especial sensibilidad hacia los campesinos, de quienes se decía en el número 6: «Miliciano, trata bien al campesino… El objetivo por el que con más fe luchas, miliciano, es por la emancipación del campesino. Por conseguirle la tierra que trabaja y asegurarle una vida digna. El miliciano que no respeta un hogar rural es un miserable que sabotea uno de nuestros ideales más caros»[87].

A mediados de septiembre la unidad estaba plenamente operativa aunque aún no había alcanzado el número de efectivos necesario. No obstante, el cuartel era un modelo de organización eficaz. Sorprende comprobar cómo en un período tan breve se había creado un complejo sistema de intendencia para atender sus necesidades básicas. Existía una sección de alojamiento, encargada de facilitar cama y ropa a los nuevos reclutas, labor en la que colaboró la mujer del doctor Gregorio Marañón con la donación de cien mantas. De la sección de abastecimiento dependía el vital suministro de víveres. Éstos se adquirían con vales y dinero de la unidad, así como con aportaciones voluntarias que hacían los propios soldados, quienes recibían diez pesetas diarias como salario. Según el artículo citado de *Crónica*, este servicio lograba provisiones bastante variadas y al menos en esos meses la cocina funcionaba a pleno rendimiento: «Dos o tres veces a la semana se hace cocido completo, que se alterna con patatas con carne y arroz con carne. El desayuno es un café con leche y pan. Todos los platos son a repetir, y en todas las comidas se sirve postre y un vaso de vino por comensal»[88].

Dentro de las instalaciones se ubicaba también un taller de costura atendido por medio centenar de mujeres que confeccionaban y zurcían la ropa de los milicianos, y una peluquería, «servicio gratuito y sin propina», según el reportaje. Por último, contaba con una sección sanitaria dotada de un dispensario equipado con veinticuatro camas, botiquín, farmacia y quirófano. En él trabajaban dos médicos y seis enfermeras.

En el ámbito estrictamente militar, el modesto batallón progresó a brigada motorizada y después a regimiento a medida que aumentaba el número de milicianos. De poco más de 170 hombres a finales de agosto, dos meses después pasó a contar ya con 800 y con 1200 en noviembre[89]. En agosto se incorporó a la unidad Amado Granel, miliciano de gran capacidad militar que pasó a la historia, años después, como el hombre que liberó París al frente de los combatientes españoles de «la Nueve», la primera unidad aliada que entró en la ciudad el 24 de agosto de 1944. Pronto fue ascendido a alférez y, a partir de enero, sustituyó a Durán como mayor jefe de la brigada.

La unidad entró en combate por primera vez en septiembre, en acciones esporádicas tras las líneas enemigas, aunque en esas primeras semanas su misión más común la constituía la labor de enlace, así como la de escolta de vehículos oficiales y camiones de transporte. A finales de ese mes mantenía enlace permanente a través de varios motoristas con la columna Mangada en la sierra, con la Inspección de Milicias y con los batallones del 5.º Regimiento desplegados en el frente, y había enviado doscientos hombres a reforzar las defensas próximas al río Tajo, al sur de Madrid. Fue precisamente en la provincia de Toledo donde el Batallón de Hierro participó abiertamente en la lucha de los últimos días de septiembre y primeros de octubre.

La vida en el cuartel también deparaba momentos de alegría y ruptura con la disciplina militar, como demuestra un hecho insólito del que Durán fue protagonista por primera y única vez en su vida. El 20 de septiembre contrajeron matrimonio en el cuartel la responsable de limpieza del batallón, Teresa Blanco, y el miliciano Vicente Ballesteros. Durán, en su condición de mayor jefe, ofició y fue testigo del matrimonio en compañía de un nutrido grupo de soldados, quienes presentaron armas y saludaron con el puño en alto. Una escena tan poco común trascendió de los límites del cuartel y varios periódicos, como *Ahora*, publicaron la noticia.

A medida que el cerco sobre Madrid se intensificó en otoño, las misiones del batallón se multiplicaron y el cuartel de Chamberí se convirtió en un centro de mando tentacular desde el que se enviaban enlaces y refuerzos a la sierra, la Casa de Campo, Toledo, Navalcarnero, Móstoles y Alcorcón. A sus efectivos se habían sumado en octubre dos pequeños coches blindados que actuaban en la primera línea del frente. Para entonces, las acciones del Batallón de Hierro habían recibido numerosas menciones atestiguando el valor de sus milicianos en el combate. Aunque en aquellas semanas Durán seguía figurando oficialmente como responsable de la unidad, en la práctica había abandonado el cuartel días antes. Con la mayor discreción, se había

convertido en una de las personas clave en la defensa de la capital junto al hombre que la hizo posible: el general Kléber.

7

La defensa de Madrid

Madrid, corazón de España,
late con pulsos de fiebre.
Si ayer la sangre le hervía,
hoy con más calor le hierve.
Ya nunca podrá dormirse,
porque si Madrid se duerme,
querrá despertarse un día
y el alba no vendrá a verle.

RAFAEL ALBERTI,
«Defensa de Madrid. Defensa de Cataluña»

«Franco está a 4,60 pesetas de taxi de Madrid». Así rezaba la edición sevillana del diario *ABC* tras la conquista el 4 de noviembre de Getafe, Leganés y Alcorcón. Las columnas franquistas que venían de África, veteranas en la lucha a su paso por la mitad sur del territorio español, se presentaron a las puertas de la ciudad a principios de noviembre. La defensa de Madrid parecía quimérica a la vista del empuje de aquellas tropas invictas que se prestaban a asediar y tomar la capital. Partiendo desde el Marruecos español, y después desde Sevilla, apenas habían encontrado focos de resistencia organizada en su recorrido, a excepción de Badajoz y el episodio simbólico de la liberación de Toledo y su alcázar. Entre quince mil y veinte mil soldados alentados por la expectativa de victoria componían aquella fuerza dispuesta a culminar su expedición con la entrada triunfal en Madrid. Formaban la élite del ejército franquista con el general José Varela al frente.

La ofensiva había cobrado nuevos bríos tras la conquista de Toledo el 27 de septiembre. Pese al retraso que su liberación representaba en el avance sobre Madrid, Franco era plenamente consciente de su valor simbólico y de sus posibilidades de erigirse en líder del alzamiento si capitalizaba en beneficio propio la liberación de los cadetes y civiles que al frente del coronel Moscardó resistían en el interior del alcázar desde el comienzo de la guerra dos meses antes.

El Batallón de Hierro participó en diversas operaciones de apoyo en las proximidades de Toledo. La primera compañía, al frente del capitán López Tovar, así como la segunda y la tercera, bajo el mando de los capitanes García Doménech y López Pastor, se desplegaron en el sector de Olías y Bargas, a escasos kilómetros de la ciudad. Durante los combates se distinguieron por sus acciones sorpresivas sobre las líneas franquistas, tan rápidas como eficaces al frente de sus motocicletas. Allí se produjeron las primeras víctimas: cinco milicianos perdieron la vida en los combates en Bargas, entre ellos Eusebio Hernández, responsable del abastecimiento de la unidad, y el capitán Francisco García Doménech. Resistieron hasta el 26 de septiembre. Al día siguiente, se lanzó la ofensiva que culminó con la retirada republicana y la entrada del general Varela en la ciudad. Los hombres de Durán habían combatido igualmente en las proximidades de Maqueda, conquistada por los nacionales el día 21.

A través del testimonio del periodista y escritor ruso Ilya Ehrenburg, es posible situar a Durán en los combates en este municipio: «En el camino a Toledo me encontré con mi viejo amigo el músico Gustavo Durán. La primavera pasada habíamos conversado de Prokofiev y Shostakovich. Ahora había organizado una brigada motorizada. Hablamos de artillería automática. Cuando los blancos avanzaron desde Toledo hacia Madrid, los doscientos milicianos de la brigada de Durán habían detenido al enemigo cerca de Maqueda»[90]. Esta referencia fue incluida en un artículo titulado «El pintor Gómez» que envió para su publicación a *Izvestia*, el medio para el que trabajaba como corresponsal en la guerra española. Durán continuó en Toledo como testigo directo de las últimas horas del asedio al alcázar y de la entrada de las tropas franquistas. Representó una experiencia casi suicida que estuvo muy cerca de costarle la vida. A él y a la persona con quien compartió aquellas horas, el general Kléber.

En verdad, ni era general ni se llamaba Kléber, y su presencia en Toledo aquellos días a punto estuvo de arruinar uno de los mitos futuros forjados por la propaganda republicana. Su nombre era Manfred Stern. Había nacido en

1896 en una familia de origen judío de la región de Bukovina, actualmente dividida entre Rumanía y Ucrania, entonces bajo dominio del Imperio austro-húngaro. Estudió medicina en la Universidad de Viena, y al comienzo de la Primera Guerra Mundial fue enrolado en el ejército austro-húngaro. Capturado por las tropas zaristas, fue enviado como prisionero a Siberia. Tras la revolución de 1917 se sumó al Partido Bolchevique y se inscribió en el Ejército Rojo, en cuyas filas combatió contra el Ejército Blanco durante la guerra civil que siguió al ascenso de los bolcheviques al poder. Concluida ésta, se trasladó a Moscú y estudió en la academia militar Frunze, centro de formación de los principales cuadros militares del nuevo Estado soviético. Stern fue destinado al servicio de inteligencia militar (GRU) y desempeñó una de sus primeras misiones en Estados Unidos, como responsable de los agentes desplegados en el país. Operó bajo el seudónimo de Mark Zilbert, con sede en Nueva York. Era el año 1929.

Desde Estados Unidos fue enviado en 1932 a Shanghai, donde realizó labores de asesoramiento militar al Partido Comunista Chino. Regresó a la URSS en 1935, en vísperas de la Guerra Civil española. Cuando ésta se inició, recibió órdenes de desplazarse a Madrid para colaborar con el régimen republicano y liderar las tropas de combatientes voluntarios que luego se conocerían como Brigadas Internacionales. Stern llegó a Barcelona el 16 de septiembre de 1936 en un avión procedente de Burdeos en el que coincidió con Alexander Orlov, responsable del servicio de inteligencia (NKVD) destinado a España. Ninguno de los dos se conocía, y, de hecho, en sus memorias Orlov afirmó que le extrañó la presencia en el vuelo de aquel hombre fornido, de aspecto taciturno que decía ser representante de pieles. Hablaba un perfecto alemán y un excelente inglés. Orlov desconfió de él, es de suponer que de la misma manera que Stern receló de Orlov. Sólo unos días más tarde ambos conocerían en Madrid sus auténticas responsabilidades al servicio del mismo Estado.

Stern eligió para su misión en España un nombre ficticio apropiado del general napoleónico Jean-Baptiste Kléber. Su llegada, como la del resto de la delegación soviética aquellos días, estuvo revestida del máximo secreto. El gobierno republicano acababa de reanudar las relaciones diplomáticas con la URSS, pero la intervención militar de ésta no era todavía oficial. La llegada de las primeras remesas de armamento no se produjo hasta mediados de octubre, una vez que España autorizó el traslado a Moscú de las tres cuartas partes de las reservas de oro. Stern, presentado desde un primer momento como Kléber, se atribuyó nacionalidad y pasaporte canadienses. También se

le asignó la graduación de general pese a que nunca había ostentado tal rango con anterioridad. Pronto asumió el mando del primer contingente internacional en la defensa de Madrid, pero antes de ello dedicó varias semanas a familiarizarse con la situación política y militar de España.

Hoy es posible conocer con bastante detalle la actuación de Kléber gracias al extenso informe que él mismo redactó a su regreso a Moscú varios meses después. Aunque conviene leerlo con cautela, ya que fue escrito en descargo de las acusaciones que pesaban entonces sobre él, a través de su contenido se puede comprobar que mantuvo constantes encuentros con los líderes del 5.º Regimiento (Líster, Galán, Modesto o el comandante Carlos), así como con altos representantes del PCE, incluido su secretario general, José Díaz. Trabajaba también en coordinación con el francés André Marty en la organización de las Brigadas Internacionales, cuyo cuartel general se estableció en Albacete. Pero Kléber no hablaba español. Conocía perfectamente el alemán, además del ruso, y se expresaba correctamente en francés e inglés. Pero en sus comunicaciones con responsables españoles necesitó siempre de un traductor. Ésa fue la labor asignada a Gustavo Durán. Su perfil encajaba a la perfección con los requisitos necesarios: simpatizaba con el partido, militaba en el 5.º Regimiento y hablaba francés a la perfección, un muy correcto inglés y un alemán razonable.

La primera referencia documental a Durán como traductor del oficial soviético está fechada el mismo día de la entrada de las tropas franquistas en Toledo, el 27 de septiembre. Siempre según el informe posterior de Kléber, éste se encontraba en la ciudad en compañía de Durán, y en contacto con Enrique Líster y con el teniente coronel Ricardo Burillo. Había llegado a Toledo en coche en una visita de inspección, cuando las columnas de Varela ya se aproximaban a la ciudad. Aconsejó al teniente coronel Burillo que modificara su estrategia, sustituyendo el ataque al alcázar por un asedio con menos efectivos, y que enviara el grueso de sus tropas a frenar el avance enemigo en campo abierto. Pero ya era demasiado tarde. En la mañana del día 27 de septiembre, Toledo ya estaba perdido para el gobierno republicano.

Fue un día de intenso calor, de un sol tardío en las postrimerías del verano. Al amanecer aún se combatía en el alcázar. A pocos metros, las primeras tropas de regulares y legionarios subían las lomas cercanas al cementerio. A las diez y media de esa mañana los soldados franquistas irrumpían en la plaza del Zocodover, el centro de la ciudad situado a los pies de la fortaleza. La 5.ª Bandera del Tercio, a su vez, avanzó por la orilla del

Tajo y consiguió controlar el puente de Alcántara, rompiendo así el cerco en ese sector y estableciendo un primer contacto con los sitiados.

Durante las horas siguientes la ciudad castellana se convirtió en un infierno de fuego y metralla. Se combatió en las calles, entre escombros, al abrigo de los pocos edificios intactos, mientras los cadetes del alcázar se atrevían a abandonar sus muros por primera vez en dos meses para hostigar a los milicianos en retirada. Kléber y Durán aún permanecían en la ciudad a primera hora de la tarde cuando se les aconsejó abandonarla urgentemente. Kléber escribió:

> A las tres de la tarde, Burillo y Líster me aconsejaron abandonar la ciudad por el único puente que quedaba, pero no se sabía si había sido tomado o no por el enemigo. Junto con mi intérprete Durán [ahora con el rango de comandante en jefe de división y jefe de la sección especial del Ejército del Centro], apretamos el acelerador y atravesamos el puente bajo el fuego de ametralladora en dirección al sur. Conseguimos pasar, seguimos adelante, acelerando, y… el automóvil se salió de la carretera y nosotros salimos despedidos a varios metros por debajo del terraplén en una viña. Yo sólo tuve heridas de poca consideración; Durán y el conductor quedaron ilesos, y hasta el automóvil parecía en buenas condiciones. Proseguimos nuestro viaje. Burillo salió detrás de nosotros, no sé exactamente cómo, y Líster permaneció en la ciudad, tratando de romper el asedio con su destacamento y la ayuda de la oscuridad. En una lucha calle por calle durante la noche, Líster condujo a los restos de su destacamento fuera de la ciudad[91].

Al día siguiente, 28 de septiembre, se anularon los últimos focos de resistencia republicana. El general Varela llegó andando hasta el alcázar, escaló las piedras amontonadas, sorteó sus muros derruidos y accedió al patio. Le aguardaban el coronel Moscardó y sus extenuados hombres con sus familias. Poco después, el 1 de octubre, Franco era proclamado jefe de Gobierno y Generalísimo de los Ejércitos.

En Madrid, mientras tanto, la pérdida de Toledo también generó consecuencias de muy distinto signo. El nuevo presidente del Gobierno y también ministro de la Guerra, el socialista Francisco Largo Caballero, nombrado el 4 de septiembre, intentó reorganizar el ejército para dotarlo de una estructura racional y mejorar su eficacia. Se creó así el Ejército Popular Regular (EPR), también llamado Ejército Popular Republicano, a través de varios decretos que dieron forma progresivamente a la nueva institución

militar entre septiembre y octubre de 1936. Se sustituyó el saludo militar reglamentario por el puño cerrado, se autorizó la figura del comisario político en las unidades militares y se instauró la Brigada Mixta como unidad básica del nuevo ejército. La Brigada Mixta se componía de cuatro batallones de infantería, cada uno de ellos integrado por cinco compañías. En la práctica, la conversión de las milicias sindicales y políticas en un ejército regular tuvo que vencer la resistencia de las fuerzas más reacias a su inclusión en una estructura de mando militar, básicamente los anarquistas, y superar la escasez de material y de mandos intermedios. Por todo ello, el Ejército Popular no fue una realidad hasta principios de 1937.

Gustavo Durán fue desde el principio un firme defensor de la transformación de las columnas milicianas en una tropa regular, convencido de que sólo la unidad y la coordinación de todos los esfuerzos podrían evitar el triunfo franquista. Coincidía plenamente con la línea oficial del Partido Comunista, del 5.º Regimiento y con su superior, el general Kléber. Éste, mientras tanto, intensificaba la organización de las primeras unidades de voluntarios internacionales y, a la vez, aconsejaba a las autoridades sobre la defensa de la capital. Era partidario de resistir en Madrid a toda costa, exigiendo para ello el despliegue de las nuevas Brigadas Mixtas que se habían creado a mediados de octubre, la primera de ellas al mando de Líster. El militar soviético expuso su propuesta ante Largo Caballero en una reunión en la que Durán ejerció como intérprete. Kléber, según su testimonio, le advirtió de que «Madrid se defendería a sí mismo, pero que el gobierno, si no actuaba de todas las maneras posibles, perdería su autoridad en el país y en el ejército»**[92]**.

Durante los siguientes días realizó varias visitas de inspección a los frentes próximos a Madrid: «Junto con el camarada Durán, mi intérprete, acudí a examinar todos estos destacamentos, dando consejos sobre el curso de las operaciones y estableciendo líneas a lo largo de las cuales los batallones de obreros de Madrid excavaban apresuradamente trincheras en la retaguardia»**[93]**.

A medida que el cerco se estrechaba sobre la capital, el gobierno y la población eran conscientes de que se avecinaba la ofensiva final. El mismo día que entraron en acción los primeros carros soviéticos T-26, el 29 de octubre, se promulgó un decreto de movilización general para la defensa de Madrid. Horas más tarde, las columnas franquistas se aproximaban amenazadoras desde el oeste tras tomar Villamantilla, Villanueva y Brunete. El 1 de noviembre conquistaron Sevilla la Nueva y el día 2, Villaviciosa de

Odón, Pinto, Fuenlabrada y Móstoles. El asedio adquirió naturaleza de combate desigual y de resultado fácilmente previsible. Los esfuerzos defensivos parecían inútiles ante la superioridad del enemigo. El día 4 culminó con otra derrota para el gobierno: las columnas nacionales de Tella, Barrón y Asensio ocuparon Getafe, Leganés y Alcorcón, a menos de veinte kilómetros de la capital. Desde ésta se podía oír por primera vez el estruendo de su artillería. La toma del aeródromo militar de Getafe permitió además a los sublevados una excelente base para las incursiones de su aviación sobre Madrid. La única noticia positiva de la jornada para los defensores fue la llegada de los primeros aviones rusos Polikarpov I-15, conocidos como Chatos, que permitieron equilibrar el dominio sobre el cielo de la capital.

Con las tropas enemigas a las puertas de la ciudad, Largo Caballero formó un nuevo gobierno dando entrada por primera vez a los anarquistas, que ocuparon cuatro carteras: Justicia, Industria, Comercio y Sanidad. Ese mismo día, 4 de noviembre, se creó la Junta de Defensa de Madrid, al mando del general José Miaja, con representación de todos los partidos políticos. El día 6 el gobierno abandonó Madrid y se trasladó a Valencia. Para entonces la vanguardia de las tropas de Varela combatía en Carabanchel, Campamento y Villaverde. Se bombardeaban insistentemente los barrios al alcance de la artillería mientras la población se aprestaba a un último esfuerzo de resistencia, haciendo propio el lema «No pasarán». Comenzaba la batalla de Madrid.

A primera hora de la mañana del 7 de noviembre las tropas rebeldes entraron en la Casa de Campo e intentaron cruzar por diferentes puntos el río Manzanares, último obstáculo natural hacia el centro de la ciudad. Desde la tarde anterior, la Junta de Defensa había improvisado su cuartel general en los sótanos del Ministerio de Hacienda, al inicio de la calle Alcalá y a escasos metros de la Puerta del Sol. Allí se ultimaba la estrategia defensiva barrio por barrio. Miaja pasó el día estudiando el plan de avance enemigo y la disposición de las fuerzas republicanas. Le acompañaba el teniente coronel Vicente Rojo, jefe de su Estado Mayor, militar de prestigio y excelente teórico.

La defensa se preveía desesperada y con pocas opciones de éxito. Sin embargo, dos hechos simultáneos contribuyeron a contrarrestar ese pronóstico. El primero tuvo como protagonistas a los voluntarios extranjeros. Sus primeros efectivos habían llegado desde Marsella el 12 de octubre. Procedían de Francia, Italia, Alemania, Bélgica o Polonia, hasta completar más de una veintena de nacionalidades. Formaban la avanzadilla de lo que

será la fuerza de choque que en las semanas siguientes evitará la caída de Madrid. Tras una breve instrucción, estos voluntarios constituyeron la primera Brigada Internacional, la XI. Se componía de unos 1900 hombres, divididos en tres batallones. El primero estaba formado por combatientes alemanes y austríacos, aunque adoptó el nombre de Batallón Edgar André, en recuerdo de un comunista belga ejecutado en Alemania. Mandaba el batallón el comandante Hans Khale, una de las figuras legendarias de las Brigadas. El segundo batallón, Commune de Paris, era francés casi en tu totalidad, aunque también contaba en su seno con voluntarios belgas, británicos y norteamericanos. Lo dirigía Jules Dumont, alias Kodak. El tercer batallón, el Dombrowski, estaba integrado mayoritariamente por polacos, aunque acogía también grupos de húngaros, checos, yugoslavos y judíos. Dirigía la unidad el comandante Bolek Ulanowski. Hubo un cuarto batallón, el Garibaldi, compuesto por italianos liderados por el socialista Randolfo Pacciardi, que inicialmente estuvo adscrito a la XI Brigada Internacional, pero retrasó su marcha a Madrid y cuando lo hizo formaba ya parte de la XII Brigada. Pacciardi, quien rompería con sus responsables debido a su militancia socialista, y no comunista, llegaría a ser años después ministro de la Guerra en el gobierno italiano presidido por el demócrata cristiano Alcide de Gasperi.

Al frente figuraba el general Kléber. Como comisario político se nombró al italiano Giuseppe di Vittorio, alias Mario Nicoletti. Siempre fiel al Partido Comunista Italiano, Di Vittorio se convertiría posteriormente en el secretario de la Confederación General Italiana del Trabajo, la principal organización sindical del país. Los tres batallones de la XI Brigada Internacional llegaron a Madrid en las últimas horas del día 7 y pasaron la noche en Vallecas.

La segunda novedad importante que alteró el equilibrio de fuerzas fue un hecho providencial. En el asalto a una tanqueta se halló en poder de un oficial el plan de ataque de Varela. El documento fue analizado por Miaja y Rojo con el entusiasmo de saberse poseedores de un regalo que podía cambiar el destino inmediato de Madrid. Varela había previsto llegar al centro de la ciudad desde la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria en una maniobra conjunta del coronel Asensio y el comandante Castejón.

El Estado Mayor dirigido por Rojo organizó de urgencia un cinturón defensivo durante la madrugada del 7 al 8 de noviembre, trasladando el grueso de sus fuerzas a la zona de la Ciudad Universitaria y de la Casa de Campo. Miaja, en su primera proclama al pueblo de Madrid el mismo día 7, transmitió un claro mensaje de resistencia, alejado de las consignas derrotistas que circulaban entre los militares y políticos más escépticos: «En Madrid no

se puede retroceder. Quien dé una orden de retirada, sea jefe u oficial, está cometiendo un acto de traición. De mí sólo recibiréis una orden: avanzar»[94].

La noche era de una actividad frenética en los frentes y en el interior de la ciudad. Madrid hierve, como diría Alberti, a la espera del ataque definitivo. Es también, como si aquella fecha adquiriese una poderosa atracción sobre los hechos históricos, jornada de represalias y de celebraciones. Comienzan las sacas de las cárceles para conducir a miles de presos a su muerte, fusilados en Paracuellos de Jarama, y se conmemora, a la vez, el decimonoveno aniversario de la Revolución soviética, fecha en la que los más avezados comunistas creían ver un augurio de su triunfo. En pocas horas sabrían la exactitud o no de su pronóstico.

A primera hora de la mañana del 8 de noviembre los batallones Edgar André, Commune de Paris y Dombrowski salieron de Vallecas. Entraron en Madrid por Atocha y desfilaron por la Gran Vía. Encabezaba la marcha Kléber, cuya imagen robusta aún era desconocida para la mayoría de los madrileños. Su pelo grisáceo le confería un aspecto mayor de los cuarenta años que entonces tenía. Su rostro ancho y sus ojos ligeramente rasgados pronto serían familiares en la prensa y entre los milicianos. Aquel desfile representó un punto de inflexión en la convicción de resistencia de los propios madrileños. Si hasta entonces se había depositado la confianza en el voluntarismo y la entrega de los milicianos, la visión de aquellos 1900 hombres marcando el paso por la Gran Vía materializó las posibilidades de victoria. Muchos madrileños comenzaron entonces a creer en la posibilidad de resistir. Su paso no era tan castrense como para impresionar, ni su armamento o indumentaria homogéneos, pero mostraban entusiasmo y disciplina. No desfilaban, marchaban al frente. Unos lucían cazadoras de cuero, otros atuendos de pana, la mayoría usaban boinas negras y algunos, cascos de acero. Cantaban canciones revolucionarias en varios idiomas a su paso por la Puerta del Sol, Callao y Gran Vía, entonaban al unísono «La Internacional», que, expresada en tantas lenguas, ninguna de ellas comprensible para el madrileño común, se mezclaba con los aplausos y los vítores de quienes presenciaban su marcha. Muchos gritaban «¡vivan los rusos!», aunque rusos no hubiera. Sus voces también se solapaban con el eco de las explosiones a lo lejos de la artillería enemiga. Hacia allí se dirigían.

Cuando aquellos hombres cruzaron Madrid, Gustavo Durán ya había abandonado definitivamente el mando del Batallón de Hierro y se había convertido en algo más que el traductor de Kléber. Era, en la práctica, su jefe de Estado Mayor. Ambos habían sintonizado bien desde el primer momento

y, pese a la escasa formación militar del español, su superior había apreciado otras cualidades en él, fundamentalmente su carácter metódico y su capacidad de organización. A ello se sumaba la desconfianza del general ruso hacia quien era en teoría su jefe de Estado Mayor, el coronel Vicente, militar de origen francés nombrado por André Marty. Kléber realizó una desigual descripción de ambos:

> El camarada Marty me recomendó a un comandante retirado de los servicios franceses, Vicente, quien había llegado a España contratado por el gobierno español. De acuerdo con ese contrato, recibiría el grado de teniente coronel en el ejército español y le pagarían un elevado salario en moneda fuerte. Aquel anciano no tenía relación alguna con las Brigadas Internacionales y había aterrizado en Albacete debido a que el gobierno, tras hacerle venir de Francia, no tenía nada que ofrecerle en aquel momento. Y así es como tuve como jefe de Estado Mayor a Vicente, que comenzó a escribir bajo su firma la palabra *coronel*. Al camarada Durán, un excelente compañero, inteligente y fiel al partido, que me sirvió como intérprete durante todo el tiempo que estuve en Madrid y en el frente, lo convertí en ayudante y, de hecho, en jefe de Estado Mayor. El coronel Vicente era simplemente «una decoración» innecesaria para nuestra brigada y se mantenía lejos del frente. No se le podía reprochar nada en cuanto a sus conocimientos militares, pero era una persona ajena a nosotros, con grandes pretensiones; además se ofendía fácilmente y odiaba a Durán, pero se contenía en sus relaciones conmigo y se comportaba aparentemente de forma disciplinada[95].

El hispanista Hugh Thomas facilitó en su obra sobre la Guerra Civil otra versión distinta y sorprendente de cómo Durán pasó de intérprete a jefe de Estado Mayor, según el testimonio de Mauricio Amster, miembro de la Alianza y compañero de Durán en el tren blindado:

> Mauricio Amster, un voluntario polaco, que entonces era comunista, me dijo (en Chile, en 1971) que Kléber le había llamado y le había dicho que quería un jefe de Estado Mayor y deseaba hacerle tres preguntas: ¿tu padre era de la clase media?, ¿has sido alguna vez socialdemócrata?, y ¿quisiste ser sacerdote cuando eras joven? Amster respondió que sí a las dos primeras, y que no a la tercera. No le dieron el puesto. Años más tarde, en Santiago de Chile, donde estaba exiliado, habló con Durán, que entonces era funcionario de las Naciones Unidas; y le contó esta historia.

Durán le dijo que él también había tenido esta conversación con Kléber, pero que él había respondido afirmativamente a todas las preguntas. Éstas eran las cosas que contaban en un currículo en el mundo de Kléber[96].

La tarde del día 8 la XI Brigada Internacional tomó posiciones en la Ciudad Universitaria. Kléber y Durán establecieron su cuartel general en la facultad de filosofía y letras. No sin cierta ironía, el militar puntualizó: «Mi cuartel general (esto es, Durán y yo mismo)». A su derecha estaba apostado el batallón francés, en el centro el polaco y a la izquierda el alemán. En las proximidades ya combatían desde la mañana las brigadas mixtas de José María Galán en Pozuelo, la de Luis Barceló en Majadahonda y Boadilla, y Clairac con sus hombres en Puerta del Rey, además del batallón presidencial al mando del capitán de infantería José María Enciso, apoyado por la columna anarquista de Cipriano Mera, que cubrían Aravaca y Puerta de Hierro. Durante toda la tarde la batalla fue feroz. Los legionarios consiguieron llegar hasta varios puntos de la tapia que rodea a la Casa de Campo, pero fueron contenidos dentro de sus límites. Al sur, la brigada de Líster detuvo a un alto coste el avance franquista en Carabanchel y Usera. Pero lo cierto es que, al final del día, Varela no pudo entrar en la ciudad pese a que algunos grupos aislados habían conseguido infiltrarse en el sector más expuesto de Argüelles, siendo repelidos por los milicianos. Madrid había ganado otro día.

La ciudad continuó viviendo horas críticas durante las siguientes jornadas, de singular virulencia para la XI Brigada Internacional entre el 9 y el 13 de noviembre. Se encontraba ante la punta de lanza de la ofensiva nacional. El día 9 el Batallón Commune de Paris perdió dos secciones completas. En esa jornada se combatió incluso cuerpo a cuerpo contra las tropas marroquíes, en la vorágine de unas líneas que avanzaban y retrocedían a cada instante. El día 10 Kléber contrarrestó una nueva ofensiva en la Casa de Campo que costó la vida a casi toda la sección belga del batallón francés. La lucha fue también incesante el día 11, cuando el enemigo logró sobrepasar la Puerta de Rodajos, en la Casa de Campo. En un combate sangriento y durísimo se consiguió finalmente detener el avance. Los defensores habían retrocedido ligeramente pero lograron mantener la línea del frente. La temida desbandada y la consiguiente entrada arrolladora del ejército franquista habían sido, de nuevo, evitadas.

Después de tres días de sucesivos ataques desde el sur y el oeste, Madrid se había convertido en un símbolo para ambos bandos: de resistencia para los republicanos y, por ese mismo motivo, de prueba vital para los sublevados. No constituía sólo la capital, cuya toma podía inclinar definitivamente el

curso de la contienda, sino la batalla épica en que ambos ejércitos medían sus fuerzas y pretendían mostrar la superioridad de la causa por la que combatían. El Madrid asediado por el enemigo y abandonado por su gobierno se había erigido en objetivo de una lucha simbólica cuyo alcance afectaba al esfuerzo bélico en todo el país y a la moral de sus combatientes.

Ese mismo día 11 de noviembre, Durán, plenamente volcado en su labor en el Estado Mayor de la XI Brigada, inició un diario de campaña que, pese a su lenguaje telegráfico y su carácter estadístico, contiene anotaciones valiosas para seguir con detalle la lucha de aquellos días. Las anotaciones del primer día dan fe de una jornada relativamente tranquila dentro del constante pulso entre ambos ejércitos.

> A las 12.20 —consigna en el diario— comienza la artillería enemiga a batir la Ciudad Universitaria, entre el pabellón de medicina (4.º Batallón de la B. I., compañía antigás) y el de filosofía y letras (2.º Ba tallón de la BI) con fuegos de 10.5 y 15.5. Cadencia de tiro lenta… 20.30: Reunión en la sección de operaciones del Ministerio de la Guerra de todos los jefes de columna que operan en Madrid. El teniente coronel Rojo propone para el día 12 un plan de ataque combinado de todas las fuerzas con la aviación, que se pospone para el día 13 por no estar todavía bien preparadas las fuerzas que trae Durruti de Cataluña, que son las que habían de actuar como reserva[97].

El plan al que aludía Durán en su diario de campaña representaba la gran baza estratégica de Miaja y Rojo. Pretendían lanzar una contraofensiva por sorpresa y obligar el repliegue de la vanguardia de las tropas enemigas, especialmente en la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, el área más castigada de una batalla que duraba ya una semana. Se esperaba la llegada de los refuerzos, como afirma Durán, de la columna anarquista de Buenaventura Durruti, con casi cuatro mil hombres, y de la XII Brigada Internacional. Esta última estaba integrada por los batallones Thaelmann, formado por alemanes aunque también contaba con casi una veintena de ingleses, incluido el sobrino de Winston Churchill, Esmond Romilly; el André Marty, compuesto por franceses y belgas, y el italiano Garibaldi, adscrito inicialmente a la XI Brigada. Mandaba la unidad Máté Zalka, más conocido como general Lukács, militar y escritor húngaro de biografía paralela a la de Kléber que encontró la muerte en el frente de Huesca en junio de 1937. Aunque su primer comisario político sería Luigi Longo, alias Gallo, pronto le sustituyó el comunista y

escritor alemán Gustav Regler, llamado a mantener una estrecha relación de amistad con Gustavo Durán.

La mañana del 13 de noviembre las fuerzas republicanas están dispuestas para el ataque. Pero no cuentan con que Varela también ha previsto una nueva ofensiva general desde todos los flancos ese mismo día. A las nueve de la mañana éste inicia su ataque. Sin tiempo para iniciar el plan proyectado, lo que era un contraataque republicano se tiene que reconvertir sobre la marcha en una maniobra defensiva para taponar las incursiones masivas de las columnas franquistas que avanzan en Usera, Carabanchel y la Casa de Campo. Por momentos parece que las defensas van a ser rebasadas haciendo inútiles los esfuerzos de los días previos. En Usera cunde el pánico y éste se extiende a todo el flanco sur de la ciudad.

Rojo dispone que la XII Brigada Internacional intente reconquistar el cerro de los Ángeles, en las proximidades de Getafe. La Brigada aún está mal organizada. Sólo el Batallón Garibaldi se puede considerar una fuerza realmente bien preparada. Han pasado la noche anterior en Chinchón a la espera de su entrada en combate. Lo acompañan tres brigadas españolas en el ataque al cerro, un promontorio fácil de defender situado en el centro geográfico de España. El objetivo es que el ataque permita aliviar la presión franquista sobre el sur de la capital. El asalto dura todo el día con apoyo de tanques rusos T-26 y aviación, pero una tras otra las oleadas son repelidas por los defensores, bien parapetados en su escarpada cima. Al llegar la noche se suspende el ataque y los hombres se retiran. Dejan muchos cadáveres en la ladera de la colina, entre los olivos. «Hasta hace poco, el aire hervía de relámpagos y explosiones y ahora hay un profundo silencio nocturno, roto de vez en cuando por un disparo aislado o una explosión, a lo lejos, de alguna bomba de mano que hace aún más siniestro el silencio. Entre los olivos encontramos los cuerpos rígidos de los muertos, algún herido que gime y se arrastra difícilmente»[98], escribió Luigi Longo. Al día siguiente, la XII Brigada Internacional se incorporó a la defensa de Madrid.

En el sector de la Casa de Campo y alrededores se combate con idéntico encarnizamiento. Se ha resistido la acometida en el puente de los Franceses, pero los franquistas consolidan su posición en una loma estratégica de la que ya no podrán ser expulsados: el cerro de Garabitas. Desde él se puede observar con nitidez la silueta urbana de Madrid, especialmente el área de la plaza de España, Argüelles, Moncloa y el palacio Real, entonces palacio Nacional, a tan sólo un par de kilómetros en línea recta. Garabitas, artillada por técnicos alemanes de la Legión Cóndor, se convertirá desde entonces en

la principal plataforma para el bombardeo de Madrid. Sus obuses asolarán esos barrios, particularmente Argüelles, y llegarán hasta la plaza de España y la parte baja de la Gran Vía. La casa de las Flores de Pablo Neruda será de las primeras viviendas en ser destruidas.

El día 13 se vive también la principal batalla aérea sobre el cielo de Madrid. La aviación republicana combate por primera vez con el nuevo caza ruso Polikarpov I-16, pronto conocido como Mosca, o como Rata por los nacionales debido a la rapidez de sus movimientos y a sus vuelos a baja altura, casi rasante, sobre los tejados de los edificios; como si salieran de las alcantarillas, dirían los pilotos franquistas. Los bombarderos alemanes Ju-52 son víctimas fáciles de aquellos aparatos pequeños y maniobrables, superiores en algunos aspectos incluso a los cazas Heinkel y Fiat. Sobre el terreno el escenario es más preocupante. Se ha retrocedido en casi todos los sectores, a excepción del puente de los Franceses. Pero existe también una lectura positiva que la propaganda republicana sabe aprovechar: Madrid ha resistido. También el 13 de noviembre.

Kléber ha organizado las acciones de la XI Brigada desde su nuevo puesto de mando en el ayuntamiento de Aravaca, menos expuesto a la artillería enemiga que la facultad de filosofía y letras. Durán ha pasado el día con él pero también ha recorrido el frente en diferentes puntos. Le preocupa especialmente el ataque al municipio de Húmera. Su diario, más prolijo y extenso de lo habitual, demuestra la intensidad de los combates:

Día 13

Puesto de mando en el ayuntamiento de Aravaca

4.15: La Brigada Internacional es relevada por las fuerzas de Durruti, saliendo para Aravaca donde se concentrarán. 8.15: Aparece mucha aviación.

9.00: Se inicia el avance hacia Húmera a pesar de no haber llegado aún a Aravaca el total de las fuerzas.

10.00: Comunica Galán estar esperando la llegada de nuestras fuerzas a su altura para iniciar el ataque. Los nuestros están a 1,500 km de Húmera aproximadamente.

10.50: El 2.º B. llega altura cerro de Húmera, desplegándose hasta llegar a 500 metros Casa de Campo, siendo hostilizado desde allí por fuego de fusilería.

12.05: Freires, comandante de los tanques, comunica que sale sobre Húmera con nuestros dos batallones.

12.45: Comandante Dumont comunica que nuestras fuerzas han pasado ya el camino de Húmera a Pozuelo, por el kilómetro 2 de dicho camino. Continúan avanzando. El B. CNT está sobre Casa Quemada.

13.20: Llega un parte del comandante Petroff comunicando que el 4.º B. entró en Húmera a las 12.05.

15.20: El bombardeo de la parte del campamento ha sido desastroso para el enemigo. Ha huido tratando de guarecerse donde podía.

15.30: Fuerte bombardeo de la aviación enemiga sobre nuestras líneas.

15.45: El comandante Petroff carece de decisión. Su línea continúa retrasada con relación a la del B. francés. Se le ha dado orden terminante de que cumpla con su deber y avance.

16.15: El capitán adjunto de la Batería (Carré) comunica que las piezas enemigas baten las suyas. Estaban escondidos bajo una alcantarilla. El coronel ha ordenado que cambie de posición.

17.00: EL B. CNT y el de la Guardia Presidencial han encontrado seria resistencia enemiga en Casa Quemada y Garabitas, deteniéndoles en el avance.

17.05: El coronel da orden al capitán de la artillería para que durante diez minutos, de 17.15 a 17.25, bata con fuego nutrido la 1.ª de dichas posiciones. La Guardia Presidencial por el flanco derecho y el B. CNT por el izquierdo deberán hacer un movimiento envolvente que corte la retirada del enemigo.

16.50: Avisa el comandante Dumont que desde Casa Blanca se dirigen hacia nuestras avanzadas unos escuadrones de caballería mora.

17.20: Com. Dumont comunica que 500 hombres (o probablemente un batallón) enemigo se han situado en la casa de la torre de la TSH de Carabanchel, tomando posición sobre un talud delante de ella.

La misma situación se repetirá el día 15. Rojo ha previsto una acción coordinada de la XI Brigada, la Columna Durruti, un batallón de la CNT madrileña y el Batallón Presidencial del capitán José María Enciso. Tienen órdenes de atacar Garabitas y despejar esa zona de la Casa de Campo, mientras que Galán y la 4.ª Brigada del capitán Arellano apoyarán la acción en la zona de Campamento, en la carretera de Extremadura. No llegarán a ejecutar el plan. Varela ha encomendado a las columnas del coronel Yagüe que crucen el río Manzanares a toda costa y ocupen la zona de la ciudad entre el parque del Oeste y la Ciudad Universitaria. Dispone de seis mil hombres.

En el último momento, Yagüe sufre un problema cardíaco y es sustituido por el también coronel García Escámez.

De nuevo el puente de los Franceses es el punto más castigado y, de nuevo, el defendido con más encono por los guardias de asalto del comandante Carlos Romero y la columna del comandante Adolfo Prada. Hacia allí se dirige una unidad de carros como refuerzo. Ante el riesgo de que pudieran sobrepasar sus líneas, los propios republicanos vuelan el puente.

Los regulares de la 2.ª Compañía del 3.º Tabor de Alhucemas, a las órdenes del comandante Mohamed Ben Mizzian, son designados para una misión temeraria: deben cruzar el río Manzanares y tomar las posiciones defensivas republicanas en la otra orilla. Ben Mizzian es el militar marroquí de mayor graduación en el ejército de Franco a pesar de su parentesco con Abd el-Krim, el cabecilla rifeño que lideró las revueltas contra la ocupación española y francesa. Los hombres cruzan el río bajo el fuego de las ametralladoras. El agua les cubre por encima de las rodillas, llevan el fusil en alto y apenas pueden contar con más elementos que la suerte para llegar al otro extremo. Son blanco fácil y el elevado número de bajas lo confirma. Pero, cuando pasan, el efecto es el inverso. Las tropas republicanas, combatientes de la Columna López Tienda del PSUC, huyen presa del pánico. A los regulares les siguen efectivos de la Legión. Pronto avanzan en la Ciudad Universitaria. Toman la Escuela de Arquitectura a última hora de la tarde y se dirigen hacia la Casa de Velázquez, defendida por un destacamento húngaro de la XI Brigada. Se lucha intensamente, cuerpo a cuerpo y metro a metro, hasta que perece el último de los defensores.

La vanguardia de las tropas marroquíes logra conquistar una ventajosa posición en la Ciudad Universitaria, auténtica cuña por la que Varela confía en poder entrar en la ciudad en las siguientes horas. En las proximidades del puente de los Franceses y del parque del Oeste, los hombres de la Columna Durruti han sufrido el mismo temor y retroceden en desbandada al aproximarse dos compañías marroquíes. El diario de Durán refleja fielmente los acontecimientos del día, incluida la voladura del puente de los Franceses, y comenta despectivamente la actitud de los hombres de Durruti:

Día 15

9.15: Fuerte bombardeo de la aviación enemiga sobre nuestras cimas y Aravaca.

10.00: Comunica Galán que en toda la región ocupada por sus fuerzas no hay novedad. Idem comunica com. Dumont. Idem com. Enciso. Galán añade que anoche se replegaron las primeras

líneas ordenadamente, volviendo a ocupar las posiciones esta madrugada. Es la segunda vez que el com. Petroff repite este juego.

11.30: Comunican las avanzadillas de Enciso que observan concentración de infantería y caballería enemiga sobre Casa Quemada.

11.45: Tte. coronel Rojo pide sean enviados inmediatamente los tanques sobre el puente de los Franceses. El enemigo presiona fuertemente, con tres carros, sobre ese sector.

12.30: Ha habido que volar el puente de los Franceses. Los tanques enemigos se han retirado.

13.15: Una patrulla nuestra sale de Húmera con intención de coger a unos cuantos moros que han sido vistos fuera de la Casa de Campo.

17.00: Las fuerzas catalanas, de la columna Durruti, chaquetean vergonzosamente. ¡El gran general de las FAI!

Al día siguiente, 16 de noviembre, Kléber recibe la orden de contraatacar en la Ciudad Universitaria para frenar un avance de mayor profundidad y, en la medida de lo posible, recuperar las posiciones perdidas el día anterior. Es una misión de riesgo extremo, pues las avanzadillas franquistas han sido reforzadas y se aprestan al amanecer a proseguir su avance. Los combates se concentran en torno al hospital Clínico y la facultad de filosofía y letras. La lucha prosigue todo el día, hasta que ambos bandos admiten la imposibilidad de avanzar.

La batalla en el cielo de Madrid es también intensa. Numerosos bombarderos Junkers alemanes y Savoia italianos castigan duramente la ciudad en tres oleadas sucesivas. Aunque ha habido otras incursiones aéreas, éste es el primer bombardeo masivo sobre la población civil. Lanzan bombas de hasta dos mil kilos y proyectiles incendiarios, varios de ellos contra el Museo del Prado, donde impactan seis artefactos cuyos efectos son rápidamente sofocados por los trabajadores y milicianos adscritos a su protección. La mayor parte del patrimonio pictórico del Prado había sido trasladado a Valencia unos días antes. Sufren daños también la Biblioteca Nacional, la Academia de Bellas Artes de San Fernando, el Museo Arqueológico, el hospital Clínico, el hospital Provincial en la calle Santa Isabel y el de la Cruz Roja en Marqués de Urquijo. Hay centenares de muertos en la calle y entre los escombros. El periodista francés Louis Delaprée, corresponsal de *Paris Soir*, escribe ese día para su periódico: «El

primer bombardeo verdadero de Madrid tuvo lugar el 4 de noviembre, pero la matanza metódica de la población civil no fue emprendida hasta el 16»[99].

Desde el cerro Garabitas, los cañones de 105 y 155 milímetros también acosan con sus obuses la Ciudad Universitaria y el barrio de Argüelles. Las llamas que brotan en numerosos puntos de la ciudad parecen destellos intermitentes observados en la lejanía, a través de la neblina que cubre las proximidades del río en la primera línea del frente. Durán anota en su diario de campaña:

> *Día 16*
> Puesto de Mando en el puente de San Fernando
> 5.00: Nuevo traslado de las fuerzas. El enemigo rompió ayer tarde el frente de la Ciudad Universitaria y la Brigada Internacional tiene que ir a arreglar lo deshecho.
> 10.00: Inician el ataque sobre el frente de la Ciudad Universitaria.
> 1.º batallón francés: por las alturas que dominan la CU. Objetivo primero: facultad de filosofía y letras.
> 2.º Primera compañía del Batallón polaco: por la margen izquierda del río, paralelamente a él.
> 3.º Medio Batallón de Carabineros con 1.ª compañía de ametralladoras, como reserva de las citadas fuerzas.
> 4.º Tercera compañía del Batallón polaco por el otro lado del río, paralelamente a la tapia de la Casa de Campo.
> 5.º Media compañía de Carabineros de la 5.ª Brigada, como reserva de las anteriores.
> 12.50: La 1.ª Compañía del Batallón francés ocupa la facultad de filosofía y letras. Fuerte bombardeo de la aviación enemiga sobre la CU (Junkers). Ataque de nuestros aviones, que dispersaron a los contrarios. Fuego de artillería y ametralladora, de parte a parte, durante toda la tarde y la noche.

El día 17 amanece con frío y niebla, bajo un cielo gris y encapotado que pronto aparece surcado de decenas de aviones, esta vez republicanos. Varias escuadrillas de cazas I-15 Chatos e I-16 Moscas atacan las posiciones de los regulares en la Ciudad Universitaria causando casi un centenar de muertos. Se trata del ataque de cobertura que precede a la dramática y sangrienta batalla que se librará en las siguientes horas.

Varela lanza una ofensiva general con todas sus fuerzas, desde Usera y Carabanchel en el sur, hasta la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria en el

oeste. En el bando republicano el peso de la acción recae sobre la Columna Durruti y la Columna López Tovar, ambas catalanas, y de nuevo sobre la XI Brigada, cuyo puesto de mando se ha establecido en el club Puerta de Hierro. En la Ciudad Universitaria las columnas de legionarios y regulares toman el asilo de Santa Cristina y llegan hasta el hospital Clínico, donde la lucha es feroz, a bayoneta y pistola, habitación por habitación, planta a planta, contra los hombres del Batallón Edgar André.

El puente de los Franceses continúa resistiendo. El teniente coronel Barrón no consigue avanzar por el paseo de la Florida. Miaja y Rojo se desplazan hasta Moncloa para presenciar personalmente los combates, pero antes de llegar son tiroteados. Logran ponerse a resguardo en el interior de la cárcel Modelo. Al salir, Miaja reprocha pistola en mano a varios milicianos anarquistas que hayan abandonado su puesto en el parque del Oeste. Su actitud decidida se impone al miedo que les forzaba a desertar. Regresan a la trinchera y, en compañía del resto de la unidad, consiguen mantener estabilizado el frente en esa zona. Madrid vive sus horas más críticas, pero el desenlace aún no está decidido.

Durán pasa el día recorriendo el frente, esperando los refuerzos de la XII Brigada. Envía a su encuentro a un hombre de su máxima confianza, un brigadista alemán que le acompañará durante el resto de la guerra: Ernst Adam. Las anotaciones del diario correspondientes a ese día confirman la confusión y la situación dramática de los defensores, agravada tras la destrucción de buena parte de las líneas de comunicación entre el frente y el puesto de mando:

Día 17

Puesto de Mando en el club Puerta de Hierro

8.00: Debido a un error en la interpretación de la orden de Kléber, el primer batallón no ha relevado a los II y IV como debió haber hecho esta madrugada. Los enlaces funcionan mal. Imposible dar con los tanques. Imposible encontrar a Hans. La orden de ataque dada ayer por Rojo no podrá ser cumplida en estas condiciones. Los franceses y los polacos están agotados por el esfuerzo sostenido de estos días.

9.00: Entrevista con Heredia, jefe del Batallón Mangada, del 5.º Regimiento, que ha venido como reserva nuestra, y con el comandante de la Agrupación de artillería que hoy actuará a las órdenes de Kléber. Se decide que el primero releve a la caída de la tarde, junto con el Batallón alemán, a los batallones II y IV.

9.30: Comunica el com. Hans que el palacio de la Moncloa está en nuestro poder, habiendo sido ocupado por la Cía. del Batallón polaco que actúa de este lado del río. Así mismo, lo están las casas de alrededor.

10.00: La II Brigada Internacional [XII Brigada] viene a las órdenes de Kl. [Kléber]. El ministerio comunica que han llegado ya a Madrid tres compañías, la ambulancia y una batería. Adam sale a recogerles para llevarles a las casas de la huerta del Obispo.

10.30: Fuerte y continuado bombardeo de la aviación enemiga sobre CU y alrededores, hasta nuestras baterías de la Dehesa de la Villa. Nuestros cazas los atacan, cayendo un aparato, que creemos sea de los nuestros. El piloto, que ha caído detrás de nuestras líneas, se ha salvado.

12.30: Operaciones comunica que, desde la Casa de Campo y con dirección a CU, avanzan fuerzas enemigas que tratan de no ser vistas. Van precedidas de tanques. Se ha dado orden a la artillería de que dispare sobre ellas.

13.30: Comunican las avanzadillas del Batallón CNT que han visto caballería mora sobre la Casa Velázquez.

15.00: El enlace del Batallón francés comunica que desde la Casa de Campo avanzan sobre la Casa Velázquez fuerzas enemigas bastante numerosas. Los nuestros están delante y a ambos lados de dicha casa. El enemigo lleva tanques.

17.55: Los comandantes Hans y Dumont comunican que el enemigo que se dirigía hacia Casa Quemada ha salido de la Casa de Campo con dirección al puente de San Fernando. Así mismo, nos dicen que los tanques que hoy penetraron en la Casa de Campo van en dirección a Las Rozas.

18.00: El tren blindado que estaba a la altura de Húmera se ha perdido. Gran confusión respecto a las líneas del enemigo al N. O. de la Casa de Campo. Galán no sabe nada. Enciso mucho menos.

Durante los siguientes dos días las luchas continúan siendo intensas, y en muchos casos cuerpo a cuerpo, debido a la proximidad de ambos ejércitos y al angosto espacio en que se combate. Tras once días de combates ininterrumpidos, el 19 de noviembre, la XII Brigada ocupa las posiciones de la XI, mientras los combatientes de ésta, diezmados y exhaustos, retroceden al interior de la ciudad. El Batallón Garibaldi sustituye al Dombrowski entre el río Manzanares y Puerta de Hierro; el Thaelmann releva al Edgar André en el

entorno de la Casa de Velázquez, donde apenas han sobrevivido doscientos internacionales, y el Batallón franco-belga André Marty hace lo propio con el Commune de Paris.

Esa misma mañana los hombres de Durruti intentan sin éxito recuperar el hospital Clínico. Cuando el dirigente anarquista acude a la zona recibe un disparo que le atraviesa el pecho. Inmediatamente se le traslada al hotel Ritz, en cuyo sótano se ha habilitado un hospital de emergencia. Morirá unas horas después, en la madrugada del día 20, casi a la misma hora en que en Alicante era fusilado el fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera. Durante décadas perdurará la polémica sobre si fue un disparo accidental o intencionado el que costó la vida al líder anarquista.

En la Ciudad Universitaria, tras el desconcierto que acompaña al relevo de fuerzas durante unas horas, la XII Brigada resiste eficazmente y bloquea la acometida de los regulares desde su posición más avanzada en el hospital Clínico. La progresión de las avanzadillas franquistas ya es mínima y comienza a extenderse en el bando sublevado la impresión de que Madrid sólo podrá ser tomado a un altísimo coste.

Kléber ha trasladado su puesto de mando a El Pardo el 20 de noviembre. Desde allí coordina las acciones de las brigadas XI y XII como responsable militar de ambas. El alemán Hans Kahle había asumido el mando efectivo de la primera mientras que la segunda continuaba a las órdenes del general Lukács. Ese mismo día, Durán anota por primera vez que no hay novedades importantes en ninguno de los frentes:

> *Día 18*
> 8.00: RAS durante la noche.
> 11.00: Esta mañana el Batallón alemán (Palacete y alrededores) ha tenido dos muertos y catorce heridos. La mayor parte de estas bajas es debida a que el enemigo levanta los brazos en señal de rendición, y cuando los nuestros se precipitan hacia ellos para hacerlos prisioneros, la segunda línea enemiga dispara sobre ellos. Es la segunda vez que los fascistas hacen esta maniobra.
> 12.00: La Casa de Velázquez parece que ha sido evacuada por el enemigo. Los seis tanques que se habían visto hoy han vuelto atrás, pero no es seguro que hayan cruzado de nuevo el río. Esto indica, con bastante probabilidad, que el enemigo prepara un fuerte bombardeo de aviación sobre la CU. Durante la tarde se ha iniciado un avance del Batallón alemán, en colaboración con

dos compañías del francés y las fuerzas de Carabineros y 5.º Regimiento.

19.00: El Batallón francés ha ocupado el primer pabellón del grupo facultad de farmacia. El enemigo hostiliza duramente desde Arquitectura, hospital Clínico y Casa de Velázquez.

Día 19

10.00: El Batallón alemán ha enlazado por su flanco derecho con las fuerzas situadas junto al río. Tiene su frente a 200 metros al norte del Stadium, Escuela de Arquitectura y Casa de Velázquez, hasta la carretera de la CU junto al «Restaurant».

Los principales centros de resistencia del enemigo son los edificios al sur de la Casa de Velázquez. El avance final del Batallón alemán no pudo llevarse a cabo a causa del fuego proveniente de estos edificios y sobre todo porque dos de nuestros cañones antitanques no pudieron disparar, por faltarles el extractor. El que pudo tirar hizo diez disparos y produjo gran confusión en los tanques enemigos. El segundo batallón ocupa los edificios de la facultad de farmacia y avanza hacia el hospital Clínico, sufriendo también bastante a causa del fuego del citado grupo de edificios.

Día 20

Puesto de Mando en El Pardo

8.00: Situación y disposición de las fuerzas. Noche tranquila. El II Batallón alemán ha ocupado las posiciones mantenidas ayer por el I, que ha pasado a la reserva. A su derecha, hasta el Manzanares, está unido al Batallón polaco, el cual, en parte, va frente al Stadium. A la izquierda del dicho Batallón alemán está el francés que mantienen las mismas posiciones de ayer.

Nuestra artillería se prepara a tirar sobre unos nidos de ametralladoras del enemigo que han sido localizados esta mañana. Según nuestros enlaces nos comunican no hay novedad importante que señalar en los sectores Sabio, Palacios, Enciso y Galán. Nombres de los puestos de mando: Pardo (Víctor), Palacios (Luis), Plaza (María) y Fuencarral (Pedro).

15.30: Alrededor de las 12 seis tanques enemigos han atacado el Palacete, consiguiendo hacer retirarse a los alemanes, que abandonaron el grupo de casas. Hemos enviado nuestros

tanques, que hicieron retroceder a los enemigos. Los alemanes, aprovechando el momento, han conseguido avanzar.

El día 23 de noviembre, tras dos semanas de asedio constante a la capital por tierra y aire, Franco se reunió en Leganés con sus generales al frente de la ofensiva. Acudieron Emilio Mola, jefe del Ejército del Norte, Andrés Saliquet, responsable del Ejército del Centro, y José Enrique Varela, al mando de las tropas que asediaban Madrid. Les comunicó su cambio de estrategia. Debían cesar los ataques frontales sobre la capital y sustituirlos por una maniobra envolvente que permitiera completar el cerco. Si Madrid no podía ser rendida por las armas lo sería por el hambre y el desabastecimiento. El objetivo último era aislar la capital del resto de la zona republicana, especialmente a través de las carreteras de La Coruña y Valencia. Madrid había resistido la ofensiva que pretendía convertirse en entrada triunfal. A partir de entonces deberá luchar para evitar su bloqueo.

En el antiguo cuartel de Durán, mientras tanto, se ha mantenido un absoluto mutismo sobre su ausencia. Sólo Giménez de la Espada, Vela Zanetti y algunos pocos más conocen el destino de su oficial en jefe. Su marcha había sido en principio temporal, en calidad de intérprete, y sólo cuando resultó evidente que su nueva misión sería prolongada, el órgano de la unidad informó a los milicianos. Lo hizo el 21 de noviembre confirmando su destino en otro puesto sin revelar detalles del mismo: «Nuestro comandante mayor nos ha sido “secuestrado” por importantes motivos que no podemos discutir… Sabemos que cumple delicadas misiones de altísima responsabilidad y callamos. Pero lamentamos que no esté siempre con nosotros para velar por nuestra capacitación, para resolver los mil problemas que su gran autoridad liquida en el acto. Nuestro comandante Durán ha sabido demostrar que es hombre capaz de estar a nuestro frente. ¡Que vuelva pronto y que tenga suerte!»[100].

La carretera de La Coruña, la vía que comunicaba la capital con las columnas milicianas en la sierra, se convirtió en el nuevo objetivo de los atacantes tras el cese de la ofensiva frontal sobre Madrid. El ejército rebelde intentaba aislar a estos combatientes y permitir un acceso rápido de los hombres de Mola hacia la ciudad. El frente se concentró en una franja entre Pozuelo de Alarcón y la Casa de Campo, con la vital carretera entre ambos. En Pozuelo se asentaba la 3.ª Brigada Mixta de Galán y en la Casa de Campo continuaban las brigadas internacionales XI y XII. Durán dejó constancia en su diario de campaña de la pausa en los combates y de su reanudación el día 25:

Día 22

8.00: Órdenes dadas:

1.º A Hans; que estén alerta sus hombres.

2.º Que venga a la Playa la Batería anticarro a disposición de Lukacs.

3.º A la artillería. Que haga una concentración de fuegos sobre la Escuela de Arquitectura, donde el enemigo ha reunido doce tanques.

El enemigo prepara un fuerte contraataque en la Ciudad Universitaria. Está concentrando gran número de fuerzas.

Día 23

8.00: Fuerte ataque del enemigo desde las dos a las cinco de la madrugada, sobre el Palacete y el sector de Palacios (palacio de Medianil). Hemos rechazado el ataque, pero una compañía de Palacios ha quedado diezmada, necesitando ser relevada cuanto antes.

9.00: Los italianos, que empezaron a avanzar a las 7, encontraron, a su vez, recia resistencia enemiga en el Palacete. Con tanques fueron a apoyarles, pero con poco éxito; la artillería anticarro del enemigo estaba bien situada y les impedía maniobrar. Poco tiempo después un cañonazo destrozó uno de los tanques. Ha habido algunos momentos en que la situación del Batallón italiano ha sido muy difícil.

10.00: El comandante Sabio comunica que los italianos y los carabineros han conseguido avanzar tomando una casa a la izquierda de la carretera desde la cual se les hostigaba duramente.

10.15: Las dos compañías de Sabio que estaban en el sector de Enciso han sido relevadas por fuerzas de Galán.

Día 24

Sin novedad importante que reseñar durante el día de hoy. Fuego de fusilería intermitente.

Día 25

8.00: Galán, Enciso y Sabio comunican que en sus sectores no hay novedad. Hoy se espera un fuerte ataque del enemigo.

9.15: Intenso bombardeo de la aviación enemiga sobre la CU y Dehesa de la Villa.

9.30: El bombardeo ha sido sobre los barrios extremos de Madrid, Rosales sobre todo. Muchas baterías no han sufrido nada.

9.45: El Batallón Hans (una compañía) está avanzando. Han tomado la Casa Roja del Palacete y piden refuerzos (20 hombres y una máquina) para asegurarla y desde ella proteger con fuego su avance. Se le envían 20 carabineros de Sabio.

10.15: La situación en la P. de la Moncloa es muy apurada para nuestras fuerzas. Están resistiendo bien, sobre todo con granadas de mano. Piden auxilio. Se ha dado orden a Sabio, Palacios, Enciso y Galán para que contraataquen en sus respectivos frentes, a fin de que el enemigo no pueda distraer de ellos ninguna fuerza.

11.45: Se ha dado orden a los tanques para que ataquen al enemigo de frente y por la retaguardia. A nuestra artillería para que bata el sector entre la Fundación del Amo y el asilo de Santa Cristina.

12.00: El Batallón CNT está desmoralizado por el agotamiento de estos días y se niega a atacar.

12.15: Ortega (sector Enciso) comunica que inicia el avance protegido por el tren blindado.

Poco a poco la estabilización de los frentes dio paso a una guerra de desgaste y trincheras, renunciando a grandes ofensivas. Aunque las cuñas franquistas de la Casa de Campo y Ciudad Universitaria se mantendrán con ligeras modificaciones hasta el final de la guerra, Madrid había resistido. Las brigadas internacionales XI y XII pagaron un alto precio en vidas. La primera perdió a la mitad de sus efectivos entre el 9 y el 23 de noviembre; casi un millar de bajas en dos semanas. Las cifras son más confusas respecto a la segunda, pero se calcula que entre el 30 y el 50 por ciento de sus 1500 hombres fallecieron entre el día 12 de noviembre, la jornada del fallido asalto al cerro de los Ángeles, y el 23 de noviembre.

La opinión general atribuyó a los voluntarios internacionales el mérito de haber salvado Madrid y a su jefe máximo, Kléber, se le consideró el artífice de la resistencia. Si la afirmación era precisa o correspondía a una exageración alentada por la propaganda es un debate que aún perdura y que ha enfrentado a los historiadores, pero no cabe duda de que la actuación de los brigadistas fue crucial en los momentos más intensos de la acometida franquista. Pese a todo, Kléber, al igual que Durán, no había pretendido

ningún protagonismo público. Actuó con discreción, evitando centrar la atención sobre él. Pero la actitud de la prensa cambió a medida que la batalla se equilibraba y Madrid adquiría la simbología de ciudad mártir capaz de frenar a las fuerzas atacantes. Fue entonces cuando, entre la prensa y la ciudadanía, se comenzó a forjar la leyenda del oficial extranjero que dirigía su defensa.

Durante las siguientes semanas las referencias a los voluntarios antifascistas y al supuesto general canadiense que los dirigía ocuparon grandes titulares en la prensa republicana y también internacional. Sefton Delmer, el periodista británico del *Daily Express*, y Louis Delaprée para *Paris Soir* fueron los primeros corresponsales que se ocuparon en sus artículos de los brigadistas, aunque el trabajo que más contribuyó a difundir su actuación en el extranjero fue el publicado por Herbert Matthews en *The New York Times Magazine* el 3 de enero de 1937. En él ensalzaba a los voluntarios internacionales y al general Kléber, en el marco de una guerra que el periodista consideraba equivocado situar exclusivamente dentro de los límites de España: «Se ha puesto en marcha algo que va a dejar una huella profunda en las próximas generaciones. En la actualidad no se puede cometer un error mayor que considerar esta lucha como un simple conflicto localizado»[101].

También en la prensa española republicana el nombre de Kléber comenzó a difundirse con asiduidad. Siempre aparecía ligado a las acciones de combate de las Brigadas y a su papel determinante en la defensa de Madrid. Fue entonces cuando empezó a recibir presiones para que abandonara el hermetismo y divulgara su opinión en alguna entrevista. Mario Nicoletti y el propio Gustavo Durán le insistieron en el mismo sentido. El comisario Nicoletti había publicado un reportaje sobre él en el órgano de la XI Brigada con el que Kléber quedó profundamente disgustado. En su informe posterior dedicó varias líneas a este episodio:

> Nicoletti me hizo un mal servicio con el retrato que pintaba de mí. No sólo revelaba todo cuanto yo había contado en Albacete al camarada Marty, sino que añadía cosas por su cuenta para embellecer los hechos, por lo que resultó una historia escandalosa. Los periódicos comenzaron a reproducir esa información. En mi busca llegaron todo tipo de corresponsales, pero no los recibía. Simplemente no tenía tiempo. En un caso, sin embargo, cedí a la petición de mi ayudante Durán, a quien día tras día visitaba un corresponsal que conocía del periódico *Claridad*, en aquella época órgano de Largo Caballero[102].

No fue la única vez. La revista *Estampa*, por ejemplo, publicó el 5 de diciembre una entrevista con Kléber, realizada en presencia de su Estado Mayor, «el coronel Vicente, los comandantes Dethes y Durán, el capitán Gerassi, y el comisario político de la Brigada, Nicoletti». En sus respuestas, Kléber se esforzó por equiparar el esfuerzo de los combatientes españoles y el de los brigadistas, atribuyendo a ambos por igual el mérito de la lucha: «El pueblo español, que se defiende a sí mismo y a sus vidas, no podía actuar mejor. Yo no puedo aceptar que las Brigadas Internacionales sean consideradas como el único factor ni como el más importante en esta contienda»[103].

En esas fechas ya era ensalzado como un héroe no sólo por el pueblo madrileño, sino por todos los simpatizantes de la causa republicana atentos a la evolución de la lucha. Incluso se propuso su nombre para hipotéticas responsabilidades superiores. Aquel fenómeno generó una sobredosis propagandística que halló eco entre civiles, militares y políticos. De la admiración se pasó en muchos casos al mito. Encarnaba, además, un héroe carismático y popular. «Tenía el encanto necesario para el carácter español»[104], diría de él Gustav Regler. Herbert Matthews, tras publicar su artículo sobre Kléber y las Brigadas Internacionales, escribió un libro profético titulado *Dos guerras y más por venir* en el que, refiriéndose al célebre oficial, afirmó: «Era el hombre del momento y todos le alabábamos extraordinariamente, como se merecía»[105]. Julián Zugazagoitia, entonces director de *El Socialista*, escribiría: «El madrileño, que encontraba agradable su rostro, se familiarizó con el apellido, sin ninguna complicación fonética. Pronunciándolo se autosugestionó y regaló a Kléber la máxima virtud y la máxima capacidad. Ese nombre anulaba a todos los demás»[106].

Ése, precisamente, comenzó a ser el problema. Kléber se había convertido en un símbolo cuyo control parecía ajeno a quienes habían propiciado su popularidad. Los mismos que con avidez habían extendido su leyenda entre el pueblo comenzaban ahora a recelar abiertamente de su éxito. Las autoridades republicanas se dieron cuenta de que el efecto Kléber había anulado a los combatientes españoles de la defensa de Madrid y, por ese mismo motivo, los comunistas también reprochaban al soviético un excesivo protagonismo. A todo ello se sumaba una desconfianza similar entre los militares. Sólo el general Miaja tenía una popularidad comparable a la de Kléber, pero nadie parecía conocer al teórico que había organizado sobre los mapas la defensa de Madrid, el teniente coronel Vicente Rojo. Tampoco André Marty, responsable político de las Brigadas, simpatizaba con él. Algunos de sus compatriotas

también desconfiaban, especialmente el general Kulik, alias Kupper en España y futuro mariscal de la Unión Soviética, con quien mantuvo una agria discusión en la que, según el testimonio de Kléber, «el camarada Durán, que en aquella época era mi ayudante, me preguntó en inglés si debía arrojar fuera a aquel camarada»[107].

Esa mezcla de vanidad personal de quien se sentía injustamente desplazado y de orgullo nacional por la ausencia de combatientes españoles en la leyenda sobre la batalla por Madrid, se conjuró en contra del general. Éste era plenamente consciente de la situación, como lo demuestra que meses más tarde reconociera que se vio superado por los comentarios: «Sé cuánto daño hizo todo ese alboroto a mi reputación a ojos de los camaradas. Sin tratar de justificarme, debo decir que nadie habría conseguido evitar totalmente aquella publicidad en las circunstancias en que me encontraba en aquel momento»[108].

Su liderazgo comenzó a ser abiertamente cuestionado, si bien en diciembre todavía participó en diferentes acciones al frente de los brigadistas evitando la toma de la carretera de La Coruña. Durán siguió formando parte de su Estado Mayor, remitiendo o entregando personalmente los partes diarios de operaciones a Rojo, que redactaba el español y firmaba Kléber. Pasaron juntos las Navidades en el puesto de mando de El Pardo. La Alianza de Intelectuales organizó una celebración en Nochebuena en el mismo palacio, residencia oficial de Franco tras la guerra. Alberti y María Teresa lo organizaron todo. Consiguieron vino, buena comida e incluso un pavo que cocinaron dos jóvenes del pueblo. La mantelería, la vajilla y la cristalería formaban parte del inventario del palacio. Ese lujo prohibitivo en tiempos de guerra tenía por objeto agasajar a Kléber, quien asistió a la cena junto con el comandante Carlos del 5.º Regimiento. La conversación debió de pasar por alto necesariamente el malestar existente, pero, a la luz de los acontecimientos posteriores, aquel homenaje se asemejó a una silenciosa despedida. Y posiblemente él fuera el primero en ser consciente de ello. María Teresa León escribió en sus memorias que «el general Kléber sonrió al entrar aquella noche. Nada faltaba. Platos con coronas reales. Cristales resplandecientes. Todo esperaba a los amigos de España»[109].

Durán aún se mantuvo los primeros días de enero de 1937 junto a Kléber. La revista del Batallón de Hierro, unidad que seguía oficialmente bajo su mando, publicó el día 2 una mención expresa, esta vez sí, a su labor junto al defensor de Madrid: «En este primero de año brindamos por el gran caudillo

[Kléber], por sus hombres y por nuestro jefe superior, Durán, que tiene allí un alto puesto de responsabilidad»[110].

Sería la última referencia conjunta a ambos. Dos días más tarde, Durán abandonó su puesto en el Estado Mayor de la XI Brigada Internacional. No regresó a la brigada motorizada, donde le sustituyó como comandante en jefe Amado Granell. Recibió órdenes de crear y dirigir una nueva brigada con la que muy pronto entraría en combate en apoyo de los voluntarios internacionales en los alrededores de Madrid. Sería a partir de entonces, justo cuando decaía el mito de Kléber, cuando comenzó a forjarse la leyenda de Durán.

8

Jarama

Jarama, para hablar de tus regiones
de esplendor y dominio, no es mi boca
suficiente, y es pálida mi mano:
allí quedan tus muertos.

PABLO NERUDA,
«Batalla del río Jarama»

El hotel Gaylord estaba ubicado en un edificio de siete plantas en la calle Alfonso XI, entre Valenzuela y Montalbán, a un paso de Cibeles y de la Puerta de Alcalá. Había sido lujoso y lo seguía siendo, posiblemente el único inmueble de la ciudad digno de tal calificativo por su rica decoración, su ubicación privilegiada y porque su cocina se nutría de exquisiteces imposibles de encontrar en otro lugar. El local había sido confiscado por las autoridades para acoger a la delegación soviética. Por ello siempre era posible encontrar comida y bebida excelentes: caviar, vodka, vino e incluso champán. El vestíbulo era más propio de un cuartel, con un trasiego constante de hombres uniformados de aspecto eslavo. En las habitaciones se hospedaban los asesores soviéticos de mayor rango, miembros de la Komintern y oficiales de alta graduación de las Brigadas Internacionales. En su bar se podía encontrar, además de una abundante variedad, a algunos de los hombres más influyentes de aquella guerra, ya fueran militares, políticos o escritores. El Gaylord se convirtió en uno de los lugares emblemáticos de aquel Madrid en armas junto con el hotel Florida, en la plaza de Callao, sede de la mayoría de los corresponsales extranjeros, el restaurante del hotel Gran Vía o el bar Chicote, en la misma avenida.

La casa de José Durán, en el número 5 de Alberto Bosch, se encontraba cerca del Gaylord. Cuando la presión sobre Madrid disminuyó a finales de noviembre, Gustavo empezó a bajar con cierta frecuencia a la ciudad a visitar a su padre. También iba al hotel que albergaba a la delegación soviética. El breve recorrido entre ambos inmuebles permitía cruzar una de las zonas más hermosas y cuidadas de Madrid, atravesando la iglesia de los Jerónimos, el Retiro o el Museo del Prado. El agradable paseo, de apenas diez minutos, representaba el tránsito entre dos mundos opuestos que convivían en permanente vigilancia, pues la delegación soviética había enclavado su cuartel general en el corazón del barrio que se suponía más profranquista de todo Madrid, el de Salamanca, el que reunía a los madrileños de la alta burguesía y el único que solían respetar los bombardeos de quienes asediaban la capital.

Gustavo salía a veces del Gaylord acompañado de amigos con los que se dirigía a la casa de Hermosilla o de Alberto Bosch para prolongar allí la velada, a costa del susto de algunos de sus moradores, atónitos ante la presencia en su portal de Rafael Alberti, André Malraux, Pablo Neruda, Herbert Matthews, Ilya Ehrenburg, Robert Capa o el propio Hemingway. En otras ocasiones cruzaba la calle Alcalá y se dirigía a la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, a escasos metros del Gaylord, donde podía liberarse con mayor libertad de la tensión de la guerra. A veces se sentaba al piano y tocaba alguna partitura. Representaba una pequeña concesión a sí mismo. Cerraba los ojos mientras sus dedos presionaban y extraían acordes casi de forma inconsciente. Su gorra de plato sobre el piano y su uniforme delataban la incongruencia de aquella escena. Los dos Durán, el del pasado y el del presente, se fundían en aquellos momentos de evasión, en esos breves instantes de renuncia a la realidad.

Al teniente coronel Vicente Rojo no le había pasado desapercibida su actuación durante la batalla de Madrid como intermediario habitual entre él y Kléber. Había apreciado igualmente su capacidad organizativa. Le había visto personalmente cuando acudía a despachar a los sótanos del Ministerio de Hacienda, y la impresión a corta distancia no hizo sino ratificar su opinión. La empatía fue recíproca. Durán admiró de él la experiencia y la seriedad de su conducta en una guerra de la que, si algo había aprendido, era la necesidad de un mando único y organizado. La regularización de las milicias en ejército se encontraba en una fase avanzada, y a finales de 1936 se proyectó la creación de nuevas brigadas mixtas con fuerzas procedentes de las antiguas columnas obreras. Rojo pensó inmediatamente en Durán para el mando de una de estas

unidades. El 4 de enero de 1937 recibió en El Pardo la orden de formar una nueva fuerza, la 69.ª Brigada Mixta, de la que sería mayor jefe.

Para esta nueva brigada contaba con los supervivientes de varios batallones que habían combatido en la sierra y en los alrededores de Madrid desde los primeros días. Estos batallones eran los Leones Rojos, creado por el sindicato de dependientes de comercio; Prieto, de adscripción socialista; Asturias, integrado por mineros asturianos llegados a Madrid para participar en su defensa; Margarita Nelken, también formado en su mayoría por militantes socialistas, y Pacífico. Todas estas unidades tenían experiencia en combate, pero por ese motivo varias de ellas estaban diezmadas. Sus hombres no habían recibido instrucción militar, sino que se habían formado con la propia experiencia de la guerra. La primera labor de Durán fue crear un Estado Mayor y un cuadro de oficiales capaces de imponer la estructura organizativa de un ejército regular en aquella fuerza variopinta. Eligió para ello a hombres que le habían acompañado en el Batallón Motorizado y a alguno de los oficiales extranjeros que habían servido en las Brigadas Internacionales. Del primero reclamó al leal y competente Giménez de la Espada, nombrado jefe de información. Otro oficial, Agustín Hernández, se encargó de la organización de la unidad. De los voluntarios internacionales seleccionó a Ernst Adam Raabe, un profesor alemán, hombre de amplia formación cultural y militante contra el nazismo en su país, que se convirtió en jefe de su Estado Mayor y en su más fiel compañero durante la guerra; y también al francés Jean de Foucault, pintor y escenógrafo que acabó casándose con Carmela, a la que el propio Gustavo le había presentado.

Su cuartel general continuó en El Pardo y la unidad quedó adscrita a la 8.ª División del I Cuerpo de Ejército. La 69.ª Brigada, pronto conocida como Brigada Durán, entró en acción el 6 de enero de 1937 en Las Rozas, sin apenas tiempo siquiera para organizarse. Formaba parte de las fuerzas de contención que pretendían frenar en ese punto el avance del general Orgaz para controlar la carretera de La Coruña, junto con la XI Brigada Internacional, la Brigada de Valentín González el Campesino y la 38.ª Brigada Mixta.

La situación durante aquella jornada volvió a ser angustiosa para las fuerzas republicanas; la más peligrosa, posiblemente, desde el ataque general del 15 de noviembre. El mayor número de bajas lo sufrió el Batallón Thaelmann, al que Kléber ordenó resistir en Las Rozas a toda costa. Combatieron en inferioridad de condiciones y resistieron durante todo el día las acometidas de la infantería marroquí, que en la fase final tomó las

trincheras al asalto con sus bayonetas. Según el historiador Antony Beevor sólo sobrevivieron 35 hombres[111]. Hugh Thomas añadió que, cuando se dio órdenes al batallón de avanzar, la respuesta fue la siguiente: «Imposible. El Batallón Thaelmann ha sido destruido»[112]. Entre el 6 y el 10 de enero las tropas franquistas prosiguieron su avance conquistando a su paso Pozuelo, Aravaca, Las Rozas y Majadahonda, lo que suponía controlar diez kilómetros de la carretera de La Coruña, entre Las Rozas y la cuesta de las Perdices.

Tras reorganizar sus defensas, el día 11 de enero Miaja y Rojo emprendieron una contraofensiva con todos los efectivos disponibles, incluida la 69.ª Brigada, cuya posición estaba ubicada a la derecha de la ocupada por la XI Brigada Internacional. Como fuerzas de reserva aguardaban las brigadas de Líster y Galán. Las primeras noticias fueron positivas para los atacantes en su intento de reconquista de Las Rozas y Majadahonda, pero la resistencia frenó una incursión más profunda. Al caer la tarde los partes de operaciones confirmaron el fracaso en ambos municipios, agravado por una niebla intensa en la que se perdieron dos compañías internacionales que pasaron dos días deambulando sin encontrar sus líneas.

El frente, con pequeñas alteraciones, quedó finalmente estabilizado el día 15, una vez confirmada la imposibilidad de progresión de ambos bandos. Como había ocurrido un mes antes, la guerra de trincheras sustituyó a los combates diarios. El ejército franquista conservó las posiciones tomadas y el tramo de diez kilómetros de la carretera. Los republicanos lograron mantener la comunicación con los milicianos al norte, salvando por otros accesos el sector dominado por el enemigo. Para el bando republicano resistir en Madrid era ganar, y así consideró el resultado de la lucha, pese a que hubiera retrocedido y expuesto la ciudad a una situación aún más comprometida. Franco, a su vez, siguió adelante con su estrategia de cerco, desplegando a continuación sus fuerzas hacia el sector que acogerá la primera batalla moderna y en campo abierto de la guerra, la del Jarama.

Poco después, Kléber fue relevado del mando en Madrid y desplazado a responsabilidades menores. Reclamó en varias ocasiones a Durán para que le acompañara, pero la petición fue denegada. A finales de ese año regresó a Moscú. Juzgado y condenado a quince años de trabajos forzados en Siberia, falleció en 1954, poco antes de recobrar la libertad. Años después se le rehabilitó públicamente. Como muchos de los soviéticos venidos a España, caso del embajador Rosenberg, del escritor Koltsov, del asesor militar Berzin o del cónsul en Barcelona, Vladimir Antonov-Ovsenko, todos ellos ejecutados

a su vuelta a Moscú, Kléber sufrió el castigo indiscriminado de las purgas en la época más sanguinaria del régimen estalinista.

La tercera fase de la batalla por Madrid se libró fuera de la capital, en el valle del río Jarama. La actual autovía que enlaza Madrid con Valencia, en aquella época una carretera de similar trazado pero de dimensiones mucho más modestas, atraviesa un valle plagado de lomas erosionadas que sobresalen en el horizonte y salpican un paisaje por lo general árido, aunque fértil y verde a orillas del río. Quien cruza actualmente el valle, a escasos veinte kilómetros de Madrid, no suele reparar en la decisiva batalla que allí se libró ni en la estampa pacífica y solemne de algunos de aquellos cerros, convertidos durante las tres semanas de febrero de 1937 que duraron los combates en objetivos militares de la máxima importancia. Por el control de aquellas cotas se libraron luchas encarnizadas que acabaron con la vida de miles de combatientes. Dos de ellas simbolizan aún hoy el horror y la dureza del enfrentamiento; una es La Marañosa, la otra, El Pingarrón.

Los oficiales franquistas sabían que profundizar el avance desde el sur y aislar las comunicaciones con Levante cortando la carretera de Valencia no sería fácil. Se trataba de una amplia área bajo control gubernamental y, además, la capacidad de resistencia y organización del nuevo Ejército Popular apoyado por las Brigadas Internacionales había mejorado notablemente. Por número de efectivos, por la concentración de material bélico, por la estrategia de combate y por el número de bajas, la batalla del Jarama se convirtió en el primer enfrentamiento a gran escala de la Guerra Civil.

En los primeros días de febrero los nacionales habían concentrado una fuerza considerable: cinco columnas móviles o brigadas a las órdenes de García Escámez, Sáenz de Buruaga, Barrón, Asensio y Rada. Al frente de las tropas de campaña se encontraba de nuevo el general José Enrique Varela Iglesias, y por encima de éste coordinaba todo el operativo el general Luis Orgaz. Apoyaban a la infantería seis baterías de 155 mm, una sección de los nuevos cañones alemanes de la Legión Cóndor de 88 mm —legendarias armas probadas entonces por primera vez en combate— y aproximadamente medio centenar de tanques alemanes. El objetivo último era cruzar el río Jarama, conquistar el municipio de Arganda y, desde allí, dirigirse hacia Alcalá de Henares. De haber tenido éxito se habría casi completado el cerco sobre Madrid, ya presionado en el norte por las columnas de Mola, en el oeste desde la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, y desde el sur, en los mismos límites de la ciudad, entre Carabanchel y Usera.

Desde el sur precisamente, en las proximidades de la carretera de Andalucía, partió el 6 de febrero el ataque en un frente estrecho de dieciséis kilómetros con la intención de ampliar su capacidad ofensiva. Frente a los nacionales se habían dispuesto cuatro agrupaciones republicanas compuestas por varias unidades españolas: la 11.ª División de Líster, los hombres de Modesto y del Campesino, así como las XI, XII y XV brigadas internacionales, sumando en total una fuerza equilibrada en número. Les respaldaban una agrupación blindada de tanques rusos T-26 al frente del general Pavlov, una batería artillera muy inferior a los cañones de 88 mm alemanes y un importante despliegue aéreo con cazas soviéticos I-15 e I-16 que se mostraron, como los tanques, determinantes en el resultado final de la batalla. Pese a la lluvia y al frío intenso, el avance franquista consiguió importantes posiciones al tomar con facilidad La Marañosa y Ciempozuelos.

La leyenda asociada a Durán dice que en la fase inicial de la batalla se dirigió al frente de sus hombres hasta las puertas del hospital psiquiátrico con la intención de rescatar a su madre. Cuando llegó comprobó que el centro estaba vacío. El personal médico se había ido y los internos, aprovechando la confusión, se habían escapado. Gustavo cruzó el patio ahora deshabitado donde una mañana, hacía ya dos años y medio, su madre le confesó su cordura. El hecho fue registrado por Rafael Alberti y recogido en su novela por Horacio Vázquez Rial. Sin embargo, en la historia del centro no consta ningún episodio de esa naturaleza. Al margen del cambio del personal médico tras la toma de Ciempozuelos por los nacionales, el único incidente de consideración fue la muerte de ocho pacientes por un bombardeo en 1938. Petra seguramente nunca abandonó su reducido mundo, desconocedora de la guerra que se libraba al otro lado del muro que conformaba su única realidad.

Al día siguiente, Barrón alcanzó el punto de unión de los ríos Jarama y Manzanares, muy próximo al puente de Arganda y a la propia carretera de Valencia en las proximidades de Vaciamadrid. El 8 de febrero, las tropas republicanas se reorganizaron y comenzó una contraofensiva que tuvo su epicentro en el fallido asalto de las tropas de Líster a La Marañosa. El día 11, tras una pausa provocada por las lluvias, tropas de regulares consiguieron atravesar el río Jarama por el estratégico puente ferroviario de Pindoque. Se deslizaron sigilosamente en mitad de la oscuridad y apuñalaron a los guardias del Batallón André Marty que lo custodiaban. La misma estratagema repitió el coronel Asensio tras conquistar San Martín de la Vega. Sus hombres cruzaron el río cogiendo por sorpresa a los centinelas y consiguió hacerse con

el control del cerro Pingarrón, a 693 metros de altitud, una planicie elevada en la que el barro cubría todos los accesos, entre matorrales, encinas y olivos.

Ese mismo 12 de febrero entró en combate por primera vez la recién constituida XV Brigada Internacional, comandada por el general Gal. Se llamaba János Galicz, austrohúngaro de nacimiento aunque adoptó la nacionalidad soviética tras la Revolución de Octubre. Su jefe de Estado Mayor era el británico George Nathan, veterano de la Primera Guerra Mundial. Contaba en sus filas con combatientes de veintiséis nacionalidades distintas, entre ellos los del Batallón Saklatvala, llamado así en homenaje a un comunista indio miembro del Parlamento británico en los años veinte, aunque fue más conocido como Batallón inglés, al mando del carismático Tom Wintringham. La XV Brigada fue especialmente célebre por la inclusión en sus filas del Batallón Abraham Lincoln, cuyos primeros 550 voluntarios entraron en combate por primera vez en el Jarama. Ambas unidades, la británica y la norteamericana, sufrieron enormes pérdidas durante aquellas jornadas, inmortalizadas por los brigadistas de la Lincoln en una canción más conocida incluso que los propios avatares de la batalla. Sobre la música de una canción tradicional, «Red River Valley», improvisaron una letra que glosaba la dureza de los combates:

JARAMA VALLEY

There's a valley in Spain called Jarama
It's a place that we all know so well.
It was there that we gave of our manhood
Where so many of our comrades fell.

VALLE DEL JARAMA

Hay un valle en España llamado Jarama,
es un lugar que conocemos bien.
Fue allí donde ofrecimos nuestro valor
y donde muchos de nuestros camaradas cayeron.

La canción hacía justicia a la aterradora visión que por primera vez la mayoría de ellos tuvo de la guerra. El día 12 el batallón británico recibió órdenes de defender una posición duramente hostigada por las tropas franquistas desde los altos de El Pingarrón. Mantuvieron combate durante más de siete horas soportando las acometidas enemigas. Al terminar el día

sólo habían sobrevivido 225 hombres de los 600 que componían el batallón. Su jefe, Tom Wintringham, resultó herido. Bautizaron aquella cota como «la colina del suicidio».

La ofensiva franquista quedó prácticamente detenida el día 17 y, desde esa jornada, la batalla se concentró entre San Martín de la Vega y El Pingarrón, punto vital para el dominio de la zona sur del valle. Parcialmente tomado por Líster y de nuevo recuperado por los hombres del comandante Mariano Gómez Zamalloa, la lucha se intensificó a partir del día 20. La artillería republicana castigó la loma durante tres días. El día 23 el general Gal inició un ataque con la XV Brigada. Fue entonces cuando la 69.ª Brigada Mixta de Durán, hasta entonces estacionada cerca de Carabaña como fuerza de reserva, se incorporó a la lucha por El Pingarrón.

Los combates por su control no tuvieron precedentes en los días anteriores. El acceso a la cima, desde donde los defensores batían con facilidad a los atacantes, les costó a éstos un gran número de bajas. Pero también entre quienes defendían la posición el fuego enemigo provocó cuantiosos daños. El comandante Zamalloa perdió a la mayor parte de sus oficiales y él mismo resultó herido. Los combates llegaron a ser cuerpo a cuerpo. El Batallón Lincoln, al frente del comandante Robert Merriman, recibió allí su bautismo de fuego. Sin apoyo artillero y bajo una lluvia de plomo, se lanzaron en un ataque casi suicida hacia las trincheras, situadas a 250 metros. En la embestida perecieron 120 voluntarios y otros 175 fueron heridos. El fracaso devino en amago de motín cuando los supervivientes amenazaron con abandonar el frente. La lucha prosiguió durante todo el día, en el transcurso del cual El Pingarrón cambió de manos tres veces, hasta ser finalmente dominado por las tropas nacionales. A sus pies, bajo el barrizal en que descansaban los viñedos y los olivares, centenares de cadáveres cubrían el terreno.

El día 27 se repitió el ataque con similar resultado y parecido desgaste de hombres. Pero esta vez sería el último. Después de tres semanas de combates, ambas fuerzas estaban diezmadas. Luego de una noche de lluvias torrenciales, el sol alumbró el valle por primera vez en muchos días. Bajo su luz el aspecto dantesco de la llanura adquiría una dimensión aún más tétrica. En cualquier dirección la devastación de la guerra había dejado una huella trágica y reconocible. La batalla acabó con un balance similar a los intentos anteriores por controlar Madrid. Ambos bandos se declararon vencedores: los franquistas porque habían profundizado sus líneas unos quince kilómetros y tomado Ciempozuelos y San Martín de la Vega; los republicanos por haber

mantenido el control sobre la carretera de Valencia y porque el papel determinante de los tanques y aviones soviéticos les permitía confiar en sus posibilidades futuras.

Las trincheras y fortificaciones que se levantaron entonces para asegurar ambas posiciones trazaron un nuevo frente al sudeste de Madrid. En el campo quedaron varios miles de soldados, diez mil republicanos y unos seis mil nacionales, entre muertos y heridos. El Pingarrón representó en la historia particular de la batalla del Jarama el más cruel y devastador de los enfrentamientos que tuvieron lugar aquellos días. Vicente Rojo, al escribir sobre la batalla, afirmó que, «posiblemente, entre todos los cerros que han jalonado nuestro frente general de guerra, el de El Pingarrón, en el Jarama, es el que puede escribir su propia historia con mayor cantidad de sangre»[113].

Las bajas en la unidad de Durán fueron también elevadas, especialmente entre sus responsables políticos. Cayó gravemente herido en El Pingarrón el comisario general de la brigada, Antonio Vicente Ramos, así como el comisario del 1.º Batallón, fallecido tras sufrir graves heridas el 23 de febrero. También Antonio Rubio, comisario del 3.º Batallón, tuvo que ser retirado del campo de batalla con lesiones de importancia. El dramatismo de los combates quedó grabado en la memoria de todos los integrantes de la 69.ª Brigada Mixta. El pintor y amigo de Durán, Vela Zanetti, escribió en *Nuevo Ejército*:

> Sólo aquellos que sienten hondamente nuestra razón de luchar, sólo aquellos que tienen fe en los valores del pueblo, podrían reconocer en los soldados que avanzaban sobre El Pingarrón en orden perfecto y a pecho descubierto, haciendo frente a masas de tanques y cielo de aviones, a los mismos milicianos de que Durán se había hecho cargo en El Pardo el 4 de enero. Solamente separados por unos días de organización, de prácticas y de rígida disciplina militar. Allí luchó y ganó la confianza militar y el agradecimiento del pueblo la 69.ª Brigada. Desde entonces sus soldados son conocidos por los hombres del Pingarrón[114].

Sin embargo, no todos los soldados se habían comportado tal y como describe Zanetti. Algunos se habían dado la vuelta en medio del asalto, presas del miedo. Las órdenes eran severas y Durán recibió instrucciones de actuar ejemplarmente. Tres hombres pertenecientes a dos compañías distintas fueron seleccionados y fusilados tras someterles a consejo de guerra. Él personalmente asistió a la ejecución. La muerte de aquellos hombres le provocó una angustia contenida, una emoción que sabía incompatible con la disciplina. Había presenciado muchas muertes durante los meses de guerra,

pero ninguna le generó un dilema moral como aquéllas. Tras los fusilamientos intentó disimular su abatimiento, pero su propio cuerpo evidenció una profunda crisis. Cuando telefoneó al puesto de mando para confirmar el cumplimiento de las órdenes, su voz no respondió. Había enmudecido.

La veracidad de este episodio fue confirmada por dos testimonios. El primero es el de Felipe Maldonado. Tras relatar el incidente, describió que «vueltas las unidades a sus posiciones y Durán al puesto de mando, pidió línea telefónica para dar parte de lo sucedido. No pudo hacerlo. La emoción le había dejado completamente afónico»[115].

La segunda versión la ofreció el escritor André Malraux en su novela *L'espoir*, añadiendo un dramatismo literario que quizá exageró los hechos sin perjuicio del excelente retrato que dibujó de la escena, de la tensión del oficial y de la desesperación de las víctimas. En el relato de Malraux existen diferencias respecto a la realidad; sitúa los fusilamientos en las cercanías de Segovia en un período indeterminado, aunque próximo a los hechos, y habla de dos fusilados en lugar de tres. Pese a estas licencias, los paralelismos entre ficción y realidad resultan tan próximos como los que unen de nuevo al protagonista, Manuel, con el propio Durán:

> En el momento que pasaba frente a la puertita que adivinaba por la luz del corredor, se echaron sobre él y se sintió agarrado por las corvas. En la luz plena de lluvia de las linternas eléctricas inmediatamente encendidas por Gartner y aquellos que lo seguían, dos soldados de la brigada, de rodillas en el fango espeso, le abrazaban las piernas. Él no les veía la cara.
>
> —¡No pueden fusilarnos! —gritaba uno de ellos—. ¡Nosotros somos voluntarios! ¡Hay que decirlo!
>
> Había callado el cañón. El hombre no gritaba levantando la cara, sino bajándola hacia el barro, y a sus gritos los envolvía el gran cuchicheo de la lluvia. Manuel no decía nada.
>
> —¡No pueden, no pueden! —gritaba el otro a su vez—. ¡Mi coronel!
>
> La voz era muy juvenil. Manuel no veía las caras. En torno de cada gorra de policía contra su cadera, en la mancha confusa de las antorchas, gotitas que parecían subir del suelo revoloteaban entre las líneas apretadas de la lluvia. Súbitamente, como Manuel no contestaba, uno de los dos condenados echó la cara hacia atrás para mirarlo; de rodillas, con el torso echado también hacia atrás para ver a Manuel por encima de él, los brazos caídos sobre ese fondo inmemorial de noche y lluvia sin edad, era uno de los que siempre pagan. Había frotado salvajemente su cara contra las botas llenas de barro de Manuel; su frente y sus pómulos estaban

cubiertos de barro, rodeando la mancha cadavérica de las órbitas de los ojos, que permanecían blancas.

«Yo no soy el Consejo de Guerra», estuvo a punto de contestar Manuel, pero le dio vergüenza esa negación. No se le ocurría nada, sentía que sólo podía librarse del segundo condenado si le empujaba con el pie, lo cual le parecía odioso, y permanecía inmóvil ante la mirada enloquecida del otro que jadeaba, sobre cuya cara caían ahora ríos de lluvia torrencial, como si toda su cara estuviera cubierta de lágrimas.

Manuel se acordaba de los de Aranjuez y de los del quinto cuerpo en la misma lluvia, al terminar la mañana, detrás de sus pequeños cercos; su resolución de reunir al consejo de guerra no había sido irreflexiva, pero no sabía qué hacer, atrapado entre la hipocresía y lo repugnante: ya fusilar es bastante sin agregar reflexiones morales.

—¡Hay que decirlo! —gritó de nuevo el que lo miraba—. ¡Hay que decirlo!…

«¿Decir qué?», pensaba Manuel. La defensa de esos hombres estaba en lo que nadie sabría decir jamás, en su cara empapada, en su boca abierta, en aquello que había hecho comprender a Manuel que se encontraba frente al rostro eterno de aquel que siempre paga. Nunca había sentido hasta ese punto que había que elegir entre la victoria y la piedad. Inclinado, trató de apartar al que le estrechaba la pierna: el hombre se aferró furiosamente, la cabeza siempre baja, como si no hubiera conocido en el mundo otra cosa que esa pierna que le impedía morir. Manuel estuvo a punto de caer y se apoyó sobre sus hombros, sintiendo que harían falta varios hombres para separarle. De repente el hombre dejó caer sus brazos y miró a Manuel, de abajo a arriba: era joven, pero menos de lo que Manuel había pensado. Estaba más allá de la resignación, como si lo hubiera comprendido todo, no sólo ahora sino por los siglos de los siglos. Y con la amargura indiferente de los que hablan ya desde el otro de la vida:

—¿No te queda ya voz para nosotros?

Manuel se dio cuenta de que no había pronunciado todavía una palabra. Dio algunos pasos y los hombres quedaron detrás de él. El olor profundo de la lluvia sobre las hojas se sobrepuso al de la lana y el cuero de los uniformes. Manuel no se volvió. Tras él sentía la presencia de los dos hombres de rodillas en el barro, sus cuerpos inmóviles mientras sus miradas le seguían[116].

Malraux omite en la novela la secuencia de los fusilamientos. A la

mañana siguiente, describe a Manuel como un personaje taciturno y triste, convencido militarmente de la decisión tomada, pero moralmente asaltado por las dudas. Pasó revista a las tropas «pero no conseguía olvidar los rostros vueltos y cubiertos de barro». Pidió consejo al coronel Ximénès, un militar de carrera, amigo y confidente, al que Manuel respetaba. El coronel, presentado ante el lector como un militar profesional y veterano, no comunista y de sentimientos religiosos, posee evidentes similitudes con el coronel Rojo, o con el coronel Escobar según algún autor[117]. El oficial adopta un tono paternalista hacia Manuel, acentuado por la expresión con que se dirige a él:

> —Creo que ayer he vivido el día más importante de mi vida —dijo Manuel.
>
> —¿Por qué hijo mío?
>
> Manuel le contó lo que había ocurrido. Caminaban en silencio. Desde el principio, a Ximénès le había sorprendido el cambio de la fisonomía de Manuel, su pelo cortado al cero, su autoridad. Del joven que había conocido sólo subsistía la rama de pino húmedo que Manuel tenía en la mano…
>
> —Sabía lo que había que hacer, y lo he hecho. Estoy resuelto a servir a mi partido y no me dejaré detener por reacciones psicológicas. No tengo remordimientos. Se trata de otra cosa. Usted me dijo un día que es más noble ser jefe que individuo. De la música, no hablemos más; la semana pasada me acosté con una mujer a la que había amado en vano… durante años; y tenía ganas de irme… No echo de menos nada de todo ello, pero si lo abandono es por algo. No se puede mandar si no es para servir, de otra manera… Asumo la responsabilidad de esas ejecuciones; se han llevado a cabo para salvar a los demás, los nuestros. Pero téngalo en cuenta: cada uno de los escalones que he subido en la dirección de una mayor eficacia, de un mejor mando, me han separado un poco más de los hombres. Cada día soy un poco menos humano.
>
> —Yo no puedo decirle sino cosas que usted no puede comprender, hijo mío. Usted quiere obrar y no perder un mínimo de fraternidad… Todo lo que le separa de los hombres debe acercarlo a su partido.
>
> —Acercarse al partido no vale nada si ello supone separarse de aquellos para los que el partido trabaja[118].

La reflexión moral y política de Manuel y Ximénès servía tanto de descargo de conciencia como de declaración de principios. Por boca de ambos se expresaba el propio Malraux, pero sin duda se articulaba también una línea

de pensamiento perfectamente atribuible a Durán, a quien el autor francés demostró conocer y entender. Su relación se remontaba a los años de París dentro de los círculos artísticos que Néstor y Durán frecuentaron. Se encontraron de nuevo en Madrid, como se ha señalado en páginas anteriores, en mayo de 1936. Gustavo, en compañía de Alberti y María Teresa León, acompañó al autor durante su estancia en la capital para expresar su apoyo al Frente Popular. Pero fue la Guerra Civil la que estrechó lazos de amistad entre ambos, unidos como combatientes del mismo ejército.

Malraux, dotado para la aventura y la acción tanto como para la literatura, se movilizó nada más conocer las primeras noticias sobre el estallido de la guerra de España. El día 21 de julio de 1936 aterrizó en Madrid. A su llegada le recibieron José Bergamín y un joven Max Aub. Es de suponer que se reunió también con Durán durante aquellos días en que visitó el frente al norte de Madrid, Barcelona y otros escenarios de lucha que luego reflejaría en su novela *L'espoir*. A su regreso a París el 28 de julio, reunió un grupo de aviones de combate y pilotos para ponerlos a disposición de la República. El gobierno le reconoció su esfuerzo otorgándole el grado de teniente coronel y permitiéndole, a su vez, que dirigiera personalmente la agrupación aérea, a la que bautizó como Escuadrilla España, integrada por voluntarios idealistas y mercenarios pagados por el gobierno español. Durante los primeros dos meses, Malraux y sus hombres se alojaron en el hotel Florida. Estableció numerosos contactos con militares, políticos e intelectuales españoles durante esta segunda estancia, y entre éstos Gustavo Durán destacó pronto como un amigo próximo, un hombre de inquietudes similares que, además, le permitía conocer de primera mano la evolución de la guerra.

Existían evidentes paralelismos entre ambos: su adhesión a la causa republicana, sus simpatías comunistas, su conversión de intelectuales en hombres de acción, sus gustos artísticos, la propia visión de la realidad y, seguramente, dudas comunes sobre muchos aspectos políticos. Quizá por esa semejanza, Malraux comprendió bien la personalidad y los valores de Durán, trasladados en muchos casos de modo fidedigno al personaje de Manuel en su novela. El propio Durán le relató algunos de sus episodios reales, luego convertidos en experiencias de Manuel: las primeras horas de guerra en la estación del Norte, el tren blindado, el accidente de la dinamita o el fusilamiento de los soldados. Al trasladarlos al relato, Manuel adquiría un perfil literario que era en sí mismo otro reflejo de Durán, ligeramente distorsionado por la pluma lúcida del autor, pero esencialmente él.

Malraux apenas alteró los propios datos biográficos del modelo: músico, treinta años, de gran cultura, con experiencia en la industria cinematográfica, sin formación militar. En los rasgos físicos de Manuel existe también un parecido razonable: «Rostro un tanto pesado, con unos ojos de color verde claro bajo cejas muy negras… una cabeza de marinero mediterráneo». Demostró conocerle bien incluso en sus fundamentos políticos y en las razones de su lucha. Nadie como Malraux acertó tanto en la descripción política de Durán cuando se refería a Manuel:

> Manuel no era disciplinado ni por gusto de la obediencia ni por gusto del mando, sino por naturaleza y sentido de la eficacia. Y era culto, a lo cual el coronel era sensible. Que este ingeniero de sonido, excelente músico, fuese un oficial nato asombraba al coronel, que apenas conocía a los comunistas por otras cosas que no fueran leyendas absurdas; y no se daba cuenta de que un militante comunista de cierta importancia, obligado por sus funciones a una disciplina estricta y a la necesidad de convencer, a la vez administrador, riguroso agente de ejecución y propagandista, tiene muchas posibilidades de ser un excelente oficial[119].

El autor francés se trasladó con su escuadrilla a Albacete en noviembre, pero siguió disfrutando de libertad de acción. No respondía ante las Brigadas Internacionales, sino ante el responsable de la aviación republicana, el aristócrata y comunista Ignacio Hidalgo de Cisneros, quien, por cierto, nunca tuvo una impresión positiva del francés, al que consideraba un aventurero poco hábil a los mandos de un avión. El escritor no era, en efecto, un piloto diestro, y en este punto parecen coincidir todos sus biógrafos. Abandonó España en febrero de 1937 para iniciar una gira por Estados Unidos en defensa del régimen republicano. Regresó después a España y coincidió en al menos otras dos ocasiones con Durán: en el Congreso de Intelectuales que se celebró en el verano de 1937 y, meses más tarde, durante el rodaje de la película *Sierra de Teruel*, en una de cuyas escenas aparece brevemente un personaje que perfectamente podría ser Gustavo Durán.

Cuando Malraux terminó la novela *L'espoir* a finales de 1937, Durán fue una de las pocas personas que leyeron el texto antes de su publicación y, a petición del autor, corrigió algunos hechos relatados en el libro para adecuarlos mejor a la realidad. Años más tarde, en 1967, el escritor Robert Payne le pidió a Durán que aclarase si él había inspirado el personaje de Manuel. Le respondió por escrito:

> Malraux me tomó como modelo para el personaje de Manuel, al extremo de copiar algunas expresiones que yo decía en esos momentos y reproducir gráficamente muchos de mis rasgos y peculiaridades, si bien el personaje resultante, de un modo típicamente malrauxiano, fue una mezcla de lo que él y yo éramos en aquel tiempo, dando más énfasis a sus propias reacciones e *ilusions lyriques* [alusión al título de la primera parte del libro] que a las mías[120].

La respuesta sugería un cierto distanciamiento respecto del personaje y del propio autor. Habían transcurrido treinta años y en ese tiempo las vidas de Malraux y Durán habían cambiado. Les unía un pasado que al mismo tiempo les separaba, pues si bien las raíces comunistas del autor galo no fueron obstáculo para su futuro político ligado a De Gaulle, a Durán, sin embargo, le generaron graves y constantes problemas políticos. Como señala Javier Rupérez en un exhaustivo trabajo sobre Durán como modelo literario de Malraux y Hemingway, «Gustavo Durán manifiesta un evidente deseo de mantener una prudente distancia con el autor y su novela»[121]. Quizá a causa de esa intencionada discreción, pocos biógrafos de Malraux citan al español en sus trabajos. Sólo Jean Lacouture y el citado Robert Payne[122] le mencionan, y de modo muy superficial. No así Oliver Todd ni Curtis Cate[123], por señalar algunas de las biografías más completas sobre el escritor francés.

Su silencio pasó por alto la presencia de Gustavo en una de las citas decisivas de aquel año de 1937, cuando Madrid y Valencia acogieron el Congreso de Intelectuales contra el fascismo, y escritores de todo el mundo se dieron cita en las calles de Madrid mientras en sus alrededores se libraba la batalla de Brunete. Entre militares e intelectuales, únicamente él participó activamente en ambos escenarios.

9

Comandante Durán

Mi padre dijo adiós. Se unió a la milicia.
Todo está levantado y se seca.
Hay un largo camino hacia abajo,
lejos de todas las cosas marchitas.

JANE DURAN, «Maestrazgo»

Tras el Jarama la 69.ª Brigada participó como fuerza de reserva en la batalla de Guadalajara y después, junto a la 11.ª División de Líster, en un nuevo y fracasado intento por recuperar el cerro Garabitas entre el 8 y el 14 de abril. En esta operación frente a Garabitas la 69.ª sumó nuevas bajas, entre ellas la del comisario del 4.º Batallón. A raíz de esta intervención, *Mundo Obrero* publicó la primera mención sobre Durán. «Felicitamos a sus hombres, y con especial simpatía a su jefe, el teniente coronel Durán, combatiente desde julio, siempre en los puestos de difícil responsabilidad y ejemplo magnífico de jefes de nuestro glorioso ejército», comentó el órgano oficial del Partido Comunista[124]. A su vez, la revista *Crónica,* que dedicó una serie de portadas a quienes consideraba «los grandes jefes del ejército republicano», publicó una foto de gran tamaño de Gustavo Durán. Decía el comentario al pie que «el teniente coronel Durán, que al frente de las fuerzas de su mando —fuerzas de choque, ya cubiertas de gloria en otros frentes— tuvo una brillantísima actuación en la reciente batalla de la Casa de Campo»[125].

En mayo la brigada estuvo acuartelada cerca de Madrid, entre Torrejón de Ardoz y Loeches, disfrutando de unas semanas de descanso. Se produjo entonces una curiosa anécdota: sus hombres hicieron una colecta para regalar a Durán un nuevo uniforme. Al tiempo, la revista *Nuevo Ejército* ilustró una

de sus portadas con una fotografía suya a gran tamaño, cuyo comentario no dejaba lugar a dudas sobre su intención propagandística:

> Gesto expresivo, enérgico. Mirada clara, acostumbrada a penetrar en las horas del combate las intenciones del enemigo común del proletariado. Junto a este auténtico jefe, el soldado se siente más seguro y se acrecienta su fe en la victoria. En su derredor hay un ambiente diverso y magnífico de ternura y cordialidad. Es sencillo y buen camarada. Los frentes del Jarama y la Casa de Campo le condecoraron ante nosotros, señalándole como el más disciplinado y sereno. Es una realidad fecunda cuando, por su edad, ya sería meritorio ser sólo una esperanza. Tenemos una obligación política: imitarle; y un deber militar: prestarle ayuda, porque así nos la prestamos a nosotros mismos y porque así cumpliremos cabalmente nuestra obligación de soldados antifascistas[126].

Ese período de calma en la batalla coincidió con un momento personal importante. Se reencontró con Ernest Hemingway, con quien no tenía contacto directo desde su efímera relación en París. Aquélla fue una cita significativa también para el autor estadounidense por los hechos en que entonces se vio implicado.

Hemingway visitó España cuatro veces durante la Guerra Civil. La primera entre marzo y mayo de 1937. No fue, por tanto, uno de los primeros escritores o periodistas en acudir, pero sí uno de los más célebres desde que se instaló en la habitación 109 del hotel Florida. Ya era una leyenda literaria cuando llegó a España como corresponsal de la NANA (North American Newspaper Alliance), una gigantesca agencia que suministraba información a sesenta cabeceras norteamericanas y que aceptó abonar al escritor una generosa cantidad de quinientos dólares por cada una de sus crónicas de la guerra española.

Pero le animaba, además, otro objetivo en su visita. El cineasta holandés Joris Ivens le había convencido para participar en el rodaje de un documental sobre la guerra en el que también colaboraba John Dos Passos. Se trataba de *Spanish Earth* (*Tierra de España*). Ivens y su operador John Ferno habían estado rodando desde principios de enero de 1937 en tres escenarios reales: Madrid y sus combates en la Ciudad Universitaria, la batalla del Jarama y el municipio de Fuentidueña del Tajo, cuyas imágenes de campesinos construyendo una conducción de agua al pueblo, entrelazadas con las imágenes reales de los combates, pretendían ser una metáfora de la lucha por la libertad y la emancipación de las clases más humildes. Cuando Hemingway

llegó a España en marzo de 1937, la filmación prácticamente había concluido. Trabajó en la elaboración del guión y puso voz a la versión original del documental. Posteriormente, se realizó otra adaptación con locución de Orson Welles.



NUEVO EJERCITO

órgano de la XXIX brigada mixta

Año I — Madrid, 4 de mayo de 1937 — Núm. 2

LAS GRANDES FIGURAS DE LA BRIGADA

GUSTAVO DURÁN MARTÍNEZ

Gesto expresivo, enérgico. Mirada clara, acostumbrada a penetrar en las horas del combate las intenciones del enemigo común del proletariado. Junto a este auténtico jefe, el soldado se siente más seguro y se acrecienta su fe en la victoria. En su derredor hay un ambiente diverso y magnífico de ternura y cordialidad. Es sencillo y buen camarada. Los frentes del Jarama y la Casa de Campo le condecoraron ante nosotros, señalándole como el más disciplinado y sereno. Es una realidad fecunda cuando, por su edad, ya sería meritorio ser sólo una esperanza.

Tenemos una obligación política: imitarle; y un deber militar: prestarle ayuda, porque así nos la prestamos a nosotros mismos y porque así cumpliremos cabalmente nuestra obligación de soldados antifascistas.

Reproducción de la portada que la revista *Nuevo Ejército* dedicó a Gustavo el 4 de mayo de 1937. (*Nuevo Ejército*, n.º 2, 4 de mayo de 1937).

El autor de *Adiós a las armas* era considerado el periodista extranjero más importante por las autoridades y, en consecuencia, el mejor tratado. Disponía de un coche siempre lleno de carburante y su acceso a los frentes o a los despachos solía resolverse sin contratiempos. Muchas veces le acompañaban en sus expediciones Herbert Matthews y Sefton Delmer, además de su amante Martha Gellhorn, corresponsal de la revista *Collier's* y futura tercera esposa del escritor. Cuando llegaban al frente su presencia era todo menos discreta, especialmente por la llamativa estampa rubia de Martha Gellhorn, impoluta y de una elegancia insólita en un Madrid donde la carestía obligaba a la supervivencia. Este trato de favor fue criticado por algunos corresponsales, por ejemplo Josephine Herbst o Noel Monks, entre los que la huella del futuro matrimonio dejó una impronta de agravios. Pero era cierto que el trabajo de Hemingway y sus simpatías por la causa republicana representaban una excelente plataforma publicitaria para el gobierno. Fueron esas simpatías incondicionales las que provocaron la ruptura con su compatriota Dos Passos.

Éste no había venido a España como periodista, sino para localizar los exteriores donde se rodaría *Tierra de España*. Al igual que Hemingway, era un autor consagrado y también apoyaba abiertamente al gobierno republicano. Junto con Ivens había ideado el documental para contrarrestar la propaganda franquista en Estados Unidos e inclinar a la administración Roosevelt en favor de la República. Mantenían diferencias sobre la estructura del guión porque Hemingway quería un documental centrado en la actividad militar, mientras que Dos Passos prefería mostrar la vida cotidiana del pueblo. No obstante, el auténtico detonante de la ruptura entre Hemingway y Dos Passos fue la desaparición y muerte de José Robles, amigo y traductor del segundo además de profesor universitario en Norteamérica.

Robles se había ofrecido voluntariamente al gobierno al estallar la guerra y había sido destinado como intérprete de la delegación soviética. Poco después desapareció y los rumores sobre su muerte atribuyeron ésta a una indiscreción, a su falta de convicción ideológica o incluso a alguna deslealtad. Sea cual fuera la naturaleza de la acusación que pesó sobre él, su muerte apuntó a los asesores soviéticos para quienes trabajó. Dos Passos investigó y forzó respuestas que en la mayoría de los casos no pasaron de incómodos silencios o tácitas recomendaciones de abandonar sus pesquisas.

Entre quienes le recomendaban un cambio de actitud alegando que la muerte de una persona no podía empañar la imagen de la República figuraba Hemingway. Las semanas de frialdad, desencuentros y discusiones entre ambos escritores a raíz del caso Robles han sido profusamente tratadas en

sendos libros de Ignacio Martínez de Pisón y Paul Preston[127]. Lo ocurrido resultó decisivo para la relación entre ambos y la evolución posterior de Dos Passos, quien inició desde entonces un creciente distanciamiento respecto de la izquierda política en la que hasta entonces había militado. Allí a donde iba, el enigmático destino de Robles polarizaba las conversaciones de Dos Passos, para disgusto de Hemingway e incomodidad de otros intelectuales. Fue el caso de Alberti y María Teresa León, que en esas fechas, abril de 1937, acababan de regresar de Moscú tras visitar a Stalin.

Ambos convocaron a numerosos corresponsales, incluidos Dos Passos y Hemingway, a un homenaje a la XV Brigada Internacional que se celebró en abril en un castillo propiedad antiguamente del duque de Tovar. Constituyó un acontecimiento al que no faltaron las principales autoridades militares: Miaja, Rojo, Líster y el general Walter. Se pasó revista a las tropas, se pronunciaron discursos e incluso hubo una actuación a cargo de Pastora Imperio y Pastora Pavón, la Niña de los Peines. Para Dos Passos, sin embargo, la fiesta tuvo un significado bien diferente. Ese día supo que Robles había sido asesinado o, al menos, confirmó sus sospechas, del mismo modo que corroboró la decepcionante actitud que atribuía a Hemingway. Pese a todo, una foto de grupo inmortalizó aquella jornada, quizá realizada antes de recibir la noticia. En ella aparecen Hemingway, Dos Passos, Alberti y María Teresa. En un segundo plano se puede apreciar la figura del general Walter. Los cuatro regresaron a Madrid en el mismo automóvil en compañía de la también corresponsal Josephine Herbst, al corriente de lo sucedido ya que había ayudado al autor de *Manhattan Transfer* en sus averiguaciones. Martínez de Pisón narra en su libro que «salvo por los *gorjeos* con que María Teresa intentaba aliviar la tensión, el viaje se hizo en medio de un completo silencio. En cuanto el automóvil se detuvo delante del hotel, Hemingway y los Alberti se precipitaron a abandonarlo. Antes de retirarse a sus habitaciones, Herbst y Dos Passos dieron un paseo nocturno por la plaza Mayor»[128]. Pocos días después el novelista abandonó España, condicionado para siempre por la experiencia de aquellas breves semanas en España.

¿Pudo Gustavo Durán haber estado presente en la celebración en el castillo del duque de Tovar? No hay información concreta que nos permita afirmarlo, pero sí indicios que sugieren esa posibilidad. El número 18 de la revista *El Mono Azul*, editado el primero de mayo de 1937, publicó la foto de los cuatro escritores junto a un breve texto en el que se omitieron el lugar y el motivo de la misma. El breve comentario saludaba el compromiso de los dos novelistas norteamericanos con la República, «demostrando así —decía—

que el amor que ellos sentían hacia España no era pura palabrería sino realidad viva», lo cual no dejaba de ser paradójico habida cuenta el clima en que se había desarrollado aquel encuentro y sus consecuencias. Curiosamente, debajo de la imagen aparecía una foto de Gustavo Durán igualmente acompañada de una columna de texto que concluía con las siguientes palabras: «Gustavo Durán ha hecho cesión de su vida, la ha entregado a España. Era músico, compositor. Hoy es teniente coronel. No hablamos de él porque su orgullo de hoy son sus hombres. El orgullo nuestro, como intelectual, es Gustavo Durán». Aún más interesante resulta una nota manuscrita del propio Durán con que se completa el artículo. En ella reivindicaba su condición de miembro de la Alianza de Intelectuales:

> Alianzista [sic] desde los primeros tiempos, comprendo ahora, desde mi actual vida militar, la importancia de una revista como *El Mono Azul*, que no sólo es expresión del espíritu de solidaridad entre el intelectual y el combatiente, sino también promesa de futuro de paz, cultura, justicia y libertad por el cual combatimos. Frente del Centro, 18 abril 37**[129]**.

Estuviera o no en aquella cita, lo cierto es que Hemingway y Robert Capa frecuentaron a Durán en esas fechas. Años después él mismo se lo confirmó a Carlos Baker, uno de los biógrafos del escritor norteamericano. En una ocasión, Hemingway acudió a verle en compañía de Alberti, María Teresa, Capa y Dos Passos, en una fecha indeterminada que podría ser la del homenaje a la XV Brigada. Ernest, como en él era costumbre, llevó tabaco y *whisky* en abundancia, bebida que al español no le gustaba ni todavía consumía. Regresó a Estados Unidos en mayo y allí ultimó el guión de *Tierra de España*, que se estrenó en el mes de julio. La primera proyección se realizó en la Casa Blanca, ante el presidente Roosevelt y su esposa Eleanor. Se ha afirmado que, tras el pase, el presidente estadounidense aseguró que era la película que todo el mundo debía ver; sentencia imaginaria o cierta que se incorporó como lema publicitario del filme. El escritor volvió a España por segunda vez entre agosto de 1937 y enero de 1938. No estuvo presente, por tanto, en la nueva ofensiva en la que participó la unidad de Durán, la misma que le sirvió de escenario para recrear la acción de su novela *Por quién doblan las campanas*.

Las semanas de mayo habían sido de una intensa actividad en el bando republicano, inmerso en varias luchas intestinas que expresaban el frágil equilibrio entre los grupos políticos que le daban apoyo. En Barcelona, las fuerzas del gobierno apoyadas por el Partido Comunista combatieron contra

las milicias anarquistas y del POUM en la ciudad. Tras aquella guerra civil dentro de la Guerra Civil, el POUM se convirtió en una formación relegada del mapa político, con sus principales líderes encarcelados y su máximo dirigente, Andreu Nin, detenido clandestinamente y posteriormente asesinado. La confrontación pasó también factura a la Generalitat, debilitada en sus competencias, y a Largo Caballero, quien dimitió como presidente del gobierno. Le sustituyó Juan Negrín, también socialista pero con mejores relaciones con el Partido Comunista y la delegación soviética. Coincidiendo con los sucesos de Barcelona, el bando franquista intensificó la campaña en el norte avanzando hacia Bilbao.



¡SALUD, AMERICA!

John Dos Passos y John Hemmingway en España

JOHN DOS PASSOS y HEMMINGWAY, CON R. ALBERTI Y MARIA TERESA LEON

Gustavo Durán, teniente coronel

AUTOGRAFO DEL TENIENTE CORONEL G. DURAN, MIEMBRO DE LA ALIANZA

El Mono Azul, la hoja confeccionada por la Alianza de Intelectuales Antifascistas, incluía en su número del primero de mayo de 1937 un autógrafo de uno de sus miembros más queridos y respetados: Gustavo Durán. (*El Mono Azul*, n.º 18, 1 de mayo de 1937).

Con el objetivo de aliviar la presión en ese frente, el ya coronel Vicente Rojo, nombrado entonces jefe del Estado Mayor Central, diseñó una estrategia que pretendía recuperar la iniciativa en dos sectores, Huesca y Segovia. El objetivo era tomar ambas ciudades, obligar a Franco a frenar su campaña en el norte y ofrecer una victoria importante al nuevo gobierno resultante de la crisis de mayo. La acción sobre la ciudad castellana, conocida como «ofensiva de la Granja», fue encomendada al I Cuerpo de Ejército, en el

que se integraba la 35.ª División al mando del general Walter, y a la que pertenecía la Brigada Durán.

El diseño teórico de la ofensiva preveía avanzar desde el puerto de Navacerrada hacia Segovia pasando por La Granja y Valsaín, una zona montañosa de abundantes pinares a apenas una treintena de kilómetros de la ciudad. Pese a su proximidad a Madrid y a la propia línea del frente, Segovia no había vivido acciones de combate importantes. Desde un primer momento bajo control franquista, la capital de provincia era una urbe pequeña y tranquila, la retaguardia de las tropas que proseguían su acoso a la capital desde el noroeste.

El ataque republicano se inició a las seis de la mañana del 30 de mayo con el avance conjunto de la 69.ª Brigada Mixta de Durán, la XXXI Brigada y la XIV Brigada Internacional al mando del francés Dumont, todos ellos bajo las órdenes del general polaco Walter, cuyo nombre auténtico era Karol Swierczewski. La ofensiva se detuvo en las inmediaciones de La Granja de San Ildefonso, junto al conjunto palaciego. A su alrededor la lucha fue enconada. Las fuerzas franquistas contaban con los refuerzos de tres batallones enviados en previsión de la ofensiva, al mando del general Varela.

El escenario que concentró los combates más intensos fue un cerro a más de mil cuatrocientos metros de altitud llamado Cabeza Grande. Su acceso era sumamente pronunciado y dificultoso, entre rocas y árboles, y su cima estaba defendida por más de trescientos soldados nacionales. Después de un insistente fuego artillero sobre la posición, la 69.ª Brigada inició el asalto y tomó la loma a primeras horas del 31 de mayo a costa de un importante número de bajas. Sin embargo, la XIV Brigada Internacional no progresó por igual en su acción en Valsaín.

Al día siguiente, la contraofensiva enemiga barrió la zona con su aviación, especialmente el vértice de Cabeza Grande, el área de mayor penetración de la cuña republicana. Durán sufrió los intensos bombardeos, apostado con sus hombres en protecciones naturales casi siempre inútiles como parapeto frente a la aviación. Hubo muchas bajas en aquel escenario inerme ante la acción constante de los bombarderos, que alfombraban el campo de metralla y salpicaban los tupidos pinares de cadáveres. El propio Durán resultó herido tras la explosión de una bomba, aunque sin lesiones de consideración. Del campo de batalla también fueron retirados por las heridas recibidas, su jefe de Estado Mayor, Ernest Adam, el comandante Jean de Foucault y el capitán Rimbau. Resistieron varias horas, pero al anochecer del martes 1 de junio la brigada inició el repliegue y cedió la estratégica cota. El

conjunto de la ofensiva, en realidad, ya había fracasado. El 6 de junio el general Walter asumió la derrota y ordenó la retirada.

Según las cifras republicanas, el fallido avance sobre Segovia costó tres mil bajas, de las cuales novecientas correspondían a la XIV Brigada Internacional[130]. Aunque en número menor, la proporción de fallecidos en la 69.ª tuvo que ser necesariamente importante. La derrota cuestionó además la capacidad militar de Walter. Unos meses después, en enero de 1938, el militar elaboró un informe sobre la actuación de las Brigadas Internacionales. En relación con la ofensiva de La Granja, afirmó: «La XIV Brigada, francesa, mostró algunos síntomas de debilidad en su capacidad de combate —cierto es que se debió principalmente a los errores de su comandante— y fue inferior a la LXIX Brigada española de Durán, cuya acción, pese a algunas debilidades y carencias, se caracterizó, sin embargo, por más dinamismo que la de la XIV, que heroica pero pasivamente se dejó machacar durante cinco días cerca de Balsain [sic]»[131]. En la confesión de Walter subyacía el recelo que entre él y el comandante francés Dumont se desató tras el fracaso de la ofensiva, que cada uno atribuyó al otro, respectivamente. El militar polaco también denunció en su informe una serie de sabotajes contra sus unidades y particularmente contra la brigada de Durán, que sufrió un envenenamiento masivo en esas fechas. También se registró entre sus tropas una deserción en grupo de unos veinte soldados que se pasaron al enemigo en Cabeza Grande.

De la ofensiva de La Granja se conserva una foto de Gustavo Durán atribuida a Robert Capa. Tanto él como su compañera Gerda Taro conocían bien al español y siguieron con sus cámaras los movimientos de las tropas republicanas en esa ofensiva en Navacerrada y La Granja. La imagen muestra a Durán en compañía de dos de sus oficiales, posiblemente en las proximidades de Cabeza Grande, y debió de ser realizada, por tanto, entre el 30 de mayo y el 6 de junio de 1937. Vestía una chaqueta negra de cuero y la gorra reglamentaria con la insignia de mayor jefe de brigada. Existe otra instantánea, atribuida a Gerda Taro, que muestra a un miliciano en una moto, con un fusil al hombro y la mirada ligeramente distraída en un gesto desenfadado. Aunque se cree que podría ser Gustavo el militar retratado, existen dudas sobre su auténtica identidad.

Tras recuperarse en Valencia de las heridas sufridas, fue ascendido a solicitud de Rojo a mayor jefe de división. Se le asignó entonces el mando provisional de la 39.ª División, formada por las 49.ª y 151.ª brigadas mixtas. Su destino inmediato fue otra batalla de extraordinaria dureza, la de Brunete. Con esta nueva acción el mando republicano pretendía aliviar la presión sobre

Madrid y mostrar su capacidad militar en una ofensiva a gran escala. Las fuerzas reunidas sumaban un total de ochenta mil hombres repartidos en dos cuerpos de ejército: el V, al mando de Modesto, y el XVIII, al frente del coronel de artillería Jurado, sustituido después por el coronel Segismundo Casado.

A las diez de la noche del 5 de julio de 1937 comenzó el avance, que cogió por sorpresa a las fuerzas de Varela. La 11.ª División de Líster tomó Brunete según lo previsto y horas más tarde la 34.ª División conquistó Villanueva de la Cañada. Encontraron más resistencia en Boadilla del Monte, Quijorna, Villanueva del Pardillo y Villaviciosa de Odón. La primera fase había sido un éxito a causa de la sorpresa del ataque, por la toma de varios enclaves y porque la magnitud de la ofensiva había alertado al Estado Mayor franquista, que retiró tropas del norte en apoyo del frente del centro y frenó temporalmente el avance hacia Santander tras la conquista de Bilbao y las provincias vascas.

El 8 de julio Quijorna cayó en manos republicanas y se prosiguió el avance hacia Villanueva del Pardillo, que fue tomada tras una feroz lucha el día 11. Se produjo entonces una interrupción de la ofensiva que, desde el punto de vista estratégico, se consideró posteriormente un error, pues en esas fechas la superioridad republicana era todavía manifiesta. El equilibrio se restableció al iniciarse la contraofensiva franquista el día 18, primer aniversario de la sublevación militar. El despliegue de fuerzas en el terreno, al mando de Sáenz de Buruaga, Asensio y Barrón, estaba apoyado por los nuevos cazas germanos Messerschmitt 109, que pronto lograron el decisivo control del espacio aéreo. Durante los siguientes días ambos ejércitos combatieron con intensidad en las proximidades de Boadilla del Monte y Brunete bajo un calor abrasador.

La 39.ª División de Durán se había mantenido como fuerza de reserva durante los primeros días de la batalla, estacionada entre los municipios de Colmenarejo y Valdemorillo[132]. Desde allí partiría poco después a relevar a las fuerzas del Campesino en Quijorna. Cuando se inició la contraofensiva franquista, este municipio se encontró rápidamente en primera línea del frente.

En Brunete la batalla fue terrible entre las ruinas de un pueblo literalmente reducido a escombros. Se combatió cuerpo a cuerpo y metro a metro por un espacio que, al margen de su valor estratégico, se convirtió en un nuevo banco de pruebas de la combatividad de ambos ejércitos. Las ruinas de Brunete fueron finalmente tomadas por las tropas insurrectas el 25 de julio.

La división de Durán, por su parte, mantuvo el control de Quijorna, que, junto con Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo, resistieron como los únicos avances tangibles de una ofensiva proyectada con objetivos bastante más ambiciosos. Cuando se dio por concluida la batalla el día 27, después de tres semanas de combates, la República había ganado una mínima franja de unos seis kilómetros en terreno enemigo, insuficiente para aliviar la presión sobre Madrid y muy alejada de los proyectos iniciales de romper el cerco sobre la ciudad.

Entre los muertos figuraba la fotógrafa Gerda Taro, la compañera de Robert Capa, arrollada accidentalmente por un tanque republicano. En 1938 Capa publicó un libro con las mejores fotos obtenidas en España por ambos. Tituló el libro *Death in the Making* y en él escribió: «A Gerda Taro, que pasó un año en el frente español y allí se quedó». La obra incluía la foto del miliciano en motocicleta durante la ofensiva de La Granja, al que Capa no nombraba pero a quien se refería en el texto como un prometedor compositor. De ahí que se le identificara con Gustavo Durán. Posteriormente, se perdió el negativo y reapareció en 2008, setenta años después, entre el material del fotógrafo descubierto en México.

Entretanto, el coronel Rojo se había convertido en el principal mentor de la carrera militar de Durán, quien desde la conversión de las milicias en ejército regular ganó confianza entre los militares profesionales en detrimento de su relación con los antiguos compañeros del 5.º Regimiento. A raíz del Jarama y también de Brunete, Durán comenzó a distanciarse personalmente de líderes como Líster y el Campesino, de quien en privado criticaba su rudeza y el trato hacia sus hombres.

Fue Rojo, de nuevo, quien a finales de julio de 1937 le ordenó la formación de una nueva división, la 47.ª, integrada por su antigua unidad, la 69.ª Brigada Mixta; la 99.ª, de reciente creación, y la 49.ª, compuesta en su mayoría por milicianos procedentes de la Alcarria que habían combatido en Guadalajara y Brunete. La 47.ª División quedó integrada en el V Cuerpo de Ejército al frente de Modesto, y éste, a su vez, en el llamado Ejército de Maniobra, una unidad ideada como fuerza de choque sin ubicación geográfica concreta.

A los colaboradores habituales de Durán, Ernst Adam como jefe de Estado Mayor, Jean de Foucault y Giménez de la Espada, se sumaron antiguos conocidos e integrantes de la Alianza de Intelectuales. Entre los primeros figuraban José Vela Zanetti, Ramón Peinador y Enrique Díaz Canedo, hijo del crítico literario del mismo nombre. Entre los miembros de la

Alianza se incorporaron a su división Felipe Maldonado, que dejó su labor de periodista en el diario *Ahora*, y Vicente Salas Viu, musicólogo, crítico y discípulo de Rodolfo Halffter que había trabajado en el diario *El Sol*. Contó igualmente con algunos de los hombres que le habían acompañado desde el principio de la guerra: el capitán Gonzalo, el teniente Beltrán, el capitán Varela o el comandante Rodolfo Carretero, además de oficiales de nuevo cuño como Francisco Ocón del Campo o Vicente Pertegad. A la unidad se le concedió un tiempo de descanso para organizarse en La Navata, próxima al municipio madrileño de Torrelodones.

Inmediatamente, con la experiencia ya adquirida en la 69.ª Brigada Mixta, se puso en marcha otra vez el periódico *Nuevo Ejército*, a cargo de Vela Zanetti, el dibujante Peinador y Vicente Salas Viu. De difusión semanal, *Nuevo Ejército* repitió un esquema de prensa de trinchera muy similar al aplicado en *Hierro*: un medio para los soldados en el que intercalar nociones básicas de instrucción y técnica militar con informaciones prácticas y consignas políticas. En el número 1 de la nueva etapa como órgano de la división, Durán escribió un breve saludo a sus hombres:

> Me siento orgulloso de vosotros porque habéis sabido estar a la altura de un momento histórico para la vida de la República. Habéis contraído ante el Pueblo el compromiso de mejoraros, superándoos en combatividad y en todo aquello que material y espiritualmente os haga mejores soldados. Sólo así se mantiene el prestigio: teniendo un constante afán de superación cada hora, cada día… Vuestro mayor Jefe de la División. Durán[133].

En esas fechas participó también en otro acto importante, en consonancia con su papel de militar de pasado intelectual, o bien de intelectual convertido accidentalmente en soldado. De forma paralela a la batalla de Brunete, tuvo lugar el II Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura. El cónclave respondía a la petición realizada en nombre de España por José Bergamín y Ricardo Baeza, asistentes al primer foro celebrado en París dos años antes. El inicio de la contienda acentuó el interés del gobierno por albergar el segundo congreso, en cuya celebración veía una oportunidad excepcional para alzar la voz de los intelectuales del mundo en defensa de la República. Acudieron al llamamiento muchos de los conocidos de Gustavo: André Malraux, Pablo Neruda, Alejo Carpentier, Ilya Ehrenburg, Gustav Regler, Rafael Alberti, María Teresa León, Miguel Hernández, Ramón J. Sender o José Bergamín; y

algunos escritores a los que trató entonces por primera vez: Nicolás Guillén, Octavio Paz, César Vallejo o Vicente Huidobro.

Tras la primera jornada en Valencia el 4 de julio, una comitiva de varios automóviles, integrada por unas cien personas, partió en dirección a Madrid el lunes 5 de julio. Les recibieron varias autoridades y periodistas. El escritor Corpus Barga se dirigió a ellos para saludarles oficialmente en nombre de la ciudad. Miaja se ausentó alegando una visita al frente. Leyó en su nombre un discurso el coronel Redondo, quien expresó su confianza en que aquellos escritores fueran en sus países «heraldos de esta tragedia española»[134]. Las palabras de bienvenida prosiguieron antes de conducir a la comitiva por el centro de la ciudad hasta el hotel Victoria, en un recorrido que les permitió presenciar, entre la penumbra del atardecer, las huellas visibles del acoso sobre Madrid: los edificios derruidos, los socavones, las barricadas, los refugios improvisados. Si Valencia representaba la retaguardia, Madrid era en sí mismo un frente urbano, sometido a la constante proximidad del enemigo.

El martes 6 de julio los asistentes inauguraron una nueva sesión del congreso en el auditorio de la Residencia de Estudiantes. En el estrado estaban presentes Rafael Alberti, Corpus Barga y José Bergamín. Presidía el acto Juan Marinello, escritor y dirigente comunista cubano que actuaba en España como presidente de la delegación de aquel país, y que incluía también a Nicolás Guillén y Alejo Carpentier. Después de escucharse el «Himno de Riego», ejecutado por la banda de música de la división de Líster, se sucedieron las intervenciones. Al término de la jornada, Nicolás Guillén y Octavio Paz pasearon de noche por un Madrid caluroso y tranquilo, ajeno durante esas horas a la tensión de los bombardeos. Mientras caminaban llegaron a la redacción del periódico *ABC*, el único que se editó en ambos bandos: en Madrid el republicano, y en Sevilla la edición de los alzados. Mientras saludaban a periodistas del diario, recibieron la noticia de la toma por las tropas republicanas de Villanueva de la Cañada. La batalla de Brunete había comenzado.

El miércoles 7 de julio los asistentes al congreso esperaban impacientes la visita a los frentes en torno a la capital dentro del programa de actos previstos. El desarrollo de la batalla en el oeste de Madrid desaconsejó trasladar a esa zona a los intelectuales y finalmente se optó por dirigirse a la zona de La Alcarria, en la provincia de Guadalajara, donde el frente permanecía estable y relativamente tranquilo desde la primavera. En el viaje a Guadalajara la delegación contempló a su paso los estragos de los bombardeos en las aldeas próximas a la carretera. Se detuvieron a comer en Torija, municipio próximo

a la provincia de Madrid, presidido por un pequeño pero bien conservado castillo. Recibieron un almuerzo frugal acorde con las elevadas temperaturas: ensaladas, pepinos bañados en aceite y vinagre, agua y vino. Prosiguieron hasta Brihuega, escenario semanas atrás de intensos combates tras los cuales habían sido expulsadas las tropas italianas que lo ocupaban.

Las sesiones continuaron a su regreso a Madrid hasta bien entrada la noche. Se había anunciado que sería una reunión pública y por ese motivo se escogió un escenario más amplio, el cine Salamanca, para su desarrollo. Se había previsto incluso una alocución de la dirigente comunista Dolores Ibárruri, la Pasionaria, quien finalmente no intervino. Presidió la sesión María Teresa León. A ambos lados se sentaron Mijail Koltsov, Anna Louise Strong, José Bergamín, Ilya Ehrenburg, André Malraux y André Chamson. Al comienzo, María Teresa propuso que se eligiera presidente de honor del acto al general Miaja, a lo que los asistentes respondieron con un encendido «sí» y una ovación unánime.

Habló en primer lugar el escritor Koltsov, más centrado en su ponencia en ensalzar las virtudes del régimen soviético que en exponer su labor como corresponsal del diario *Pravda* y dar testimonio de su visión de la guerra. Al proselitismo de Koltsov, periodista de incuestionable influencia entre el mando republicano y al que muchos atribuían una responsabilidad mayor que la de simple periodista, le siguió en el estrado el alemán Gustav Regler, aún convaleciente del incidente en Huesca que costó la vida al general Lukács y en que él también resultó herido. Llegó al congreso directamente desde el hospital. Aún cojeaba, apoyado en un bastón, y por ese motivo realizó su intervención sentado.

Después de Regler subió al escenario Gustavo Durán. Pidió permiso para intervenir en francés por deferencia a los delegados procedentes de aquel país. Realizó un breve discurso dirigido a ensalzar las virtudes de los hombres a sus órdenes, como ejemplo del sentir general que atribuía al pueblo. Su intervención íntegra fue la siguiente:

> Camaradas: Ignoro cuál sea la lengua oficial del congreso que hoy os reúne a todos a muchos kilómetros de los campos en que se desarrolla la ofensiva del ejército republicano. Probablemente es la lengua española. Pero pienso que la mayoría de vosotros apenas la entiende. Por ello voy a hablaros en francés.
>
> Me dirijo a vosotros como intelectual y, sobre todo, como soldado.
>
> Lo soy, como tantos otros, desde el 18 de julio de 1936. Aquel día —fecha inolvidable entre todas—, miles de obreros, de campesinos y la

parte más sana de las capas intelectuales de nuestro país se levantaron, en un magnífico movimiento que aún dura y que se vuelve cada día más vasto y más profundo, contra la traición de ciertos generales.

En aquel momento no pudimos prever una traición tan monstruosa como se nos presentó después.

Las hordas marroquíes estaban todavía en África. Los gobiernos de Hitler y Mussolini no habían enviado a España más que aviones y material de guerra, y mantenían a sus divisiones en los territorios propios.

Pero supimos que la guerra sería dura y que no terminaría en mucho tiempo.

Sin embargo, todos hemos aceptado la lucha con alegría. Y no se sabrá expresar jamás con la fuerza y la violencia necesarias lo que era la voluntad de vencer de nuestro pueblo.

Esa voluntad no ha hecho sino aumentar.

La superioridad de armamento del enemigo nos ha hecho sufrir duros reveses durante largos meses. Pero en lugar de desmoralizarnos, esos reveses nos han endurecido y han reforzado nuestra voluntad. Y nos han hecho comprender y ver las cosas como son, y no como nuestras primeras ilusiones nos las hacían ver.

Así, lo que al principio no era más que entusiasmo y fuerza dispersa se ha convertido después en disciplina y cohesión y nuestros pequeños batallones de milicianos se han transformado en brigadas, en divisiones, en cuerpos de ejército, verdadero ejército regular en que la voluntad del que manda es ejecutada casi tan rápida y perfectamente como la voluntad de un cerebro que se agita en un sistema nervioso bien organizado.

Y además estamos armados. Tenemos cañones, miles de ametralladoras, aviones.

El mundo capitalista quería destruirnos, pero otro mundo, casi tan vasto como aquél y en donde la palabra *solidaridad* es una palabra activa, llena de vida y de realidad, nos ha ayudado. Vosotros mismos formáis parte de él. Vuestra presencia aquí y todo el apoyo que nos habéis prestado desde el inicio de la guerra lo prueban.

Nuestros soldados no han avanzado solamente en el camino de su capacidad militar. Han avanzado mucho también en el camino de la cultura. El fascismo y la burguesía reaccionaria habían sumido a las masas españolas en un estado de incultura increíble. La proporción de analfabetos en nuestro país era tan grande como en la Rusia zarista. Pero nuestra preocupación más grande ha sido la de elevar su conciencia del

mundo y puedo aseguraros, camaradas, que hemos obtenido éxitos casi milagrosos.

Es casi un milagro el hecho de ver, como he visto yo en la unidad que mando, a los soldados trabajando en la salvación de una biblioteca, de una colección de cuadros, de piezas de orfebrería, etc. Los he visto amontonar con cuidado en una camioneta, destinada a los depósitos de la Junta del Tesoro Artístico Nacional, breviarios del siglo XV, primeras ediciones de santa Teresa, de Garcilaso y de san Juan de la Cruz, de Lope de Vega, etc.

Hoy saben que al hacerlo salvan sus propios bienes y la alegría de sus placeres futuros.

Así el tesoro nacional, en lugar de disminuir durante la guerra, se ha acrecentado con valiosas colecciones que señores ignorantes y egoístas guardaban celosamente en sus casas y que el pueblo ha entregado al Estado para que las conserve y las ponga a disposición del pueblo trabajador.

Y ha sucedido también que yo, intelectual, he aprendido muchas cosas de mis camaradas. Me las han enseñado con su sentido de la vida, tan intensamente humano, y con expresiones claras y directas.

Antes de la guerra, en días festivos, iba con María Teresa León y Rafael Alberti a los pueblos a dar mítines. Estábamos en contacto con los campesinos y los obreros y nos maravillábamos siempre de la fuerza profunda del pueblo español.

Ahora, desde hace un año, por su fe, su abnegación y su heroísmo, el pueblo español maravilla a todo el mundo.

GUSTAVO DURÁN[135]

A continuación habló Antonio Aparicio, poeta, amigo de Miguel Hernández y comisario en la unidad del Campesino. Tras él tomó la palabra André Malraux, convertido en la estrella intelectual de la sesión. El auditorio se puso de nuevo en pie al levantarse el autor galo, acompañado por la interpretación de «La marsellesa». Le acompañó Gustavo Durán, llamado por el autor para ejercer de traductor. Comenzó denunciando la incongruencia de su propio país y del Reino Unido en su postura supuestamente neutral ante la guerra española, en contraste con la popularidad de la causa republicana, dijo, entre las clases obreras de los países que había visitado. Mientras exponía su ponencia mantenía pausas de silencio que Durán aprovechaba para traducir

sus palabras al español. A ese momento corresponde una fotografía en la que aparecen ambos, con gesto serio y el puño en alto.

A las diez de la noche, María Teresa León dio por concluida la sesión exclamando: «Viva el pensamiento humano cuando está al servicio del pueblo». El «Himno de Riego» puso fin al acto en un clima de entusiasmo que los asistentes coincidieron en señalar como el más auténtico e intenso de cuantas jornadas celebró el congreso. Éste, por su parte, continuó sus actos el día 8 en Madrid para después proseguir en Valencia, Barcelona y París.

Tras el congreso, el nombre de Gustavo Durán figuró en un manifiesto de la Alianza de Intelectuales junto a los de Alberti, María Teresa o Arturo Serrano Plaja, en apoyo al poeta Antonio Machado, sobre quien habían surgido comentarios insidiosos sugiriendo poca lealtad al régimen republicano. Los firmantes publicaron el escrito en el diario *Ahora* el 21 de julio de 1937.

Después de la batalla de Brunete, Durán pasó el resto del verano con la 47.ª División en la zona de La Navata, próxima a Torrelodones, en lo que se puede considerar su primer período inactivo desde el comienzo de la guerra. Visitó Madrid con frecuencia en aquellas semanas, coincidiendo con el regreso de Hemingway a España tras el estreno en Estados Unidos del documental de Joris Ivens. El escritor estadounidense permaneció desde mediados de agosto hasta enero de 1938, en la que fue su segunda y más prolongada estancia durante la guerra española, y de nuevo trató con frecuencia a Durán en el bar del hotel Gaylord, en el bar Chicote, en el hotel Florida o en la sede de la Alianza de Intelectuales.

Además de sus despachos de guerra para la NANA, Hemingway trabajó en su obra de teatro *La quinta columna*, ambientada en el Madrid asediado, y que concluiría a finales de año. También escribió varios cuentos o relatos breves cuya acción situó en el mismo escenario, que tan bien conocía: el hotel Florida, los locales semiclandestinos en algunos sótanos de la Gran Vía, etc., bajo la permanente amenaza del ejército enemigo a apenas unos kilómetros, en dirección a la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria. Es en uno de estos cuentos, *La noche anterior a la batalla*, donde aparece la primera mención literaria a Durán en la obra del autor estadounidense. El relato reconstruye una noche en el Madrid de principios de 1937, durante la ofensiva por el control de la carretera de La Coruña. El protagonista recorre la ciudad y a su paso surgen una serie de personajes que permiten, a través de su testimonio, conocer la dura realidad cotidiana. Uno de ellos conversa sobre los combates de ese día, en vísperas de otra jornada que será igualmente terrible.

—Así es. Ésa es exactamente la palabra para calificarlo. Fue terrible. Creo que ahora está empleando a la vez estrategia y táctica porque estamos atacando frontalmente desde ambos flancos. ¿Cómo anda el resto de las cosas?

—Durán se apoderó de la nueva pista de carreras: el hipódromo. Nos redujimos en el corredor que sube hacia la Ciudad Universitaria. Cruzamos por lo alto de la carretera de La Coruña. Y desde ayer por la mañana estamos detenidos en el cerro del Aguilar. Estábamos por allí esta mañana. Durán perdió más de la mitad de su brigada, oí decir. ¿Cómo va lo tuyo**[136]**?

En septiembre, Vicente Salas Viu inició una nueva sección en la revista de la 47.ª División titulada «Diario de la guerra», que se convertiría durante los meses de su redacción en una excelente guía para conocer la actividad de la unidad. Salas Viu no era en absoluto un redactor anónimo. Pese a su juventud —había nacido en Madrid en 1911— se inició muy pronto en la actividad periodística como crítico musical de la mano de sus dos grandes mentores, Adolfo Salazar y Rodolfo Halffter. Comenzó publicando en el diario *El Sol*, y después fundó con la ayuda del escultor Díaz Yepes las Bibliotecas Populares. Colaboró con Alberti en su revista *Octubre*, con Bergamín en *Cruz y Raya*, y en *El Diablo Mundo* que dirigía Corpus Barga. En 1934 publicó su primer libro, *Viajes y ensoñaciones*, y al iniciarse la guerra militó en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, siendo uno de los primeros redactores de *El Mono Azul*. Por sus inquietudes musicales comunes, sus amistades también coincidentes y la militancia simultánea en la Alianza, hubiera parecido improbable que Salas Viu no conociera a Durán hasta el momento de incorporarse a su unidad, pero así lo escribió en su primer artículo en *Nuevo Ejército*, fechado el 18 de septiembre de 1937:

Hasta hoy no había conocido al comandante Durán, el jefe de la división a la que pertenezco. Sabía que era joven, había oído hablar mucho de él a los veteranos, y, sin embargo, me lo imaginaba muy distinto de cómo es. No sé por qué me ha producido una alegría enorme ver que nuestro jefe es un hombre joven como nosotros. Quizás por eso ha podido hablar tan para nosotros también, [sic] sin gestos ampulosos, sin grandes gritos ni tremendas palabras. Estoy seguro de que todos mis compañeros han experimentado, como yo, una gran sensación de confianza, de estar de perfecto acuerdo, de que se entenderán con él en una larga serie de cosas. Algo así como si entre nosotros existiera de antes

toda una red de relaciones profundas y no fuésemos ajenos los unos a los otros[137].

Al tiempo que Salas Viu escribía estas palabras, el gobierno republicano en Valencia aprobó la designación de Durán como responsable del servicio de contraespionaje republicano en la zona centro. El nombramiento, que éste acató pero no aceptó de buen grado, se convirtió en un ascenso envenenado tras el que se evidenciaba la pugna entre el ministro de Defensa Nacional, el socialista Indalecio Prieto, y la delegación soviética apoyada por los comunistas locales. Este episodio constituyó, pese a su brevedad, la responsabilidad oficial que de modo más oneroso pesó sobre el futuro del entonces militar.

10

Una cima sobre Teruel

La frialdad se abalanza, la muerte se deshoja,
el clamor que no suena, pero que escucho, llueve.
Sobre la nieve blanca, la vida roja y roja
hace la nieve cálida, siembra fuego en la nieve.

MIGUEL HERNÁNDEZ, «El soldado y la nieve»

Mediante decreto del 9 de agosto de 1937 el ministro de Defensa, el socialista Indalecio Prieto, creó el Servicio de Investigación Militar (SIM), un nuevo organismo de contraespionaje que aglutinaba otras agencias dispersas y cuyo cometido consistía esencialmente en evitar el sabotaje y detectar a los informadores enemigos. La gestación del SIM fue desde un principio motivo de disputa entre Prieto y los comunistas, quienes pugnaban por su control. Consciente de esas presiones, el astuto político había previsto en el decreto de constitución que todos los nombramientos de agentes y cuadros del SIM debían ser autorizados previamente por el titular del ministerio; esto es, por él mismo. Al tiempo, asumió que para resistir las presiones comunistas debía también ceder en algunos nombramientos. Fue en este apartado donde surgió por primera vez el nombre de Gustavo Durán.

La propuesta surgió de círculos militares próximos al Partido Comunista pero pronto fue asumida como propia por los delegados soviéticos, particularmente por su responsable de inteligencia en España, Alexander Orlov. Según su testimonio posterior, el nombramiento se fraguó durante un banquete celebrado en la embajada soviética en Valencia en homenaje al

agregado militar ruso, el general Gorev, quien regresaba a la URSS. La reunión se celebró a finales del verano de 1937 bajo la luz de las velas porque un bombardeo reciente había provocado el corte del suministro eléctrico. Asistieron, entre otros, el general Miaja, Indalecio Prieto y Orlov. Éste pidió a Miaja que propusiera un candidato para un puesto de importancia en la dirección del SIM. Miaja, conocedor de la labor de Gustavo en la defensa de Madrid, respondió:

> «Tengo un comandante de división que podría realizar con garantías ese trabajo. Habla varios idiomas pero no puedo prescindir de él». «¡Durán!», exclamó el general Gorev. «Sí, Gustavo Durán», dijo Miaja. Prieto asintió: «Gustavo Durán sería una excelente opción», añadió. «El general Gorev me dijo que Durán hablaba inglés como un nativo y francés igualmente, además de ser un brillante pianista y un prometedor músico»[138].

Prieto parecía tener muy claras las querencias ideológicas que acompañaron su designación cuando afirmó que «no se me ocultaba que el propuesto era comunista; lo sabía, a pesar de lo cual fue nombrado por mí»[139]. Por ese motivo, el ministro socialista impuso el nombramiento de un hombre de su confianza, Ángel Pedrero, como segundo de Durán. En esos términos, Orlov llamó al español para citarle en su oficina y comunicarle el nombramiento. Según el agente soviético, fue la primera vez que se vieron. Hablaron en inglés, idioma que Orlov conocía perfectamente tras su estancia de varios años en Londres como agente del NKVD. «Era un hombre refinado de unos treinta y dos años, que con su pelo claro y sus ojos luminosos parecía más un alemán», escribió Orlov en sus memorias[140]. Durán se mostró poco receptivo a la propuesta. No se consideraba el candidato idóneo ni tenía excesivo interés en asumir un trabajo de inteligencia. Prefería mantenerse en el frente con sus hombres. Orlov le dio a entender que poseía el perfil necesario y, sin excesivas presiones, apeló a su sentido de la disciplina. «Sentí que podía confiar en él», anotó. Finalmente, Durán aceptó. A continuación le instruyó sobre su nueva responsabilidad. Le advirtió de la desconfianza, e incluso del recelo, que encontraría en su superior político, Indalecio Prieto, y le aconsejó que no nombrara a demasiados comunistas en su departamento. «Use —le comentó— la misma proporción que existe en el Consejo de Ministros. Sólo hay dos miembros comunistas en el Gabinete[141]».

Tras esta discusión, Gustavo Durán fue nombrado director del SIM en la demarcación centro, básicamente Madrid. No fue por lo tanto, como a veces

se ha señalado por error, director general del SIM. Este cargo lo ocupaba entonces otro hombre de confianza de Prieto: Prudencio Sayagüés, militante de Izquierda Republicana. El nombramiento efectivo debió de producirse en los últimos días de septiembre o a principios de octubre de 1937. La revista de la 47.ª División informó el 2 de octubre de que su mayor jefe abandonaba la unidad. El propio Durán escribió la despedida a sus hombres:

> Orden del día 2 de octubre de 1937
>
> Artículo único.
>
> Llamado por el Gobierno de la República para desempeñar otra misión en el Ejército, me despido de todos los camaradas soldados, oficiales, jefes y comisarios de la 47 División.
>
> Llevo conmigo, como mayor título, el de haber pertenecido como Jefe a una de las más valiosas unidades del Ejército Popular, unidad que ha sido ejemplo, en todo momento, de lo que el espíritu antifascista es capaz de construir y mantener.
>
> Que este espíritu continúe como hasta ahora y se acreciente; que las páginas heroicas del Jarama, Huesca y la Sierra se prolonguen en nuevos hechos; que la disciplina e íntima unión existentes entre todos sus soldados y mandos sea más firme y estrecha cada día.
>
> Con esta convicción os dejo y os animo a seguir adelante hasta la victoria definitiva. Vuestros nuevos jefes y comisarios sabrán terminar el camino que me ha cabido la honra de iniciar junto a vosotros.
>
> Vuestro camarada
>
> GUSTAVO DURÁN[142]

Todo el número de la revista constituía, en realidad, un homenaje a su oficial. La portada estaba ilustrada con una fotocomposición en la que se mostraba a Durán y su Estado Mayor en diferentes momentos de la guerra. Sobre las imágenes aparecían en grandes caracteres las batallas más importantes en que tomó parte: Madrid, Jarama, Garabitas, Cabeza Grande o Quijorna. El comisario Álvaro Peláez completó el despliegue especial con un comentario hagiográfico: «Fue jefe y fundador de la Motorizada. Uno de los más destacados protagonistas en la defensa de Madrid, al lado de Kléber. Más tarde, mayor y creador de la 69 Brigada. Ayer, Mayor y creador de la 47 División. Hoy… ¡Salud, camarada Gustavo Durán! Enemigos, como tú, de posar la mirada en las personas, hoy traicionamos esta consigna al despedirte.

Lleva tu espíritu con el mismo acierto que hasta ahora lo has hecho en todas tus actividades»[143].

Se llevó consigo al leal Ernst Adam, quien en la práctica se convirtió en el responsable adjunto del SIM pese a la designación oficial de Ángel Pedrero. Entre éste y Durán se hizo evidente desde un principio una incompatibilidad de trato y carácter que excedía a la mera diferencia política. Sabía que su misión era vigilarle, aunque esto no le incomodaba tanto como el siniestro pasado de su ayudante. Pedrero había formado parte de la célebre Brigada de Investigación Criminal, un grupo policial que, al mando del tipógrafo socialista Agapito García Atadell, cometió numerosos crímenes en Madrid durante los primeros meses de la guerra. Ángel Pedrero García había sido el segundo responsable de la brigada. En octubre, García Atadell huyó de España con dos compinches así como con una importante cantidad de dinero y joyas fruto de sus extorsiones. Las autoridades franquistas le detuvieron cuando el barco en que viajaba a La Habana hizo escala en las islas Canarias. Meses después fue fusilado en Sevilla.

El nuevo responsable del SIM en Madrid trasladó la oficina al Ministerio de Marina, recibió un coche oficial de fabricación estadounidense, obsequio personal de Prieto, y elaboró una primera lista de colaboradores que inicialmente no suscitó ningún rechazo del ministro cuando le fue presentada. Orlov asegura que en esos días el SIM descubrió una célula de espionaje franquista infiltrada en el Estado Mayor del Ejército Popular y en el Ministerio de Asuntos Exteriores, se incautaron de documentos y se descubrió el código cifrado empleado por los informadores.

Unos días más tarde, Durán llamó a Orlov a Valencia informándole de que Indalecio Prieto le había destituido acusándole de haber nombrado a un número excesivo de comunistas en el SIM. Le explicó que había recibido una carta notificándole su reincorporación a la 47.ª División y el nombramiento en su lugar de Ángel Pedrero. Inmediatamente, Orlov se dirigió al despacho del ministro. El político socialista intentó celebrar el encuentro en una atmósfera cordial para contrarrestar la profunda irritación con la que el militar ruso pretendía exigir una explicación. Orlov preguntó por qué le había cesado:

> «Durán nombró demasiados comunistas, sólo comunistas, de hecho». «Eso no es verdad» le reproché. «Aquí está la lista de los nuevos oficiales con su filiación política. Hay cuatro veces más socialistas que comunistas». Pero Prieto insistió. Una y otra vez repetíamos el mismo argumento cada uno, hasta que él reconoció otro motivo: «Necesito a Durán en el frente. Voy a promocionarle a comandante de Cuerpo de

Ejército». Se trataba de un nombramiento a destiempo que no podía considerar como serio. Le reiteré la necesidad de anular la destitución y de restablecer a Durán en su puesto. «No puedo —confesó finalmente—, le he prometido el cargo a Pedrero». Dirigió la mirada sobre el reloj y dijo: «¡Oh! Son ya las siete. Llegaré tarde a la reunión del Gabinete». Recogió unos papeles y salió. Estaba oscureciendo. Los asistentes estaban situando los coches al pie de las escaleras. «Amigo Orlov —me dijo poniendo su brazo sobre mí—, por favor, venga mañana y seguiremos hablando». «Todo está aclarado —afirmé—, no hay nada más que discutir. Sólo le digo una cosa: Si no restaura en su lugar a Durán nunca más trataré con usted». Entré en el coche y fue la última vez que hablé con Prieto[144].

La versión de Prieto no difiere sustancialmente de la de Orlov, pero sí acentúa la acusación sobre Durán por el nombramiento masivo de agentes de filiación comunista, que el político cifra en cuatrocientos. En su escrito, Prieto tuvo la prudencia de no citar a Orlov por su nombre, sino con la aséptica definición de «cierto técnico ruso». Por lo demás, coincide en lo esencial del relato:

A raíz del cese de Durán en el SIM recibí la visita de cierto técnico ruso, de estos servicios, quien me dijo:

—Vengo a hablarle de la destitución de Durán. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada de particular, que me hacen falta mandos en el ejército, y he dispuesto que Durán vuelva a él.

—No; usted le ha destituido por haber nombrado a comunistas para agentes en Madrid.

—También eso es causa bastante, porque Durán carece en absoluto de atribuciones para hacer nombramientos.

—¿Por qué no ha de poder nombrar agentes?

—Porque, en virtud del decreto de creación del SIM, esa facultad le queda reservada exclusivamente al ministro.

Leí el decreto, y ante la evidencia de mi afirmación mi visitante alegó:

—Durán podía hacer nombramientos provisionales.

—Ni efectivos ni provisionales. Aquí, en España, además, lo provisional se convierte en definitivo.

—Sea lo que sea, vengo a pedirle la reposición inmediata del comandante Durán en la jefatura del SIM de Madrid.

—Lo lamento mucho, pero no puedo acceder.

—Si no accede a la reposición de Durán quedan rotas mis relaciones con usted.

—Lo lamento, pero el comandante Durán seguirá al frente de su división y no volverá al SIM. La actitud de usted es injustificada y no puedo doblegarme ante ella.

No accedo, efectivamente, y mis relaciones con el técnico ruso, por voluntad de éste, quedan cortadas en absoluto; no le he vuelto a ver desde esa escena, ocurrida en Valencia[145].

La reunión entre Orlov y Prieto en Valencia tuvo lugar el 22 de octubre de 1937. A partir de ese momento, Durán cesó en su cargo. Se negó a traspasar personalmente los poderes a su sustituto Pedrero y delegó en Ernst Adam la ingrata tarea. Abandonó su despacho, renunció al coche oficial y regresó a su unidad tras apenas tres semanas en el SIM, decepcionado por la experiencia pero personalmente satisfecho con la posibilidad de regresar al frente.

El 7 de noviembre, primer aniversario de la batalla de Madrid, la revista *Nuevo Ejército* comunicaba la reincorporación de su mayor jefe: «El mayor camarada Gustavo Durán toma de nuevo el mando de la División. Una disposición del Ministerio de Defensa le obligó a separarse un corto plazo de los hombres con quienes ha vivido y luchado. Ahora está de nuevo entre nosotros»[146].

Pero el caso Durán no se limitó en sus consecuencias a un cambio nominal en el SIM. Antes de su deserción, Orlov hizo lo posible para resarcirse de la actuación del político socialista. Presionó sobre el presidente del gobierno, Negrín, en contra de Indalecio Prieto, quien finalmente fue destituido de la cartera de Defensa Nacional. La versión de Prieto que ha sido citada forma parte del informe que él mismo presentó ante el Comité Nacional del Partido Socialista el 9 de agosto de 1938 explicando los motivos que habían provocado su cese. Cuando, una vez acabada la guerra, el informe de Prieto fue editado públicamente, añadió una breve introducción. En ella reconoció una relación directa entre su salida del Gabinete y el cese de Gustavo: «Caí en desgracia desde que, destituyendo al comandante Durán, quise impedir que el Servicio de Investigación Militar cayera en manos de los rusos, como cayó la Dirección General de Seguridad cuando estuvo al frente de ella el teniente coronel Ortega»[147]. La afirmación fue incluso corroborada por el propio Orlov cuando admitió en sus memorias que «lo cierto respecto a lo que Prieto cuenta es que cuando rechazó restablecer en su puesto a Durán, yo usé mi influencia para forzar su cese del Ministerio de Defensa. Prieto fue

bastante preciso al relatar al Congreso su incidente conmigo, excepto por un pequeño detalle: para justificar la expulsión de Durán alegó que era miembro del Partido Comunista, lo cual no era cierto»[148].

Menos de un año más tarde, en el verano de 1938, Alexander Orlov desobedeció las órdenes recibidas de regresar a la Unión Soviética. Temiendo por su vida, abandonó España con su mujer y su hija y se asiló durante varias décadas en Estados Unidos. El legado de su actividad como responsable de la inteligencia soviética en España incluyó su participación en el traslado de las reservas de oro del Banco de España a la URSS y su implicación en el asesinato del dirigente del POUM Andreu Nin.

Pese al comentario de Orlov, la consideración de Gustavo Durán como comunista no era un detalle menor. Sobre esta cuestión, sobre la posible condición de militante del partido y su efímero paso por el SIM, recayó en gran medida su futuro, aunque en aquel año de 1937 todo porvenir pareciera incierto más allá de la guerra. Por todo ello, y por la confusión que siempre ha acompañado a este punto, conviene preguntarse si Durán fue realmente militante comunista.

No cabe duda de que simpatizó con el PCE ni de que éste lo consideró uno de sus miembros al menos desde el inicio de la guerra. Ya hemos visto el testimonio de Kléber considerándole un miembro leal del partido. Los informes del PCE sobre la distribución de fuerzas en el Ejército Popular y la adscripción política de sus oficiales siempre le consignaban como comunista[149], e incluso así lo reconoce la propia historia de la Guerra Civil que editó la dirección del Partido Comunista en 1971[150]. Su trayectoria militar y sus ascensos fueron celebrados como una demostración de la disciplina en sus filas, y el nombre de Durán se asoció a los de otros iconos del partido: Modesto, Galán, Líster o el Campesino. Le trataron no sólo Kléber sino también Gorev, Orlov y posiblemente otros miembros de la delegación soviética. Durán aprendió nociones de ruso y entendía las especificaciones técnicas del material militar soviético. Fuera en el frente o en el hotel Gaylord, el español se convirtió en un personaje familiar y de cierta confianza para los asesores enviados por Moscú.

Él mismo alimentó las suposiciones sobre su militancia. Cuando el escritor cubano Juan Marinello le entrevistó, dentro de una serie de encuentros con personajes de la República, Durán afirmó que «el día que estalló el golpe faccioso yo no sabía cómo iba a prestar mi concurso. Me avisaron al estudio que los militares reaccionarios se habían rebelado. Me despedí de los actores sin decirles adónde iba. Me presenté a mi partido, el

comunista, a recibir órdenes»[151]. La propia inclusión de Durán como personaje entrevistado en el libro de Marinello representa en sí misma una demostración de su elevada consideración como militar y de su significación política. Comunista era el propio autor, Juan Marinello, y también muchos de los otros protagonistas que aparecían retratados en la obra: Pasionaria, Líster, Modesto, el Campesino o el propio Miaja, quien también se adhirió temporalmente a sus filas.

La obra de Marinello se convirtió con el tiempo en uno de los principales cargos de acusación contra Durán cuando su actividad durante la Guerra Civil fue objeto de denuncia en Estados Unidos. El conjunto de la entrevista, ciertamente, muestra a un hombre no sólo de partido, sino comprometido con la revolución. Marinello comenzaba aludiendo a su condición de intelectual: «Una noche vimos entrar en la Alianza de Intelectuales Antifascistas a un hombre joven, rubio, de mediana talla y maneras distinguidas. Vestía el uniforme de comandante del Ejército Popular. Su presencia fue saludada por una exclamación cariñosa. Charló breves momentos con escritores, pintores y gente de teatro y se sentó al piano. Con ejecución limpia y graciosa comenzó a tocar tonadas de la vieja Alemania». Inmediatamente, el autor describe a un músico, a un militar, que le sorprende por su origen, por su formación, y por su trayectoria en la guerra: «Entre los grandes jefes del ejército republicano —Campesino, Líster, Modesto, Paco Galán—, entre los guiadores [sic] más queridos de la obra de liberación española, se cuenta Durán».

Tras una amplia introducción, Marinello encara el personaje. Le presenta como «un artista puro metido a jefe militar». Durán le corrige: «Jamás fui un artista puro». Cuando le pregunta sobre su evolución ideológica, responde de un modo expeditivo aludiendo a su propio pasado: «Como todo individuo de extracción burguesa tuve que sufrir un largo proceso de experiencia y superación. Yo conocí en París la nobleza española en toda su lamentable vacuidad. Era un grupo que, rendida su función histórica hacía mucho, moría entre aspavientos grotescos. Sentí por ella profundo desprecio».

Al referirse a su compromiso político, Durán sitúa como punto de inflexión del mismo un conflicto laboral mientras estaba empleado en Fono España: «En el estudio cinematográfico en que yo trabajaba se declaró una huelga justísima. Me pareció un deber sumarme a ella. Y por mi condición de director del estudio, figuré enseguida como responsable del movimiento. Ganamos la huelga, pero al poco tiempo fui despedido… Fue entonces cuando me sentí trabajador, obrero, cuando me uní fuertemente al proletariado de mi tierra. Hoy le sirvo con las armas».

La entrevista de Marinello y las respuestas de Durán permiten albergar pocas dudas sobre su posicionamiento político. Es cierto que, una vez al tanto de la publicación del libro y de las repercusiones que tuvo sobre él, Durán renegó de su contenido y alegó no sentirse identificado con las expresiones que el autor cubano captó de sus palabras. Es posible que Marinello alterara en cierta medida sus declaraciones a fin de dotarlas de mayor carga ideológica, siendo como era un libro destinado a la propaganda republicana. Pero su discurso no extrañó; no era ajeno a la impresión generalizada que existía sobre la evolución personal de Gustavo Durán desde su origen burgués hasta abrazar en apariencia los postulados comunistas.

Pese a todo, y aunque resulte contradictorio, es posible a la vez afirmar que seguramente nunca fue militante comunista o incluso que nunca se sintió un comunista pleno, convencido. Quizá sea poco significativo que el propio Durán insistiera en los años venideros en ese sentido, negando que alguna vez hubiera militado en sus filas. Se podría atribuir al interés del momento. Lo cierto es que sólo existen pruebas documentales de su militancia en la UGT, en la que ingresó a su regreso de París en 1934. El argumento de una persona tan autorizada como Orlov al asegurar que Durán no fue miembro del Partido Comunista sería suficiente aval para probarlo. Pero no fue el único. Coincidió con él en la negativa alguien que conoció a Durán bastante mejor, Ernest Hemingway.

Así pues, y aunque no sea posible afirmarlo con certeza, Durán no fue o no se consideró comunista pese a que durante casi toda la guerra así lo hizo creer o al menos no lo rebatió a quienes lo creían. Apelando de nuevo al símil malrauxiano de Manuel, como él Durán se sintió atraído por su disciplina y sentido de la eficiencia. Añadamos a ello el radicalismo de los meses previos y posteriores al estallido de la guerra para comprender por qué Durán, como tantos otros españoles, se sumó de forma genérica a un partido que lideró la lucha en los frentes contra el franquismo aunque no compartiera la totalidad de su ideario y pese a que se fuera distanciando progresivamente de él. La lógica de la guerra fomentaba extraños compañeros de viaje.

El mismo día en que la revista *Nuevo Ejército* confirmó su regreso a la 47.ª División, Durán participó en diversos actos con motivo del primer aniversario de la batalla de Madrid. Era el 7 de noviembre de 1937. También se celebraba el vigésimo aniversario de la Revolución soviética. En la división habían preparado un acto deportivo para celebrar ambas efemérides: una final del campeonato de fútbol entre las distintas compañías que la integraban. Se improvisó un campo engalanado con la mayor vistosidad

posible. Había banderolas y guirnaldas. En el mástil principal ondeaban las banderas soviética y republicana. La tribuna estaba presidida por Durán, y a su lado figuraban Rafael Alberti y María Teresa León. Antes de las pruebas deportivas desfiló la división. Las compañías de infantería lucían banderines rojos colgando de sus bayonetas.

Por la tarde asistió en la sede de la Alianza de Intelectuales a otro acto conmemorativo de la defensa de la capital. Lo que había sido la cuadra del palacio que albergaba a la Alianza se había transformado para la ocasión en una improvisada sala de cine. Allí se dieron cita aquella noche Ernest Hemingway, Martha Gellhorn, Rafael Alberti, María Teresa León, Luis Cernuda, Mijail Koltsov, Vicente Salas Viu, Jaume Miravitlles, Langston Hughes, Nicolás Guillén y Gustavo Durán. A través del testimonio de Guillén sabemos cómo se desarrolló el acto. Actuó una delegación del Institut Català de Folclore de Montserrat interpretando bailes regionales. Después entonaron «Els segadors», el himno catalán, con el que varios de los asistentes vibraron. «Todas las manos revolviéronse en aplausos, y yo vi muchos ojos húmedos por la emoción», escribió Nicolás Guillén[152]. A raíz de aquel encuentro, el autor cubano dedicó unas palabras elogiosas a Durán en otra de sus crónicas sobre la guerra de España:

> La Alianza es hoy, sin duda, el centro cultural más importante de España. No sólo agrupa en su seno valores altísimos del pensamiento español, sino que ha dado hombres al frente y héroes a la gloria. Entre aquéllos, baste que nombremos al teniente coronel Gustavo Durán, ayer músico —gran músico—, hoy uno de los jefes más valientes y valiosos del Ejército Popular[153].

Al día siguiente, 8 de noviembre, el grupo folclórico visitó la 47.ª División en compañía del comisario de Propaganda de la Generalitat, Jaume Miravitlles. Al término de la función, él y Durán se dirigieron a los soldados. En sus filas se encuadraban más de mil soldados catalanes. A partir de entonces la revista de la unidad incluyó en todos sus números varias páginas escritas en catalán.

Con la llegada del invierno concluyó la inactividad. La división fue enviada a Cuenca, primero a las proximidades de Tarancón y después a la capital de provincia. Fueron semanas de poca actividad militar, dedicadas a reagrupar fuerzas con efectivos dispersos que se incorporaban a sus filas. Pasaron la Nochebuena allí. Durán participó con el Estado Mayor en una fiesta y sus hombres disfrutaron de un permiso. Fue un descanso breve.

Apenas pasado el día de Navidad, recibió órdenes de dirigirse a la que sería la gran y atroz batalla de aquel invierno: Teruel.

El traslado de la unidad a Cuenca obedecía a su condición de fuerza de reserva en el despliegue organizado para la toma de Teruel. La 47.ª División formaba parte del V Cuerpo de Ejército, que comandaba Juan Modesto. El plan táctico había sido ultimado por Vicente Rojo, ascendido a general el 21 de octubre. Sobre el terreno dirigió su ejecución el coronel Juan Hernández Sarabia al frente de unos cien mil hombres, pertenecientes a las unidades más combativas y fogueadas del ejército republicano.

Con temperaturas de dieciocho grados bajo cero, las fuerzas republicanas iniciaron la ofensiva sobre Teruel el 15 de diciembre. Inicialmente encontraron una fuerte resistencia en las líneas defensivas trazadas alrededor de la ciudad, aunque el día 21 ya se combatía en el casco urbano. El gobierno celebró con antelación la toma de la primera capital de provincia ganada por las fuerzas republicanas, pese a que todavía quedaban focos de resistencia en el interior. El último, el del convento de Santa Clara, no se rindió hasta el 8 de enero. El general Rojo fue condecorado entonces con la Placa Laureada de Madrid.

Pero el control republicano sobre Teruel sólo representó una pausa entre las dos fases de la batalla. La segunda comenzó el 29 de diciembre con la contraofensiva franquista. Entre sus primeros objetivos recuperados se encontraba La Muela, un promontorio a 1052 metros de altitud al oeste de la ciudad cuya cima era vital para asegurar Teruel y sus accesos. Fue entonces, tras la pérdida de La Muela, cuando se recurrió a la 47.ª División.

Durán se desplazó a Mora de Rubielos para recibir órdenes en el cuartel general. El objetivo asignado a su unidad consistía en recuperar La Muela. La división se puso en marcha hacia Teruel el 30 de diciembre. El recorrido resultó más arduo de lo previsto, hostigados por la aviación enemiga y sometidos a un frío intenso, gélido, en el invierno más duro desde el inicio de toda la campaña. La unidad transitó por carreteras improvisadas, caminos escarpados de montaña donde la nieve se había helado y hacía sumamente peligroso desplazarse. Años después, Durán dejó por escrito su recuerdo de aquel paisaje.

> Luego, a mediodía, mientras cruzábamos la sierra de Camarena por una carretera improvisada, construida a toda prisa para enlazar por el flanco sur las carreteras del frente que llevaban de Teruel a Cuenca y Valencia, empezó a nevar. Nuestra carretera cruzaba un paisaje yermo y desolado, de picachos agudos, monte bajo y aldeas viejas como la miseria.

> Aquella nieve, aquella carretera imposible, con pendientes fabulosas, precipicios, todo daba la sensación de estar fuera del tiempo, de haberse salido de la realidad, de haber entrado en el reino de la alegoría… En el curso del día recorrí la columna de punta a punta no sé cuántas veces tratando de atender a todo pero consiguiendo tan sólo mantener el orden requerido por su trabajoso progresar y ofrecer al mismo tiempo a mis compañeros de combate el constante testimonio de mi solidaridad. Han transcurrido casi treinta años desde entonces, pero aún están vivos los azares de aquel día en mi memoria, como está vivo el recuerdo de la fe y el entusiasmo de aquel ejemplar grupo de españoles[154].

Tres camiones se precipitaron al vacío antes de llegar a Teruel. La amenaza de la climatología parecía presagiar la intensidad de una lucha que aguardaba a escasos kilómetros. Pasaron la noche a las afueras de la ciudad buscando refugio en las paredes descompuestas de un caserío construido a lo largo de la carretera. Pasaron así la víspera de Nochevieja de 1937, recostados unos contra otros, compartiendo las mantas y guareciéndose a duras penas del frío y la nieve. Antes del amanecer entraron en combate.

La visión a la luz del día de La Muela impresionó al Estado Mayor de la división. Sus paredes eran muy escarpadas, de una verticalidad que dificultaba su acceso, más aún estando los soldados atenazados por las bajas temperaturas. Una ventisca se había aliado con ambos bandos, pues si bien ascender en tales condiciones era más arriesgado, en cambio dificultaba la visión del enemigo. El viento y la nieve casi cegaban a los hombres, que necesariamente debían alzar la vista, fusil al hombro, y escalar la cara este. Durán, Adam, Giménez de la Espada y Jean de Foucault observaban con ansiedad desde el puesto de mando, muy próximo físicamente a la base de la loma. Ante ellos se presentaba un escenario que les recordaba, en otro tiempo, al asalto a El Pingarrón. Los hombres, con sus tupidos abrigos cubiertos casi al completo por la nieve, se asemejaban a figuras espectrales surgiendo de la inmensidad blanca que dominaba la cima. La lucha por consolidar una pequeña cabeza de puente fue terrible, pero se logró al fin, facilitando así el acceso del resto de la unidad. Al mediodía se había tomado la mitad de la colina a costa de un elevado número de bajas.

Frente a ellos combatían los soldados de la 61.ª División nacional a las órdenes de Agustín Muñoz Grandes, el oficial que mandaría años más tarde la División Azul. Ambas fuerzas equilibraron sus líneas repartiéndose por igual el terreno helado y atrincherado de la cumbre. Al día siguiente, el primero de 1938, Durán no exigió a sus hombres que completaran la conquista de La

Muela. El objetivo estratégico de anular a las tropas enemigas sobre la colina se había logrado. La vertiente en poder de las fuerzas republicanas garantizaba su control militar. Exigir otro sacrificio en aquellas condiciones le pareció excesivo, consciente de que, al hacerlo, conduciría a la muerte a muchos de sus hombres. En el relato que él mismo escribió décadas más tarde, afirmó:

> El combate fue duro y con frecuencia cuerpo a cuerpo; pero si las pérdidas que nos infligió la lucha fueron muchas y graves, más graves y dolorosas fueron las que nos produjo el frío. Mal calzados y peor vestidos, un gran número de oficiales y tropa de la división tuvieron que sufrir amputación de los pies y de las manos congelados por la baja temperatura. En tales condiciones, ¿qué me cabía hacer? Sé que mi deber de jefe era exigir la conquista —«costase lo que costase»— de la totalidad, y no sólo de una parte del objetivo que se nos había asignado. Es también posible que una mayor insistencia por mi parte hubiese logrado llevarnos al término de nuestra misión. Pero no me sentí capaz de pedir más sacrificios a quienes habían llegado al límite de sus fuerzas.

Durante los siguientes días las posiciones de ambos bandos no se alteraron. El frente en La Muela, como Durán recuerda, era tan temible por el viento, la nieve y el frío como por las acciones del enemigo. No existían parapetos naturales en los que cobijarse en aquella planicie inhóspita, sin árboles y sin vegetación. Sólo los días en que la visibilidad era mayor algún ataque aislado de la aviación republicana rompía la monotonía del frente. Ambos ejércitos estaban situados a poca distancia, escasamente a cien metros, al extremo de que podían verse y oírse desde sus respectivas trincheras. Este hecho provocó una anécdota que Durán recordó con la misma intensidad con que grabó en su memoria todo lo acaecido durante esos días. En una de sus habituales rutas de inspección, observó que su ordenanza corría nerviosamente cambiando una y otra vez de posición en torno a él. «Su propósito no era otro que el de poner un escudo entre el enemigo y yo. Nadie es digno de la ofrenda de otra vida por la suya. Me sentí tan inmensamente humilde ante aquel abnegado y, por añadidura, inútil e inocente gesto, que sólo supe decirle, más como ruego que como orden, que en adelante se colocara donde mejor le pareciese pero que en ningún caso, fuera la que fuera mi posición, cambiara la que él había libremente elegido para sí mismo».

A esas jornadas se refirió Vicente Salas Viu en su diario: «Nos ha correspondido a nosotros la parte más dura de la batalla. Nuestra división ha

entrado en fuego en los días en que el enemigo desarrollaba su más intensa contraofensiva para romper nuestras líneas y caer sobre la ciudad. Hasta hoy no hemos conocido un momento de tregua»[155].

Tras un nuevo intento por controlar la colina, ya no hubo más ofensivas a partir del 10 de enero. La 47.ª División resistió hasta el 12 de febrero, fecha en que fue relevada por la división del Campesino tras permanecer 43 días enclavada en La Muela.

Cuando en 1940 Regler publicó sus memorias de la guerra de España, tituladas *The Great Crusade* («La gran cruzada»), Ernest Hemingway escribió un breve prólogo a su primera edición. En él se refería a la XI Brigada Internacional y a los combates de La Muela:

> Había dos grandes brigadas. La XI era alemana. Casi todos tenían formación militar o experiencia de combate en la guerra. Todos eran antinazis. Muchos eran comunistas y marchaban como soldados del Reichswehr (el ejército regular alemán). También cantaban canciones que podían romperte el corazón. Los últimos de ellos murieron en La Muela de Teruel, una posición que fue defendida más duramente que ninguna otra en cualquier otra guerra[156].

Gustavo y sus hombres recibieron un breve permiso que disfrutaron en Alcira, a bastante distancia del frente. En el municipio valenciano tuvo lugar la segunda entrevista en profundidad realizada a Durán en la guerra. La efectuó Simone Téry, corresponsal de *France Soir* que posteriormente se casó con el escritor Juan Chabás. Fue él quien le habló de Durán y despertó su interés. Cuando coincidieron en Alcira, Durán se prestó a ser entrevistado. Después regresaría para reunirse con él por segunda vez. El resultado de aquellos dos encuentros en Valencia fue un extenso artículo que Simone Téry publicó en su libro *Front de la liberté. Espagne, 1937-1938*[157]. Tituló su trabajo «Gustavo Durán, el general músico», un apelativo al que permaneció asociado para siempre.

> Quienes conocieron a Gustavo Durán antes de la guerra no dan crédito a sus ojos. Si alguien les hubiera dicho antes que Durán se convertiría en uno de los mejores jefes militares de España, se habrían reído. La elegancia del joven compositor era famosa en toda España; sus corbatas, sus camisas, la raya impecable del pantalón, el cabello cuidado… Con esa cierta indolencia espiritual, cultivada, esa mezcla justa de amabilidad y crueldad que hacen de un joven el favorito de las reuniones. Frecuentaba

los medios más brillantes de Madrid y de París, artistas, escritores, gente del teatro, y también el mundo más selecto de la aristocracia internacional…

—Yo conocí al Durán de antaño —me contó el escritor Juan Chabás, hoy capitán—, el que se levantaba tarde, el diletante, el soñador, el refinado. Pasé varios meses de guerra a su lado. Recuerdo el sorprendente discurso que hizo una noche para mí solo, sobre la virtud de la austeridad entre militares. Me explicó largamente por qué no debíamos dormir en colchones demasiado blandos ni usar agua de colonia, me hizo una lírica apología del garbanzo. ¡Lástima no saber taquigrafía! Lo que me contó aquella noche se hubiera convertido en un clásico en la historia de la elocuencia militar. Y no se trataba de simples palabras, porque son palabras, que pone en práctica. ¡Cuando pienso en cómo era antes!

Una noche de septiembre de 1937, bajaba yo a cenar en el hotel Victoria de Valencia cuando me llamó Margarita Nelken:

—¡Mira, éste es el famoso Durán del que te hablé! ¿Quieres cenar con nosotros?

El «famoso Durán» no tenía el menor aspecto de celebridad. Los hombres célebres no tienen tanta sencillez, tanta amabilidad juvenil. El azul luminoso de sus ojos no cesaba de sonreír. Miré con asombro sus cabellos extrañamente cortados, casi al rape.

—¡Ah, si hubieras visto mi pelo antes! —exclamó Durán con un suspiro cómico—. ¡Era lo mejor que tenía! ¡Rubio y ondulado, no te digo más! Los sacrifiqué en el altar de la patria. Para dar ejemplo, ¿comprendes? Ordené a mis soldados que se afeitasen la cabeza a causa de los tanques y los trimotores —de los piojos, si lo prefieres—, y para que no dudasen me afeité la cabeza yo el primero.

¿Quién puede nombrar a otro general de la historia que haya hecho otro tanto? Yo no. Y hay que darse cuenta de lo que este gesto representa para un hombre como Durán.

—¿Y la música, Durán?

—La fuente se ha secado —me confió, malicioso—. Lo que más me sorprende es que juzguen al hombre en el que me he convertido por medio de las melodías que componía hace cuatro años. Era una música absolutamente esotérica, figúrate. Ahora no me gustan más que las palabras exactas. Y la música es surrealismo absoluto. Este halo alrededor me molesta, ya no puedo expresarme de un modo tan misterioso. Me he vuelto incapaz incluso, sí, incapaz literalmente de escribir una letra. Y si

por casualidad lo hago, escribo 1.º, 2.º y 3.º y firmo, como para las órdenes de servicio, como Malraux cuando habla. Con la diferencia de que Malraux utiliza un estilo literario y yo ya no conozco más que el estilo militar. No, la música se terminó. Cuando hayamos ganado la guerra, me haré horticultor.

—Lástima —dijo el pequeño Milo Koren, voluntario de las Brigadas Internacionales—. He oído decir que eras una de las glorias de la música española.

—¡Qué bobada! —dijo Durán—. No soy un gran compositor, si acaso un consumidor de la música. La música es algo como los hoteles españoles: se encuentra allí lo que se lleva. No es más que una cuestión de educación. Todos los hombres han nacido para amar la música, sólo que no lo saben. Pero nosotros se lo haremos saber.

—¿Desde cuándo no has tocado el piano?

Durán hizo un gesto vago con la mano, por encima del hombro, para indicar una enorme distancia hacia el pasado.

—Desde Francia, desde el 34… Bueno, lo que se llama tocar.

—Pero me han contado que Durán se lanza sobre el piano en cuanto encuentra uno, y toca la noche entera.

—Naturalmente —confiesa son su brillante sonrisa—, me sigue gustando la música… Es mi violín de Ingres. Pero ahora la reservo para mi uso personal… Para perderme. Cuando tengo ganas de perderme. Cuando tengo tiempo. Y casi nunca tengo tiempo. Mira, el otro día en Madrid, por ejemplo, fui a unos asuntos. Creía que los arreglaría en tres horas y lo liquidé en diez minutos. Entonces me precipité a la Alianza de Intelectuales y estuve tres horas tocando a Brahms como un loco.

—Si Franco viera a uno de los generales de la «canalla roja» tocar Brahms —dijo Margarita riendo con su gran risa sonora—, ¡se quedaría de lo más asombrado!

—¡Precisamente porque no soy un ignorante no estoy con Franco! —dijo Durán—. ¡Los bárbaros con él, los intelectuales con el pueblo! Franco hace cerrar las escuelas, nosotros tenemos a Unamuno: «¡Muerte a la inteligencia!». Y nosotros hemos abierto miles. El general Millán Astray grita ante la cultura por la que nosotros luchamos.

—De todas maneras es una cosa curiosa ver a un intelectual, un músico, convertido en general.

—¿Por qué? —protesta Durán—. La guerra moderna exige también inteligencia, por tanto, es un trabajo de intelectuales. Sin contar con que la

guerra es, en cierta medida, irracional, como la música, la guerra es también poesía, poesía trágica. Por lo tanto es tan natural ver hoy un general músico como picapedrero o ebanista, como Líster o Modesto. Nuestro país lo defienden a la vez obreros e intelectuales…

—Todavía te veo con tu mono azul en la estación del Norte —dijo Margarita.

—Empecé siendo un simple miliciano, luego teniente y enseguida capitán. ¡Si hubieras visto esto las primeras semanas de guerra! Se hacían reuniones al sol y los milicianos elegían a sus jefes por aclamación, revisaban los grados. Los comandantes volvían a ser simples soldados, los simples soldados se hacían comandantes de un golpazo. ¡Era magnífico! El 25 de agosto fui comandante de batallón, el 4 de enero del 37 comandante de brigada, el 3 de julio comandante de división.

—¡Eso sí que es un ascenso en vertical! En el Ejército Popular puede hacerse carrera deprisa.

—Todavía me falta ser comandante de cuerpo de ejército, luego de ejército, luego ministro de la Guerra, luego presidente de la República —dijo Durán alegremente.

Los antiguos milicianos de la República, incluso los anarquistas, incluso los antiguos antimilitaristas que componen la mayoría de ese sorprendente ejército, exigieron a voces la disciplina que les daría la victoria sobre los militaristas del otro bando. Y dentro de este Ejército Popular en el que todos tienen la palabra *disciplina* en la boca, la división de Durán es una de las más disciplinadas. ¿Cómo ha podido este diletante encantador, este joven de veintinueve años, imponer su autoridad a unos obreros, campesinos, rudos hijos del pueblo? Las dotes de mando son algo que no se aprende: Durán había nacido jefe sin saberlo. La tragedia española le reveló, como a tantos otros, cuál era su vocación.

—También yo era pacifista antes —me dice Durán—, como todos nosotros, y antimilitarista, como corresponde. Y en cuanto hayamos vencido no sólo en España sino en el mundo entero, volveré a ser antimilitarista. Pero mientras tanto soy profundamente militar, soy militar con pasión.

Los oficiales de su división le tienen el mayor respeto, porque sabe más que todos ellos. Ha sabido aprovechar la experiencia práctica de esta ya larga guerra… Y los soldados, por su parte, aman y respetan a Durán, que ha sabido ganarse ambas cosas. Los soldados aman a Durán por su sencillez, por su amabilidad. Lo quieren sobre todo porque en los

momentos críticos se preocupa siempre por compartir su dura vida, el hambre, el frío, la metralla.

… Un día se decidió evacuar la población civil de una aldea amenazada por la artillería fascista. Durán da tres horas a la población para que abandone el pueblo. Los habitantes se van precipitadamente, dejándolo todo atrás, el guiso cociendo en el fuego, las patatas peladas encima de la mesa, las gallinas en el corral. Durán recomienda que no se toque nada que sea propiedad del pueblo vaciado por sus habitantes. Ni una patata, ni un huevo. Es una orden severa para unos hombres que luchan casi sin comer en medio de un frío polar, hacía días y días. Pero Durán es inflexible: el ejército del pueblo se ha alzado para defender al pueblo, debe respetar sus bienes hoy y siempre.

En la casa que ocupa el Estado Mayor hay pollos. Los oficiales los miran con ansia, tienen hambre. Esperan a que Durán esté un poco más relajado, y uno de ellos le dice tímidamente:

—Mi comandante, hay unos pollos abandonados… No tienen nada que comer, y nosotros tampoco. ¿No podríamos comprar dos o tres? Comprarlos, naturalmente. Se los pagaremos a buen precio al propietario cuando vuelva. Y si no vuelve le dejaremos el dinero encima de la mesa con una nota explicativa.

Durán se echó a reír y dio permiso. Se comieron los pollos. Al día siguiente había pasado el peligro y los civiles regresaron. Llega el propietario de la casa y ve las plumas de tres pollos en el corral. Sin informarse más, grita furioso:

—¡Ojalá que os caigan encima tantos obuses como plumas hay ahí!

Resulta que aquel hombre era un fascista, y un fascista que no escondía sus sentimientos. Cuentan a Durán lo que dice y pide que se lo lleven ante él.

El fascista espera que el comandante le reciba. Lo guardan cuatro soldados con la bayoneta calada. Espera media hora. Una hora. Los soldados le recuerdan las palabras que ha pronunciado. Es cosa grave y el comandante es un hombre severo. Una hora y media, dos horas. El fascista está convencido de que le van a fusilar. Finalmente, después de tres horas mortales, pálido, tembloroso, descompuesto, es introducido ante el temible comandante.

Entra. Y Durán avanza hacia él con su más encantadora sonrisa y le estrecha la mano.

—Señor mío —le dice—, quería darle las gracias por haber puesto tan amablemente su casa a disposición de nuestro Estado Mayor. Nos hemos permitido requisar tres pollos durante su ausencia, en su corral. Pero, en nombre del gobierno de la República, le hago entrega de su precio, así como del de los cuatro litros de leche que hemos igualmente extraído de una de sus vacas. Aquí tiene, señor mío. Muchísimas gracias de nuevo.

Durán acompaña al fascista, aterrado, y al llegar junto a la puerta, añade:

—Pero permítame, por su propio interés, que le dé un consejo. Hay cosas que es mucho mejor no decir en territorio de la República. Aunque se piensen.

Pero el verdadero Durán no estaba en Valencia, no era en la retaguardia donde podía conocerlo. Tenía verdadero empeño en encontrármelo en el frente, en su ambiente.

—No vengas a verme allí —me dijo—. Sólo hablo para dar órdenes y por la noche acabo sin voz y soy muy desagradable.

Eso era precisamente lo que me interesaba. Fui, pues, a sorprender a Durán a su puesto de mando, en febrero. Esperaba encontrarlo en el frente de Teruel, donde su división se había cubierto de gloria, reconquistando la famosa posición de La Muela, recobrada por los fascistas a finales de diciembre. De allí, precisamente, nos llegaban aquellos obuses inesperados que había visto caer muy cerca de mí en Teruel.

El encuentro se interrumpió abruptamente cuando el militar recibió órdenes de ponerse en marcha con sus hombres. Téry advierte con asombro la repentina transformación. Ha cambiado su gesto, de amable a serio. Se ha vuelto adusto, reflexivo. Ella le inquiere antes de marcharse: «Me hubiera gustado que me hablases también en serio, de Teruel, por ejemplo». Él responde con una última sonrisa: «La próxima vez. No puedo hablarte ahora de eso, sería forzar las máquinas. Esas cosas necesitan contarse con el tiempo… que salgan por sí solas… El heroísmo de los soldados… y de los oficiales también… el frío, dieciocho bajo cero… La nieve hasta la rodilla… tantas cosas…». Después se despidió de modo lacónico: «Nos vamos». Su Estado Mayor le esperaba fuera: Adam, el comisario Navarro, Giménez de la Espada, Francisco Ocón del Campo, Canedo y Francés, un joven capitán de veintidós años. «Todos sus camaradas están a su alrededor —asegura Téry— vueltos hacia él, inmóviles, silenciosos, con los ojos clavados en el claro rostro de su jefe».

Existe otro apunte interesante en esta semblanza. Según la autora gala, su nombre formaba parte entonces del célebre himno del 5.º Regimiento, en el estribillo en el que se glosaban las glorias militares de la unidad:

Con Líster y con Durán,
el Campesino y Modesto,
con el comandante Carlos,
no hay miliciano con miedo.
Con el quinto, quinto, quinto,
con el quinto regimiento.

El nombre de Galán es el que siempre aparece en la versión oficial del himno en lugar de Durán, pero es posible que circularan otras adaptaciones otorgando al entonces comandante de división ese protagonismo. La mención al mal carácter que a Gustavo se le suponía en el momento del combate, y que él mismo reconoce en la entrevista, fue también corroborada por otros contemporáneos, como Santiago Álvarez, comisario comunista y destacado dirigente del partido en el futuro, quien se refirió a Gustavo «como un comandante de valor aunque difícil en el trato»[158].

Regresó a Teruel en los días finales de la contraofensiva franquista, cuando su dominio del terreno ya era un hecho. Su unidad combatió entonces en otro promontorio denominado El Muletón, donde Durán enfermó por agotamiento y se contagió de una grave infección. Fue retirado del frente para ser atendido.

Pese a los resultados finales, la 47.ª División consolidó en La Muela y El Muletón su prestigio como unidad de élite del ejército republicano, así como su mayor jefe, la condición de militar de prestigio. El archivo del Partido Comunista, extremadamente parco en referencias sobre Durán, contiene la transcripción de una conversación entre el general Rojo y Enrique Castro, dirigente comunista y entonces subcomisario general del ejército, mantenida tras la batalla de Teruel. Según Rojo, «la división de Durán francamente bien. Ha mantenido las posiciones y ha fortificado… Nuestro ejército está en una posición embrionaria de organización. Sólo unas cuantas unidades pueden militarmente considerarse como tal. Hace falta trabajar mucho para lograr rápidamente terminar esta obra. Por esa misma razón se están desgastando totalmente las mejores unidades, pero si analizáis todo lo ocurrido comprenderéis que había que utilizar a Modesto, Líster, el Campesino, Durán y Walter»[159].

Curiosamente, a este período corresponde la última referencia musical conocida en España de Gustavo Durán. La revista *Música*, que comenzó a editar en enero de 1938 el Consejo Central de la Música, dependiente de la Dirección General de Bellas Artes, publicó en su número del 3 de marzo de ese año la partitura completa de la composición de Durán para el poema de Alberti «Si me fuera, amante mía»[160]. No dejaba de ser una anécdota, un consuelo menor, respecto a la empresa que entonces seguía ocupando sus preocupaciones en un contexto militar cada vez más hostil.

Se puede considerar la batalla de Teruel como el punto de inflexión de la participación de Durán en la Guerra Civil. Si bien la contienda duraría aún más de un año, la 47.ª División inició un constante repliegue cubriendo los frentes que la merma del territorio republicano dejaba descubiertos. Durante los meses de marzo y abril de 1938, la unidad retrocedió hacia la sierra del Maestrazgo ante el empuje de las tropas nacionales.

El Maestrazgo es un macizo de orografía violenta entre Aragón y Castellón, de paisajes duros y áridos, extremadamente fríos en invierno, de altiplanicies desoladas, muchas de ellas a más de mil metros de altitud, cruzadas por sucesivos barrancos que convierten el conjunto en un paisaje confuso y sinuoso. La división inició una marcha tortuosa y dura a través de Alcorisa, Calanda —el pueblo natal de Buñuel— y Morella, en la provincia de Castellón, donde Durán reagrupó a la división con los restos de otras brigadas dispersas y formó una agrupación de montaña con la que logró llegar hasta Vinaroz. Aquella huida ordenada del Maestrazgo adquirió cierta celebridad en el mando republicano y especialmente entre los soldados que la protagonizaron, a salvo pese a las remotas posibilidades iniciales de llegar a la costa sin apenas bajas. Después, la agrupación fue dividida en dos secciones. La primera se dirigió al norte a apoyar la defensa de Cataluña. Durán permaneció con la segunda, la denominada Agrupación de la Costa, combatiendo en Alcocéber y Villareal. Con la pérdida de Vinaroz y la llegada, el 15 de abril de 1938, de las tropas nacionales al mar Mediterráneo, la zona republicana quedó dividida en dos áreas separadas en el este por un estrecho pasillo en poder del ejército franquista.

Tras un curso de Estado Mayor, Durán fue ascendido a teniente coronel en mayo de 1938[161] y viajó a Madrid por última vez en junio. Allí se le asignó un nuevo destino al frente del XX Cuerpo de Ejército, integrado en el Ejército de Levante, que mandaba el general Leopoldo Menéndez y cuyo Estado Mayor dirigía el coronel Federico de la Iglesia. El XX Cuerpo de Ejército estaba compuesto por las 6.ª, 49.ª y 53.ª divisiones[162]. Su mando

efectivo correspondía al rango de general pese a que Durán figurase oficialmente como teniente coronel.

Recibió entonces la orden de reforzar una posición defensiva conocida como «línea XYZ». Había sido construida con anterioridad a la batalla de Teruel aprovechando las ventajas del terreno y completando éstas con trincheras, fortines y excavaciones en las rocas que servían de cuevas en las que protegerse de la artillería y la aviación. Constituía una formidable disposición defensiva, apoyada en la izquierda por la sierra de Javalambre. Representaba la última barrera para la defensa de Valencia, el nuevo objetivo que se había impuesto Franco en lo que parecía una campaña fulminante por Levante tras la caída de Teruel.

El 13 de julio de 1938, el Cuerpo de Galicia desde Sagunto y el Cuerpo de Castilla al mando de Varela desde Teruel iniciaron el avance. Durante diez días las tropas franquistas trataron sin éxito de romper la organizada defensa republicana, dirigida por el general Menéndez como responsable máximo del Ejército de Levante. El general Rojo, tal y como recoge su nieto en una excelente biografía sobre el militar, escribió:

> El ataque culmina en dirección a Viver y los días 20, 21, 22 y 23 de julio marcan el principal esfuerzo: incesantes oleadas de infantería se suceden y son invariablemente deshechas; los tanques italianos, las divisiones de flechas, las tropas frescas que el enemigo ha recibido, se estrellan ante la tenacidad de los defensores[163].

El hispanista Paul Preston añadió que los republicanos resistieron «mandados con brillantez por el general Leopoldo Menéndez López y el coronel Durán»[164].

El frente quedó fijado por debajo de las expectativas iniciales franquistas, en el sector Viver-Nules, salvando así Valencia de una conquista inmediata. Los historiadores hablan de veinte mil bajas entre las tropas franquistas frente a cinco mil entre las republicanas[165] y coinciden en resaltar la importancia decisiva de esta batalla de Levante pese a que no adquiriera la celebridad de otros combates. El triunfo para el bando republicano al cortar la ofensiva sobre Valencia permitió no sólo proteger la ciudad, sino también prolongar la supervivencia del propio régimen. El 25 de julio la estrategia de ambos bandos cambió cuando el mando republicano inició su última ofensiva, la batalla del Ebro.

Hemingway rindió un nuevo tributo a su amigo a raíz de estos combates. En uno de los despachos remitidos a Estados Unidos, fechado el 1 de mayo de

1938, elogiaba con excesivo optimismo la moral y el empuje del ejército republicano:

> Barcelona, aprox. 1 de mayo. Había guerra en España el último primero de mayo, había guerra en España este primero de mayo y habrá guerra en España el próximo primero de mayo. Tal es la impresión que se tiene en el frente. Porque el frente y la retaguardia son en España dos civilizaciones diferentes. El frente es joven, valiente, resuelto y dos años de lucha lo han convertido en un ejército eficaz. El frente es todas estas cosas en este momento, ahora, tras la derrota de Teruel, tras la derrota de Aragón y tras la infiltración de los fascistas hasta el mar. Su moral es sólida e intacta. Las tropas de Modesto, del Campesino, de Líster y Durán y de otros jóvenes comandantes que están surgiendo deprisa, tienen en este momento la misma moral fuerte que cualquier otra tropa que haya visto en mi vida, y durante las tres últimas semanas han luchado en los mejores combates que se han librado en la historia[166].

La realidad a finales del verano de 1938, una vez confirmada la derrota también en la batalla del Ebro, era muy distinta. El bando republicano se sabía ya perdedor de una guerra en la que la fecha de la derrota constituía la única incógnita pendiente, así como el cálculo de bajas que exigiría el último esfuerzo bélico. Cataluña estaba seriamente amenazada y la única esperanza residía en el estallido de una contienda europea que enmarcara el conflicto español en una batalla global contra el autoritarismo fascista. A esa esperanza se aferraron los últimos defensores del régimen republicano, incluso aquellos que, como Durán, pensaban ya en la inutilidad de mantener la lucha por más tiempo.

11

Derrota

Pienso en España vendida toda
de río a río, de monte a monte, de mar a mar.

ANTONIO MACHADO, «Meditación del día»

En el último invierno de la guerra se sucedían las noticias sobre el avance imparable de las tropas franquistas por Cataluña. En Valencia, último reducto republicano junto con Madrid, las novedades que llegaban del frente señalaban inexorablemente el final de las hostilidades; la paz, pero también la derrota. A finales de 1938 Durán era plenamente consciente de vivir el final del régimen democrático y de las ideas por las que había luchado. Y con el fin de éstas llegaba la imposición de los vencedores, el miedo, la represión y el exilio. A este futuro, cada vez más próximo y cierto, dedicó muchas horas de reflexión en el invierno de 1938 y en las primeras semanas de 1939. Finalmente, llegó a la conclusión de que era inútil continuar la guerra en unas condiciones que consideraba suicidas para los soldados republicanos. Debatió a fondo las circunstancias finales de la contienda con su superior el general Menéndez, militar profesional y compañero de promoción de Franco, y con el coronel Federico de la Iglesia, su jefe de Estado Mayor. Los tres tejieron una cómplice amistad en medio de la debacle.

En febrero de 1939 participó en Valencia en una reunión con cuadros del Partido Comunista para analizar la situación. Felipe Maldonado le acompañó y, a través de su testimonio, sabemos que abandonó el encuentro profundamente decepcionado. Creía que el esfuerzo que se había exigido de resistir a toda costa era imposible. Sus hombres estaban agotados, física y moralmente. Maldonado les definió como «soldados acabados». Sus

interlocutores le hablaron de una espera de nueve meses, tras la cual era posible que hubiera una guerra en Europa que alterara el equilibrio de fuerzas. Pero Durán consideraba excesivo también ese plazo. Durante el viaje de regreso estuvo triste y malhumorado. No habló salvo al término, cuando, reincorporados al frente, dijo: «No hay defensa»[167]. Maldonado ofrece otros testimonios de la profunda desilusión sufrida por Durán en las últimas semanas de la guerra. Donde antes veía solidaridad observaba ahora en muchos casos un individualismo en el que primaban la salvación personal o el interés de partido por encima del general. Dirigía esas críticas hacia los propios dirigentes comunistas y hacia la Unión Soviética, acerca de la cual llegó a la conclusión de que «el principal fallo moral era la absoluta convicción de que la Unión Soviética había sido oportunista»[168].

Años después, en Estados Unidos, y ante una de las comisiones ante las que tuvo que declarar, confirmó que sus sentimientos hacia los comunistas evolucionaron de la simpatía inicial a la hostilidad en los meses finales de la guerra. Atribuyó su cambio de parecer a la actitud que percibió en ellos:

> Debo añadir en este sentido, incluso corriendo el riesgo de ser malinterpretado, que durante los años de la Guerra Civil española todo lo que vi del comportamiento comunista fue la conducta en el frente de batalla de los comunistas que estaban en las unidades militares a mi mando, y que desde el punto de vista del valor y la disciplina su actuación estaba al nivel militar profesional. Como consecuencia (una consecuencia natural en época de guerra) mi actitud hacia ellos, como la actitud de prácticamente todos los jefes republicanos en aquellos momentos, fue amistosa. Se hizo cada vez más hostil cuando me fui enterando de los métodos implacables y la duplicidad de los comunistas, de sus intentos de controlar totalmente cualquier situación en la que participaran, de que su lealtad estaba antes con su partido que con el gobierno al que profesaban servir y finalmente que las instrucciones que el partido recibía no se fundaban en el idealismo, sino en intereses muy concretos que distaban mucho de ser los del pueblo español[169].

Añadiría en diversas ocasiones que él había sido testigo de cómo una parte del armamento enviado por Moscú, pagado a un elevado precio con las reservas de oro, consistía en material desfasado o inservible.

Permaneció en ese estado de confusión, tristeza y decepción durante los días previos al golpe de Estado que el 5 de marzo de 1939 lideró el coronel Segismundo Casado en Madrid, tomando militarmente la ciudad al frente de

una junta, apoyado por los socialistas Julián Besteiro y Wenceslao Carrillo y por el anarquista Cipriano Mera. El general Leopoldo Menéndez apoyó la insurrección en Levante. Fue una colaboración medida y alejada del enconamiento anticomunista que Casado ejerció en la capital.

Durán, pese a la extendida creencia de que era comunista, se mantuvo leal a Menéndez y adoptó una actitud pasiva en la revuelta. Años más tarde reconocería en Estados Unidos, atribuyéndose seguramente una relevancia excesiva, que «debido a la importancia estratégica del sector bajo mi mando, si me hubiera pronunciado activamente al lado de los comunistas, es probable que la sublevación del general Miaja y el coronel Casado no hubiera tenido éxito»[170]. El único incidente de relevancia tuvo lugar en Requena cuando una unidad de tanques bajo control comunista se negó a someterse. La zona quedaba bajo la influencia del XX Cuerpo de Ejército que dirigía Durán, y éste medió personalmente para evitar el enfrentamiento abierto.

Durante el 5 y el 6 de marzo cundió la confusión en la capital levantina, dividida entre lealtades enfrentadas en el seno del régimen republicano. Poco después, el presidente Negrín y varios ministros, temerosos de que tropas leales a Casado los apresaran, abandonaron España desde el aeródromo de Monóvar, próximo a Elda, en la provincia de Alicante. También lo hizo la cúpula del Partido Comunista en dirección a Orán, dejando en España una *troika* de dirigentes: Togliatti, Checa y Claudín. En ese intervalo, Jesús Hernández, dirigente comunista y exministro de Instrucción Pública, y el general Leopoldo Menéndez acordaron un entendimiento pacífico en la región a la espera del fin de la guerra.

El 28 de marzo Durán se encontraba en un cuartel general improvisado en la masía de Las Aiguinas, en las proximidades de Valencia. Recibió por escrito la orden del general Menéndez de rendirse. Desmovilizó a sus hombres, recogió su uniforme, se vistió de civil y entregó la maleta con sus pocas pertenencias a Felipe Maldonado, quien la conservó durante años. Permaneció unas horas en la finca que había sido hasta entonces su cuartel general. La leyenda dice que pasó esos últimos momentos tocando el piano, intentando que los acordes silenciaran el desplome del mundo que se quebraba a su alrededor. En la soledad de Brahms, de Mozart o de Stravinski encontró el consuelo que la realidad le negaba. Quizá fuera también su despedida más sincera, su particular y emotiva manera de romper sus vínculos con un mundo que sabía inexorablemente perdido. Fue la última vez, si es que la escena llegó a tener lugar, en que la música, España y Gustavo Durán coincidieron.

Cuando a la mañana siguiente llegó a Valencia, ésta ya era un nido de agitación franquista, alentada por la inminente toma de la ciudad y el término oficial de la contienda. Los falangistas locales, que habían esperado ansiosos el momento desde hacía casi tres años, poblaban las calles sin disimulo, entregados a una euforia que presagiaba la proximidad de las fuerzas rebeldes. Las consignas y las expresiones de camaradería entre los vencedores eran tan elocuentes como el silencio y el temor con que la población vencida ocultaba su desesperanza. Durán deambuló vestido de civil por aquellas calles tan distintas de las que sólo pocos días antes había frecuentado. Alejado de Madrid desde junio de 1938, ésa fue la imagen indeleble que presenció del fin de la República. Y la afrontaba con la incertidumbre más aciaga sobre su propio destino.

Caminó entre la multitud disimulando su más íntima frustración. Se dirigió al consulado norteamericano. Con anterioridad había mantenido contactos con el cónsul, Stuart Warner, y con el agregado militar, el coronel Stephen A. Fuqua. Cuando llegó en petición de ayuda, le respondieron que Washington ya había reconocido oficialmente al gobierno de Franco. Durán le pidió a Warner como gesto personal que le acogiera unos días en su propia residencia, pero también se negó. Abandonó toda esperanza y se dirigió entonces a la comandancia militar franquista, situada a las afueras de la ciudad, dispuesto a entregarse.

En la entrada de la comandancia, sin embargo, la fortuna se alió con su destino, alterando una condena que daba por cierta. Se encontró con un antiguo conocido, un oficial llamado Sandoval, amigo de los tiempos de Madrid, posiblemente el único de sus antiguos conocidos que en aquellos momentos podía evitar lo que parecía inevitable. Sandoval le reconoció con asombro y disimulo, vestido de civil, como siempre le había tratado, antes de que la guerra les situara en bandos opuestos. Durán le confesó su intención y Sandoval le advirtió de que entregarse, en su caso, equivalía a un suicidio. A continuación le expidió un salvoconducto por un día, un documento amarillento sobre el que aparecía un nombre ilegible, supuestamente el que garantizaba su vida, y una firma aún menos comprensible. El membrete era de la Comandancia Militar de Valencia, como el sello que autentificaba su validez. Ese papel descolorido y garabateado le salvó la vida. Sus hijas todavía lo conservan como un preciado objeto, de un valor intemporal que el tiempo transcurrido no ha mermado. Gustavo, por su parte, nunca reveló el nombre de su salvador, mantenido, como tantos otros recuerdos de la guerra, en el más estricto e íntimo de los silencios.

Con él en su poder se dirigió de nuevo a la calle. Fue acogido por un matrimonio, del que tenía referencias por uno de sus suboficiales. Desde su vivienda logró contactar con el tercer secretario del consulado británico, Alexander Hanson Ballantyne, a quien también había tratado ocasionalmente y al que le unía cierta amistad. Con el consentimiento del cónsul, Abington Goodden, Ballantyne acudió en su ayuda en un vehículo oficial con distintivo diplomático. Su fisonomía, su impecable inglés y su cabellera rubia, otra vez poblada, ayudaron a no despertar sospechas entre los controles que, de regreso, el vehículo debió sortear.

A las siete de la mañana del 27 de marzo, el coronel Casado y todos los representantes del proclamado Consejo de Defensa Nacional, a excepción de Julián Besteiro, se dirigieron a Valencia, dejando Madrid a la suerte de los vencedores. En los puertos de Valencia y Alicante una multitud temerosa se congregaba esperando los buques prometidos que les debían evacuar. Sólo llegaron unos pocos, para desesperación de miles de vencidos a merced de sus captores. Gandía era un puerto menor pero presentaba dos ventajas significativas: no había recibido contingentes masivos de refugiados y su gestión estaba en manos de una empresa británica en régimen de concesión. Cuando Casado y su séquito de 163 personas, colaboradores, militares y familiares, llegaron al puerto de Gandía el 29 de marzo al atardecer, su embarque ya había sido pactado con el cónsul Goodden y con el Foreign Office. Únicamente debían esperar la llegada a puerto del buque de guerra británico *Galatea*, procedente de Gibraltar. Atracó poco antes de las cinco de la tarde del 29 de marzo.

El embarque se efectuó en la madrugada del 29 al 30 de marzo. Esa misma noche Gandía cayó en manos de los miembros de la quinta columna, aunque nadie interfirió en la evacuación. El *Galatea* permaneció a cierta distancia del puerto. Ello obligó a un traslado lento del pasaje en un pequeño bote. En el punto de embarque no había autoridades franquistas, sino sólo militares británicos y el gerente de la firma comercial que gestionaba el puerto, el también británico Edwin Apfel. A las nueve y media de la mañana del 30 de marzo, todos los refugiados estaban a bordo. Minutos antes hizo su entrada en el puerto el *Mar Negro*, un mercante artillado de la marina franquista con hombres armados a bordo, que no desembarcaron hasta que el último grupo de refugiados dejó el puerto.

En su informe posterior el contraalmirante Tovey, al mando del *Galatea*, afirmó:

> El embarque de refugiados comenzó a las 6.00 del jueves día 30 y continuó hasta las 9.30, tiempo durante el cual 143 hombres, 19 mujeres y 2 niños fueron embarcados. Su control en el punto de embarque del puerto de Gandía estaba básicamente en manos del Sr. Apfel, mánager británico del puerto. Como de costumbre, estaba totalmente al mando de la situación y su asistencia fue inestimable. Los refugiados recibieron instrucciones de dejar sus armas de fuego antes de entrar en los botes, amontonándose muchas de ellas en el malecón. Otras armas se arrojaron al mar tan pronto como sus dueños tuvieron la certeza de que ellos, y no sólo sus líderes, estaban a salvo. Las pocas armas que quedaban fueron requisadas al llegar a bordo. El tipo de persona embarcada variaba desde los aparentemente respetables oficiales y funcionarios de tendencia moderada hasta los más bajos tipos criminales, incluyendo algunos destacados anarquistas y miembros del SIM (la checa española). El mercante armado del gobierno español *Mar Negro*, que había estado a la vista desde la mañana, ancló a las 9.00 pero no envió gente armada hasta que el último bote de refugiados llegó al *Galatea*[171].

Gustavo Durán era uno de esos 164 refugiados. Alexander Hanson Ballantyne se había ocupado de trasladarle al puerto de Gandía, le facilitó una pequeña cantidad de dinero y le garantizó un pasaje en el *Galatea*.

El escritor que mejor testimonio dio del drama de aquellas horas desesperadas en los puertos de Levante, Max Aub, reconoció a Durán junto al diplomático inglés. La relación entre ambos venía de lejos y se había intensificado durante la guerra, siendo Aub un estrecho colaborador de Malraux en el rodaje de *Sierra de Teruel*. Durán le sirvió años después como modelo literario para el personaje de Victoriano Terrazas en su novela *La calle de Valverde*. También le citó en aquel momento dramático reflejado en la obra *Campo de los almendros*, en compañía del general Menéndez: «Aparece el cónsul inglés. García Pradas discute violentamente con Menéndez. Aparece Gustavo Durán. El destacamento de Infantería de Marina [británica] desarma a cuantos van a embarcar. No cachean, se dan por satisfechos con lo entregado bajo palabra»[172].

Existe otro testimonio literario erróneo que sitúa a Durán en aquellas horas críticas. Corresponde a una referencia fugaz en las memorias de María Teresa León:

> Pensad en los miles y miles de seres que se acercaron en Alicante hasta la orilla del mar convencidos de que no iban a ser abandonados por

los países democráticos, convencidos de que llegarían los barcos que no llegaron nunca. Pensad en los suicidios de la desesperación. En la agonía de los que se tiraban al agua para alcanzar la lancha del barco inglés que llegó con la orden de no recoger estrictamente nada más que a los miembros de la Junta de Defensa de Madrid. ¿Y los otros? Gustavo Durán, coronel del cuerpo, se tiró al agua y agarró el borde de la lancha, gritando a los marineros tantas cosas en inglés, que consintieron recogerlo[173].

El propio Alexander Ballantyne corrigió la versión de la escritora al confirmar que fue él quien contribuyó a facilitar la salida de Gustavo. El diplomático regresó a Inglaterra el 13 de julio de 1939. Una vez allí escribió una carta a Durán felicitándole por saberle a salvo en el Reino Unido: «Es una gran noticia para mí saber que ha encontrado hospitalidad en mi país. Me siento orgulloso de haber sido capaz de ayudarle a usted y a otras personas en circunstancias que de otro modo habrían derivado en tragedia»[174].

Los embarcados pasaron casi cuarenta y ocho horas a bordo sin salir del puerto, a escasa distancia de la orilla, sobre suelo británico pero en territorio español. Las horas en que permanecieron sobre la cubierta del crucero les permitieron ser testigos en la distancia del definitivo acto de la victoria franquista, el 1 de abril de 1939, cuando se proclamó el último parte de guerra y se decretó oficialmente su fin. Ese mismo día el buque hospital *Maine*, también británico, se apostó junto al *Galatea*. Durante el resto del día se trasladó al pasaje. Zarparon a las cuatro de la tarde rumbo a Marsella. Desde el *Maine*, como antes desde el *Galatea*, Durán contempló su alejamiento de España como un distanciamiento tanto espiritual como físico. Observaba aquella estrecha y creciente franja de agua que le separaba de la costa como una frontera trágica que delimitaba con la misma transparencia su pasado y su futuro. Dejaba atrás una vida y un compromiso, también las decepciones últimas y los amargos sinsabores de la derrota. Tenía treinta y tres años cuando abandonó España aquel 1 de abril de 1939, sin saber que nunca regresaría, sometido a los dolorosos sentimientos que entonces albergaba: rabia, frustración y una profunda tristeza.

El 3 de abril llegaron a Marsella. Desde allí un tren les transportó a París, para enlazar sin apenas tiempo con otro transporte que les trasladó al puerto de Dieppe. Un *ferry* les condujo al Reino Unido. Finalmente, llegaron a Londres el 5 de abril, donde el National Joint Committee for Spanish Relief

(Comité Nacional Conjunto para el Socorro a España) se hizo cargo de ellos con la aquiescencia del gobierno británico.

El mismo día de su llegada a Londres, José Durán Labad se suicidó en la bañera de su casa de Madrid cortándose las venas hasta desangrarse. Unas horas antes, agentes de la policía franquista habían estado en su casa, con la intención de detener a su hijo. Al no encontrarlo allí le aseguraron a su padre que Gustavo había muerto. La dramática muerte de José consumó la tragedia que la guerra y sus consecuencias habían supuesto para su familia. Gustavo no conoció la noticia hasta semanas más tarde, cuando a Londres le llegaron también los primeros reproches por su actuación en Valencia, acusándole de dar la espalda a los comunistas en la fase final de la guerra.

La suma de ambas noticias y la propia experiencia de los últimos meses agravaron su estado depresivo. Tardó en salir de él, pero cuando lo hizo tomó la determinación de no dejar que el pasado condicionara su futuro, desterrando aquél a un discreto olvido. No optó por la nostalgia, sino por una calculada negación de su vida anterior. La guerra, su compromiso político, incluso España y su carrera musical, fueron condenados al silencio.

Malraux había realizado otro juicio profético al describir el destino que aguardaba a Manuel: «Un día habría paz. Y Manuel se convertiría en otro hombre, desconocido para él mismo, como el comba tiente de hoy había sido un desconocido para el que había comprado un cochecito para ir a esquiar a la sierra». La paz había llegado y la profecía se había hecho realidad. Sería otro, distinto, aunque siguiera llamándose Gustavo Durán.

Libro tercero

Gustavo Durán, diplomático



Gustavo Durán en sus últimos años. (Imagen cedida por la familia Durán).

12

Exilio

Quien consigue un pacto entre su memoria y su olvido, puede vivir.
Quien no, muere de un modo o de otro, mejor o peor, separándolos en su pelea diaria.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Pasado, presente, futuro*

The National Joint Committee for Spanish Relief, la organización de asistencia dirigida por la duquesa de Atholl, pronto encontró acomodo para Durán. Su primer hogar fue el de *Mr*. H. T. Cadbury-Brown, en el 17 de Clarges Street. Allí residió hasta mayo. Se trasladó entonces a la vivienda de *sir* Leslie A. Plummer, en el número 8 de Wells Rise. En ambas casas encontró el mismo consuelo cómplice, generoso pero insuficiente para alguien en plena conmoción personal y abatido por la derrota, necesitado de aislamiento antes de clarificar sus ideas.

Su propósito no era fácil. Allí donde recalaba se hacía inevitable la revisión del pasado. Limitó al máximo sus encuentros con compatriotas. Sólo el general Leopoldo Menéndez y el coronel Federico de la Iglesia, con quienes compartió viaje en el *Maine*, siguieron manteniendo contacto asiduo con él. A los demás procuró discretamente evitarles. No deseaba encuentros de reafirmación ideológica tras la derrota, ni poner a prueba su lealtad en una colonia de refugiados dramáticamente dividida incluso en el exilio, entre partidarios de Casado y Negrín, que por azar dirimieron sus reproches en Londres, ciudad de acogida para ambos. A los leales, a los amigos de la guerra, a los de antes de la guerra, no los encontraba allí. A los que habían logrado sobrevivir los había dispersado el exilio entre México, Francia, Orán

o Bélgica. En cuanto a los que habían quedado en España, se imaginaba la suerte que habían corrido.

Ni siquiera la propia ciudad de Londres permitía mitigar su angustia. La metrópoli que tanto admiró en 1934 cuando la visitó de regreso a España, se le antojaba ahora un hogar provisional, acogedor pero extraño. El clima de preguerra que vivía el Reino Unido le retrotraía igualmente a aquella España de 1936 que ahora le resultaba tan lejana. Tres años podían representar una distancia insalvable, incapaz de descifrar acudiendo simplemente al calendario. Sólo la memoria, el dolor o la experiencia compartida permitían imaginar el drama íntimo que anidaba en cada superviviente, en cada exiliado.

Únicamente encontraba consuelo en las noticias que le llegaban por carta, cuando éstas le permitían saber a salvo a tal o cual amigo. Sin otro patrimonio que su propio recuerdo, conservó las cartas de aquella época como un preciado tesoro. Cada una de ellas era recibida con angustia y esperanza antes de conocer un contenido que podía ser reconfortante o trágico; misivas que, en su mayoría, testimoniaban tragedias similares, pero que perseveraban en la amistad y en la necesidad de saber de los demás, de conocer la fortuna de los más allegados en aquellos días de infortunio. A Londres le escribieron muchos amigos y algún familiar procurando noticias sobre su estado.

Uno de los primeros en ponerse en contacto con él fue Ernst Adam, refugiado en París junto con conocidos comunes. El 23 de abril Adam le escribió para anunciarle que estaba a salvo, y le sugirió que intentara obtener dinero publicando un libro sobre su experiencia en la guerra. Incluso le recomendó contactar con la agencia londinense Curtis Brown, interesada en el proyecto. Pero lo último que Durán deseaba entonces era teorizar sobre la guerra o revisar su participación en ella. Sería tanto como evidenciar lo que pretendía ignorar: la desunión, las luchas intestinas, las decisiones equivocadas.

Adam volvió a escribirle en julio. Hablaba de nuevo un amigo leal. Le traía noticias de Alberti y de María Teresa, también en París; de Vicente Salas Viu y de su mujer, Daniela, a punto de emprender viaje hacia Chile, lugar de asilo definitivo para ellos. Robert Capa le enviaba saludos y le informaba con la máxima ingenuidad de que el general Kléber debía de estar en China. Le hablaba también de Carmela, casada con Jean de Foucault, ahora Jean Bertand. Residían en París, donde Jean había retomado la pintura. Todos atravesaban una crítica situación económica y Adam se lamentaba de no poder ayudarles. Afloraba tímidamente un sentimiento compartido de decepción:

No dejo de pensar en cómo hacer tu exilio más agradable… Salas [Vicente Salas Viu] y Daniela han abandonado Francia con destino Chile, y también he hablado con María Teresa y Alberti, que son los mismos de siempre y piensan permanecer en París… Capa, que entre otros te envía saludos, me ha contado que Kléber debe estar perdido en China, pero no sabe más… Veo a pocos militantes que estaban allí; en el fondo, las experiencias en España y más tarde en París me han desengañado de muchas cosas que antes toleré cuando sólo veía nuestras ideas comunes. Sé que tú tienes una reacción similar y creo que no somos los únicos… Carmela es verdaderamente una mujer adorable y Jean un buen compañero y también un pintor bastante correcto. He revisado mi opinión relativa a su calidad artística después de ver algunas realizaciones suyas[175].

Gustavo ya había recibido noticias de Jean y Carmela a través de una carta remitida por ésta días antes en la que le comunicaba el suicidio de su padre. Le evitó los detalles concretos de su muerte. La misiva permite confirmar la estrecha relación de Durán con Fernando Gerassi, pintor de origen sefardí, militar en las Brigadas Internacionales, intelectual prominente que sería en el futuro gran amigo de Jean-Paul Sartre, al igual que en Francia y España lo había sido de Alberti, Dalí, Picasso o Juan Gris. La carta de Carmela decía:

Mi queridísimo Gustavo: hemos recibido varias veces noticias tuyas por mediación de amigos, y hoy ha sido por Gerasy, el cual nos ha dado tus señas. Siento mucho tener que darte la mala noticia que acabamos de recibir, de la madre, diciéndonos que el día 5 domingo por la noche a las 12 Pepe a [sic] fallecido. Suponemos que esto te producirá mucha tristeza, es horrible por lo inesperado… Nosotros estamos pasándolo bastante mal, y ahora con esta triste noticia peor, pues no podemos traer a la madre como sería nuestro deseo porque no disponemos de dinero alguno y lo que es peor, que es bastante difícil encontrar trabajo. Con todo creemos que dentro de unos días Juan [Jean] podrá trabajar en la decoración de cine, por lo menos Malraux se lo ha prometido. Tenemos entendido (pues hoy hemos visto a Gerasy, Alberti y María Teresa) que están haciendo lo necesario para enviarte dinero. Escríbenos pronto, no sabes la alegría que nos a [sic] causado el saberte fuera de peligro. En fin querido Gustavo muchísimos abrazos de los dos, y otra vez te escribiremos más, muchos abrazos. Jean y Carmela[176].

Su padre, Pepe en la alusión distante de Carmela, seguía siendo, pese a todo, una referencia irreemplazable en la vida de Durán. Pese a sus diferencias, él representaba una suerte de reedición suya. También militar, en otra guerra, igualmente derrotado pero con distinta fortuna. Él era ahora el coronel Durán. La noticia le impresionó. Consideró aquel acto como un último gesto ennoblecedor. Así se lo confesó a Federico de la Iglesia, quien a su vez correspondió con la misma opinión: «Siento mucho la muerte trágica de tu padre y comprendo tu admiración por su gesto altivo que admiro y respeto también»[177].

También le escribió Vicente Salas, quien le confirmó su inminente viaje a Chile tras pasar un tiempo en el campo de concentración francés de Saint-Cyprien. Su primera misiva es del 9 de abril, tras confirmar que Durán y Francisco Ciutat de Miguel se encontraban en Londres: «Me enteré a tiempo de tu salvación y la de Ciutat; no quiero decirte lo que me alegra después de las cavilaciones y los tristes cálculos que a tu costa venía haciendo desde que salí del delicioso y acogedor garaje de Saint Cyprien»[178]. André Malraux le envió una carta desde París proponiéndole que se trasladara a la capital francesa para trabajar como compositor musical en la industria cinematográfica. Desde Francia recibió igualmente el testimonio afectuoso de Cipriano de Rivas Cherif:

> Querido Gustavo: por el general Menéndez, que ha venido a pasar una temporada con nosotros, consigo saber de ti. No dudarás de la sinceridad de mis palabras si te digo que en esta casa hemos perseguido tus noticias con verdadera angustia. Otros amigos también me preguntaban por ti. Me dice el general que estás malo últimamente. Cuando te mejores no dejes de escribirme. Recibe en tanto un fuerte abrazo de tu siempre amigo Cipriano[179].

Durán escribió poco. Su proverbial pereza para mantener correspondencia, su apatía vital y el propio agotamiento físico se aliaron. Pero a los más íntimos no les defraudó. Entre éstos seguía contando con Alberti y María Teresa León, refugiados en París junto con Pablo Neruda y Delia del Carril. Gustavo escribió a Rafael nada más establecerse en el Reino Unido. Poco después éste respondió. No se conservan las cartas originales de Durán pero sí las respuestas de Alberti. Son textos emotivos, como correspondía a una amistad antigua consolidada en las vicisitudes de la guerra, pero reflejan también preocupaciones: las económicas, las políticas y las propias dudas de Durán.

En la primera carta, fechada el 21 de mayo, Alberti le proponía que se instalara en París con ellos:

> Gustavo, Gustavérrimo: ¿Qué haces ahí entonces?, ¿no estarías mejor aquí con nosotros? Por lo menos lo que nosotros tenemos lo tendrías tú; es decir, la misma ayuda, porque la caridad humana es muy hermosa, etc. … Ha llegado de Chile Pablo Neruda, que se porta maravillosamente, te quiere mucho. Piensa tomar una nueva casa. Nosotros, dándole nuestra modesta ayuda, viviremos con él. Seguramente habría sitio para ti. Todo dependerá del tamaño del appartment [sic]. Pero esperamos será lo suficientemente grande para que quepamos todos[180].

Del siguiente párrafo se desprende que Durán le había expresado su estado anímico, cuestionándose incluso su actuación en la guerra. No hay referencias concretas a ningún hecho, pero Alberti le transmite su apoyo y también una velada advertencia sobre la reacción que podría generar:

> Pienso y no me creas padre Prior que tu limpísima y sorprendente historia durante la guerra, y tu clarísimo talento, merecen ser tratados, por ti mismo, mejor, con más serenidad y precisión por tu parte. Tú no puedes tirar por la ventana tu vida, tu historia, etc.; tú no puedes tirarte por la ventana. Un momento de justificadísimo cansancio después de una guerra tan feroz y del papel que has desempeñado en ella no te da derecho a proceder con ligereza y en contra tuya. Es comprensible pero no debe ser. Yo lo comprendo, nosotros lo comprendemos, pero, a lo mejor, ellos son los que no lo comprenderán. Tendría arreglo todo. Sería mejor. Es mi opinión particular… Gustavo: arregla algo con Malraux y vente aquí. Estaríamos todos unidos. Llegaríamos a rehacernos. No pienses nunca que no te queremos. Somos los mismos. Te hemos visto de cerca… Por hoy abrazos, muchos abrazos de Rafael.

La carta terminaba con dos despedidas. Una, de María Teresa León: «Querido Gustavo, querido, vente, que no gozamos de la amistad plenamente sin ti», y otra de Pablo Neruda y Delia del Carril: «Gustavo, te queremos tanto como siempre, que es decir que te queremos muchísimo y esperamos verte muy pronto. Aún iré a Londres a verte si es preciso. Pablo y Delia».

El consejo de Alberti, incluso expresado en términos amistosos, debió de resonar con inquietud en Durán, agravando un hastío que no volvió a comentar al poeta gaditano. Al único amigo al que solicitó ayuda,

posiblemente porque sólo él podía ofrecérsela, fue a Ernest Hemingway. Le escribió a Cuba rogándole que le enviara dinero y, en la medida de lo posible, que le consiguiera un empleo en Estados Unidos, sugiriéndole la industria cinematográfica. Hemingway le respondió con prontitud. Le remitió cincuenta libras, su primer dinero en Londres, y le adjuntó una extensa carta llena de buenos propósitos. La misiva está fechada el 10 de mayo de 1939 en el hotel Ambos Mundos de La Habana. En ella, el escritor le confirma su intención de ayudarle en cuanto pueda. Cree que Joris Ivens, el director de *Tierra de España*, podría ser un excelente introductor en Hollywood, y le remite a Herbert Matthews, entonces corresponsal en Roma, para que contacte con él y solicite su apoyo. Hemingway le menciona que está trabajando intensamente en su novela sobre la Guerra Civil y que espera, asegura, poder terminarla antes de que comience una nueva guerra en Europa, dando por hecho que es inminente.

Durán, entretanto, libraba su particular batalla ya no sólo contra la desolación, sino también contra la enfermedad. A principios de junio sufrió unas elevadas fiebres que le fueron diagnosticadas como paludismo. Otra consecuencia tardía de la guerra, ésta en forma de infección tropical completamente atípica en Londres, y que había contraído antes de abandonar España. Durante su traslado en el *Maine* había sufrido episodios febriles, pero habían remitido poco después. Esta vez la enfermedad brotó con gravedad. Pasó varias semanas ingresado en el hospital de Colchester, atendido por la familia Plummer, en cuya casa había estado acogido hasta entonces.

Hasta allí siguieron llegando cartas de personas preocupadas por su salud, incluidas las primeras de varios de sus amigos músicos confirmando la dispersión provocada por el exilio. Óscar Esplá le habló del triste destino de Julián Bautista, refugiado en Bruselas, o del de Salvador Bacarisse, que malvivía en París. En un tono similar, Enrique Casal-Chapí combinaba la alegría y la nostalgia, la tristeza y el desprecio, este último ante una acusación de la que Durán había sido objeto. Ya no se trataba de una sutil advertencia:

> Querido Gustavo: Al fin Cipriano me envía tus señas. He pensado en ti con gran angustia desde que se inició nuestra caída definitiva y, sobre todo, en sus últimos momentos. He preguntado mucho y nadie me decía nada. Al fin, hace ya tiempo María Teresa dijo a Farías que estabas en Marsella. Quisimos saber tus señas pero sólo nos contestó un periodista francés «que eras casadista». Todo sigue siendo repugnante y mezquino… Qué diferente todo esto de aquella tarde de invierno en que viniste a una vieja casa de la calle de Goya a convencerme por motivos en gran parte

«peregrinos», y en la que después comentabas por la calle de Alcalá que España era el país maravilloso en que la gente podía decirte:

—¿Adónde vas?

—A ningún sitio.

—Entonces te acompaño[181].

Le escribió también Julián Bautista con similar amargura, pero con el prudente detalle de eludir los pormenores de su exilio. «Haces bien en no contarnos tu odisea, así podrás olvidarla más fácilmente. Yo tampoco te cuento la nuestra ¿para qué? Hagámonos la ilusión de pensar que todo no ha sido más que un mal sueño», le diría tras recomendarle que no desesperase en su fracasado reencuentro con la música: «Me alegra que vuelvas a la música. Dices que sin resultado. No te preocupes, es cuestión de desentrenamiento. Continúa y verás como recobras la soltura de mano»[182].

Rivas Cherif se inquietó por su salud. Pensaba en salir de Europa y apelaba a la nostalgia en su despedida con recuerdos compartidos: «¿Te acuerdas cuando llevábamos al señor Azaña a ver a la Moragas con el traje de cristal?»[183].

La añoranza, disfrazada de ironía, de impotencia o de tristeza, impregnaba muchas de estas cartas. Releerlas es un fidedigno repertorio de desventuras comunes. Su amigo Alfredo Matilla, hombre de cine, fiscal de la República y exiliado en Francia, le hablaba del paso del tiempo, del pasado convertido en una entelequia entonces definitivamente perdida, del presente absurdamente trágico hasta rozar lo cómico:

> Yo hay días que juego al mus con el general Llano de la Encomienda, con un inspector de primera enseñanza y con un comandante general de artillería. Tenemos de mirones a seis coroneles. ¿Quieres nada más disparatado?… Pero tengo días tristes. ¡¡¡Yo!!! ¡No te asombres Gustavo! ¡Era demasiado hermoso lo que hemos perdido! Pienso en América pero no dejo de pensar en España[184].

Y le escribió Rafael Alberti, inquieto por las noticias sobre su enfermedad. El poeta eludió nuevas referencias incómodas. Simplemente expresó preocupación y le reiteró la propuesta de vivir con ellos en París. Neruda, Delia y María Teresa le enviaban también sus deseos de un pronto reencuentro:

Queridísimo Gustavo: Te escribimos una larga carta con posdata de Pablo Neruda, que se acuerda mucho de ti y te quiere de verdad. Ayer nos enteramos por una carta tuya a Gerasi que has estado enfermo en el hospital con paludismo. Esto nos ha entristecido mucho. Pablo y Delia irán pronto a Londres. Tienen muchas ganas de abrazarte y estar contigo. Si nosotros no estuviéramos tan mal económicamente iríamos con ellos. Pero será difícil. Todos quisiéramos que estuvieras aquí con nosotros. Dinos si realmente quieres que hagamos algo por conseguir tu estancia legal en París. Pablo quizás pueda ayudarte. Leo en tu carta tus quejas contra el silencio de Malraux. Sólo puedo atribuirlo a su mucho trabajo en estos días. Nosotros tampoco le vemos. Desde que vinimos de Francia sólo hemos estado con él dos veces. Le llamaremos y hablaremos con él. ¿Por qué a nosotros no nos pones unas letras?, ¿es que no has recibido nuestra carta?, ¿es que puedes creer acaso que no somos tus amigos de siempre?… Gustavo, Gustavo: escríbenos. Te queremos de verdad. Muchos y fuertes abrazos. Rafael. [Anotación de Delia del Carril]: Pablo y yo iremos pronto a Londres y nos hacemos una gran fiesta de verte y abrazarte locamente. Delia. [Anotación de María Teresa León]: Abrazos y el gran cariño de antes y después. [Anotación de Pablo Neruda]: Fuera de los deseos de verte tengo cosas concretas que hablar contigo. Te ruego contestes a ver si concretamos una entrevista aquí o en Londres. Te abrazo fraternalmente. Pablo**[185]**.

Cuando abandonó el hospital conoció a Jack Cowan, un hombre extremadamente amable y culto, músico y pianista. La pasión común por la música facilitó el entendimiento personal y de la mano de Cowan, sentado al piano de su domicilio, recuperó su añorada faceta de músico, en la que Julián Bautista le recomendaba que insistiera hasta reconquistar el tacto y el sentido musical. Poco a poco lo logró, como también mejoró su estado físico y anímico, mostrando que lo uno resultaba improbable sin lo otro.

Comenzó también a lograr cierta normalidad en su vida, a formalizar una rutina, la cotidianidad del exiliado, con salidas más frecuentes para redescubrir por primera vez desde su llegada el mismo Londres que le fascinó en su primera visita cinco años antes, o para abrir su entorno a otros refugiados. Ya no sólo trataba a Federico de la Iglesia, sino que frecuentaba también a Pablo de Azcárate, exembajador republicano, y a Antonio Ramos Oliveira, amigo personal al que conoció en la capital británica. Fue entonces cuando Cowan le propuso un viaje breve, una ruta cultural de aprendizaje al

sur de Inglaterra. Aquel trayecto sin demasiadas expectativas cambió para siempre la vida de Gustavo Durán.

Nada volvió a ser lo mismo tras conocer Dartington Hall, cerca de Totnes, en el condado de Devonshire. Cowan le llevó, en un largo viaje en coche por la todavía pacífica campiña, hasta la mansión medieval, maciza, bella y elegante, que conoció por primera vez en agosto de 1939. Dartington Hall era, además de una construcción de singular belleza, sinónimo de cultura, de vanguardia y de avanzados programas de educación. Todo ello lo debía al matrimonio que había comprado la propiedad en 1925, Leonard y Dorothy Elmhirst. Rehabilitaron la finca, recuperaron sus suntuosos jardines e iniciaron varios proyectos educativos, basados en modelos novedosos y progresistas, alejados de los cánones de la estricta disciplina escolar británica. Experimentaron también con sistemas de agricultura colectiva más redistributivos y justos. La Dartington Hall School fue su iniciativa pionera y más exitosa. Los métodos de enseñanza dieron buenos resultados y pronto contó con trescientos alumnos en sus aulas. En torno al proyecto fundacional se fue creando una red de instituciones auxiliares y de actos de todo tipo que hicieron del centro un núcleo cultural de primer nivel.

La música fue siempre otra de las inquietudes constantes de sus fundadores. Dorothy Elmhirst poseía suficiente curiosidad artística y energía vital de sobra como para no renunciar a ningún estímulo cultural. También poseía el dinero necesario para materializar sus sueños. Nunca le había faltado. Procedía de Estados Unidos, era la hija de un multimillonario y se había casado en 1911 con el diplomático Willard Straight, con quien tuvo tres hijos. Enviudó en 1918 y se volvió a casar en 1925 con Leonard Elmhirst, un británico emprendedor y comprometido con la justicia social que trabajó en la India como secretario del premio Nobel de Literatura Rabindranath Tagore. Con él participó en muchos de los proyectos de reforma agraria y social que emprendió el escritor. Cuando se casó con Dorothy estaba convencido de la bondad de importar ese mismo modelo igualitario a Occidente. No le costó convencer a su filantrópica esposa de que Dartington Hall sería la expresión fiel de su utopía común.

Durante la Guerra Civil, las simpatías de ambos por el bando republicano fueron públicas. Pertenecían a esa generación de británicos o norteamericanos que consideró la contienda española como una lucha propia en la que se dirimía bastante más que el poder en un país meridional y atrasado. Dorothy participó en actos propagandísticos a favor de la República, suscribió con su nombre diversas campañas de adhesión al gobierno español y combatió la

neutralidad impuesta por Londres. Gustavo difícilmente hubiera hallado en toda Inglaterra un escenario más propicio a su acogida. Tuvo el recibimiento de un general al que la derrota, lejos de representar un fracaso, le había ennoblecido y convertido en héroe ante un público que por primera vez conocía un protagonista de excepción de la guerra que había polarizado sus sentimientos. El auditorio estaba felizmente predispuesto. El talento de Durán hizo el resto.

Cowan regresó pero él se quedó. Se sentía por primera vez en mucho tiempo inmerso en un ambiente cálido, donde se reencontró con sus pasiones desterradas en los años difíciles: la música, el arte, la poesía. Allí se reconcilió, en definitiva, consigo mismo, con el hombre que había dejado de ser. En aquel paraje que parecía un decorado artificial con sus jardines bucólicos y sus salones acogedores, amplios, impregnados de historia, donde la vida transcurría plácida entre reuniones, charlas y algún concierto, donde él era de nuevo el huésped mimado, festejado y estimado del que hablara Anaïs, tuvo de nuevo conciencia de la vitalidad perdida. Respirando aquel aroma estudiantil, de ímpetu pedagógico, de curiosidad artística que le recordaba vagamente a la Residencia de Estudiantes, rejuveneció su espíritu.

En Dartington Hall tuvo noticia también de la declaración de guerra a Alemania el 3 de septiembre de 1939. El paréntesis de paz ficticia que había disfrutado desde su salida de Gandía apenas había resistido cinco meses la embestida violenta del expansionismo nazi. Los refugiados españoles añadían otra tragedia colectiva, la de toda Europa, a la suya propia; dos veces exiliados, dos veces perseguidos, dos veces soldados en dos guerras crueles.

Desde París Ernst Adam le escribió de inmediato una carta angustiada y entrañable, con noticias sobre él, sobre Jean de Foucault, a punto de enrolarse en el ejército, y sobre Carmela, quien en breve regresaría a Madrid:

> No te pregunto qué harás en la actual situación, puesto que sé que también resulta muy difícil para ti. Yo me alistaré en el ejército francés después de pensarlo mucho —qué tiempos tan terribles cuando en el fondo yo soy el más sincero pacifista—. Es la guerra una vez más, la negación de todo lo que es humano, para mí la tercera en la que voy a combatir. Espero que podamos vernos pronto y que no hablemos de guerra ni de militares, sino de dulces historias de amor, de filosofía, música y del futuro. Debemos mantenernos jóvenes, los Parzival y don Quijote… Mil saludos de Carmela, Jean, de Salas y Daniella. Te envío un abrazo mi jefe y hermano. Tu Ernesto[186].

Enrique Díez Canedo, exiliado en México, le escribió dirigiendo su sarcasmo hacia los dirigentes comunistas a propósito del pacto germano-soviético firmado el 23 de agosto de 1939: «¿Qué dirán Don Líster, Don Modesto and Co. del pacto germano soviético? Naturalmente a estos Dones les parecerá muy bien (están en la URSS, ¿no?)»[187]. El coronel Federico de la Iglesia, quien sobrevivía en Londres en un apartamento escribiendo a la luz de una vela y recibiendo un modesto ingreso con las clases de español que ofrecía a Jack Cowan, también le envió a Dartington una carta de una ingenuidad conmovedora: «Creo por ejemplo —no sé por qué— que la guerra se terminará pronto y que podré ganarme la vida en el delicioso Londres de tiempos de paz. Y que podemos volver a España antes de seis u ocho meses… No podemos dejar abandonado a nuestro pueblo a sus actuales o parecidos mentores»[188]. Federico de la Iglesia, por mediación de Gustavo, fue posteriormente contratado como profesor en Dartington Hall.

Mientras su país de acogida se aprestaba para la defensa, a Gustavo le correspondió hablar de la guerra pasada, la suya, rompiendo el silencio mantenido hasta entonces. Le convenció de ello el militar e historiador británico *sir* Basil Liddell Hart en una de sus visitas a Dartington. Una semana después, Durán tenía preparada una ponencia, escrita a mano en cuartillas pequeñas con su minuciosa y diminuta caligrafía, donde se obviaban fechas, datos y pormenores de las batallas. Optó por un relato personal, una reflexión propia sobre los motivos de la contienda y de la derrota. Pronunció la conferencia un domingo, en uno de los salones de la mansión, ante un auditorio reducido y convocado expresamente. Tituló la disertación «Una enseñanza de la guerra española. Glorias y miserias de la improvisación de un ejército».

La República a la que aludió para introducir al oyente se basaba, según explicó, en un sistema asentado en la clase media, una clase nueva y pujante, aún minoritaria, pero de cuyo seno brotó una élite capaz de dirigir en clave de modernidad un país que no lo era y de mediar entre dos sectores sociales antagónicos, el aristocrático y el proletario. «La República —escribió— instaurada el año 31 es la consecuencia inevitable de la fuerza de expansión de estos elementos llegados al límite de saturación[189]». Ésa era, sin duda, la República en que se había reflejado y en la que había creído, y esa élite social, política e intelectual, el círculo humano que había frecuentado.

Sin embargo, esos mismos hombres, añadió, no comprendieron claramente la misión encomendada. «La ciencia y el arte son malos guías cuando de gobernar hombres se trata», apostilló. El pueblo español, siguió

explicando, es un pueblo entregado a los sentimientos y que repudia el oportunismo. Puede tolerar el castigo pero no el ensañamiento, puede admitir un error pero desprecia a quien se aprovecha de él en beneficio propio.

> Pueblo apasionado, elemental, en la lucha se entrega fácilmente a la más terrible crueldad, sobre todo si lucha contra sí mismo; pero, como el buen guerrero, las palabras y los actos que le mantienen en la pelea le avergüenzan cuando vuelve la paz. Nunca vacila en castigar, e incluso gusta de hacerlo de una manera violenta y cruel, pero castiga como castiga la naturaleza, inmediatamente, en consecuencia natural e inevitable del error, del pecado. De este modo, si en un principio aceptó la desmedida represión a que sus gobernantes dedicaron todas las fuerzas del Poder, no perdonó la persistencia en ella en nombre de abstractos y fríos principios políticos y de justicia.

Se estaba refiriendo a la represión practicada tras la fracasada revolución de octubre de 1934. La condena por la brutalidad ejercida en su aplastamiento y la amnistía solicitada para los detenidos unió «a todas las conciencias liberales del país», afirmó. Y así, canalizando un clamor masivo, triunfó el Frente Popular. A su victoria electoral le sucedió el miedo de las élites dominantes, «el terror de las clases poderosas fue enorme», y de este temor brotó el fascismo. «En realidad, el fascismo es el hijo natural del miedo (el miedo es la raíz cuadrada de los orígenes del fascismo)», sentenció.

Durán continuó narrando los meses previos al estallido de la guerra, adjudicando responsabilidades de distinto signo a ambos bandos, reprochando a la oligarquía el trato injusto al trabajador y al campesino, a la Iglesia el haber promovido la sedición desde los púlpitos, y a los partidos de izquierda haber mantenido una conducta «torpe y miope que hacía el juego a quienes fomentaban la anarquía ambiente». Según su análisis, existió una política de provocación de los partidos conservadores en las Cortes y en la calle que debería haberse atajado «con toda la firmeza y serenidad que ésta requería». La consecuencia no deseada fue la rebelión militar, el pronunciamiento, expresión sobre cuyo significado y arraigo en la tradición española disertó ampliamente. Una palabra «tan típicamente española que ningún otro pueblo ha sabido traducirla a su lengua».

Con la guerra llegó la traslación a España de las tensiones que también dividían a Europa: «Los españoles, absortos en nuestras querellas de familia, no supimos ver que otros países, por razones de índole estratégica o política —nunca ideológica—, iban a utilizarlas para realizar sus propios fines de

expansión o consolidación interior y exterior. Nosotros, los españoles todos, seríamos los peones en el tablero; el pensamiento director de nuestras acciones estaba fuera del territorio en que la lucha se empeñaba». Pensaba, sin duda, en Alemania e Italia, contra cuyas fuerzas había combatido, pero también tenía presente a la Unión Soviética, y posiblemente a Francia y al propio Reino Unido, cuya pasividad constituyó otra forma de intervención. Se deduce de esta afirmación un juicio en línea con el cambio de pensamiento experimentado en los meses finales de la guerra. Ya no veía en la URSS un aliado, sino un Estado que «por razones de índole estratégica o política» había desempeñado ese papel. Eran los españoles, también sin distinción de bandos, quienes compartían la condición de víctimas, en un análisis poco usual en aquellos momentos ni entre los vencedores ni entre los vencidos, y que apuntaba a un amago de reconciliación o, al menos, a una reflexión en común sobre el drama colectivo de todos los españoles.

Durán pasó después a detallar la confusión reinante tras el alzamiento, la difícil convivencia de las milicias populares con el reducido ejército profesional que había permanecido leal a la República, la entrega de armas al pueblo y la organización de los frentes en las primeras semanas. Definió aquel período como el «de la desorganización organizada». La antítesis de su héroe anónimo era el delincuente, el especulador, el criminal. «En un país en guerra —aseguró— la retaguardia es el área de expansión natural del sinvergüenza. Sólo quedan en el frente los mejores. Y así se lleva a cabo una de las más tristes leyes del conflicto guerrero: el sacrificio del héroe en beneficio… del que no lo es. La guerra es una selección al revés».

Después llegó la organización relativa, continuó Durán, el relativo equilibrio de fuerzas, la improvisación de un ejército, la conversión de los milicianos en soldados y la constitución de un Estado Mayor, con mención expresa de reconocimiento hacia los generales Miaja y Rojo. Y también llegó la derrota. «Un espíritu de heroica y consciente indiferencia vivía en la conciencia de las gentes. Las cosas iban mal; a un desastre sucedía otro desastre; faltaban armas para luchar, alimentos para sostenerse; pero si se le preguntaba a un español que qué pasaba, respondía: no pasa nada, y si pasa, no importa». Se preguntó si era la indiferencia del derrotado o la fe acendrada, indolente ante la desgracia, la que sostenía esa resignación. No encontró respuesta a su propia pregunta.

Sí obtuvo conclusiones, en cambio, de tres años de lucha. La más importante situaba a la República como un régimen indefenso: «La historia de la Guerra Civil española en el campo republicano es la trágica historia de un

pueblo regido por un gobierno que no consigue recobrar por entero sus órganos de poder jurídicos, administrativos o coactivos sino momentos antes de su muerte. Es posible que los hombres que lo dirigían no estuvieran a la altura de su terrible misión. Es muy posible. Y sin embargo… La tarea era casi de un orden sobrehumano. La historia de la Guerra Civil española es la historia de una larga agonía».

Concluyó con esta frase solemne a modo de resumen conciso de toda su intervención y como síntesis de su propia experiencia. Con ella cerró también el paréntesis abierto cuando Liddell Hart le propuso hablar de la guerra española. Tras pronunciarla retornó al mutismo en el que se había refugiado desde que abandonó España. Apenas divulgó otros recuerdos, ni los positivos ni los que no lo eran tanto. «Una enseñanza de la guerra española» constituyó casi la única exteriorización de su visión de la guerra. En el futuro sólo respondió a la consulta de algunos historiadores o intervino para corregir los errores de otros, pero lo hizo en contadas ocasiones. Su norma fue el silencio, sobre la guerra en particular y sobre su vida pasada en general.

Cuando en 1945 un periodista de la publicación argentina *Tribuna* le preguntó sobre su actividad en Londres y sus escasas intervenciones públicas sobre la guerra, explicó sus razones: «En Londres empecé a reconstruir mi vida. Un breve descanso físico. Me hice un compromiso de no hablar de la Guerra Civil hasta que llegaran nuevos días. De vez en cuando alguna charla en rueda de amigos; pero nada más. La lucha no es para ser explotada con pujos de héroe, sino para defender un ideal. Se lucha y eso basta como recompensa»[190].

Aquella frase lapidaria pronunciada en Dartington Hall también avivó conciencias y despertó admiración. Con admiración escucharon muchos de los presentes, con interés también, quizá con cierto asombro por la fluidez y el leve acento de su inglés. Entre quienes sumaron la admiración y el interés se encontraba una joven norteamericana de sonrisa franca y expresiva belleza, una mujer idealista atraída por el mundo utópico de los Elmhirst. Cuando terminó de escuchar confirmó que por aquel joven refugiado al que había observado días antes, con el que había conversado y escuchado música en su compañía, al que Dorothy Elmhirst elogiaba en su presencia y en su ausencia, sentía algo más que admiración e interés. Se llamaba Bonte Romilly Crompton y tenía veinticinco años.

La suya fue una relación fulgurante que no formaba parte de los planes de ninguno de los dos apenas unas semanas antes, pero que avanzó con la celeridad de un enamoramiento repentino en tiempos de excepción hacia un

hombre que salía de una guerra y quizá iniciara otra. Bonte sintió una fascinación inmediata cuando le conoció. Para ella representaba la encarnación de cuanto había idealizado desde que también, a su manera, librara su particular guerra de España. Había apoyado la causa republicana, participado en alguna manifestación y simpatizado con los refugiados que llegaban al Reino Unido. Cuando conoció a Gustavo se dejó seducir por ambos, por el hombre y por el mito. En la seducción de Durán no hubo tanto una intención concreta, sino la expresión de su carácter y de su capacidad para impresionar de modo casi inconsciente. Bonte poseía virtudes que la convertían en la compañera idónea, en un alma gemela igualmente dotada para las relaciones sociales y cautivada por el arte, la pintura y la literatura. A la ceremonia del cortejo contribuyó la actitud decidida de Dorothy Elmhirst, entusiasmada casi tanto como Bonte con la continuidad de aquella relación accidental. Si hacia el español profesaba una estima sincera, respecto a Bonte sentía un cariño protector basado en vínculos familiares indirectos.

Bonte Romilly Crompton era norteamericana pero de origen inglés. Su padre, David Henry Crompton, se había establecido en Estados Unidos en 1909 como abogado y empresario de éxito —había sido presidente de Surpass Leather Company y vicepresidente de Booth American Shipping Company—, aunque la Gran Depresión mermó considerablemente su patrimonio. Casado con Lillian Sheridan Crompton, el matrimonio tuvo cuatro hijos: Bonte, Catherine, Belinda y David. Bonte, la mayor de las hermanas, llevaba un año residiendo en Londres, donde había estudiado pintura, antes de trasladarse a Dartington Hall. Su hermana Belinda, Binny, se había casado en septiembre de ese año en New Hampshire (Estados Unidos) con Michael Straight, hijo de Dorothy Elmhirst.

Michael Straight era otro personaje de notable celebridad incorporado a la familia Crompton. Se trasladó con su madre a Inglaterra, se formó en Dartington, estudió en la London School of Economics y en 1934 prosiguió en el Trinity College de Cambridge. Allí concretó su ideario y su militancia en el Partido Comunista. A ello contribuyó un viaje a la URSS en 1935 en compañía de Anthony Blunt. Crítico de arte e intelectual brillante, Blunt inició entonces su asociación clandestina con los servicios secretos soviéticos. Fue él quien le reclutó en Cambridge, quien le incorporó a la denominada Sociedad de los Apóstoles, una arraigada y exclusiva organización estudiantil que en sus décadas de existencia se dedicó a fomentar el debate intelectual, y que contaba entre sus miembros con numerosos pensadores. De aquel círculo surgieron los más célebres agentes de la URSS en Occidente: Anthony Blunt,

Guy Burgess, Kim Philby, Donald Maclean y John Cairncross. Durante un tiempo, hasta poco antes del estallido de la Guerra Civil en España, el supervisor que actuó como enlace e instructor de todos ellos en Londres se llamaba Alexander Orlov, el mismo que propuso a Gustavo Durán para su cargo en el SIM. Posiblemente, Durán y Straight desconocían este nexo común en sus vidas, pero tampoco eran completos desconocidos.

Al igual que su madre, Michael había seguido con entusiasmo los acontecimientos de la guerra. En España falleció su gran amigo y poeta John Cornford, el primer voluntario británico en combatir por la República y uno de los primeros en morir por ella. La pérdida radicalizó su compromiso político, y durante un tiempo Straight aceptó suministrar información para la inteligencia soviética. También perdió la vida otro conocido suyo, Julian Bell, miembro de la Sociedad de los Apóstoles y sobrino de la escritora Virginia Woolf. Fue abatido en la batalla de Brunete, mientras Durán combatía en sus proximidades y Madrid acogía los debates del Congreso de Intelectuales. De aquella batalla y otras posteriores adquirió el recuerdo de un nombre, un comandante de división que era habitualmente elogiado por la propaganda republicana. Aquel otoño amenazador de 1939 ese militar, ya desposeído de rango y de ejército, se convirtió en su cuñado.

Poco después Straight rompió con la inteligencia soviética y evolucionó hacia posiciones políticas más propias de la socialdemocracia. Colaboró activamente con la administración Roosevelt y ocupó una elevada responsabilidad en el Departamento de Estado durante su mandato.

La otra hermana de Bonte, Catherine Walston, había adoptado el apellido de su marido, el diputado laborista Harry Walston, aunque en el futuro se la conocería como la amante ocasional del escritor Graham Greene; fue el amor de su vida para varios de los biógrafos del autor. Catherine era una mujer sumamente atractiva, dotada de una personalidad fascinante. Gustavo mantuvo siempre una afectuosa relación con ella. Greene se inspiró en Catherine y en su relación para escribir la novela *Un caso acabado*.

Éste era el círculo familiar al que Durán se unió tras un noviazgo efímero. Bonte y Gustavo se casaron el 4 de diciembre de 1939. Fue una ceremonia sencilla, oficiada por un funcionario del registro civil, seguida de una celebración íntima en uno de los salones de Dartington Hall. Acudieron Federico de la Iglesia y el matrimonio Azcárate por parte de él, y estuvieron también presentes los Elmhirst, Dorothy y Leonard, David Crompton, Catherine y Harry Walston y el historiador Liddell Hart.

Las fotos muestran una pareja feliz e ilusionada, aparentemente ajena a las preocupaciones del momento; una pareja convencional de recién casados en un instante de dicha plena. Pese a todo, él probablemente no pudo evitar un recorrido fugaz por su pasado mientras recibía felicitaciones y deseos de amor duradero. Quizá pensó en su madre, excluida de aquel momento en la vida de su hijo menor, como había ignorado todo lo demás: la guerra, el exilio de Gustavo, el suicidio de su marido y el hecho de haber sobrevivido a éste. Debió de recordar a sus hermanos, Josefina, Araceli y Ernesto. La primera todavía residía en Barcelona, aunque en breve se trasladaría a vivir a Canarias con Araceli y su familia. Ernesto y Antonia retornaron poco después a Madrid para abrir de nuevo el negocio de la calle Barquillo. Gustavo conoció todas esas noticias siempre a destiempo y mediante carta, acostumbrándose al destierro, a reconocer a sus hermanos por direcciones postales que formaban parte de su propia existencia —Madrid, Canarias, Barcelona—, aunque él se sintiera ya excluido de aquella realidad.

Después de contraer matrimonio, Gustavo y Bonte pasaron una breve luna de miel en Cornualles. Allí leyó una edición bilingüe en alemán e inglés de los *Sonetos a Orfeo* de Rilke, publicados en 1936. Aquella lectura le reafirmó en su propia determinación. No deseaba ser víctima del pasado ni sufrir la inadaptación del exilio. Cuando leyó el soneto XII, subrayó un verso en el que posiblemente veía reflejada su situación: «Lo que se refugia en la permanencia es ya lo petrificado ¿vanamente se cree seguro al abrigo del anodino gris?». En un margen escribió las primeras palabras en alemán del poema y anotó la fecha:

> Wolle die Wandlung! (Desea la transformación plena)
>
> GDurán
> Portwrinkle, Cornwall
> diciembre 1939

Posteriormente intentó alistarse en el ejército británico pero su solicitud fue rechazada, muy probablemente a causa de su participación en la guerra como oficial republicano. En Londres la guerra dominaba la vida cotidiana incluso a principios de 1940, cuando aún no se había iniciado la ofensiva alemana en el oeste y las incursiones aéreas todavía no ensombrecían el cielo de la capital. Gustavo trabajó brevemente en el Educational Film Centre, en Soho Square, adaptando producciones de propaganda aliada y antinazi. Fuera en Londres o en Devon, su vínculo más directo entonces con una lucha

relegada al continente continuaban siendo las cartas de sus amistades, endulzadas con las felicitaciones por su matrimonio sin que ello anulara el temor y la angustia que emanaban de su contenido.

Nada más difundirse la noticia de su enlace, Ernst Adam se apresuró a darle la enhorabuena tras leer la descripción de Bonte: «Después de lo que me has contado sobre ella ya no sé si darte la enhorabuena a ella o a ti»[191]. Desde México le llegó también el mensaje afectuoso y socarrón de Díez Canedo, en el mismo tono de ironía presente en todas sus cartas: «Estaba ESCRITO que tenías que casarte tú con una extranjera, ¡quién lo hubiera dicho en Tarancón o en el Maestrazgo!, ¡quién se lo hubiera dicho al cónsul de los Estados Unidos en Valencia!»[192].

Pero fueron Alberti y María Teresa quienes ofrecieron el testimonio más emotivo, entrelazando su felicitación con la incertidumbre sobre su propio futuro, al estar a punto de partir de París para iniciar un segundo exilio en América:

> Queridísimo Gustavo:
>
> Tú no contestaste más. Ya nos vamos a América, a Chile. Sabemos que vas a casarte. Te deseamos muchísima suerte. Nosotros no sabemos cuál será la nuestra. ¡1940! Neruda ya se marchó. De los españoles conocidos cada vez van quedando menos. Habrá naranjas ahora por las lindes de la carretera de Teruel-Sagunto. A tus órdenes, mi teniente coronel. Abrazos, Rafael.
>
> ¡Gustavo! Tienes tiempo de contestarnos a esta felicitación de desposorios y año nuevo. Hazlo. Te queremos como siempre y necesitamos tu despedida. ¿Hasta cuándo? Te abraza M. Teresa[193].

Pablo de Azcárate destilaba una tristeza similar al elogiar a la joven pareja, «el único rayo luminoso —escribió— en medio de todos los desastres morales y materiales que nos han caído encima desde que salimos de España; y ese rayo no puede extinguirse ni se extinguirá»[194].

En esas fechas también recibió noticias y rumores que de nuevo cuestionaban su actuación en la guerra. Por Díez Canedo tuvo referencias de la publicación del informe de Indalecio Prieto relativo a su salida del Ministerio de Defensa Nacional. Pero la misiva más directa en ese sentido se la remitió desde Francia Álvaro Menéndez, redactor de *Hierro* y *Nuevo Ejército*, miembro de la Alianza y amigo personal de Gustavo:

Excuso decirte que circulan versiones sobre tu salida de Valencia que perjudican tu limpia historia grandemente. Quienes así hablan no me merecen garantía muy grande. Algunos hablan de segunda o tercera mano… Yo niego todas estas versiones. Mientras no se demuestre siempre creeré que has cumplido con tu deber. Como supongo que sobre estos asuntos estarás en guardia, no hago más extensa esta enojosa cuestión: pero —si ello te interesa— merece la pena que estés en guardia y que esclarezcas los hechos con los testimonios más numerosos e irrebatibles que puedas[195].

No sabemos si Durán respondió a esta acusación, pero por otra carta previa, remitida el 1 de febrero de 1940 a otro conocido, de nombre Alonso y del que no existen más datos, sí conocemos su opinión. No dejaba de ser la expresión de su propio estado y del desánimo que mantenía desde que abandonara España. Se trata de un texto revelador pues es el único en el que Durán se manifiesta libremente, en confianza, y revela su hartazgo. Se confiesa ajeno a las disputas entre exiliados, dispuesto a mantener un criterio propio pese a los juicios sobre su persona. Alude igualmente al ciudadano anónimo, personalizado en un genérico Juan y Pedro —en Juan Español, llega a afirmar—, víctima última de la guerra, la represión y la posguerra.

Para mí ha pasado el tiempo. No sé si para bien o para mal, pero ha pasado. La dura y verdadera prueba a que han sido sometidas ciertas cosas las ha cuarteado, cuando no roto a pedazos, irremediablemente. No tiene uno más remedio —por lo menos así lo creo yo— que repasar las cuentas y comprobar a cuánto asciende el debe y a cuánto el haber. Otra cosa equivaldría a andar como caballo de fuego, con los ojos vendados y a merced de lo que le convenga al picador y al toro. Y como aún no he terminado de hacer el balance ni con mucho, me limito por el momento a considerarme ciudadano anónimo y libre, ajeno a toda ortodoxia y heterodoxia. Que los de Prieto y los Negrín se tiren los trastos a la cabeza; que Casado publique libros, se ponga el delantal blanco… y diga a los cuatro vientos que él es el profeta verdadero; que los del ruedo ibérico —¡qué ruedo y qué cuadrilla!— vociferen y desbarren. Allá ellos. Pero que no cuenten conmigo. Hice lo que pude cuando hizo falta, y a veces hasta creo haber hecho más de lo que podría. Y como entonces cumplí con mi deber en esa forma, ahora lo hago en esta otra: examino lo pasado y lo presente y guardo para mí mis conclusiones. No olvido que el remedio al mal de ahora es muy difícil (porque es obra de todos: sirios y troyanos) y

que en último término es siempre el pobre Juan Español quien paga los vidrios rotos. Franco está en la Alameda de Osuna dándose la gran vida; nosotros, mal que bien, vamos tirando en el destierro; pero Juan y Pedro… las están pasando moradas… cuando no negras… Sólo me queda añadir que, compartas o no mi manera de pensar, te aconsejo que no la taches de «desinflamiento». Te equivocarías si lo hicieras y, además, faltarías con ello a la buena amistad que te profesa, ahora y siempre… Gustavo[196].

Otras comunicaciones incidían en ese mismo punto, pero desde otra perspectiva distinta. Hemingway le escribió una segunda carta desde Cuba el 5 de marzo de 1940. Ultimaba entonces *Por quién doblan las campanas* y había iniciado contactos con Hollywood para su adaptación cinematográfica. De todo ello le ponía al corriente. Contaba con Gustavo para la versión fílmica en compensación por las aportaciones de éste. Aseguraba, en un texto breve pero muy revelador sobre la gestación de la novela, que el español había inspirado y sugerido muchos de los hechos relatados.

Aquél era un momento feliz en la vida del escritor. La carta da testimonio de su apacible estancia en Cuba, junto a Martha Gellhorn. Acababa de comprar Finca Vigía, una mansión en San Francisco de Paula, que se convertiría en su hogar más estable, asociado a sus años más intensos y productivos literariamente. Por la mañana escribía, luego pescaba, comía, y por la tarde jugaba al tenis y nadaba. Regresaba al trabajo al anochecer. Pero, al tiempo, no podía evitar el resquemor de tanta felicidad entre tanta desgracia: «Me siento culpable por sentirme feliz cuando hay tantas personas conocidas que sufren tanto. Pero decidí hace tiempo ser feliz en mi vida incluso bajo las peores circunstancias, y sólo mediante el trabajo bien hecho estoy en posición de ayudar a los demás»[197].

Hubo otras cartas que no iban dirigidas a Durán, que él nunca conoció, pero en las que su nombre aparecía citado en descargo de ciertas responsabilidades y en acusación de otras. Una de ellas la suscribió su amigo y pintor José Vela Zanetti. Se trata de un texto redactado en Francia, sin fecha, pero correspondiente a los primeros meses del exilio. Iba dirigida a la dirección de las comunistas Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) y, en concreto, a su secretario general, Santiago Carrillo. Zanetti le reprochaba la presión a la que había sido sometido su trabajo durante la guerra y el sectarismo con que se censuraba a aquellos artistas y colaboradores que no militaban en la organización. Zanetti hablaba desde la autoridad que le

confería el haber sido él mismo miembro de las JSU y haber participado en numerosas publicaciones de guerra. En uno de los párrafos de la carta, cuyo original se conserva en los archivos de la Fundación Pablo Iglesias, acusó a los cuadros de las JSU de haber discriminado a Durán y a su Estado Mayor, y de haberse mofado de su condición sexual:

> Cuando no se controlaba lo escrito, de la boca de los dirigentes y dirigentillos salían maldiciones e insultos para figuras cuya fama sonaba más allá de las fronteras. Narraba yo, protestando, cómo se moría de hambre el poeta Rafael Alberti y cómo tenía que vivir de la limosna de jefes como Durán y otros. Y se empalmaba la mofa hacia este jefe, a quien se llamaba por vosotros «el Estado Mayor de los invertidos», porque en él había artistas. Porque su jefe era músico; su segundo jefe: Adam, un profesor; su capitán de información, Espada, un dibujante; su jefe de operaciones un escritor, Ruanova. Y esto no era una conversación sino una lección que se sistematizaba diariamente en los segundones de la dirección y en los cuadros de menor categoría[198].

Desde España apenas llegaba correspondencia. La censura y la posición política del régimen franquista limitaban enormemente las posibilidades de comunicación con el Reino Unido. El temor a ser interrogados, el miedo a saberles en contacto con un exiliado de la relevancia de Durán, tampoco facilitaba el contacto. No obstante, su tía Marina, hermana de su padre, se atrevió. Le envió una carta desde su domicilio de la calle Urgel de Barcelona obviando toda referencia política o incómoda, sólo para hablar de cuestiones familiares, también desagradables pero políticamente irrelevantes. Había ido a Madrid tras la muerte de su hermano y visitado a Carmen. Fue un viaje breve porque no pudo soportar demasiado tiempo en la casa:

> Quise ir a Madrid cuando recibí la noticia de su muerte pero no me fue posible. Fui unos meses más tarde, estuve en casa de Carmen solamente veinticuatro horas; te digo sinceramente que aquella casa se me caía encima. No acierto a comprender cómo ocurrió todo, tan distinto a mi modo de ser, que prefiero no recordar[199].

En medio de esa confusión de reproches, de buenas y malas noticias, transcurrió la primavera de 1940. A pesar de todo, y ese todo incluía la guerra, Gustavo y Bonte se sentían felices, absortos en su mundo privado, entregados al conocimiento el uno del otro, superando el sentimiento de

admiración mutua con el que habían convivido en las primeras y efímeras semanas de relación.

En mayo de 1940, cuando el ejército alemán inició su fulgurante ofensiva en el oeste conquistando Bélgica, Holanda y Francia, sólo el Reino Unido pudo resistir la arrolladora presión germana. Comenzaron entonces el acoso aéreo, los bombardeos y la lucha por el control de los cielos de la isla en una primera fase de la batalla de Inglaterra. Fue entonces cuando los Durán decidieron abandonar Europa y establecerse en Estados Unidos. Gustavo creyó que sería la estación final del camino emprendido en Gandía un año antes. Pensó que allí encontraría la paz y el sosiego, lejos de la guerra y de las disputas políticas. Estaba muy equivocado. Nuevos reproches y distintas acusaciones le aguardaban. Sólo sería una estación de paso en un viaje con muchos destinos; en realidad, un viaje hacia ninguna parte.

13

«Tu amigo. Ernesto»

¿Mi tierra?
Mi tierra eres tú.
¿Mi gente?
Mi gente eres tú.

LUIS CERNUDA,
«Contigo»

Los Durán llegaron a Estados Unidos el 28 de mayo de 1940 viajando por separado en dos barcos distintos por razones de seguridad. El visado de entrada de Gustavo en el país lo había gestionado su cuñado Michael Straight, entonces un funcionario de alto nivel de la administración Roosevelt. Desembarcaron en Nueva York. Para Bonte representaba volver a casa. Para él, la visión imponente de la ciudad un día soleado de primavera constituyó su primer contacto con el mundo idealizado en el que había depositado tantas esperanzas.

Reaccionó con generosidad a la generosidad que percibió en su acogida. Creía en Estados Unidos como democracia, como un país en el que gozar de la libertad que no disfrutaba el suyo, donde no importaba el pasado, pensaba, sino el futuro. Y no albergó dudas sobre sus posibilidades aunque afrontara un dilema laboral de difícil resolución. No poseía experiencia profesional, ni titulación académica, ni oficio concreto más allá de su actividad como doblador de películas en un país que no los necesitaba, y su carrera militar en un país en el que no podía ejercerla. Le quedaba la música, en su doble faceta de compositor y musicólogo, y otro valioso activo: amistades, algunas de ellas influyentes.

A mediados de julio Ernest Hemingway llegó a Nueva York. Se alojó en una *suite* del hotel Barclay, a muy poca distancia de la sede de su casa editora Scribner's. Invitó a Durán a visitarle, como a otros amigos comunes en la ciudad. Robert Capa y John Ferno, ayudante de Ivens en el rodaje de *Tierra de España*, también acudieron. Los Durán residían entonces en Highfield, la casa de verano de la familia Crompton en Wilton, New Hampshire. Ernest convenció al español para que compartiera su habitación durante unos días. El escritor mantuvo en todo momento una actitud paternal y amistosa hacia él, mostrándole la ciudad y guiándole en la búsqueda de los artículos que necesitaba. Incluso se ofreció a pagar algunos de sus gastos. Gustavo agradeció el gesto pero lo rechazó.

Sus conversaciones más habituales giraban en torno a la novela, prácticamente conclusa. Le confirmó que había decidido su título definitivo, *Por quién doblan las campanas*, y leía a diario las hojas manuscritas en presencia de Gustavo. Uno de aquellos días, el periodista del *New York Times* Robert van Gelder fue a entrevistar al autor. Durán estaba presente. En su primera respuesta, Hemingway aseguró que llevaba diecisiete meses trabajando intensamente en el libro. Mientras respondía cruzaba palabras con Gustavo en inglés, francés y en su imperfecto español. De repente, fue éste quien interfirió asumiendo el papel de entrevistador: «¿Aproximadamente cuántas palabras escribes cada día?»**[200]**, inquirió Gustavo ante la sorpresa del periodista y la mirada atónita de Hemingway, quien no sabía si responder. Lo hizo sin precisión, de modo genérico: unos días muchas y otros pocas, aseguró, para después afirmar: «¿Por qué demonios quieres saberlo, Gustavo?». «No sé —respondió—. Es interesante». A partir de ese momento, la entrevista literaria derivó en una conversación sobre la guerra y la responsabilidad de quien toma decisiones que pueden suponer la muerte de muchas personas, con Durán como protagonista del relato. En presencia de Van Gelder, hablaron sobre los amigos comunes y su suerte, sobre los que habían muerto, los que una vez en Rusia habían sido fusilados, la pareja de exiliados, de la que el periodista no cita el nombre aunque podría tratarse de Alberti y María Teresa, finalmente acogidos en Argentina. Durán les abandonó un instante para atender una llamada telefónica y Hemingway aprovechó para comentarle al periodista que mientras escribía el libro había pensado mucho en él, que le hubiera gustado tenerle cerca para obtener información y debatir ideas. «Ahora que finalmente le he encontrado —añadió— el libro está a punto de ser impreso, no puede ser cambiado».

Aunque era cierto que el libro estaba ultimado, le insistió en que revisara las pruebas, en que corrigiera sus expresiones en español, sus tacos malsonantes, los modismos coloquiales y sus referencias a la zona de Valsaín donde se desarrollaba la acción, y que Gustavo conocía perfectamente. Durán regresó a Wilton con el compromiso de hacerlo, mientras que Hemingway permaneció en Nueva York.

De nuevo en La Habana, el escritor envió otra carta a Gustavo el 13 de agosto confirmándole que esperaba su revisión de las pruebas para que, una vez corregidas, las remitiera a Scribner's. A través del texto surgía también un autor más dubitativo de lo que solía mostrarse. Hemingway trasladaba a su amigo el dilema que representaba escribir sobre un país que en el fondo, aseguraba, no conocía tan bien. Se sentía inseguro y con poca confianza en poder captar el sentir de los españoles. Confesaba que esa parte de su trabajo le disgustaba y le parecía incluso embarazoso haberle encargado la misión de corregir sus errores, los del lenguaje y los históricos, los relativos a una guerra de la que consideraba a Gustavo un héroe, su héroe, llegó a reconocerle, en una actitud elogiosa en la que no solía incurrir:

> Y también odio que tengas que hacerlo tú, como te he explicado en Nueva York, porque no tengo ningún derecho a escribir de España, ni de los españoles, ni del Movimiento, ni de la guerra, y me siento realmente disgustado de que tú, que eres un héroe para mí (sé que yo mismo te dije que no convenía tener héroes, pero tú has sido el mío en esta guerra y no puedo evitarlo), leas lo que yo escribo precisamente sobre ello[201].

El español representaba en aquel momento para el norteamericano la simbiosis perfecta del intelectual y el hombre de acción, la encarnación de su propio ideal, el mito al que aspiraba en su literatura y en su vida.

Gustavo revisó las pruebas y, en una primera lectura íntegra, «no quedó muy impresionado por el español de Ernest. Por otra parte, y con alguna reserva, encontró el libro sorprendentemente efectista»[202]. La lectura de la novela le permitió viajar en el tiempo a un escenario poblado por personajes fácilmente reconocibles aunque el autor hubiera alterado sus nombres en la ficción. En sus páginas aparecía el general Walter, llamado Golz en el libro; el periodista ruso Koltsov, ligeramente distorsionado como Karkov, y el general Lukács o André Marty. Robert Jordan, el norteamericano protagonista del relato, se inspiraba vagamente en Robert Merriman, profesor de economía en la Universidad de California, responsable del Batallón Lincoln y posteriormente jefe de Estado Mayor de la XV Brigada Internacional, a quien

Gustavo había tratado durante la batalla del Jarama. Merriman desapareció misteriosamente en abril de 1938 en los combates del frente de Aragón. Tanto Jordan como María, la española que se enamora del activista norteamericano, reproducían el propio mundo interior de Hemingway: su personal visión de la guerra y del amor, el ensalzamiento del héroe solitario y su sacrificio.

Por quién doblan las campanas se editó a finales de aquel verano de 1940 y constituyó un éxito inmediato. En octubre la Paramount Pictures compró los derechos para su adaptación al cine por cien mil dólares.

Gustavo Durán aparece mencionado en dos ocasiones en la obra de manera superficial junto con otros militares de prestigio. Luego, en el capítulo 30, Hemingway le dedicó una descripción individual y elogiosa que quedaría para siempre asociada a la imagen literaria del español, elevando su condición a la de personaje mítico. La admiración que Hemingway refleja supera las virtudes de Jordan, el protagonista-héroe de la novela. Si éste es un dinamitero profesional, un guerrillero idealista, poco tiene de extraordinario en comparación con Durán, el amigo Durán, el «niño bonito» reconvertido en gloria militar:

> Te has portado muy bien, para ser sólo un profesor de español en la Universidad de Montana —pensó, tomándose el pelo a sí mismo—. Te has portado bien para ser un profesor. Pero no vayas a figurarte que eres un personaje extraordinario. No has llegado muy lejos por ese camino. Piensa simplemente en Durán, que no había recibido nunca instrucción militar, que era un compositor, un niño bonito antes del Movimiento y ahora es un general de brigada rematadamente bueno. Para Durán ha sido todo tan sencillo y tan fácil de aprender como el ajedrez para un niño prodigio. Tú estás estudiando el arte de la guerra desde tu infancia, desde que tu abuelo empezó a contarte la guerra norteamericana. Salvo que tu abuelo la llamaba siempre «la guerra de rebelión». Pero al lado de Durán eres como un buen jugador de ajedrez, un jugador muy sensato y de buena escuela frente a un niño prodigio. El amigo Durán. Sería bueno volverle a ver. Le vería en el Gaylord, cuando esta guerra termine. Sí, cuando termine esta guerra[203].

No le vio en el Gaylord, sino en Nueva York, y le vería en muchas otras ocasiones. El Gaylord seguía en Madrid, cumpliendo su función de hotel exclusivo. Ya no servía de cuartel general a la delegación soviética ni a los mandos de las Brigadas Internacionales. Muy cerca de él continuaba la antigua vivienda de José Durán en Alberto Bosch, donde aún vivía Carmen

antes de que su rastro se perdiera para siempre en la España gris y difusa de la posguerra.

El 16 de septiembre de 1940 Gustavo recibió respuesta a una carta remitida semanas antes. La contestación era breve, casi telegráfica, pero en ella no importaba tanto el contenido como el remitente. El papel oficial llevaba membrete de la Casa Blanca. La primera dama, Eleanor Roosevelt, confirmaba la recepción de una carta previa de Durán y otra de Leonard Elmhirst recomendando que le concediera audiencia. La referencia de éste era un aval de poderosa influencia, siendo los Roosevelt admiradores de su labor, aunque también debió de suscitar interés el hecho de tratar con un protagonista de una guerra en que las simpatías personales de ambos se habían dirigido hacia el gobierno republicano. Quizá conocían el personaje a través de Hemingway cuando éste proyectó *Tierra de España* en la Casa Blanca, y es probable que ya hubieran leído la descripción que aparecía en la última novela del escritor.

Eleanor Roosevelt dio satisfacción a su curiosidad personal y al interés del exiliado español:

> Querido señor Durán:
>
> He recibido su carta y la que me envía en nombre del señor Elmhirst. Lamentablemente, sólo estaré en Washington unas horas el próximo miércoles con motivo de un mitin. ¿Le importaría venir a Hyde Park un día, cualquier sábado o domingo, o prefiere esperar a que pueda recibirle en Washington? Atentamente, Eleanor Roosevelt[204].

A Gustavo le era indiferente el lugar del encuentro pero estaba impaciente por celebrarlo. Diez días después, la secretaria de Eleanor Roosevelt le citó a una recepción informal, un almuerzo con el presidente y su mujer. «La señora Roosevelt estará encantada de recibirle en su casa de Hyde Park para almorzar el sábado, 6 de octubre, a la una en punto», decía la nota oficial que acompañaba a la invitación con indicaciones prácticas sobre la forma de acceder a Hyde Park[205].

Llegó puntual y fue recibido con una cordialidad superior incluso a la que preveía. Varios congresistas y senadores estaban presentes, aunque muy pocos, además de Durán, se quedaron a la comida íntima que los Roosevelt habían organizado. Junto con el español se sentó a la mesa el multimillonario Nelson Rockefeller. No es difícil suponer que la realidad de dos guerras también estuvo presente: la española, de la que Durán debió de hablar, y la europea, sobre la que debió de escuchar, sin perjuicio de que su opinión

comprometida contra el nazismo añadiera puntos de vista a los propios del hombre que administraba los destinos de Estados Unidos. El encuentro sirvió para confirmar las impresiones positivas que todos se habían hecho con anterioridad, aceptando los Roosevelt que las referencias sobre su invitado español no eran desproporcionadas, y asumiendo Durán que la popularidad que sostenía al presidente estaba fundamentada en sólidas convicciones. Nelson Rockefeller también se llevó una impresión positiva de aquel encuentro y de la presencia del español.

En octubre de 1940, coincidiendo con aquella cita, Bonte y Gustavo se trasladaron a vivir al número 55 de Boston Post Road, Rye, Nueva York. Necesitaban un hogar propio. Bonte estaba embarazada y esperaban su primera hija para la primavera. Pese a la creencia de que ella aportó al matrimonio un patrimonio considerable y de que ambos vivían desahogadamente, lo cierto es que, durante aquellos primeros años, atravesaron algunas dificultades económicas y siempre vivieron en casas ajenas o alquiladas. No pudieron comprar su primera vivienda en Estados Unidos hasta su regreso de Chile años más tarde.

En esa época, Gustavo dedicaba el tiempo a sus estudios, a avanzar en el conocimiento de la música autóctona americana, que siempre le había interesado, pero aún no tenía una ocupación concreta. Según escribió en una anotación personal referida a esas fechas, «sigo visitando asiduamente la Public Library, consultando obras de toda clase y tomando notas que en su día me puedan servir. Mato el tiempo sobrante componiendo o tocando el piano»[206].

A su nueva dirección llegó también la correspondencia que le vinculaba con el resto de los exiliados dispersos por todo el mundo. Desde Colombia, donde sobrevivía colaborando con una editorial, el exgeneral Menéndez le ofrecía su visión desesperanzada sobre el destino de España y las posibilidades reales de cambio:

> Yo no veo tan cerca [el regreso] como lo ven algunos insensatos o ilusionistas. La verdadera razón de no ver yo tan próximo nuestro regreso no se funda naturalmente en que España esté a gusto con sus actuales gobernantes, sino en la crisis de hombres que la República tiene. Por si fuera poco, la expatriación ha envilecido a muchos, ha desanimado a otros y ha anulado definitivamente al resto… Le echo a Vd. muy de menos, como a todos los buenos amigos que no olvido a ninguno. Hoy por correo separado escribo a Federico de la Iglesia. Cuánto me gustaría algún día colaborar con ustedes de nuevo en beneficio de nuestra Patria, pero no en

son guerrero ni mucho menos, sino en obra de paz que la falta de inteligencia de sus gentes apartó para tanto tiempo[207].

Díez Canedo le escribió meses más tarde en términos similares:

> Yo creo que después de lo que hemos visto, no quedan ya más que dos divisiones a hacer entre los españoles: de un lado las personas DECENTES, y de otro, los que no lo son. Y no hago distingos entre decencia pública y decencia privada. Me parece que todos nosotros estamos mucho más de acuerdo con una persona decente, por monárquica y absolutista que sea, que con un indecente sinvergüenza más antifascista que quien quieras. Tengo la casi absoluta certeza de que las personas que de buena fe apoyaron el fascismo en España, están a estas horas tan hartas de sinvergüenzas como lo estamos nosotros[208].

Gustav Regler se encontró con Durán en Nueva York y le propuso que se trasladara a México junto a otros amigos comunes: Bergamín, Neruda, cónsul de Chile, o Adolfo Salazar. Regler acababa de publicar su libro sobre la guerra en España, *The Great Crusade*, casi de forma paralela a la novela de Hemingway, y preparaba otro para el que solicitaba ayuda a Durán, particularmente información sobre la defensa de Madrid y la quinta columna. «María Teresa me decía en París que tú conocías infinidad de episodios relativos a esa peligrosa organización», le diría en una de sus cartas[209].

En enero de 1941, tras contraer matrimonio, los Hemingway se reencontraron con los Durán en Nueva York. Se alojaron en el hotel Lombardy, el favorito de Martha. El objeto de su visita era cobrar personalmente el cheque de cien mil dólares por los derechos cinematográficos de *Por quién doblan las campanas*. Bonte, a su vez, estaba entusiasmada con la idea de conocer personalmente al escritor. Ella y Gustavo acompañaron a Ernest y Martha durante varios días, frecuentando los locales en torno a Times Square, donde un eufórico Hemingway bromeaba y mostraba el cheque retando a quien quisiera cobrar a hacerlo con cargo al importe reflejado y devolverle en metálico el resto de tan colosal fortuna. Ernest prometió a Gustavo las gestiones necesarias para asegurarle un puesto en el proyecto cinematográfico. Con tantos motivos para la alegría —el reciente matrimonio, el embarazo de Bonte, el dinero y el reencuentro—, los cuatro acabaron una noche en el Stork Club. Bonte recordaría años después que, mientras Ernest bailaba con ella, le confesó que Gustavo era el primer héroe real que había conocido desde su infancia y que le consideraba un gran

hombre. Tal y como le reconoció a Carlos Baker[210], se sintió en aquel instante enormemente orgullosa y feliz. No fue la única sorpresa que le depararon aquellas jornadas.

En los siguientes días asistieron a varias reuniones que representaron un contacto de excepción con el mundo literario anglosajón. En el Club 21 conocieron al novelista Dashiell Hammett. Días más tarde se reunieron con Archibald MacLeish y Aldous Huxley. Una tarde Hemingway invitó al escritor británico H. G. Wells. La recreación radiada de su exitosa *La guerra de los mundos*, escenificada por Orson Welles, todavía se comentaba en la ciudad con una mezcla de admiración y congoja. Ernest y Gustavo bebieron *whisky*, al que el español ya se había habituado, ante la conversación pausada, serena, de aquel venerable y respetado escritor, inconfundiblemente británico, aferrado a su taza de té.

Tras aquellas jornadas, posiblemente las más felices en la relación entre ambas parejas, los Hemingway se trasladaron a California, donde Ernest concretaría con su amigo y actor Gary Cooper la interpretación del papel de Robert Jordan en la película. Después viajaría con Martha a China. No regresaron a Cuba hasta mayo.

El inicio de 1941 fue también prometedor para Gustavo por otros motivos. Luis Buñuel, tras un azaroso exilio en Francia y Estados Unidos, había sido nombrado director de documentales del Museo de Arte Moderno de Nueva York (MOMA). Iris Barry, mujer progresista y esposa del vicepresidente del museo, John E. Abbott, había conocido su obra en los círculos surrealistas londinenses y debatido intensamente sobre ella en las tertulias de la London Film Society. Barry. Al conocer la escasa fortuna de Buñuel en Hollywood, le reclamó para catalogar, editar y doblar al español y al portugués documentales favorables a Estados Unidos. El objetivo último era difundir propaganda aliada en el contexto de una mayor aproximación de Washington a las repúblicas latinoamericanas y contrarrestar la preocupante influencia germanófila en algunos de estos países. Protegido por la mano generosa de Barry, Buñuel pudo constituir un equipo profesional integrado por sus amigos exiliados. A él se incorporaron el compositor Gustavo Pittaluga, Eduardo y Pablo Ugarte, y también Gustavo Durán.

Hasta entonces, Gustavo había pronunciado algunas charlas radiofónicas sobre el folclore latinoamericano en la emisora WNYC, pero éste puede ser considerado su primer empleo estable desde que llegara a Estados Unidos. Buñuel se adjudicó el mérito de haber contratado a su amigo, aunque también se contradijo al respecto. En la extensa entrevista que mantuvo con Max Aub

años después, al referirse a su empleo en el MOMA aseguró: «Entonces me encontré ya a Gustavo Durán y a Gustavo Pittaluga. Gustavo Durán era *assistant associate* y *chief editor*. Nada menos»[211]. Sin embargo, en esa misma entrevista se corrigió a sí mismo: «Luego, en Nueva York, lo metí yo en el Museo de Arte Moderno, y por poco me desbanca. Todos lo adoraban. Nunca he visto a una persona con más simpatía»[212]. Parece más verosímil atribuir a la influencia de Nelson Rockefeller, presidente del MOMA y uno de sus fundadores, su cargo oficial en la institución: director musical del departamento cinematográfico.

Durán trabajó en el MOMA, en la calle 53 de Nueva York, entre febrero y octubre de 1941. La misión encomendada suponía un trabajo arduo. Buñuel montaba de nuevo los documentales, Pittaluga o Durán componían la música y Eduardo Ugarte escribía los comentarios que luego se grababan y quedaban sonorizados en la copia final, ya apta para su distribución. Buñuel mantuvo siempre cierta discreción sobre su labor en el MOMA, que desde el punto de vista artístico carecía de la creatividad que anhelaba aunque no estuvo exenta de calidad. El cineasta aragonés, por ejemplo, montó una versión reducida de *El triunfo de la voluntad*, de la cineasta alemana Leni Riefenstahl, obra maestra del cine propagandístico. Pittaluga llegó a hablar de dos mil obras reeditadas y sonorizadas por el equipo en el que él colaboró, lo cual posiblemente es exagerado pero ofrece una idea del ritmo del trabajo encomendado. «Buñuel no debería ser tan modesto con sus obras secundarias, ignorando su labor en el Museo de Arte Moderno. La verdad es que Luis creó allí tal vez 2000 obras magníficas. Nosotros recibíamos documentales anodinos, materia prima a veces deleznable, que el equipo del Museo, y concretamente Buñuel, transformaba en películas maravillosas», afirmó el compositor[213].

Durante este período, el 26 de abril de 1941, nació la primera hija de Bonte y Gustavo, Dorothy Petra Durán, asumiendo el primero de los nombres en homenaje a Dorothy Elmhirst y el segundo en recuerdo de su abuela paterna. Siempre fue conocida, no obstante, como Cheli, el diminutivo de Araceli; otra concesión a los nombres femeninos de mayor significado para su padre. Gustavo se sentía en aquel momento relativamente feliz. Había encauzado su vida en una labor profesional que le gustaba y disfrutaba de su reciente paternidad. Como colofón a su empeño de exiliado plenamente integrado, había solicitado la nacionalidad estadounidense. Su pasado le parecía más que nunca eso, pasado, y así se lo dijo en una carta a su amigo Vicente Salas Viu en Chile, calificando a España como «un recuerdo

sentimental». Éste captó en su reflexión una negación de la realidad ingrata más que un distanciamiento sincero, y así se lo hizo saber: «Estoy seguro que sólo en un momento de depresión, de olvido, has podido hablar del "recuerdo sentimental" que para ti ya casi es sólo España. Estás confundido y te irás dando cuenta. Lo que pasa es que a veces desea uno ferozmente descansar de aquello que más le atormenta, y éste es el engaño que te has inventado»[214]. El tiempo confirmó la exactitud del pronóstico. Durán, pasados los momentos iniciales más amargos del exilio, siempre profesó un recuerdo entrañable y nostálgico de España. Procuraba estar informado de su actualidad y de las novedades literarias en español. Compraba libros ilustrados con fotografías del país sobre los que íntimamente debía de ver reflejados sus recuerdos, del mismo modo que casi cada año releía *El Quijote*.

Desde su puesto en el MOMA, Durán redactó un escueto currículum en el que, más que sus méritos propios, la excepcionalidad la aportaban las personas que se habían prestado a avalarle. Suscribían entre otros su candidatura Federico de Onís (Universidad de Columbia, Nueva York), Fernando de los Ríos (New School of Social Research, Nueva York), Pedro Salinas (Universidad Johns Hopkins, Baltimore), Jorge Guillén (Wellesley College, Wellesley), Joaquín Nin-Culmell (Williams College, Williamstown), Arsenia Arroyo (Barnard College, Nueva York) y A. González López (Hunter College, Nueva York). Cuando Jorge Guillén le respondió autorizando su inclusión en la lista, consideró la petición un honor:

> Mi querido amigo: Todavía no he contestado a su carta. Perdóneme. ¡Cuánto celebré recibir noticias suyas! Para mí es un honor —*honor*, palabra cada día más poética en estos tiempos de deshonra generalizada— figurar en la hoja de sus servicios universitarios como referencia[215].

En noviembre los Durán se trasladaron a Washington atendiendo una propuesta de Nelson Rockefeller. El hombre de la dinastía que encarnaba el poder político y financiero se movía en ambas facetas con suma habilidad. Admirador del arte y coleccionista, millonario de pretensiones ambiciosas, coqueteaba con labores de filantropía, con el mecenazgo cultural y con sus propios proyectos personales encaminados a una carrera política que le hacía ver su futuro en la Casa Blanca. No le faltó demasiado para conseguirlo. Llegó a ser años después gobernador del estado de Nueva York y vicepresidente de Estados Unidos entre 1974 y 1977, bajo la presidencia de Gerald Ford.

A comienzos de la década de los cuarenta, Nelson Rockefeller ya sumaba diversos cargos. No sólo era director del MOMA, sino que también ejercía como responsable de la Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos (OCIAA), una entidad gubernamental que supervisaba las relaciones con el resto del continente y que combinaba la influencia cultural con la vigilancia política. No le había pasado inadvertida la actividad de Gustavo en el museo, y propuso su traslado a la OCIAA pensando que allí serían más útiles sus conocimientos musicales.

Los Durán se alojaron en Dorchester House, en el número 2480 de la calle 16, y Gustavo comenzó a trabajar como secretario ejecutivo suplente del Comité de Música. Viajó por el sur de Estados Unidos para elaborar un libro sobre el folclore tradicional texano. En una ocasión oyó una música familiar, una melodía de sonoridad fácilmente reconocible aunque estuviera interpretada con otra letra y sin ninguna connotación política. Se trataba de «Red River Valley», la famosa canción sobre la que los brigadistas norteamericanos habían glosado la epopeya de la batalla del Jarama. Pedro Salinas, quien irónicamente se refería a él como «el más ilustre de los Gustavos», le escribió aludiendo a su nuevo trabajo: «¿Cabe más antirrealismo que V., que en vez de estar escribiendo lo que vio y dejó de ver en la guerra, se dedique a inquirir en temas de música popular neomejicana?»[216]. El proyecto culminó con la publicación en 1942 del libro *14 Traditional Spanish Songs from Texas*.

Hemingway le mantenía, a su vez, al corriente de los intentos frustrados por conseguirle alguna responsabilidad como asesor en el rodaje de *Por quién doblan las campanas*. Gary Cooper e Ingrid Bergman fueron contratados para interpretar a la pareja protagonista bajo la dirección de Sam Wood. Pero las posibilidades de obtener un empleo para Durán chocaron una y otra vez con los recelos de la productora Paramount por su supuesta filiación comunista. Hemingway se lo avanzó en un escueto telegrama: «Paramount dice no… Hollywood está loco. Abrazos. Ernesto»[217]. En compensación, le remitió un cheque de mil dólares para sus gastos inmediatos que Gustavo devolvió. El actor Gary Cooper también insistía en la necesidad de su colaboración —le escribió Hemingway poco después— para asegurarse una adaptación históricamente veraz. El autor incluso planteó un cambio de dirección para rodar la película con Howard Hawks, pero ninguna propuesta alteró la negativa de la productora. La acusación de comunista pesaba demasiado pese al consuelo que Ernest intentó transmitirle en noviembre de 1941: «Puesto que tú nunca has sido comunista debes pensar que todo esto es ridículo»[218].

La cuestión quedó finalmente zanjada con la negativa inamovible de la Paramount y del director Sam Wood. La película se rodó en 1942 con Gary Cooper e Ingrid Bergman como pareja estelar, pero el resultado no convenció en absoluto a Hemingway, quien se negó a asistir al estreno.

Antes de acabar el año, Ernest volvió a escribir a Durán proponiéndole de forma enigmática un trabajo que podría resarcirle del reciente fracaso. Ernest se limitó a insinuar que la nueva propuesta se ajustaba mejor a su talento, filtrando entre líneas un misterio al que Durán, un tanto acostumbrado a los excesos de su amigo, no pareció darle demasiada importancia en aquel momento.

En las últimas semanas de 1941 las novedades se sucedieron casi sin tiempo de reflexionar sobre sus implicaciones. Estados Unidos entró en guerra desde aquel fatídico 7 de diciembre en que la aviación japonesa atacó la base de Pearl Harbor. Coincidiendo con la extensión de la guerra, Gustavo intentó buscarle refugio a su amigo Ernst Adam a través de sus contactos españoles en México, donde la concesión del asilo parecía más accesible que en el propio Estados Unidos. Recurrió sin éxito a Adolfo Salazar y a Gustav Regler con idéntico resultado. Ernst Adam, eterno errante en su huida del nazismo, acabó en el Reino Unido, sumando a sus problemas la relación sentimental con una mujer de origen irlandés investigada por el servicio de contraespionaje británico MI5 por sus simpatías, paradójicamente, con el Eje.

Pero la noticia que más conmoción le provocó fue la muerte de su madre el 2 de abril de 1942, a causa de un ictus cardíaco. Petra Martínez Sirera falleció a los sesenta y cinco años, tras permanecer internada veintiséis de ellos, mientras su hijo menor, a miles de kilómetros de distancia, seguramente intentaba recordar la última vez que la vio en aquella fría mañana del invierno de 1934, cuando Petra, serena y resignadamente, ya no recordaba su nombre. A raíz de su muerte, Gustavo le contó por primera vez a su mujer la historia de su madre y el drama familiar asociado a ella.

Durante el verano de 1942, mientras Bonte pasaba unas semanas en Wilton con la pequeña Cheli y su familia, Durán fue invitado a ir a la escuela española de verano de Bread Loaf, en Middlebury, en compañía de Jorge Guillén y Pedro Salinas. Situado en el estado de Vermont, a pocas horas en tren al norte de Nueva York, Middlebury representó uno de los principales foros de expresión de la cultura española en Estados Unidos gracias a su programa de lenguas extranjeras y a la afluencia frecuente de intelectuales de primer nivel exiliados en el país. Jorge Guillén, Pedro Salinas y Francisco García Lorca se convirtieron en asiduos. Gustavo pronunció una conferencia

el 11 de agosto titulada «Romances, corridos y plenas». Manuel Fernández-Montesinos, sobrino de Federico y Francisco, recuerda perfectamente aquella jornada a pesar de su entonces corta edad, porque Durán preparó una serie de canciones y creó un modesto coro del que Fernández-Montesinos formó parte.

Para entonces, Gustavo había dejado temporalmente su puesto en la OCIAA y había sido transferido a la división musical de la Unión Panamericana, antecesora de la actual Organización de Estados Americanos (OEA), para la que trabajó hasta noviembre de ese año. Desempeñó una labor más burocrática que artística como enlace entre la Unión Panamericana, la OCIAA y el Departamento de Estado. Fruto de aquella breve experiencia laboral editó su segundo libro de investigación, *Recording of Latin American Songs and Dances.*

Durante ese verano entre Wilton y Middlebury, la vaga propuesta de Hemingway formulada meses atrás se concretó mediante una carta oficial del Departamento de Estado. Se requerían sus servicios en Cuba. Aunque el texto no mencionaba a nadie, Durán supo inmediatamente que la alargada sombra del escritor estaba detrás de la propuesta. Él mismo se lo había advertido: en breve le explicaría personalmente los detalles. Se verían pronto, en efecto, en La Habana.

14

Fábrica de maleantes

Mar de papel y plata de monedas.
Iré a Santiago.
¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!

FEDERICO GARCÍA LORCA,
«Son de negros en Cuba»

El mundo podía ser maravilloso visto desde Finca Vigía. La Vigía, como se llamaba cuando la construyó en 1887 el arquitecto gerundense Miguel Pascual y Baguer, es una finca de unas cuatro hectáreas asentada sobre un antiguo fortín demolido del que adquirió el nombre. El lugar, una loma sobre el mar en el municipio de San Francisco de Paula, un pequeño pueblo pesquero a pocos kilómetros de La Habana, permitía una vista privilegiada bajo un sol hiriente del que convenía huir durante el día para acudir a su encuentro al atardecer, en el momento en que declinaba bajo la línea difusa y azulada del mar Caribe. Dice la leyenda que Miguel Pascual escogió aquel lugar alto, fresco y agradable para dar consuelo a su esposa, Teresa Serra, quien nunca se recuperó de la pérdida de dos de sus hijos. Dice la realidad que la nieta del fundador de La Vigía, Sara Pascual Canosa, fue la mujer de militancia más antigua en el Partido Comunista de Cuba.

Es de suponer que nada de eso sabía Ernest Hemingway cuando alquiló por primera vez La Vigía en abril de 1939. Tras romper con su segunda esposa, Pauline Pfeiffer, había consolidado su relación con Martha Gellhorn. Hasta entonces, el hotel Sevilla y sobre todo el hotel Ambos Mundos habían acogido las estancias cada vez más frecuentes del escritor en la isla desde que llegara por primera vez en 1928. Su proximidad a Cayo Hueso, otro de sus lugares míticos en los cayos de Florida, su afición a la pesca y la activa noche

habanera le sedujeron con creciente atracción. La habitación 511 del hotel Ambos Mundos, hoy pieza de museo dedicada al autor, estaba siempre disponible durante sus visitas. Su máquina de escribir, ante la que solía trabajar de pie cerca de la ventana que daba a la bulliciosa calle Obispo y al hermoso centro histórico de La Habana, sigue allí, como los muebles que constituyeron entre aquellas cuatro paredes su refugio y su fuente de inspiración durante una década. Fue Martha Gellhorn quien descubrió La Vigía y la que convenció a su amante para trasladarse a ella, primero en alquiler y después comprando la propiedad en diciembre de 1940.

La mansión conservaba la elegancia arquitectónica original y el encanto de la influencia peninsular e isleña. Las baldosas eran españolas y el mobiliario, cubano, como lo era su fachada colonial, con un amplio pórtico que se deslizaba por una escalinata blanca, el mismo color que confería una tonalidad homogénea y luminosa a toda la casa. El jardín, amplio y cuidado, de un verdor inagotable sólo alterado por el colorido vistoso de los macizos de rosales y orquídeas, constituía el complemento natural perfecto al blanco continuo que trascendía de la fachada. Los mangos y los almendros aportaban la dimensión necesaria para conformar en su conjunto un jardín delicioso, escenario de paseos y lecturas de la pareja de escritores norteamericanos que acababa de comprarlo.

Los Hemingway bautizaron la casa como Finca Vigía y realizaron algunas obras bajo la atenta supervisión de Martha. Tres edificaciones coexistían en la propiedad: la casa, la piscina y el *bungalow* para invitados, además de una cancha de tenis que hoy sirve de pabellón donde se exhibe el yate *Pilar*, la embarcación que el escritor utilizó en sus expediciones de pesca. Su cuarta mujer, Mary Welsh, añadió después una torre con un despacho en el que Hemingway pudiera trabajar sin interrupciones. Existía —y existe— también un cementerio de animales, la última morada de los cuatro perros que tuvo el autor en Finca Vigía, y por donde maullaban también el medio centenar de gatos que poblaban el jardín.

En la máquina de escribir Royal, que todavía se conserva, escribió *Por quién doblan las campanas* y *El viejo y el mar*. En ella también redactó aquella carta en la que proponía a Gustavo una asociación enigmática de la que no desveló más detalles.

Fuera de Finca Vigía convivían un país convulso bajo la primera presidencia de Fulgencio Batista y el pueblo maravilloso y vital que tanto atrajo a Hemingway. La presencia española en la isla se había acrecentado en las últimas décadas con las sucesivas oleadas de inmigrantes que veían en La

Habana un destino de hipotética prosperidad. Los últimos en llegar habían sido los refugiados políticos provocados por la guerra, exiliados que, a su llegada, comprobaron con preocupación que abundaban los grupos falangistas y los círculos de españoles que simpatizaban abiertamente con el nuevo régimen franquista. Contra éstos, contra sus conspiraciones de salón, contra sus pretendidas veleidades germanófilas, dirigió Hemingway sus ansias recobradas de aventurero.

Desde principios de 1942 el escritor creó una red de informadores y confidentes para tener bajo control sus actividades. Denominó a esta organización de espionaje artesano The Crook Factory, la Fábrica de Maleantes, y se rodeó de españoles de confianza para ejercer de intermediarios con los informadores de base que habían logrado infiltrarse entre los casi tres mil militantes de Falange Exterior en La Habana. Entre los agentes reclutados había una variopinta representación de la colonia española en la isla: José Regidor, antiguo cabo de la Legión española, en el que el escritor confió por su experiencia militar pero que pronto se retiró de la misión entre acusaciones de cobardía; Roberto Herrera Sotolongo, hermano del médico personal de Hemingway, también español y exiliado republicano; el cura Andrés, un sacerdote vasco que decía haber empuñado las armas contra el ejército franquista; Félix Ermua, jugador de pelota vasca, alto y de complexión atlética, y Adonis Rodríguez, aviador republicano exiliado primero en la República Dominicana y después en Cuba.

Hemingway también intentó captar a su médico, el doctor Julio Herrera Sotolongo, capitán en la guerra española, pero éste se negó alegando que no deseaba convertirse ni en policía ni en espía. También figuraban sus leales amigos cubanos: Gregorio Fuentes, el carismático patrón del yate *Pilar*, nacido en Canarias pero emigrado en su infancia como polizón en un barco mercante que le llevó a Cuba, o René Villarreal, el más joven del grupo, en realidad un adolescente despierto que ayudaba en lo que podía y que sería durante años el mayordomo de Finca Vigía. Su mano derecha en la Crook Factory, y en casi todo lo concerniente a Cuba, seguía siendo su amigo británico Winston Guest, jugador de polo y atleta de complexión ancha que añadía a su encanto personal un lejano parentesco con el primer ministro británico Winston Churchill. Hemingway solía llamarle Wolfie.

Al tiempo que el escritor urdía su trama, entró en contacto con la embajada estadounidense para recibir el apoyo económico y diplomático que consideraba necesario. Sus primeros interlocutores fueron dos funcionarios de alto rango: el cónsul, Kenneth Potter, y el segundo secretario de la embajada,

Robert P. Joyce, que actuaba también como coordinador de las actividades de inteligencia en la isla y como enlace con el FBI. La red contaba entonces con cuatro agentes dedicados íntegramente a ella y con catorce confidentes. El presupuesto mensual para mantener esa estructura no pasaba de quinientos dólares[219]. Hemingway no sólo les confesó su proyecto de espionaje sino otra idea aún más temeraria: convertir su yate *Pilar* en una embarcación de guerra con la que detectar posibles submarinos alemanes. Si a su primer plan lo denominó Crook Factory, a este segundo lo llamaría Friendless.

Las dos propuestas eran ciertamente osadas y, muy probablemente, así habrían sido consideradas por ambos diplomáticos si no hubieran procedido del más ilustre ciudadano estadounidense en la isla. Hemingway hizo todo lo posible por facilitarles la decisión: ofreció Finca Vigía como lugar de encuentro de la red y estuvo de acuerdo en aportar dinero de su bolsillo para sufragar ambas operaciones, además de ofrecer el barco de su propiedad. Oficialmente, el gobierno norteamericano y la embajada quedarían al margen. Sólo necesitaba dinero y cierto respaldo extraoficial para no crear ningún problema diplomático. Los funcionarios escucharon atentos y condicionaron la respuesta a la decisión última del nuevo embajador llegado a Cuba en abril de 1942, Spruille Braden.

Braden no era ningún ingenuo ni aquél era tampoco su primer destino diplomático en América Latina. Por el contrario, podía jactarse de ser uno de los estadounidenses que mejor conocía el continente al sur del río Bravo. En él había vivido casi toda su vida, exceptuando su período de formación y algunos años de juventud. Pertenecía a una adinerada familia con intereses en Chile. La empresa familiar, Braden Copper, constituía un emporio que explotaba gran parte de la producción de cobre chileno. Estudió en Yale y se licenció como ingeniero de minas. Regresó a Chile, contribuyó a la construcción del ferrocarril y amplió el negocio y los beneficios de la firma. Pronto comenzó también a trabajar como delegado de otras multinacionales norteamericanas en Sudamérica, como la United Fruit y la Standard Oil. Convertido ya en una autoridad en el Cono Sur, con relaciones en casi todos los gobiernos y firmemente apoyado desde Washington y Wall Street, comenzó su carrera diplomática. Ascendió con celeridad en el escalafón diplomático pese a las críticas que denunciaban la difusa frontera que Braden trazaba entre los negocios particulares y su misión oficial. Su primer cargo como embajador lo desempeñó en Colombia entre 1939 y 1942. Desde Bogotá fue enviado a La Habana para ejercer la misma responsabilidad en un

período condicionado por la guerra y en el que Braden intentó mantener con equidad su visceral animadversión hacia los fascistas y los comunistas.

Llegó a La Habana precedido de una merecida fama de hombre conservador y de modales rudos poco compatibles con la sutileza diplomática. Escuchó los pormenores de la propuesta de Hemingway y no reaccionó con desidia. Se interesó por ambos proyectos, ponderó sus consecuencias y, tras consultarlo con Washington, los aceptó. Sin embargo, en sus memorias aseguró que la idea de crear una red de confidentes partió de él y no del escritor. Según su versión, se reunió con Hemingway en el bar Floridita y allí le propuso organizar «un servicio de inteligencia que hiciera un trabajo por unos pocos meses hasta que llegaran los hombres del FBI. Esos españoles tenían que ser vigilados mientras tanto»[220]. Braden es el único entre quienes han escrito sobre este episodio que se atribuye a sí mismo la gestación de la Crook Factory.

La amenaza no era tan considerable como la imaginación literaria de Hemingway presagiaba, aunque cierta alarma estaba justificada. Desde marzo de 1942 se habían avistado submarinos germanos en la zona llamada Cayería de Romano, y en una sola noche habían hundido dos mercantes cubanos, el *Texan* y el *Olga*, camino de Florida. Otros buques fueron atacados en los meses posteriores, amenazando así el suministro de petróleo desde los yacimientos venezolanos. La organización de espionaje, una vez obtenido el beneplácito de la embajada, comenzó a operar en septiembre de 1942. Hemingway coordinaba toda la información recibida y elaboraba un informe periódico con dos copias, una destinada a la legación y otra para uso de la Crook Factory.

Entretanto Gustavo permanecía en Washington, ajeno a estos avatares. La primera referencia le llegó por mediación personal de Martha Gellhorn, quien aceptó una invitación de Eleanor Roosevelt para visitarla y alojarse en la Casa Blanca. Durante el viaje aprovechó para verle y confirmarle que su marido estaba organizando una red de información en Cuba.

Desde un principio, Hemingway le había planteado a Braden la conveniencia de reclamar a Durán, elogiando su experiencia como militar y sus dotes para la organización. El embajador transcribió en sus memorias las palabras de Hemingway la primera vez que le habló de él: «Hay un hombre que deberías reclamar, y puedes hacerlo porque está trabajando en Washington para Nelson Rockefeller en la Oficina del Coordinador. Yo le mencioné un par de veces en *Por quién doblan las campanas*. Es Gustavo

Durán, un español»[221]. Braden cursó la solicitud a través de los cauces oficiales.

En agosto de 1942, mientras Durán se encontraba con su familia en Wilton, recibió una carta del Departamento de Estado. La firmaba Seldon Chapin, un funcionario de alto nivel de la administración exterior. Le informaba de que el gobierno de Estados Unidos necesitaba sus servicios en Cuba para contrarrestar la influencia falangista en La Habana. Durán sopesó con ciertas dudas la propuesta, aunque existían ventajas que compensaban los inconvenientes, incluida la tramitación urgente de la solicitud de nacionalidad. Tras aceptar, y con la celeridad que exigían las circunstancias, Gustavo Durán obtuvo la ciudadanía estadounidense el 3 de noviembre de 1942[222]. El día 9 recibió su pasaporte y el 12 de noviembre voló a La Habana con el cargo oficial de agregado cultural. Dos días después cumplió treinta y seis años.

Ernest Hemingway fue a recibirle al aeropuerto de La Habana. Fue un reencuentro amistoso, después de más de un año sin verse. Tras su presentación en la embajada, le condujo a Finca Vigía para explicarle los detalles de su misión. Se alojó en el *bungalow* de invitados próximo a la casa principal. Durante los siguientes días conoció personalmente a los integrantes de la red y se puso al corriente de sus actividades como supervisor de la organización e interlocutor con la embajada. Se convirtió, además, en el tesorero de la red, encargado de distribuir entre los informadores el dinero que aportaba la legación. Según René Villarreal, el adolescente que trabajaba en Finca Vigía, debido a esa tarea era conocido por todos como el Regidor: «Durante las ausencias de Papa [Hemingway] yo recibía las notas de sus conocidos y las guardaba hasta su regreso. Gustavo Durán frecuentaba La Vigía, recogía las notas y le dejaba dinero a Papa. Éste lo repartía entre las personas que iban a verlo»[223]. No fue el único apodo que recibió en La Habana. Otros allegados le dieron el sobrenombre de Alejandro Magno, debido a que en sus conversaciones con otros exiliados se refería al conquistador griego como uno de sus maestros en teoría militar.

Varios de estos testigos recelaban de su posición y de su fulgurante conversión en ciudadano estadounidense. Herrera Sotolongo, el excapitán republicano y médico de Hemingway, le contó años después al escritor cubano Norberto Fuentes que Durán era «el hombre gris de Braden; se ocupaba de la información y era el jefe de todos los agentes… ¿Sabe quién fue el único exiliado español que entró en Estados Unidos en aquella época, después de terminada la guerra en España? Gustavo Durán. A mí no me

admitieron por haber sido brigadista. Ni siquiera me admitieron en el *US Army*, porque yo quería combatir en Europa. Ni siquiera recomendado o ayudado por Hemingway, quien hizo lo posible por lograr que se me enrolara»[224]. Sotolongo seguramente desconocía las circunstancias de su salida de España, su período en Londres y la entrada en Estados Unidos en calidad de marido de una ciudadana norteamericana. Tampoco era el único exiliado aceptado en Estados Unidos, aunque es cierto que la política de inmigración fue sumamente restrictiva.

Sobre el español pronto recayó la impresión de que no desempeñaba su trabajo con la entrega requerida. Aunque cumplía su cometido, Durán no parecía cómodo con aquella misión. Consideraba la Crook Factory una organización propia de aficionados que realmente no aportaba ninguna información de valor, porque poca entidad podían tener las reuniones de algunos falangistas a miles de kilómetros de Europa. Hemingway también parecía darse cuenta del progresivo distanciamiento de su amigo, pero lo cierto es que él mismo prestaba ya más atención a sus expediciones en el *Pilar* que al espionaje en tierra firme. René Villarreal fue testigo de la insistencia de Hemingway en que Gustavo le acompañara en el *Pilar* en algunos de sus viajes de inspección, y de las reiteradas negativas de éste a embarcarse.

El yate del escritor hacía tiempo que surcaba la costa cubana alejado de los bancos de peces aguja que tanto le fascinaban. Ahora buscaba submarinos alemanes. La embajada había aportado fondos y carburante para sus incursiones, además de cederle un técnico de radio, John Saxon. También había contribuido al remozamiento del barco en los astilleros del puerto habanero. No se había podido artillar el yate con dos ametralladoras de 50 mm, como había pedido, ni blindar sus costados con dos planchas de acero, pero había recibido armas cortas, algún fusil e incluso varias armas de mayor calibre. La tripulación había sido entrenada en Cayo Paraíso, donde realizaba prácticas de tiro y simulaciones de abordaje. Durante varios meses el *Pilar* patrulló por la Cayería de Romano y en la zona de Camagüey. Aunque surgieron muchas leyendas de aquella experiencia, alguna incluso atribuyéndole el avistamiento de un submarino luego hundido por la aviación, lo cierto es que, más allá de la aventura y la emoción, el saldo de la operación Friendless resultó tan decepcionante como el de la Crook Factory. Hemingway se inspiró en aquel episodio para escribir otra de sus obras, *Islas en el golfo.*

En consecuencia, durante esos primeros meses en Cuba la relación con Ernest Hemingway transcurrió de modo inversamente proporcional a la iniciada con el embajador Braden. Mientras que éste descubrió en Durán un valioso colaborador, el escritor comenzó a desmitificar a su amigo con la misma pasión con que antes lo había elevado a la categoría de héroe. Empezó a ver en él no al soldado sino al hombre, no al héroe sino al exiliado. Durán ya no parecía el mito que había elogiado en su novela, sino simplemente un hombre expulsado de su país, con una nueva familia, que trataba de labrarse un futuro. Resultaba tan tópico como cierto, y esa certeza desconcertó al escritor.

El creciente desencuentro entre ambos se fue evidenciando en pequeños detalles que tensaron la amistad. Alguno era irrelevante pero molesto, como la obstinación con que Hemingway insistía en que Gustavo durmiera con un revólver bajo la almohada, y que éste terminó aceptando pese a dejar claro que le parecía innecesario. Otras situaciones sembraron mayor discordia, como una cena en la que los invitados de Hemingway perdieron el control y acabaron arrojándose la comida entre sí. Durán puso fin a la escena con una reprimenda enérgica, para sonrojo y disgusto del autor. La irritación de éste aumentó cuando Gustavo le comunicó que pensaba traer a Bonte a vivir con él. Hemingway lo desaconsejó, al igual que Martha, pero el español insistió.

El 12 de diciembre de 1942 Bonte llegó al aeropuerto habanero de Rancho Boyeros. Gustavo hubiese preferido ir a recogerla en el modesto Ford que le había facilitado la embajada para sus desplazamientos, pero Ernest se empeñó en llevarle en su flamante Lincoln. Durante el trayecto se mantuvo taciturno y apenas habló. A Durán le incomodó la frialdad de su anfitrión, al igual que ciertos detalles físicos que prefirió pasar por alto, como el hecho de que no se hubiera afeitado ni lavado, y que interpretó, más que como una cuestión de higiene, como una descortesía. Según el relato posterior de los Durán a Carlos Baker, el recibimiento en el aeropuerto resultó igualmente distante, incomprensible para Bonte, quien, ajena al cambio de actitud, aún conservaba nítido el recuerdo del baile en el Stork Club y las palabras elogiosas hacia su marido pronunciadas por la voz grave de la misma persona que ahora parecía haber enmudecido. De camino a Finca Vigía pararon a desayunar. Hemingway pidió café para los tres y le sirvió a Bonte. Tras hacerlo le preguntó agriamente si no iba a dar las gracias, a lo que ella respondió con incomodidad un débil «gracias». Prácticamente se convirtió en la última palabra pronunciada durante el resto del viaje.

En el transcurso de los siguientes días ambos matrimonios procuraron evitar la ruptura abierta, pero comprendieron que se habían quebrado de modo irreversible la amistad y la confianza que habían sustentado la relación. Al distanciamiento progresivo entre ambos amigos se sumaron los gestos de displicencia de Martha hacia Bonte. Ya no se trataba de simples malentendidos, sino de la expresión de una rivalidad en la que Martha asumía el papel homólogo al que Ernest mantenía con Gustavo. Lo hacía de un modo más sutil, pero intentando dejar en evidencia a su invitada con motivos aparentemente triviales, casi siempre relacionados con el vestuario de Bonte. En las Navidades de 1942, con motivo de una recepción oficial de la embajada a la colonia norteamericana en los jardines del hotel Nacional, Hemingway y Martha Gellhorn mantuvieron una airada disputa. Cuando él se marchó, los Durán condujeron a Martha a Finca Vigía.

Pocos días después, Gustavo y Bonte regresaban tras haber pasado una velada con unos amigos. El conductor tocó accidentalmente el claxon muy cerca de la habitación donde dormía Martha. Eran las tres de la madrugada. A la mañana siguiente, Hemingway se dirigió al *bungalow* reprochándoles que aquel ruido había despertado a su mujer y que le había costado tanto volver a conciliar el sueño que había tenido que tomar píldoras. «No sé quiénes eran tus amigos, pero si hubiera tenido un arma ten la seguridad de que les habría disparado», comentó Ernest en el momento más álgido de la disputa**[225]**. Fue el límite. Ese mismo día Gustavo y Bonte hicieron su equipaje y se marcharon al hotel Ambos Mundos. Apenas habían transcurrido unas horas cuando recibieron unas rosas con una nota escrita de Martha: «Siento mucho que no hubiera más habitaciones en la casa para vosotros». Ocho años de amistad concluyeron en aquel momento.

Carlos Baker comenta en su biografía de Hemingway otro incidente posterior. Durante una reunión en la embajada, en presencia de varios funcionarios, el escritor comenzó a atacar verbalmente a Gustavo «con toda la crueldad de la que era capaz. Gustavo digirió amargamente la reprimenda, mudando de color, poniéndose primero rojo y después blanco»**[226]**. Durán se levantó y se marchó. Hemingway preguntó entonces a uno de los asistentes si creía que había sido demasiado duro. Cuando le dijeron que sí, excesivamente duro, se limitó a encogerse de hombros.

Robert Joyce, el segundo secretario de la embajada, ofreció una versión coincidente del enfrentamiento entre ambos:

> Cuando Durán se hizo cargo de la Crook Factory, se dio cuenta rápidamente de que la información recopilada no contenía ningún dato realmente valioso. A continuación, comenzó a pasar cada vez más tiempo en la embajada como agregado cultural. Le hizo ver a Hemingway que tenía poco interés en la Crook Factory. EH consideró esto una traición a su amistad y reaccionó con furia. Una noche vino a mi apartamento en La Habana y me dijo: «Gustavo es un malnacido y le he expulsado de la Crook Factory». Desde entonces, EH trató a Durán y a su atractiva mujer con la mayor frialdad[227].

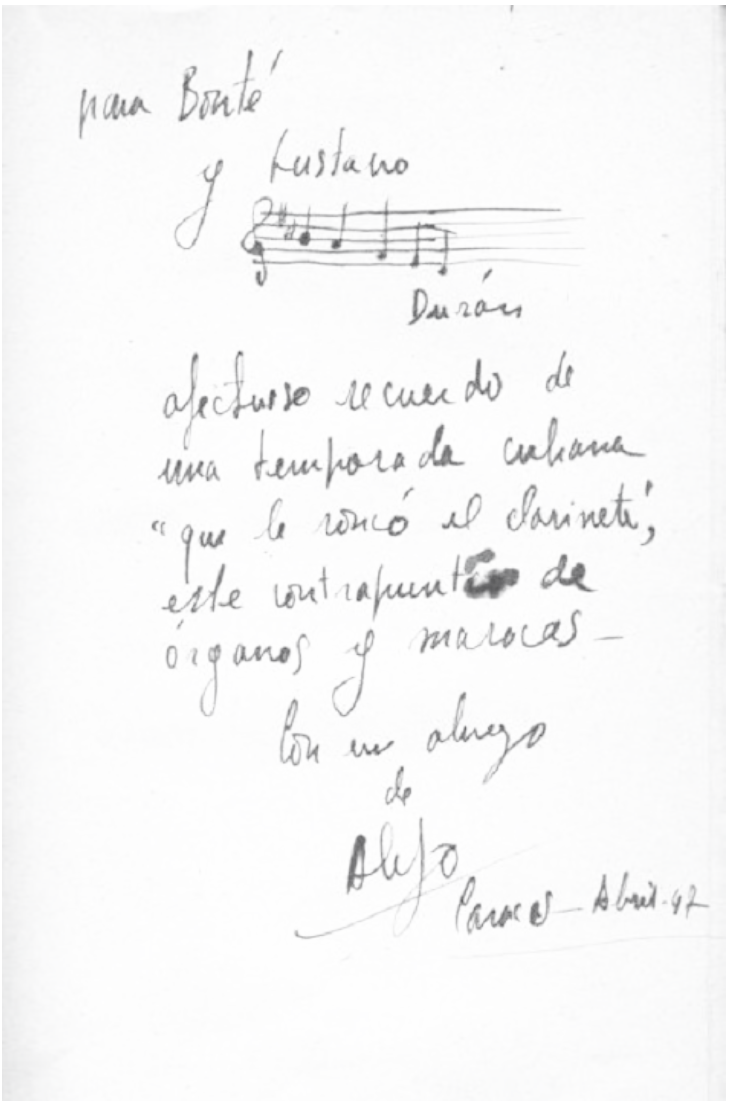
Gustavo y Bonte se mudaron al hotel Presidente pocos días después y en él permanecieron hasta marzo. Ese mes Bonte viajó a Estados Unidos para traer a su hija Cheli a vivir con ellos. A su vuelta ocuparon una vivienda en la calle 24 de Miramar, una zona elegante y residencial de la ciudad, propia de funcionarios y diplomáticos. Liberado de su responsabilidad en la Crook Factory, Durán se centró en su trabajo en la embajada como agregado cultural, aunque en la práctica su labor se asemejaba más a la de un consejero personal del embajador. Se encargaba de elaborar a diario un resumen y análisis de la prensa, le escribía los discursos y le llevaba la agenda. También redactaba unos boletines periódicos a los que llamaba «La voz de la calle», que pretendían recoger las tendencias de la opinión pública sobre asuntos que interesaban al Departamento de Estado y que eran particularmente apreciados en la legación. Braden diría años después que

> era extremadamente eficaz. Traducía mis discursos con términos casi literarios, mantenía contactos muy útiles con los ambientes culturales a favor de las relaciones cubano-estadounidenses y ayudaba a otros miembros de la legación cuando se trataba de actividades nazis, fascistas o comunistas. Resultaba especialmente útil en lo que se refería a los comunistas, porque conocía perfectamente las diferencias entre comunistas, socialistas, anarquistas y sindicalistas y entre estalinistas y trotskistas, como podía esperarse de un veterano de la Guerra Civil española. Muchos de sus informes eran fuertemente anticomunistas[228].

Pese al escaso tiempo transcurrido desde su llegada, Gustavo mantenía ya una intensa actividad social debido a sus cualidades personales y, en parte, gracias a la atracción que ejercía su puesto oficial sobre las autoridades cubanas. También tenía en la isla antiguos amigos, conocedores de su vida anterior a la guerra. Fue el caso de José María Chacón y Calvo, el crítico

literario y amigo de Lorca, entonces director general de Cultura del Ministerio de Educación cubano. Por mediación suya, Chacón fue invitado a la escuela española de verano de Middlebury. A su regreso publicó una serie de artículos en el periódico más importante de la isla, *Diario de la Marina*, expresando su fascinación por la intensidad cultural que había presenciado en aquel foro. El escritor Juan Marinello, autor de *Hombres de la España leal*, era entonces ministro de Batista, durante el período de entendimiento entre el futuro dictador y los comunistas cubanos. También, a instancias de Braden, Gustavo Durán comunicó personalmente al muralista mexicano David Alfaro Siquetros, entonces de paso en La Habana, la negativa del Departamento de Estado a autorizar su entrada en Estados Unidos. Durán y Siquetros se habían conocido durante la Guerra Civil.

Otro de los antiguos amigos con quien se reencontró en La Habana fue Alejo Carpentier. Éste le introdujo en una Cuba más profunda y auténtica, alejada de las recepciones y de los centros del poder, con escapadas a rituales de santería y a espectáculos de música cubana, o mediante simples paseos por el centro histórico de la ciudad. La huella del español en el autor cubano puede observarse en Enrique, personaje central de su novela *La consagración de la primavera*, algunos de cuyos datos biográficos se asemejan a los de Gustavo Durán. Durante un encuentro posterior en Caracas en 1947, Alejo le escribió una dedicatoria alusiva a su estancia en Cuba: «Para Bonte y Gustavo Durán. Afectuoso recuerdo de una temporada cubana que le roncó al clarinete este contrapunto de órganos y maracas. Con un abrazo de Alejo. Caracas, abril de 1947»**[229]**. Julián Orbón, el excelente músico de origen asturiano afincado en Cuba, sería otro de sus más preciados conocidos en la isla.



Carpentier y Durán se habían conocido en París cuando Gustavo aún pensaba que dedicaría su vida a la música. A pesar de la guerra y el exilio, ambos mantendrían una cálida relación, como muestra esta dedicatoria de Alejo para Bonte y Gustavo.

Con o sin Gustavo, lo cierto es que la Fábrica de Maleantes languideció con el tiempo hasta convertirse, a partir de abril de 1943, en una organización fantasmal que ya nadie coordinaba y a la que la embajada había dejado de apoyar. En ello influyeron la llegada a la isla de varios agentes del FBI y el recelo que éste había mantenido siempre hacia redes de información paralelas que escapaban a su control. Se añadía además la propia desconfianza de su director, Edgar Hoover, hacia Ernest Hemingway. Existía cierta obsesión

personal en su caso, agravada tras la guerra de España por las simpatías personales que Hemingway había forjado en ella. El escritor había expresado, por el contrario, su desprecio hacia la organización policial, a la que había definido como la Gestapo estadounidense. El FBI tampoco había olvidado que, tras el arresto en Detroit de un grupo que había promovido el reclutamiento de voluntarios con destino a las Brigadas Internacionales por presunta violación de la neutralidad estadounidense, el futuro premio Nobel había suscrito un manifiesto de denuncia por esa acción. La llegada de Gustavo Durán constituyó un elemento añadido de sospecha.

Aunque ninguno de los dos lo sabía, Hemingway comenzó a ser vigilado por agentes del FBI destacados en Cuba desde octubre de 1942. Durán se convirtió igualmente en un objetivo de seguimiento desde el mismo momento de su presencia en la isla un mes después. Todos sus movimientos fueron ampliamente conocidos en el despacho de Hoover, en una suerte de paradoja en la que el presunto espía pasó a ser el espiado. Comenzó entonces un largo historial de expedientes, informes y delaciones encabezados con el nombre del español.

Gracias a la Ley de Libertad de Información, hoy es posible consultar el expediente del FBI sobre Ernest Hemingway. Tiene más de cien páginas. Una quinta parte corresponde a información referida a Gustavo Durán. Muchas de sus páginas aún están censuradas total o parcialmente, pero de su lectura se deduce un interés especial en su seguimiento, así como un arduo trabajo de investigación, entrevistas y también interrogatorios a fin de obtener información sobre su persona. La acusación que con más insistencia se repite es la de su pasado comunista en España.

La eficacia del FBI queda probada por el hecho de que el primer informe confidencial redactado sobre la misión cubana de Durán está fechado el 9 de octubre de 1942, un mes antes de su llegada a la isla. Su autor fue un agente del FBI que actuaba amparado en su pertenencia al cuerpo diplomático. Se trataba del consejero jurídico de la embajada, R. G. Leddy, y a él se debe gran parte de la información remitida desde La Habana. En aquel primer informe anunciaba la inminente llegada del español a petición de Hemingway. A esta primera referencia siguieron muchas otras, con mayor intensidad desde agosto de 1943, siempre con el carácter de confidenciales y dirigidas a la atención personal del director, Edgar Hoover.

El informe más extenso consta de diez páginas y está fechado el 13 de agosto de ese año, cuando Durán ya había abandonado sus actividades en la Crook Factory y trabajaba exclusivamente en la embajada. Contiene datos

importantes sobre las circunstancias de su viaje a La Habana. Confirma que Hemingway reclamó a Braden su presencia asegurándole que era «un genio intelectual y militar de los que sólo surgen una vez cada cien años»[230]. Originalmente, según el informador, su misión tendría una duración estimada de treinta días, pero el embajador Braden valoró tan positivamente su trabajo que en enero de 1943 le nombró miembro del Servicio Exterior Auxiliar. El autor del informe matizó que Braden «tenía una alta consideración de sus capacidades».

Para completar los datos, el informador recurrió a otras personas conocidas de Durán y que hablaron sin ser conscientes de que sus palabras formarían parte de un informe policial. Se entrevistó, entre otros, al padre de Juan Chabás, el escritor y amigo de Gustavo. Juan Chabás padre había sido juez en España y residía en Cienfuegos como exiliado desde el término de la Guerra Civil. Ignorando que era víctima de un interrogatorio, afirmó que había conocido mucho a Gustavo, que había sido gran amigo de su hijo y que ambos habían sido militares en la guerra. Al preguntársele si había sido militante del Partido Comunista, el anciano, de setenta y cinco años, afirmó: «Sí, Gustavo llegó a ser comunista. Pero por lo que yo sé no lo era al comienzo de la guerra. Tuvo muchos amigos comunistas y trabajó con ellos».

El propio Gustavo Durán fue víctima de un engaño similar. Otro informador, consignado en el *dossier* con la clave SIS498, habló extensa e informalmente con él sobre su pasado. La conversación tuvo lugar el 30 de julio de 1943 y el diálogo se centró en la guerra y en la presencia soviética en España. Durán afirmó que, al estallar la guerra, mucha gente simpatizó con los comunistas por su capacidad de organización y porque la Unión Soviética fue el único país que envió ayuda militar al gobierno republicano. El informante anotó que, al referirse a los comunistas, siempre utilizaba la expresión «ellos» y nunca se incluía como uno más.

Ninguno de estos informes logró alterar la vida de los Durán. Permanecieron en La Habana hasta la conclusión de la guerra. Bastantes hechos se sucedieron en aquellos meses: las propias noticias procedentes de Europa o una operación quirúrgica a la que Gustavo fue sometido a principios de 1945. Pero hubo también momentos felices, especialmente el nacimiento de su segunda hija, Jane Romilly Durán, el 2 de octubre de 1944. De ella diría poco después a su amigo Federico de la Iglesia: «Su nacimiento precedió a uno de los más terribles ciclones que la isla ha conocido. Naturalmente, tanto Bonte como yo interpretamos la coincidencia como un anuncio de las grandes cosas que el futuro le tiene reservadas. Es rubia y tiene los ojos azules, como

Cheli. Su nombre es Jane. Su carácter, el más dulce y tranquilo que he visto en mi vida»[231].

La buena nueva coincidió casi en el tiempo con otro cambio decisivo en su vida. Con la guerra a punto de concluir, Braden fue nombrado embajador en Argentina y le pidió a Gustavo que le acompañara. Lo que en apariencia no revestía mayor trascendencia que un nombramiento diplomático convencional, ocultaba una estrategia de calado destinada a evitar la llegada a la presidencia de la república de un coronel populista con estrechos vínculos con los intereses alemanes; se llamaba Juan Domingo Perón. Durán aceptó y dispuso su viaje a Buenos Aires.

Antes de abandonar Cuba, Gustavo y Hemingway coincidieron por última vez en una recepción en la embajada estadounidense. Frente a la balaustrada del balcón, Durán se acercó para saludarle. El norteamericano le preguntó por su hija Cheli. En alusión a la pequeña Jane, respondió que ahora tenía dos hijas. Abruptamente, Hemingway le miró y añadió: «Vaya, veo que te has arreglado muy bien para no ir a la guerra, ¿no?»[232]. Durán no respondió. Se dio media vuelta y dejó solo al escritor que una vez le creyó un héroe, con la amargura de aquella ofensa como el último recuerdo de una amistad definitivamente rota. Nunca más volvieron a verse.

15

Durán o Perón

¿Dónde está la memoria de los días
que fueron tuyos en la tierra, y tejieron
dicha y dolor y fueron para ti el universo?

JORGE LUIS BORGES,
«A un poeta menor de la antología»

El gobierno argentino declaró la guerra a Alemania el 27 de marzo de 1945, apenas un mes antes de la finalización de la contienda, expresando con ese gesto de aparente hostilidad hasta qué punto sus intereses y los del Eje habían sido coincidentes. Sólo la inminente capitulación del nazismo cambió la estrategia que había hecho de Argentina la principal plataforma de expansión germana en Sudamérica. El hombre clave en esa política era el mismo que en mayo de 1945 negaba sus aspiraciones de presidir el país, aunque nadie considerara sincero el desmentido. Menos que nadie lo creía Estados Unidos, que desde hacía tiempo tenía a Juan Domingo Perón por el auténtico poder fáctico del país y la principal amenaza a sus intereses.

Perón acumulaba en 1945 tres puestos clave en la administración argentina: el Ministerio de Defensa, desde el que controlaba el ejército; la Secretaría de Trabajo y Previsión, a través de la cual había promulgado las leyes sociales y laborales que le habían garantizado el apoyo de las clases populares y de la CGT, el principal sindicato, y a partir de junio de ese año sumaría la vicepresidencia de la República, presidida entonces por el general Farrell.

Los vínculos entre Perón y el nazismo resultaban evidentes no sólo por la política exterior argentina mantenida durante la guerra, sino también por su compromiso personal y por los estrechos lazos que le unían a importantes

financieros locales de origen alemán. Uno de sus hombres de confianza y responsable personal de su seguridad, Rudi Freude, era un conspicuo nazi cuyo padre poseía una de las mayores fortunas del país y había operado como un importante canalizador de las inversiones alemanas en el país. En Argentina se había asentado durante la guerra la mayor red de espionaje germano en el continente; con la colaboración, por cierto, de numerosos españoles. El nacionalismo del que hacía gala Perón era, por otra parte, percibido en Washington con suma inquietud.

Todos ellos eran factores que preocupaban seriamente al Departamento de Estado y a su nuevo titular, Edward Reilly Stettinius. Éste, en compañía de Nelson Rockefeller, había viajado a Cuba para ofrecer a Braden la embajada en Buenos Aires. La sucesión en la Casa Blanca no alteró el objetivo de la misión asignada al diplomático: evitar la llegada de Perón a la presidencia de la nación. Su designación fue el último nombramiento firmado por Roosevelt antes de su fallecimiento y el primero que aprobó el nuevo presidente, Harry S. Truman.

Spruille Braden llegó al aeropuerto Presidente Rivadavia de Buenos Aires el 19 de mayo de 1945. Una importante comitiva diplomática fue a recibirle y en ella no faltó el coronel Perón. Durán aterrizó en el mismo aeródromo tres días más tarde, sin la presencia de ninguna autoridad y sin el despliegue de prensa que había acompañado a su superior. Llegó solo y sin estar plenamente recuperado de la enfermedad que había padecido a principios de año. Poco después de la marcha de Gustavo, Juan Ramón Jiménez le escribió una carta agradeciéndole el hecho de haberles prestado su piso en la calle Shepherd de Washington D. C.

Juan Ramón y su mujer, Zenobia Camprubí, habían abandonado España en 1936, poco después del estallido de la guerra, iniciando un exilio que les llevaría a Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos. Los Durán mantuvieron frecuentes contactos con ellos y su casa en Washington se convirtió durante un tiempo en el hogar del poeta. Juan Ramón le escribió a modo de despedida:

> Ustedes nos han hecho, durante estos años difíciles, el mayor favor que pudiéramos nosotros haber soñado, y hemos vivido gracias a ustedes con las comodidades máximas… Bueno Gustavo, nuestra enhorabuena por sus éxitos y que lo pasen ustedes bien en Buenos Aires. Le suplico que dé usted recuerdos a los buenos amigos que nos recuerden por ahí, particularmente al grupo de la casa Losada, y muy afectuosos a Alberti, a

quien siempre he querido a pesar de sus desplantes, porque siempre tuvo cosas buenas para mí[233].

Gustavo se alojó en la propia embajada en calidad de consejero cultural aunque, como sucedió en Cuba, sus responsabilidades reales le situaban como asesor personal de Braden. Pronto comenzó a reanudar el contacto con las antiguas amistades que el exilio había dispersado por Argentina. Vio de nuevo a Alberti y María Teresa. El poeta acudió al menos en una ocasión a la embajada estadounidense y departió tanto con Durán como con Braden. Tras aquel encuentro, regaló a su amigo una edición de *Entre el clavel y la espada* con una dedicatoria personal repleta de nostalgia: «A Gustavo, en los poemas por los que andan, tristes, aquellos días inolvidables». Durante la guerra, Alberti le había dedicado un segundo poema además de aquel lejano «Pirata» de *Marinero en tierra*. Se trataba de «Monte de El Pardo», un desgarrador canto ambientado en el escenario madrileño que ambos frecuentaron en aquellos años. El poema apareció dedicado a Durán en las primeras reediciones de su obra poética en Argentina y, en concreto, en el libro *Poesía* que editó Losada en 1940, uno de cuyos ejemplares conservan sus hijas. La dedicatoria sería suprimida en ediciones posteriores.

MONTE DE EL PARDO
A Gustavo Durán

Tanto sol en la guerra, de pronto, tanta lumbre
desparramada a carros por valles y colinas;
tan rabioso silencio, tan fiera mansedumbre
bajando como un crimen del cielo a las encinas;

este desentenderse de la muerte que intenta,
de acuerdo con el campo, tanta luz deslumbrada;
la nieve que a lo lejos en éxtasis se ausenta,
las horas que pasando no les preocupa nada;

todo esto me remuerde, me socava, me quita
ligereza a los ojos, me los nubla y me pone
la conciencia cargada de llanto y dinamita.
La soledad retumba y el sol se descompone.

También visitó a Manuel de Falla, exiliado en Alta Gracia, una hermosa ciudad en la provincia de Córdoba, en la que casualmente vivía entonces un joven estudiante de medicina llamado Ernesto Guevara, conocido después como el Che. Vicente Salas Viu ya había advertido a Falla de la presencia de Durán. Escribió al veterano músico proponiéndole su participación en una revista musical que patrocinaba la Universidad de Chile y en la que colaborarían «los primeros escritores sobre música y musicólogos de las dos Américas y, por supuesto, los españoles que aquí están como Adolfo [Salazar], Casal-Chapí, Jesús Bal y Gay, Gustavo Durán, etc.»[234]. Pero su amistad más intensa en Buenos Aires fue, al tiempo, la más reciente.

Victoria Ocampo, editora de la revista *Sur* y figura universal de las letras argentinas, pertenecía a una de las familias más antiguas y aristocráticas del país, lo que no afectó a sus ideas progresistas ni a su temprana militancia en el movimiento feminista. En la casa de Ocampo en París habían encontrado asilo Ricardo Baeza y otros intelectuales españoles. Era una firme antiperonista y recelaba en la misma medida del comunismo, aunque tuvo entre sus amigos a varios escritores de conocida militancia. Ella y Gustavo Durán entablaron una intensa amistad, en la que la literatura y la convulsa política argentina constituían las cuestiones recurrentes sobre las que solían debatir. Es de suponer que el pasado de Gustavo y sus recuerdos de la Residencia, de Federico, de Buñuel, etc., ejercieron un poderoso interés sobre Ocampo. Tampoco eludían conversar sobre la guerra y sobre el comunismo, como refleja una carta que el escritor francés Roger Caillois envió por esas fechas a Victoria: «Recibí tu carta del 15 de septiembre donde me hablas de tu discusión con Gustavo Durán acerca de los comunistas»[235]. En aquel momento, ése era un debate de la máxima actualidad.

Por paradójico que pudiera parecer, el gran aliado de la política norteamericana en Argentina fue, precisamente, el partido comunista local. A ambos les unían, por encima de sus diferencias, la hostilidad hacia Perón y lo que Perón representaba. A Gustavo no le resultó difícil contactar con los dirigentes del partido y establecer los canales necesarios para que la alianza prosperase. Su secretario general, Vittorio Codovilla, había estado en España durante la guerra como delegado de la Tercera Internacional, y, aun sin la certeza de que se hubieran conocido personalmente, al uno le tenía que resultar necesariamente familiar el nombre del otro. Braden y Codovilla suscribieron un pacto tácito tras reunirse el 11 de junio. Posteriormente, este último, hombre de una obesidad tan desmedida como su fidelidad a Stalin, definiría públicamente a Braden como «el ilustre embajador aliado».

Pero mientras el embajador remaba en las confusas aguas de la izquierda argentina, paralelamente se reunía con Perón. Su primer encuentro había sido público, el 1 de junio en la Casa Rosada, en virtud de las responsabilidades de ambos. Según las memorias de Braden se celebró en un ambiente cordial, como correspondía a una primera visita oficial. La conversación se centró en la exigencia norteamericana de entregar a los aliados todos los bienes de titularidad germana en el país, así como en la colaboración para el desmantelamiento de las redes de inteligencia nazis en Argentina. Volvieron a verse en varias ocasiones de modo más discreto, en un clima de creciente enfrentamiento en el que sus diferencias se trasladaban a la opinión pública mediante artículos de prensa, actos sociales o concentraciones a favor o en contra de Perón.

En julio el embajador realizó un viaje al interior del país tras aceptar una invitación de la Universidad de Santa Fe. Allí se encontró con manifestantes que le acusaban de un reciente incendio en las minas de cobre chilenas propiedad de su antigua empresa, en el que habían muerto cuatrocientos trabajadores. «El nombre de Braden significa muerte y destrucción en Chile» fue el lema que se extendió en Buenos Aires y en todo escenario donde los seguidores peronistas intentaban desacreditar su misión. Caricaturizaron su imagen como un *cowboy* de Montana, el estado en el que había nacido, y denunciaron su injerencia en la política interna argentina. Sin embargo, la campaña de acoso contra Braden logró un efecto contrario al deseado. En la medida en que los peronistas centraron sus ataques en él, adquirió la dimensión de figura central de la oposición hasta convertirse en el líder del que ésta carecía. A su regreso a Buenos Aires el 22 de julio, una multitud acudió a recibirle en la estación Retiro entonando el himno nacional argentino. El carisma del embajador como líder antiperonista se consolidó durante el verano, aupado por las continuas divisiones en los partidos de la oposición. Dedicó entonces sus esfuerzos a lograr un frente unido capaz de rivalizar con el auge popular del coronel.

Durante semanas, políticos irreconciliables y partidos adversarios negociaron su estrategia común con vistas a evitar el triunfo del militar. Así nació la Unión Democrática, una alianza en la que se integraron el Partido Comunista, el Socialista, la Unión Cívica Radical, el conservador Partido Demócrata Nacional y un grupo de pequeñas formaciones que abarcaban todo el espectro ideológico, desde la derecha conservadora y latifundista hasta grupos marxistas, pasando por el centrismo liberal. Los primeros temían de Perón su política social y el freno que su victoria podría representar para las

exportaciones de carne. Los liberales denostaban su autoritarismo. Los socialistas y comunistas veían en él al aliado del fascismo. Contra toda lógica política, aquella alianza inició su andadura con el objetivo común de alejar a Perón del poder sin un líder indiscutido, a excepción del único que por su cargo no podía asumir tal responsabilidad, Spruille Braden.

La primera acción coordinada de la oposición se materializó el 15 de junio de 1945 en el llamado «Manifiesto de la industria y el comercio» que suscribieron más de trescientas organizaciones patronales, en el que se criticaba la política laboral seguida por Perón desde la Secretaría de Trabajo. El movimiento sindical, a través de la CGT, reaccionó con la convocatoria un mes después de una manifestación multitudinaria bajo el lema «Contra la reacción capitalista». Aquélla fue la primera vez que Perón comprobó la fuerza real de su poder en la calle y que las clases populares identificaron públicamente sus intereses con los del militar. La primera ocasión, en definitiva, en que se alzó una proclama profética: «Perón, presidente».

Braden casi ganó su pulso el 19 de septiembre, cuando la oposición convocó a doscientas mil personas en el centro de Buenos Aires en la llamada Marcha de la Constitución y la Libertad. Gustavo Durán y Victoria Ocampo estuvieron presentes.

Pero el diplomático jugaba en dos escenarios distintos: como el factor concéntrico en torno al que giraba el antiperonismo y, de modo bastante más confidencial, como defensor de los intereses estadounidenses ante un posible triunfo del coronel. Esta última opción se impuso como la más realista. Washington consideró que, incluso en caso de triunfo electoral de la Unión Democrática, la disparidad ideológica de la coalición haría inviable un gobierno estable en el país o, al menos, un gobierno que pudiera salvaguardar sus intereses en la región. Bajo esa diplomacia pragmática que significaba una traición a la actuación pública de ambos, Braden y Perón negociaron ciertas condiciones para permitir a empresas norteamericanas introducirse en el negocio aéreo argentino y abrir la puerta a posibles acuerdos futuros sobre la cesión a manos aliadas de bienes de titularidad germana. Perón no aceptó negociar la explotación norteamericana de yacimientos petrolíferos, puesto que la nacionalización de las materias primas básicas formaba parte de su programa. A cambio, Braden le dejaría el camino libre regresando a Estados Unidos, aunque públicamente uno y otro siguieran figurando como enemigos irreconciliables.

El testimonio posterior del diplomático argentino Albino Gómez, quien coincidió años después con Durán en Grecia, avala que éste conocía el

cambio de estrategia pese «a sus propias simpatías por algunos integrantes de la Unión Democrática»[236]. Él mismo, asegura Gómez, era consciente de que un gobierno unionista «carecería de lo que hoy llamamos gobernabilidad, a causa de la poderosa fuerza social, obrera y sindical que había logrado crear Perón». La misión de Braden y Durán concluyó asumiendo que el triunfo de Perón sería un mal inevitable.

Antes de su marcha, Gustavo fue invitado a una cena de despedida a la que asistieron una docena de españoles exiliados en Argentina. Figuraban amigos de su juventud en Madrid, como Rafael Alberti, Santiago Ontañón y Manuel Ortiz, así como conocidos de su etapa parisina, como Francisco Ezequiel o José y Elisa Aguilar. Antes de partir escribió a su buen amigo Federico de la Iglesia relatando su regreso a Estados Unidos: «Como cuando me trasladaron aquí pensé que sería por un período de, por lo menos, dos años, y Buenos Aires está muy lejos de New Hampshire, decidí venir solo y dejar que Bonte y las niñas pasaran tres o cuatro meses en Wilton, con mis suegros. Ahora resulta que me han vuelto a trasladar a Washington. Bonte se ha quedado, pues, sin conocer Buenos Aires, y yo sin su compañía en estos cuatro meses en que tantas y tan interesantes cosas han sucedido y durante los cuales he conocido al grupo de amigos más grato que sea posible encontrar en ninguna ciudad del mundo»[237].

El 23 de septiembre de 1945 Braden, su mujer, María, y Gustavo Durán abandonaron Argentina desde el aeródromo de Morón en un avión militar estadounidense. Victoria Ocampo formaba parte de la comitiva que acudió a despedirles. Oficialmente, Braden regresaba a Estados Unidos para aceptar un ascenso en el Departamento de Estado como subsecretario de Asuntos Latinoamericanos, en sustitución de Nelson Rockefeller.

Tras su marcha, los sucesos se aceleraron en el país. Perón fue depuesto y detenido por los propios militares, hasta que el 17 de octubre de 1945 una multitud congregada ante la Casa Rosada clamó por su regreso. Fue conducido desde su cautiverio en la isla de Martín García hasta el balcón del edificio presidencial en compañía de María Eva Duarte, Evita, con la que se casó cinco días después. La fecha quedó registrada como una de las jornadas decisivas de la historia argentina reciente, aquella en que el astuto coronel consolidó su liderazgo popular con aspiraciones presidenciales. Las elecciones se convocaron para el 24 de febrero de 1946.

El 12 de febrero, el mismo día en que se presentaba públicamente la candidatura Perón-Quijano a la Casa Rosada frente al desconocido binomio unionista José P. Tamborín y Enrique Mosca, el Departamento de Estado

publicó el llamado *Libro azul*. Oficialmente denominado *Consulta entre las repúblicas americanas respecto de la situación argentina*[238], el informe, de 130 páginas, detallaba los vínculos de los últimos gobiernos argentinos con el nazismo, evidenciando que el candidato Perón fue pieza clave en sus conexiones con el Eje. El *dossier* fue entregado en exclusiva a la agencia United Press al tiempo que se enviaba un ejemplar lujosamente encuadernado en tapas azules a todos los embajadores latinoamericanos en Washington excepto el argentino. El *Libro azul* repasaba múltiples conexiones económicas, políticas y militares de los gobiernos argentinos con Alemania, y desvelaba el entramado de inteligencia desplegado en el país por el Abwehr, el servicio de información militar germano, y por otras organizaciones de espionaje.

El *Libro azul* fue un sólido y documentado alegato contra el pasado político de Perón, pero no alcanzó la repercusión ni el eco popular necesarios. Por el contrario, el hábil militar reaccionó contraatacando con otro informe, el *Libro azul y blanco*, en alusión a los colores de la bandera argentina, que rebatía la denuncia y acusaba a varios diplomáticos estadounidenses, incluido el agregado militar, de espionaje. Uno de los objetivos más vulnerables contra el que Perón centró sus ataques fue Gustavo Durán. No cabe duda de que el coronel sabía quién era y cuál era el pasado del asesor español de Braden, de modo que se sirvió de él para afirmar que su actuación estaba condicionada por un infiltrado comunista. El *Libro azul y blanco* revelaba los contactos de Durán con Codovilla y aseguraba que había realizado diversos viajes a Uruguay para contactar con exiliados argentinos. Se preguntaba Perón: «¿Qué razones, sin embargo, han inducido al Partido Comunista de la Argentina a entregarse al imperialismo yanqui? El partido comunista ha pactado con el imperialismo yanqui por intervención del Sr. Braden, ante quien el Sr. Gustavo Durán, su agregado civil en la embajada de los Estados Unidos y secretario privado antes, durante y después de esa época, ha intercedido más de una vez. La participación del Sr. Durán en la alianza entre el partido comunista de la Argentina y el imperialismo yanqui no puede ser objeto de grandes dudas»[239]. Según esta misma versión, Durán habría recolectado dinero entre las compañías estadounidenses con presencia en el país para financiar la campaña de la Unión Democrática. Por último, le señalaba como redactor en la sombra del *Libro azul*, lo cual era parcialmente cierto, tal y como el propio Durán reconoció en los años sesenta al historiador Hugh Thomas al afirmar que «en la preparación de cuyo borrador sí que tuve yo alguna participación»[240].

El *Libro azul y blanco*, a diferencia del editado por el Departamento de Estado, representó un éxito político. Se distribuyeron ochenta mil ejemplares y logró el efecto de presentar a Perón como el garante de un gobierno independiente frente a la tutela norteamericana de la que acusaba a la Unión Democrática. La consigna caló en el electorado argentino a través de un lema incisivo popularizado por los votantes peronistas: «Braden o Perón». La efectista frase se convirtió en el factor político más influyente en el resultado electoral. El día 24 de febrero de 1946, el coronel Juan Domingo Perón ganó los comicios presidenciales con el 55 por ciento de los votos y el triunfo de su candidatura en todas las provincias excepto en Corrientes.

En sus memorias Braden es particularmente cauto, incluso silencioso, sobre los aspectos más cuestionables de su gestión, siendo considerado el triunfo peronista el mayor fracaso de su carrera. Al relatar el episodio argentino oculta, por ejemplo, los acuerdos tácitos y secretos a los que llegó con Perón, tampoco menciona la presencia de Durán durante esos meses pese a su papel de interlocutor y redactor del *Libro azul*, al igual que obvia toda mención al libro. Contempló el ascenso de su adversario a la presidencia desde su nueva responsabilidad como subsecretario de Estado para América Latina. Gustavo Durán continuó a su lado como tercer consejero auxiliar, empleado ya como funcionario de pleno derecho del Departamento de Estado. Se mantuvo en el puesto hasta octubre de 1946, cuando las primeras acusaciones le hicieron comprender que su entendimiento con la administración estadounidense había concluido.

El escenario internacional surgido de la guerra había alterado profundamente la política de alianzas establecida para derrotar al nazismo. La Unión Soviética se transformó de aliado necesario en amenaza global hasta derivar en la guerra fría. De la misma manera, el pasado de Gustavo Durán evolucionó de honorable a sospechoso. Como ciudadano nacionalizado y alto funcionario, su implicación en la guerra española adquirió otra dimensión distinta a la que le había precedido en sus primeros años en Estados Unidos.

En noviembre de 1945 el senador por Luisiana Allen Joseph Ellender, demócrata y firme colaborador del presidente Truman, preguntó al secretario de Estado adjunto Donald Russell sobre los rumores que apuntaban a Durán como antiguo comunista. Cuando Braden supo de la consulta fue a entrevistarse con el senador Ellender. Le dijo cuanto sabía de él, incluidos los pormenores de su actividad en La Habana y Buenos Aires. Le transmitió la convicción de que el hombre al que seguía considerando un leal y valioso colaborador no era comunista. No obstante, el diplomático percibió también

la amenaza que la acusación proyectaba sobre sí mismo y, para evitar cualquier sospecha, pidió expresamente a Edgar Hoover que el FBI iniciara una investigación confidencial sobre Durán. Cuando la propuesta prosperó, en enero de 1946, Gustavo trabajaba arduamente en la elaboración del *Libro azul*, ajeno a que, mientras desarrollaba la labor más comprometida en su breve período como funcionario del Departamento de Estado, sus superiores instaban al FBI a vigilarle.

A partir de ese instante, Gustavo Durán fue víctima de una primera campaña pública en su contra, lo bastante agresiva como para arrastrarle a una fase de temor y nerviosismo que Braden definió, con poca elegancia, como «de histerismo y ansiedad»[241]. La investigación no se condujo por los cauces de confidencialidad previstos y alcanzó una indeseada relevancia pública cuando la embajada estadounidense en Madrid se apresuró a solicitar información a las autoridades españolas.

Washington publicó en marzo de 1946 un documento probatorio de las relaciones del régimen de Franco con la Alemania nazi, al igual que había hecho respecto a Argentina. El informe llevaba el sello del Departamento de Estado bajo el título de *El gobierno español y el Eje*[242], aunque fue más conocido como el *Libro blanco* sobre España. Gustavo no tuvo ninguna responsabilidad en su elaboración, pero en Madrid asociaron inmediatamente la demanda de información sobre su persona con la difusión del informe. Radio Nacional de España, en sus emisiones del 28 de febrero y del 3 de marzo, acusó a Gustavo Durán de ser un comunista infiltrado en el Departamento de Estado.

El 28 de marzo de 1946, mientras se desarrollaba la investigación interna del Departamento de Estado, el republicano J. Parnell Thomas, futuro responsable del Comité de Actividades Antiamericanas, denunció públicamente al Comité Conjunto de Refugiados Antifascistas y de su presidente, Edward Barsky. Éste centralizaba las ayudas a los exiliados españoles y organizaba actos de apoyo. Thomas, junto con el congresista por Wisconsin Alvin E. O'Konski y el senador por Nebraska Kenneth S. Wherry, alentaron un proceso contra dicha organización e, indirectamente, contra Gustavo Durán. Según esta denuncia el español era el auténtico responsable en la sombra del comité, y le acusaba, además, de ser miembro de la Internacional Comunista y agente del NKVD, el servicio de inteligencia soviético. La imputación se basaba en diversas informaciones, siendo las principales el testimonio de Indalecio Prieto en su libro *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional* y el libro de Juan Marinello *Hombres de*

la España leal. Parnell Thomas llegó a afirmar en el transcurso de las deliberaciones que «Durán fue durante la guerra civil de España comandante del ejército rojo español, y se le conocía allí como miembro destacado del partido comunista y notorio agente del NKVD o policía política rusa»[243].

El Comité de Actividades Antiestadounidenses (HUAC), más conocido como Comité de Actividades Antiamericanas, se creó en 1938, aunque no se convirtió en comité permanente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos hasta 1945. Sus actividades, bajo diferentes etapas y nombres —en 1969 pasó a ser llamado Comité de Seguridad Interna—, prosiguieron hasta 1975, en que fue suprimido. A finales de los años cuarenta, el HUAC inició una campaña de investigación sobre directores, actores y guionistas de Hollywood sospechosos de simpatías comunistas. De aquel período surgió la llamada lista negra, que incluyó a más de trescientos profesionales de la industria cinematográfica, cuyas carreras quedaron truncadas. Diez de ellos, «los diez de Hollywood», fueron condenados por desacato al negarse a declarar ante el comité. Entre éstos figuraban el guionista y escritor Dalton Trumbo y el director Edward Dmytryk. No debe confundirse el Comité de Actividades Antiamericanas, dependiente de la Cámara de Representantes, con las investigaciones del senador McCarthy, primero en solitario y posteriormente a través del Subcomité Permanente de Investigaciones del Senado. Ambos persiguieron fines similares, pero desde instituciones dispares y con métodos diferentes.

El embajador español en Washington, Juan Francisco de Cárdenas, siguió el caso Durán con particular interés. El 20 de marzo de 1946, antes incluso de que se difundiera su nombre, ya había informado a Madrid de la investigación en curso a pesar de su carácter confidencial. «Me consta se está investigando aquí a Gustavo Durán, secretario de *Mr*. Braden, y nos convendría mucho tener los antecedentes pedidos para su posible identificación», escribió el diplomático en un telegrama catalogado como «muy reservado»[244].

Unos días más tarde, el 9 de abril, el diario *Arriba* de Madrid, órgano oficial del Movimiento, publicó en portada un artículo haciéndose eco de la campaña. El titular apuntaba el carácter sesgado del resto de la información: «Gustavo Durán, denunciado como colaborador de Spruille Braden, fue uno de los más peligrosos agentes de la GPU en España»[245]. El texto tergiversaba convenientemente datos procedentes de Washington, Buenos Aires y Madrid para afirmar que «es nada menos que uno de los sujetos más peligrosos que la policía política soviética tuvo en España desde 1931 hasta que huyó, ante las armas victoriosas del ejército Nacional, al extranjero». Por

primera vez se divulgó públicamente el apodo el Porcelana, que el autor atribuye «al delicado matiz, como de porcelana, de su piel». El diario aseguraba que Durán había militado en las Juventudes Socialistas Unificadas y que previamente había sido captado como agente en París por la policía política soviética. Su puesto en la Paramount, añadía, no constituía sino una tapadera para su actividad encubierta como espía. Continuaba asegurando que había sido detenido por la policía en varias ocasiones por sus actividades homosexuales y que fue expulsado de varios países por ese mismo motivo. «Si Durán pudo salir de los calabozos, adonde sus escándalos le llevaban con bastante frecuencia, fue por sus poderosos protectores políticos, quienes cumplían a rajatabla las órdenes de la policía política del soviet». Tras afirmar que, al término de la guerra, Durán se había trasladado a Moscú y a París, concluía con un mensaje dirigido a las autoridades norteamericanas: «Estamos seguros de que por aquellas tierras que los españoles varonilmente descubrieron, la repelente figura de Gustavo Durán no era conocida con los "datos" exactos que figuran en los archivos policiacos de Europa».

Con independencia del lenguaje y el tono del artículo, resulta difícil hallar un ejemplo de propaganda tan burda e inexacta. Basta con consultar el expediente policial de Durán que obra en el Archivo Histórico Nacional[246] para comprobar que no figura ninguna detención y que todas las anotaciones existentes son de carácter político y posteriores a 1939. Tampoco estuvo en París o en Moscú después de la guerra. Su supuesto reclutamiento como agente del NKVD es mera especulación de la que no se aporta ningún dato. Por ello resulta aún más sorprendente comprobar la repercusión posterior de esta información y la verosimilitud que le otorgaron los funcionarios estadounidenses. Uno de ellos, el agregado militar de la embajada en Madrid, el coronel Wendell G. Johnson, solicitó inmediatamente al gobierno español información adicional sobre Durán, incluida una plantilla de sus huellas digitales.

No fue ésta la única información publicada sobre Durán en esas fechas. El diario *Ya* o *Madrid* dedicaron trabajos similares al editado por *Arriba*. Tal despliegue mediático resulta ilustrativo de la relevancia que el gobierno español le otorgó. Por ello mismo, la información más interesante no obra en informes públicos, sino en los documentos reservados que hoy se conservan en diversos archivos oficiales. En todos ellos hay suficientes datos como para avalar la tesis de que Durán no fue un exiliado más, ni siquiera un cualificado adversario político, sino un refugiado al que Madrid adjudicó una singular importancia.

Lo prueba, por ejemplo, el hecho de que el ministro de Asuntos Exteriores de la época, Alberto Martín-Artajo, asumiera personalmente el seguimiento del caso en contacto permanente con la embajada española en Washington. Su primera nota al respecto, catalogada como «muy reservada», está fechada el 23 de marzo de 1946, y consiste en un detallado relato biográfico de Durán en respuesta a la petición en ese sentido formulada por el embajador Cárdenas. Lo más relevante del *dossier* suministrado por el ministro no es tanto la información, bastante errónea, sino los juicios contradictorios vertidos en él:



Arriba

"La actitud polaca hacia España causa desagradable sorpresa en Londres y Wáshington"

"El propio Byrnes será el portavoz norteamericano en esta discusión"

EL PUBLICO, PUESTO EN PIE, VITOREO AL CAUDILLO EN EL PALACIO DE LA PRENSA

Las aclamaciones se repitieron en los demás cines madrileños en que se estrenaba el "No-Do" con el desfile de la Victoria

Gustavo Durán, denunciado como colaborador de Spruille Braden, fué uno de los más peligrosos agentes de la G. P. U. en España

"LOS ESTADOS UNIDOS ESPERAN QUE EL NUEVO GOBIERNO ARGENTINO CUMPLA SUS COMPROMISOS INTERNACIONALES"

Por qué Perón es Presidente

La portada del diario *Arriba* del 9 de abril de 1946 muestra cómo la prensa franquista aprovechó la campaña estadounidense contra Gustavo Durán para señalar improbables conexiones de Gustavo con el espionaje soviético. (*Arriba*, 9 de abril de 1946).



INFORMACIONES

Más Ataques Yanquis Contra el Comunismo

Alvin E. Okonski acusa en la Cámara a Gustavo Durán (a) "el Porcelana", Colaborador de Braden e Inspirador de "Ese Infame Libro Azul" Contra Perón

REACCION SOVIETICA: "LOS "AMOS" BRITANICOS DE GRECIA SERÁN SUSTITUIDOS POR "AMOS" NORTEAMERICANOS"

Ahora, Profesor

ECONOMÍA Y ESPECULACION

La acertada labor del Ministerio de Industria

SABOTAJE

LOS GUERRILLEROS GRIEGOS VUELAN VARIOS TRENES

SE VA EL VIRREY

SIGUE LA INDIA REVUELTA

EN AMRISTAR, 40.000 PERSONAS QUEDARON SIN HOGAR

En la Ultima Refriega Hubo 14 Muertos y 18 Heridos

TERROR EN FORMOSA

AGUA PARA TOLEDO

El Porcelana fue el apelativo preferido por la prensa española de la época para referirse a Gustavo Durán. Cabeceras destacadas, como el diario *Informaciones*, empleaban un pretexto cualquiera para desacreditarle en sus portadas. (*Informaciones*, 14 de marzo de 1947).

En 1932 llegó a España un poco deslumbrado por el fascismo —escribió Martín-Artajo— y por esta causa mantuvo frecuentes discusiones con sus antiguos amigos que militaban en formaciones sindicales de izquierda. En 1933 se afilió al Partido Comunista donde destacó por su inteligencia y conocimiento de idiomas. Durante la guerra civil aparece como comandante de una unidad de carros de combate en el frente de Madrid y quiere imponer la disciplina por procedimientos sanguinarios causando estragos en sus propias filas[247].

Lo demuestran igualmente la extensa relación de telegramas e informes cruzados entre el Ministerio de Exteriores y el de Gobernación, y entre éstos y el Estado Mayor del ejército, así como la nutrida correspondencia entre Martín-Artajo y el embajador Cárdenas.

Otro hecho añadió aún mayor gravedad a la investigación en curso cuando se averiguó que un oficial republicano apellidado Durán estaba acusado de una serie de asesinatos cometidos durante la guerra en el denominado «túnel de la muerte». Este túnel, excavado en el barrio madrileño de Usera, fue utilizado para hacer creer a personas afines al bando nacional que podría pasarles a sus filas. Una vez en el interior eran asesinadas y sus bienes, robados. El responsable de tales crímenes se llamaba Casimiro Durán, aunque algunas informaciones aseguraban que utilizó en ocasiones el nombre falso de Gustavo. Fue esta similitud la que generó confusión. No obstante, el 27 de marzo de 1946 Martín-Artajo confirmó a su embajador en Washington que no se trataba de la misma persona: «El organizador de los asesinatos cometidos en el llamado "Túnel de la Muerte" fue un tal Casimiro Durán Muñoz que usaba el nombre de Gustavo como nombre de guerra y el cual se encuentra reclamado por diferentes juzgados militares españoles. MARTÍN ARTAJO»[248]. Pese a este desmentido, el error no fue subsanado en la Causa General, en cuyas páginas el apellido Durán siguió apareciendo relacionado sin mayor concreción con los crímenes de Usera.

En Estados Unidos, mientras tanto, la investigación interna del Departamento de Estado avanzaba con celeridad, centrada en estudiar todos los despachos oficiales enviados por Braden y Durán desde La Habana y Buenos Aires. Dos funcionarios de la embajada estadounidense se entrevistaron con Indalecio Prieto en México, quien, sin negar su versión de los hechos, desmintió que el español hubiera sido agente soviético. Desde México envió a Gustavo un primer telegrama el 3 de abril de 1946 en el que afirmaba que «las declaraciones de *Mr*. John Parnell Thomas no pueden fundamentarse en ninguna de las palabras escritas por mí… Nunca le he acusado a usted de ser agente de la policía rusa ni miembro de la Comintern»[249]. En un segundo despacho remitido el 12 de abril, Prieto corroboró esta versión: «Querido amigo… En el informe que hice en Barcelona el 9 de agosto de 1938 para explicar las razones de mi salida del Ministerio de Defensa Nacional, aludí a usted durante el breve período de tiempo en el que actuó como jefe del SIM… Esta alusión, sin embargo, no implica ninguna acusación de que usted fuera agente de la Policía Secreta Rusa ni miembro del Comintern»[250].

En un clima de creciente angustia que los Durán vivieron como una pesadilla, el 7 de agosto de 1946 Gustavo recibió la noticia de que la investigación interna del Departamento de Estado había concluido sin cargos en su contra, lo que implicaba su continuidad laboral. Pero él ya había tomado otra decisión. Ese mismo día solicitó una plaza en la recientemente creada Organización de las Naciones Unidas (ONU), donde su conocimiento de los idiomas y su experiencia diplomática constituían una excelente carta de presentación. Fue una decisión asumida desde el despecho, desde la honda frustración con que había vivido los últimos meses. Su visión de la realidad norteamericana y de su gobierno difería notablemente de la imagen que se había creado tras su llegada cinco años antes, y a la que habían contribuido la política del presidente Roosevelt. Ahora actuaba otra administración, con intereses distintos, en un contexto de guerra fría. Comprendió que su pasado, pese al resultado de la investigación, constituiría siempre una pesada carga que podría ser aducida en cualquier momento para desacreditarlo.

La crisis evidenció también un creciente distanciamiento ideológico y personal respecto de Braden. Hacía tiempo, desde su regreso de Argentina, que Durán cuestionaba sus decisiones. Su deriva conservadora y el papel que había desempeñado en la reciente investigación añadieron elementos de tensión. Spruille describió este alejamiento en sus memorias con cierto resentimiento. Cuando supo que Gustavo había sido exculpado de los cargos, se encontró con una reacción que le sorprendió y disgustó.

> En esa época —escribió Braden— él y su mujer estaban histéricos y angustiados. Gustavo incluso llegó a decirme, al igual que a John Wright, que se arrepentía de haber conseguido la nacionalidad estadounidense. Tan pronto como supo que había sido rehabilitado me anunció su dimisión. Me dijo que había encontrado otro trabajo. Le respondí que debería haberme advertido con antelación. Curiosamente, rehusó decirme de qué empleo se trataba hasta que nueve días después vino a despedirse. Me confirmó que se iba a las Naciones Unidas[251].

Braden detalla que no volvieron a verse durante los siguientes cuatro años. Las circunstancias les obligaron a reencontrarse cuando Durán fue nuevamente acusado por el más acérrimo perseguidor de la influencia comunista en Estados Unidos: el senador Joseph (Joe) McCarthy.

16

Enemigo público

Cerré mi puerta al mundo;
se me perdió la carne por el sueño…
Me quedé, interno, mágico, invisible,
desnudo como un ciego.

EMILIO PRADOS,
«Cerré mi puerta al mundo»

En octubre de 1946 Gustavo Durán se incorporó a su nuevo empleo en las Naciones Unidas como director de la sección de Política Social y Desarrollo de la división de Bienestar Social, a su vez inscrita en el departamento de Asuntos Sociales de la ONU. Él y su familia se trasladaron a Nueva York con el aliciente de reencontrarse con los viejos amigos del exilio español. Se alojaron en Applegreen, una propiedad de Dorothy Elmhirst en Old Westbury, Long Island, y pronto recobraron el tiempo perdido en reuniones festivas en las que se omitían la política o la guerra con el propósito de no sumergirse en la nostalgia ni dejarse llevar por la tristeza de las pérdidas personales que todos sufrían.

Allí, en Old Westbury, frecuentaron al arquitecto catalán José Luis Sert. De vez en cuando también visitaban en su domicilio de Riverside Drive a Francisco García Lorca y su mujer, Laura de los Ríos Giner. A la antigua amistad que unía a Gustavo con Francisco, se añadió la entrañable relación de Bonte con Laura y la cercanía personal de las hijas de ambos matrimonios, quienes compartieron colegio en Nueva York. Gustavo se sentaba al piano y acompañaba las veladas con música, pero sobre todo con canciones populares que casi todos conocían y se esforzaban en tararear, casi evocando aquellas

reuniones de amigos en la residencia cuando era Federico el que tocaba el piano y quien ponía a prueba la agudeza musical de su improvisado auditorio.

Con ellos y con otros españoles compartieron muchas horas en citas que se prolongaban hasta tarde porque, aunque nadie lo mencionara, para todos constituían reencuentros con la faceta más feliz y añorada del ayer. A aquel rincón de la España más creativa y fértil trasladada al corazón de Estados Unidos solían acudir Fernando y Susana Teixidor, Ángel y Amelia del Río, Mercedes y Demetrio de Torres, Ernesto Dacal y Margarita Ucelay, Teresa y Pedro Escobar, y muchos otros españoles; bien visitantes ocasionales de paso por la ciudad, como de vez en cuando hacían Enrique Díez Canedo y la argentina Victoria Ocampo, o bien asistentes asiduos cuya ausencia se extrañaba cuando no cumplían con aquel rito fecundo de alegría y calor humano.

Hay una simpática anécdota que ilustra la cordialidad que reinaba en aquel grupo de españoles. Pedro Salinas, cuando conversaba con Bonte, quien entonces no dominaba aún el español, solía hablar muy despacio y vocalizando excesivamente. Gustavo le comentó a Bonte que la próxima vez que se expresara de ese modo debía decirle: «Por los clavos de Cristo, no me hables así». Bonte lo hizo, para sorpresa del poeta, quien parece que nunca más repitió su esforzada pronunciación.

De aquel año 1946, aunque anterior a la incorporación de Gustavo a la ONU, se conserva otro emotivo recuerdo. Se trata de una edición de *Platero y yo* dedicada por Juan Ramón Jiménez a Cheli, la hija mayor de Gustavo: «A Araceli, de su amigo, que la quiere mucho. Juan Ramón, Washington, febrero de 1946». El libro contiene otras anotaciones manuscritas del poeta, como una simpática en la que aflora su célebre aversión a los errores de imprenta: «¡Perdón! Todas las erratas son obra de la diligente mano de Guillermito de la Torre».

Durán comenzó a realizar prolongados viajes de trabajo por América, Europa y Oriente Próximo. Entre abril y septiembre de 1947 visitó Francia e Inglaterra. Ese mismo año, en diciembre, se desplazó a México. En 1948 regresó a Inglaterra y conoció Suiza por primera vez. En el invierno de ese año Bonte y Gustavo realizaron un viaje con Graham Greene y Catherine Walston, hermana de Bonte, por Egipto, Líbano y Siria. Existe, a propósito, una curiosa anécdota relacionada con Greene. En sus últimos años, cuando mejor conoció España, el escritor británico entabló una estrecha amistad con un sacerdote gallego que le inspiró su obra *Monseñor Quijote*. Este religioso se llamaba Leopoldo Durán.

A esos viajes siguieron otros recorridos en representación de la ONU por Perú, Bolivia e Inglaterra. Fue, en definitiva, un período feliz que culminó el 26 de agosto de 1948 con el nacimiento de Lucy Crompton Durán, su tercera hija, en Long Island. A principios de 1950 los momentos más amargos del pasado parecían definitivamente desterrados, mientras que la vida cotidiana, después de la guerra, el exilio y las acusaciones, recobraba cierta normalidad. Da fe de ello la carta que, en julio de 1949, Gustavo escribió a su hermano Ernesto tras recibir la primera misiva suya en catorce años. En ella está presente el hombre que, a pesar de las circunstancias y del tiempo transcurrido, extraña a sus hermanos, al igual que se descubre en sus líneas a un marido y un padre dichoso: «Y soy feliz, todo lo feliz que un hombre puede ser en este mundo. La vida, que tan de mi parte ha estado siempre, me ha dado una mujer cuyas virtudes son realmente extraordinarias; y no me ciega la pasión de esposo»[252].

Pero, como si el destino reincidiera en su empeño de anular los tiempos felices, todo concluyó abruptamente cuando un vehemente senador por Wisconsin decidió situarle de nuevo en el punto de mira de una campaña política para denunciar la supuesta infiltración comunista en el Departamento de Estado. Joseph McCarthy había sido elegido senador en 1947 e inmediatamente se centró en la persecución política. Con su campaña dio nombre a una época oscura de la historia de Estados Unidos, y sus métodos de denuncia se extendieron por el país popularizando la expresión «caza de brujas» como sinónimo de sospecha generalizada. Su influencia, el temor a ser relacionado con el comunismo en un momento en que tal imputación podía trastocar definitivamente una vida, y el clima de guerra fría convirtieron a Joseph McCarthy en un hombre más temible y poderoso de lo que su cargo presuponía.

Su carrera como discreto senador cambió para convertirle en celebridad el 9 de febrero de 1950, durante el llamado Lincoln Day, mientras pronunciaba un anodino discurso en el Club de Mujeres Republicanas de Wheeling, en Virginia Occidental. Ante un auditorio ajeno a la relevancia que aquel acto tendría, McCarthy aseguró poseer una lista de 205 nombres de funcionarios del Departamento de Estado que eran o habían sido miembros del Partido Comunista. Apenas citó casos concretos, aunque sí mencionó por primera vez a Gustavo Durán. Posteriormente reiteraría su nombre como un riesgo para la seguridad nacional en otro acto celebrado en Reno. La alarma desatada por el anuncio no se dirigía únicamente contra las personas citadas, sino también contra la administración Truman, acusada por el senador de una imprudente

benevolencia en un año, el de 1950, en que la guerra fría vivía un momento álgido.

La URSS ya no sólo era un adversario ideológico, sino un enemigo peligroso cuya expansión rivalizaba abiertamente con los estados capitalistas y su supremacía global. La China de Mao se acababa de sumar a las potencias comunistas. Alger Hiss, un importante funcionario del Departamento de Estado, había sido acusado y juzgado por espionaje, al igual que dos eminentes científicos implicados en el programa nuclear: Julius Rosenberg —junto a su mujer, Ethel— y Klaus Fuchs. La Unión Soviética disponía de armamento atómico. El miedo a la infiltración, al contagio ideológico, al espionaje y al debilitamiento del sistema capitalista catapultó a McCarthy a la popularidad mientras sus acusaciones calaban en una sociedad temerosa.

La procedencia de su información no era, sin embargo, original. Se basaba en un informe del agente del FBI Robert E. Lee, elaborado tres años antes tras haber analizado los expedientes de numerosos funcionarios. McCarthy tuvo acceso a la llamada «lista Lee», aunque adulteró algunas de sus conclusiones convirtiendo en acusaciones lo que en muchos casos sólo eran vagas sospechas o bien inclinaciones ideológicas sin militancia concreta alguna.

Tras repetir sus acusaciones, reduciendo las cifras y la magnitud de la infiltración, el Senado le reclamó para dar testimonio. Compareció el 20 de febrero de 1950 limitando su lista de sospechosos a 81 personas, por debajo del número inicial de 205, y también inferior a los 108 casos estudiados en la «lista Lee». Aunque McCarthy no desveló en su comparecencia ningún nombre, el eco de la denuncia obligó al Senado a crear una comisión de investigación con carácter de urgencia. Se constituyó a tal efecto un subcomité «para la total investigación y análisis de aquellas personas que hubieran sido desleales estando empleadas por el Departamento de Estado»[253]. Lo integraban cinco senadores: tres demócratas, un republicano firme defensor de McCarthy y otro de tendencia más moderada. El subcomité estaba presidido por el senador demócrata por Maryland Millard Tydings, por lo que fue más conocido como «subcomité Tydings». Sus integrantes demócratas confiaban en que la comparecencia de McCarthy serviría, en realidad, para desacreditarle. El propio Tydings confesó: «Dejadle que le oigamos durante tres días en audiencia pública y nunca más volveremos a verle en el Senado»[254]. La realidad desmentiría ampliamente la previsión del político demócrata.

El senador por Wisconsin inició su comparecencia el 8 de marzo. Lo que se preveía que sería una audiencia de pocas sesiones se prolongó hasta julio, y en ella se citó a comparecer como testigos a 35 personas. McCarthy, consciente de la vulnerabilidad de su posición si dispersaba los cargos entre un número amplio de acusados, finalmente concretó su denuncia en nueve casos que consideraba mejor documentados o de mayor carga probatoria. Se trataba de una curiosa mezcla de personajes de poca relevancia política, de tendencias liberales o socialistas y con vínculos discutibles con el Departamento de Estado.

Figuraban en su denuncia la abogada, juez y feminista neoyorquina Dorothy Kenyon; Esther Brunauer, funcionaria de la Unesco a quien se acusó junto con su marido de conexiones con agentes de la inteligencia soviética; el pedagogo y experto en Asia Owen Lattimore, una institución sobre el Lejano Oriente y profesor de relaciones internacionales en la Universidad Johns Hopkins; Haldore Hanson, corresponsal en China y empleado brevemente en una sección de administración de personal del Departamento de Estado; el astrónomo Harlow Shapley, quizá el imputado de perfil profesional más sorprendente; Fredrick Schuman, un autor de ciertas simpatías prosoviéticas cuya única conexión oficial era haber pronunciado una conferencia en 1946 ante varios funcionarios del Departamento de Estado; el diplomático John S. Service, destinado en China antes del triunfo comunista y colaborador de la revista *Amerasia*, varios de cuyos responsables fueron investigados por el FBI bajo la acusación de espionaje; Philip Jessup, diplomático próximo a Truman al que McCarthy consideró uno de sus principales objetivos, y Gustavo Durán, el más desconocido de todos ellos pese a que pronto alcanzó una inusitada relevancia.

McCarthy dedicó una detallada exposición de argumentos a cada uno de estos nueve casos. Finalmente, a las 9.40 de la mañana del 14 de marzo de 1950, el subcomité Tydings, dependiente del Comité de Relaciones Exteriores, trató la denuncia sobre Gustavo Durán en el despacho 318 del edificio del Senado. McCarthy presentó al español ante el subcomité como un «notorio comunista internacional… conocido por sus rabiosas convicciones y actividades comunistas[255]» para sorpresa del presidente Tydings, quien confesó que nunca había oído su nombre. McCarthy le remitió a las dos menciones públicas en sus discursos de Wheeling y Reno. Prosiguió su intervención aduciendo varios documentos a modo de prueba. El más importante de ellos era un informe del agregado militar en Madrid, Wendell G. Johnson, confeccionado en 1946. El *dossier* se basaba en el artículo

publicado el 9 de abril de 1946 en el diario *Arriba* y en información adicional suministrada por las autoridades españolas. Contenía importantes errores biográficos, como citar las Islas Canarias como su lugar de nacimiento, afirmar que había sido comandante de una brigada internacional, atribuirle varios crímenes al frente de una checa o cárcel clandestina y situarle en Moscú y París al término de la Guerra Civil.

El senador presentó este informe de inteligencia como la prueba número 32. La 33 era una carta de Spruille Braden fechada el 21 de diciembre de 1943 en La Habana. En ella Braden descartó las sospechas de comunismo que sugerían los investigadores del FBI y afirmó en su defensa que le consideraba «eminentemente cualificado para la labor que está desarrollando y tengo en la más alta estima su inteligencia y carácter, así como su lealtad y discreción… Desde mi conocimiento personal, fundado en la estrecha colaboración, el señor Durán no es un comunista, sino un liberal del mejor estilo. Le considero un ciudadano estadounidense excepcionalmente valioso, patriota y honorable, que promete muchísimo como funcionario del gobierno de Estados Unidos en altas responsabilidades». McCarthy aprovechó en su favor los términos de Braden para acusar a éste, y por extensión al Departamento de Estado, de un nulo control ideológico sobre sus colaboradores. A continuación, expuso como contrapartida otra carta del senador Wherry al secretario de Estado James F. Byrnes en la que exigía que «despida usted a Gustavo Durán».

Como prueba número 34 entregó otro informe elaborado en diciembre de 1943 por Edward J. Ruff, secretario del agregado militar de Estados Unidos en la República Dominicana. Ruff, aludiendo a las informaciones aportadas por un exiliado español que aseguraba conocer bien a Durán, confirmaba su condición de comunista y homosexual: «La única información adicional que poseemos, y que no mencionamos en el informe porque no lo creímos pertinente, es la relativa al hecho de que Durán es homosexual. Yo no cuestiono el interés de Durán por las artes, su cultura o inteligencia. Sin embargo, sólo comunicamos en nuestro informe que Durán era miembro del Partido Comunista. Por mi parte, estoy convencido de que Durán fue comunista, y considero la afirmación del embajador Braden de que es un liberal del mejor estilo como un eufemismo».

En sus conclusiones, McCarthy apuntó hacia una doble responsabilidad: la propia de Gustavo, al que imputaba «1) rabiosas convicciones y actividades comunistas; 2) que participó activamente en las operaciones secretas soviéticas en el ejército de la República española; 3) que un informe altamente confidencial enviado al Departamento de Estado por el agregado

militar de la embajada de Estados Unidos en Madrid exigía la inmediata dimisión de Durán, a menos que se probara que los hechos eran falsos»; y, por otra parte, la que atribuía al Departamento de Estado por supuesta irresponsabilidad y negligencia. En ese sentido, McCarthy elevó el tono de su denuncia acusando a Durán de contar con un encubridor de alto nivel en la administración: «¿Cuál es el misterioso poder en posesión de Durán que le permitió continuar sirviendo como asesor confidencial de Spruille Braden, entonces jefe de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado? ¿Por qué se permitió a este hombre dimitir voluntariamente ante esas graves acusaciones? Y, debo añadir, ¿quién se encargó de buscarle la importante tarea de ir a las Naciones Unidas para seleccionar a los refugiados que ingresan en esta nación?».

La prensa se hizo eco con gran resonancia de la denuncia. Al día siguiente, *The New York Times* publicó unas declaraciones de Gustavo negando las acusaciones con una frase que encabezó el artículo: «No soy ni he sido nunca comunista»[256]. «Como ciudadano español fui teniente coronel del legal ejército de la República durante la Guerra Civil. No estuve en las Brigadas Internacionales. Ahora soy ciudadano estadounidense. No fui recomendado para mi actual puesto en las Naciones Unidas por ningún miembro del gabinete Truman», añadió. El diario recogió también la opinión de Braden, quien afirmó que siempre estuvo «convencido de que no era comunista». Bonte le telefoneó para agradecerle el gesto.

Los problemas sufridos cuatro años antes se multiplicaron ahora, amplificados por la mayor dimensión pública de la denuncia. Gustavo ocupaba entonces el cargo de jefe de la sección de Actividades Culturales del Departamento de Asuntos Sociales de la ONU, adscrito al secretariado general de la organización. Si el subcomité le consideraba culpable de deslealtad no sólo su trabajo estaría en peligro, sino que también debería hacer frente a las responsabilidades jurídicas derivadas de los cargos.

En el contexto de la guerra fría, la mera acusación equivalía a un estigma social que sufría el afectado pero que repercutía en toda la familia. Bonte lo sabía muy bien. En su intento de proteger a sus hijas de cualquier reproche público, escribió al senador por New Hampshire Styles Bridges una conmovedora carta en demanda de ayuda, describiendo lo sucedido como «una pesadilla para mí, para mi madre y para toda la familia. Tenemos tres hijas cuyas vidas pueden resultar perjudicadas por esas terribles mentiras. Usted me dijo en una ocasión que si hubiera una acusación contra Gustavo en el Senado le defendería»[257]. Sus hijas padecían ese injusto acoso. Su tío

Michael Straight confesó que cuando iban al colegio otros niños gritaban: «Ahí van las hijas del traidor Gustavo Durán»[258].

A través de las páginas del semanario político *New Republic*, del que era editor y propietario, Michael Straight fue uno de los escasos apoyos públicos que Gustavo recibió. Su nombre fue mencionado por McCarthy, precisamente, para probar los vínculos de Durán con el comunismo, aunque Straight nunca fue objeto de ninguna acusación concreta, como tampoco lo fue Alexander Orlov, el responsable del NKVD en España que propuso a Durán para el SIM, y que entonces, paradójicamente, vivía como exiliado en Estados Unidos bajo identidad falsa y protección oficial.

Gustavo no acudió a declarar personalmente al subcomité Tydings. Alegó que el artículo 100 de la Carta de las Naciones Unidas impedía a los miembros del secretariado recibir instrucciones de cualquier Estado miembro o comprometer a la organización con alguna de sus acciones. No obstante, escribió un extenso memorando que firmó y juró ante un notario público de Nueva York para dar fe de su veracidad. Envió tres copias del mismo al director del FBI, Edgar Hoover, a William Barber, del Departamento de Estado, y al propio senador Tydings para hacerlo constar como réplica a la acusación de McCarthy.

El texto del memorando es preciso e incluso agresivo en su defensa. Comienza desacreditando la supuesta originalidad del informe, situando acertadamente sus fuentes en la investigación de 1946 y en el artículo ya mencionado del diario *Arriba*:

> Con sólo una o dos excepciones fácilmente refutables —escribió— el senador McCarthy se me ha echado encima sin ninguna acusación nueva, y sin ningún material adicional con el cual apoyarlas. Por lo tanto, no entiendo por qué las conclusiones del Comité de Seguridad y del señor Donald Russell no son tan válidas hoy como lo eran en 1946.

Respecto al informe del agregado militar en Madrid, aseguró:

> Era una reproducción literal de un grosero ataque a mi persona publicado el 9 de abril de 1946 en el periódico de Madrid *Arriba*, que es el portavoz de la Falange en la España de Franco. El artículo de *Arriba* fue publicado como parte de la campaña del gobierno de Franco para contrarrestar las revelaciones hechas por el Departamento de Estado de Estados Unidos acerca de las relaciones entre la Alemania nazi y la España de Franco durante la última guerra mundial… Si el agregado

militar hubiese tomado la precaución de investigar esos hechos, habría cuestionado la validez del informe.

Cuando hubo de referirse a las acusaciones sobre su condición de homosexual, presentada en *Arriba* y transcrita en el informe militar como «repugnantes costumbres», su réplica adquirió un tono de desafío:

> *Arriba* y el llamado «informe» decían a continuación que mis «repugnantes costumbres» determinaron que yo enfureciera a la policía de Berlín, que fuera expulsado de Alemania y que tuviera problemas similares en otras capitales europeas. En rigor a la verdad, nunca fui detenido en ciudad alguna y con ningún cargo, ni recibí jamás reprimenda alguna por parte de ningún agente de la ley, salvo cuando me salté una señal de *stop* en Mineola, Long Island. Por lo que se refiere a las abominables tendencias inmorales que *Arriba* y el llamado «informe» me han atribuido, atribución de la que el señor McCarthy se ha hecho eco, desafío al senador McCarthy o a cualquiera a repetir tal acusación, no en informes clasificados ni en declaraciones secretas, sino cara a cara.

Acerca de las imputaciones de mayor relevancia, las que le acusaban de pertenecer al «Alto Estado Mayor ruso» o de haber viajado a Moscú y a París al término de la guerra, alegó: «Nunca fui miembro de ningún Estado Mayor ruso; yo nunca he estado en Moscú ni en ningún territorio ruso, y tras la Guerra Civil española no fui a París hasta pasados ocho años, cuando, en 1947, fui enviado allí en misión oficial por las Naciones Unidas».

Sobre las declaraciones de Indalecio Prieto, de nuevo empleadas en su contra por McCarthy, Durán explicó que el político socialista y él se habían visto en numerosas ocasiones tras la guerra, siempre en un clima de cordialidad. Repitió el contenido de los telegramas enviados por Prieto en 1946, en los que desmentía su relación con los servicios de inteligencia soviéticos. «Nunca le he acusado a usted de ser agente de la policía rusa ni miembro de la Komintern, y jamás dije nada a nadie que pudiera servir de base para creer tal cosa», explicaba Prieto en el telegrama que reprodujo Durán.

Dedicó la parte final de su escrito a negar otras interpretaciones de McCarthy que aludían a su supuesta influencia en el seno de la ONU para seleccionar a los refugiados que podían acceder a Estados Unidos, así como las que apuntaban a la existencia de un influyente protector en la administración.

Es de dominio público que jamás he sido empleado por la Organización de Refugiados ni he tenido absolutamente nada que ver con la selección de refugiados que entran en este país ni en ningún otro. Si el senador hubiese consultado el directorio telefónico de las Naciones Unidas, habría encontrado el departamento y la sección en que trabajo… Finalmente, en la obtención de mi empleo en las Naciones Unidas no busqué ni recibí ningún tipo de apoyo por parte de funcionario alguno del gobierno de Estados Unidos. En ningún momento oculté el hecho de que participé activamente en la Guerra Civil española. Cuando, en 1940, fui registrado para la reserva en el ejército estadounidense, entregué una declaración detallada de mi carrera militar en España… Finalmente, deseo declarar que elegí adquirir la nacionalidad estadounidense porque creo en las instituciones e ideales de este país, y me adhiero sin reservas a ellos. Mi esposa es ciudadana estadounidense por nacimiento. Mis hijas son estadounidenses y están siendo criadas de acuerdo con las mejores tradiciones norteamericanas. Las obscenas y falsas acusaciones que se han vertido en mi contra no sólo me dañan a mí, sino también a mi esposa y a mis hijas. Tengo fe en que el sentido de la justicia del Senado de Estados Unidos corrija esta situación de una vez por todas y me permita vivir en la dignidad y en la intimidad a las que tengo derecho.

Las deliberaciones del subcomité prosiguieron hasta principios de junio en un ambiente de creciente hostilidad entre el presidente Tydings y McCarthy. El primero se sentía molesto por los métodos del senador, mientras que éste advirtió el potencial desgaste que sus denuncias ejercían sobre la administración Truman. El 17 de julio de 1950 el subcomité presentó su escrito de conclusiones. Eximía, con diferentes matices, a los nueve imputados de cualquier cargo y, por el contrario, negaba con rotundidad que existieran agentes comunistas o una red de espionaje en el Departamento de Estado. El escrito aseguraba que las acusaciones de McCarthy constituían «un fraude y una broma de mal gusto»[259], además de definir su actividad como una técnica típicamente totalitaria basada en la difusión de grandes mentiras.

El texto de las conclusiones detallaba las razones de exculpación de cada uno de los procesados, y en el caso de Gustavo se limitó a exponer:

Durán estuvo empleado en el Departamento de Estado desde el 30 de enero de 1943 hasta el 3 de octubre de 1946, en que dimitió. A la vista de que su relación con el departamento fue previa al inicio del programa de

investigación de la lealtad de sus empleados, consideramos que es innecesario incluir la discusión de su caso en nuestro informe[260].

Durante todo el proceso la embajada española en Washington había movido en la sombra diversos hilos sin que Gustavo supiera nunca con exactitud el interés con que la legación había observado la investigación. También los habían movido la embajada estadounidense en Madrid y el consulado en Barcelona. Hasta allí se desplazó un agente del FBI para interrogar a Gustavo Buesa Durán, hijo de Marina. Pero existieron otros vínculos y transferencias de información entre funcionarios de ambos países. En el Archivo General de la Administración se conservan diversos despachos y telegramas que confirman que al menos tres ciudadanos norteamericanos solicitaron a la embajada española en Washington datos confidenciales sobre Gustavo Durán. Curiosamente, la carpeta con su expediente[261] contiene también el de Ramón Mercader, el asesino de Trotski, y el del lehendakari José Antonio Aguirre, en una asociación en absoluto casual que revela la trascendencia involuntaria que adquirió.

El primero de estos solicitantes fue un abogado neoyorquino llamado George Dix, quien reclamó información en octubre de 1946 a raíz de la denuncia del congresista Parnell Thomas. Dix reconoció hablar en nombre del consejero jurídico del Comité de Actividades Antiamericanas, el señor Adamson. El receptor de su consulta en el consulado en Nueva York, José Pérez del Arco, se mostró convencido de que las informaciones serían así entregadas discretamente al comité para demostrar «que las actividades desarrolladas por Gustavo Durán en España, durante nuestra Guerra de Liberación, no fueron precisamente las de un luchador de la Democracia, sino las de un comunista dirigido por Moscú»[262]. Lo sorprendente de esta petición es la discreción con que actuaron los diplomáticos españoles. Pérez del Arco sugirió al encargado de negocios en la embajada española en Washington, Germán Baráibar, que al hablar telefónicamente de esta cuestión modificaran los nombres de tal modo «que al referirnos en la conversación al abogado *Mr*. Dix, digamos *Mr*. John; y al hablar de Durán, digamos (pongo por caso) González. Así podrás decirme con más libertad qué he de comunicar a Madrid»[263].

El segundo interesado se llamaba John Howland Snow, un escritor muy recomendado, según informaba el cónsul general de España en Nueva York, Bernard Rolland. En febrero de 1949 John Howland se puso en contacto con la legación alegando que estaba escribiendo un libro sobre el comunismo

internacional y que consideraba obligada la presencia de Gustavo Durán en él. Su petición fue atendida desde la embajada así como desde el propio ministerio en Madrid, como confirma una nota remitida por Germán Baráibar el 1 de marzo de 1949: «Un conocido escritor que está escribiendo una obra sobre la actuación del comunismo internacional se ha dirigido a nosotros interesando [sic] le aclaremos y confirmemos unos datos sobre el tristemente célebre Gustavo Durán, figura que le interesa revelar como un típico agente de Moscú»[264].

Pocas semanas más tarde, un redactor de la publicación conservadora *Common Sense* apellidado McGinley requirió de la embajada información sobre el «túnel de la muerte» de Usera y su relación con Gustavo Durán. Germán Baráibar le remitió copia de «una información confidencial que obra en esta embajada, y que fue traducida al inglés, que hace referencia a las actividades de Gustavo Durán»[265].

Trascurrido más de medio siglo desde entonces, y con la información disponible en la actualidad, es posible afirmar que las acusaciones de McCarthy sobre las supuestas actividades de Durán como agente soviético o infiltrado comunista carecían de todo fundamento. Pero no es menos cierto que éste, en algunos puntos, respondió con evasivas. El relato de su vida citado en el memorando presentado ante el subcomité se ajustaba esencialmente a los hechos, pero no expresaba toda la realidad. Aunque no hubiese militado en el Partido Comunista, negar cualquier vínculo o pasado ligado a él durante la guerra no resultaba verídico. Tampoco lo era renegar de su condición de homosexual, aunque también esta faceta de su vida perteneciera a una etapa lejana. No reconocer las gestiones en el Departamento de Estado de su cuñado Michael Straight para agilizar el visado de entrada en el país en 1940, o las de Seldon Chapin en 1942 para acelerar su proceso de nacionalización, representaba también una importante omisión. Obviamente, estos aspectos habrían constituido formidables elementos de acusación, en el ambiente opresivo en que se desarrolló la investigación, que hubieran perjudicado a Gustavo y, sin duda, a su familia. La presión externa resultó determinante, pues, en su declaración, y así continuó siendo a pesar del fallo absolutorio del Senado, porque McCarthy no cesó de señalarle con el dedo acusador.

El 30 de agosto de 1951 el senador asistió en el hotel Astor de Nueva York a la Convención Anual de Veteranos de Guerra. Durante su intervención, McCarthy mostró una foto de gran tamaño de Gustavo Durán vestido con el uniforme de oficial del ejército republicano. Ante el auditorio

le acusó de nuevo de ser un agente comunista y, blandiendo la foto, aseguró que «Durán fue la cabeza visible de algo llamado SIM en Europa, que formaba parte de la policía política rusa»[266]. La prensa se sumó a una nueva campaña a favor o en contra, destacando un influyente artículo publicado en la revista *Time* el 10 de septiembre que calificó al senador de demagogo.

La nueva denuncia no generó mayores consecuencias judiciales, pero sí agudizó la crisis nerviosa que Gustavo sufría desde meses atrás. La tensión le dejó en un estado mental irreconocible, entre arrebatos de ira y episodios de abatimiento. Michael Straight fue testigo del deterioro de su cuñado hasta unos límites que preocuparon seriamente a su familia:

> La interminable e insidiosa campaña contra él fue más dura de soportar para Gustavo que el fuego enemigo durante la guerra en España. Cuando viajé a Wilton en septiembre de 1951 para recoger a mis hijos, le encontré postrado en una butaca tomando el sol, como un paciente después de una operación; tenía los ojos cerrados y su piel era de una palidez mortuoria.
>
> Me senté a su lado. Le dije que muchas otras personas habían podido superar las acusaciones de McCarthy. Añadí que el lado positivo de Estados Unidos vencería al negativo.
>
> «No se trata de esto Michael —respondió—. Es como una reacción alérgica. La primera vez golpea, me afectó profundamente; la segunda vez el efecto es violento. Si me vuelve a atacar de nuevo, no sé qué será de mí». Se sentó en silencio mientras comíamos. Bonte le rogó que respondiera cuando se dirigiera a él. «¡Bonte! —gritó angustiado—, estoy enfermo, estoy enfermo».
>
> Tres semanas después volé a Old Westbury, donde vivían los Durán. Tenía una cita con la señora Shipley para tratar el asunto del pasaporte de Gustavo y necesitaba conocer cualquier aspecto de su pasado que me pudieran preguntar. Bonte me esperó en la puerta del patio. Parecía pálida y lucía ojeras. «Debes saber —afirmó— que Gustavo es una persona distinta. Solía ser tan brillante… Ahora, sin embargo, es silencioso y arbitrario. Incluso sus propios compañeros en las Naciones Unidas se están volviendo contra él.
>
> »Hace dos días su asistente, Donald McGranahan, trajo un ejemplar de la revista *Time* en el que le defendían. Donald pensaba que le agradaría, pero cuando Gustavo vio la foto de McCarthy arrojó la revista a su cara.
>
> »Tuve que llamar a Donald para decirle que le disculpara, que estaba

enfermo. Es verdad. Anoche, mientras estaba en la cama, no dejaba de decir: “No soy un hombre fuerte, no lo soy”… A la mañana siguiente, temprano, Gustavo me dijo que le llevara en el coche a Nueva York. “No más conversaciones —dijo, y saltó al coche—: Si la elección es tener que hablar de mi caso o ir a la cárcel, entonces prefiero la prisión”»[267].

Gustavo no llegó a ir a prisión, pero tampoco pudo evitar tener que hablar de nuevo sobre sí mismo y su pasado en nuevas investigaciones. En octubre de 1952 optó por no acogerse a la quinta enmienda, que le permitía no declarar, y compareció ante el Subcomité de Seguridad Interna del Senado y el Gran Jurado de Nueva York. La cadena de agravios tampoco se detuvo entonces.

En 1953 la República Dominicana y España intensificaron la campaña de acoso. El gobierno del dictador Trujillo acusó a Braden, Durán y otros funcionarios diplomáticos de promover el comunismo en la isla. La descalificación de diplomáticos de probada fe capitalista como Braden evitó que las autoridades estadounidenses dieran crédito a la denuncia. Gustavo conocía de primera mano las acusaciones. Su viejo amigo Vela Zanetti, exiliado en la República Dominicana, había sido contratado por la ONU para pintar el mural sobre los derechos humanos que aún existe en la sede central de la organización en Nueva York. Con él coincidió muchas veces en el edificio y compartieron opiniones sobre la obra.

Tampoco tuvo mayores implicaciones el hecho de que, en Madrid, el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo incoara una causa contra él (expediente 50 395) bajo la acusación de ser comunista, la cual se saldó con el archivo de las diligencias por ignorar su paradero, «en tanto el encartado se presente o sea habido», afirmaba el auto[268], en una resolución paradójica habida cuenta el preciso conocimiento que el Ministerio de Asuntos Exteriores tenía de sus circunstancias.

A ese mismo año 1953 corresponden también algunas de las afirmaciones más calumniosas publicadas en España sobre Durán. Un escritor bajo el seudónimo de Kart Rienffer publicó un libelo, *Comunistas españoles en América*[269], en el que dedicó un capítulo entero a Gustavo Durán titulado «Agentes del soviet en el Departamento de Estado americano». En él denunciaba, desde el más enconado desprecio, sus prácticas homosexuales y políticas. Aunque el autor real no ha sido identificado, es posible que se tratara de un miembro de la policía o, en todo caso, de la administración franquista, nada extraño en la época.

La galería de autores de libros seudohistóricos contaba entre sus miembros con conocidos comisarios de policía. Julián Mauricio Carlavilla, por ejemplo, policía y anticomunista acérrimo, dedicó una extensa obra a denunciar la República, el comunismo y la masonería. Firmó sus libros bajo seudónimos tales como Mauricio Karl —el más común—, Julián D'Arleville o Charles Borough. Otro conocido escritor también policía fue Eduardo Comín Colomer, quien en una de sus obras mencionó a Durán. Manuel Vázquez Montalbán recogió este episodio en su ensayo *Pasionaria y los siete enanitos*:

> Comín Colomer, un caso de exquisita finura dialéctica si lo comparamos con otros policías publicistas del franquismo como Mauricio Carlavilla (Maurice Karl), se la tiene jurada a los gordos y a los homosexuales, porque no vacila en calificar al capitán Gustavo Durán de pederasta, conocido por el Porcelanas. Gustavo Durán había sido uno de los cuadros intelectuales del PCE más destacados en los frentes militares, pianista y compositor, miembro del 5.º Regimiento, destacado jefe militar glosado por Alberti en sus poemas y posterior funcionario de la ONU que luchó junto a otros republicanos exiliados, como el vasco Jesús de Galíndez, para impedir el reconocimiento del gobierno de Franco[270].

Aunque la función de Gustavo en la ONU no estaba relacionada directamente con la actividad política, como Montalbán refiere, sí es cierto que su influencia y sus contactos se sumaron a los del reducido grupo de exiliados españoles de las Naciones Unidas que presionaron en favor del restablecimiento de la democracia en España.

A medida que se recuperaba anímicamente, comenzó a experimentar ciertas transformaciones personales. La primera fue el nacimiento de un sentimiento religioso del que había carecido desde su juventud, y que entonces parecía brotar con cierta timidez. La segunda fue una nostalgia creciente hacia España, planteándose incluso la posibilidad de regresar siquiera temporalmente. Acerca de ello le escribía con cierta frecuencia a uno de los pocos amigos españoles con los que seguía manteniendo correspondencia, Federico de la Iglesia. Éste le desaconsejó hacerlo. Él sí había viajado a España y había visto «un ambiente clerical, reaccionario, corrompido políticamente y en el que la erosión moral es aún más profunda que la del suelo», al tiempo que le transmitía su apoyo sobre el reciente proceso: «Aquí en Inglaterra tenemos la impresión de que el período álgido de la imbecilidad purgatoria en EE. UU. está pasando»[271].

En todo caso, los deseos de Durán no dejaban de ser hipotéticas abstracciones. Pese a un empleo que implicaba constantes viajes y a su estatus diplomático en la ONU, el Departamento de Estado tenía retenido su pasaporte desde 1951, alegando razones internas para evitar su renovación. No lo recuperaría hasta sortear el último examen judicial para evaluar su fidelidad.

En 1954, bajo la presidencia de Dwight Eisenhower, se creó la Oficina para la Lealtad de los Empleados en Organizaciones Internacionales (International Organizations Employees Loyalty Board, IOELB). Desde un primer momento, Gustavo se convirtió en un objetivo prioritario, dada su condición de ciudadano estadounidense adscrito a la ONU. Se solicitó información a las embajadas de aquellos países donde constaba su paso. En el Reino Unido se repasó exhaustivamente el currículo de sus amistades, incluidos el respetado *sir* Basil Liddell Hart y su cuñado Harry Walston. En México, Indalecio Prieto fue de nuevo interrogado en dos ocasiones, reiterando que había llegado a la convicción «de que él nunca se adhirió sinceramente al ideario comunista»[272]. Prieto envió una copia de su declaración a Gustavo. Éste, por primera vez, preparó su alegato con asesoramiento jurídico. Contrató a un abogado, Hiram C. Todd, y ultimó con él la posición más conveniente para su defensa. No hubo excesivas variaciones; la negación de sus vínculos comunistas seguiría constituyendo la columna vertebral de sus argumentos.

La audiencia pública sobre Gustavo Durán comenzó el 14 de mayo de 1954. El IOELB contaba con un voluminoso informe del FBI acumulado en los años precedentes. El primero de los testimonios fue el de Spruille Braden, ya plenamente contagiado del celo anticomunista. Al preguntársele si creía que su antiguo colaborador había sido comunista, en esta ocasión su respuesta adquirió un matiz dubitativo: «Yo diría que no. No lo sé. No lo creo»[273]. Las dudas de Braden no fueron tales en el caso del excoronel Casado. El antiguo militar había sido interrogado en Caracas por dos oficiales de la embajada estadounidense en Venezuela en septiembre de 1953 y su declaración se sumó a las pruebas de la acusación. Casado aportó el testimonio más dañino y hostil para los intereses de Durán. No sólo confirmó su filiación comunista, sino que también atestiguó una estrecha relación con Moscú: «El coronel Casado —escribió el interrogador en su informe— está convencido de que Durán recibió adoctrinamiento político e instrucción militar en Moscú»[274]. No dejaba de ser paradójico que fuera Casado quien vertiera tal acusación hacia alguien a quien se le reprochó, precisamente, haber colaborado con él.

En noviembre de 1954, pocos días después de que Ernest Hemingway recibiera el Premio Nobel de Literatura, Gustavo respondió por escrito a un extenso cuestionario de 35 preguntas completado con una serie de nombres de los que el comité solicitaba detalles acerca del tipo de relación que había mantenido con ellos. Las preguntas eran concretas y directas. Las respuestas también lo fueron. Al preguntársele si había sido miembro del Partido Comunista en España, en Estados Unidos o en cualquier otro país, repitió que «no soy ni he sido nunca miembro del Partido Comunista»[275], como también negó taxativamente haber visitado la URSS, haber recibido allí instrucción militar o haber trabajado o colaborado con el NKVD. Cuando el comité no le preguntó sobre una militancia concreta, sino si había asumido creencias comunistas o había sentido simpatías por éstas, respondió: «Ni en 1934 ni en ningún otro momento de mi vida he llegado a tener ideas comunistas, ni abierta ni secretamente… No recuerdo exactamente los términos en que expresaba mis opiniones en esa época. Es posible que hubiera repetido en mis conversaciones alguna de las superficiales y falsas ilusiones sobre Rusia que entonces eran generalmente aceptadas, no sólo en España sino en muchos otros países». Cuestionado entonces por las declaraciones aparecidas en el libro de Marinello *Hombres de la España leal*, aseguró: «Todo lo que puedo decir en respuesta a esta imputación es que uno no puede ser responsable de las palabras que le atribuya la prensa comunista. Recuerdo haber visto la entrevista después de su publicación y sentirme indignado por las declaraciones y las expresiones que me adjudicaban. Tuve la misma reacción en otros casos en que los periodistas cambiaron o distorsionaron igualmente lo que yo había dicho».

Muchas otras preguntas ahondaban en cuestiones ya recurrentes sobre su actuación en la guerra civil, las afirmaciones de Indalecio Prieto o su papel como colaborador de Braden. Otras resultaban sorprendentes, como la pregunta VI(g), en la que le pedían explicaciones por haber asistido en abril de 1951 a un acto conmemorativo de la proclamación de la República española. También se le reprochó haberse lamentado en una ocasión de adquirir la nacionalidad estadounidense. Negó haber hecho tal afirmación: «Lo que he dicho y repito es que me siento dolorosamente apenado —más de lo que podría explicarles— por la atmósfera de sospecha que parece rodearme permanentemente, y cuyo resultado es la distorsión o incluso la completa falsificación de prácticamente cada cosa que digo o hago».

Algunos de sus conocidos, familiares o amigos, testificaron en su defensa. Fue el caso de Michael Straight, Francisco García Lorca, su mujer Laura, la

madre de Bonte, su superior en las Naciones Unidas, Julia Henderson, y David Owen, también alto funcionario de la ONU. Pero otros se negaron a hacerlo o evitaron responder a la petición. Fue el caso de Hemingway, a quien el abogado de Gustavo pidió una declaración en su favor. Nunca respondió.

En enero de 1955 la Oficina para la Lealtad de los Empleados en Organizaciones Internacionales eximió de nuevo a Gustavo Durán de cualquier cargo en su contra. Fue la última vez que se sentó ante una comisión investigadora. Entre 1942 y 1955 afrontó siete procesos distintos pero similares en sus fines: la primera investigación secreta del FBI en Cuba, la acusación del congresista Thomas, la investigación del Comité de Seguridad del Departamento de Estado, el proceso de McCarthy en la subcomisión Tydings, la audiencia ante la Subcomisión de Seguridad Interna del Senado, el Gran Jurado de Nueva York y un último proceso ante la comisión civil de la Oficina para la Lealtad de los Empleados en Organizaciones Internacionales. A su vez, había sido víctima de una campaña pública en la prensa española, a la que se sumó una parte de los periódicos norteamericanos. En Madrid el Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo abrió una causa en su contra, y desde la República Dominicana se le acusó igualmente de conspirar contra el presidente Trujillo.

Más de una década de procesos ininterrumpidos había dejado secuelas indelebles en el hombre que una vez confió en encontrar en Estados Unidos el escenario de libertad donde reiniciar su vida. La primera consecuencia fue la anulación de esa visión amable sobre la realidad norteamericana. Nunca volvió a pensar en Estados Unidos con ese sentimiento de admiración. De hecho, ya sólo pasaría allí temporadas cada vez más breves, aceptando por razones de trabajo viajes distantes y prolongados. Su carácter también se resintió. Atravesó un período de mayor irritabilidad, se volvió más distante y se convirtió en un padre de estricta observancia de las normas domésticas, obsesionado con la meticulosidad y el orden.

Hubo una tercera consecuencia: el distanciamiento de algunos de sus antiguos amigos. No sólo fue el caso de Braden, separados personal e ideológicamente y a quien nunca más vería. Amigos de España, de militancia común en la guerra y en el exilio, habían acogido con sorpresa sus declaraciones. Quienes mantenían un mayor compromiso político no olvidaron el gesto de negar o parecer avergonzarse de un pasado en común. Circuló un reproche silencioso pero hiriente, y de él derivaron nuevas acusaciones en el futuro. Si sus adversarios en Estados Unidos no perdonaban su pasado, muchos de sus amigos de antaño no olvidaron su presente. Surgió

entonces otra leyenda negativa y perversa, de sentido inverso. Si para McCarthy había sido un agente soviético, los auténticos comunistas comenzaron a considerarle un agente norteamericano.

17

Una tragedia griega

Quisiera este recuerdo decirlo…
Pero de tal modo se ha borrado… como que nada queda
porque lejos, en los primeros años de mi adolescencia yace.
Una piel como hecha de jazmín…
Aquel atardecer de agosto —¿era agosto…?—
Apenas me recuerdo ya de los ojos; eran, creo, azules…
Ah sí, azules: un azul de zafiro.

KONSTANTIN KAVAFIS, «Lejos»

Su primer destino oficial, una vez exculpado y recuperado el pasaporte, le llevó a Santiago de Chile, sede de uno de los organismos más importantes en el ámbito del desarrollo social en que se había especializado: la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Fue enviado por la ONU en septiembre de 1955 como observador de la dirección de Asuntos Sociales en la CEPAL. Primero viajó él. Bonte y sus hijas tomaron después un barco en Nueva York en el que coincidieron con Carlos Prats. De aquel encuentro surgió una amistad entre ambas familias que Jane Durán y Sofía Prats, hija del militar chileno, han sostenido con el paso del tiempo. Carlos Prats llegó a ser comandante en jefe del ejército y ministro de Interior bajo la presidencia de Salvador Allende. Él y su mujer murieron asesinados por un comando de la DINA, la policía secreta pinochetista, durante su exilio en Buenos Aires en 1974.

Su estancia en Santiago de Chile representó el primer período de auténtica estabilidad personal desde hacía varios años, alejado de las intrigas políticas, centrado en su actividad profesional y en su familia. Esta mayor tranquilidad personal desterró poco a poco el sentimiento de desolación con que salió de Estados Unidos, y progresivamente recuperó la calma de espíritu.

De nuevo surgió un Gustavo brillante, quizá más introvertido y escéptico, pero con ansia por recuperar parte del tiempo y de los afectos perdidos. Su labor le embarcaba en continuos viajes a los países próximos. Con su correspondencia de esa época se podría trazar una carta geográfica de todo el continente. Escribe a su mujer y a sus hijas desde Montevideo, Buenos Aires, San José de Costa Rica, Panamá, Bogotá, Quito o Río de Janeiro. Sus textos son hermosas confesiones en las que se desnuda un hombre que al despedirse de su mujer casi siempre escribe: «Te quiere, te echa de menos y piensa en ti a todas horas… Gustavo». Constituyen también emotivas reflexiones sobre la paternidad y sobre el descubrimiento de que, entre tanta angustia, preservaba un sentimiento noble, capaz de imponerse sobre las desdichas. Escribió a su mujer desde Bogotá en agosto de 1956:

> Hace ocho años en una noche pegajosa que no desmerecía de las dos que acabo de pasar en Panamá, vino al mundo una criatura no muy bonita, con un hociquito puntiagudo y capaz de desesperar con su llanto al más paciente. ¡Qué extraño parece que aquel ser se haya convertido en la Lucy de hoy!, ¡y qué extraño que el tiempo pase tan deprisa y que de las mil cosas acaecidas durante esos ocho años sólo recuerda uno lo bueno, lo que le hace más inmensamente feliz! Echo la vista atrás y sólo recuerdo las gracias de Lucy[276].

En 1957, en uno de sus viajes a Venezuela, coincidió de nuevo con Alejo Carpentier. Éste le regaló un ejemplar de su obra *Los pasos perdidos* con una dedicatoria que hacía honor a una antigua amistad: «Para GD, este libro que le gustó en inglés, con un abrazo, en este reencuentro en Caracas, al cabo de casi treinta años de amistad. Alejo Carpentier, Caracas, oct. 1957».

Durante su estancia en la capital chilena retomó el contacto con Salas Viu, profesor de la Universidad de Santiago, y con el escritor Pablo de la Fuente. Con ellos hubo un reencuentro amistoso y entrañable después de casi dos décadas de ausencia. Otros descubrimientos, sin embargo, resultaron más ingratos. La leyenda negra se había extendido entre extraños y conocidos. Pablo Neruda, recuerda la familia, coincidió con él en una ocasión en un restaurante de Santiago. Gustavo se acercó para saludarle. El poeta, al verle,

se levantó, pasó por delante de él sin saludarle y se marchó. El gesto de desprecio de su antiguo amigo le dolió profundamente.

Los rumores y las insidias le perseguirían hasta su muerte e incluso después, sin que él llegara a conocer muchos de estos comentarios despectivos. Sobre Durán se vertieron calumnias que no desmerecían a las sufridas durante el macartismo. Curiosamente, muchas de estas nuevas acusaciones se hacían eco de las efectuadas por el senador republicano. La más común y errónea daba por bueno que ocupaba una alta responsabilidad en la Oficina Internacional de Refugiados de la ONU.

Jorge Semprún describe en sus memorias una reunión de exiliados en París. Allí coincidió con Romero Marín, un destacado militante comunista que trabajó clandestinamente en la reorganización del partido en el interior de España. Semprún colaboraba entonces con la Unesco:

> Recuerdo muy bien lo que me dijo Romero Marín aquel día que nos encontramos: «¿Conoces a *Gustavito* Durán?», me preguntó con bastante sequedad; yo no conocía a *Gustavito* Durán, ni sabía quién era; se lo dije; «Pues trabaja en la Unesco, como tú», me espetó Romero Marín; empecé a sentirme extrañamente culpable, sin saber por qué; «Es un renegado, un agente de los americanos», me dijo Romero Marín; no supe qué decirle y la conversación terminó así; pero el hecho de que *Gustavito* Durán, «renegado y agente de los americanos», trabajara en la Unesco parecía ponerme personalmente en entredicho, como si, objetivamente, yo fuese culpable, oscuramente, por trabajar en la misma organización que Gustavo Durán, que fue el modelo real del personaje de Manuel en *L'espoir* de Malraux y que, naturalmente, no fue un «agente» de los americanos aunque hubiese dejado de ser comunista[277].

Algunos de sus más antiguos amigos también creyeron en esa faceta delatora. Años más tarde, cuando Gustavo había fallecido, Buñuel relató un episodio revelador a Max Aub en la extensa entrevista que ya ha sido mencionada. Afirmó el cineasta que en una ocasión fue retenido en el aeropuerto de Nueva York, y que, en medio de la confusión, uno de los policías pronunció el nombre de Gustavo Durán. Cuando todo se aclaró, Buñuel le pidió a éste una explicación:

> —Cuando volví, fui a ver a Bonte y a Gustavo. «Sí, chico, sí —me dijo—. Yo te denuncié. No tienes idea… Horas y horas los de la CIA encima. Seis meses. Dije todo lo que querían». Gustavo era así, se

entregaba a las causas que servía. Yo tengo un poco de culpa. El treinta y cuatro, en Madrid, cuando estaba yo en la Warner, tenía veintiún películas que doblar. Fui a los laboratorios donde trabajaba Gustavo, los mejores, desde luego. Llegamos enseguida a un acuerdo. «Quiero que las doble Mister Durán». No puede ser. ¡Es un comunista! «Mire usted, a mí no me importa. Ni a la Warner tampoco. Queremos un trabajo bien hecho, y o lo hace el señor Durán o me las llevo». Las hizo. Luego, en Nueva York, lo metí yo en el Museo de Arte Moderno, y por poco me desbanca. Todos lo adoraban. Nunca he visto una persona con más simpatía. Ya no era aquel adolescente adorable, rubio, angelical, de diecisiete años (luego se quitó como cinco), el de las historias con Néstor de la Torre, ni el *playboy* de París. Si no es porque lo denuncia McCarthy, a estas horas hubiera muerto como embajador de Estados Unidos en París o Londres. Era consejero de Murphy, de Eisenhower, ya presidente.

—¿Y crees que era de la policía antes? No digo en nuestra guerra, sino luego, en Cuba.

—Sin duda alguna. Conocía a todos. Cuando algunos españoles querían ir a Estados Unidos, les decía: «Tú puedes ir; tú, no; estuviste en la décima brigada, etcétera».

—Un auténtico hijo de puta.

—No. Defendía lo que le tenían encargado.

Interviene Jeanne:

—Luis es así, basta que hayan sido amigos suyos para perdonarles todo. Ya ves, Dalí y Gustavo, sus mejores amigos.

—Sí, llamé un día a Dalí en Nueva York, para romperle la cara, y acabamos tomando champán. Pero, referente a Gustavo, mucho se lo debe a Bonte, que es de una gran familia norteamericana.

(Lo van a enterrar en Chipre, y los campesinos, agradecidos, le van a levantar un monumento. Es curioso. Pertenece a ese grupo numeroso de españoles que dio su vida por la ONU)[278].

El comentario de Buñuel y Max Aub, siendo como eran ambos amigos suyos, revela hasta qué punto los rumores habían distorsionado la realidad. Con independencia de los juicios personales, la propia veracidad de la anécdota resulta cuestionable. En todo caso, es fácil advertir los errores más comunes: Durán no fue enterrado en Chipre, no fue consejero de Eisenhower, no fue nunca interrogado por la CIA ni tampoco trabajó para el FBI, ni en Cuba ni en Estados Unidos. Como se ha mostrado en las páginas precedentes, por el contrario, fue objeto permanente de investigación. Respecto a la

acusación de delator, en ninguno de los numerosos documentos existentes se revela una sola acusación o delación hacia alguno de sus antiguos conocidos, ni tampoco trabajó para el departamento de las Naciones Unidas que atendía a los refugiados.

Es cierto que, durante la investigación de la Oficina para la Lealtad de los Empleados en Organizaciones Internacionales, Durán fue preguntado acerca de su relación con Rafael Alberti o Luis Buñuel, pero su respuesta no contenía ningún dato que pudiera resultar perjudicial. Afirmó Durán que, tras incorporarse al MOMA en 1941, «veía a Buñuel a diario en la oficina. Ocasionalmente, también coincidía con él y con su mujer en nuestra casa o en la suya en compañía de otros amigos comunes españoles, ninguno de los cuales era comunista o simpatizante comunista. Discutíamos a menudo de política, aunque el tema que monopolizaba nuestra conversación solía ser la actuación del gobierno de Franco y de la Falange. No he vuelto a ver a Buñuel ni he mantenido correspondencia con él desde que dejé mi empleo en el Museo de Arte Moderno»[279].

Lo cierto es que, más allá de las imputaciones concretas, la versión acerca de su pasado ofrecida por Gustavo en Estados Unidos socavó algunas de sus más estrechas y prolongadas amistades. Alberti, su gran amigo Rafael Alberti, no fue una excepción. También él se hizo eco, más discretamente, de esos testimonios, y escribió que «de lo que más tarde se dijo de él yo no sé nada comprobable y prefiero no saberlo»[280].

No todos reaccionaron del mismo modo. Por la correspondencia de la época sabemos que el general Vicente Rojo seguía considerando a Gustavo un amigo leal. Él y Bonte habían intentado convencerle, ya enfermo, de que se trasladara a vivir a Santiago de Chile. En una de sus cartas escrita a Bonte, el militar respondía desde Bolivia a una felicitación navideña:

> Mi querida amiga: Su grata felicitación, tan plena de afecto y simpatía, que recibimos ayer, me autoriza a encabezar estas líneas como lo hago; critíqueme si me excedo, pero quiero aprovechar esta oportunidad para extender hacia usted el hondo afecto que siempre me ha merecido Gustavo, uno de los pocos amigos buenos, leales, sinceros, capaces de cualquier sacrificio, que aún me quedan[281].

Casi en las mismas fechas, su viejo amigo y poeta Emilio Prados le escribió desde México una bella carta llena de ternura y añoranza. Gustavo le había enviado otra misiva para decirle que estaba releyendo sus poemas y que, al hacerlo, no sólo recordaba al compañero, sino también toda una época:

> Yo estoy viejito pero igual por dentro, absolutamente igual que cuando paseábamos por el Madrid viejo. Es curioso que la vejez me guste. Y me gusta por eso, porque no existe como la pensábamos y, además, porque con ella aprende uno estas cosas: que tú, con veinte o más años por medio, me recuerdes al leer mis versos… y ¡hasta te guste mi poesía! Mi vida está dedicada enteramente a ella y por eso, como a ti, me alegra vivirla con sus sombras y su luz. Vivo, ahora sí, como te decía Federico. ¿Te acuerdas?: en una casi celda, en la ciudad, no en el monte; pero desde ella como en nuestras primeras conversaciones te dije, vibro, a mi modo, con mi forma de amor o de locura. Era el universo hermosísimo. ¿Qué más quiero[282]?

Su actividad en Chile le consagró como un funcionario activo y de confianza, entregado a la supervisión de los programas de desarrollo, a la elaboración de informes y a su labor como enlace principal entre la CEPAL y la División de Asuntos Sociales de la ONU. De él se escribió años más tarde:

> Su estadía en Chile, como jefe del Departamento de Asuntos Sociales de la CEPAL, creó en torno suyo una aureola de afecto, de admiración y, a veces, de sorpresa ante el conjunto de condiciones heterogéneas de Gustavo Durán. Tan pronto se destacaba en América Latina con informes de profundo contenido social, como deleitaba a los indoctos en tales materias, pero amigos de la literatura, con su prosa límpida y brillante o a los músicos con sus composiciones de alto valor estético[283].

Entre sus continuos viajes y su tarea burocrática encontraba hueco para una intensa vida social. Pronunció varias conferencias, asistió a numerosos actos culturales y, entre los españoles que integraban la colonia residente en Chile, entabló amistad con Ramón de la Serna, hijo de la escritora Concha Espina y cuyo hermano Víctor había dirigido en Madrid el diario *Informaciones*, el más proalemán de los periódicos españoles durante la Segunda Guerra Mundial. Ramón de la Serna, de distintas simpatías políticas, publicó una elogiosa entrevista con Durán en el diario *Mercurio*. La Guerra Civil ocupó buena parte de la conversación en el despacho de la avenida Providencia de Santiago donde trabajaba Gustavo. Concluía el artículo con una enigmática frase: «Si, cuando la batalla empezó —dice al fin, musita apenas Durán— Sagunto estaba a mis espaldas. Cuando todo acabó, Sagunto seguía a mis espaldas… Y él —escribe Ramón de la Serna— ante Sagunto, eternamente»[284].

En 1958 los Durán regresaron a Nueva York y adquirieron por primera vez una vivienda en propiedad, convertido Gustavo en un funcionario de alto nivel muy próximo al secretario general de la organización, el sueco Dag Hammarskjöld. La vida de la familia recuperó la cotidianidad anterior sin los sobresaltos de las denuncias políticas. Durante el verano pasaban las vacaciones entre Wilton y Martha's Vineyard, la exclusiva isla de la costa este, en compañía de la familia de Michael Straight.

Dos años después, un conflicto a miles de kilómetros de distancia trasladó de nuevo a Gustavo a una dramática realidad teñida por la guerra. El continente africano se sacudía décadas de colonización en un proceso global tutelado por la ONU y salpicado por numerosos episodios de violencia. El entonces llamado Congo belga ponía así fin a décadas de cruel explotación por parte de la metrópoli desde que el rey Leopoldo II asumiera personalmente el control sobre la vida y muerte de sus habitantes y sobre sus formidables recursos naturales. Pero el Congo también encarnó, como ningún otro país, el clima de ensañamiento y crueldad en el que algunos estados obtuvieron la libertad.

El secretario general Dag Hammarskjöld asumió una implicación personal en el proceso de descolonización con visitas constantes a la zona, y a principios de 1960 designó a Gustavo Durán como observador especial en el país.

Éste llegó a Marruecos, primera escala de su viaje, el 20 de enero de 1960. Aprovechó para ver a su sobrina Maruja Durán, hija de su hermano Ernesto. Maruja vivía en Kenitra, donde su marido, Javier Sáenz Faure, ejercía como médico. Al reclamo de Gustavo acudieron también a Marruecos sus hermanos Araceli y Ernesto. Pasaron varios días entregados a recordarse después de tantos años, y la cita se convirtió en el período más largo desde 1936 en que estuvieron reunidos. Aquella ocasión sería también la última en que los descendientes de José Durán y de Petra Martínez comprobaron la vigencia del pasado, intercambiando noticias y recuerdos de España y del exilio, entre los dos extremos en que oscilaba el apellido Durán.

Posteriormente Gustavo se dirigió a su destino, consciente de que aquella misión no exigía formalismos burocráticos, sino determinación y mucha diplomacia. Supervisar, mediar y garantizar el cumplimiento de los acuerdos en el Congo no iba a ser una labor sencilla. Se enfrentaba al recelo tribal de los congoleños, a la ambición belga, que aceptaba irse pero no perder el control económico sobre la colonia, y a la propia división de los dirigentes políticos locales. Su responsabilidad inicial fue la de consejero del delegado

de la ONU en el Congo, el indio Rajeshiwar Dayal, pero luego ascendió al cargo de responsable de Operaciones Civiles, lo que en la práctica le convirtió en el hombre clave de las Naciones Unidas en la zona. Las negociaciones entre el gobierno belga y los independentistas congoleños culminaron con la proclamación de la independencia el 30 de junio de 1960 y la designación de Patrice Lumumba como primer ministro.

Tras la independencia, las tropas del nuevo ejército congoleño se rebelaron contra la oficialidad, en su mayoría población blanca de origen belga, al tiempo que la provincia de Katanga, muy rica en recursos minerales, proclamó su secesión del país. El Congo entró entonces en una deriva de caos y violencia que culminó con la incursión en el país de tropas belgas. La represión posterior fue atroz. Lumumba fue detenido, torturado y posteriormente ejecutado por su rival Moïse Tshombé, autoproclamado presidente de Katanga. Otro oficial destacó entonces por su crueldad, Mobutu Sese-Seko, convertido años después en uno de los dictadores más corruptos del continente.

Gustavo Durán asistió sobrecogido a aquel escenario de atrocidades que superaba cualquier crueldad imaginable. Su labor fue incesante. Desde su oficina en Luluabourg y después en Stanleyville, desplegó una actividad frenética intercediendo entre las autoridades locales y el secretariado de la ONU en Nueva York. Sus informes contribuyeron a la aprobación de la resolución 143 del 14 de julio de 1960, por la que se autorizó el envío de una fuerza de pacificación de veinte mil hombres que se mantuvo en el país hasta 1963 bajo la denominación de ONUC (Organización de las Naciones Unidas en el Congo). Nunca pudo olvidar la tragedia de aquellos meses ni la brutalidad compartida de las tropas belgas y las fuerzas congoleñas. Tampoco pudo evitar cuestionarse las razones del extraño accidente aéreo que el 17 de septiembre de 1961 costó la vida al propio secretario general de las Naciones Unidas y a siete funcionarios más durante una visita de inspección a la región.

En su archivo personal se conserva una ingente cantidad de documentos de aquella misión, muchos intrascendentes, como registros contables o informes sobre el destino de cada uno de los materiales proporcionados por la ONU, redactados con su habitual meticulosidad. También contiene copias de los telegramas diarios remitidos a Nueva York consignando la evolución del conflicto. Basta observar la profusión de material, entre dos y diez cables diarios a la sede central de la ONU, para comprobar el ritmo intenso de trabajo al que se sometió durante su estancia. Vázquez Rial escribió que «pocos funcionarios de campo han de haber producido, en un lapso

comparable, la cantidad de material escrito que Gustavo envió a sus superiores en el curso del año largo que pasó allí»[285].

El británico Brian Urquhart, antiguo miembro del servicio de inteligencia, diplomático y futuro subsecretario de las Naciones Unidas, conoció y elogió su actividad:

> Imperturbable e impecablemente vestido entre la confusión y la violencia que le rodeaban, observaba la increíble serie de inesperados acontecimientos que sin cesar se desarrollaban a su alrededor, intentando en la medida de lo posible canalizarlos hacia vías pacíficas y constructivas. Estaba especialmente interesado en los extraños mecanismos de la motivación humana que conducían a esa extraordinaria y explosiva escena. Comprendía y simpatizaba con las horribles condiciones que atravesaban los congoleños, pero también se enfurecía ante la crueldad y brutalidad en que con frecuencia incurrían, e hizo cuanto pudo, a menudo con considerable riesgo para su persona, para contenerles y evitarlo. Pienso que él creía que la dignidad personal era el más importante valor de la condición humana, y cualquier ataque a aquélla le parecía un ultraje[286].

Abandonó el Congo en 1961, afligido por su visión particular del infierno, el mismo en que Joseph Conrad se inspiró para escribir *El corazón de las tinieblas* y el que conoció el Che Guevara poco después, cuando apoyó sin éxito al entonces líder guerrillero Laurent Kabila.

A su regreso a Nueva York afrontó dos nuevas acusaciones que parecían arrastrarle de nuevo hacia tiempos felizmente superados. La primera, publicada en la prensa italiana, aseguraba que Durán había formado parte de los grupos terroristas que operaban en Angola. El nuevo infundio no prosperó y su eco se debilitó rápidamente sin mayor trascendencia. La segunda denuncia tenía un cariz más serio, por el autor de la misma y por la difusión que recibió. Cuando el hispanista británico Hugh Thomas publicó su primera edición de *La Guerra Civil española*, atribuyó a Gustavo la responsabilidad de los crímenes en el «túnel de la muerte» de Usera. Su información se basaba en los datos recogidos por la Causa General tanto en su edición española (páginas 222 y 223) como en la versión inglesa (páginas 304 y 305). Ya se ha citado que, en investigaciones anteriores, el Ministerio de Asuntos Exteriores confirmó que esa persona resultó ser Casimiro Durán, panadero de oficio, madrileño y, en efecto, capitán de milicias en el barrio de Usera. Pero la rectificación no se incluyó en la Causa General.

Cuando supo que Thomas le había atribuido tales delitos, le remitió una carta en mayo de 1961 exigiendo una rectificación y, al no producirse ésta, interpuso una querella por difamación en los tribunales británicos. Hugh Thomas reclamó documentación adicional al gobierno español para su defensa, y así fue como el nombre de Gustavo Durán adquirió un renovado protagonismo en los despachos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Su titular entonces, Fernando Castiella, así como el embajador español en Londres, el marqués de Santa Cruz, consideraron que, más allá del prestigio de Thomas, estaba en juego la veracidad del principal documento del franquismo sobre la actuación republicana durante la Guerra Civil. El marqués de Santa Cruz escribió al ministro Castiella:

> Me preocupa todo esto, pues percibo cada día con más claridad el grave desprestigio que sufriríamos si se demostrara en el juicio la imprecisión de un documento oficial nuestro en asunto tan importante como el actual; circunstancia que a buen seguro no dejarán de desaprovechar los numerosos adversarios que por ahí andan sueltos[287].

Pese a los denodados esfuerzos por hallar testimonios o documentos probatorios, no pudo aportarse ninguno. El juicio se celebró en el Tribunal Supremo en enero de 1962, y la sentencia reconoció a Gustavo Durán la razón en su demanda. En el fallo, el juez Phillimore obligó a retirar los ejemplares distribuidos de la obra de Thomas y a eliminar cualquier imputación de esa naturaleza en posteriores ediciones. El letrado del historiador asumió que «las tergiversaciones fueron publicadas de buena fe y… procedían de fuentes de cuya veracidad no tenían razón para dudar. Reconocían que no hubo jamás ninguna base para el demoledor ataque contra la reputación del señor Durán, y presentaron sus sinceras excusas»[288].

En ese período surgieron también las primeras complicaciones graves en la salud de Gustavo y Bonte. A ella le diagnosticaron un melanoma que avanzó rápidamente y que, finalmente, obligó a la amputación de una pierna. Desde entonces, Bonte caminó con una prótesis y apoyada en una muleta, o bien sentada en una silla de ruedas. No se deterioraron por ello su carácter ni su vitalidad. Estoicamente, seguía siendo la misma mujer amable y con sentido del humor que convertía en entrañable su presencia.

En 1962 Gustavo sufrió el primero de varios ataques al corazón a consecuencia de una deficiencia cardíaca congénita común a todos los hermanos Durán. Un día, en una fiesta, le confesó lo sucedido a una vieja amiga musicóloga, Henrietta Yurchenko: «“Ah, Henrietta —me dijo en voz

baja agonizante—, yo sé lo que es morir, tuve un infarto y, sí, yo creo que me morí por un segundo, pero reviví…". A pesar de que escuchar sus palabras me agitó sobremanera, nos quedamos charlando de nuestras familias, de Bonte, ahora en una silla de ruedas, de mi trabajo en España y en Marruecos… Una persona inolvidable, de conciencia, de talentos superiores, y más que nada, todo un ser humano»[289].

Su estancia en Estados Unidos se prolongó hasta que en 1965 fue enviado a Grecia por el nuevo secretario general de la ONU, el birmano U Thant, como delegado en el país del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD). Grecia sería su último hogar y el que más le sedujo desde que abandonara España. Arraigó en el país mediterráneo sintiendo una identificación plena con su cultura y sus costumbres. Reconoció en sus paisajes los mismos que había transitado en su juventud, de igual modo que apreció en sus gentes una hospitalidad y sencillez familiares. Se enamoró de aquella Grecia liberal y divertida, cuna de un legado cultural que siempre admiró. Con su facilidad innata pronto aprendió el idioma. «Si te dijera que el país y su gente me gustan, digo poco. A uno y otra debo momentos felicísimos», escribió al músico Casal-Chapí meses después de su llegada[290].

Los Durán se instalaron en la calle Evzonon número 3 de Atenas. El cometido oficial de Gustavo consistía en coordinar los fondos y programas de ayuda procedentes de la ONU, aunque su actividad personal, como solía ocurrirle, le descubrió un país distinto, alejado de los despachos, bastante más sugerente y enriquecedor. La noche intensa de Atenas le sedujo, sumergiéndose en ella con un recobrado entusiasmo. Renacía en su plenitud madura el Gustavo más jovial y lúdico apurando los últimos instantes de felicidad.

Uno de sus amigos en Grecia fue el poeta Georgios Seferis, premio Nobel de literatura en 1963. Con él viajó en una ocasión a Roma para reencontrarse con Rafael Alberti, con quien le seguía uniendo, pese a las diferencias políticas y los años de distanciamiento, un afecto que les ligaba a tantas y tan inolvidables experiencias compartidas. Tantas que, según el testimonio de Magouche Fielding, amiga de los Durán en Grecia, Gustavo conservaba en su despacho de Atenas una foto del paraje granadino donde se suponía que García Lorca había sido asesinado. Como afición personal, se dedicó a traducir al español a otro de los grandes poetas helénicos, Konstantin Kavafis. Pero el gran amigo de aquellos últimos años no fue otro que Jaime Gil de Biedma, a quien había conocido recientemente a través de su hija Cheli.

Jaime pasó el mes de agosto de 1966 en la casa de los Durán. Conoció Atenas a través de ellos, le enseñaron Delfos y pronto surgió una relación que trascendió de la diferencia generacional. Gil de Biedma consideró a Gustavo no sólo un amigo. Observó en él al personaje retratado por Hemingway, al atormentado Manuel de Malraux, al músico que había convivido con poetas que él admiraba. A su regreso a España le envió una cariñosa carta en la que aludía a la novela de Hemingway:

> Te echo de menos enormemente, mi querido coronel. Nuestro conocimiento y nuestra relación durante este feliz agosto han sido unas de las experiencias más hermosas y que más me alegro de haber tenido en mi vida. *Yes, it will be wonderful to see Durán again. To see all the Durán family*. Dile a Bonte, por quien siento profundo afecto y admiración, cuánto agradezco el cariño con que me acogió y el interés que me dispensó durante mi prolongada estancia[291].

El hombre angustiado que era Gil de Biedma, el poeta desasosegado, halló en Gustavo un reflejo de muchas de sus inquietudes literarias y personales. La homosexualidad, tan presente y tan influyente en su obra, constituyó otro referente común. Pero su amistad se basaba esencialmente en conversaciones sobre literatura y sobre el pasado. Gustavo se convirtió en una suerte de confidente. Gil de Biedma admiraba su veteranía y su condición adquirida de hombre de mundo, de combatiente en la guerra y en la paz. Jaime se veía a sí mismo transcurridos los años al contemplar a Gustavo, al igual que éste observaba en el poeta un espíritu de artista que le retrotraía a sus años felices en la Residencia de Estudiantes. Cuando Gustavo cumplió los sesenta años, en noviembre de 1966, Gil de Biedma le escribió un hermoso poema en el que están presentes todas las complicidades sobre las que tejieron su relación:

PARA GUSTAVO, EN SUS SESENTA AÑOS

Algo de tu pasado, me dijiste
que yo te devolvía.
Horas alegres de los años veinte,
conversaciones, risas
que en tu memoria son la juventud,
la camaradería
—músicos y poetas— de tu generación

por la guerra esparcida.

Yo dije que lo bueno entre los dos
y lo raro (tú ya te divertías
antes de yo nacer) es que aprendimos
la historia de la vida
en distinta edición del mismo libro
y que hemos hecho guardia en iguales garitas.

De viva voz, entonces,
no me atreví a decir que en ti veía
algo de mi futuro…
Hoy quiero ser sincero y egoísta,
añadiendo: goza por muchos años,
sé feliz todavía.

Y en el mero momento de morir da las gracias.
Una vez me dijiste que lo harías.

Otra de sus amistades en Atenas fue José Martín-Artajo, hijo del ministro de Asuntos Exteriores español durante la campaña de acoso a Gustavo. José Martín-Artajo, segundo secretario de la embajada española en Grecia, era un joven brillante y atractivo, seducido por el anarquismo y las corrientes ácratas de los años sesenta. Difícilmente podían encontrarse más diferencias ideológicas entre un padre y un hijo que las que encarnaban los Martín-Artajo. Hombre culto, inteligente y afable, simpatizó rápidamente con Gustavo y de esa amistad surgió una relación personal entre él y la hija pequeña de Gustavo, Lucy. Dimitió poco después, cuando el golpe de Estado de los coroneles impuso en Grecia una dictadura militar. Fue Martín-Artajo quien en los años setenta editó el libro *Una enseñanza de la Guerra Civil española*, recopilando la conferencia en Dartington Hall y otros documentos.

De aquella época existe el testimonio escrito del entonces embajador mexicano en Atenas, Jaime García Terrés, amigo próximo de los Durán. No sólo les unía su actividad diplomática sino también una relación de confianza cimentada en encuentros y actos sociales. Les describió como una pareja fascinada por Grecia: «Los Durán, Gustavo y Bonte, andan embelesados con Grecia y todo lo griego. Personaje retratado por Malraux, músico y coetáneo de Luis Buñuel, etc., él es representante de las Naciones Unidas en Atenas;

ella bosqueja paisajes helénicos y, de vez en cuando, da clases de dibujo a mis dos hijos»[292]. Gustavo solía asistir a celebraciones y en ocasiones organizaba fiestas en su casa, donde la fascinación por el folclore autóctono estaba siempre presente. En otro de sus comentarios, García Terrés nos refiere una «gran fiesta en casa de los Durán. Por más devoción que le tenga yo a Creta, me aburrieron los músicos y bailarines que Gustavo se trajo de Réthymnon»[293]. Terrés describe igualmente a José Martín-Artajo como un «joven consejero de la embajada española, quien, a diferencia de su padre, profesa con ardor elocuente el anarquismo, el hinduismo y el amor libre»[294]. De la labor de Gustavo como traductor de Kavafis existen también referencias en la obra *Carajicomedia*, del escritor Juan Goytisolo.

A su estancia en Atenas corresponde el último contacto conocido con Luis Buñuel. Se trata de una carta enviada por el cineasta desde México el 2 de noviembre de 1965:

> Querido Gustavo:
>
> Reconozco que es una vergüenza el que no haya respondido a ninguna de tus lacónicas misivas siempre acompañadas de algún artículo, ya sea de Katanga, de Londres, de Atenas, etc. Pero a medida que pasan los años aumenta mi pereza y la gran dificultad que siempre he tenido para mantener correspondencia. El libro de Pablo de la Fuente, que recibí hace un año, me pareció, igual que a ti, estupendo. Pero estoy ya medio retirado del cine y medio harto también, para realizarlo. Vuelvo ahora a París —en enero— para rodar tal vez mi última película que será *The Monk*, novela gótica de Matthew Lewis, que supongo conocerás… ¿Cómo sigue la buenísima y simpática Bonte? Me imagino que está contigo. Si es así, un beso de mi parte… Un abrazo, Gustavo, de tu antiquísimo amigo[295].

Max Aub también seguía en contacto con él. En septiembre de 1968 le escribió desde México para informarle del libro que iba a escribir, precisamente, sobre Buñuel, el mismo que ha sido citado aquí en varias ocasiones, y solicitaba la colaboración de Gustavo:

> Querido Gustavo:
>
> Supongo que estáis bien. Las últimas noticias vuestras las tuve por Jaime. He aceptado hacer un «gran» libro sobre Buñuel para Aguilar. Nos vamos hacia el 20 a Europa, fecha en la que Luis habrá terminado de filmar lo que está haciendo. Nos iremos con él a España. Él volverá aquí y

pienso quedarme allá lo que pueda viendo a los supervivientes con tal de reconstruir el tiempo de la Residencia y el nacimiento del surrealismo. Inútil decirte lo útil que me puedes ser. Ahora bien, ¿vas a París en octubre para la Conferencia General o tendré que ir especialmente a Atenas a encontrarte? ¿O nos encontramos a medio camino, por ejemplo en Roma, en casa de Rafael? ¿Quieres contestarme a vuelta de correo? Las vueltas que da la vida… Grandes abrazos. Max Aub[296].

Gustavo le respondió de inmediato proponiéndole alterar sus planes y visitar Atenas: «Querido Max: no sé si lo que tengo que decirte sobre Buñuel es algo que tú ya no sepas, pero sí creo que lo que puedo contarte de su vida y carácter nos hará pasar un buen rato. En todo caso, sea poco o mucho lo que pueda decirte, estoy enteramente a tu disposición [para] la visita»[297]. Finalmente, Aub no pudo realizar la visita por motivos de salud, que desaconsejaron su viaje a Europa hasta principios de 1969.

También surgió por aquel entonces una faceta cruel de Gustavo que dirigió hacia la persona que le había acompañado en los últimos treinta años. El hombre que se rendía ante la belleza y la perfección se rebeló contra la minusvalía de Bonte, convirtiendo aquel sentimiento en fuente de constantes discusiones. Existía en él una aversión quizá incontrolable hacia la enfermedad y las deficiencias físicas, que le provocaba serios temores cuando, por ejemplo, debía visitar a alguien en un hospital. Él mismo fue víctima de esa aprensión a causa de sus problemas cardíacos. Afloró en aquellos meses el Gustavo más inseguro y obsesivo, agravando una relación con su mujer que en aquellos momentos atravesaba una época turbulenta. La convivencia se deterioró hasta extremos insólitos, generándole numerosos problemas con sus hijas e incluso con la familia García Lorca, testigo de algunos comentarios despectivos hacia su mujer que Francisco nunca toleró en su presencia.

El 21 de abril de 1967 un grupo de coroneles encabezado por Georgios Papadopoulos se alzó con el poder. Los dictadores parecían perseguirle, llegó a escribir en una de sus cartas, no sin razón. Percibió como otra extraña paradoja el hecho de que los militares hubieran condicionado su vida: su padre, Franco, Perón y ahora Papadopoulos. Y como ya había ocurrido, de nuevo brotó un sentimiento de oposición, matizada por la responsabilidad que le exigía su cargo en la ONU. Poco después, García Terrés describía su estado: «Cena en casa de los Durán. Ellos y yo parejamente deprimidos; pero hacemos de tripas corazón»[298].

En el verano de 1968 sufrió un segundo y grave infarto de corazón que exigió la implantación de un marcapasos. Conservaba una estampa decrépita pero todavía atractiva, reconocible en su pelo ralo y blanco, con un bigote corto y elegante del mismo tono. Sus ojos conservaban la luminosidad de antaño, acaso atenuada por una sensación de mirada ausente y cansada. Nunca como antes sintió el deseo de regresar a España por última vez, buscando no tanto un refugio para el descanso, sino un lugar donde permanecer eternamente.

Escribió a Alberto Martín-Artajo, con quien ahora le unía una relación indirecta como padres de José y Lucy, preguntándole qué inconvenientes habría si regresaba después de tres décadas de exilio. Mantuvo correspondencia con su hermano sobre esa misma cuestión. Madrid le parecía el sitio más idóneo, pero también consideró la posibilidad de establecerse en Canarias en compañía de Araceli y su familia. Así se lo transmitió a su hermano en una última carta contagiada de escepticismo:

> Querido hermano: El día 31 de marzo próximo llegará a su término mi carrera en las Naciones Unidas… No sé si te he dicho en alguna de las cartas que te he escrito desde aquí que durante los dos primeros años de mi estancia en esta tierra tuve el propósito de quedarme en ella cuando me llegase el momento que ya está tan cerca, pero circunstancias ajenas a mi voluntad y que, desde luego, no son nada de mi gusto me han hecho cambiar de opinión… Dicho con menos rodeos, ha vencido en mí el deseo de volver a la tierra en que nací, mande en ella quien mande. Lo que he visto en este mundo, y más aún lo que estamos viendo, me dice a gritos que no hay gobierno bueno y que las diferencias que separan a los hoy existentes son diferencias de cantidad, no cualitativas. Si eso es así, y creo que sí lo es, mis escrúpulos de tantos años dejan de tener justificación, al menos en gran parte… Como ya sabes por los García Lorca, el pasado mes de junio tuve un arrechucho cardíaco de los de aquí te espero. Se me paró el corazón quince veces, y una de ellas por espacio de tres minutos, dándome butaca de primera fila en el teatro del otro mundo, en el que, dicho sea de paso, no vi nada que fuera memorable. Sólo tengo memoria de mis viajes de ida y de regreso y sobre todo de la terrible angustia de volver a un mundo —el mundo consciente— que había dejado con tanta facilidad y tan poca pena. A mediados de septiembre sufrí un nuevo ramalazo, pero no tan serio como el anterior. Ahora me siento bien. Veremos lo que dura el bienestar…

> Se me olvidaba decirte que, por uno de esos juegos de prestidigitación que hace la vida conmigo, estoy en relaciones de excelente amistad con D. Alberto Martín-Artajo. Le he escrito hace unos días para preguntarle que cuál es su opinión con respecto a mi retiro en España. Le pedí me dijera si él creía que el mundo oficial me pondría algún obstáculo. Espero su contestación[299].

Siguió esperando. Si esa contestación llegó en algún momento, fue, en todo caso, tarde. Gil de Biedma también estaba informado de sus intenciones. Cuando le escribió, ya iniciado 1969, lo hizo con el dolor profundo de la muerte de Bel, su compañera: «Su muerte me catapultó dentro de un período de disipación y de huida del que no acabo de salir —le confesó en una carta en la que también le inquiría sobre su hipotético regreso—: Dime por favor tus planes de venir a España, si es que sigues en la idea de regresar al lugar del crimen —no de ningún crimen tuyo precisamente—: el español se caracteriza por ser el hombre que regresa al lugar del crimen de los demás. Pero, en fin, dime cuáles son tus planes porque quiero estar a tu servicio. ¿Has leído *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, publicado en editorial Sudamericana? Si no lo has hecho, te lo recomiendo fervientemente»[300]. Aquélla fue la última carta que recibió de Gil de Biedma; la última, en realidad, que llegó a destino.

En aquel momento había encontrado en Creta un lugar que se asemejaba al ideal de paz y sosiego que anhelaba. Ese lugar se llamaba Alones, una pequeña y remota aldea enclavada en la zona montañosa central de Creta. Había llegado hasta allí por casualidad. Durante un viaje a la isla en misión oficial, su asistenta Maria, natural de Alones, les convenció a él y a Bonte de visitar la aldea. Entonces no disponía de luz eléctrica, ni de agua corriente ni de carretera de acceso. El último tramo del viaje se debía hacer a lomo de burro atravesando la pedregosa ladera del monte Kryoneritis, lo cual representó un reto adicional para la voluntariosa Bonte.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Alones había adquirido cierta celebridad porque allí se habían ocultado varios soldados británicos con el apoyo de la población local durante el asalto alemán a la isla. Poco más podía consignarse de su historia, excepto constatar su idoneidad como espacio de aislamiento. Apenas unas decenas de casas y de vecinos componían la aldea cuando los Durán la descubrieron. Aquel viaje de pocas horas se transformó en una estancia de tres días. Sus escasos habitantes se volcaron con los huéspedes. Gustavo identificó el pueblo como una suerte de Arcadia feliz

donde el tiempo parecía detenido en un período muy anterior. Quizá encontró significado propio al parecido entre el nombre del lugar y la palabra inglesa que mejor describe la soledad. Un día, en uno de sus paseos, llegó hasta un viejo roble a las afueras de la villa. Pensó en voz alta que aquél sería un hermoso lugar para ser enterrado. El comentario se diluyó sin respuesta entre la aridez del paraje.

A su regreso a Atenas, Bonte, con la ayuda de Gustavo, recaudó fondos entre amigos e instituciones y dinero propio para construir una canalización que abasteciera de agua corriente al municipio. Hasta entonces, las mujeres tenían que cargar pesadas tinajas sobre sus cabezas desde alejados manantiales. El dinero obtenido permitió acometer la obra y garantizar el suministro. Los vecinos nunca olvidaron el gesto, y siempre profesaron hacia Gustavo y Bonte un respeto y un agradecimiento intemporales que aún hoy en día perviven hacia sus hijas. Fue su última contribución.

Casi sin sobresaltos, del mismo modo repentino y traicionero que le sorprendió en las dos ocasiones anteriores, sufrió un tercer y definitivo ataque cardíaco. A Gustavo Durán se le paró el corazón sorpresivamente en Atenas el 26 de marzo de 1969, mientras leía las andanzas caballerescas de *Don Quijote de la Mancha*. Ya no hubo viaje de ida y vuelta, como a él le gustaba ironizar sobre sus anteriores dolencias, sino sólo una ida silenciosa y fugaz que le apartó de este mundo, quizá como le explicó a su hermano en su última carta, «con tanta felicidad y tan poca pena».

Se había ido a los sesenta y dos años, poco antes de visitar a Bibiano Fernández Osorio y Tafall, como él español del exilio, antiguo comisario general del ejército de la República, y entonces delegado de la ONU en Chipre. Se fue cuando le faltaban cinco días para jubilarse y sin cumplir su sueño de regresar al país del que tres décadas antes había sido expulsado. El mismo día de su jubilación, el 31 de marzo de 1969, se habrían cumplido treinta años de su salida de España.

Fue enterrado el 30 de marzo en Alones, en una ceremonia sencilla a la que asistieron su familia y la mayoría de sus vecinos. Descansó eternamente en un terreno cedido por un pastor, ya que el pueblo carecía entonces de campo santo. El funeral se transformó en una sencilla protesta contra el régimen de los coroneles a través de Virginia Tsouderou, amiga de los Durán, quien elogió su actuación durante la guerra de España y su incansable búsqueda de la libertad. La Guerra Civil estuvo también presente en una de las últimas conversaciones con su hija Cheli. Cuando ésta le preguntó poco

antes de morir de qué faceta de su vida se sentía más orgulloso, él respondió sin dudar que del papel que desarrolló en la contienda.

Sus restos reposan cobijados bajo aquel roble que en su soledad le pareció un lugar hermoso para yacer, y allí continúan en un exilio permanente. Cerca se erigió un modesto monumento en su memoria. Nadie supo si hizo honor a los versos que le escribió Gil de Biedma: «Y en el momento de morir da las gracias. Una vez me dijiste que lo harías». La leyenda dice que sí.

Epílogo

Otras leyendas y los mismos silencios continuaron asociados a Gustavo Durán tras su muerte. Al silencio se sumó el país en el que nació y en el que depositó sus últimas esperanzas. Las mismas autoridades y la misma prensa que emplearon la calumnia como arma política obviaron su muerte, relegada al olvido con idéntica frialdad burocrática.

En España su muerte se lloró en silencio. Cuenta Pastora Martín-Fernández Durán que su madre Araceli, al conocer la muerte de su hermano, irrumpió en un aullido estremecedor y después se derrumbó en los brazos de su marido Miguel, el hermano de Néstor.

Jaime Gil de Biedma le lloró también a su manera. En unos meses había perdido a su amada Bel y a su amigo más reciente, pero de proximidad tan intensa que su muerte no hizo sino agravar su depresión. A ellos, a Bel y a Gustavo, también a Bonte, dedicó su libro *Poemas póstumos*, publicado ese mismo año 1969.

Hubo homenajes oficiales y reconocimientos públicos. *The New York Times* publicó el 27 de marzo un extenso obituario en el que se recalcaba su relación con Hemingway: «Gustavo Durán of the UN Dies; Was an Associate of Hemingway», decía el titular, sin que el lector acertara a comprender que entre él y el escritor norteamericano hubo mucho más que una asociación accidental. El héroe que Hemingway había idealizado sobrevivió ocho años al autor, pero su recuerdo en *Por quién doblan las campanas* sería

imperecedero, al igual que el personaje de Manuel de Malraux, las menciones de Ehrenburg y Nicolás Guillén o los poemas dedicados de Lorca y Alberti.

El 22 de abril de 1969 las Naciones Unidas oficiaron un funeral en su memoria en la iglesia de la Primera Avenida con la calle 44, con la presencia del secretario general U Thant. Al describir a Gustavo, éste afirmó: «Espíritu abierto al arte y a la belleza, alma bondadosa, carácter firme, temperado por su profunda compasión por los seres humanos». En el mismo acto, Francisco García Lorca comentó: «Si no fuera porque a mí me refrena un cierto pudor en el elogio, que él hubiese tomado con el grano de sal del que siempre disponía, diría que reunió las dotes del político y del cortesano, del soldado y del hombre de letras».

Numerosas condolencias llegaron al hogar de los Durán. Seferis, aún conmocionado por la noticia, escribió a Bonte: «Ha sido un gran *shock* para nosotros. En estos momentos no puedo más que expresarle nuestro más profundo pésame». Buñuel envió su pésame haciendo alusión «al compañero inolvidable de mi juventud».

Pasaron varios años hasta que Rafael Alberti le recordó públicamente. Lo hizo mediante un artículo publicado en el diario *El País* el 13 de octubre de 1985, con motivo de una reunión internacional de escritores celebrada en Corfú:

> Y en medio de esta clara mañana se me viene a los ojos la imagen de un poeta griego, Seferis, que me presentó en medio de una calle de Roma un viejo y querido amigo, al que no veía desde hacía mucho tiempo, Gustavo Durán, sobre el que cayeron después toda clase de sospechas y acusaciones, que yo no quiero ahora saber, pues mi amistad de otros años no está contaminada de cosas que echan nubes y telones de sombra sobre él. Gustavo aixiaba [sic] Grecia, tanto, que cuando murió en estas tierras, bañadas de gloria, pidió ser enterrado bajo los olivos milenarios de Creta. Y allí está todavía. Es verdad que su belleza apolínea lo llevó a ser modelo del *Poema del Atlántico,* que un pintor, un gran pintor canario del novecientos, Néstor Martínez de la Torre, ya muerto, dejó sobre los muros del Museo de Las Palmas, junto también a su *Poema de la Tierra*. Gustavo era músico, muy buen compositor y pianista. Mi *Marinero en tierra*, junto a canciones musicadas por Ernesto y Rodolfo Halffter, incluye una suya titulada «Salinero». Durante la Guerra Civil se convirtió en un valiente soldado, un organizador ejemplar, alcanzando el grado de coronel del ejército republicano. Era quizá el jefe más odiado por todos los franquistas. Cuando la traición del coronel Casado en Madrid, pudo

salvarse —él se encontraba entonces en el frente de Levante— en un barco inglés que lo llevó a Inglaterra. Creo que en Londres, en casa de una familia aristocrática que le dio asilo, conoció a una bella muchacha, llamada Bonte, sobrina de un diplomático norteamericano, con la que se casó y tuvo dos lindísimas hijas. Ya en Estados Unidos, fue perseguido por el macarthysmo. Estuvo luego en Cuba, en Chile y Argentina… Le perdí la pista. Estuve largo tiempo sin saber dónde se encontraba. De lo que más tarde se dijo de él yo no sé nada comprobable y prefiero no saberlo… Sólo puedo decir que un día, en Roma, se me presentó una hija suya para que le contase las muchas cosas que, según ella, yo sabía de su padre. Le conté sólo lo que realmente conocía, de antes de la guerra, de la guerra y de un poco después. La hija se llamaba Luz [Lucy]. Todo lo anotó detalladamente en un cuaderno. Quería mucho y admiraba a su padre, que había muerto en Grecia, que amaba tanto, que pidió ser enterrado bajo los olivos de Creta. Triste, bella, dramática y extraña la vida de Gustavo Durán. Uno de los personajes de *L'espoir*, la novela de André Malraux sobre la guerra española, es él, de quien se podrían contar muchos más episodios novelísticos. Su madre se encontraba loca en el manicomio de Ciempozuelos. Cuando al coronel Durán, durante la defensa de Madrid, le tocó tomar aquel lugar, el manicomio estaba ya vacío. Todos los locos se habían escapado, cruzando la línea de fuego, al frente uno que portaba una gran bandera monárquica. Y su padre, un hombre muy apuesto y gentil, al saber que se había perdido la guerra, temiendo por la suerte de su hijo Gustavo, se metió en el baño y se cortó las venas. Ahora, repito, Gustavo Durán, el que puso música a una canción de mi *Marinero en tierra*, sigue enterrado bajo los olivos milenarios de Creta. Y yo, en Corfú, no muy lejos, me he acordado de él en medio de este encuentro de poetas de todo el mundo[301].

Max Aub también se hizo eco en sus diarios de la muerte de su viejo amigo, con una sombra de frialdad: «Noticia de la muerte de Gustavo Durán. Lo siento por él. ¿Dónde le enterrarán? Lo siento por mí: se me fue Victoriano Terrazas y el que debía darme, dentro de un mes, viejas noticias de la juventud de Buñuel»[302].

Cuando Bonte Durán y la viuda del general Rojo se encontraron un tiempo después en ese Madrid añorado al que Gustavo nunca pudo regresar, y al que Rojo volvió antes de morir, se abrazaron en silencio y lloraron. Bonte pasó después varios veranos con la familia García Lorca en Nerja (Málaga).

Murió en enero de 2002 tras padecer una angustiosa pérdida de memoria que la privó de sus últimos recuerdos.

Su hija Jane escribió un magnífico libro de poesía, *Silences from the Spanish Civil War* (2002), dedicado a exteriorizar los sentimientos sobre una guerra que siempre estuvo presente en la realidad de su hogar pero de la que no se hablaba, como una presencia alegórica. Aquel silencio que su padre nunca quiso profanar se transformó en un bello poema de recuerdo y homenaje:

EL SILENCIO DE MI PADRE

Hay una pendiente fuerte
sobre la que me incorporo
y un brillo final donde las piedras trabajan.
Tengo cuidado de no entrar en esa tierra,
de ir tierra adentro.
Poco me mueven las olas libres.

Sé que es España, España una vez más,
el lugar donde mi padre no puede ir,
el lugar donde sus amigos en Nueva York no pueden ir,
sus amigos en México, Buenos Aires y Roma.
Pablo y Ángel y Paco,
Laura y Pedro y Teresa.
Son cariñosos, me abrazan.

Me adentro en la guerra, apoyando el libro sobre mis rodillas.
Los chopos densos me rodean,
los pueblos devastados.
Él entrega sus armas.
Él levanta sus brazos.
Él no lo contará.

JANE DURÁN (traducción de Gloria García Lorca)

Él, en efecto, no lo contó. Aquel hombre de vida triste, bella, dramática y extraña de la que hablara Alberti, murió sin ver cumplido el anhelo de regresar al país donde fundirse con los recuerdos que un día le hicieron feliz,

apartado de la historia, el mito y la leyenda. Simplemente volver, por un instante, para revivir.

Bibliografía

Libros

Acker, Yolanda, y Javier Suárez-Pajares, *Ernesto Halffter: músico en dos tiempos*, Fundación Archivo Manuel de Falla, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1997.

Aguilera Sastre, Juan, y Manuel Aznar Soler, *Cipriano Rivas Cherif y el teatro español de su época (1891-1967)*, Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, Madrid, 1999.

Alberti, Rafael, *Cuaderno de Rute*, Ediciones Litoral, Málaga, 1977.

—, *Romancero de la Guerra Civil*, Hispamerca, Madrid, 1977.

—, *La arboleda perdida*, Alianza, Madrid, 1998.

Almeida Cabrera, Pedro, *Néstor, un canario cosmopolita*, Real Sociedad Económica de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria, 1987.

—, *Néstor y el mundo del teatro*, Museo Néstor, Las Palmas de Gran Canaria, 1995.

Alpert, Michael, *El Ejército Popular de la República*, Crítica, Barcelona, 2007.

Álvarez, Santiago, *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República*, Edicios do Castro, La Coruña, 1989.

Anderson, Andrew A., y Christopher Maurer, *Federico García Lorca. Epistolario completo*, Cátedra, Madrid, 1997.

Anderson, Reed, *Federico García Lorca*, Macmillan Press, Londres, 1984.
Aranda, José Francisco, *Luis Buñuel, biografía crítica*, Lumen, Barcelona, 1970.
Arévalo Molina, Jacinto, *Los trenes blindados españoles*, Trea, Gijón, 2003.
Aub, Max, *Campo de los almendros*, Alfaguara, Madrid, 1988.
—, *Conversaciones con Buñuel*, Aguilar, Madrid, 1989.
—, *Diarios, 1967-1972*, Conaculta, México, 2003.
Ávila, Alejandro, *La historia del doblaje cinematográfico*, Libros de comunicación global, Barcelona, 1997.
Aznar Soler, Manuel, y Luis Mario Schneider, *II Congreso Internacional de*
Escritores para la Defensa de la Cultura, vol. III: *Actas, ponencias, documentos y testimonios*, Generalitat de Valencia, Valencia, 1987.
Bahamonde, Ángel, y Javier Cervera, *Así terminó la Guerra de España*, Marcial Pons, Madrid, 1999.
Baker, Carlos, *Hemingway, a Life Story*, Bantman Book, Nueva York, 1969.
Bal y Gay, Jesús, *Tientos y silencios (1905-1993)*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes (catálogo), Madrid, 2005.
Barón, Emilio, *Luis Cernuda, poeta. Vida y obra*, Alfar, Sevilla, 2002.
Baxter, John, *Luis Buñuel*, Paidós, Barcelona, 1996.
Beevor, Antony, *La Guerra Civil española*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.
Bianchi Ross, Ciro, *Tras los pasos de Hemingway en La Habana*, Jesús Franco, Madrid, 1993.
Blanco Rodríguez, Andrés, *El 5.º Regimiento en la política militar del PCE en la Guerra Civil*, UNED, Madrid, 1993.
Bolloten, Burnett, *La Guerra Civil española: Revolución y contrarrevolución*, Alianza, Madrid, 1989.
Braden, Spruille, *Diplomats and Demagogues. The Memoirs of Spruille Braden*, Arlington House, Nueva York, 1971.
Buckley, Wiliam F., y L. Brent Bozeli, *McCarthy and His Enemies*, Henry Regnery Company, Chicago, 1954.
Buñuel, Luis, *Mi último suspiro*, Plaza y Janés, Barcelona, 1982.

Carpentier, Alejo, *La consagración de la primavera*, Castalia, Madrid, 2004.
Carter, Miranda, *Anthony Blunt, el espía de Cambridge*, Tusquets Editores, Barcelona, 2004.
Casa de España, *André Malraux y España* (catálogo), París, 1989.
Casado, Segismundo, *Así cayó Madrid*, Ediciones 99, Madrid, 1977.
Casares Rodicio, Emilio, *Diccionario de la música española e iberoamericana*, SGAE, Madrid, 1999.
Castells, Andreu, *Las Brigadas Internacionales de la Guerra de España*, Planeta, Barcelona, 2006.
Caute, David, *The Great Fear. The Anti-Communist Purge Under Truman and Eisenhower*, Touchstone, Nueva York, 1970.
Cirules, Enrique, *Hemingway en Cuba*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1999.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, *Alberto Jiménez Fraud (1883-1964) y la Residencia de Estudiantes (1910-1936)*, Madrid, 1987.
De la Fuente, Pablo, *Sobre tierra prestada*, Nuestro Tiempo, Santiago de Chile, 1944.
Durán, Gustavo, *Una enseñanza de la Guerra Española. Glorias y miserias de la improvisación de un ejército*, ed. de José María Artajo, Ediciones Júcar, Madrid, 1979.
Duran, Jane, *Silences from the Spanish Civil War*, Enitharmon Press, Londres, 2002.
Ehrenburg, Ilia, *Estampas de España*, Ediciones SRI, Madrid, 1938.
—, *Corresponsal en España*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1975.
Fernández Colorado, Luis, y Josetxo Cerdán, *Ricardo Urgoiti. Los trabajos y los días*, Filmoteca Española, Instituto de la Cinematografía y de las Artes Audiovisuales, Ministerio de Cultura, Madrid, 2007.
Fernández-Montesinos, Manuel, *Federico García Lorca en la Residencia de Estudiantes*, Fundación Federico García Lorca-Amigos de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1995.
—, *Lo que en nosotros vive*, Tusquets Editores, Barcelona, 2008.
Fred, Richard M., *Nightmare in Red. The McCarthy Era in Perspective*, Oxford University Press, Oxford (Reino Unido), 1990.

Fried, Albert, *McCarthysm, the Great American Red Scare: A Documentary History*, Oxford University Press, Nueva York, 1977.

Fuentes, Norberto, *Hemingway en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984.

Galán, Luis, *Después de todo. Memorias de un periodista de la Pirenaica*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1988.

García de Dueñas, Jesús, y Jorge Gorostiza, *Los estudios cinematográficos españoles*, Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España, Madrid, 2001.

García Lorca, Francisco, *Federico y su mundo*, Alianza Tres, Madrid, 1990.

García Lupo, Rogelio, *Últimas noticias de Perón y su tiempo*, Editorial Vergara, Buenos Aires, 2006.

García Montero, Luis, *Rafael Alberti. Antología poética*, Colección Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1992.

García-Posada, Miguel, *Obras completas de Federico García Lorca. Poesía*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1998.

García Santa Cecilia, Carlos, *Corresponsales en la Guerra de España*, Fundación Pablo Iglesias e Instituto Cervantes (catálogo), Madrid, 2006.

García Terrés, Jaime, *Reloj de Atenas*, Muchnik Editores, Barcelona, 1988.

Gazur, Edward, *Alexander Orlov: The FBI's KGB General*, Carroll & Graf Publishers, Nueva York, 2001.

Gibson, Ian, *Federico García Lorca*, Grijalbo, Barcelona, 1985.

—, *Lorca-Dalí, el amor que no pudo ser*, Plaza y Janés, Barcelona, 1999.

—, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca, 1898-1936*, Debolsillo, Barcelona, 2006.

—, *Cuatro poetas en guerra*, Booket, Barcelona, 2008. Gil de Biedma, Jaime, *Diario del artista seriamente enfermo*, Lumen, Barcelona, 1974.

—, *Poemas póstumos*, Poesía para todos, Madrid, 1970.

Gómez de la Serna, Ramón, *La sagrada cripta del Pombo*, Imprenta Hernández y Galo Sáez, Madrid, 1926.

Goytisolo, Juan, *Carajicomedia*, Seix Barral, Barcelona, 2000.

Guillén, Nicolás, *En la guerra de España*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1988.
Hemingway, Ernest, *Por quién doblan las campanas*, Seix Barral, Barcelona, 1983.
—, *La quinta columna*, Bruguera, Barcelona, 1986.
—, *Despachos de la Guerra Civil española*, Planeta, Barcelona, 1989.
Herman, Arthur, *Joseph McCarthy: Reexamining the Life and Legacy of America's Most Hated Senator*, The Free Press, Nueva York, 2000.
Koltsov, Mijail, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963. Lacoutoure, Jean, *André Malraux, una vida en el siglo*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1985.
LaPrade, Douglas Edgard, *Censura y recepción de Hemingway en España*, Biblioteca Javier Coy d'Estudis Nord-americans, Universitat de València, Valencia, 2005.
León, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1987.
Líster, Enrique, *Memorias de un luchador*, G. del Toro, Madrid, 1977.
Malraux, André, *La esperanza*, Cátedra, Madrid, 1995.
Marinello, Juan, y Nicolás Guillén, *Hombres de la España leal*, Editorial Facetas, La Habana, 1938.
Martín Otín, José Antonio, *La desesperación del té (27 veces Pepín Bello)*, Editorial Pretextos, Valencia, 2008.
Martínez Reverte, Jorge, *La batalla de Madrid*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2004.
Mateos Miera, Eladio, *Rafael Alberti y la música*, Centro de Documentación
Musical de Andalucía, Consejería de Cultura, Granada, 2004.
Matthews, Herbert, *Two Wars and More to Come*, Carrick & Evans, Nueva York, 1938.
Matthews, Herbert L., y Manuel Aznar, *El yugo y las flechas/El Alcázar no se rinde*, Espasa Calpe, Madrid, 2006.
Meyers, Jeffrey, *Hemingway: A Biography*, Harper & Row, Nueva York, 1985.
Modesto, Juan, *Soy del 5.º Regimiento*, Editions de la Librairie du Globe, París, 1969.
Montero Alonso, José, *Antonia Mercé, la Argentina*, Aula de Cultura, Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1988.

Moreno Villa, José, *Vida en claro. Autobiografía*, Visor Libros, Madrid, 2006.
Morgan, Ted, *Reds. MacCarthyism in Twentieth-Century America*, Random House, Nueva York, 2003.
Morla Lynch, Carlos, *En España con Federico García Lorca*, Renacimiento, Sevilla, 2004.
Neruda, Pablo, *Confieso que he vivido*, Plaza & Janés, Barcelona, 1995.
Nin, Anaïs, *Incesto. Diario amoroso*, Siruela, Madrid, 1995.
Núñez Díaz-Balart, Mirta, *La prensa de guerra en la zona republicana durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Ediciones La Torre, Madrid, 1992, 3 vols.
Ontañón, Santiago, y José María Floretro, *Unos pocos amigos verdaderos*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988.
Orlov, Alexander, *The March of Time. Reminiscences*, St. Ermin's Press, Londres, 2004.
Oshinsky, David M., *A Conspiracy So Immense: The World of Joe McCarthy*, Oxford University Press, 2005.
Partido Comunista de España, *Guerra y revolución en España, 1936-1939*, Editorial Progreso, Moscú, 1971.
Payne, Robert, *The Civil War in Spain (Teruel)*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1962.
—, *A Portrait of André Malraux*, Prentice-Hall, Nueva Jersey, 1970.
Pérez de Ayala, Juan, *Francisco García Lorca (1902-1976)*, Huerta de San Vicente-Residencia de Estudiantes, Granada-Madrid, 2003.
Pérez Turrent, Tomás, y José de la Colina, *Buñuel por Buñuel*, Plot Ediciones, Madrid, 1973.
Prados, Emilio, *Diario íntimo*, Editorial Litoral, Málaga, 1966.
Preston, Paul, *La Guerra Civil española*, Debate, Barcelona, 2006.
—, *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Debate, Barcelona, 2007.
Prieto, Gregorio, *Lorca y la generación del 27*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1977.
Prieto, Indalecio, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España*, Fundación Indalecio Prieto-Editorial Planeta, Barcelona, 1989.
Radosh, Ronald, Mary R. Habeck y Gregory Sevostianov, *España traicionada. Stalin y la Guerra Civil*, Planeta, Barcelona, 2002.

Reeves, Thomas C., *The Life and Times of Joe McCarthy: A Biography*, Madison Books, Lanham, 1982.
Regler, Gustav, *The Great Crusade*, Longmans, Green and Co., Nueva York, 1940.
—, *The Owl of Minerva*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1959.
Reynolds, Michael, *Hemingway, the Paris Years*, Basil Blackwell, Oxford, 1999.
Rienffer, Karl (seudónimo), *Comunistas españoles en América*, Editora Nacional, Madrid, 1953.
Rojo, José Andrés, *Vicente Rojo, o Retrato de un general republicano*, Tusquets Editores, Barcelona, 2006.
Rojo, Vicente, *Así fue la defensa de Madrid*, Asociación de Libreros de Lance, Madrid, 2006.
Rovere, Richard H., *Senator Joe McCarthy*, University of California Press, Los Ángeles, 1996.
Rubia Barcia, José, *Con Luis Buñuel en Hollywood y después*, Edicios do Castro, La Coruña, 1992.
Salas Larrazábal, Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
Salas Viu, Vicente, *Diario de guerra de un soldado*, Editorial Hispamerca, Madrid, 1977.
Salazar, Adolfo, *La música contemporánea en España*, Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1982 (reed. de la obra de 1930 publicada por Ediciones La Nave).
Sánchez Vidal, Agustín, *Miguel Hernández. Epistolario*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
Santos Torraella, Rafael, *Dalí residente*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1992.
Schauff, Frank, *La victoria frustrada*, Debate, Barcelona, 2008.
Schmigalle, Günther, *André Malraux und der spanische Burgerkrieg: Zur Genese, Funktion und Bedeutung von L'Espoir (1937)*, Bouvier, Bonn, 1980.
Schneider, Luis Mario, *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura*, vol. I: *Inteligencia y Guerra Civil española*, Generalitat de València, Valencia, 1987.
Semprún, Jorge, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta, Barcelona, 1977.

Siles, Jaime, *Rafael Alberti (Obra completa). Poesía I*, Espasa-Calpe, Madrid, 2003.
Straight, Michael, *Make This the Last War*, George Allen & Unwin Ltd., Londres, 1943.
—, *After Long Silence*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1984.
Téry, Simone, *Front de la liberté, Espagne 1937-1938*, Editions Sociales Internationales, París, 1938.
Thomas, Hugh, *La Guerra Civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1976.
Todd, Olivier, *André Malraux. Una vida*, Tusquets, Barcelona, 2002.
Vázquez Montalbán, Manuel, *Galíndez*, Biblioteca El Mundo, Madrid, 2001.
—, *Pasionaria y los siete enanitos*, Debolsillo, Barcelona, 2005.
Vázquez Rial, Horacio, *El soldado de porcelana*, Suma de Letras, Madrid, 2001.
Vidali, Vittorio (Carlos), *El quinto regimiento*, Grijalbo, México, 1975.
VV.AA., *Ola Pepín! Dalí, Lorca y Buñuel en la Residencia de Estudiantes*,
Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2007.
VV.AA., *Vela Zanetti en la ONU* (catálogo), Fundación Vela Zanetti, León, 2003.
Yurchenko, Henrietta, *La vuelta al mundo en ochenta años*, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México D. F., 2003.

PUBLICACIONES, ARTÍCULOS Y ESTUDIOS

Alberti, Rafael, «Corfú», *El País*, Madrid (13 de noviembre de 1985).
Almeida, Pedro, «Gustavo Durán (1906-1969): preludio inconcluso de la generación musical de la República. Apuntes para una biografía», *Revista de Musicología* (Madrid), vol. X, n.º 2 (1986).
«Con Braden se va Durán, un combatiente de la libertad», *Tribuna*, Argentina (18 de septiembre de 1945).
«Conferencia del Comandante Carlos en el Batallón de Hierro el 16 de septiembre de 1936», Gráficas Diana, Madrid, 1936.
«Durán y sus hombres», *Mundo Obrero* (12 de abril de 1937).

«El Congreso norteamericano denuncia a Bersky, colaborador activo del comunismo español», *Arriba*, Madrid (30 de marzo de 1946).

El Mono Azul, Órgano de la Alianza de Intelectuales, Colección completa, Biblioteca Nacional.

«Excerpts from Text of Majority Report on Charges by Senator McCarthy», *The New York Times* (18 de julio de 1950).

Gelder, Robert van, «Ernest Hemingway talks of work and war», *The New York Times* (11 de agosto de 1940).

Gómez, Albino, «Braden o Perón», *La Nación*, Buenos Aires (23 de febrero de 2006).

«Gustavo Durán, denunciado como colaborador de Spruille Braden, fue uno de los más peligrosos agentes de la GPU en España», *Arriba*, Madrid (9 de abril de 1946).

Hierro, Órgano de la brigada motorizada de ametralladoras, Colección completa, Biblioteca Nacional.

«La Argentina en Berlín», *Berliner Tagblett* (diciembre de 1927).

«La Brigada Internacional: su general y su comisario político», *Estampa* (5 de diciembre de 1936).

«McCarthy's charge is denied by Duran», *The New York Times* (15 de marzo de 1950).

Maldonado, Felipe C. R., «Glorias y miserias de la improvisación de un ejército», *Tiempo de Historia*, n.º 82 (1 de septiembre de 1981).

Martorell, Ramón, «El Batallón de Hierro», *Crónica* (18 de octubre de 1936).

Matthews, Herbert, «Free Lances of Madrid», *New York Times Magazine* (3 de enero de 1937).

Moragas, Rafael, «Pasan por Barcelona el pintor Néstor Fernández de la Torre y el compositor Gustavo Durán, que nos hablan de sus inquietudes y preferencias artísticas», *La Noche*, Barcelona (1 de noviembre de 1930).

Nuevo Ejército, Órgano de la 69.ª Brigada y después de la 47.ª División, Colección completa, Biblioteca Nacional.

Persia, Jorge de, «Lorca, Falla y la música. Una coincidencia intergeneracional», estudio incluido en Susana Zapke, ed., *Falla y Lorca. Entre la tradición y la vanguardia*, Colonia, 1999.

«Punch & Counterpunch», *Time* (10 de septiembre de 1951).

Rupérez, Javier, «Gustavo Durán en las novelas de Ernest Hemingway y André Malraux», *Revista de Occidente*, n.º 307 (2006).
Serna, Ramón de la, «Gustavo Durán», *El Mercurio*, Santiago de Chile (26 de febrero de 1956).
«Spanish Civil War veteran wins libel action», *The Guardian* (19 de enero de 1962).
Torre, Josefina de la, «Aquellos tiempos de Joinville», *Primer Plano*, n.º 139 (13 de junio de 1943).
Urquhart, Brian, «Gustavo Durán, 1906-1969», *The United Nations Newspaper*, 1969.

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivo de la Fundación García Lorca (Madrid).
Archivo de la Fundación Manuel de Falla (Granada).
Archivo de la Fundación Max Aub (Segorbe, Castellón).
Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (Madrid).
Archivo de la Fundación Rafael Alberti (Puerto de Santa María, Cádiz).
Archivo de la Fundación Vela Zanetti (León).
Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid).
Archivo del Museo Néstor (Las Palmas de Gran Canaria).
Archivo del Museo Tomás Morales (Moya, Gran Canaria).
Archivo del Partido Comunista de España (Madrid).
Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares).
Archivo General de la Guerra Civil Española (Salamanca).
Archivo Histórico Nacional (Madrid).
Archivo Luis Buñuel, Filmoteca Nacional (Madrid).
Archivo Militar de Segovia.
Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes (Madrid).
Instituto de Historia y Cultura Militar (Madrid).
National Archives (Londres).

PROCEDENCIA DE LOS POEMAS

Alberti, Rafael, «Defensa de Madrid, defensa de Barcelona», en *Obras completas. Poesía, 1920-1938*, Aguilar, Madrid, 1988.

Borges, Jorge Luis, «A un poeta menor de la antología», en *El otro, el mismo*, Emecé, Buenos Aires, 1970.
Cernuda, Luis, «Contigo», en *Poesía completa*, Siruela, Madrid, 2002.
—, «Peregrino», en *Poesía completa*, Siruela, Madrid, 2002.
Darío, Rubén, «Cantos de vida y esperanza», en *Cantos de vida y esperanza*, Alianza, Madrid, 2004.
Durán, Jaime, «Maestrazgo», en *Silences from the Spanish Civil War*, Enitharmon Press, Londres, 2002.
García Lorca, Federico, «Son de negros en Cuba», en *Poeta en Nueva York*, Espasa-Calpe, Madrid, 2008.
Guillén, Nicolás, «La vida empieza a correr», en *Poemas de amor*, UNAM, México, 2002.
Hernández, Miguel, «El soldado y la nieve», en *El hombre acecha*, Cátedra, Madrid, 1988.
Herrera Petere, José, «El tren blindado», en VV.AA., *Romancero de la Guerra Civil*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1978.
Jiménez, Juan Ramón, «Pasado, presente, futuro», en *Estética y ética estética*, Aguilar, Madrid, 1967.
Kavafis, Constantin, «Lejos», en *Poesía completa*, Visor, Madrid, 2003.
Machado, Antonio, «Meditación del día», en *Poesías completas*, Losada, Buenos Aires, 1943.
Neruda, Pablo, «Batalla del río Jarama», en *España en el corazón*, Visor, Madrid, 2005.
Prados, Emilio, «Cerré mi puerta al mundo», en *Memoria del olvido*, Séneca, México, 1940.
Vallejo, César, «Piedra negra sobre una piedra blanca», en *Poemas humanos*, Castalia, Madrid, 1996.
Villa, José Moreno, *Vida en claro. Autobiografía*, Visor, Madrid, 2006.

Apéndice

14 DE MARZO DE 1950
SENADO DE ESTADOS UNIDOS
COMITÉ DE RELACIONES EXTERIORES
SUBCOMITÉ DESIGNADO POR LA RESOLUCIÓN
231 DEL SENADO

Washington, D. C.

El subcomité se reúne, prosiguiendo la sesión del 13 de marzo de 1950, a las 9.40, en el despacho 318 del Edificio del Senado, presidiendo el senador Millard E. Tydings (portavoz del subcomité).

Presentes: senadores Tydings (portavoz del subcomité), Green, McMahon y Hickenlooper.

También presente: senador McCarthy.

TESTIMOMIO DEL HONORABLE JOSEPH R. MCCARTHY, SENADOR DE ESTADOS UNIDOS POR WISCONSIN – Resumido

SENADOR MCCARTHY: … Tengo algunos informes de distintos archivos de inteligencia, y creo que parte de este material será de gran interés para este comité. Cada ejemplar de los informes que entrego al comité

contiene una copia completa de los archivos. De todos modos, al leerlos, verá usted que he preferido omitir parte del material que se encuentra en su informe de inteligencia, en los ejemplares que irán a la prensa. El comité verá que he borrado secciones de los archivos referidos a… bueno, el propósito resultará obvio para la presidencia.

SENADOR TYDINGS: ¿No los va a leer? ¿Quiere que formen parte de la versión oficial de esta sesión?

MCCARTHY: También quiero que formen parte de la sesión.

TYDINGS: Si quiere, la aplazaremos hasta que todos hayamos tenido ocasión de leerlos.

MCCARTHY: Señor presidente, pretendo leer el documento íntegro.

TYDINGS: Aquí ha hecho constar «Sólo para uso del comité».

MCCARTHY: Aquí está el ejemplar con ciertos fragmentos del informe de inteligencia borrados.

TYDINGS: ¿Dará usted ese ejemplar al senador Lodge, al senador Hickenlooper…? ¿Se lo dará al senador McMahon, al senador Green…? Un momento, senador McCarthy. Sólo nos ha entregado un ejemplar de sus observaciones publicables. ¿Entregará un ejemplar a cada miembro del comité? Senador McCarthy, ¿puedo preguntar si contienen parte del material que leerá?

MCCARTHY: Permítame explicarle. El material que entrego a la presidencia contiene copias de los informes de inteligencia concernientes al hombre al que voy a referirme, Gustavo Durán. Partes del material son de tal carácter que no creo que deban hacerse públicas. Las razones resultarán obvias a la presidencia en cuanto vea qué partes he borrado. Si empiezo explicando por qué no deben salir…

TYDINGS: Yo sólo quería el informe completo. De manera que es correcto decir que lo que usted nos ha entregado para uso exclusivo del comité no es para ser publicado por el comité hasta después de haber tenido la oportunidad de leerlo.

MCCARTHY: Estoy ofreciendo los ejemplares censurados…

TYDINGS: Un momento, senador… Senador McCarthy, se me acaba de hacer una pregunta muy pertinente: «Lo que acaba usted de entregarnos, ¿es una recopilación completa de los archivos de inteligencia sobre el individuo o es una recopilación parcial?».

MCCARTHY: Es todo lo que yo tengo de los archivos. Indudablemente, hay mucho más en los archivos, pero esto es lo más completo que puedo

reunir, señor presidente.

TYDINGS: ¿Es todo lo que tiene?

MCCARTHY: Es todo lo que tengo. Entregaría a la mesa las copias fotostáticas, pero me gustaría guardarlas hasta terminar mi declaración.

TYDINGS: De acuerdo, proceda.

MCCARTHY: Ofrezco esto como documento 32. Señor presidente, el comité recordará que mencioné el nombre de Gustavo Durán por primera vez como un riesgo para nuestra seguridad en un discurso que pronuncié en Wheeling, Virginia Occidental, y Reno, Nevada.

TYDINGS: ¿Puedo hacer una pregunta destinada al registro completo de la sesión? No conozco el nombre ni había oído hablar de él, y no leí su discurso de Reno.

MCCARTHY: Se ha perdido algo.

TYDINGS: Le preguntaré si usted sabe, o no, si este hombre está actualmente en el Departamento de Estado.

MCCARTHY: Su situación se verá cuando…

TYDINGS: ¿Está actualmente en el Departamento?

MCCARTHY: Estuvo en el Departamento. Ahora está en las Naciones Unidas, como la presidencia comprobará cuando yo prosiga. He llamado al despacho de Trygve Lie para averiguar de qué se encarga exactamente. Es sorprendente, pero el secretario, o, mejor dicho, el secretario del mismo, me dijo que no podía darme esa información. Comprobé en el Departamento de Estado y conseguí la información, que está en su registro. No obstante, mi inspección física indica que el hombre está en IRO, al parecer en la selección de refugiados en conexión con nuestro programa DP.

TYDINGS: Bien, investigaremos el caso, pero lo que querría saber ahora es aproximadamente cuándo abandonó el Departamento de Estado.

MCCARTHY: Exactamente, si la presidencia es paciente conmigo, todos los datos precisos están en mi informe.

TYDINGS: De acuerdo.

MCCARTHY: Entonces dije: ahora, veamos lo que ocurre cuando individuos con conexiones comunistas se ven obligados a salir del Departamento de Estado. Gustavo Durán, que fue etiquetado como (cito) «un notorio comunista internacional», fue designado asistente del secretario de Estado adjunto a cargo de los Asuntos Latinoamericanos. Me refiero a *Mr*. Spruille Braden, señor presidente.

TYDINGS: Un momento, senador Green. Eso es «Sólo para uso del comité». Sus notas abiertas están en este papel. Prosiga, senador.

MCCARTHY: Fue empleado por el Departamento de Estado después de haber sido teniente coronel de la Brigada Comunista Internacional… y, damas y caballeros, ¿dónde creen ustedes que se encuentra ahora?

TYDINGS: No quisiera interrumpirle, pero me pregunto si tendría usted la bondad de decirnos a quién corresponde esta cita de «notorio comunista internacional».

MCCARTHY: Lo comprobaremos.

TYDINGS: ¿Lo comprobarán?

MCCARTHY: Sí. Se hizo cargo de un puesto de alto salario como jefe de la Sección de Actividades Culturales en la Oficina del Secretario General Adjunto de las Naciones Unidas.

GREEN: Discúlpeme. Usted dice que él fue etiquetado. Creo que debemos saber por quién fue etiquetado.

MCCARTHY: Por nuestras fuerzas de inteligencia, las copias fotostáticas que le entregaré…

GREEN: Desearía leerlas y continuar con el testimonio como hasta ahora.

MCCARTHY: Fue etiquetado en nuestros propios archivos de inteligencia. Entregaré a la presidencia una copia fotostática completa de todos los archivos que hemos encontrado disponibles, y estoy seguro de que el senador no cuestionará esto cuando los lea. Esta declaración fue inmediatamente ridiculizada por el secretario de Estado, quien —a través de *Mr*. Peurifoy— se limitó a decir que ese hombre, Durán, ya no era empleado del Departamento de Estado, pero que lo había sido, en el servicio auxiliar exterior, desde enero de 1943 hasta septiembre de 1945, y luego, hasta el 4 de octubre, en el Departamento. *Mr*. Peurifoy añadió que Durán había dimitido voluntariamente del Departamento de Estado el 4 de octubre de 1946. Uno de los hechos importantes que el secretario pasó por alto al hacer esa declaración de prensa es que este hombre sigue siendo, hasta hoy, un alto funcionario de las Naciones Unidas. El 8 de marzo, mi oficina telefoneó a la de Trygve Lie para averiguar exactamente qué tipo de trabajo hacía. Se le respondió que no se me podía dar esa información. En otras palabras, que no se me proporcionó información acerca de lo que Gustavo Durán hace actualmente en las Naciones Unidas. El Departamento de Estado me comunicó que Durán ahora es jefe de la Sección Cultural del Departamento de Asuntos Sociales de las Naciones Unidas. Me

sorprendió bastante descubrir que el secretario permanente de las Naciones Unidas consideraba que no debía dar a un senador de Estados Unidos información acerca de lo que hacía ese hombre. No obstante, desde entonces hice todas las comprobaciones posibles sobre el particular en Nueva York y se me ha informado de que se dedica en realidad a la IRO (Organización Internacional para los Refugiados), en una labor ligada a la calificación de refugiados que vienen a este país. La contribución financiera de Estados Unidos al funcionamiento de ese organismo de las Naciones Unidas es el 45,57 por ciento.

Debería decir que, aunque el informe muestra que pagamos el 45,57 por ciento, en realidad, por supuesto, pagamos prácticamente todos los costes, en vista del hecho de que las naciones que aportan dinero, aportan dinero que nosotros les hemos dado previamente.

TYDINGS: ¿El mismo dinero?

MCCARTHY: El que sea o no el mismo dólar no marca ninguna diferencia. ¿Dónde está la diferencia si usted se mete un dólar estadounidense en un bolsillo y saca un dólar francés del otro para pagar los gastos?

TYDINGS: A decir verdad, no creo que su observación esté abierta a la interpretación de que, si nosotros no les hubiésemos dado dinero, ellos no habrían contribuido. Que es lo que, virtualmente, está usted diciendo, y que no creo que quiera decir.

MCCARTHY: Cuando damos 5 000 000 000 dólares a los miembros de las Naciones Unidas y cogen el dinero, sea o no el mismo dólar, para pagar el trabajo de las Naciones Unidas, obviamente, es nuestro dinero. Así, en efecto, el 45,57 por ciento se refiere al dinero que ponemos directamente. No se refiere a los dólares estadounidenses que, obviamente, ingresan indirectamente.

TYDINGS: Tomemos el caso de Gran Bretaña. Estoy bastante seguro de que, si los británicos no recibieran un solo dólar de nuestra parte, seguirían teniendo representantes y pagarían por ellos en las Naciones Unidas. A lo que me refiero es a que, según usted lo ha expresado, se tiene la impresión de que ellos no tendrían representantes allí si nosotros no pagáramos por ellos. Y no creo que haya sido eso lo que usted quería comunicar. A eso me refiero.

MCCARTHY: Podemos especular sobre ello, señor presidente, pero parecería que, si no estuviésemos dando a las naciones lo que les estamos dando, tendrían que contribuir más directamente. Si esto es cierto o no es materia de especulación, pero lo que cuenta, desde un punto de vista

práctico, es que estamos pagando mucho más que esa mitad aproximada que se indica. Sin embargo, la presidencia puede opinar de otro modo.

TYDINGS: Correcto, pero, tal como usted ha afirmado, se ha referido a un hecho, y un hecho que sólo es materia de especulación, y no creo que debamos especular aquí. Creo que debemos trabajar con hechos. Eso es todo.

MCCARTHY: Creo que debemos trabajar con hechos. El hecho es que el comité dice que estamos pagando prácticamente el 45,57 por ciento…

TYDINGS: De acuerdo.

MCCARTHY: El hecho adicional es que las demás naciones, que contribuyen con el 30 o el 35 por ciento, sea como fuere, son naciones que reciben de nosotros cuatro o cinco billones de dólares. En el momento en que el hombre de Acheson intentó ridiculizar mi declaración, no conocía los hechos del caso o estaba ocultando la información que está en los archivos y que debería haber conocido. Esa información, que documentaré para el comité, era conocida o estaba a disposición del Departamento de Estado. Muestra que Durán era 1) conocidísimo por sus rabiosas convicciones y actividades comunistas; 2) que participaba activamente en las operaciones secretas soviéticas en el ejército de la República española; 3) que en un informe altamente confidencial enviado al Departamento de Estado por el agregado militar de la embajada estadounidense en Madrid exigía, de acuerdo con las normas vigentes, la inmediata dimisión de Durán, a menos que se probara que los hechos eran falsos. Originalmente, entiendo que se afirmó que era un caso de confusión de identidad. Esa afirmación, creo, fue subsiguientemente descartada ante el hecho de que nuestra inteligencia obtuvo imágenes suyas con el uniforme que empleaba en la época en que era director local del SIM, que era el equivalente español de la NKVD o GPU soviéticas. Entrego al comité una de esas imágenes.

HICKENLOOPER: ¿Debo entender, senador, que el SIM era la policía secreta española?

MCCARTHY: Era la policía secreta del régimen republicano español.

TYDINGS: Supongo que ambos bandos tenían policía secreta, ¿no es así, senador?

MCCARTHY: Asumo que la suposición debe de ser correcta, señor presidente.

GREEN: ¿Puedo hacer una pregunta?

TYDINGS: Desde luego.

GREEN: ¿Debo entender que usted afirma eso porque la policía secreta española tiene pruebas de que él era un comunista?

MCCARTHY: A medida que desarrolle el tema, el senador descubrirá que el señor Prieto, que era el primer ministro español, designó a este hombre, sacándolo del ejército para dirigir el SIM. Y no estuvo satisfecho con sus actividades. Designaba a demasiados comunistas en los cargos intermedios. Como el senador descubrirá, Prieto devolvió a Durán al ejército como general, y los técnicos rusos le llamaron y le dijeron que, a menos que Durán dirigiera el SIM, romperían relaciones con Prieto. Los rusos dijeron: «Debe usted tener a este hombre como jefe regional del SIM». Prieto les ignoró y rompió relaciones con los técnicos rusos. Si el senador me permite ahora leer el documento, si después le queda alguna pregunta por hacer, me hará muy feliz responderle. Ahora entrego a la presidencia la imagen a que me he referido, la cual acabó con el primitivo reparo acerca de que se tratara de una confusión de identidades. Cuando el pueblo estadounidense leyó la cuidadosamente preparada declaración de la oficina del secretario de Estado acerca de Durán, creyó posible confiar en que ésa fuera la verdad. Lamentablemente, quien creyera esa declaración tendría una impresión completamente equivocada de los hechos reales.

Sea como fuere que se quiera interpretar esa situación, yo digo al comité que es típica del descuido de los altos funcionarios del Departamento de Estado de este país. La situación que he expuesto es típica de la clase de información que surge del Departamento de Estado; es típica de las medias verdades que oímos en respuesta a la información que hemos ido acumulando con las miras puestas en los riesgos para la seguridad de ese Departamento. Entrego al comité el informe de inteligencia a que acabo de referirme, completo.

TYDINGS: Senador McCarthy, no recuerdo ahora… ¿recuerda usted quién era el secretario de Estado en 1945, cuando esto ocurrió?

…

MCCARTHY: Jimmie Byrnes era el secretario.

…

TYDINGS: ¿Quién era el subsecretario de Estado en el momento en que usted criticó al Departamento de Estado por esa transacción en particular?

MCCARTHY: … *Mr.* Dean Acheson era subsecretario de Estado entonces. Era en 1946…

…

MCCARTHY: Prosigamos con lo que Durán hace actualmente. Creo que es importante, y llamaré la atención sobre ello: el Departamento de Estado dio una declaración cuidadosamente elaborada que, ciertamente, no contenía los hechos de mi declaración. Yo decía que este hombre había estado en el Departamento de Estado. Lo señalaba como ejemplo de lo que sucede cuando un comunista destacado es obligado a marcharse de un sitio. Señalaba que había continuado en las Naciones Unidas. El Departamento de Estado elaboró una respuesta en la que decía que, en efecto, lo último que sabían de ese hombre era que había dimitido en octubre de 1946. Ahora bien, el Departamento de Estado sabe perfectamente dónde está el hombre, y creo que una… de las cosas a las que este comité debe dedicar cierto tiempo es a investigar cómo hombres como Durán, y otros individuos con un pasado poco corriente, desembarcan tan fácilmente del Departamento de Estado en las Naciones Unidas.

TYDINGS: Senador, lo examinaremos todo.

MCCARTHY: Alguien, lo sabemos, valiéndose del más tosco sentido común… sabemos que alguien en el Departamento de Estado se está librando de ellos. Creo que deberíamos descubrir de quién se trata.

Ahora, continuando con nuestro hombre, Durán… se advertirá que el Departamento de Estado recibió una copia del informe de inteligencia al que acabo de referirme. Hay ciertos asuntos que se cuestionan en ese informe que me parece que no deben ser dados a conocer al público hasta que el comité tenga ocasión de considerarlos con mayor cuidado. Por lo tanto, he eliminado esas partes de las copias entregadas a la prensa y no las leeré para que no sean grabadas en esta oportunidad. El informe íntegro, sin embargo, sin exclusión alguna, se entrega a cada uno de los miembros del comité.

B. I. D.
Informe n.º R-290/46

INFORME CONFIDENCIAL DE INTELIGENCIA

Para uso general de cualquiera de las agencias de inteligencia de Estados Unidos.
Del: Agregado militar, embajada estadounidense, Madrid, España

4 de junio de 1946

Fuente: Estado Mayor Central del ejército español B – Zona sobre la que se informa: España
Quién es quién: Gustavo Durán

Sigue el informe dado al agregado militar por el A. C. de E., G-2, Estado Mayor Central del ejército español, tras la pregunta del A. M. de si Durán era conocido:

Gustavo Durán vino a Madrid por primera vez en los años veinte, desde las Islas Canarias, en compañía de otro canario, un pintor llamado Néstor, que fue fichado por la policía española por las mismas razones que Durán… [parte eliminada]… Como amigo de Néstor, Duran fue empleado como pianista en la compañía de Antonia Mercé, la Argentinita, y fue a Berlín para participar en ese puesto en los espectáculos de danza. Sin embargo, sus… [parte eliminada]… determinaron que enfureciera a la policía de Berlín, que finalmente le expulsó de Alemania.

Tuvo problemas similares en otras capitales europeas. Su… [nuevo espacio en blanco]… llegó al límite en París, que fue el centro preferido de sus actividades antes de la proclamación de la República española en 1931, mientras estaba bajo la protección de su amigo Néstor, el pintor, que era muy conocido en ciertos barrios parisinos. Por aquella época, los soviéticos encargaron a Durán algunas misiones, y finalmente le designaron agente suyo.

Tras la proclamación de la República española, el Porcelana (como se lo solía apodar) regresó a Madrid. Sus papeles de identidad indicaban que era el representante de la Paramount Films Co. Sin embargo, su verdadera misión era al servicio de la GPU. Durán tuvo gran éxito en sus actividades debido a la protección política de que gozaba. Pronto se convirtió en uno de los miembros de la dirección de las juventudes del Partido Comunista, y contribuyó grandemente a la fusión de las juventudes comunistas con las juventudes del Partido Socialista Español, dando así nacimiento a las Juventudes Socialistas Unificadas, de lamentable recuerdo, puesto que esta organización cometió los crímenes más sangrientos después del 18 de julio de 1936 —fecha del alzamiento militar— y durante la revolución roja que siguió.

Durante el régimen republicano (1931-1936) Durán continuó en la práctica de sus… [parte eliminada]… —Debo decir que esto fue antes de la Guerra Civil española, como se sabe—. Junto con otros amigos «íntimos» y algunos jóvenes poetas procomunistas, entre los que destacaba Alberty [sic], Durán alcanzó notoriedad. Todos ellos fueron sus instrumentos y todos ellos se convirtieron en activos comunistas. En la casa de Durán, situada en… [parte eliminada]… tenían lugar reuniones de tal carácter que la policía tuvo que hacer acto de presencia más de una vez, teniendo así ocasión de completar su prontuario como… [parte eliminada]… en los archivos de la Dirección General de Seguridad. Este prontuario como… [parte eliminada]… probablemente haya sido eliminado por su amigo Serrano Poncela, que fue jefe de la policía «roja» durante los meses de octubre y noviembre de 1936 y cronista político de *Mundo Obrero* (un periodista comunista), y jefe de las JSU. La liberación de Durán de sus frecuentes detenciones por… [parte eliminada]… conducta se debía a sus poderosos protectores políticos, que obedecían ciegamente las órdenes de la policía política soviética.

Tras el Alzamiento Nacional (comienzo de la Guerra Civil), Gustavo Durán se apoderó del convento más próximo a su casa, llamado de «las Siervas de María», situado en la vieja plaza de Chamberí. Era allí el «responsable» o jefe. Allí enfermó de fiebre tifoidea en agosto de 1936.

La «Causa General» (proceso judicial general) contiene información acerca de los crímenes perpetrados por la milicia a las órdenes de la «checa» (prisión ilegal) de Durán. Era uno de los principales líderes de la milicia popular creada por los comunistas. Era amigo personal de Líster y de Modesto (comandantes de brigadas rojas, ahora generales del ejército ruso) y pronto llegó a capitán, mayor y teniente coronel del ejército «rojo». Formaba parte del Alto Estado Mayor General de las fuerzas «rojas» que dirigió las «brillantes» retiradas de Talavera de la Reina, Toledo, Maqueda, etc. Cuando las Brigadas Internacionales fueron incorporadas a los frentes de Madrid y Aranjuez, Gustavo Durán formó parte del Alto Estado Mayor ruso, con cuarteles en Tarancón y vecindades, donde dejaron tristes y odiosos recuerdos.

Después de Tarancón, nosotros (el servicio de inteligencia español) le perdimos la pista a Durán. Al parecer, fue a Moscú con una delegación de miembros, hombres y mujeres, del ejército «rojo». Al parecer, después pasó un tiempo en París. Y ahora está en Washington, como colaborador de Spruille Braden, jefe de una sección del Departamento de Estado.

Luego, el comentario del A. M.: «Un español de mucha confianza, que no simpatiza con Franco pero que no llega a ser republicano, y extremadamente afín a Estados Unidos y demócrata en sus puntos de vista, declara que sabe de primera mano que Durán, como comandante de una brigada internacional en un pequeño pueblo, no lejos de Madrid, ordenó la ejecución del electricista del pueblo y de otro hombre que era masón, ninguno de los cuales había cometido acto alguno por el cual debiera haber sufrido esa ejecución».

WENDELL G. JOHNSON,
coronel, agregado militar

TYDINGS: Poco después de que ese informe llegase al Departamento de Estado, aquí se apunta que ese hombre dimitió voluntariamente.

MCCARTHY: Al parecer, esto llegó el 4 de junio, y el 4 de octubre, voluntariamente —me parece que la palabra es importante—, «voluntariamente» dimitió.

TYDINGS: ¿Me permitiría corregirle? La fecha del informe, escrito en España, es la del 4 de junio, no la fecha en que éste fue recibido por el Departamento de Estado. ¿Es esto correcto?

MCCARTHY: Supongo que tardaría un par de días en llegar aquí, más o menos, digamos que el 6 o el 7 de junio. Ahora bien, el 2 de agosto el senador Wherry escribió al Departamento de Estado, al secretario Byrnes, y creo que esto es especialmente significativo, porque todo este material ha de haber estado en los archivos en la época en que el secretario indicaba que este hombre había desaparecido de la vida pública.

2 de agosto de 1942

El Honorable JAMES F. BYRNES,
secretario de Estado, Washington, D. C.

QUERIDO SECRETARIO: Como miembro del Comité de Asignaciones, el 18 de abril de 1946 le pedí que investigase a ciertas personas que ocupaban puestos de confianza y responsabilidad en su Departamento.

Era mi propósito, y lo es ahora, negar asignaciones que financiaran los salarios de cualquier miembro del Departamento de Estado cuyas lealtades estén con un país distinto de Estados Unidos.

Recordará, señor secretario, que cuando usted se presentó, yo planteé objeciones a algunos de esos funcionarios, y que entre ellos estaba Gustavo Durán. Fue inmediatamente antes del funeral de Carter Glass. Entonces, usted declaró que había un problema de identidad relativo a Gustavo Durán.

Este problema ya no existe, desde que inteligencia localizó la fotografía que he entregado a la mesa.

Usted declaró más tarde que una investigación había revelado que se trataba de una persona distinta del hombre que trabajaba en el Departamento de Estado, que había sido secretario de Spruille Braden.

Ahora ha llegado a mi conocimiento que existe un extenso informe de inteligencia militar sobre su hombre, Gustavo Durán, y poseo información fiable acerca de que varias copias de ese informe fueron entregadas al Departamento de Estado.

Le exijo ahora formalmente, en uso de mis atribuciones oficiales como senador de Estados Unidos, y como miembro del Subcomité de Asignaciones del Departamento de Estado, que, sobre la base de ese informe, despida usted a Gustavo Durán.

Cordialmente suyo.

TYDINGS: ¿Tiene usted la respuesta del secretario Byrnes a eso?

MCCARTHY: Tengo una respuesta pero, como es usual en estos casos, usted escribe al secretario y alguien responde en su lugar.

TYDINGS: ¿Leerá la respuesta?

MCCARTHY: La presidencia sabe que tengo intención de leer la respuesta, porque está en la siguiente página del documento.

TYDINGS: No lo he visto.

MCCARTHY: Está encabezada:

SECRETARIO DE ESTADO AUXILIAR
Washington, 14 de septiembre de 1946

MI QUERIDO SENADOR: He recibido su reciente pedido de información

acerca de la investigación de seguridad del Departamento sobre *Mr*. Gustavo Durán…

Tras revisar el informe completo sobre *Mr*. Durán, obtenido de las fuentes disponibles, el comité de seguridad se pronunció favorablemente respecto de *Mr*. Durán. Yo he revisado cuidadosamente el informe antes que el comité de seguridad y he aprobado sus conclusiones.

A la vez que reconozco que esas conclusiones difieren de los sentimientos de usted, debo cumplir con mi deber según mi criterio, y espero que usted reconozca que he intentado hacer uso de mi capacidad de juicio leal y honestamente.

Y firma: DONALD RUSSELL

MCCARTHY: … Cuando el señor Russell escribió esta carta, el 4 de septiembre de 1946, tenía en sus archivos el informe ultrasecreto del agregado militar en Madrid, al que ya me he referido, subrayando en detalle los hechos que he expuesto sobre Durán. ¿Cuál es el misterioso poder en posesión de Durán que le permitió continuar sirviendo como asesor confidencial de Spruille Braden, entonces jefe de Asuntos Sudamericanos del Departamento de Estado? ¿Por qué se permitió a este hombre dimitir voluntariamente ante esas graves acusaciones? Y, debo añadir, ¿quién se encargó de buscarle la importante tarea de ir a las Naciones Unidas para seleccionar a los refugiados que ingresan en esta nación?

Mr. Durán, obviamente, tiene amigos poderosos, y uno de sus grandes defensores era su jefe inmediato, Spruille Braden. Mostraré ahora al comité la prueba 33, que es una copia de una carta señalada como «secreta» y fechada el 21 de diciembre de 1942, en La Habana.

Creo que el presidente tiene ante él el documento, que reza así:

LA HABANA, *21 de diciembre de 1943*

Memorándum al agregado militar:

Mr. Gustavo Durán me fue recomendado en primera instancia por un amigo de patriotismo e integridad intachables. Fue recomendado para un objetivo específico que requería a una persona con cualificaciones altamente especializadas; sus deberes estaban ligados a la protección de

los intereses de Estados Unidos mediante la vigilancia confidencial de las actividades falangistas en Cuba.

En cuanto al pasado de *Mr*. Durán, es ciudadano estadounidense naturalizado, nacido y educado en España.

De paso, su naturalización es una de las más rápidas de que tengo noticias… Si no recuerdo mal, llevó unas seis semanas.

Es de buena familia, y en su juventud estuvo particularmente interesado en las artes. Cuando comenzó la Guerra Civil española, en julio de 1936, lo dejó todo para luchar del lado de los leales y, de ser un joven hasta cierto punto diletante, pero brillante, se convirtió en una fuerza vital de la causa republicana. Su carrera militar fue reconocida como brillante. Además, me fue descrito como un hombre cuyo odio hacia los fascistas y su devoción a los principios liberales estaban fuera de toda discusión.

Una cercana colaboración con él durante un período de más de un año confirma por entero esta descripción.

Mr. Durán llegó a La Habana en noviembre de 1942 en la nómina de la Unión Panamericana, e iba a ser transferido a la CIAA el 1 de febrero de 1943. En cambio, recomendé urgentemente su empleo como funcionario auxiliar del Servicio Exterior en un telegrama del que cito lo siguiente:

«Considero a Durán eminentemente cualificado para la labor que está desarrollando y tengo en la más alta estima su inteligencia y carácter, así como su lealtad y discreción. Ya se ha demostrado de gran valor para esta embajada y anticipo que su utilidad será aún mayor cuando se familiarice más con las condiciones de Cuba. Considero que su permanencia aquí es particularmente deseable en el momento presente, cuando las relaciones con España son de tan vital importancia».

Mr. Durán ha servido ya como uno de mis más allegados colaboradores durante más de un año. Su trabajo ha sido excelente y extraordinariamente útil para el gobierno de Estados Unidos. Desde mi conocimiento personal, fundado en la estrecha colaboración, *Mr*. Durán no es un comunista, sino un liberal del mejor estilo. Le considero un ciudadano estadounidense excepcionalmente valioso, patriota y honorable, que promete muchísimo como funcionario del gobierno de Estados Unidos en altas responsabilidades.

Esto fue escrito, señor presidente, cuando, como usted comprenderá, aquel Durán, célebre en España, no era el Durán célebre en el Departamento de Estado, pero esa diferencia se ha acabado hace mucho.

TYDINGS: La fecha de la comunicación que usted acaba de leer era 21 de diciembre de 1943.

MCCARTHY: Exactamente así la he leído, señor presidente, 21 de diciembre de 1943. *Mr*. Braden describe a *Mr*. Durán como alguien que le ha sido recomendado por un amigo de impecable integridad.

Añadía en su carta que Durán era ciudadano estadounidense naturalizado, nacido y educado en España, de buena familia, y en su juventud, particularmente interesado en las artes. Braden decía que, desde 1936, Durán lo dejó todo para luchar del lado de los leales españoles, y decía que recomendaba con urgencia su empleo como funcionario auxiliar del Servicio Exterior.

De paso, no es nada importante, pero Braden estaba equivocado en cuanto a su lugar de nacimiento. Nació en las Islas Canarias, según el informe de inteligencia.

Ahora bien, con esta información en manos del secretario de Estado, información proporcionada por Braden, más la afirmación de que no era el mismo Durán, puedo entender por qué el secretario le conservó en su puesto. Esto era anterior al momento en que el secretario de Estado tuvo el informe a su disposición.

A continuación, está la carta del senador Wherry al Departamento de Estado, de agosto de 1946, en la que el senador sostenía que ese hombre era un riesgo para la seguridad y que debía ser despedido, y nos encontramos con que se le permite dimitir el 4 de octubre de 1946.

…

Pero los amigos de Durán en el Departamento de Estado no le dieron la espalda.

Tras su dimisión, Durán fue empleado casi inmediatamente como representante de la Organización Internacional de Refugiados de las Naciones Unidas.

…

He recibido un informe confidencial según el cual Durán fue recomendado para su puesto en las Naciones Unidas por un miembro del

actual gabinete presidencial. También se me ha informado de que Durán es cuñado de Michael Straight, propietario y editor de una revista procomunista llamada *New Republic*.

Vuelve a ser pertinente preguntarse de dónde obtiene su poder este hombre, qué hizo mientras estuvo en el Departamento de Estado y, posiblemente, lo que es de idéntica importancia, qué no hizo.

…

Ahora, la prueba número 34… Es el informe de Edward J. Ruff, secretario del agregado militar de Estados Unidos en la República Dominicana, dirigido al servicio de inteligencia estadounidense con fecha 30 de diciembre de 1943. La segunda página de la carta. La primera parte no es tan valiosa, señor presidente… y dice:

> Declara, dogmáticamente, que los informes demostraban que Durán era miembro del Partido Comunista de España. Nuestra fuente nos había proporcionado previamente información coincidente con la enviada por nuestro agregado militar en La Habana, salvo por la declaración de que Durán había ingresado en el ejército como ciudadano particular. De acuerdo con nuestro agente, Durán fue comisionado directamente desde la vida civil y se le dio el rango de mayor de milicias. Más tarde, cuando las milicias pasaron a formar parte del ejército republicano español, se le hizo mayor en el ejército. La única información adicional que poseemos, y que no mencionamos en el informe, porque no lo creímos pertinente, es la relativa al hecho de que Durán es homosexual. Yo no cuestiono el interés de Durán por las artes, su cultura o inteligencia. Sin embargo, sólo comunicamos en nuestro informe que Durán era miembro del Partido Comunista. Por mi parte, estoy convencido de que Durán fue comunista, y considero la afirmación del embajador Braden de que es «un liberal del mejor estilo» como un eufemismo. Dadas las circunstancias, creo que la fiabilidad de nuestro informe sigue siendo la misma.
>
> El embajador aquí se siente inclinado a compartir los términos de mi informe sobre Durán, pero ha pedido que no se mantenga más correspondencia sobre el tema. De ahí esta carta personal.
>
> …

Aquí está la primera parte:

> Quiero aprovechar esta oportunidad para clarificar mi posición en conexión con el informe n.º 428, fechado el 13 de diciembre de 1943,

tema: Gustavo Durán, supuesto comunista empleado para CIAA, La Habana. Como usted sabe, esta oficina recibió un cable del agregado militar en La Habana… Hace unos días recibimos del Teniente coronel Brown la carta n.º 7697, escrita por el embajador Braden y concerniente a este individuo. Ambas comunicaciones corroboraban información que nosotros poseíamos, relativa a Durán, y no comprendo, sobre la base de sus informes, cómo el nuestro pudo ser calificado como «absolutamente incorrecto». Nuestra única declaración en el informe sobre Durán es que fue miembro del Partido Comunista de España. Por informes recibidos posteriormente, esa información puede ser actualmente evaluada como A-1. Para su conocimiento, la información sobre Durán fue proporcionada por un refugiado español que también sirvió en España en la junta de promoción de Durán, junta encargada de considerar recomendaciones para el ascenso de numerosos oficiales republicanos españoles. Como nuestra fuente estuvo en realidad en la junta en la época en que Durán fue recomendado para el ascenso, él mismo vio todos los papeles y cartas de recomendación de Durán, y tuvo acceso a la información completa relativa a los antecedentes de Durán…

Old Westbury, Long Island, N. Y.,
de mayo de 1950

* * *

EDWARD P. MORGAN, Esq.
Jefe del Consejo, Subcomité de Relaciones Exteriores del Senado, Senado de Estados Unidos, Washington, D. C.

ESTIMADO MR. MORGAN:

Tengo su carta del 4 de mayo de 1950, acusando recibo de los documentos sometidos al subcomité el 30 de marzo de 1950, y ofreciéndome la oportunidad de replicar a las acusaciones del senador McCarthy en público. Aprecio su oferta, y el espíritu con que tal ocasión me es otorgada.

Recordará que, en mi carta del 30 de marzo de 1950, explicaba al senador Tydings la dificultad de mi posición. Como miembro del Secretariado de las Naciones Unidas, estoy obligado a observar el espíritu y la sustancia del artículo 100 de la Carta de las Naciones Unidas. Este artículo dice, en una parte:

En el cumplimiento de sus deberes, ni el Secretario General ni su equipo pedirán ni recibirán instrucciones de ningún gobierno ni de ninguna otra autoridad exterior a la Organización. Se abstendrán de cualquier acción que pueda reflejarse en su posición como funcionarios internacionales responsables sólo ante la Organización.

Por la razón arriba expuesta, y porque debo partir el 17 de mayo de 1950 hacia Italia y Suiza por asuntos oficiales de las Naciones Unidas, no me parece posible aprovechar la oportunidad que el subcomité me ofrece. Espero regresar a Estados Unidos a finales de julio.

Debo decirle que he remitido a *Mr*. J. Edgar Hoover, del Federal Bureau of Investigations, una copia de la carta y memorándum del 30 de marzo de 1950, que envié al senador Tydings. También he remitido una copia de esa carta y memorándum a *Mr*. William Barber, del Departamento de Estado. Adjunto a ésta una copia del memorándum, en forma de declaración jurada, que he suscrito, jurado y reconocido ante un notario público del estado de Nueva York. Lo hago para indicar que ese memorándum contiene todos los hechos pertinentes conocidos por mí, y para demostrar que no vacilo en ningún caso en adherirme a sus términos bajo juramento. Me alegrará muchísimo, desde luego, responder a cualquier pregunta, o hacer cualquier declaración adicional explicativa, relacionada con los hechos que he referido en el memorándum cuando y si usted, el senador Tydings u otros miembros del comité, lo solicitan,

Respetuosamente suyo,

GUSTAVO DURÁN

* * *

MEMORÁNDUM PARA EL SENADOR TYDINGS

El 14 de marzo, cuando leí los primeros informes sobre las acusaciones hechas contra mí por el senador McCarthy ante el Subcomité de Relaciones Exteriores del Senado, hice una declaración negando los cargos específicos que habían sido expuestos a mi atención y afirmando que no era ni había sido nunca comunista. También dije que sospechaba que el informe de la inteligencia del ejército de Estados Unidos en que el senador McCarthy fundaba la mayoría de sus alegaciones no era más que una traducción literal

de un artículo publicado el 9 de abril de 1946 en el periódico de Madrid *Arriba*, portavoz de la Falange en la España de Franco.

Ahora he tenido ocasión de examinar en detalle el testimonio del senador McCarthy ante el subcomité, y mis sospechas respecto de sus fuentes han sido plenamente confirmadas.

Yo había pensado que aquellas acusaciones habían sido olvidadas hacía tiempo. Tanto los cargos como las pruebas que aparecieron para sustanciarlas fueron declarados completamente sin fundamento y tendentes a llevar a conclusiones erróneas por el Comité de Seguridad del Departamento de Estado en 1946. Hasta el Comité del Senado para Actividades Antiamericanas, que había sido el primero en hacer públicos los cargos, decidió no continuar presionando con la cuestión.

Tiene ante usted la carta, fechada el 14 de septiembre de 1946, de *Mr*. Donald Russell, quien era por entonces secretario de Estado adjunto a cargo de Asuntos de Personal, en la cual se declara que el Comité de Seguridad, después de revisar el informe completo, elaborado a partir de todas las fuentes disponibles, se pronunció en mi favor.

Con sólo una o dos excepciones fácilmente refutables, el senador McCarthy se me ha echado encima sin ninguna acusación nueva, y sin ningún material adicional con el cual apoyarlas. Por lo tanto, no entiendo por qué las conclusiones del Comité de Seguridad y de *Mr*. Donald Russell no son tan válidas hoy como lo eran en 1946. Con la finalidad de aclarar los términos del informe de una vez por todas, y con la esperanza de que esas acusaciones infundadas no vuelvan a plantearse, disturbando la paz a la que mi familia y yo tenemos derecho, deseo exponer ante usted y ante el subcomité los hechos tal como me son conocidos, y como son conocidos por el Comité de Seguridad y por todas aquellas personas responsables que me han tratado íntimamente durante muchos años. A este respecto, adjunto un esbozo biográfico de mi historial familiar y de mi carrera.

El testimonio del senador McCarthy se basa en a) un informe de la inteligencia militar de Estados Unidos, fechado el 4 de junio de 1946, que, a su vez, se basa en un informe proporcionado al agregado militar de Estados Unidos en Madrid por el A. C. de S., G-2, Estado Mayor General Central español; b) un informe del señor Indalecio Prieto, del 9 de agosto de 1939, ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español, posteriormente incorporado a un panfleto titulado «Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional»; c) declaraciones hechas por el teniente Edward J. Ruff, adjunto al agregado militar de Estados Unidos en la

República Dominicana, y d) información supuestamente obtenida en forma directa por el senador McCarthy o por sus asistentes.

a) Como señalé en mi declaración a la prensa, el informe de inteligencia del ejército español que fue incorporado al informe del agregado militar de Estados Unidos era una reproducción literal de un grosero ataque a mi persona publicado el 9 de abril de 1946 en el periódico de Madrid *Arriba*, que es el portavoz de la Falange en la España de Franco.

El artículo de *Arriba* fue publicado como parte de la campaña del gobierno de Franco para contrarrestar las revelaciones hechas por el Departamento de Estado de Estados Unidos acerca de las relaciones entre la Alemania nazi y la España de Franco durante la última guerra mundial. Esas revelaciones eran, en realidad, extractos de los informes capturados en el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, pero el gobierno de Franco difundió radiofónicamente en Madrid, primero el 28 de febrero de 1946 y, posteriormente, el 3 de marzo de 1946, la historia de que yo había fabricado personalmente tales revelaciones. El gobierno de Franco, que no me había prestado atención durante siete años, resolvió de pronto convertirme en un agente de Moscú y calumniarme de la manera más vil posible.

Un recorte de ese artículo fue remitido por el agregado naval de Estados Unidos en Madrid, al gobierno de Estados Unidos, en el informe de inteligencia n.º 135-46, fechado el 15 de abril de 1946. Obra en mi poder una copia fotostática del artículo, cuya copia y traducción adjunto también a ésta. La comparación del artículo con el estilo y la disposición del informe de la inteligencia militar española demuestra que ambos documentos son idénticos.

Cuando, en mayo de 1946, el agregado militar de Estados Unidos pidió información sobre mí a la inteligencia del Estado Mayor General Central español, el gobierno de Franco, percibiendo que en aquel momento servía a sus propósitos denigrarme, y siendo incapaz de generar un solo elemento de prueba sustancial, recurrió al envío al agregado militar de Estados Unidos una copia literal del artículo de *Arriba*. Al parecer, el agregado militar no sabía que el artículo ya había sido remitido por el agregado naval en el momento de su publicación, y por lo tanto aceptó el informe de la inteligencia militar española como un documento de buena fe, basado en hechos reales. Además de las desfiguraciones concernientes a mi carácter y a mis creencias, el informe contiene tan enormes inexactitudes relativas a hechos fácilmente comprobables, como el lugar de mi nacimiento y de mi residencia, que, si el

agregado militar hubiese tomado la precaución de investigar esos hechos, habría cuestionado la validez del informe.

Habiendo establecido la escasa fiabilidad del jefe de la oficina de información del senador McCarthy, me gustaría examinar las acusaciones una a una.

1. El periódico *Arriba* embestía diciendo, y el así llamado informe de inteligencia repetía literalmente, que yo había «llegado a Madrid por primera vez en la década de 1920, desde las Islas Canarias, en compañía de Néstor». Como declararé en mi esbozo biográfico, y como demuestra la copia fotostática adjunta de mi certificado de nacimiento, fechado el 3 de abril de 1940, y extendido por el mismo gobierno que seis años más tarde da las Islas Canarias como lugar de mi nacimiento, nací en Barcelona. Residí con mi familia en Madrid en forma permanente de 1910 a 1929. El Federal Bureau of Investigations tiene en sus archivos una lista de diversos domicilios de mi familia. Esta información, proporcionada por mí, puede ser comprobada fácilmente.
2. *Arriba* decía, y el así llamado informe de inteligencia militar repetía literalmente, que, «por ser amigo de Néstor», llegué a estar «empleado como pianista en la compañía de Antonia Mercé, la Argentinita». En realidad, yo no fui empleado por Antonia Mercé como pianista, ni fui recomendado a ella por *Mr*. Néstor. La señora Mercé me pidió que compusiera la partitura de un *ballet*, como se lo había pedido a otros varios compositores españoles. Mi obra fue representada en varias capitales europeas, y fue con la finalidad de dirigir la orquesta en ese caso que la acompañé en su gira por Alemania en 1927.

   De paso sea dicho, el nombre artístico de Antonia Mercé era, en realidad, la Argentina, y la Argentinita era el nombre artístico de una bailarina menor cuyo verdadero nombre era Encarnación López. Ambas bailarinas han actuado en Nueva York. Si el informe hubiese sido preparado por una fuente oficial fiable, y no improvisado por un periodista decidido al libelo, tal confusión de identidades no podría haberse producido.
3. *Arriba* y el así llamado informe continúan diciendo que mis «repugnantes costumbres» determinaron que yo «enfureciera a la policía de Berlín», que fuera expulsado de Alemania y que «tuviese problemas similares en otras capitales europeas». En rigor de verdad, nunca fui detenido en ciudad alguna y con ningún cargo, ni recibí jamás reprimenda alguna por parte de ningún agente de la ley, salvo cuando me salté una señal de «stop» en Mineola, Long Island.

Por lo que se refiere a las abominables tendencias inmorales que *Arriba* y el así llamado informe me han atribuido, atribución de la que el senador McCarthy se ha hecho eco, desafío al senador McCarthy o a cualquiera a repetir tal acusación, no en informes clasificados ni en declaraciones secretas, sino cara a cara.

Respecto de la acusación de que se me conocía por el mote del Porcelana, la primera vez en mi vida que oí tal apelativo aplicado a mí, o a cualquier otra persona, fue cuando leí el grosero ataque de *Arriba*. Los hombres de prensa al servicio del general Franco que inventaron ese particular disparate deben de sentirse orgullosos al saber que ha sido recogido y difundido por un senador de los Estados Unidos de América.

4. *Arriba,* y el así llamado informe de la inteligencia militar y el senador McCarthy, sostienen que yo regresé a Madrid tras la proclamación de la República española (1931), con la cobertura de representante de la Paramount Pictures, pero, en realidad, como agente de la GPU. Regresé de París a España en 1934, no como agente de la GPU ni como representante de la Paramount Pictures, sino simplemente como una persona que retorna a su patria porque la sección española de la Paramount Pictures, en la cual había estado trabajando en París, interrumpió sus tareas allí, como los registros de la empresa acreditarán.
5. *Arriba* sostiene, y el así llamado informe y el senador McCarthy repiten, que «en la casa de Durán, en el 104 o 106 de la calle de Santa Engracia, tenían lugar reuniones de tal carácter que la policía tuvo que hacer acto de presencia más de una vez». Cualquier informe policial preciso hubiese proporcionado el número correcto, que era el 100, y hubiese mencionado el hecho de que aquel piso era la casa de mi padre, y hubiese indicado que nada había ocurrido en tal dirección, ni en ningún otro lugar en que yo o cualquier otro miembro de mi familia hubiésemos residido, que hubiera reclamado la intervención policial.
6. *Arriba,* el así llamado informe y el senador McCarthy dicen que supuestos informes de la policía de Madrid concernientes a mí probablemente fueron destruidos «por su amigo Serrano Poncela, jefe de la policía de Madrid, en octubre y noviembre de 1936». Los supuestos informes policiales nunca existieron porque nunca he hecho nada que exigiera una participación ni un informe policial. Para justificar la mentira de que esos informes existieron, hubo que inventar la segunda mentira de que fueron destruidos. Nunca he conocido al señor Serrano Poncela, ni a ningún jefe de la policía de ninguna parte.
7. *Arriba,* el así llamado informe y el senador McCarthy sostienen que yo «formé parte del Alto Estado Mayo ruso», que «fui a Moscú con una delegación de miembros, hombres y mujeres, del Ejército Rojo», y que

más tarde «pasé algún tiempo en París». Yo nunca fui miembro de ningún Estado Mayor ruso, yo nunca he estado en Moscú ni en ningún territorio ruso, y, tras la Guerra Civil española, no fui a París hasta pasados ocho años, cuando en 1947 fui enviado allí en misión oficial por las Naciones Unidas.

Al terminar la Guerra Civil española, mediante la intervención de los señores Abington Gooden, cónsul general británico en Valencia, Alexander Hanson Ballantyne, tercer secretario de la embajada británica en Valencia, y Woodruff Wallner, cónsul estadounidense en Valencia, fui evacuado de España a bordo del crucero británico *Galatea* y del barco-hospital *Maine* y transportado a Inglaterra. Respecto del comentario del 8. agregado militar de Estados Unidos al final de su informe, nunca, en todo el curso de la Guerra Civil española, tuve mando alguno en ninguna brigada internacional. En cuanto a la declaración del informador incógnito del agregado, acerca de que yo asesiné a dos personas inocentes, es una completa mentira.

b) Respecto de las alegaciones basadas en la declaración del señor Prieto de 1938, me he enterado de que esa declaración fue hecha cuando el excongresista J. Parnell Thomas presentó sus cargos contra mí en el Congreso, el 28 de marzo de 1946. En los ocho años transcurridos entre las fechas de la declaración del señor Prieto y la de *Mr*. Thomas, vi al señor Prieto en numerosas ocasiones. Fue huésped en mi casa y nuestras relaciones fueron cordiales. En ningún momento me dio indicación alguna de que alguna de mis acciones, pasadas o presentes, fuese criticable para él.

Inmediatamente después de que *Mr*. Thomas hubiese hecho su declaración ante el Senado, escribí al señor Prieto, pidiéndole una explicación acerca de las observaciones de *Mr*. Thomas. El señor Prieto me cablegrafió lo siguiente:

Carta 29 recibida ayer respondida hoy como sigue: «Afirmo que las declaraciones de *Mr*. John Parnell Thomas no se fundan en nada que yo le haya dicho a él, con quien no he tenido contacto, ni a nadie. Nunca le he acusado a usted de ser agente de la policía rusa ni miembro de la Komintern, y jamás dije nada a nadie que pudiera servir de base para creer tal cosa». Por lo que se refiere a su telegrama de hoy, añado que no he proporcionado al comité, con el que nunca he tenido contacto, información concerniente a usted ni a ninguna otra persona.

Cuando me enteré, sin embargo, de que el señor Prieto había realmente hecho referencia a «un tal Durán» en un informe presentado el 9 de agosto de 1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español, volví a escribirle, preguntándole si se suponía que esa persona era yo. El señor Prieto me respondió el 12 de abril que, así como yo era la persona a la que se refería en su informe, su declaración no implicaba que fuese un agente de la policía secreta rusa ni un miembro de la Komintern. A propósito de mis supuestas tendencias comunistas, continuaba:

> Los hechos descritos en esa parte del informe demostraban cómo se ejercían ciertas presiones, contra mi voluntad, sobre funcionarios del gobierno que estaban a mis órdenes. Yo mismo tuve que sufrir presiones de este tipo sin defenderme adecuadamente de ellas.

Subsiguientemente, el señor Prieto declaró ante los señores Robert Wilson Wall, Jr., y Richard Godfrey, agregados a la embajada estadounidense en Ciudad de México, que él me había designado jefe de la zona de Madrid del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) a propuesta del general Miaja, entonces comandante del Ejército de Madrid; reiteró entonces que él (Prieto), como otros miembros del gobierno que eran igualmente hostiles al comunismo, habían estado sometidos a presiones comunistas.

Los hechos relativos a mi breve paso por el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) son los siguientes:

Como ya he declarado, yo era un oficial del ejército regular de España, bajo un gobierno legalmente constituido, reconocido por todos los países con las únicas excepciones de la Alemania nazi y la Italia fascista. Una coalición de partidos políticos —derecha republicana, centro republicano, socialistas, comunistas y otros— componía ese gobierno.

Como soldado, yo había jurado lealtad al gobierno. Era mi deber, por lo tanto, seguir las instrucciones de mis oficiales superiores y, a través de ellos, del Ministerio de Defensa Nacional.

Aproximadamente seis semanas después de la conclusión de la batalla de Brunete (julio-agosto de 1937), en la que mi unidad había participado activamente, mi superior militar inmediato, el coronel Heredia, jefe del XVIII Cuerpo de Ejército, me ordenó presentarme, para recibir instrucciones, al general Miaja, jefe del Ejército de Madrid. Cuando me presenté, el general Miaja me dijo que había sido designado por el ministro de Defensa Nacional (señor Prieto) jefe de la zona de Madrid del Servicio de Inteligencia Militar.

Como el general Miaja confirmará, yo objeté esa designación porque sentía que podía servir mejor a los intereses de la República española en mi condición de comandante de división en servicio activo en el frente, y porque experimentaba una profundamente arraigada aversión hacia el tipo de actividad propuesta. Mis objeciones fueron desoídas y se me ordenó presentarme al jefe del Estado Mayor General, general Vicente Rojo Lluch, y al ministro de Defensa Nacional (señor Prieto), en Valencia.

Cuando, unos días más tarde, me presenté al jefe del Estado Mayor General en Valencia, reiteré mis objeciones a la designación. El jefe del Estado Mayor me dijo que había aceptado a regañadientes la elección de mi persona, y sólo a condición de que no se la considerara permanente.

Luego me presenté al señor Prieto y él me dio instrucciones en el sentido de que recibiera consejo y opiniones de expertos para la organización del Servicio de Inteligencia Militar en la zona de Madrid; aquellos expertos de los que debía recibir consejo serían designados por el jefe del Servicio de Inteligencia Nacional.

Cuando me presenté a este último, me informó acerca de los expertos cuyo consejo se esperaba que siguiera.

Regresé a Madrid a principios de octubre de 1937 y, al cabo de una semana de orientación preliminar, me hice cargo de mis nuevos deberes. Durante el período de alrededor de dos semanas que duró mi posesión real del cargo, se hicieron, por recomendación de los expertos, unas pocas designaciones temporales. Sin embargo, el período operativo del servicio aún no había comenzado cuando, a mediados de octubre de 1937, el jefe del Estado Mayor General me ordenó volver a presentarme al XVIII Cuerpo del Ejército. El jefe del Estado Mayor General, que por entonces hacía preparativos para la batalla de Teruel (diciembre de 1937-enero de 1938), pidió mi vuelta al servicio activo para que pudiese reasumir el mando y reorganizar mi división, cuya participación en aquella batalla estaba programada.

La decisión me agradó muchísimo y me pareció completamente lógica. El señor Prieto ha aseverado que estaba sometido a diversas presiones y maniobras para mantenerme en Madrid. Yo fui completamente inconsciente de esas presiones y maniobras, y no tomé parte en ellas. En forma justificada o no, yo tenía fama de ser un comandante militar eficaz, con capacidad de organización. Ese simple hecho puede explicar por qué se me envió a Madrid en primera instancia, y por qué se me volvió a llamar al servicio activo en el frente cuando estaba pendiente una importante operación militar.

El general Vicente Rojo y Lluch, jefe del Estado Mayor General del ejército de la República española, y ahora brigadier general honorario del ejército boliviano y profesor de historia de la estrategia y de la táctica en la Escuela de Comando y Estado Mayor General de Bolivia, puede confirmar el relato precedente.

c) En lo concerniente a las acusaciones hechas y a las opiniones expresadas por el teniente Edward J. Ruff, agregado militar adjunto de Estados Unidos en la República Dominicana, todas ellas son meras repeticiones de las acusaciones a las que he respondido previamente en este memorándum.

Dice el teniente Ruff que los cargos le fueron presentados «por un refugiado español que también sirvió en España, en la junta de promoción de Durán». No sé qué significa esa frase. Si quiere decir que hubo alguna vez una promoción en alguna de las unidades militares bajo mi mando, esa parte de la declaración es tan falsa como el resto. Si la referencia es a la promoción del Estado Mayor General, mis sucesivos ascensos en el ejército español se debieron exclusivamente a las recomendaciones de mis oficiales superiores inmediatos y a razones estrictamente militares.

d) Las declaraciones del senador McCarthy basadas en información que él dice haber obtenido por sus propios medios fueron 1) que yo entré en el Departamento de Estado después de haber sido «teniente coronel en la Brigada Internacional Comunista»; 2) que yo estoy «en realidad con la Organización Internacional de Refugiados, en actividades ligadas a la selección de refugiados que entran en este país»; 3) que mi naturalización «llevó alrededor de seis semanas», y 4) que obtuve mi empleo en las Naciones Unidas merced a la recomendación de «un miembro del actual gabinete presidencial».

1. 1. Como consta en el esbozo biográfico adjunto, yo era suboficial de reserva en el ejército regular de la República española cuando estalló la Guerra Civil, y, en consecuencia, serví en el ejército regular durante la guerra. Nunca fui miembro de ninguna «Brigada Internacional». Durante los años anteriores a mi empleo en el Departamento de Estado, residí en Inglaterra durante más de un año. Después de llegar a Estados Unidos, trabajé sucesivamente en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de Nueva York y en la Unión Panamericana, en Washington, D. C.
2. 2. Es de conocimiento público que jamás he sido empleado por la Organización Internacional de Refugiados, ni he tenido absolutamente

nada que ver con la selección de refugiados que entran en este país ni en ningún otro. Si el senador hubiese consultado el directorio telefónico de las Naciones Unidas, habría encontrado el departamento y la sección en que trabajo.

3. 3. En cuanto a mi naturalización, llegué a este país el 28 de mayo de 1940, y residí en él permanentemente durante dos años y medio antes de obtener la ciudadanía. Declaré mi intención de convertirme en ciudadano estadounidense en el momento en que recibí mi visado de inmigración, el 20 de abril de 1940. Cumplí el período completo de residencia requerido por el estatuto de naturalización, contrariamente a lo que el senador McCarthy presume saber acerca de que obtuve mi naturalización en «alrededor de seis semanas».
4. 4. Finalmente, en la obtención de mi empleo en las Naciones Unidas, no busqué ni recibí ninguna forma de apoyo por parte de ningún funcionario del gobierno de Estados Unidos.

En ningún momento oculté el hecho de que participé activamente en la Guerra Civil española. Cuando, en 1940, fui registrado para la reserva en el ejército de Estados Unidos, entregué una declaración detallada de mi carrera militar en España, en la Caja de Reclutas Local 750, en Mamaroneck, Nueva York. Este período de mi vida ha sido igualmente mencionado en todas las solicitudes de empleo que he presentado.

Me gustaría agregar que hay mucha gente en posiciones de responsabilidad en este país, en Inglaterra, en España y en Latinoamérica que me conoce desde hace muchos años y que puede testificar tanto respecto de mi integridad moral como de mis convicciones, con una autoridad que las fuentes citadas por el senador McCarthy no poseen.

Finalmente, deseo declarar que elegí adquirir la nacionalidad estadounidense porque creo en las instituciones e ideales de este país, y me adhiero sin reservas a ellas. Mi esposa es ciudadana estadounidense por nacimiento. Mis hijas son estadounidenses y están siendo criadas de acuerdo con las mejores tradiciones norteamericanas. Las obscenas y falsas acusaciones que se han hecho en mi contra no sólo me dañan a mí, sino también a mi esposa y a mis hijas. Tengo fe en que el sentido de la justicia del Senado de Estados Unidos corrija esta situación de una vez por todas, y me permita vivir en la dignidad y en la intimidad a las que tengo derecho.

GUSTAVO DURÁN

30 DE MARZO DE 1950
ESTADO DE NUEVA YORK
Condado de Nassau
Jurado ante mí este 10.ª día de mayo de 1950

ANNA M. WILSON

Imágenes



Imagen cedida por la familia Durán
José Durán Labad, padre de Gustavo, en su etapa como militar



Imagen cedida por la familia Durán
Los hermanos Durán con su madre. De izquierda a derecha: Josefina, Petra, Araceli, Gustavo y Ernesto.



Imagen cedida por la familia Durán
Los hermanos Durán con Carmen y la hija de ésta. De izquierda a derecha: Gustavo, Araceli, Carmela, Ernesto, Josefina y Carmen.



Imagen cedida por el Museo Néstor
Imagen publicada en el diario barcelonés *La Noche* el 1 de noviembre de 1930. Aparecen en ella Gustavo Durán, Néstor Martín-Fernández de la Torre y el periodista autor de la entrevista, Rafael Moragas.



Imagen cedida por la familia Durán
Gustavo y Néstor en el último período de su relación, hacia 1934.



Imagen cedida por el Museo Néstor
Mar en reposo, cuadro de Néstor para el que Gustavo le sirvió de modelo e inspiración.



Imagen cedida por el Museo Néstor



Imagen cedida por el Museo Néstor
Retrato inacabado de Gustavo Durán pintado por Néstor en 1931.



Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid
Cena-homenaje al pintor Hernando Viñes celebrada en la Hostería Cervantes de Madrid el 13 de mayo de 1936. Entre los asistentes se encuentra lo más granado de la sociedad literaria del momento: Federico García Lorca, Luis Buñuel, Rafael Alberti, Guillermo de Torre, Miguel Hernández, Pablo Neruda, Alberto Sánchez, Delia del Carril, María Teresa León, Pepín Bello y Santiago Ontañón. Gustavo Durán es el segundo por la derecha, del grupo sentado a la mesa.



Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid
Gustavo Durán con dos milicianos en Aravaca el 14 de noviembre de 1936.



© EFE

En el verano de 1937 tuvo lugar la celebración del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, uno de los mayores éxitos propagandísticos de la República, que contó con la presencia de más de un centenar de primeras figuras literarias del ámbito internacional. En la imagen, André Malraux acompaña a Gustavo Durán en uno de los actos celebrados en el Madrid sitiado. Su relación fue intensa y cercana durante la guerra y así se percibe en Manuel, personaje de *La esperanza* inspirado en Gustavo.



Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid
Reproducción de la portada de la revista *Crónica* en la que aparece
Gustavo Durán el 25 de abril de 1937.



Fondo Archivo Histórico del PCE
Gustavo Durán descansa en una trinchera del frente de Aragón durante la primavera de 1938.



Fondo Archivo Histórico del PCE
Gustavo Durán escribe apoyado sobre la espalda de un comisario político. Frente de Aragón, primavera-verano de 1938.



Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid
Oficiales en Teruel. Gustavo Durán aparece en el centro de la imagen, de pie.



Imagen cedida por la familia Durán
Gustavo Durán y Bonte Crompton el día de su boda. Dartington Hall, 4 de diciembre de 1939.



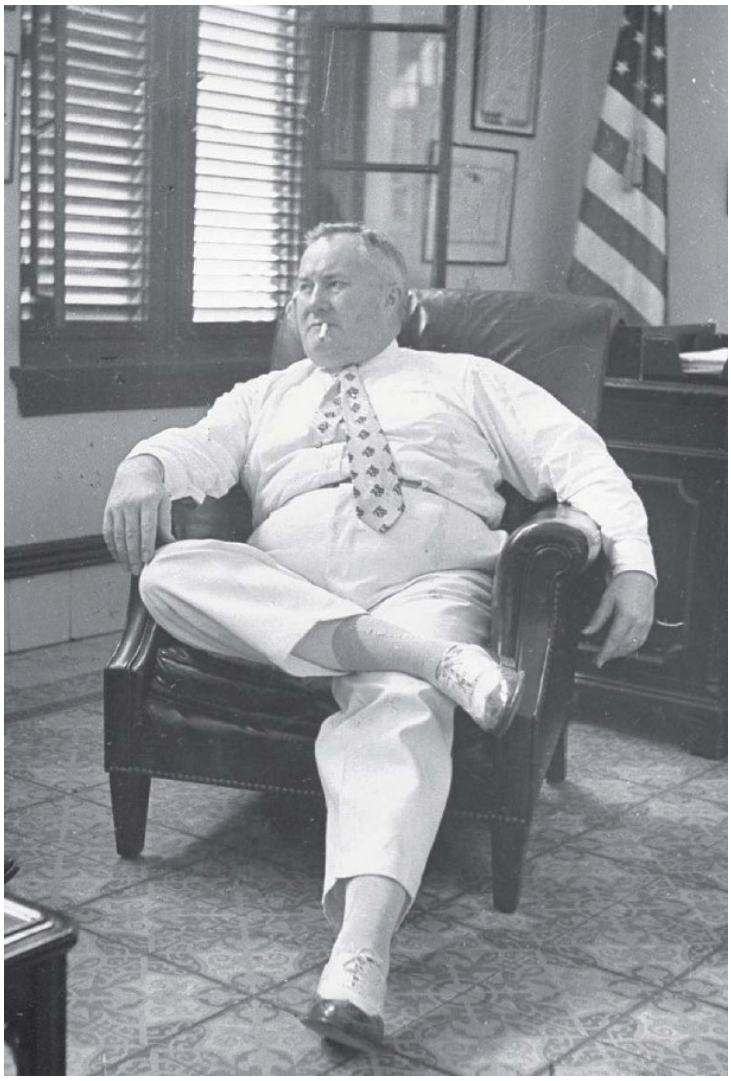
Imagen cedida por la familia Durán
Gustavo y Bonte en los años cuarenta.



© Getty Images
Ernest Hemingway y Martha Gellhorn se enamoraron en España durante la Guerra Civil. Propietarios de una impresionante finca en La Habana, Gustavo vivió con ellos en su primera etapa en Cuba, hasta que sucesivos desencuentros terminaron distanciándolos.



Imagen cedida por la familia Durán
Gustavo Durán a caballo con su hija Cheli. Cuba, 1944.



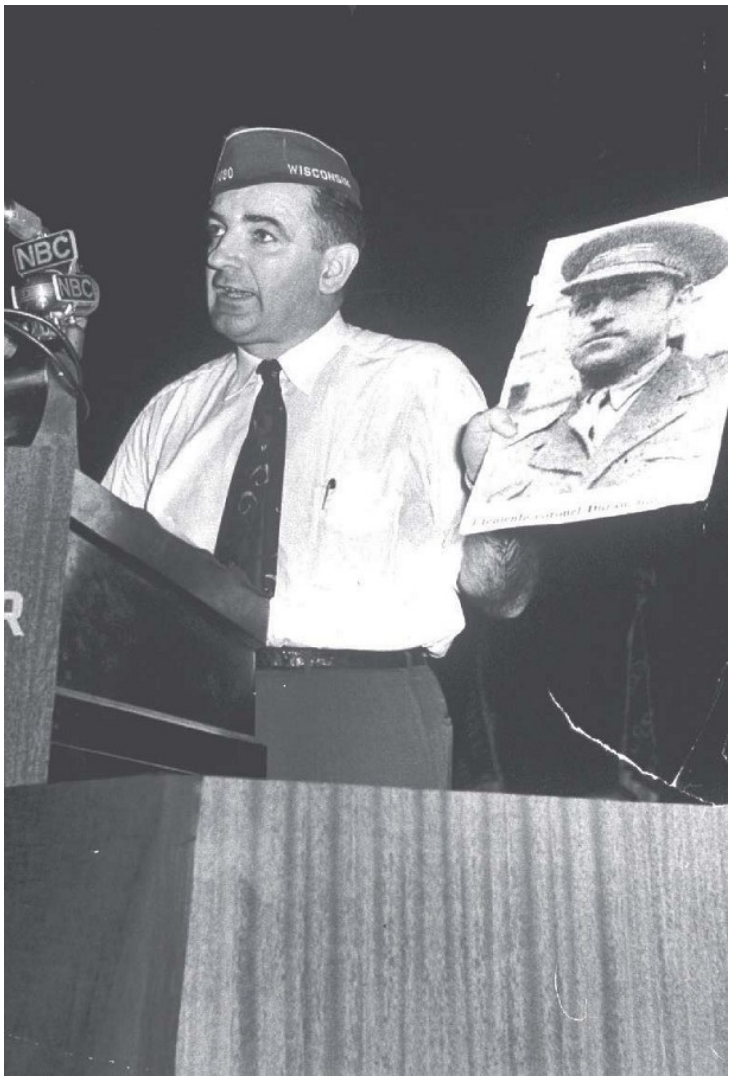
© Time & Life Pictures / Getty Images
Spruille Braden fue diplomático estadounidense y empresario. Relacionado con algunas de las corporaciones de mayor influencia en América Latina como la Braden Copper Company, United Fruit Company o la Standard Oil, fue el superior de Gustavo Durán en Cuba y Argentina. La imagen está tomada en su despacho de la embajada de Estados Unidos en La Habana, en 1944.



Imagen cedida por la familia Durán
El matrimonio Durán con sus tres hijas en Estados Unidos, en octubre de 1948.



Imagen cedida por la familia Durán
Gustavo Durán y Bonte junto a Graham Greene en un viaje en compañía del escritor británico a Florencia en 1950.



© Time & Life Pictures / Getty Images
Joseph McCarthy, senador republicano estadounidense, fue el instigador de una cruzada anticomunista durante la guerra fría. Esta instantánea, tomada en el hotel Astor de Nueva York el 30 de agosto de 1951, recoge el momento en que McCarthy denuncia públicamente a Gustavo Durán mostrando una imagen suya durante una convención de veteranos de guerra.



Imagen cedida por la familia Durán
Retrato de Gustavo Durán tomado durante su etapa en las Naciones Unidas.



Imagen cedida por la familia Durán



Imagen cedida por la familia Durán
Gustavo Durán murió en Grecia en marzo de 1969. Para su tumba eligió este sencillo espacio a la sombra de un roble centenario a las afueras del pueblo cretense de Alones. Las imágenes muestran cómo los vecinos del lugar se despiden de Gustavo cubriendo su lápida de flores.



JAVIER JUÁREZ (Madrid, 1968) compagina su labor de investigación histórica con la periodística. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, amplió sus estudios en Economía y la Unión Europea en la UNED. Ha desarrollado casi toda su labor periodística en los servicios informativos de Telemadrid, y ha publicado hasta la fecha cinco libros: *Juan Pujol, el espía que derrotó a Hitler; Madrid, Londres, Berlín. Espías de Franco al servicio de Hitler; La guarida del Lobo. Nazis y colaboracionistas en España*, y *Patria, una española en el KGB* (Debate, 2008). *Comandante Durán* es su última obra.

Notas

1. Leyenda y tragedia

[1] Archivo Gustavo Durán, Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[2] Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[3] Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

2. El espíritu de un artista

[4] José Moreno Villa, *Vida en claro. Autobiografía*, Colegio de México, México D. F., 1944, p. 103. <<

[5] Agustín Sánchez Vidal, *Buñuel, Lorca, Dalí: El enigma sin fin*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1991, p. 57. <<

[6] El catálogo original con la dedicatoria de Néstor a Gustavo Durán pertenece al investigador Pedro Almeida. <<

[7] Ian Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca, 1898-1936*, Debolsillo, Barcelona, 2006, p. 193. <<

[8] Andrew A. Anderson y Christopher Maurer, eds., *Federico García Lorca. Epistolario completo*, Cátedra, Madrid, 1997, p. 190. <<

[9] *Ibid.*, p. 192. <<

[10] Ian Gibson, *Federico García Lorca*, vol. 1: *De Fuente Vaqueros a Nueva York (1898-1929)*, Grijalbo, Barcelona, 1985, p. 344. <<

[11] *Ibid.*, p. 345. <<

[12] Pedro Almeida, *Néstor, un canario cosmopolita*, Real Sociedad Económica de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria, 1987, p. 102. <<

[13] Carta de Pepín Bello a Federico García Lorca fechada el 2 de diciembre de 1923. Fundación García Lorca, M-LORCA COA-99. <<

[14] «Poema de saludo a Néstor». La familia Martín-Fernández de la Torre conserva una copia del poema original manuscrito por Lorca y un dibujo del autor. <<

[15] Citado en Eladio Mateos Miera, *Rafael Alberti y la música*, Centro de Documentación Musical de Andalucía, Consejería de Cultura, Granada, 2004, p. 91. <<

[16] Rafael Alberti, *Imagen primera y sucesiva de Federico García Lorca*, cit. en *Bodas de sangre*, Norma, Barcelona, 2003, p. 14. <<

[17] *El Liberal*, Madrid (11 de enero de 1925). Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[18] Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, Alianza, Madrid, 1998, vol. 2, p. 233. <<

[19] Rafael Santos Torroella, *Dalí residente*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1992, p. 99. <<

[20] Anderson y Maurer, *Federico García Lorca. Epistolario completo*, p. 303. <<

[21] Fundación García Lorca, M-LORCA COA-101. <<

[22] Santos Torroella, *Dalí residente*, p. 123. <<

[23] Catálogo original en depósito en el Museo Tomás Morales Moya de Gran Canaria. <<

[24] Archivo Manuel de Falla, Granada. Primera edición dedicada de *Marinero en tierra*. <<

[25] Rafael Alberti, *Cuaderno de Rute*, Litoral, Málaga, 1977, p. 115. <<

[26] *Ibid.*, p. 116. <<

[27] Fundación García Lorca, M-LORCA COA-21. <<

[28] Alberti, *Cuaderno de Rute*, p. 125. <<

[29] *Ibid.*, p. 134. <<

[30] *Ibid.*, pp. 132-133. <<

[31] Crítica de Adolfo Salazar publicada el 29 de abril de 1926 en el diario *El Sol*. Citada en Mateos Miera, *Rafael Alberti y la música*, pp. 84-85. <<

[32] Cipriano Rivas Cherif, «Sic», *Heraldo de Madrid* (4 de mayo de 1926), cit. en Almeida, *Gustavo Durán (1906-1969)*, p. 6. <<

[33] José Antonio Martín Otín, *La desesperación del té (27 veces Pepín Bello)*, Pre-Textos, Valencia, 2008, p. 164. <<

[34] Santiago Ontañón y José María Moreira, *Unos pocos amigos verdaderos*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988, pp. 120-121. <<

[35] Martín Otín, *La desesperación del té*, p. 164. <<

[36] Carta de Federico García Lorca desde Granada a José Bello en Madrid. La carta no está fechada. Según Rafael Santos Torroella, corresponde a noviembre de 2006 (*Dalí residente*, p. 156). En el *Epistolario completo* de Federico García Lorca (*op. cit.*, p. 474), se fecha el texto en la cuarta semana de abril de 1927. <<

[37] Fundación García Lorca, M-LORCA COA-280. <<

[38] Diario *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria (27 de noviembre de 1926). Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

3. Historia de un fandango

[39] Pedro Almeida, *Néstor y el mundo del teatro*, Museo Néstor, Las Palmas de Gran Canaria, 1995, p. 120. <<

[40] *Ibid.*, p. 128. <<

[41] *Ibid.*, p. 130. <<

[42] Rafael Santos Torroella, *Dalí residente*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1992, p. 185. <<

[43] Agustín Sánchez Vidal, *Buñuel, Lorca, Dalí: El enigma sin fin*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1991, p. 175. <<

[44] Almeida, *Néstor y el mundo del teatro*, pp. 131-132. <<

[45] *La Argentina en Berlín*, *Berliner Tagblett*, edición en español de diciembre de 1927. Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[46] Fundación García Lorca, M-LORCA COA-281. <<

[47] Almeida, *Néstor y el mundo del teatro*, pp. 132-133. <<

[48] Carta de Aldolfo Salazar a Manuel de Falla fechada el 17 de noviembre de 1927. Archivo Manuel de Falla (Granada), 7570-056 (2). <<

[49] Gustavo Durán, *Una enseñanza de la Guerra Española*, ed. de José María Artajo, Ediciones Júcar, Madrid, 1979, p. 12. <<

4. París: luces y mitos

[50] Rafael Moragas, «Pasan por Barcelona el pintor Néstor Fernández de la Torre y el compositor Gustavo Durán, que nos hablan de sus inquietudes y preferencias artísticas», *La Noche*, Barcelona (1 de noviembre de 1930). <<

[51] Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, Alianza, Madrid, 1998, vol. 4, p. 324. <<

[52] Max Aub, *Conversaciones con Buñuel*, Aguilar, Madrid, 1989, p. 289. Pese al testimonio de Alberti, no existe confirmación de que el ayudante de dirección Pierre Unik y el fotógrafo Eli Lotar acompañasen a Buñuel en aquel viaje preparatorio de *Tierra sin pan*, aunque sí estuvieron presentes en el rodaje. <<

[53] Anaïs Nin, *Incesto. Diario amoroso*, Siruela, Madrid, 1995, pp. 153-154. <<

[54] *Ibid.*, pp. 222-223. <<

[55] *Ibid.*, p. 162. <<

[56] Josefina de la Torre, «Aquellos tiempos de Joinville», *Primer Plano*, n.º 139 (13 de junio de 1943). <<

5. El compromiso

[57] Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[58] Pedro Almeida, *Néstor, un canario cosmopolita*, Real Sociedad Económica de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria, 1987, p. 149. <<

[59] Max Aub, *Conversaciones con Buñuel*, Aguilar, Madrid, 1989, p. 125. <<

[60] Filmoteca Española, Archivo Luis Buñuel, R-632. <<

[61] Aub, *Conversaciones con Buñuel*, p. 105. <<

[62] Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[63] Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Plaza & Janés, Barcelona, 1995, pp. 156-157. <<

[64] Santiago Ontañón y José María Moreira, *Unos pocos amigos verdaderos*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988, p. 189. <<

[65] Carlos Morla Lynch, *En España con Federico García Lorca*, Renacimiento, Sevilla, 2004, p. 394. <<

[66] Felipe C. R. Maldonado, «Glorias y miserias de la improvisación de un ejército», *Tiempo de Historia*, n.º 82 (1 de septiembre de 1981). <<

[67] Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[68] Ian Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca, 1898-1936*, Debolsillo, Barcelona, 2006, p. 632. <<

[69] Cita publicada por José Bergamín en la revista *Hora de España*, cit. en Jean Lacouture, *André Malraux. Una vida en el siglo (1901-1976)*, Ed. Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, Valencia, 1991, p. 282. <<

[70] Ian Gibson, *Cuatro poetas en guerra*, Planeta, Barcelona, 2008, p. 153. <<

[71] Memorando de Gustavo Durán ante el International Organizations Employees Loyalty Board (IOELB), 1954. Archivo de la familia Durán, Londres. <<

6. Un intelectual en armas

[72] Jacinto Arévalo Molina, *Los trenes blindados españoles*, Trea, Gijón, 2003. <<

[73] Pablo de la Fuente, *Sobre tierra prestada*, Nuestro Tiempo, Santiago de Chile, 1944, pp. 114-115. <<

[74] Santiago Ontañón y José María Moreira, *Unos pocos amigos verdaderos*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1988, p. 189. <<

[75] André Malraux, *La esperanza*, Edhasa, Barcelona, 2001, p. 15. <<

[76] José Antonio Martín Otín, *La desesperación del té*, Pre-Textos, Valencia, 2008, p. 165. <<

[77] Ontañón y Moreira, *Unos pocos amigos verdaderos*, pp. 195-196. <<

[78] Malraux, *La esperanza*, p. 19. <<

[79] José Antonio Martín Otín, *La desesperación del té*, p. 165. <<

[80] *El Mono Azul* (27 de agosto de 1936). <<

[81] «Manifiesto de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura», *La Voz*, Madrid (30 de julio de 1936). <<

[82] «Conferencia del Comandante Carlos en el Batallón de Hierro el 18 de septiembre de 1936», Gráficas Diana, Madrid, 1936. <<

[83] Ramón Martorell, «El Batallón de Hierro», *Crónica* (18 de octubre de 1936). <<

[84] *Ibid.* <<

[85] *El Mono Azul*, n.º 2 (3 de septiembre de 1936). El periodista Alonso Menéndez al que alude por error la nota es el mismo Álvaro Menéndez ya citado. <<

[86] *Hierro*, n.º 1 (24 de septiembre de 1936). <<

[87] *Hierro*, n.º 6 (1 de noviembre de 1936). <<

[88] Ramón Martorell, «El Batallón de Hierro», *Crónica* (18 de octubre de 1936). <<

[89] *Hierro*, n.º 9 (21 de noviembre de 1936). <<

7. La defensa de Madrid

[90] Ilia Ehrenburg, *Corresponsal en España*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1975, p. 65. <<

[91] RGASPI, c. 495, i. 74, d. 206, pp. 91-146, cit. en Ronald Radosh, Mary Habeck y Gregory Sevostianov, eds., *España traicionada. Stalin y la Guerra Civil*, Planeta, Barcelona, 2002, p. 263. <<

[92] *Ibid.*, p. 366. <<

[93] *Ibid.*, p. 366. <<

[94] Jorge M. Reverte, *La batalla de Madrid*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2004, p. 227. <<

[95] Radosh, Habeck y Sevostianov, *España traicionada. Stalin y la Guerra Civil*, p. 370. <<

[96] Hugh Thomas, *La Guerra Civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1976, vol. II, p. 539. <<

[97] Archivo Gustavo Durán, Manuscritos, caja 3. Todas las referencias al diario de campaña están extraídas del mismo fondo documental. En esta obra se ha respetado el original en su totalidad, utilizando las siglas y abreviaturas utilizadas por Durán en su redacción. El diario de campaña, junto con otros documentos relacionados con Gustavo Durán, fue publicado íntegramente en *Una enseñanza de la Guerra Española*. <<

[98] Luigi Longo, *Las Brigadas Internacionales en España*, Era, México, 1956, cit. en Reverte, *La batalla de Madrid*, p. 276. <<

[99] *Ibid.*, p. 294. <<

[100] *Hierro*, n.º 9 (21 de noviembre de 1936). <<

[101] Herbert Matthews, «Free Lances of Madrid», *The New York Times Magazine* (3 de enero de 1937), cit. en *Corresponsales en la Guerra de España*, catálogo de la exposición homónima, Fundación Pablo Iglesias e Instituto Cervantes, Madrid, 2006. <<

[102] Radosh, Habeck y Sevostianov, *España traicionada*, pp. 373-374. <<

[103] «La Brigada Internacional: su general y su comisario político», *Estampa* (5 de diciembre de 1936). <<

[104] Burnett Bolloten, *La Guerra Civil española: Revolución y contrarrevolución*, Alianza, Madrid, 1989, p. 483. <<

[105] Herbert Matthews, *Two Wars and More to Come*, Carrick&Evans, Nueva York, 1938, p. 210. <<

[106] Bolloteu, *La Guerra Civil española: Revolución y contrarrevolución*, p. 483. <<

[107] Radosh, Habeck y Sevostianov, *España traicionada*, p. 380. <<

[108] *Ibid.*, p. 375. <<

[109] María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1987, p. 148. <<

[110] *Hierro*, n.º 15 (2 de enero de 1937). <<

8. Jarama

[111] Antony Beevor, *La Guerra Civil española*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2005, p. 281. <<

[112] Hugh Thomas, *La Guerra Civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1976, vol. II, p. 540. <<

[113] Vicente Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, Era, México, 1967, p. 164. <<

[114] *Nuevo Ejército*, n.º 22 (5 de enero de 1938). <<

[115] Felipe C. R. Maldonado, «Glorias y miserias de la improvisación de un ejército», *Tiempo de Historia*, n.º 82 (1 de septiembre de 1981), p. 50. <<

[116] André Malraux, *La esperanza*, Edhasa, Barcelona, 2001, p. 376-378. <<

[117] Jean Lacouture, *André Malraux. Una vida en el siglo*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1985, p. 320. <<

[118] Malraux, *La esperanza*, pp. 393-394. <<

[119] *Ibid.*, p. 164. <<

[120] Carta de Gustavo Durán a Robert Payne fechada el 10 de julio de 1967. Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[121] Javier Rupérez, «Gustavo Durán en las novelas de Ernest Hemingway y André Malraux», *Revista de Occidente*, n.º 307 (2006), pp. 51-80. <<

[122] Lacouture, *André Malraux, una vida en el siglo*, p. 320, y Robert Payne, *André Malraux*, Prentice-Hall, Nueva-Jersey, 1970, p. 251: «La apariencia física de Manuel estaba basada en Gustavo Durán, el pianista y compositor que llegó a ser comandante de una división en el ejército republicano cuando aún no había cumplido la treintena». <<

[123] Olivier Todd, *André Malraux, una vida*, Tusquets, Barcelona, 2002, y Curtis Cate, *André Malraux, a Biography*, Fromm, Nueva-York, 1997. <<

9. Comandante Durán

[124] «Durán y sus hombres», *Mundo Obrero* (12 de abril de 1937). <<

[125] *Crónica*, n.º 289 (25 de abril de 1937). <<

[126] *Nuevo Ejército*, n.º 2 (4 de mayo de 1937). <<

[127] Ignacio Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, Barcelona, 2006, y Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Debate, Barcelona, 2007. <<

[128] Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, p. 73. <<

[129] *El Mono Azul*, n.º 18 (1 de mayo de 1937). <<

[130] Andreu Castells, *Las Brigadas Internacionales de la Guerra de España*, Planeta, Barcelona, 2006, p. 217. <<

[131] RGVA, c. 35082, i. 1, d. 95, pp. 33-58, documento 70. Notas sobre la situación de las Unidades Internacionales en España. Informe del coronel camarada Sverchevsky (Walter), 14 de enero de 1938, cit. en Ronald Radosh, Mary Habeck y Gregory Sevostianov, *España traicionada. Stalin y la Guerra Civil*, Planeta, Barcelona, 2002, p. 513. <<

[132] Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM), Zona República, Ejército de Maniobra, rollo 95, carpeta n.º 9. <<

[133] *Nuevo Ejército*, n.º 1 (15 de agosto de 1937). <<

[134] Luis Mario Schneider, ed., *Inteligencia y Guerra Civil española. II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1987, vol. I, p. 90. <<

[135] Manuel Aznar Soler y Luis Mario Schneider, eds., *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura*, vol. III: *Actas, ponencias, documentos y testimonios*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1987, pp. 132-133. <<

[136] Ernest Hemingway, «La noche antes de la batalla», relato breve incluido en *La quinta columna*, Bruguera, Barcelona, 1986, pp. 166-167. <<

[137] *Nuevo Ejército*, n.º 6 (18 de septiembre de 1937). <<

10. Una cima sobre Teruel

[138] Alexander Orlov, *The March of Time. Reminiscences*, St. Ermin's Press, Londres, 2004, p. 328. <<

[139] Indalecio Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, Fundación Indalecio Prieto-Planeta, Barcelona, 1989, p. 94. <<

[140] Orlov, *The March of Time. Reminiscences*, p. 328. <<

[141] *Ibid.*, p. 329 <<

[142] *Nuevo Ejército*, n.º 9 (10 de octubre de 1937). <<

[143] *Ibid.* <<

[144] Orlov, *The March of Time. Reminiscences*, p. 329. <<

[145] Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, pp. 95-96. <<

[146] *Nuevo Ejército*, n.º 13 (7 de noviembre de 1937). <<

[147] Prieto, *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, p. 31. <<

[148] Orlov, *The March of Time. Reminiscences*, p. 336. <<

[149] Archivo del PCE, Organización y filiación del Ejército de Tierra, caja 112, carpetas 1.7 y 1.8. <<

[150] *Guerra y Revolución en España, 1936-1939*, Progreso, Moscú, 1971, t. IV, p. 230. <<

[151] Juan Marinello y Nicolás Guillén, *Hombres de la España leal*, Facetas, La Habana, 1938, p. 51. <<

[152] Manuel Aznar Soler y Luis-Mario Schneider, eds., citado en *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, vol. III, Actas, ponencias, documentos y testimonios*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1987, p. 399. <<

[153] Nicolás Guillén, «La Alianza de Intelectuales Antifascistas», *Mediodía* (15 de noviembre de 1937). Reproducido en Nicolás Guillén, *En la guerra de España*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1988, p. 40. <<

[154] Gustavo Durán, «Dos fases de la batalla de Teruel», manuscrito, Archivo Gustavo Durán, caja 3, carpeta 5. El texto fue escrito por Durán a petición del autor Robert Payne para su libro *The Civil War in Spain*. La versión definitiva corregida por Durán fue enviada al autor el 7 de noviembre de 1961. El texto íntegro aparece también recogido en el libro ya citado *Una enseñanza de la Guerra Española*. <<

[155] Vicente Salas Viu, *Diario de guerra de un soldado*, Hispamerca, Madrid, 1977, p. 109. <<

[156] Gustav Regler, *The Great Crusade*, Longmans, Green and Co., Nueva York, 1940. Prólogo de Ernest Hemingway. <<

[157] Simone Téry, *Front de la liberté. Espagne 1937-1938*, Editions Sociales Internationales, París, 1938, pp. 146-163. <<

[158] Santiago Álvarez, *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República*, Edicios do Castro, La Coruña, 1989, p. 265. <<

[159] Archivo del PCE, Organización y filiación del Ejército de Tierra, caja 112, carpeta 1.13. <<

[160] *Música*, n.º 3, suplemento (marzo de 1938). Según el *Diccionario de la música* coordinado por Emilio Casares, la composición fue escrita en París en 1931 y estrenada por Conchita Supervía. La partitura editada en *Música*, sin embargo, fecha la composición el 28 de febrero de 1933. <<

[161] *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional*, Barcelona (5 de mayo de 1938). Archivo General de la Guerra Civil. <<

[162] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006, vol. IV, p. 3037. <<

[163] Vicente Rojo, *España heroica*, cit. en José Andrés Rojo, *Vicente Rojo: retrato de un general republicano*, Tusquets, Barcelona, 2006, p. 213. <<

[164] Paul Preston, *La Guerra Civil española*, Debate, Barcelona, 2006, p. 123. <<

[165] Anthony Beevor, *La Guerra Civil española*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2005, p. 522. <<

[166] Ernest Hemingway, *Despachos de la Guerra Civil española*, Planeta, Barcelona, 1989, p. 153. <<

11. Derrota

[167] Archivo Gustavo Durán, Manuscritos, caja 3, carpeta 16. <<

[168] Archivo Gustavo Durán, Manuscritos, caja 3, carpeta 16. <<

[169] Memorando de Gustavo Durán ante el International Organizations Employees Loyalty Board (IOELB), 1954, cit. en Burnett Bolloten, *La Guerra Civil española: Revolución y contrarrevolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 828. <<

[170] Memorando de Gustavo Durán ante el International Organizations Employees Loyalty Board (IOELB), 1954. Archivo de la familia Durán, Londres. <<

[171] The National Archives, FO 371/24.154, cit. en Ángel Bahamonde Magro y Javier Cercera Gil, *Así terminó la Guerra de España*, Marcial Pons, Madrid, 1999, p. 485. <<

[172] Max Aub, *Campo de los almendros*, Alfaguara, Madrid, 1998, p. 245. <<

[173] María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2005, p. 389. <<

[174] Carta de Alexander Hanson Ballantyne a Gustavo Durán, s. f. Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

12. Exilio

[175] Carta de Ernst Adam a Gustavo Durán fechada el 6 de julio de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[176] Carta de Carmela Bertrand a Gustavo Durán fechada el 11 de abril de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[177] Carta de Federico de la Iglesia a Gustavo Durán fechada el 7 de noviembre de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[178] Carta de Vicente Salas Viu a Gustavo Durán fechada el 7 de abril de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[179] Carta de Cipriano Rivas Cherif a Gustavo Durán fechada el 13 de junio de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[180] Carta de Rafael Alberti a Gustavo Durán fechada el 21 de mayo de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[181] Carta de Enrique Casal-Chapí a Gustavo Durán fechada el 6 de julio de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[182] Carta de Julián Bautista a Gustavo Durán fechada el 11 de noviembre de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[183] Carta de Cipriano Rivas Cherif a Gustavo Durán fechada el 30 de junio de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[184] Carta de Alfredo Matilla a Gustavo Durán, sin fecha, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[185] Carta de Rafael Alberti a Gustavo Durán fechada el 23 de junio de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[186] Carta de Ernst Adam a Gustavo Durán fechada el 3 de septiembre de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[187] Carta de Enrique Díez Canedo a Gustavo Durán fechada el 10 de septiembre de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[188] Carta de Federico de la Iglesia a Gustavo Durán fechada el 1 de septiembre de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[189] Gustavo Durán, *Una enseñanza de la Guerra española*, Ediciones Júcar, Madrid, 1979, pp. 27-56. <<

[190] «Con Braden se va Durán, un combatiente de la libertad», *Tribuna*, Rosario (Argentina) (18 de septiembre de 1945). <<

[191] Carta de Ernst Adam a Gustavo Durán fechada el 23 de diciembre de 1939, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[192] Carta de Enrique Díez Canedo a Gustavo Durán, sin fecha, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[193] Carta de Rafael Alberti y María Teresa León a Gustavo Durán fechada el 2 de enero de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[194] Carta de Pablo de Azcárate a Gustavo Durán fechada el 24 de febrero de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[195] Carta de Álvaro Menéndez a Gustavo Durán fechada el 13 de mayo de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[196] Carta de Gustavo Durán fechada el 1 de febrero de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[197] Carta de Ernest Hemingway a Gustavo Durán fechada el 5 de marzo de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[198] Fundación Pablo Iglesias, Archivo Histórico AH 63-52. <<

[199] Carta de Marina Durán a Gustavo Durán fechada el 9 de abril de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

13. «Tu amigo. Ernesto»

[200] Robert van Gelder, «Ernest Hemingway talks of work and war», *The New York Times* (11 de agosto de 1940). <<

[201] Carta de Ernest Hemingway a Gustavo Durán, fechada el 13 de agosto de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[202] Carlos Baker, *Hemingway, a Life Story*, Bantman Book, Nueva York, 1969, p. 445. <<

[203] Ernest Hemingway, *Por quién doblan las campanas*, Seix Barral, Barcelona, 1983, p. 296. <<

[204] Carta de Eleanor Roosevelt fechada el 16 de septiembre de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[205] Carta de la secretaría de Eleanor Roosevelt fechada el 28 de septiembre de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[206] Anotación personal de Gustavo Durán, noviembre de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[207] Carta de Leopoldo Menéndez a Gustavo Durán fechada el 7 de junio de 1940, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[208] Carta de Enrique Díez Canedo a Gustavo Durán fechada el 29 de agosto de 1941, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[209] Carta de Gustav Regler a Gustavo Durán fechada un 17 de julio sin año concreto, aunque muy probablemente corresponda a 1941. Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[210] Anotación de Gustavo Durán en 1962 remitida a Carlos Baker y parcialmente reproducida en la biografía que éste publicó sobre Ernest Hemingway (*Hemingway, a Life Story*). Archivo Gustavo Durán, Manuscritos, caja 3. <<

[211] Max Aub, *Conversaciones con Buñuel*, Aguilar, Madrid, 1989, p. 94. <<

[212] *Ibid.*, p. 125. <<

[213] Francisco Aranda, *Luis Buñuel, biografía crítica*, Lumen, Barcelona, 1970, p. 166. <<

[214] Carta de Vicente Salas Viu a Gustavo Durán fechada el 27 de febrero de 1941, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[215] Carta de Jorge Guillén a Gustavo Durán fechada el 25 de junio de 1941, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[216] Carta de Pedro Salinas fechada el 25 de marzo de 1942, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[217] Telegrama de Ernest Hemingway a Gustavo Durán fechado el 4 de noviembre de 1941, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[218] Carta de Ernest Hemingway a Gustavo Durán fechada el 6 de noviembre de 1941, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

14. Fábrica de maleantes

[219] *Dossier* del FBI sobre Ernest Hemingway, informe confidencial del 8 de octubre de 1942. <<

[220] Spruille Braden, *Diplomats and Demagogues*, Arlington House, Nueva York, 1971, p. 283. <<

[221] *Ibid.*, p. 311. <<

[222] Expediente de nacionalización de Gustavo Durán n.º 14 638. Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[223] Yuri Paporov, *Hemingway en Cuba*, Siglo XXI, México D. F., 1993, p. 40. <<

[224] Norberto Fuentes, *Hemingway en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984, p. 328. <<

[225] Anotación de Gustavo Durán en 1962 remitida a Carlos Baker y parcialmente reproducida en la biografía que éste publicó sobre Ernest Hemingway (*Hemingway, a Life Story*). Archivo Gustavo Durán, Manuscritos, caja 3. <<

[226] *Ibid.*, p. 481. <<

[227] Jeffrey Meyers, *Hemingway: a Biography*, Harper&Row, Nueva York, 1985, p. 376. <<

[228] Braden, *Diplomats and Demagogues*, p. 312. <<

[229] Nota manuscrita de Alejo Carpentier, Archivo familia Durán, Londres. <<

[230] *Dossier* del FBI sobre Ernest Hemingway, informe confidencial del 13 de agosto de 1943. <<

[231] Carta de Gustavo Durán a Federico de la Iglesia fechada el 6 de septiembre de 1945, Archivo de la familia Durán, Londres. <<

[232] Anotación de Gustavo Durán en 1962 remitida a Carlos Baker y parcialmente reproducida en la biografía que éste publicó sobre Ernest Hemingway (*Hemingway, a Life Story*). Archivo Gustavo Durán, Manuscritos, caja 3. <<

15. Durán o Perón

[233] Carta de Juan Ramón Jiménez a Gustavo Durán fechada el 12 de junio de 1945, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[234] Carta de Vicente Salas Viu a Manuel de Falla fechada en Santiago de Chile el 15 de marzo de 1945. Fundación Manuel de Falla, Granada. <<

[235] Rogelio García Lupo, *Últimas noticias de Perón y su tiempo*, Vergara, Buenos Aires, 2006, p. 192. <<

[236] Albino Gómez, «Braden o Perón», *La Nación*, Buenos Aires (23 de febrero de 2006). <<

[237] Carta de Gustavo Durán a Federico de la Iglesia fechada el 6 de septiembre de 1945, Archivo de la familia Durán, Londres. <<

[238] Department of State, *Consulting among the American Republics with respect to the Argentine Situation*, Grennber, Nueva York, 1946. <<

[239] García Lupo, *Últimas noticias de Perón y su tiempo*, pp. 194-195. <<

[240] Gustavo Durán, *Una enseñanza de la Guerra Española*, Ediciones Júcar, Madrid, 1979, p. 100. <<

[241] Spruille Braden, *Diplomats and Demagogues*, Arlington House, Nueva York, 1971, p. 313. <<

[242] *The Spanish Government and the Axis*, United States Government Printing Office, Washington, 1946. <<

[243] «El Congreso norteamericano denuncia a Bersky, colaborador activo del comunismo español», *Arriba*, Madrid (30 de marzo de 1946). <<

[244] Telegrama de Juan Francisco de Cárdenas al Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid fechado el 20 de marzo de 1946, cit. en Douglas Edward LaPrade, *Censura y recepción de Hemingway en España*, Biblioteca Javier Coy d'Estudis Nord-Americans, Universitat de València, Valencia, 2005, p. 143. <<

[245] «Gustavo Durán, denunciado como colaborador de Spruille Braden, fue uno de los más peligrosos agentes de la GPU en España», *Arriba*, Madrid (9 de abril de 1946). <<

[246] Expediente policial de Gustavo Durán, Archivo Histórico Nacional, FC-Ministerio del Interior, Dirección General de Seguridad, legajo policía H, expediente 71 442. <<

[247] Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), expediente sobre Gustavo Durán, signatura R-1374, expediente 26. <<

[248] *Ibid.* <<

[249] David Caute, *The Great Fear. The Anti-Communist Purge under Truman and Eisenhower*, Touchstone, Nueva York, 1970, p. 334. <<

[250] *Ibid.*, p. 334. <<

[251] Braden, *Diplomats and Demagogues*, p. 313. <<

16. Enemigo público

[252] Carta de Gustavo Durán a Ernesto Durán fechada el 6 de julio de 1949, Archivo de la familia Durán, Londres. <<

[253] *Congressional Record*, 81.º Congreso, 2.ª sesión, pp. 2062-2068, cit. en Thomas C. Reeves, *The Life and Times of Joe McCarthy: A Biography*, Madison Books, 1982, p. 243. <<

[254] David M. Oshinsky, *A Conspiracy So Immense: The World of Joe McCarthy*, Oxford University Press, 2005, p. 119. <<

[255] El contenido de la sesión ha sido reproducido íntegramente en la obra de Horacio Vázquez Rial *El soldado de porcelana* y en el libro de Rogelio García Lupo *Últimas noticias de Perón y su tiempo*. También se ha incluido en las páginas finales de este libro (véase el apéndice). <<

[256] «McCarthy’s charge is denied by Duran», *The New York Times* (15 de marzo de 1950). <<

[257] David Caute, *The Great Fear. The Anti-Communist Purge under Truman and Eisenhower*, Touchstone, Nueva York, 1970, p. 335. <<

[258] Michael Straight, *After Long Silence*, W. W. Norton&Company, Nueva York, 1983, p. 264. <<

[259] Richard M. Fried, *Nightmare in Red*, Oxford University Press, 1990, p. 128. <<

[260] «Excerpts from Text of Majority Report on Charges by Senator McCarthy», *The New York Times* (18 de julio de 1950). <<

[261] Archivo General de la Administración (AGA), Alcalá de Henares, Sección Asuntos Exteriores, 54/8959, IDD(10)26, expediente 303.17 (d). <<

[262] *Ibid.* <<

[263] *Ibid.* <<

[264] Nota del encargado de negocios de la embajada de España en Estados Unidos, Germán Baráibar, a Luis María Lojendio, jefe de la Oficina de Información Diplomática, fechada el 1 de marzo de 1949, cit. en Douglas Edward La Prade, *Censura y recepción de Hemingway en España*, Biblioteca Javier Coyd'Estudis Nord-Americans, Universitat de València, Valencia, 2005, p. 151. <<

[265] Nota del encargado de negocios de la embajada de España en Estados Unidos, Germán Baráibar, a Pelayo García Olay, cónsul general de España en Nueva York, fechada el 25 de julio de 1949, cit. en La Prade, *Censura y recepción de Hemingway en España*, p. 151. <<

[266] «Punch & Counterpunch», *Time* (10 de septiembre de 1951). <<

[267] Straight, *After Long Silence*, pp. 264-265. <<

[268] Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, Causa contra Gustavo Durán Martínez, expediente n.º 50 395. Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca, Fondos TERMC. <<

[269] Kart Rienffer (seudónimo), *Comunistas españoles en América*, Editora Nacional, Madrid, 1953. <<

[270] Manuel Vázquez Montalbán, *Pasionaria y los siete enanitos*, Debolsillo, Barcelona, 2005, p. 134. <<

[271] Carta de Federico de la Iglesia a Gustavo Durán fechada el 20 de agosto de 1953, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[272] Caute, *The Great Fear. The Anti-Communist Purge under Truman and Eisenhower*, p. 336. <<

[273] *Ibid.*, p. 337. <<

[274] Testimonio del coronel Segismundo Casado fechado en Caracas el 10 de septiembre de 1953 e incluido en la documentación del International Organizations Employees Loyalty Board (IOELB). Archivo de la familia Durán, Londres. <<

[275] Memorando de Gustavo Durán ante el International Organizations Employees Loyalty Board (IOELB), 1954. Archivo de la familia Durán, Londres. <<

17. Una tragedia griega

[276] Carta de Gustavo Durán a Bonte Durán el 25 de agosto de 1956, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[277] Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta, Barcelona, 1977, pp. 102-103. <<

[278] Max Aub, *Conversaciones con Buñuel*, Aguilar, Madrid, 1987, pp. 125-126. <<

[279] Memorando de Gustavo Durán ante el International Organizations Employees Loyalty Board (IOELB), 1954, Archivo de la familia Durán, Londres. <<

[280] Rafael Alberti, «Corfú», *El País* (13 de octubre de 1985). <<

[281] Carta del general Vicente Rojo a Bonte Durán fechada el 21 de diciembre de 1956, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[282] Carta de Emilio Prados a Gustavo Durán fechada el 29 de octubre de 1956, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[283] Artículo publicado en Chile tras la muerte de Gustavo Durán en 1969. Forma parte del archivo personal de GD pero no figuran la publicación ni la fecha. Las siglas de su autor son V. M. de U. <<

[284] Ramón de la Serna, «Gustavo Durán», *El Mercurio*, Santiago de Chile (26 de febrero de 1956). <<

[285] Horacio Vázquez Rial, *El soldado de porcelana*, Suma de Letras, Barcelona, 2001, p. 917. <<

[286] Brian Urquhart, «Gustavo Durán, 1907-1969», *The United Nations Newspaper*, s. f., posiblemente de abril de 1969, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[287] Escrito del marqués de Santa Cruz al ministro Fernando Castiella fechado el 31 de julio de 1961, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), R-6911, expediente 14. <<

[288] «Spanish Civil War veteran wins libel action», *The Guardian* (19 de enero de 1962). <<

[289] Henrietta Yurchenko, *La vuelta al mundo en ochenta años,* Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México D. F., 2003, pp. 35-36. <<

[290] Carta de Gustavo Durán a Enrique Casal-Chapí fechada el 28 de marzo de 1968, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[291] Carta de Jaime Gil de Biedma a Gustavo Durán fechada el 13 de septiembre de 1966, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[292] Jaime García Terrés, *Reloj de Atenas*, Muchnik Editores, Barcelona, 1988, p. 186. <<

[293] *Ibid.*, p. 101. <<

[294] *Ibid.*, p. 186. <<

[295] Carta de Luis Buñuel a Gustavo Durán fechada el 2 de noviembre de 1965, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

[296] Carta de Max Aub a Gustavo Durán fechada el 20 de septiembre de 1968, Fundación Max Aub, Epistolario Gustavo y Bonte Durán, 23/4. <<

[297] Carta de Gustavo Durán a Max Aub fechada el 28 de septiembre de 1968, Fundación Max Aub, Epistolario Gustavo y Bonte Durán, 23/5a. <<

[298] García Terrés, *Reloj de Atenas*, p. 166. <<

[299] Carta de Gustavo Durán a Ernesto Durán fechada el 29 de octubre de 1968, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia familiar, documentación personal y prensa, caja 2. <<

[300] Carta de Jaime Gil de Biedma a Gustavo Durán fechada el 19 de febrero de 1969, Archivo Gustavo Durán, Correspondencia general, caja 1. <<

Epílogo

[301] Rafael Alberti, «Corfú», *El País* (13 de octubre de 1985). <<

[302] Max Aub, *Diarios, 1967-1972*, ed. de Manuel Aznar Soler, Conaculta, México, 2003, p. 187. <<